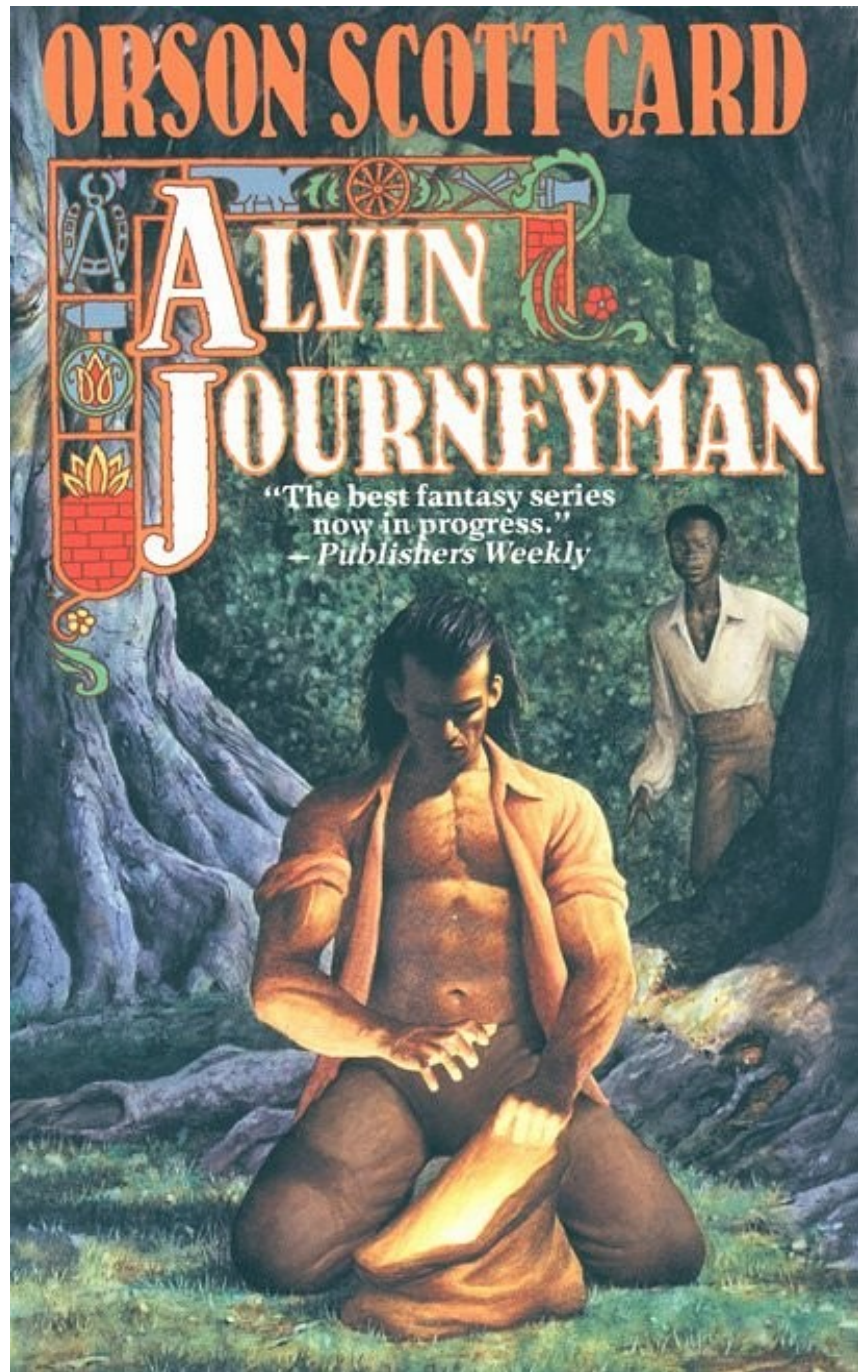


ALVIN EL OFICIAL
Los Cuentos de Alvin Maker IV
por Orson Scott Card



Traducido por Guayec Perdomo

Índice

1 - Creí que había acabado... (I thought I was done)	p. 3
2 - Hipócritas (Hypocrites)	p. 7
3 - Vigilantes (Watchers)	p. 13
4 - Búsqueda (Quest)	p. 29
5 - Mentiras (Twist)	p. 34
6 - Amor verdadero (True love)	p. 41
7 - Pasaje a Francia (Booking passage)	p. 44
8 - Partida (Leavetaking)	p. 50
9 - Cooper (Cooper)	p. 60
10 - Bienvenido a casa (Welcome home)	p. 70
11 - Prisión (Jail)	p. 79
12 - Abogados (Lawyers)	p. 91
13 - Maniobras (Maneuvers)	p. 104
14 - Testigos (Witnesses)	p. 123
15 - Amor (Love)	p. 158
16 - Verdad (Truth)	p. 171
17 - Decisiones (Decisions)	p. 183
18 - Viajes (Journeys)	p. 201
19 - Filadelfia (Philadelphia)	p. 214

1

Creí que había acabado...

Creí que había acabado de escribir sobre Alvin Smith. La gente continuaba diciéndome que aún faltaba, pero yo sabía la razón. Se debe a que todos escuchan a Truecacuentos y al modo en que él cuenta las historias. Cuando él termina, todo parece pulcramente atado en un paquete y uno está casi seguro de que sabe lo que las cosas significan y por qué suceden como suceden. No es que él lo explique, en realidad. Simplemente tienes esa sensación de que todo tiene sentido.

Bien, yo no soy Truecacuentos, como algunos de ustedes pueden haber adivinado, viendo que no somos demasiado parecidos, y no tengo planes de volverme Truecacuentos en el corto plazo, ni nada parecido a él, no porque no piense que es un buen tipo, merecedor de que otros lo imiten, sino porque yo no veo las cosas del mismo modo que él las ve. No todas las cosas tienen sentido para mí. Simplemente suceden, y a veces puedes extraer un poco de sentido de alguna calamidad y otras veces el más feliz de los días es un completo disparate. No es posible predecirlas y sin lugar a dudas es imposible hacer que sucedan. Los peores embrollos en los que he visto meterse a muchos fueron aquellos en los que trataban de hacer que las cosas ocurrieran de una manera sensata.

Así que escribí lo que sabía, desde los más tempranos inicios de la vida de Alvin hasta que terminó su arado de oro y se convirtió en oficial herrero, y conté cómo regresó a Vigor y se puso a enseñarle a la gente cómo convertirse en Hacedores, y cómo estaban de mal las cosas con su hermano Calvin, y pensé que ya había terminado, porque todo aquél a quien le importe estuvo allí para verlo por sí mismo o conoce a alguien que lo vio. Conté la verdad de cómo Alvin llegó a matar a un hombre, para poner a descansar todos los rumores malintencionados al respecto. Conté cómo llegó a romper las leyes sobre los esclavos fugitivos y también cómo la mamá de Peggy Larner murió y créanme, ése era el final de la historia hasta donde yo pude verla.

Pero el final no parecía tener sentido, lo reconozco, y la gente ha estado acosándome y preguntándome más y más sobre los días antiguos y si no sabría yo algo más que les pudiera decir. Bien, seguro que sé algo más. Y no tengo nada en contra de contarlo. Pero espero que no piensen que cuando haya terminado de contar todo lo que sé todo el mundo entenderá finalmente sobre qué trataba todo lo sucedido, porque ni siquiera yo lo sé. En realidad, la historia aún no está acabada, y espero que nunca lo esté, así que lo que más puedo esperar hacer es establecer cómo luce para este individuo particular en este momento exacto, y ni

siquiera puedo prometerles que mañana no llegaré a entenderla mucho mejor que cualquier cosa que esté escribiendo ahora.

Contar historias no es mi don. La verdad es que ése tampoco es el don de Truecacuentos, y él sería el primero en admitirlo. Colecciona historias, de acuerdo, y aquéllas que él reúne son importantes, así que lo escuchan porque la historia en sí misma importa. Pero ustedes saben que él no hace mucho con su voz, ni hace girar sus ojos o gesticula como lo hacen los verdaderos oradores. Su voz no es lo suficientemente fuerte como para llenar una cabaña de buen tamaño, digamos sólo un cobertizo. No, contar historias no es su don. Es un pintor como mucho, o tal vez un tallador o un impresor o cualquier cosa que pueda usar para contar o mostrar la historia, pero no es un genio en ninguna de ellas.

El hecho es que si le preguntas a Truecacuentos cuál es su don, él dirá que no tiene ninguno. No miente –jamás podría alguien dejar un letrado con tal acusación en la puerta de Truecacuentos-. No, simplemente puso su corazón en un don cuando era un muchacho, y toda su vida ése le pareció el único don que valía la pena tener y puesto que nunca lo consiguió (según él), no debe tener don alguno. Y no pretendas no saber cuál es el don que él quería, porque prácticamente te abofetea la cara con ello cada vez que habla por un buen rato. Quería el don de la profecía. Por eso siempre ha estado tan celoso de Peggy Lerner, porque ella es una tea y desde la infancia vio todos los futuros posibles de las vidas de las personas, y aunque eso no es exactamente lo mismo que saber el futuro –el modo en que las cosas ocurrirán realmente y no el modo en que podrían ser- se acerca bastante. Tanto que creo que Truecacuentos hubiera sido feliz siendo una tea por cinco minutos. Probablemente se hubiera reído burlonamente de sí mismo hasta la muerte durante una semana si tal cosa hubiese sucedido.

Cuando Truecacuentos dice que no tiene un don, sin embargo, te aseguro que se equivoca. Como muchos otros, él tiene un don y ni siquiera lo sabe porque ése es el modo en que los dones funcionan –simplemente se siente como algo natural para la persona que la posee, algo tan fácil como respirar, así que no piensas que eso pudiera ser tu poder especial porque, diablos, eso es fácil-. No sabes que es un don hasta que alguien más se sorprende o se enfada o se excita o demuestra cualquier otro sentimiento que tu don parezca provocar en la gente. Y entonces piensas, ¡Hey, hay gente que no puede hacer esto! ¡Tengo un don! y ya no hay forma de tratar contigo hasta que finalmente te tranquilizas y vuelves a la vida normal y dejas de fanfarronear sobre cómo puedes hacer esta cosa estúpida que nunca te había emocionado antes cuando eras más juicioso.

Hay quienes nunca descubren que tienen un don, pese a todo, porque nadie más lo nota tampoco, y Truecacuentos es de éstos. Yo mismo no me di cuenta hasta que comencé a tratar de reunir todas mis memorias y todo lo que cualquiera me hubiese dicho alguna vez sobre la vida de Alvin Maker. Imágenes tuyas trabajando con el martillo en la fragua cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo, por si alguna vez olvidamos que tuvo un trabajo honesto, obtenido con su propio sudor, y que no se dedicó simplemente a bailar a través de la vida como una cuadrilla y con la Dama Fortuna como cariñosa compañera –como si pudiéramos pensar que la Dama Fortuna hizo algo más que flirtear con él, y si pese a todo él trató de acercársele alguna vez, descubrió que tenía sífilis y no volvió a buscarla-; Fortuna trabaja para el Deshacedor, cuando la gente comienza a confiar en ella para que los salve. Pero me estoy alejando del tema, y ahora

tendré que leer de nuevo el comienzo de este párrafo para recordar de qué rayos estaba hablando (y puedo oír a los moralistas y puritanos diciendo, ¿Qué está haciendo al poner maldiciones en el papel, no tiene acaso sentido de la decencia del lenguaje? a lo que respondo: Cuando maldigo, no le hago daño a nadie y ello hace a mi lenguaje más colorido y el cielo sabe que puedo usar el color, y puedo asegurarles que he aprendido a blasfemar con el mejor y que sé cómo hacer mi lenguaje mucho más colorido de lo que es ahora, pero ya me he suavizado para que no sufran una apoplejía leyendo mis palabras. No me gustaría pasar la mitad de mi vida acudiendo a los funerales de la gente que sufrió un ataque por leer mi libro, así que en lugar de criticarme por las feas palabras que se escabullen en mi escritura ¿por qué no me alaban por todo el material realmente desagradable que virtuosamente he elegido dejar fuera? Todo depende de cómo lo miren, creo, y si tienen tiempo para protestar por mi lenguaje, entonces no tienen suficientes cosas que hacer y estaré contento de ponerlos en contacto con amigos que necesitan más manos para ayudarlos con su productiva labor. Bien, de cualquier modo miré atrás al comienzo de este párrafo una vez más para ver de qué rayos estaba hablando y el punto es que cuando recolecté todas estas historias y las puse juntas, noté que Truecacuentos parece continuar apareciendo en los más extraños lugares justo en el momento en que algo importante estaba por suceder, así que terminó siendo testigo o incluso partícipe de un remarcable número de acontecimientos.

Ahora, permítanme preguntarles francamente, amigos míos. Si un hombre parece saber, saber realmente hasta los huesos, cuándo va a suceder algo importante, y dónde, y con suficiente antelación como para llevar su cuerpo hasta el lugar y ser un testigo incluso antes de que ocurra, ¿no es eso profecía? Quiero decir, ¿por qué decidió William Blake dejar Inglaterra y venir a América si no fue porque sabía que el mundo estaba a punto de abrirse y parir a otro Hacedor después de tantas generaciones? El solo hecho de que él no lo supiese a ciencia cierta no significa que no fuese un profeta. Él pensaba que tenía que ser un profeta con su boca, pero yo digo que es un profeta en sus huesos. Que es la razón por la que de repente se encontró vagabundeando de vuelta a la aldea de Iglesia de Vigor, al molino del padre de Alvin, por ninguna razón de la que fuera consciente, exactamente en el día y la hora en que hermano menor de Alvin, Calvin Miller, decidió escapar e ir a buscar problemas a lugares remotos. Truecacuentos no tenía idea de lo que iba a suceder, pero amigos, yo les digo, él estaba ahí, y cualquiera que diga que Truecacuentos no tiene un don, incluyendo al mismo Truecacuentos, es un tonto. Por supuesto que lo digo en el sentido más amable posible, como diría Horace Guster.

Ése es el día con el que he elegido retomar mi relato, principalmente porque puedo decir por experiencia que no ocurrió nada interesante durante esos largos meses en que Alvin todavía trataba de enseñar a un montón de tipos corrientes cómo convertirse en Hacedores como él en vez de... bueno, cada cosa a su tiempo. Digamos simplemente que mientras algunos de ustedes están ansiosos de criticarme por no hablar sobre las lecciones de Alvin sobre el arte de Hacer y cada aburrido instante de cada clase en que trataba de enseñar a saltar a los peces, puedo prometer que dejar esos días fuera de mi historia es un acto de caridad.

Hay mucha gente y demasiada confusión en la historia, también, y es algo que no puedo evitar, porque si lo hiciese todo claro y simple sería una mentira. Era un gran enredo y había un montón de gente diferente involucrada y además, para decirles la verdad, hay muchas cosas que sucedieron de las que no sabía nada entonces y de las que aún no sé demasiado. Me gustaría decir que estoy contando todas las partes importantes de la historia, hablando de toda la gente importante, pero sé muy bien que puede haber partes importantes de las que no he escuchado nada, y gente importante a la que no presté la atención que merecían. Hay material que nadie conoce, y cosas que nadie dice, y aun cosas que algunos saben sin darse cuenta. E incluso mientras trato de explicar las cosas como yo las entiendo estoy dejando afuera otras sin quererlo, y repitiendo algunas que ya pueden saber, o contradiciendo algo que pensaban que era un hecho comprobado, y todo lo que puedo decir es que yo no soy Truecacuentos, y si quieren saber la verdad más profunda deberían buscarlo y hacer que abra y lea los primeros dos tercios de su pequeño libro y entonces les aseguro, por mucho que él diga que no es un profeta, les aseguro que escucharán cosas que rizarán sus cabellos, o los alisarán, según sea el caso.

Hay una cuestión, sin embargo, para la que simple y llanamente no tengo la respuesta, aun cuando todo lo demás depende de ella. Tal vez si digo lo suficiente ustedes podrán deducirla por sí mismos. Pero lo que no comprendo es por qué Calvin se fue del modo en que lo hizo. Era un muchacho dulce, según dicen. Alvin y él eran tan unidos como dos chicos pueden serlo. Quiero decir, que peleaban, claro, pero nunca hubo malicia en ello, y Cally creció sabiendo que Al moriría por él. ¿Así que qué fue lo que causó que la envidia y los celos comenzaran a roer el corazón de Calvin y que dando la espalda a su hermano decidiese deshacer todo su trabajo? Mucho de lo que estoy por contarles lo escuché de boca del propio Cally, pero pueden estar seguros de que él nunca se sentó a explicar, a mí o a alguien más, el por qué de su cambio. Oh, él le contó a muchos por qué odiaba a Alvin, pero no hay ni un atisbo de verdad en lo que decía al respecto, ya que simplemente se dedicaba a acusar a su hermano de hacer aquello que la audiencia odiaba más. A los puritanos les decía que odiaba a su hermano porque lo vio haciendo tratos con el diablo. A los realistas les contó que detestaba a Alvin porque había visto cómo su hermano mataba a un hombre sólo porque éste había tratado de recobrar su propiedad, un bebé esclavo fugitivo llamado Arturo Estuardo (¡a los realistas les daría dentera el sólo pensar en un niño medio negro cuyo nombre fuera el mismo del Rey!). Calvin siempre tiene una historia que lo justifique frente a los ojos de los extraños, pero nunca una verdadera explicación para aquellos de nosotros que sabemos la verdad sobre Alvin Maker.

Sólo les diré esto: la primera vez que vi a Calvin, en Iglesia de Vigor, el año en que Alvin trataba de enseñar a Hacer, el año anterior a su partida, yo les digo, amigos, Calvin ya se había ido. Cada palabra de Alvin era como veneno en su corazón. Si Alvin no le prestaba atención, Calvin se sentía desplazado y lo hacía notar. Luego, si Alvin se preocupaba por él, Calvin se enfadaba y se enfurruñaba y le gritaba a Alvin que nunca lo dejaba solo. No había forma de complacerlo.

Pero decir que era “contradictorio” no explica nada. Es sólo un nombre para la manera en que se comportaba, no una respuesta a la cuestión de por qué actuaba de ese modo. Tengo mis propias suposiciones, pero son suposiciones y nada más, ni siquiera lo que llaman “suposiciones educadas” porque no existe tal

cosa como una educación tan buena que haga las suposiciones de un hombre mejores que las de otro. O sabes o no sabes, y yo no sé.

No sé por qué la gente que consiguió lo que necesitaba para ser feliz no siguió simplemente adelante y fue feliz. No sé por qué las personas que se sienten solas continúan apartándose de todo aquél que trata de hacer amistad con ellas. No sé por qué la gente culpa a los tipos débiles e inofensivos por sus problemas, mientras dejan que el verdadero enemigo se salga con la suya y cause tanto daño. Y desde luego que no sé por qué me molesto en escribir todo esto si sé que al final no estarán satisfechos.

Déjenme decirles algo sobre Calvin. En una ocasión lo vi tomando clases con Alvin, y por una vez estaba tomando atención, verdadera atención, haciendo caso de cada palabra proveniente de los labios de su hermano. Y pensé: por fin lo está entendiendo. Al fin se ha dado cuenta de que si quiere ser el séptimo hijo de un séptimo hijo, si de veras desea ser un Hacedor, tiene que aprender de Alvin cómo lograrlo.

Y entonces la clase terminó, y me senté allí observando a Calvin mientras el resto salía de la habitación y regresaba a sus quehaceres, hasta que sólo quedamos Calvin y yo, y Calvin va y me habla -la mayor parte del tiempo me ignoraba como si no estuviera ahí- me habla y en unos pocos segundos me doy cuenta de lo que está haciendo. Está imitando a Alvin. No la voz corriente de Alvin, sino la voz de profesor de Alvin. Todos recuerdan cuando eso sucedió - recuerdo que aprendió esa forma florida y lujosa de hablar cuando estudiaba con la Señorita Larnier, antes de que ella se quitara el disfraz y él se diera cuenta de que era la misma Peggy Guester que guardó su membrana de nacimiento y lo protegió a través de su juventud-. Las grandilocuentes palabras que ella aprendió en Dekane o de los libros que leía. Alvin quería sonar refinado como ella, o a veces lo deseaba, al menos, así que aprendió las palabras y las usa para hablar tan bien que uno piensa que estudió inglés con un experto en lugar de haber crecido con el idioma igual que el resto de nosotros. Pero no podía mantenerlo. De repente se escucharía a sí mismo hablando en un tono demasiado alto y simplemente comenzaría a reírse, o haría alguna broma y volvería a hablar como cualquiera. Y ahí estaba Calvin hablando con ese mismo tono elevado, sólo que él no se reía. Simplemente siguió con su imitación y, cuando hubo terminado me miró y dijo, "¿Estuvo bien?".

¡Como si yo supiera!

Y yo le digo, "Calvin, sonar como un hombre educado no te hace educado", y él me dice, "Prefiero ser ignorante y sonar educado que ser educado y sonar ignorante", y yo digo, "¿Por qué?" y él me responde, "Porque si suenas educado entonces nadie te prueba nunca para ver si es cierto, pero si suenas ignorante nunca dejan de hacerlo".

Ése es mi punto. Bueno, tal vez no es el punto con el que comencé, pero hace rato que perdí la pista de ése. Así que éste es el punto que quiero establecer ahora: yo sé más de lo que ocurrió durante el año de vagabundeo de Alvin que nadie más en esta verde tierra de Dios. Pero también soy consciente de todas las preguntas que todavía no puedo responder. Así que supongo que soy del tipo que sabe pero que parece ignorante. ¿De qué tipo es usted?

Si cree que ya sabe esta historia, por todos los dioses deje de leer y ahórrese algunos problemas. Y si va a criticarme por no terminar de una vez con todo y

hacer un bonito lazo para usted, ¿por qué no nos hace un favor a los dos y escribe su propio maldito libro? Sólo tenga la decencia de llamarlo un romance en vez de una historia, porque no hay lazos en una historia, sólo puntas deshilachadas y nudos que no pueden ser unidos. No es un bonito paquete pero tampoco es su cumpleaños que yo sepa, así que no tengo la obligación de hacerle ningún regalo.

2

Hipócritas

Calvin estaba a punto de estallar. Apenas a un paso de acercarse a Alvin y... y algo. Golpearlo en la nariz, tal vez, sólo que ya lo había intentado antes y Alvin simplemente lo había agarrado por la muñeca, lo había levantado con esos malditos músculos de herrero y había dicho, "Calvin, sabes que siempre podría lanzarte, ¿tenemos que hacer esto ahora?". Alvin siempre podría hacer todo mejor, o, en caso de que no pudiera, probablemente no valdría la pena hacerlo. La gente se reunía alrededor y escuchaba los balbuceos de Alvin como si tuvieran algún sentido. Todo el mundo observaba cada uno de sus movimientos como si fuera un oso bailarín. La única vez que alguien notó a Calvin fue para preguntarle si podría por favor apartarse un poco para ver mejor a Alvin.

¿Apartarme? Sí, supongo que puedo apartarme. Puedo ir hasta más allá de la puerta y bajo el sol abrasador y seguir hasta el camino que sube por la colina hasta la línea de árboles. ¿Y qué me impide seguir adelante? ¿Qué me impide seguir caminando hasta el borde del mundo y luego saltar afuera?

Pero Calvin no siguió caminando. Se apoyó en un arce viejo y grande y luego se sentó en la hierba y miró las tierras de Papá. La casa. El granero. Los gallineros. La porqueriza. El Molino.

¿Alguna vez volvió a girar la rueda del molino de Papá? El agua pasaba inútilmente a través del chifle, la rueda se inclinaba hacia delante pero no se movía, y las piedras en su interior permanecían inmóviles, también. Perfectamente podría haber dejado la enorme piedra de moler en la montaña, en vez de traerla hasta aquí abajo para nada mientras el hermano mayor Alvin llenaba las mentes de estas pobres gentes con esperanzas vanas. Alvin estaba triturándolos, como si hubiera puesto sus cabezas entre las piedras. Moliéndolos, convirtiéndolos en harina que el mismo Alvin hornearía, transformándolos en un

pan que se comería en la cena. Puede que haya sido un aprendiz de herrero durante todos esos años en Río Hatrack, pero aquí en Iglesia de Vigor era un panadero de cerebros.

Imaginar a Alvin comiéndose las cabezas trituradas de todo el mundo hizo que Calvin se sintiese deliciosamente sucio. Lo hizo reír. Estiró sus largas piernas delgadas sobre la hierba del prado y se recostó contra el tronco del arce. Un insecto caminaba sobre la piel de su pierna, metiéndose bajo sus pantalones, pero no se molestó en atraparlo y sacarlo, o siquiera en sacudir la pierna para ahuyentarlo. En cambio, continuó mirándolo fijamente¹, como si sus ojos fueran un juego extra de dedos, buscando el débil y frenético aleteo de la estúpida e inútil vida del insecto y cuando lo encontró le dio un pequeño pellizco, o más bien fue un simple pestañeo, una ligerísima contracción de los músculos alrededor de sus ojos, pero eso fue todo lo que tomó, nada más ese pequeño pellizco y el insecto dejó de moverse. Hay días, pequeño insecto, en que simplemente no vale la pena levantarse.

- Ésa debe ser una historia entretenida -dijo una voz.

A Calvin casi se le salió el alma del cuerpo. ¿Cómo podía alguien haberse acercado sin que se diera cuenta? Sin embargo, no se permitió mostrar su sorpresa. Su corazón tal vez latiese más rápido dentro de su pecho, pero aún esperó un minuto antes siquiera de girar la cabeza y mirar, y entonces se aseguró de parecer tan desinteresado como es posible hacerlo sin estar muerto.

Un tipo calvo, viejo y vestido con cuero de ciervo. Calvin lo conocía, por supuesto. Un viajero y ocasional visitante llamado Truecacuentos. Otro más que pensaba que el mundo empezó con Dios y terminó con Alvin. Calvin lo miró de arriba abajo. El cuero era casi tan viejo como el hombre.

- ¿Conseguiste esas ropas de un ciervo de noventa años, o tu papá y tu abuelo las usaron durante toda su vida para que lucieran así de mal?

- He usado esta ropa durante tanto tiempo -dijo el anciano-, que a veces las envío a pasear solas cuando estoy demasiado ocupado para ir yo mismo, y nadie parece notar la diferencia.

- Creo que te conozco -dijo Calvin-. Eres el viejo Truecacuentos.

- Lo soy -dijo el viejo-. Y tú eres Calvin, el más joven de los chicos del viejo Miller.

Calvin aguardó.

Y entonces ocurrió:

- El hermano pequeño de Alvin.

Calvin se dobló y se sentó y luego se puso en pie. Le gustaba ser alto. Le agradaba mirar hacia abajo la calva cabeza del anciano.

- Sabes, viejo, si tuviéramos otro como tú, podríamos poner sus suaves cabezas rosadas juntas y parecerían el trasero de un bebé.

- No te gusta que te llamen el hermano pequeño de Alvin, ¿eh? -preguntó Truecacuentos.

- Ya sabes dónde ir por tu almuerzo gratis -dijo Calvin. Comenzó a alejarse por el prado.

No teniendo ningún destino en mente, desde luego, su caminata pronto quedó en nada, y se detuvo un momento, mirando alrededor, deseando que hubiese algo que quisiera hacer.

El anciano estaba justo detrás suyo. ¡Diablos, el tipo era silencioso! Calvin tendría que recordar tener un ojo abierto y atento. Alvin lo hacía sin siquiera pensarlo, maldición, y Calvin podría hacerlo también si tan sólo se acordara de acordarse.

- Te oí farfullar algo -dijo Truecacuentos-. Cuando empecé a caminar detrás de ti.

- Bien, entonces supongo que aún no has quedado sordo.

- Te ví observando el molino y escuché que murmurabas algo y pensé, ¿qué ve este joven de divertido en un molino cuya rueda no gira?

Calvin se volvió para encararlo.

- Tú naciste en Inglaterra, ¿verdad?

- Así es.

- Y viviste en Filadelfia un tiempo, ¿no?. Te encontraste con el viejo Ben Franklin allí, ¿cierto?

- ¡Vaya memoria la tuya!

- ¿Entonces por qué hablas como un extranjero? Tú sabes y yo sé que se supone que hay un molino cuya rueda no gira, pero aquí estás, hablando como un campesino como si nunca hubieras ido a la escuela, pero yo sé que sí fuiste. ¿Y cómo es que no hablas como otros ingleses?

- Oídos agudos, ojos penetrantes -dijo Truecacuentos-. Un lince para los detalles. Torpe con el cuadro completo, pero un lince para los detalles. También yo me doy cuenta de que hablas peor de lo que podrías.

Calvin ignoró el insulto. No pensaba dejar que ese viejo zorro lo distrajera con trucos.

- Dije que cómo es que hablas como un hombre de la frontera.

- Paso mucho tiempo en la frontera.

- Yo paso mucho tiempo en el corral de las gallinas pero eso no me hace cacarear.

Truecacuentos sonrió.

- ¿Y entonces qué crees, muchacho?

- Pienso que tratas de sonar como la gente a la que le cuentas tus mentiras, para que así confíen en ti, piensen que eres uno de ellos. Pero no eres uno de nosotros, no eres uno de nadie. Eres un espía, robando las esperanzas, los sueños, las memorias y las fantasías de todo el mundo y dejándolos con nada excepto mentiras a cambio.

Truecacuentos parecía divertido.

- Si soy un criminal, ¿por qué no soy rico?

- No un criminal.

- Vaya, me tranquiliza ser absuelto.

- Sólo un hipócrita.

Truecacuentos entrecerró los ojos.

- Un hipócrita -repitió Calvin-. Pretendiendo ser lo que no eres. Así los demás confiarán en ti, pero están confiando en una sarta de mentiras.

- Tienes un interesante punto ahí, Calvin -dijo Truecacuentos-. ¿Dónde trazas la línea entre un hombre humilde que conoce sus propias debilidades pero trata de obrar virtudes que aún no ha dominado, y un hombre orgulloso que pretende poseer esas virtudes sin tener la más mínima intención de adquirirlas?

- Escuchen al pionero ahora -dijo Calvin con desdén-. Sabía que podrías dejar ese tono campestre en el momento en que lo quisieras.

- Sí, puedo hacerlo -dijo Truecacuentos-. Lo mismo que puedo hablar Francés con un francés y Español con un español o cuatro distintos tipos de Lengua Roja según con qué tribu esté. Pero tú, Calvin, ¿hablas con Desdén y Escarnio a todo el mundo? ¿O sólo a los que son mejores que tú?

A Calvin le tomó un momento darse cuenta de que lo habían rebajado, duramente y hasta el fondo.

- Podría matarte sin usar mis manos -declaró.

- Es más duro de lo que crees -respondió Truecacuentos-. Matar un hombre, quiero decir. ¿Por qué no le preguntas a tu hermano Alvin sobre ello? Él ya lo hizo una vez, por una causa justa, mientras que tú piensas en matar a un hombre porque te pellizcó la nariz. ¿Y te preguntas por qué digo que soy mejor que tú?

- Sólo quieres degradarme porque te nombré por lo que eres. Hipócrita. Como todos los demás.

- ¿Todos los demás?

Calvin asintió ceñudo.

- ¿Todo el mundo es un hipócrita excepto Calvin Miller?

- Calvin Maker -dijo Calvin. Aun mientras lo decía, sabía que era un error; nunca le había dicho a nadie el nombre con el que se llamaba a sí mismo, y ahora se jactaba de él, fanfarroneando, exigiéndolo, frente al menos comprensivo de los oyentes. El hombre que con mayor probabilidad, de todos los hombres posibles, repetiría el sueño secreto de Calvin a otros.

- Bueno, ahora parece ser unánime -dijo Truecacuentos-. Todos pretendiendo ser algo que no somos.

- ¡Soy un Hacedor! -insistió Calvin, alzando la voz, incluso sabiendo que eso lo hacía ver aún más débil y vulnerable. Simplemente no podía dejar de hablarle a ese viejo baboso-. ¡Tengo todo el talento que Alvin nunca ha tenido, pero nadie se molesta en notarlo!

- ¿Has hecho muchas piedras de moler últimamente, sin usar herramientas? -preguntó Truecacuentos.

- ¡Puedo hacer que las piedras de un muro encajen como si hubieran crecido así de la tierra!

- ¿Has curado alguna herida?

- Hace un momento maté a un insecto que se arrastraba sobre mi pierna sin siquiera poner mi mano encima.

- Interesante. Te pregunto sobre curar y tú me respondes sobre matar. A mí no me parecen las palabras de un Hacedor.

- ¡Tú mismo dijiste que Alvin mató a un hombre!

- Con sus manos, no con su don. Un hombre que recién había asesinado a una mujer inocente que murió para proteger a su hijo de la esclavitud. El insecto... ¿iba a lastimarte, a ti o a cualquiera?

- ¡Bien, ahí está, Alvin siempre hace lo correcto y es maravilloso, pero Calvin no puede hacer nada bien! Pero el mismo Alvin me contó la historia de cómo hizo que un montón de cucarachas se mataran a sí mismas cuando era un niño y...

- Y no aprendiste nada de esa historia, excepto que tienes el poder de atormentar a los insectos.

- ¡Él puede hacer lo que quiera y después hablar sobre cómo aprendió algo de ello, pero si yo hago lo mismo entonces soy malo! No puede enseñarme ninguno de sus secretos porque no estoy listo para ellos, pero sí lo estoy, sólo que no estoy listo para dejar que Alvin decida cómo usaré el don con el que nací. ¿Quién le dice a él lo que debe hacer?

- La luz interior de la virtud –respondió Truecacuentos-, a falta de un nombre más claro.

- ¿Bien, y qué hay de mi luz interior?

- Supongo que tus padres se hacen la misma pregunta, y a menudo.

- ¿Por qué no se me permite descubrir las cosas por mí mismo, como lo hizo Alvin?

- Pero por supuesto que se te está permitido hacer exactamente eso –dijo Truecacuentos.

- ¡No, no lo está! Él se sienta ahí tratando de explicar a esos seguidores estúpidos suyos, carentes de todo talento, cómo meterse dentro de las cosas y aprender lo que son y cómo están hechas por dentro y luego les dice que cambien las formas, como si eso fuera algo que la gente pudiese aprender...

- Pero ellos lo aprenden, ¿no?

- Si llamas movimiento a avanzar una pulgada al año, entonces supongo que puedes llamar a eso “aprendizaje” –dijo Calvin-. Pero a mí, el único que realmente entiende todo lo que él dice, el único que podría darle un uso a todo eso, ni siquiera me deja entrar en la habitación. Si me quedo allí simplemente cuenta historias y hace chistes y no enseñará nada hasta que me haya ido, ¿y por qué? Soy su mejor alumno, ¿no? Lo aprendo todo, lo absorbo tan rápido y puedo usarlo al momento, ¡pero él no me enseñará! Llama a los demás “aprendices de Hacedor”, pero a mí nunca me ha tomado para una sola lección, todo porque no me inclino ante él y lo alabo siempre que empieza a hablar de por qué un Hacedor no puede usar nunca su poder para destruir, sino sólo para construir, o lo pierde, lo que no tiene ningún sentido, porque el don de un hombre es su don y...

- A mí me parece –lo interrumpió Truecacuentos, su voz lo bastante afilada para cortar la rabia de Calvin-, que eres un jovencito especialmente difícil de enseñar. Le pides a Alvin que te enseñe, y él trata de hacerlo, pero después rehúsas escuchar porque sabes lo que no tiene sentido y lo que realmente importa, sabes que un hombre no tiene que *hacer* para ser un Hacedor, ya sabes tanto que me sorprende verte todavía esperando aquí, deseando que Alvin te enseñe cosas que sencillamente no tienes ganas de saber.

- ¡Quiero que me enseñe cómo meterme en lo pequeño de las cosas! –gritó Calvin-. ¡Quiero que me enseñe cómo cambiar a la gente del modo en que cambió a Arturo Estuardo para que los Rastreadores no pudiesen encontrarlo nunca más! ¡Quiero que me enseñe cómo meterme dentro de los huesos y los vasos sanguíneos, cómo transformar hierro en oro! ¡Quiero un arado de oro como el suyo y él no me enseñará cómo hacerlo!

- ¿Y nunca se te ha ocurrido –dijo Truecacuentos-, que cuando él habla de usar el poder de Hacer sólo para construir cosas, nunca para romperlas, puede estar enseñándote precisamente aquello por lo que clamas? Oh, Calvin, lamento tanto ver que tú mamá tuvo un hijo estúpido después de todo.

Calvin sintió la rabia explotar dentro de sí, y antes de darse cuenta de lo que hacía derribó al hombre y apretó sus caderas, presionando sus frágiles viejas

costillas y su estómago. Le tomó varios jadeos notar que el anciano no estaba defendiéndose. ¿Lo he matado? Se preguntó Calvin. ¿Qué haré si está muerto? Me detendrán por asesinato, seguro. No entenderán cómo me provocó, suplicando por una golpiza. No es que hubiese planeado matarlo.

Calvin puso sus dedos en la garganta de Truecacuentos, buscando el pulso. Ahí estaba, débil, pero probablemente débil siempre, tomando en cuenta lo viejo que era el hombre.

- No estoy muerto, ¿eh? -susurró Truecacuentos.

- No lo parece -dijo Calvin.

- ¿Cuántos hombres tendrás que vencer antes de que todos concuerden en que eres un Hacedor? - Calvin quería golpearlo de nuevo. ¿No había aprendido nada el viejo?- Sabes, si hieres lo suficiente a la gente terminarán por llamarte lo que quieras que te llamen. Hacedor. Rey. Capitán. Jefe. Maestro. Iluminado. Elige tu título, puedes hacer daño a la gente hasta que te llame así. Pero no habrás cambiado ni un poquito. Todo lo que habrás hecho es cambiar el significado de esas palabras, de tal forma que todas quieran decir lo mismo: Matón.

Calvin, rojo de vergüenza, se puso en pie y lo observó desde arriba. Se contuvo de patear al viejo hasta hacerle gelatina la cabeza.

- Tienes un don para las palabras -dijo.

- Las palabras ciertas en particular -dijo Truecacuentos.

- Las mentiras, por lo que puedo ver -dijo Calvin.

- Un mentiroso ve mentiras -dijo Truecacuentos-. Aun cuando no están ahí. Así como un hipócrita ve hipócritas en cuanto se encuentra con buena gente. No puede soportar la idea de que alguien pueda ser realmente lo que él finge ser.

- Has dicho una cosa cierta -dijo Calvin-. Sobre lo absurdo de quedarme esperando aquí a que Alvin me enseñe lo que obviamente piensa mantener en secreto. Debería haberme dado cuenta de que Alvin nunca iba a enseñarme nada, porque tiene miedo de que si la gente me ve haciendo todas las cosas que él puede hacer, dejará de ser el rey de la colina. Debo descubrirlo por mí mismo, como lo hizo él.

- Debes descubrirlo aprendiendo las mismas cosas que él aprendió -dijo Truecacuentos-. Sin embargo, solo o como su pupilo, no creo que seas capaz de aprender esas cosas.

- Te equivocas -dijo Calvin-. Te lo probaré.

- ¿Aprendiendo a dominar tu propia voluntad y usar tu poder sólo para construir cosas, sólo para ayudar a otros?

- Saliendo al mundo y aprendiéndolo todo y volviendo y mostrándole a Alvin quién tiene el verdadero talento de un Hacedor y quién está sólo pretendiendo.

Truecacuentos se incorporó apoyándose en un codo.

- Pero Calvin, tus acciones hoy aquí me han dado la respuesta a esa pregunta de una forma tan clara como el día.

Calvin quería patearlo en la cara. Callar esa boca. Romper la reluciente coronilla y ver los sesos desparramarse sobre el césped del prado.

En cambio dio media vuelta y caminó un par de metros hacia el bosque. Esta vez tenía un destino. La Civilización del Este. Las ciudades, las tierras donde la gente vivía apretada, una mejilla contra otra. Entre ellos habría algunos que podrían enseñarle. O, si eso fallaba, algunos con quienes experimentar hasta aprender todo lo que Alvin conocía. Calvin se había equivocado al quedarse aquí

tanto tiempo. Había sido un estúpido al esperar obtener alguna vez el cariño o la ayuda de Alvin. Lo adoraba, ése fue mi error, pensó Calvin. Tuvo que llegar este estúpido viejo tonto para mostrarme el tipo de desprecio que la gente siente por mí. Siempre comparándome con Alvin, el perfecto Alvin, Alvin el Hacedor, Alvin el hijo virtuoso.

Alvin el hipócrita. Hace con su poder todo lo que yo quiero hacer... sólo que es tan sutil que la gente ni siquiera nota que él la está controlando. ¡Dinos qué hacer, Alvin! ¡Muéstranos cómo Hacer, Alvin! ¿Dice Alvin alguna vez “No es tu don, pobre tonto, no puedo enseñarte esto como no puedo enseñar a un pez a caminar”? No. Simula que les enseña, los ayuda a obtener un par de patéticos éxitos ilusorios para que se queden con él, sus obedientes sirvientes, sus discípulos.

Bien, yo no soy uno de ellos. Soy mi propio hombre, más listo que él, y más poderoso, también, si puedo aprender todo lo que necesito. Después de todo, Alvin fue un séptimo hijo sólo por unos momentos tras su nacimiento, hasta que nuestro hermano mayor Vigor murió. Pero yo he sido un séptimo hijo toda mi vida, y aún lo soy hoy día. Estoy destinado a superar Alvin antes de mucho tiempo. Yo soy el verdadero Hacedor. El verdadero. No un hipócrita. No un mentiroso.

- Cuando veas a Alvin, dile que no me siga. No volverá a verme hasta que esté listo para ajustar cuentas con él, Hacedor contra Hacedor.

- Nunca podrá haber una batalla entre Hacedores -dijo Truecacuentos.

- ¿Oh?

- Porque si hay una batalla -dijo Truecacuentos-, es porque uno de ellos, al menos, no es de ningún modo un Hacedor, sino su opuesto.

Calvin rió.

- ¿Ese cuento de viejas? ¿Sobre un supuesto Deshacedor? Alvin cuenta las historias, pero todo es una sarta de patrañas para hacerlo lucir más heroico.

- No me sorprende que no creas en el Deshacedor -dijo Truecacuentos-. La primera mentira que el Deshacedor dice siempre es que no existe. Y sus verdaderos sirvientes siempre le creen, incluso mientras llevan a cabo su trabajo en el mundo.

- ¿Entonces soy el sirviente del Deshacedor? -preguntó Calvin.

- Por supuesto -dijo Truecacuentos-. Tengo sobre mi cuerpo las marcas que lo prueban.

- Esas marcas prueban que eres un hombre débil con una boca demasiado grande.

- Alvin me hubiese curado y fortalecido -dijo Truecacuentos-. Eso es lo que hacen los Hacedores.

Calvin no podía aguantar más de lo mismo. Dio una patada al hombre justo en la cara. Pudo sentir la nariz de Truecacuentos romperse bajo su pie; luego el anciano se derrumbó sobre la hierba y se quedó quieto. Calvin ni siquiera se molestó en comprobar su pulso. Si estaba muerto, lo estaba. El mundo sería un mejor lugar sin sus mentiras y sus groserías.

Sólo cuando se había adentrado en el bosque, unos cinco minutos más tarde, tomó conciencia de la enormidad de lo que había hecho. ¡Matar un hombre! ¡Puedo haber matado a un hombre, y dejarlo morir!

Debería haberlo curado antes de irme. De la forma en que Alvin cura a la gente. Entonces habría visto que soy realmente un Hacedor, porque lo curé. ¿Cómo pude perder tal oportunidad de mostrar lo que soy capaz de hacer?

Entonces se volvió y corrió de regreso a través de los árboles, esquivando las raíces, descendiendo velozmente una loma que apenas momentos antes había escalado. Pero cuando, jadeando, emergió en el prado, el anciano no estaba allí, aunque aún había restos de sangre pegados a la hierba y algunas manchas donde había descansado su cabeza. No estaba muerto, entonces. Se levantó y caminó, así que no puede estar muerto.

Qué tonto fui, pensó Calvin. Por supuesto que no lo maté. Soy un Hacedor. Los Hacedores no destruyen cosas, las construyen. ¿No es eso lo que Alvin siempre me dice? Así que, si soy un Hacedor, nada de lo que haga puede ser destructivo.

Por un instante estuvo a punto de comenzar a descender hacia el molino. Dejar que Trucacuentos lo acusara delante de todos. Calvin simplemente lo negaría y dejaría que ellos lidiaran con el problema. Desde luego que todos creerían a Trucacuentos. Pero Calvin sólo necesitaba decir “Ése es su don, hacer que la gente crea sus mentiras. ¿Por qué otra razón confiarían en este extraño en vez de en el hijo menor de Alvin Miller, cuando todos ustedes saben que yo no voy por ahí golpeando a la gente?”. Era una escena muy agradable de contemplar, con Padre y Madre y Alvin congelados sin hacer nada.

Pero ésta era una mejor escena: Calvin libre en la ciudad. Calvin lejos de la sombra de su hermano.

Y lo mejor de todo, ni siquiera podrían reunir un grupo de hombres para seguirlo. Porque en este pueblo, en Iglesia de Vigor, todos los adultos estaban atados por la maldición de Tenskwa Tawa, y a cada extraño que encontraran debían contarle la historia de cómo habían masacrado a los indios inocentes en Tippy-Canoe. Si no contaban la historia, sus manos y brazos se cubrirían con sangre chorreante, mudo testimonio de su crimen. Por eso nunca se aventuraban en el mundo exterior, donde se encontrarían con extraños. El mismo Alvin podría venir en su busca, pero nadie más excepto aquellos que habían sido demasiado jóvenes para tomar parte en la masacre se le uniría. Oh, sí, su cuñado Soldado, él no estaba sujeto a la maldición. Y tal vez Mesura no estaba realmente bajo la maldición, porque la había tomado él mismo, pese a que no había sido parte de la batalla. Tal vez él pudiera salir. Pero aun eso no era lo suficiente para una cuadrilla de búsqueda.

¿Y de todas formas, por qué se molestarían en buscarlo? Alvin pensaba que Calvin no era nada. Que no valía la pena enseñarle. ¿Por qué valdría la pena seguirlo?

Mi libertad estuvo siempre a unos pocos pasos, pensó Calvin. Todo lo que necesitaba era darme cuenta de que Alvin nunca iba a aceptarme como un verdadero amigo y hermano. Trucacuentos me enseñó eso. Debería darle las gracias.

Hey, ya le di todas las gracias que merecía.

Calvin soltó una risa ahogada. Luego dio media vuelta y se encaminó nuevamente al bosque. Tratava de moverse tan silenciosamente como lo hacía siempre Alvin, moviéndose a través del bosque –un truco que Al había aprendido de los salvajes Rojos antes de que se fueran, cruzando el Mizzipy, a las tierras

vacías del oeste-. Pero pese a sus esfuerzos, Calvin siempre terminaba haciendo ruido y rompiendo ramas.

Por lo que sé, se dijo Calvin, Alvin hace tanto ruido como yo, y simplemente usa su poder para hacernos creer que es silencioso. Porque si todo el mundo piensa que eres silencioso, eres silencioso, ¿verdad? No existe ninguna diferencia.

¡No sería como ese hipócrita de Alvin que nos tiene a todos convencidos de que está en perfecta armonía con el bosque cuando en realidad es tan torpe como cualquier otro! Al menos yo no me avergüenzo de hacer un poco de ruido honesto.

Con ese tranquilizante pensamiento, Calvin se zambulló en la espesura, rompiendo las ramas y levantando las hojas caídas con cada paso.

3

Vigilantes

Mientras Calvin emprendía su viaje hacia algún lugar, tratando de no pensar sobre Alvin a cada paso, había alguien más embarcado en un viaje, deseando también conseguir dejar de pensar en Alvin. Ahí es donde todo parecido termina, sin embargo. Porque ésta era Peggy Lerner, que conocía a Alvin mejor y lo amaba más que cualquier alma viviente. Se encontraba en una carroza, en un camino de tierra en los Apalaches, y se sentía tan desgraciada al menos como Calvin. La diferencia era que ella se culpaba a sí misma por su infelicidad.

En los días siguientes al asesinato de su madre, Peggy Lerner había imaginado que se quedaría en Río Hatrack por el resto de su vida, ayudando a su padre a atender el negocio. Ya estaba harta de las grandes cosas del mundo. Había usado su mano para inmiscuirse en ellas, y el resultado fue que olvidó atender sus propios asuntos y no vio acercarse la muerte de su madre. Evitable, fácilmente, se debió al mero azar; una simple palabra de advertencia y su madre y su padre habrían sabido que los Rastreadores de esclavos iban a volver esa noche y cuántos eran, y cuán armados, y a través de qué puerta aparecerían. Pero Peggy había estado mirando los grandes acontecimientos del mundo, había estado preocupada con su tonto amor por el joven oficial herrero llamado Alvin que había aprendido a hacer un arado de oro viviente y luego le había pedido a ella que se casara con él y lo acompañara por el mundo a combatir al Deshacedor, y todo el tiempo el Deshacedor había estado destruyendo su propia vida junto a la puerta trasera, con una explosión de escopeta que había hecho pedazos la carne de su madre y le había dado a Peggy una carga terrible para llevar toda su vida. ¿Qué clase de niño no se preocupa de salvar la vida de su propia madre?

Podría no casarse con Alvin. Casarse sería como recompensarse a sí misma por su propio egoísmo. Se quedaría y ayudaría a su padre en su trabajo.

Pero ni siquiera eso pudo hacer, no por mucho tiempo. Cuando su padre la miraba -o, peor aún, cuando evitaba mirarla- ella sentía su pena clavarse en su

corazón. Él sabía que ella podría haberlo evitado. Y aunque se esforzaba enormemente para no reprochárselo a su hija, ella no necesitaba sus palabras para saber lo que había en su corazón. No, y tampoco necesitaba su don para ver los deseos que guardaba en éste, sus amargos recuerdos. Lo sabía sin la necesidad de mirar, porque lo conocía profundamente, como los hijos conocen a los padres.

Llegó un día, entonces, en que ella ya no podía soportarlo. Había dejado la casa una vez antes, cuando niña, dejando una nota. Esta vez se fue con más valentía, enfrentando a su padre y diciéndole que no podía quedarse.

- ¿He perdido a mi hija entonces, así como perdí a mi mujer?

- A tu hija la tendrás siempre -dijo Peggy-. Pero la mujer que pudo haber evitado la muerte de tu esposa, y no lo hizo... esa mujer no puede seguir viviendo aquí.

- ¿Acaso he dicho algo? ¿He dicho o hecho algo...?

- Es tu don hacer que la gente se sienta bienvenida bajo tu techo, Padre, y has hecho tu mejor trabajo conmigo. Pero ningún don puede aliviar la terrible carga que pesa sobre mi alma. No hay amor o cariño que puedas mostrarme que esconda... de mí... tu sufrimiento cada vez que me ves.

El Padre sabía que no podía seguir engañando a su hija, siendo ella una tea como lo era.

- Te extrañaré con todo mi corazón -dijo.

- Y yo te extrañaré a ti, Padre -respondió ella. Con un beso, con un breve abrazo, se marchó. Una vez más viajó en el carromato de Whitley Physicker a Dekane. Allí visitó a una familia que la había tratado con gran amabilidad, tiempo atrás.

No se quedó mucho tiempo, sin embargo, y pronto tomó el coche que bajaba a Franklin, la capital de los Apalaches. No conocía a nadie allí, pero pronto lo haría -ningún corazón podía permanecer cerrado para ella-, y no tardó en encontrar personas que odiaban la institución de la esclavitud tanto como ella. Su madre había muerto por aceptar a un niño medio negro en su casa, en su familia, como su propio hijo, aunque por ley pertenecía a algún hombre blanco de los Apalaches.

El muchacho, Arturo Estuardo, era libre aún, y vivía con Alvin en la aldea de Iglesia de Vigor. Pero la institución de la esclavitud, que había matado tanto a la madre biológica como a la madre adoptiva del niño, ésa, también, vivía todavía. No había esperanzas de cambiar eso en las tierras del sur, que aún pertenecían al Rey, pero los Apalaches habían ganado su libertad como nación gracias al sacrificio de George Washington y bajo el liderazgo de Thomas Jefferson. Era una tierra de altos ideales. De seguro ella podría tener alguna influencia allí, para erradicar del lugar el mal de la esclavitud. Fue en los Apalaches que Arturo Estuardo había sido concebido en la cruel violación de una esclava a manos de su amo. Era en los Apalaches, por tanto, que Peggy maniobraría silenciosa pero decididamente para ayudar a aquellos que odiaran la esclavitud y obstaculizar a aquellos que la perpetuaran.

Viajaba disfrazada, por supuesto. No es que alguien aquí fuera a reconocerla, pero no le gustaba que la llamaran Peggy Guester, porque ése era también el nombre de su madre. En cambio, se hizo pasar por Peggy Lerner, dotada profesora de Francés, Latín, y música, y así se dedicó a enseñar, aquí unas

cuantas semanas, allá otras tantas. Las suyas eran clases superiores, destinadas a los profesores de varias aldeas y villas.

Aunque se dedicaba concienzudamente a sus lecciones públicas, lo que más le interesaba era encontrar los fuegos interiores de quienes eran contrarios a la esclavitud, o de quienes, sin ser capaces de admitir su desagrado al respecto, al menos se sentían incómodos y en deuda con sus propios esclavos. Los que se esforzaban en ser delicados, los que secretamente permitían a sus esclavos aprender a leer y escribir y contar. Estos buenos corazones eran los que ella se atrevía a animar. Los llamaba y les mostraba con sus palabras otros cursos para sus vidas, que aunque eran pocos y borrosos, les hacían ganar en valentía y los ayudaban a hablar en contra del mal de la esclavitud.

De esta forma, estaba todavía ayudando al trabajo de su padre. ¿Porque no había el viejo Horace Guester arriesgado su vida por muchos años, ayudando a esclavos fugitivos a cruzar el Hio e ir al norte hacia territorio francés, donde ya no serían esclavos, donde los Rastreadores no podrían ir? Tal vez ella no viviera con su padre, tal vez no pudiera aliviar ninguna parte de su carga y su pena, pero podía llevar a cabo su trabajo, y quizás al fin hacer de ése un trabajo innecesario, cuando hubiera logrado su propósito, no un esclavo a la vez, sino todos los esclavos de los Apalaches en conjunto.

¿Seré capaz entonces de regresar y mirarlo a la cara? ¿Seré redimida? ¿Significará algo entonces la muerte de Madre, en vez de ser el inútil resultado de mi imprudencia?

Ésta era la parte más dura de su disciplina: se negaba a permitir que cualquier pensamiento sobre Alvin Smith la distrajera. Una vez él había sido el foco completo de su vida, pues ella había estado presente en su nacimiento, había retirado la membrana natal de su cara, y por años usó el poder de la membrana seca para protegerlo contra los ataques del Deshacedor. Después, cuando él se volvió un hombre y aprendió lo suficiente sobre sus poderes para protegerse a sí mismo, aún era el centro de su corazón, pues había llegado a amar el hombre en que se estaba transformando. Entonces había vuelto a Río Hatrack, disfrazada por primera vez de la Señorita Lerner, y allí les dio, a él y a Arturo Estuardo, el tipo de educación de la que estaban hambrientos. Y durante todo ese tiempo se escondía tras los conjuros² que había realizado para ocultar su verdadero nombre y rostro, se escondía y lo observaba como un espía, como un cazador, como un amante que no se atreve a ser descubierto.

Fue también en ese disfraz que él se enamoró de ella. Todo fue una mentira, le mentí a él, me mentí a mí misma.

Así que no buscaría el brillante fuego, aunque sabía que podría encontrarlo en un instante, sin importar la distancia. Tenía otra tarea en su vida. Otras metas que lograr y otras cosas que deshacer.

Aquí estaba la mejor parte de su nueva vida: todo aquél que supiera algo sobre la esclavitud sabía que era algo malo. Los niños ignorantes creciendo en un país de esclavos, o las personas que nunca habían tenido ni visto esclavos o ni siquiera conocido a un hombre o una mujer negros... ellos tal vez podían creer que no había nada malo en ello. Pero aquellos que la conocían, esos entendían la maldad de la esclavitud.

Muchos de ellos, por supuesto, simplemente se mentían a sí mismos o se daban excusas o llanamente abrazaban el mal con ambos brazos... cualquier cosa

con tal de conservar su modo de vida, conservar su riqueza y comodidad, su prestigio, su honor. Pero eran más los que se sentían miserables por esta riqueza proveniente del trabajo y el sufrimiento de los negros que habían sido raptados en su tierra nativa y traídos contra su voluntad al oscuro continente Americano. De estos eran los corazones que Peggy buscaba alcanzar, especialmente los fuertes, los que podían tener el valor necesario para marcar una diferencia.

Y sus esfuerzos no eran en vano. En los lugares que dejaba, la gente hablaba –no, para ser franco, se quejaba a viva voz- de aquellas cosas que nunca habían sido abiertamente cuestionadas. Ciertamente, hubo sufrimiento. Algunos de aquellos cuyo coraje ella había ayudado a despertar fueron embreados y emplumados, o asesinados, o sus casas y graneros incendiados. Pero los excesos de los esclavistas sirvieron sólo para mostrar a otros la necesidad de entrar en acción, de ganar su libertad en un sistema que los estaba destruyendo a todos.

Ese día estaba haciendo un recado. Un coche alquilado había venido para llevarla a un pueblo llamado Baker's Fork, y ya se encontraba en camino, acalorada y cansada y llena de polvo, como siempre estaban los que viajaban en verano, cuando de repente sintió curiosidad por observar lo que sucedía en cierto camino.

Ahora bien, Peggy no era curiosa de un modo ordinario. Habiendo tenido, desde pequeña, la habilidad de conocer los secretos más íntimos de las personas, había aprendido joven a huir de la simple curiosidad. Sabía muy bien que hay cosas de la gente que es mejor no saber. Cuando niña hubiera dado mucho por no saber lo que los niños de su edad pensaban de ella, el miedo que le tenían, el desprecio debido a su extrañeza, debido al tono calmado en que sus padres le hablaban. Oh, hubiera estado feliz de no saber los secretos de los hombres y mujeres que la rodeaban. La curiosidad era su propio castigo, cuando estabas segura de encontrar la respuesta a tu pregunta.

Pues bien, el hecho en particular, de entre todos los posibles, que despertó la curiosidad de Peggy ocurrió en un sendero en las colinas bajas del norte de los Apalaches –y eso es lo más curioso de todo-. Y así, en lugar de tratar de seguir la huella, miró en su interior buscando descubrir lo que había al final del camino. Pero en cada camino que veía, en el que ordenaba al chofer del carromato que diera la vuelta y siguiera la senda, ésta conducía a un espacio en blanco, un lugar en donde lo que podría haber ocurrido allí no podía ser conocido.

Era algo extraño para ella, no tener ni idea de cuál podía ser el resultado. Estaba acostumbrada a la incertidumbre, pues existían muchos caminos que el flujo del tiempo podía seguir. Pero no ver ni un ligero destello, eso sí era nuevo. Nuevo y –tenía que admitirlo- atractivo.

Trató de ponerse en guardia, decirse a sí misma que si no podía ver se debía a que el Deshacedor la estaba bloqueando, que debía haber un terrible destino al final de ese camino.

Pero no se sentía como el Deshacedor. Se sentía como algo correcto seguir el sendero. Se sentía como algo necesario, aunque se estremeció levemente al pensar en el peligro de hacerlo. ¿Es así como el resto de la gente se siente siempre? Se preguntó. ¿Todo el futuro en blanco? ¿Sin ninguna pista, pudiendo confiar tan sólo en los sentimientos? ¿Es este estremecimiento lo que sintió George Washington justo antes de rendir su ejército a los rebeldes de los Apalaches y luego entregarse al mismo rey que había traicionado?

Seguramente no, pues el viejo George estaba bastante seguro del resultado. Tal vez fuese como lo que sintió Patrick Henry cuando gritó “¡Dadme libertad o dadme muerte!”, sin una noción clara de cuál de ambas, si es que alguna, ganaría. Actuar sin saber...

- ¡Dé la vuelta! -ordenó.

El conductor no la oyó sobre el estruendo de los cascos de los caballos, el traqueteo y el crujido del carruaje.

Golpeó el techo del carro con su sombrilla.

- ¡Dé la vuelta!

El chofer jaló las riendas y detuvo los caballos. Deslizó la tapa de la diminuta abertura que permitía a los pasajeros intercambiar palabras con el conductor.

- ¿Qué, señora?

- Dé la vuelta.

- No he tomado ninguna desviación mala, señora.

- Lo sé. Quiero seguir el camino que acabamos de pasar.

- Ése sólo lleva a Chapman Valley.

- Excelente. Entonces lléveme a Chapman Valley.

- Pero me contrataron para llevarla a la escuela de Baker's Fork.

- Vamos a detenernos por la noche de todas formas. ¿Por qué no hacerlo en Chapman Valley?

- No tienen posada.

- De cualquier modo, dé la vuelta o espéreme aquí mientras yo voy por ese camino.

La tapa de la abertura se cerró -quizás más abruptamente de lo necesario- y el coche giró en una amplia curva sobre la pradera. No había llovido en los últimos días, así que no fue difícil, y pronto estaban subiendo por el sendero que tanto despertaba su curiosidad.

El valle, cuando lo vio, era bonito, aunque no había nada remarcable sobre su belleza. Excepto por el tupido bosque que coronaba las colinas circundantes, el valle había sido domesticado: todos los árboles en aquellos lugares donde habían sido plantados, todas las casas construidas para acoger a las siempre grandes familias que vivían allí. Tal vez las paredes estuvieran mejor pintadas, y tal vez de un blanco más blanco que en otros lugares -o tal vez eso es lo que Peggy percibía, porque escrutaba agudamente el paisaje buscando aquello que había despertado su curiosidad-. Quizás los árboles en los huertos eran más viejos de lo normal, más nudosos, como si todo se hubiese establecido mucho tiempo atrás, el más antiguo de los asentamientos de los Apalaches. ¿Pero y qué con eso? Todo en América era nuevo; seguro que había alguien en ese pueblo que aún recordase su fundación. Nada al oeste de la primera cadena de montañas era más viejo que el más viejo de los ciudadanos.

Como siempre, era consciente de los fuegos interiores de las personas que habitaban el lugar, como chispas de luz que podía ver incluso en la hora más brillante de la tarde, a través de todas las paredes, detrás de todas las colinas, en todos los áticos o sótanos donde pudieran encontrarse. Era la gente ordinaria de cualquier ciudad, quizás algo más satisfecha que otra, pero no inmune a los sufrimientos de la vida, al resentimiento mezquino, la pena o la envidia. ¿Por qué había venido aquí?

Llegaron a una casa en la que no había nadie. Volvió a golpear el techo del carruaje. Los caballos se detuvieron, y la pequeña puertecilla se abrió.

- Espere aquí -dijo Peggy.

No sabía por qué esta casa, la vacía, llamaba su atención. Quizá se debía al modo en que obviamente había crecido a su alrededor un pequeño agregado, aumentando de tamaño poco a poco hasta ser finalmente un enorme ala de la casa, a medida que la estética daba paso a la necesidad de más espacio, más espacio. ¿Cómo es que, en un lugar tan grande y bien atendido, no había nadie?

Entonces se dio cuenta de que escuchaba a alguien cantando dentro de la casa. Y risas en el patio posterior. Cantos y risas, pero ningún fuego a la vista. Nunca en toda su vida le había ocurrido algo tan extraño. ¿Era ésta una casa encantada? ¿Vivían aquí los muertos sin descanso, incapaces de dejar atrás su vida? ¿Pero quién había escuchado alguna vez de risas en una casa encantada? ¿O de una canción tan alegre?

Y allí, corriendo alrededor de la casa, había un niño de no más de seis años, perseguido por tres niñas más grandes. Ninguno de ellos tenía fuego interior. Pero por la tierra en la cara del niño y la rabia en los ojos de las tres niñas de rostros colorados, estos no podían ser los espíritus de los muertos.

- ¡Hola, hey! -gritó Peggy, agitando la mano.

El niño, sorprendido, la miró. Esa pausa fue su ruina, pues las niñas lo atraparon y empezaron a golpearlo con gran entusiasmo; su respuesta fue igualmente vigorosa, maldiciéndolas con furia. Peggy no conocía a ninguno de ellos, pero tenía pocas dudas: probablemente el niño, como todos los niños, habría hecho alguna miserable travesura que molestó a las muchachas -¿sus hermanas?-. También estaba bastante segura de que las niñas, más allá de las inevitables protestas de inocencia, lo habían provocado antes, sin duda, pero de una manera sutil, verbal, de tal forma que él nunca pudiera mostrarle algún moretón a su madre y ponerla de su lado. Tal era la interminable guerra que existía entre niños y niñas. Extraña o no, sin embargo, Peggy no podía permitir que la violencia de las chiquillas se les fuera de las manos, y parecía que no estaban dispuestas a tomarse a la ligera los azotes que dispensaban al muchacho, que aullaba. Continuaban con la golpiza, no como si fuese un día festivo, sino como si fuera el pan de cada día, como si fuera su trabajo cotidiano y un observador fuera a examinar su desempeño más tarde y dijera, "Yo diría que el muchacho recibió una buena paliza. ¡De acuerdo, aquí está la paga del día!".

- Ya es suficiente -dijo Peggy, entrando a zancadas en el patio.

Las niñas la ignoraron hasta que Peggy estuvo sobre ellas y agarró a dos por el cuello. Incluso entonces seguían batiendo sus puños, golpeando no pocas veces a la misma Peggy, mientras la tercera muchacha continuaba con la golpiza. Peggy no tuvo otra opción que dar un brusco empujón a las dos que había apartado, haciéndolas caer sobre el césped, mientras separaba a la otra de su víctima.

Como había temido, el chico lo había pasado mal bajo los puños de las niñas. Su nariz estaba sangrando, y se levantó lentamente; cuando la niña que Peggy mantenía sujeta trató de abalanzarse sobre él, se puso a gatas para evadirla.

- ¡Qué vergüenza! -dijo Peggy-. ¡Lo que sea que haya hecho no merecía esto!

- ¡Él mató a mi ardilla! -gritó la niña que sostenía.

- ¿Pero cómo podrías haber tenido una ardilla? -preguntó Peggy-. Sería cruel de tu parte tener una encerrada.

- Ella nunca estaba encerrada -dijo la niña-. Ella era mi amiga. La alimenté y ellos lo vieron... ella vino a mí y yo la mantuve viva durante el duro invierno. ¡Él lo sabía! Él estaba celoso de que la ardilla hubiese venido a mí, y por eso la mató.

- ¡Era una ardilla! -clamó el muchacho con voz ronca y, en realidad, débil, aunque fue claro que su intención era lanzar un grito-. ¿Cómo podría haber sabido que era tuya?

- Entonces no deberías haber matado a ninguna -dijo otra de las niñas-, no hasta que estuvieras seguro.

- Sea lo que sea que él le haya hecho a las ardillas -dijo Peggy-, incluso si lo hizo con malicia, estuvo mal y fue anticristiano derribarlo y herirlo de esa manera.

El niño miró entonces a Peggy.

- ¿Es usted el juez? -preguntó.

- ¿Juez? ¡No lo creo! -dijo Peggy riendo.

- Pero no puede ser el Hacedor, ése es un hombre. Yo creo que usted es un juez -el niño la miró con mayor seguridad-. Tía Beca dijo que el juez vendría, y luego el Hacedor, así que usted no puede ser el Hacedor porque el juez no ha llegado todavía, pero sí podría ser el juez, porque el juez viene primero.

Peggy sabía que otra gente a menudo no tomaba en cuenta las palabras de los niños, cuando no las entendían inmediatamente. Pero Peggy sabía que las palabras de los niños estaban siempre ligadas a su visión del mundo, y tenían su propio sentido si tan sólo sabías cómo escucharlas. Alguien les había dicho -la tía Beca lo había hecho- que un juez y un Hacedor estaban en camino. Peggy sólo sabía de un Hacedor. ¿Vendría Alvin aquí? ¿Qué era este lugar, en el que los niños hablaban de Hacedores y no tenían fuego interior?

- Pensé que la casa estaba vacía -dijo Peggy-, pero veo que no es así.

Porque realmente había ahora una mujer en la puerta, apoyada contra la jamba, mirándolos plácidamente mientras revolvía algo en un cuenco con una cuchara de madera.

- ¡Mamá! -gritó la niña que Peggy todavía sostenía-. ¡Me tiene agarrada y no me quiere soltar!

- ¡Es cierto! -gritó Peggy al momento-. ¡Y seguiré sin soltarla, hasta que esté segura de que no matará al chico ese!

- ¡Mató a mi ardilla, Mamá! -gritó la niña.

La mujer no dijo nada, sólo siguió revolviendo.

- Tal vez, niños -dijo Peggy-, deberíamos acercarnos a la puerta para hablar con esta dama, en lugar de gritar como delincuentes.

- No le agradas a Madre -dijo una de las niñas-. Estoy segura.

- Eso es una pena -dijo Peggy-. Porque a mí me agrada ella.

- No -dijo la niña-. No la conoces, y si la conocieras tampoco te gustaría porque no le gusta a nadie.

- Qué cosa más terrible decir eso de tu madre -dijo Peggy.

- A mí no tiene que gustarme -respondió la niña-. Yo la amo.

- En ese caso condúceme hasta esta mujer que amas pero que no te gusta -dijo Peggy-, y deja que saque mis propias conclusiones al respecto.

Mientras se aproximaban a la puerta, Peggy comenzó a pensar que tal vez las niñas tuvieran razón. La mujer ciertamente no se veía acogedora. Pero por ello mismo, tampoco parecía hostil. Su rostro carecía de toda emoción. Sólo revolvía el cuenco.

- Mi nombre es Peggy Lerner.

La mujer ignoró la mano que le tendió.

- Lo siento si mi intervención no fue apropiada, pero como puede ver el niño estaba siendo seriamente maltratado.

- Mi nariz está sangrando, eso es todo -dijo el muchacho. Pero su cojera sugería otros dolores menos visibles.

- Entra -dijo la mujer.

Peggy no sabía si la mujer le hablaba solamente al niño, o si la estaba incluyendo a ella en la invitación. Si es que podía llamarse invitación, con ese tono tan delicado y su atención puesta en el recipiente que revolvía. La mujer dio la vuelta, desapareciendo en el interior de la casa. Los niños la siguieron. Finalmente, también lo hizo Peggy. Nadie la detuvo y nadie pareció pensar que lo que hacía era extraño. Fue esto lo que le hizo preguntarse por primera vez si no se habría quedado dormida en el coche y caído en un extraño sueño, en el que ocurrían incontables cosas innaturales que sin embargo no resultaban curiosas en la tierra de los sueños, donde no existen costumbres que violar. No estoy en un lugar real. Afuera aguardan el coche y sus cuatro caballos, por no mencionar al conductor, tan verdadero y mundano como cualquier otro que eructe en el asiento del cochero. Pero aquí, me he introducido en un lugar más allá de lo natural. Aquí no hay fuegos.

Los niños desaparecieron, sus fuertes pisadas resonando a través del suelo de madera, y al menos uno de ellos subió o bajó un tramo de escaleras; tenía que ser uno de los niños, los pasos eran intencionadamente fuertes. Pero no había sonidos que le indicaran a Peggy adónde dirigirse, o a qué propósito servía su presencia allí. ¿No había ningún orden allí? ¿Nada que su presencia disturbase? ¿No había nadie además de los niños que la notase?

Quería salir de allí, regresar al carruaje, pero ahora, al darse la vuelta, no podía recordar a través de qué puerta había entrado, o siquiera dónde estaba el norte. Las cortinas cubrían las ventanas, y fuese cual fuese la puerta por la que había entrado, ahora no podía verla.

Era un lugar extraño: había tela por todas partes, pulcramente doblada y apilada sobre los muebles, en el suelo, en las escaleras, como si alguien hubiese comprado la suficiente como para confeccionar mil vestidos y los sastres y las costureras estuvieran todavía por llegar. Entonces se dio cuenta de que las pilas estaban hechas de una tela continua, que fluía desde la cima de un montón hasta la base del siguiente. ¿Cómo podía existir una tela tan larga? ¿Por qué tenerla así, en vez de cortarla y enviarla a alguien para que confeccionara alguna otra cosa?

Por qué, claro... Qué tonto de su parte no darse cuenta antes. Peggy conocía este lugar. No lo había visitado ella misma, pero lo había visto a través del fuego interior de Alvin años atrás.

En aquellos días él estaba todavía al cuidado de Ta-Kumsaw. El Guerrero Rojo tomó a Alvin consigo y lo llevó a la leyenda, de tal forma que quienes ahora hablaban de Alvin Smith el asesino de Rastreadores, o Alvin Smith y el arado de oro, habían hablado antes del mismo niño, sin saberlo, a quien conocían como el malvado "Niño Renegado", el muchacho blanco que acompañó a Ta-Kumsaw en todos sus viajes en el último año antes de su caída en Fort Detroit. Fue así que Alvin llegó aquí, y caminó por este salón, sí, doblando aquí, sí, siguiendo la tela doblada hasta la parte más antigua de la casa, la habitación original, en la luz

oblicua que parece no provenir de ninguna parte, como si simplemente se filtrara por entre las grietas de las tablas. Y aquí, si abro esta puerta, encontraré a la mujer en el telar. Éste es el sitio donde se teje.

Tía Beca. Desde luego que conocía el nombre. Beca, la tejedora que sostenía los hilos de todas las vidas en las tierras del Hombre Blanco en Norteamérica.

La mujer en el telar levantó la mirada.

- No te esperaba -dijo suavemente.

- Ni yo tenía planeado venir -dijo Peggy-. La verdad es, que la había olvidado. Se me había borrado de la memoria.

- Se supone que sea así. Me borro de todas las memorias.

- ¿Excepto de una o dos?

- Mi esposo me recuerda.

- ¿Ta-Kumsaw? ¿No está muerto, entonces?

Beca bufó con impaciencia.

- El nombre de mi esposo es Isaac.

Ése era el nombre blanco de Ta-Kumsaw.

- No juegue conmigo -dijo Peggy-. Algo me hizo venir a este lugar. Si no fue usted, ¿quién fue?

- Mi poco talentosa hermana. La que rompe hilos siempre que toca el telar.

Tía Beca, así habían llamado los niños a la tejedora.

- ¿Es su hermana la madre de los niños que encontré?

- ¿El pequeño asesino que mata ardillas por deporte? ¿Sus brutales hermanas? Pienso en ellos como si fuesen los cuatro jinetes del Apocalipsis. El muchacho es Guerra. Las hermanas todavía están repartiéndose entre ellas las otras fuerzas de destrucción.

- Habla metafóricamente, espero -dijo Peggy.

- Yo espero que no -dijo Beca-. Las metáforas son una forma de encerrar la más pura verdad en el mínimo espacio.

- ¿Por qué me traería aquí su hermana? No pareció reconocermme en la puerta.

- Tú eres el juez -dijo Beca-. Encontré un hilo rojo de justicia en el telar, y eras tú. Esperaba que no vinieses, pero sabía que vendrías, porque sabía que mi hermana te traería.

- ¿Por qué? No soy un juez. Yo misma soy culpable.

- ¿Ves? Tu juicio incluye a todo el mundo. Incluso a aquellos que te son invisibles.

- ¿Invisibles? -pero sabía antes de preguntar qué era lo que Beca quería decir.

- Tu visión, tu don de tea, como pintorescamente la llamas tú... tú ves dónde se encuentra la gente en los muchos caminos de sus vidas. Pero yo no estoy en el camino del tiempo. Ni lo está mi hermana. Nosotras no pertenecemos a ningún lugar en tus profecías o en las memorias de quienes nos conocen. Sólo en el presente estamos.

- Aun así, recuerdo la primera palabra que dijo lo suficiente como para darle sentido a toda la oración -dijo Peggy.

- Ah -exclamó Beca-. El juez insiste en la exactitud del lenguaje. Los límites no son tan claros, Margaret Larnier. Recuerdas perfectamente ahora; ¿pero qué recordarás dentro de una semana? Lo que olvides sobre mí, lo olvidarás tan completamente que no recordarás que una vez lo supiste. Entonces mi afirmación será cierta, pero tú la habrás olvidado.

- No lo creo.
Beca sonrió.

- Muéstreme el hilo -dijo Peggy.

- No hacemos eso.

- ¿Qué daño puedo causar? Ya he visto todos los posibles caminos de mi vida.

- Pero no has visto cuál elegirás -dijo Beca.

- ¿Y usted sí?

- En este momento, no -dijo Beca-. Pero en el momento que contiene todos los momentos, sí. He visto el curso de tu vida. Pero no es por eso que viniste. No para averiguar algo tan estúpido como si te casarás con el joven al que has estado criando todos estos años. Lo harás o no lo harás. ¿Qué me importa a mí?

- No lo sé -dijo Peggy-. Me pregunto por qué existe usted. No cambia nada. Sólo mira. Teje, pero los hilos están fuera de su control. Usted no tiene sentido.

- Eso dices tú -dijo Beca.

- Y aun así tiene una vida, o la tuvo. Usted amaba a Ta-Kumsaw... o Isaac, como le guste más. Así que amar a un hombre, casarse con él, eso no siempre le pareció algo estúpido.

- Eso dices tú -repitió Beca.

- ¿O se incluye a sí misma en eso? ¿Se llama a sí misma estúpida por haber amado y haberse casado? No puede pretender ser inhumana cuando a amado y perdido a un hombre.

- ¿Perdido? -preguntó ella-. Lo veo todos los días.

- ¿Viene aquí? ¿A los Apalaches?

Beca lanzó un silbido.

- ¡No lo creo!

- ¿Cuántos hilos se rompieron bajo su mano con ese paso de la lanzadera?- preguntó Peggy.

- Demasiados -respondió Beca-. Y no los suficientes.

- ¿Los rompió usted, o simplemente se rompieron?

- El hilo adelgazó. La vida se agotó. O fue cortada. No es el hilo el que corta la vida, es la muerte la que corta el hilo.

- Así que mantiene un registro, ¿es eso? El tejido no provoca nada, sólo lo registra todo.

Beca sonrió brevemente.

- Somos criaturas inútiles, pasivas, pero debemos tejer.

Peggy no le creía, pero no tenía sentido seguir discutiendo.

- ¿Por qué me trajo aquí?

- Ya te lo dije. Yo no lo hice.

- ¿Por qué me trajo aquí su hermana?

- Para juzgar.

- ¿Qué se supone que debo juzgar?

Beca se pasó la lanzadera de la mano derecha a la izquierda. El telar se precipitó hacia delante, y luego retrocedió. Se pasó la lanzadera de la mano izquierda a la derecha. De nuevo, el bastidor se adelantó, manteniendo tirantes los hilos.

Esto es un sueño, pensó Peggy. Y uno no muy agradable. ¿Por qué nunca puedo despertar para escapar de algún sueño tonto e inútil?

- Personalmente -dijo Beca-, creo que ya has realizado tu juicio. Sólo que mi hermana piensa que mereces una segunda oportunidad. Es muy romántica. Piensa que mereces cierta felicidad. Mi propio sentimiento al respecto es que la felicidad humana es una cosa muy azarosa, que se entrega a sí misma por las buenas o por las malas, y no importa demasiado si se merece o no.

- ¿Así que se supone que es a mí misma a quien debo juzgar?

Beca rió.

Una de las niñas metió la cabeza en la habitación.

- Madre dice que es desagradable y poco compasivo reírte mientras tejes -dijo.

- Bla bla bla -dijo Beca.

La niña rió ligeramente, y Beca la imitó.

- Madre echó algo realmente asqueroso en tu plato. Con bolitas.

- Asquerosidad con bolitas. Come conmigo.

- Deja que el juez haga eso -dijo la niña-. Realmente es una mandona. Hablándonos de lo correcto y lo incorrecto -con eso, la niña desapareció.

Beca cloqueó un instante.

- Los niños están tan llenos de sí mismos. Muy impresionados todavía por la idea de que no son parte del mundo normal. Debes perdonarlos por ser arrogantes y crueles. No podrían haber herido demasiado a su hermano, porque carecen de la fuerza necesaria para darle un golpe capaz de dañarlo en serio.

- Sangraba -dijo Peggy-. Y cojeaba.

- Pero la ardilla murió -dijo Beca.

- No tejes hilos para las ardillas.

- No los tejo. Pero eso no significa que sus hilos no son tejidos.

- Oh, por favor. No me haga perder el tiempo con misterios.

- No lo hago -dijo Beca-. Nada de misterios. Todo lo que te he dicho es útil. Cualquier otra cosa que te dijera podría afectar tu juicio, así que no lo haré. Dejé a mi hermana hacerlo a su modo, trayéndote aquí, pero ciertamente no voy a torcer tu vida más que eso. Puedes irte cuando quieras... eso es una elección, y un juicio, y estaré conforme con él.

- ¿Lo estaré yo?

- Vuelve en treinta años y dímelo tú.

- ¿Estaré...?

- Si es que estás viva todavía -añadió Beca-. ¿Crees que soy tan torpe como para decirte cuándo morirás? Ni siquiera yo lo sé. No me he preocupado lo suficiente como para mirar.

Dos niñas aparecieron con un plato, un tazón y una copa en una bandeja. La dejaron en una pequeña mesa cercana al telar. El plato estaba cubierto de una comida de extraño olor. Peggy no reconoció nada en ella. Tampoco había nada que pudiese haber llamado bolitas.

- No me gusta que la gente me mire mientras como -dijo Beca.

Pero Peggy ahora estaba sintiéndose muy enojada, debido a lo evasivo de la conversación con Beca, así que no se retiró como lo ordenaba la cortesía.

- Quédate, entonces -dijo Beca.

Las niñas comenzaron a alimentarla. Beca no hacía nada por buscar la comida. Mantenía el ritmo perfecto de su tarea, como lo había hecho durante su conversación. Las niñas maniobraban hábilmente con la cuchara o el tenedor o la copa para encontrar la boca de su tía Beca, y entonces con un rápido sorbo o una

mordida o un trago ella obtenía su alimento. Ni una gota ni una migaja era derramada sobre la tela.

No podía ser siempre así, pensó Peggy. Ella se había casado con Ta-Kumsaw. Le dio una hija, la hija que se fue al oeste para tejer en un telar entre los Rojos más allá del Mizzipy. Seguro que esas cosas no fueron hechas con la lanzadera deslizándose atrás y adelante, el telar presionando para comprimir los hilos. Era un fraude. O involucraba cosas que Peggy no sería capaz de entender aunque lo intentara.

Se volvió y dejó la habitación. La sala terminaba en una estrecha escalera. Sentado en el escalón superior estaba, supuso, el niño –sólo podía ver sus pies desnudos y las piernas del pantalón–.

- ¿Cómo está la nariz? –preguntó.

- Todavía duele –respondió el niño. Se deslizó hacia delante y bajó un par de escalones apoyándose en su trasero.

- Pero no mucho –dijo ella-. Sana rápido.

- Sólo eran niñas –dijo él desdeñosamente.

- No pensabas con ese desdén cuando te estaban aporreando –dijo Peggy.

- Pero no me oyó llamando al tío, ¿verdad? No me oyó llamar al tío.

- No –dijo ella-, no llamaste al tío.

- Pero sí tengo un tío. Un hombre grande Rojo. Ike.

- Sé de él.

- Viene casi todos los días.

Peggy quería pedirle más información al niño. ¿Cómo viene aquí Ta-Kumsaw? ¿No vive al oeste del Mizzipy? ¿O está muerto, y viene solamente en espíritu?

- Viene por la puerta del oeste –dijo el niño-. Nosotros no usamos ésa. Sólo él. Es la puerta que da a la cabaña de mi prima Wieza.

- Su padre la llama Mana-Tawa, creo.

El muchacho hizo una mueca.

- Sólo por darle un nombre Rojo no significa que pueda retenerla. Ella no le pertenece.

- ¿A quién le pertenece?

- Al telar –dijo él.

- ¿Y tú? –preguntó Peggy- ¿Perteneces tú al telar?

Él sacudió la cabeza negativamente. Pero parecía triste.

Peggy lo dijo mientras se daba cuenta:

- Te gustaría, ¿eh?

- Ella no va a tener más hijas. Ya nunca dejará de tejer para él. Así que no se puede ir. Se quedará ahí, para siempre.

- ¿Y los sobrinos no pueden tomar su lugar?

- Las sobrinas pueden, pero mis hermanas no valen nada, en mi opinión, que resulta ser la correcta.

- Correcta –dijo Peggy-. Es con “c”.

- Correcta –dijo el niño-. Pero lo que yo pienso es que deberían escribir las palabras del modo en que la gente las dice, en vez de hacernos decirlas de la forma en que se escriben.

Peggy tuvo que reír.

- Buen punto. Pero no puedes simplemente empezar a escribir las palabras de cualquier forma. Porque tú no las pronuncias de la misma manera que alguien de,

digamos, Boston. Y pronto tú y él estarían escribiendo las cosas de una forma tan diferente que ninguno podría leer las cartas y libros del otro.

- No quiero leer sus malditos viejos libros -dijo el muchacho-. Ni siquiera conozco a otros niños en Boston.

- ¿Tienes un nombre?

- No se lo diré -respondió el niño-. ¿Cree que soy estúpido? ¿Está tan llena de conjuros y piensa que le voy a dar poder sobre mi nombre?

- Los conjuros son para ocultarme de otros.

- ¿Para qué tiene que esconderse? No hay nadie buscándola.

Las palabras la golpearon con fuerza. Nadie buscándola. Bien, ahí estaba. Una vez se había escondido para poder regresar a su propia casa sin que su familia la reconociera. ¿De quién se estaba escondiendo ahora?

- Tal vez me estoy escondiendo de mí misma. Tal vez no quiero ser lo que se supone que soy. O tal vez no quiero seguir viviendo la vida que ya he empezado a vivir.

- Tal vez no tiene idea de por qué lo hace.

- Tal vez.

- Oh, no sea tan misteriosa, vieja tonta.

Tonta, podía aceptarlo, ¿pero vieja?

- No soy tantos años mayor que tú como para ser vieja.

- Cuando la gente dice tal vez es porque están mintiendo: o no creen en lo que están diciendo, o lo creen pero no quieren admitirlo.

- Eres un jovencito muy sabio.

- Y los verdaderos mentirosos cambian el tema en cuanto la verdad sale a la luz.

Peggy lo contempló seriamente.

- Estabas esperando por mí, ¿no es cierto?

- Sabía que tía Beca lo haría. No le dice nada a nadie.

- ¿Y tú vas a decirme?

- ¡Yo no! Ése es un problema demasiado grande para que yo me meta -sonrió-. Pero usted detuvo a las tres brujas cuando estaban por hacerme papilla. Así que creo que está pensando en la dirección adecuada, si tiene sesos para verlo -con eso terminó. Se puso en pie de un salto y ella escuchó sus pasos en la escalera mientras se iba.

La elección para Peggy era ser feliz. Beca lo había dicho, o había dicho que su hermana lo había dicho -aunque era difícil imaginar a la inexpresiva mujer preocupándose siquiera una pizca por la felicidad de alguien más-. Y ahora el chico la había pillado hablando de por qué se escondía tras los hechizos, y había dicho que él la había guiado. La elección que se le estaba ofreciendo era ahora bastante obvia. Se había enterrado a sí misma en la tarea de su padre de terminar con la esclavitud, y había dejado de preocuparse por Alvin. Ellos querían que volviera a preocuparse. Querían que lo buscara y lo encontrara.

Se precipitó de vuelta en la habitación.

- No lo haré -dijo-. Preocuparme por ese niño fue lo que mató a mi madre.

- Perdóname, pero creo que fue una escopeta la que lo hizo -dijo Beca.

- Una escopeta que yo pude haber prevenido.

- Eso dices tú.

- Sí, yo lo digo.

- El hilo de tu madre se rompió cuando ella decidió tomar una escopeta y causar un par de muertes ella misma en lugar de confiar en Alvin. Su muchacho, Arturo, no corría peligro. No necesitaba matar a nadie, pero cuando fue eso lo que eligió, eligió morir. ¿Crees que podrías haber cambiado su parecer al respecto?

- No esperará que acepte respuestas fáciles.

- No, espero que hagas todas las respuestas tan duras como sea posible. Pero hay veces en que las respuestas fáciles son las verdaderas.

- ¿O sea que tengo que volver a lo mismo? ¿Vigilar a Alvin? ¿Se supone que tengo que enamorarme de él? ¿Casarme con él? ¿Verlo morir?

- No me importa mucho, la verdad. Mi hermana piensa que serás más feliz con él que sin él, y él estará muerto al final de todas formas, ¿acaso no lo estaremos todos? Casi todas las mujeres que no mueren al dar a luz viven para ser viudas. ¿Qué hay con eso?

¿Qué hay con eso? Sólo porque ella fuese capaz de prever todas las posibles muertes de Alvin no significaba que tuviese que evitar amarlo. Peggy sabía eso, racionalmente. Pero el miedo no era racional.

- Pasas la vida sufriendo por aquellos que aún no han muerto -dijo Beca-. Vaya desperdicio de un interesante don.

- ¿Interesante?

- Podrías haber tenido el don de hacer flexible el cuero de los zapatos. Imagina lo feliz que eso te hubiera hecho.

Peggy trató de imaginarse a sí misma como un zapatero y tuvo que reírse.

- Supongo que preferiría saber a no saber, la mayor parte del tiempo.

- Exacto. Saber a veces duele, especialmente cuando no puedes hacer nada para cambiarlo.

Pero había algo más, algo que escondía, el modo en que lo había dicho.

- ¿Qué no puedo hacer nada para cambiarlo? ¡Y un huevo!

- No uses maldiciones cuyo significado no entiendes -dijo Beca.

- Usted provoca cambios. No cree que el telar sea inmutable, no lo cree ni un momento.

- Es peligroso causar cambios. Las consecuencias son impredecibles.

- Usted vio a Ta-Kumsaw muerto en Detroit. Así que tomó el hilo de Alvin y...

- ¿¡Qué sabes tú del telar!? -gritó Beca-. ¿¡Qué sabes de mirar los hilos correr bajo tus manos y presenciar toda la pena y el dolor y el sufrimiento y los pensamientos!? ¡No importa, son el ganado de Dios y Él puede hacer lo que quiera con ellos sólo que entonces ves que Dios ha hecho caer a aquél que amas más que a la vida bajo los trucos de los Franceses y el odio de los Ingleses y para nada, toda su vida carece de significado y se ha perdido y nada ha cambiado excepto un par de leyendas y canciones, y aquí estoy, todavía amándolo, viuda para siempre porque él se ha ido! Así que sí, encontré al que podría salvarlo. Sabía que si se encontraban, se amarían y se salvarían mutuamente.

- Pero lo que hizo causó la masacre en Tippy-Canoe -dijo Peggy-. La gente de Iglesia de Vigor pensó que Alvin había sido secuestrado y torturado hasta la muerte, así que asesinaron a la gente de Tenskwa Tawa en venganza. Ahora sufren una maldición, todo porque usted...

- Todo porque Harrison se aprovechó de su rabia. ¿Crees que no habría habido una masacre de todos modos?

- Pero la sangre no hubiera estado en las mismas manos, ¿verdad?

Beca lloró, y sus lágrimas cayeron sobre la tela.

- ¿No debería secar esas lágrimas? -preguntó Peggy.

- Si las lágrimas pudieran dañar esta tela, no quedaría tela que mojar.

- Así que usted, de entre toda la gente, conoce el costo de entrometerse en el curso de las vidas de otros.

- Y tú, de entre toda la gente, conoces el costo de no entrometerse en el momento apropiado -Beca levantó la cabeza y continuó su trabajo-. Lo salvé, y ése era mi propósito. Aquellos que murieron hubieran muerto de todos modos.

- Sin embargo, aquí estoy, porque su hermana quiere que cuide de Alvin.

- Estás aquí porque nosotras sólo vemos los hilos, y luego tratamos de adivinar lo que significan y a quién pertenecen. Conocemos el hilo del joven Hacedor... no hay forma de confundirlo en esta tela. Además, lo moví una vez, lo entrelacé con el hilo de mi Isaac. ¿Crees que podría perderle la pista después de eso? Te lo enseñaré, si prometes no mirar más allá del trozo de tela que te muestre.

- Prometo no mirar. Pero no puedo decir lo que alcanzaré a ver.

- Alcanza a ver esto, entonces.

Peggy observó la tela, sabiendo que se trataba de un privilegio para todo aquél que no perteneciera al telar. El hilo de Alvin era obvio, de una luz trémula, de todos los colores a la vez; pero no era más grueso que cualquier otro, y parecía frágil, fácil de romper bajo un manejo descuidado.

- ¿Te atreviste a mover éste?

- Volvió por sí mismo a su propio lugar -dijo Beca-. Sólo lo tomé prestado por un rato. Y él salvó a su hermano Mesura. El Montículo de las Ocho Laderas se abrió para él. Te diré que hay fuerzas trabajando en su vida mucho más fuertes que mi poder para mover los hilos.

- Más poderosas que yo, también.

- Tú eres una de las fuerzas. No todas, ni la más grande de ellas, pero tú eres una. Mira. Observa cómo los hilos se entrecruzan con él. Sus hermanos y hermanas, creo. Está muy unido a su familia. Y mira cómo brillan estos hilos, adquiriendo otros tonos. Les está enseñando a ser Hacedores.

Peggy no sabía de eso.

- ¿No es eso peligroso?

- No puede hacer su trabajo solo -dijo Beca-. Así que enseña a otros para que le ayuden. Y tiene más éxito del que cree.

- Éste -dijo Peggy, señalando el más brillante de los otros hilos. Se desviaba notoriamente, alejándose a través de la tela del resto de la familia.

- Su hermano. También un séptimo hijo de un séptimo hijo -dijo Beca-. Pero el octavo, si cuentas al que murió.

- Pero el séptimo de entre los que estaban vivos cuando nació -dijo Peggy-. Sí, hay poder en él.

- Mira -dijo Beca-. Mira cómo era él al principio. Cada segmento tan brillante como el de Alvin. Había entonces casi tanto en él como en Alvin. Y ninguna otra fuerza trabajando contra él excepto las que Alvin venció. Pocas, en realidad, porque en el tiempo en que él apareció Alvin y tú mantenían a raya al Deshacedor. Al menos, todos los trucos de muerte. Pero el Deshacedor encontró otra forma de destruir al chico. Odio y envidia. Si amas a Alvin, Peggy, encuentra el fuego interior de su hermano menor. De alguna forma debe ser traído de vuelta, antes de que sea demasiado tarde.

- ¿Por qué? No sé nada sobre Calvin, excepto su nombre y las esperanzas que Alvin puso en él.

- Porque de acuerdo al modo en que corren los hilos ahora, cuando el suyo se reencuentre con el de Alvin, Alvin morirá.

- ¿Lo matará?

- ¿Cómo podría saberlo? Aprendemos lo que podemos aprender, pero los hilos dicen poco excepto por su movimiento a través de la tela. Tú lo sabrás. Por eso es que te llamé. No sólo por tu propia felicidad, sino porque... como ella dijo, porque se lo debo al Hacedor. Lo utilicé una vez para salvar a mi amor. ¿No te debo la misma oportunidad? Eso es lo que dijo. Pero sabíamos que si te mostraba esto al comienzo, antes de que eligieras, lo ayudarías por obligación. Por la gran causa, no por amor a él.

- Pero no aún no había decidido vigilarlo de nuevo.

- Eso dices tú -dijo Beca.

- Presume demasiado -dijo Peggy-, para ser una mujer que ha causado semejante enredo.

- Un enredo heredado -dijo Beca-. Un día mi madre, que cruzó el océano y nos trajo aquí, un día retiró sus manos del telar y se marchó. Mi hermana y yo vinimos con su cena y descubrimos que se había ido. Las dos estábamos casadas, pero yo le había dado un hijo a mi esposo, y en esos días mi hermana no tenía ninguno. Así que tomé el telar, y ella fue con su esposo. Y todo el tiempo estaba furiosa con mi madre por haberse ido así. Huyendo de su deber -Beca sacudió los hilos, amablemente, casi animada -. Ahora creo que la comprendo. El precio de tener todas estas vidas en las manos es que prácticamente no tenemos una vida propia. Mi madre no era buena en esto, porque no tenía el corazón puesto en su tarea. El mío lo está, y si cometo un error para salvar la vida de mi esposo, tal vez puedas juzgarme menos estrictamente sabiendo que ya he tenido que renunciar a una vida con él para ocupar el lugar de mi madre.

- No pretendía condenarla -dijo Peggy, avergonzada.

- Ni yo pretendía justificarme frente a ti -dijo Beca-. Y sin embargo me condenaste, y yo me justifiqué a mí misma. Aquí tengo el hilo de mi madre. Sé dónde está. Pero nunca sabré, realmente, por qué hizo lo que hizo. O qué podría haber ocurrido si se hubiese quedado -Beca miró a Peggy-. No sé mucho, pero lo que sé, lo sé. Alvin debe salir al mundo. Debe dejar a su familia... dejarlos aprender a Hacer por sí mismos, como lo hizo él. Debe reunirse con Calvin antes de que el chico haya caído completamente en las manos del Deshacedor. De otro modo, Calvin puede no sólo ser su muerte, sino la destrucción de todas las obras de todos los Hacedores.

- Tengo una respuesta fácil -dijo Peggy-. Encontraré a Calvin y me aseguraré de que nunca vuelva a casa.

- ¿Crees que tienes el poder de controlar la vida de un Hacedor?

- Calvin no es un Hacedor. ¿Cómo podría serlo? Piense en lo que Alvin tuvo que hacer, para conseguirlo.

- Pero pese a todo, nunca tuviste el poder para enfrentar a Alvin, ni siquiera cuando era un niño. Y él tenía un corazón bondadoso. Me parece que Calvin no está gobernado por el mismo sentido de decencia.

- Entonces no puedo enfrentarlo -dijo Peggy-. Ni puedo enviar a Alvin a errar por ahí. No es mío para que le dé órdenes.

- ¿No lo es? -preguntó Beca.
Peggy ocultó la cara entre las manos.

- No quiero que él me ame. No quiero amarlo. Quiero continuar con mi lucha contra la esclavitud en los Apalaches.

- Oh, sí. Usando tu poder para inmiscuirte en la tela, ¿no? -dijo Beca-. ¿Sabes a dónde conduce?

- A la libertad de los esclavos, espero.

- Quizás -dijo ella-. Pero lo seguro es esto: conduce a la guerra.
Peggy arrugó el ceño.

- Veo signos de guerra en todos los caminos. Antes de empezar a hacer esto, ya veía esos signos. Madres afligidas. El terror de la batalla en las vidas de los hombres jóvenes.

- Comienza como una guerra civil en los Apalaches, pero termina como una guerra entre el Rey por un lado y los Estados Unidos por el otro. Brutal, sangrienta, cruel...

- ¿Está diciendo que debería detenerme? ¿Que debería dejar que esos monstruos continúen gobernando las vidas de los negros que capturaron y las de todos sus hijos para siempre?

- Nada de eso -dijo Beca-. La guerra viene por un millón de diferentes elecciones. Tus acciones favorecen ese camino, pero no son la única causa. ¿Entiendes? Si la guerra es el único modo de liberar a los esclavos, ¿entonces no vale de algo todo el sufrimiento que cause? ¿Se desperdician las vidas, cuando terminan por una causa así?

- No puedo juzgar tal cosa -dijo Peggy.

- Pero eso no es cierto -dijo Beca-. Solamente tú estás capacitada para juzgar, porque sólo tú ves los posibles resultados. En el momento en que yo veo las cosas, ya se han vuelto inevitables.

- Si son inevitables, ¿para qué se molesta en decirme que trate de cambiarlas?

- Casi inevitables. De nuevo, me faltó precisión al hablar. No puedo interferir con los hilos a gran escala. No puedo prever las consecuencias del cambio. Pero un solo hilo... a veces puedo moverlo sin alterar el tapiz entero. No conocía una forma de mover a Calvin que hubiera hecho la diferencia. Pero podía moverte a ti. Podía traer aquí al juez, aquélla que ve con los ojos vendados. Así que hice eso.

- Creí que dijo que su hermana lo había hecho.

- Bueno, ella fue quien decidió que tenía que hacerse. Pero sólo yo podía tocar el hilo.

- Me parece que pasa usted gran parte de su tiempo mintiendo y ocultando las cosas.

- Es muy posible.

- Como el hecho de que la puerta oeste conduce a la tierra de Ta-Kumsaw, más allá del Mizzipy.

- Nunca mentí respecto a eso, ni oculté nada, tampoco.

- Y la puerta del este, ¿adónde lleva ésa?

- Se abre en la casa de mi tía en Winchester, de vuelta en Inglaterra. ¿Ves? No oculto nada.

- Tiene sólo una hija -dijo Peggy-, y ella ya tiene un telar propio. ¿Quién tomará su lugar aquí?

- No es de tu incumbencia -dijo Beca.

- Todo es de mi incumbencia ahora -dijo Peggy-. Desde que tomó mi hilo y lo movió hasta aquí.

- No sé quién tomará mi lugar. Tal vez estaré aquí para siempre. No soy mi madre. Yo no renunciaré ni forzaré a hacer esto a un alma que no lo desee.

- Cuando llegue el tiempo de elegir, mire al chico -dijo Peggy-. Él es más sabio de lo que usted cree.

- ¿Las manos de un hombre en el telar? -el rostro de Beca se contrajo en una expresión que sugería que hubiese probado algo demasiado agrio o amargo.

- Antes que cualquier talento para tejer -dijo Peggy-, ¿no debe el tejedor preocuparse por los hilos que llegan a la tela? Él puede haber matado una ardilla, pero no creo que ame la muerte.

Beca la miró con atención.

- Te preocupas de demasiadas cosas.

- Como dijo, soy un Juez.

- ¿Lo harás, entonces?

- ¿Qué, observar a Alvin? Sí. Aunque sé que se me romperá el corazón seis veces antes de que lo entierre, sí, pondré mis ojos otra vez en ese niño.

- Ese hombre.

- Ese Hacedor -dijo Peggy.

- ¿Y el otro?

- Me entrometeré si consigo encontrar un modo.

Beca asintió.

- Bien -asintió otra vez-. Estamos listas, entonces. Las puertas te conducirán fuera de la casa.

Eso fue todo lo que Peggy obtuvo como despedida. Pero lo que Beca había dicho era verdad. Donde antes Peggy no podía ver una salida, ahora cada corredor conducía a una puerta abierta, con la luz del día del otro lado. Sin embargo, no quería atravesar ninguna de esas puertas y volver a su propio mundo. Lo que quería era atravesar las puertas del antiguo cobertizo. La puerta este, hacia Inglaterra. La puerta oeste, hacia el país Rojo. O la puerta sur... ¿adónde conducía ésa?

Sin embargo, era a este tiempo y lugar adonde pertenecía. Había un carruaje esperándola, y trabajo que hacer, una guerra que iniciar fomentando la compasión por los esclavos. Podía vivir con eso, sí, como había dicho Beca. ¿No había dicho el mismo Jesús “yo no he venido a traer paz, sino guerra”? ¿A enfrentar hermano contra hermano? Si eso es lo que se necesita para limpiar la mancha de la esclavitud en esta tierra, que así sea. Yo sólo hablo de un cambio pacífico... si otros eligen matar o morir antes que dejar libres a los esclavos, ésa es su elección, y yo no soy la causante.

Así como no fui yo la que hizo que mi madre tomara el arma y matara al Rastreador que estaba, después de todo, simplemente obedeciendo la ley, por muy injusta que ésta fuese. No hubiera encontrado a Arturo Estuardo, escondido como estaba en mi casa, su propio rastro cambiado por el don de Alvin, y su presencia oculta por todos los conjuros que Alvin había puesto allí. Yo no la maté. Y aun si hubiera podido prevenir lo que hizo, no hubiera cambiado lo que ella era. Era la mujer que tomaría una decisión como aquélla. Esa era la mujer que yo amaba, su fiereza, su coraje, su rabia y todo lo demás. No soy culpable de su

muerte. El hombre que le disparó lo es. Y fue ella, no yo, quien la puso en el camino de la muerte.

Peggy salió a la luz del sol sintiéndose animada, con pasos ligeros. El aire tenía un sabor dulce en su boca. El lugar donde no había fuegos había reavivado el suyo propio.

Regresó al coche y éste la llevó sin nuevas distracciones a una posada en la zona norte de Chapman Valley. Allí pasó la noche, y al día siguiente continuó hacia Baker's Fork. Una vez allí, mantuvo sus clases maestras, enseñando a profesores y estudiantes dotados, y a la vez conversando con este hombre o aquella mujer sobre la esclavitud, haciendo comentarios, despreciando a quienes maltrataban a sus esclavos, declarando que mientras alguien detentara poder sobre otro hombre u otra mujer, existiría el maltrato, y la única cura para ello era que todos los hombres y mujeres fuesen libres. Ellos asentían. Estaban de acuerdo. Habló del coraje que se necesitaría, cómo los esclavos mismos soportaban el látigo y lo habían perdido todo; ¿cuánto sufrirían los hombres y mujeres blancos para liberarlos? ¿Cuánto sufrió Cristo, por el bien de otros? Era un espectáculo fuerte y meditado el que daba. No se retractó ni un poco, aun sabiendo que conducía a la guerra. Causas estúpidas han provocado muchas guerras. Dejemos que haya una, al menos, con una buena causa, si los enemigos de la decencia se rehúsan a suavizar sus corazones.

Entre tanta enseñanza y persuasión, Peggy encontró tiempo, un pedazo de una hora para sí misma, para sentarse en el escritorio de la casa de una viuda en una vieja plantación. Era el mismo escritorio donde, momentos antes, la mujer había liberado a todos sus esclavos para luego contratarlos como hombres y mujeres libres. Peggy vio en su fuego interior cuando la elección fue tomada que terminaría con sus graneros quemados y sus campos perdidos. Pero conduciría a estos nuevos negros libres hacia el norte, sin importar el peligro y el tormento. Su valentía se volvería legendaria, una chispa que inspiraría a otros bravos corazones. Peggy sabía que al final, la mujer no extrañaría su acomodada mansión y sus hermosas tierras. Y algún día veinte mil hijas de negros tendrían su nombre. "¿Por qué me llamo Jane?" preguntarían a sus madres. Y vendría la respuesta: "Porque una vez hubo una mujer con ese nombre que liberó a sus esclavos y los protegió durante todo su camino al norte, y luego los contrató y cuidó de ellos hasta que aprendieron los modos de la libertad y pudieron valerse por sí mismos. Es un nombre de gran honor." Nadie sabría de la profesora que llegó un día y encendió con sus palabras de verdad los anhelos secretos del corazón de Jane.

En ese escritorio, Peggy se dio el tiempo para escribir una carta y enviarla. Iglesia de Vigor, en el estado de Wobbish. Llegaría a él, por supuesto. Mientras la cerraba, mientras se la entregaba al jinete del correo, observaba más allá, hasta la llama que conocía mejor que todas, mejor incluso que la suya. En ella vio las posibilidades familiares, las horrendas consecuencias... Pero ahora eran diferentes, debido a la carta. Diferentes... ¿pero mejores? No podía adivinarlo. No era tan buen juez como para saberlo. Correcto o incorrecto eran fáciles para ella. Pero bueno y malo, mejor y peor, esos eran todavía demasiado complicados. Continuaban deslizándose extrañamente unos sobre otros y cambiando frente a sus ojos. Quizás no había un juez capaz de saberlo; o si lo había, no hablaba mucho al respecto.

El mensajero tomó la carta y la llevó al norte, donde, en otra aldea, se la entregó a un jinete que le pagó lo que creyó que la carta podría valer en su destino, menos la mitad. El segundo jinete la llevó más al norte, en su ruta zigzagueante, y finalmente se detuvo en una tienda en el pueblo de Iglesia de Vigor, donde preguntó por un hombre llamado Alvin Smith.

- Soy su cuñado -dijo el tendero-. Soldado de Dios Weaver. Yo le pagaré por la carta. Usted no quiere adentrarse más en el pueblo, o subir por ahí, tampoco. No quiere escuchar la historia que esa gente tiene que contar.

El tono de su voz convenció al cartero.

- Cinco dólares, entonces -dijo.

- Apuesto a que sólo le pagó un dólar al jinete que se la entregó a usted, creyendo que lo más que podría obtener de mí serían dos. Pero le pagaré los cinco, si todavía los quiere, porque estaré gustoso de ser engañado por un hombre que puede vivir consigo mismo después de hacerlo. Será usted el que pague más, al final.

- Dos dólares, entonces -dijo el cartero-. No tenía para qué tomarlo como algo personal.

Soldado de Dios sacó tres dólares de plata y los depositó en la mano del hombre.

- Gracias por su honesta cabalgata, amigo -dijo-. Siempre es bienvenido. Quédese a cenar con nosotros.

- No -dijo el hombre-. Seguiré mi camino.

Tan pronto como se fue, Soldado de Dios rió y le dijo a su esposa:

- Sólo pagó cincuenta centavos por esa carta, seguro. Así que todavía cree que me engañó.

- Tienes que ser más cuidadoso con nuestro dinero, Soldado -respondió ella.

- ¿Dos dólares por causar a un hombre un poco de tormento espiritual que podría cambiar su vida para mejor? Bastante barato, diría yo. ¿Cuánto vale un alma para Dios? ¿Dos dólares, crees?

- Tiemblo al pensar cómo estarán rebajados los precios de algunas almas cuando Dios decida cerrar la tienda -dijo su mujer-. Llevaré la carta a casa de Mamá. Tengo que ir allí hoy, de todas formas.

- El chico de Mesura, Simón, viene por el correo -dijo Soldado de Dios.

Ella lo miró enfadada.

- No iba a leerla.

- No dije que fueras a hacerlo.

Pero no le entregó la carta. En vez de eso la dejó en el mostrador, esperando a que el hijo mayor de Mesura viniera y la llevara a la cima de la colina, a la casa donde Alvin enseñaba a la gente a ser Hacedores. Soldado de Dios todavía se sentía descontento al respecto. Le parecía algo antirreligioso, impropio, contra la Biblia. Pero pese a ello sabía que Alvin era un buen muchacho, crecido hasta ser un buen hombre, y cualquiera que fuesen sus poderes o su brujería, no los usaba para causar daño. ¿Podría estar realmente en contra de Dios y la religión que tuviera tales poderes, si los usaba de una manera cristiana? Después de todo, Dios creó el mundo y todas las cosas en él. Si Dios no hubiera querido Hacedores, no habría creado a ninguno de ellos. Así que lo que Alvin estaba haciendo debía estar en línea con la voluntad de Dios.

A veces Soldado de Dios se sentía perfectamente en paz con las acciones de Alvin. Y a veces pensaba que sólo un tonto cegado por el diablo creería un solo momento que Dios era feliz con cualquier tipo de brujería. Pero todo eso eran sólo pensamientos. Cuando se había requerido acción, Soldado de Dios había tomado su decisión. Él estaba con Alvin, y contra cualquiera que se le opusiera. Si era condenado por ello, así sería. A veces simplemente tienes que seguir a tu corazón. Y a veces sólo tienes que decidirte y defender tu postura, contra el infierno o el diluvio.

Y nadie iba a leer la carta que Peggy Larner había enviado a Alvin. Especialmente no la esposa de Soldado de Dios, que era demasiado lista y tan hábil con los conjuros.

Muy lejos, en otro lugar, Peggy observó los cambios en los corazones y supo que la carta estaba ahora en manos de la familia de Alvin. Hará su trabajo. El mundo cambiaría. Los hilos en el telar de Beca se moverían. Es insoportable mirar sin hacer nada, pensó Peggy. Y luego es insoportable ver lo que mis acciones provocan.

4

Búsqueda

Incluso antes de que llegara la carta de la Señorita Larner, Alvin estaba sintiéndose inquieto. Las cosas simplemente no estaban yendo del modo en que

lo había planeado. Tras meses intentando convertir a su familia y vecinos en Hacedores, su tarea lucía más bien como el trabajo de seis vidas, y por mucho que lo tratara, Alvin no podía imaginar que consiguiera más que una vida con la que trabajar.

No es que la enseñanza fuese un fracaso... no podía llamarlo un completo error, no aún, considerando que algunos de ellos realmente estaban aprendiendo algo sobre el arte de Hacer e incluso Haciendo algo ellos mismos. Es sólo que Hacer no era su don. Alvin había imaginado que no existía ningún don que otra persona no pudiese aprender, con tiempo y entrenamiento e ingenio suficientes o simple perseverancia. Pero lo que no había tenido en cuenta es que la capacidad de Hacer era como un gran conjunto de dones, y mientras que algunos podían aprender unos cuantos, difícilmente había alguien que mostrara algún signo de haber aprehendido el conjunto entero. Mesura a veces evidenciaba un avance. Más que un avance, en realidad. Seguramente podría ser un Hacedor el mismo si no estuviera continuamente distrayéndose. Pero los otros... no había posibilidad alguna de que fuesen a parecerse a nada de lo que era Alvin. Así que si no existía ninguna esperanza de éxito, ¿para qué intentarlo?

Siempre que se sentía descorazonado, sin embargo, se decía a sí mismo «cállate y vuelve al trabajo». No llegas a ser un Hacedor cambiando tu plan cada cinco minutos. ¿Quién puede seguirte entonces? Sigues fiel al plan. Incluso cuando Calvin, el único Hacedor natural nacido entre ellos, incluso cuando él se negó a aprender nada y finalmente se marchó a provocar quién sabe qué daño en el amplio mundo, incluso entonces no te rindes y vas en su busca porque, como señaló Mesura a los hombres que querían seguirlo con una cuadrilla de búsqueda, “No puedes forzar a un hombre a ser un Hacedor, porque forzar a las personas a hacer cosas es como Deshacerlas”.

Aun cuando el propio padre de Alvin dijo, “Al, me maravilla lo que puedes hacer, pero para mí es suficiente que tú puedas hacerlo. Mi parte terminó cuando naciste, creo yo. No hay ningún hombre que viva y que no esté orgulloso de que su hijo lo sobrepase, lo que tú has hecho sobradamente, y no pretendo volver a la carrera”. Aun entonces, Alvin decidió ceñudamente continuar con la enseñanza, mientras su padre regresaba al molino para limpiarlo y prepararlo para que volviese a moler el grano.

- No puedo entenderlo -dijo Papá-, si la molienda es Hacer o Deshacer. Las piedras trituran el grano y lo vuelven polvo, así que es Deshacer. Pero el polvo es harina, y puedes usarla para hacer pan o pasteles que no puedes preparar con el maíz o el trigo, así que moler el grano puede ser sólo un paso en el camino del Hacer. ¿Puedes responderme eso, Alvin? ¿Volver harina el grano es Hacer o Deshacer?

Bien, Alvin podría haber respondido bastante rápido, que era Hacer, por supuesto, pero ésa era una cuestión que seguía molestándolo. Me propuse transformar a esta gente en Hacedores, a mi familia, mis vecinos. ¿Pero no estaré solamente moliéndolos y Deshaciéndolos? Antes de que empezara a tratar de enseñarles, eran felices con sus propios dones o incluso con su propia falta de dones, si lo piensas un poco. Ahora están frustrados y se sienten como fracasados, ¿y por qué? ¿Es parte del Hacer convertir a la gente en algo para lo que no nacieron? Ser un Hacedor es bueno... lo sé, porque yo soy uno. ¿Pero significa eso que es la única cosa buena que alguien puede ser?

Se lo preguntó a Truecacuentos, por supuesto. Después de todo, Truecacuentos no apareció por nada, aun cuando el viejo zorro no tuviese noción alguna sobre una posible razón. Quizás estaba allí para darle a Alvin algunas respuestas. Así que un día cuando estaban juntos picando leña, Alvin preguntó, y Truecacuentos respondió como siempre lo hacía, con una historia.

- Una vez oí una historia sobre cómo un hombre estaba levantando un muro tan rápido como podía, pero alguien más estaba derribándolo más rápido todavía. Y el hombre se preguntó cómo podría evitar que el muro fuera completamente derruido, y algún día terminarlo. Y la respuesta fue simple: No puedes construirlo solo.

- Recuerdo esa historia -dijo Alvin-. Es por ella que estoy aquí, tratando de enseñar a Hacer a esta gente.

- Sólo me preguntaba -dijo Truecacuentos-, si tal vez fueras capaz de estirar un poco esa historia, o quizás torcerla un poco y estrujarla y escurrir alguna verdad de ella que fuese un poco más útil.

- Retorcerla -dijo Alvin-. Veremos si la historia es un paño húmedo o el cogote de una gallina...

- Bueno, tal vez lo que necesitas no es un montón de albañiles, que corten la piedra y mezclen el mortero y sostengan el muro o algo así. Tal vez lo que necesitas es un montón de cortadores, y muchos mezcladores de mortero, y otros tantos supervisores del terreno y así. No todo el mundo tiene que ser un Hacedor. De hecho, tal vez todo lo que necesitas es el Hacedor.

La verdad en las palabras de Truecacuentos era evidente; ya le había ocurrido a Alvin muchas veces, en otras ocasiones. Lo que lo tomó por sorpresa fueron las lágrimas que repentinamente aparecieron en sus ojos, y dijo suavemente:

- ¿Por qué eso me pone desesperadamente triste, amigo mío?

- Porque eres un buen hombre -dijo Truecacuentos-. Un hombre malvado se deleitaría al saber que es el único que puede gobernar a una gran cantidad de gente que trabaje en una causa común.

- Lo que quiero más que nada en el mundo es no volver a estar solo -dijo Alvin-. He estado solo. Casi todo el tiempo que pasé como aprendiz en Río Hatrack, sentía que no había nadie de mi lado.

- Pero en todo ese tiempo nunca estuviste solo -dijo Truecacuentos.

- Si te refieres a que la Señorita Lerner me cuidaba...

- Me refiero a Peggy. No veo por qué todavía la llamas por ese nombre falso.

- Ése es el nombre de la mujer de la que me enamoré -dijo Alvin-. Pero ella conoce mi corazón. Ella sabe que maté a ese hombre y que no tenía que hacerlo.

- ¿El hombre que asesinó a su madre? No creo que te lo reproche.

- Ella sabe qué calse de hombre soy y no me ama, eso pasa -dijo Alvin-. Así que estoy solo, en el minuto en que deje este lugar. Y además,irme sería como poner en fila a toda esta gente y abofetearles diciendo, Han fallado, así que me marchó.

Tras eso Truecacuentos sólo río.

- Eso es una franca tontería y lo sabes. Lo cierto es que ya les has enseñado todo, y ahora es sólo un asunto de práctica. Ya no te necesitan aquí.

- Pero nadie me necesita en ningún otro lugar -dijo Alvin.

Truecacuentos volvió a reírse.

- Deja de reírte y dime qué es tan gracioso.

- Un chiste que tienes que explicar no va a ser gracioso, de todas formas -dijo Truecacuentos-, así que no hay razón para explicarlo.

- No eres de ayuda -dijo Alvin, enterrando la cabeza de su hacha en el tocón de madera.

- Soy una gran ayuda -dijo Truecacuentos-. Lo que pasa es que todavía no quieres ser ayudado.

- ¡Sí, quiero! ¡Sólo que no necesito acertijos, necesito respuestas!

- ¿Necesitas que alguien te diga qué hacer? Ésa es una sorpresa. ¿Sigues siendo un aprendiz, después de todo? ¿Quieres que alguien más controle tu vida otra vez? ¿Por cuánto tiempo, otros siete años?

- Puede que ya no sea un aprendiz -dijo Alvin- pero eso no significa que sea un maestro.

- Entonces busca trabajo en algún sitio -dijo Truecacuentos-. Todavía tienes cosas que aprender.

- Ya lo sé -dijo Alvin-, pero no sé adónde ir para aprenderlas. Está esa ciudad de cristal que vi en el tornado con Tenskwa Tawa. No sé cómo construirla. No sé dónde construirla. Ni siquiera sé por qué tengo que construirla, excepto porque debería existir y yo debería hacer que exista.

- Ahí lo tienes -dijo Truecacuentos-. Como dije, ya les has enseñado a todos todo lo que sabes, y dos veces. Todo lo que estás haciendo ahora es ayudarlos a practicar... y haciendo trampa al ayudarlos, no creas que no lo he notado.

- Cuando uso mi don para ayudarlos, se los digo -dijo Alvin, ruborizándose.

- Y entonces sienten que han fallado de todas formas, creyendo que tu ayuda es la única causante de que las cosas ocurran, y no algo que ellos mismos hiciesen. Alvin, creo que te estoy dando una respuesta. Has hecho aquí lo que has podido. Deja que Mesura los ayude, y los otros que han aprendido un poco de esto y de aquello. Deja que descubran las cosas por sí mismos, como tú lo hiciste. Y entonces sal al mundo y aprende más de las cosas que tú necesitas saber.

Alvin asintió, pero en su corazón todavía se resistía a creerlo.

- Es que no veo qué bien puede hacer que salga y trate de aprender cuando tú sabes tan bien como yo que no existe otro Hacedor en el mundo en estos momentos, a menos que cuentes a Calvin, lo que yo no hago. ¿De quién voy a aprender? ¿Adónde voy a ir?

- ¿Así que lo que dices es que no tiene sentido simplemente salir a vagabundear por ahí, viendo lo que sucede y aprendiendo lo que puedas?

El rostro de Truecacuentos estaba tan deformado cuando dijo esto que Alvin supo de inmediato que había un doble significado.

- Sólo porque tú aprendas de esa forma no significa que yo pueda hacer lo mismo. Tú sólo estás recolectando historias, y hay historias en todos lados.

- También se Hacen cosas en casi todos lados -dijo Truecacuentos-. Y cuando nada se está Haciendo, aún hay viejas cosas hechas derruyéndose, y puedes aprender de ellas, también.

- No puedo irme -dijo Alvin-. No puedo irme.

- Que es lo mismo que decir que estás asustado.

Alvin asintió.

- Tienes miedo de volver a matar a alguien.

- No creo. Sé que no lo haré. Probablemente.

- Tienes miedo de volver a enamorarte.

Alvin silbó con sorna, burlándose de sí mismo.

- Tienes miedo porque crees que estarás solo cuando te vayas.

- ¿Cómo podría estar solo? -preguntó-. Tendría el arado de oro conmigo.

- Ése es otro punto -dijo Truecacuentos-. Ese arado viviente. ¿Para qué lo hiciste, si lo mantienes en la oscuridad todo el tiempo y nunca lo usas?

- Es oro -dijo Alvin-. La gente roba el oro. Muchos hombres matarían por esa cantidad de oro.

- Muchos hombres matarían por una cantidad igual de hojalata, si es por eso -dijo Truecacuentos-. Pero tú sabes lo que le ocurrió al hombre al que le dieron un talento de oro, y lo enterró en el campo.

- Truecacuentos, hoy estás lleno de sabiduría.

- Rebosante -dijo Truecacuentos-. Es la peor de mis faltas, empapar a la gente de sabiduría. Pero casi siempre se seca muy rápido y no deja marca alguna.

Alvin le hizo una mueca.

- Truecacuentos, aún no estoy listo para irme de casa.

- Quizá una persona debe dejar el hogar antes de estar lista, o nunca consigue estarlo.

- ¿Fue eso una paradoja, Truecacuentos? La Señorita Larner me habló de las paradojas.

- Es una buena maestra y sabe todo al respecto.

- Todo lo que yo sé sobre paradojas es que si no las sacas a paladas del establo, el granero comienza a apestar de veras mal y se llena de moscas.

Truecacuentos se rió de la ocurrencia, y Alvin se le unió, y ése fue el final de la parte seria de la conversación.

Excepto que seguía pegado a Alvin, todo el asunto, saber que Truecacuentos pensaba que debería irse de allí, y sin una sola pista de hacia dónde ir si decidía partir, y con pocas ganas de admitir el fracaso, a la vez. Todo tipo de razones para quedarse. La razón más importante de todas era simplemente estar en casa. Había pasado la mitad de su niñez lejos de su familia, y era bueno sentarse a la mesa de su madre cada día. Era bueno ver a su padre en el molino. Oír la voz de su padre, la voz de sus hermanos, la voz de sus hermanas, riendo y discutiendo y respondiendo y preguntando, la voz de su madre, la dulce y clara voz de su madre, todas cubriendo sus días y noches como una manta, manteniéndolo abrigado, todas diciéndole, Aquí estás seguro, eres conocido, somos tu gente, no te daremos la espalda. Alvin no había oído una sinfonía en toda su vida, o siquiera algo más que dos violines y un banjo al mismo tiempo, pero sabía que ninguna orquesta podría nunca producir una música más hermosa que las voces de su familia entrando y saliendo de sus casas y graneros y el molino y las tiendas del pueblo, hilos de música atándolo a este lugar de tal forma que incluso aunque sabía que Truecacuentos tenía razón y que debía irse, no podía convencerse de ello.

¿Cómo pudo hacerlo Calvin? ¿Cómo pudo Calvin dejar esta música?

Entonces llegó la carta de la Señorita Larner.

El chico de Mesura, Simón, la trajo; ya tenía cinco años y era lo suficientemente mayor para ir a buscar el correo a la tienda de Soldado de Dios. Podía entender algo de letras, también, así que no entregó la carta simplemente a su abuela o a su abuelo, se llevó directamente al mismo Alvin y anunció con toda la potencia de sus pulmones:

- ¡Es de una mujer! ¡Se llama Señorita Larner y escribe cartas muy monas!
- Cartas bonitas –lo corrigió Alvin.

Simón no estaba para ésas.

- ¡Oh, tío Al, tú eres la única persona de por aquí que habla así! ¿Qué hay de malo con monas?

Alvin despegó el sello de cera y abrió la carta. Conocía la escritura de la Señorita Larner por las muchas horas que había pasado tratando de imitarla, estudiando con ella en Río Hatrack. Su propia mano nunca era tan suave, no fluía con la misma delicadeza que la de ella. Ni con la misma elocuencia. Las palabras no eran lo suyo, o al menos no las elegantes y formales palabras que la Señorita Larner-Peggy usaba cuando escribía.

Querido Alvin,

Has pasado demasiado tiempo en Iglesia de Vigor. Calvin es un grave peligro para ti, y debes encontrarlo y reconciliarte con él; si esperas a que él regrese a ti, verás que trae consigo el fin de tu vida.

Casi puedo tu respuesta: No me temo ver el final de mi vida. (Sé que todavía dices «no me temo», sólo para contrariarme.) Ve o quédate, depende de ti. Pero puedo decirte lo siguiente. Podrías partir ahora, por tu propia voluntad, o partirás pronto, de cualquier modo, pero no libremente. Eres un oficial herrero... tendrás tu viaje.

Quizás en tu periplo nos encontremos. Me complacería volver a verte.

Sinceramente,

Peggy

Alvin no sabía qué hacer con esta carta. Primero le da órdenes y le habla como a un niño. Luego habla provocativamente de la forma en que aún dice «no me temo». Después pareciera como que le pide que vaya a su encuentro, pero de una manera tan fría que casi le hielan los huesos – “Me complacería volver a verte” ¡ya lo creo! ¿Quién se pensaba que era, la Reina?-. Y firmó la carta con “Sinceramente” como si fuese una extraña, y no la mujer a la que él amaba, y que una vez dijo que lo amaba a él. ¿A qué estaba jugando, esta mujer que podía ver tantos futuros? ¿Qué estaba tratando de conseguir que hiciera? Estaba claro que había más de lo que decía en la carta. Se creía que era tan sabia, ya que sabía más sobre el futuro que otra gente, pero el hecho era que ella podía equivocarse como cualquier otro y él no quería que le dijera qué hacer, quería que le dijera lo que supiese y luego lo dejara tomar su propia decisión.

Una cosa era segura. Él no iba a dejarlo todo y emprender la búsqueda de Calvin. Sin duda ella sabía exactamente dónde estaba su hermano y no se había molestado en decírselo. ¿Qué era lo que se suponía que debía lograr? ¿Por qué debería ir en busca de Calvin cuando ella podía escribirle una carta y decirle, no dónde estaba Calvin justo ahora, sino dónde estaría cuando Alvin lo alcanzara? Sólo un tonto se va a pie tratando de seguir el vuelo de un ganso salvaje.

Sé que tendré que irme alguna vez. Pero no voy a marcharme sólo para cazar a Calvin. Y no voy a irme porque la mujer con la que casi me casé me envía una carta mandona que ni siquiera insinúa que todavía me ame, si es que alguna vez

lo hizo. Si Peggy estaba tan segura de que partiría pronto de todas formas, porque tendría que hacerlo, bien, entonces podría simplemente quedarse y esperar a ver qué sería lo que lo haría partir.

5 Mentiras

América era un país demasiado pequeño para Calvin. Ahora lo sabía. Todo era demasiado nuevo. A los poderes de una tierra les toma tiempo madurar. Los Rojos, ellos conocían la tierra, pero se habían ido. Y los Blancos y Negros que vivían aquí ahora, éstos sólo tenían poderes superficiales, dones y conjuros, hechizos y sueños. Nada como la antigua música de la que Alvin había hablado. El canto verde del bosque viviente. Además, los Rojos se habían marchado, así que fuese lo que fuese lo que conocían, debía de haber sido débil. Su derrota era prueba suficiente.

Incluso antes de que Calvin supiera hacia dónde se estaba encaminando, sus pies lo sabían. Hacia el este. A veces un poco al norte, a veces un poco al sur, pero siempre hacia el este. Al principio pensó que sólo iba hacia Dekane, pero cuando llegó allí trabajó solamente un día o dos para reunir un par de monedas y poner algo de pan en su estómago, y luego continuó hacia las montañas, siguiendo la vía del tren camino a Irrakwa, donde podría reírse un poco de aquellos hombres y mujeres cuya piel era Roja pero que vestían y hablaban como Blancos y tenían alma de Blanco. Más trabajo, más monedas, practicar un poco Haciendo aquí y allá. Bromas, casi siempre, porque no se atrevía a usar su don al aire libre donde la gente pudiera notarlo y difundir el rumor. Nada más que pequeños favores en casas donde lo habían tratado bien, como conducir a todas las cucarachas fuera de la propiedad. Y alguna que otra retribución para aquellos que lo despedían o lo despreciaban. Mandar a una rata a morir en un pozo. Abrir un agujero en un barril de harina. Eso fue difícil, lograr que la madera se hinchara y luego se encogiera. Pero él podía trabajar con el agua. El agua se le hacía más fácil de usar que cualquier otro elemento.

Resultó que Irrakwa tampoco era el lugar adonde lo dirigían sus pies. Se abrió camino a través de Irrakwa hasta Nueva Holanda, donde todos los granjeros hablaban holandés, y luego bajó por el Hudson hasta Nueva Amsterdam.

Cuando llegó a la gran ciudad emplazada en el extremo meridional de la Isla de Manhattan, creyó que éste podría ser el lugar que estaba buscando. La ciudad más grande de los Estados Unidos de América. Y ya casi no era holandesa. Todo el mundo hablaba inglés en sus negocios, y encima Calvin contó una docena de distintos lenguajes antes de dejar de preocuparse por ello. Y eso por no mencionar los extraños acentos del inglés que hablaba la gente de lugares como York, Glasgow y Monmouth. Probablemente todas las culturas del mundo se encontraban aquí. Probablemente podría encontrar maestros.

Así que se quedó por unos días, por una semana. Lo intentó en la universidad que quedaba más al norte en la isla, pero querían que estudiara cosas intelectuales en vez de la tradición del poder, y Calvin pronto se dio cuenta de que ninguno de los ilustres y altaneros profesores sabía nada en realidad. Lo trataban como si estuviera loco. Un hombre viejo con una blanca barba de chivo pasó media hora tratando de convencer a Calvin de que le permitiera estudiarlo, como si fuese alguna extraña clase de insecto. Calvin se quedó durante toda la media hora sólo para tener el tiempo necesario para aflojar todas las costuras de

los libros en las estanterías del tipo. Déjalo que se pregunte sobre el tipo de locura de Calvin mientras las páginas de cada libro que tome caen y se desparraman por el suelo.

Si los profesores no valían nada, la calle no era mucho mejor. Oh, escuchó sobre maestros de la tradición y hechiceros y magos y cosas así. Gitanos fanfarroneando sobre alguna maldición. Irlandeses que conocían a un sacerdote que tenía poderes especiales. Franceses y españoles que habían oído de brujas o niños santos o lo que sea. Un portugués habló sobre una mujer libre negra capaz de volver la entrepierna de su enemigo tan lisa y vacía como un sobaco... lo que, de acuerdo con la historia, fue el modo en que ganó su libertad, después de hacerle eso al hijo primogénito de su amo y amenazarlo a él de ser el próximo. Pero todos terminaban desapareciendo sin dejar rastro. Calvin encontraba a alguien que conocía al hechicero, y luego iba y hablaba con esa persona para descubrir que en realidad no era él sino que conocía a alguien que conocía al hombre de los poderes, y etcétera, etcétera, como agentes de la ley en la noche buscando a un fugitivo que continuaba deslizándose y escondiéndose en los callejones.

Mientras tanto, sin embargo, Calvin aprendía a vivir en una ciudad, y le gustaba. Le gustaba el modo en el que puedes desaparecer a plena luz del día. Nadie te conocía. Nadie esperaba nada de ti. Eras lo que vestías. Cuando llegó vestía como un campesino, así que la gente esperaba que fuese estúpido y lento y, qué rayos, lo era. Pero en unos cuantos días se dio cuenta de que sus ropas lo traicionaban y se compró un atuendo de ciudad en una tienda de ropa usada. Fue entonces que la gente comenzó a estar dispuesta a hablar con él. Y aprendió a cambiar un poco su forma de hablar, también. Hablar más rápido, dejar de alargar las palabras. Sacudirse el tono nasal del campo. La gente no le pedía que repitiera las cosas. Y para el final de la semana, no estaba más fuera de lugar que cualquiera de los otros inmigrantes. Era todo lo bueno que podía ser... porque en realidad nadie era realmente de Nueva Amsterdam. Excepto tal vez algunos viejos terratenientes holandeses ocultos en sus mansiones tierra adentro.

Rumores de sabiduría, pero no había sabiduría en esta ciudad. Bueno, ¿qué esperaba? Cualquiera que de verdad conociera los poderes del viejo mundo difícilmente hubiera abordado un miserable bote y navegado al oeste arriesgando su vida y sus órganos para venir a vivir en la cloaca de una casucha en Nueva Amsterdam. No, la gente de Europa que entendía el poder estaría todavía en Europa... porque estarían haciendo cosas allá, y no tenían razones para dejarlas.

¿Y quién era el más poderoso de todos? Claro, el hombre cuyas victorias habían causado que toda esta gente de una docena de lenguajes se aglomerara en costas americanas. El hombre que expulsó a los aristócratas de Francia, y luego conquistó España y el Sacro Imperio Romano e Italia y Austria y después por alguna razón se detuvo en la frontera rusa y en el Canal Inglés, declaró la paz y la mantuvo, con puño de hierro pero, como decían, compasivamente, de tal modo que muy pronto nadie en Italia o Austria o los Países Bajos o cualquier lugar, realmente, desearía que sus antiguos líderes regresaran. Ése era el hombre que entendía el poder. Ése era el hombre indicado para enseñar a Calvin lo que necesitaba saber.

Había un solo problema, ¿por qué un hombre tan poderoso aceptaría alguna vez hablar con un pobre granjero de Wobbish?, ¿y cómo conseguiría ese pobre

granjero un pasaje para atravesar el océano? Si tan sólo Alvin se hubiera molestado en enseñarle a transformar hierro en oro. Vaya, eso sería útil. Imagina una locomotora a vapor completamente convertida en oro sólido. Enciende la caldera y toda la maldita cosa comenzaría a derretirse... pero el resultado serían charcos de oro. Bastaría meter un cucharón y ahí estaría el pasaje para Francia, y nada de tercera clase, no. Un pasaje en primera clase, y un buen hotel en París. Ropas finas, también, para que al entrar en la embajada Americana los sirvientes hicieran reverencias y lo adularan y lo condujeran directamente al embajador, y el embajador lo llevara derecho al palacio imperial donde sería presentado a Napoleón en persona y Napoleón diría, ¿Por qué debería hablar contigo, un ciudadano ordinario de un país de segunda clase en las tierras salvajes del oeste?, y Calvin sacaría tres cucharones rebosantes de oro de sus bolsillos y los pondría pesadamente en las manos de Napoleón y diría, ¿Cuánto de esto quiere? Sé cómo hacer más. Y Napoleón diría, Los impuestos en toda Europa me dan oro. ¿Para qué necesito tus patéticos puñados? Y Calvin diría, Ahora tiene un poco más de oro que antes. Mire sus botones, señor. Y Napoleón miraría los botones de bronce de su abrigo y serían de oro, también, y entonces diría, ¿Qué puedo hacer por usted, señor? Exacto, él llamaría a Calvin "señor", y Calvin diría, Todo lo que quiero es que me enseñe los caminos del poder.

Sólo que si Calvin supiera cómo transformar hierro o bronce en oro, desde luego que no necesitaría para nada la ayuda de Napoleón Bonaparte, Emperador de la Tierra o cualquier título absurdo que se hubiera dado a sí mismo en su última promoción. Era uno de esos dilemas circulares en que siempre caía. Si tuviera el poder suficiente para captar la atención de Napoleón, no necesitaría a Napoleón. Y, puesto que necesitaba a Napoleón, no había posibilidad alguna de que ninguno de sus subordinados le permitiera acercarse a él.

Calvin no era estúpido. No era un campesino tonto, no importa lo que pensara la gente de la ciudad. Sabía que los hombres poderosos no dejan que llegue cualquiera y les hable.

Pero yo tengo algunos poderes, pensó Calvin. Tengo algunos poderes, y puedo abrirme un camino, una vez que haya saltado el charco. Así es como la gente sofisticada llamaba al Océano Atlántico, el charco. Una vez que haya pasado el charco. Puede que tenga que aprender francés, pero dicen que Napoleón habla inglés, también, desde sus días como general, en Canadá. De una u otra forma, conseguiré llegar a él y hacer que me tome como su aprendiz. No como para sustituirlo más tarde y quedarme con su imperio, sino para hacer lo mismo en América. Poner a las Colonias de la Corona y Nueva Inglaterra y los Estados Unidos todos bajo una bandera. Y Canadá, también. Y Florida. Y entonces quizá pose sus ojos más allá del Mizzipy y vea qué absurdo es que el viejo Tenskwa Tawa mantenga fuera a un Hacedor que quiere cruzar el río y conquistar el país Rojo.

Todo sueños. Estúpidos sueños de un niño que duerme en una pensión barata y hace trabajos asquerosos y denigrantes para ganar un par de centavos al día. Calvin sabía eso, pero también sabía que si no era capaz de usar un don como el suyo para ganar dinero y poder no se merecía nada mejor que aquellas camas piojosas y comidas pestilentes y tareas de esclavo.

Una cosa sí, la gente de la calle se estaba acostumbrando a la idea de que Calvin estaba buscando algo, y finalmente la vieja mujer a la que le compraba las

manzanas -la que le dio una manzana el día que llegó, cuando no tenía dinero, porque ella misma era una chica del campo, había dicho; la misma que desde ese día no volvió a encontrar moscas o gusanos en su fruta- le dijo:

- Bueno, supongo que habrás hablado con el Hombre Sangrante, él sabe muchas cosas.

- ¿El Hombre Sangrante?

- Ya sabes, el que siempre cuenta historias horribles o si no encuentra a nadie nuevo para contarle, comienza a sangrar por las manos. Todos conocen al Hombre Sangrante. Viene aquí porque tiene una maldición, y tiene que encontrar gente nueva todos los días para contarles la historia, ¿y dónde vas a encontrar una buena cantidad de gente nueva todo el tiempo?

Por supuesto que Calvin ya sabía exactamente de quién estaba hablando.

- ¿Harrison está aquí?

- ¿Lo conoces?

- Sé de él. Por un tiempo se llamó a sí mismo... a sí mismo... gobernador de Wobbish. Masacró a la gente de Tenskwa Tawa en Tippy-Canoe.

- Ése es. Una historia escalofriante. Gracias al cielo sólo tuve que oírla una vez. Pero hay algún tipo de poder en el hecho de que sus manos empiecen a sangrar. O sea, eso es raro, ¿no? Todos esos otros tipos de los que oyes hablar, nunca los ves hacer nada, si me entiendes. Pero puedes ver la sangre. Eso es poder, diría yo.

- Yo también lo diría -otra vez se corrigió-. Yo también lo pienso así.

- También podrías decir, "Imagino que tienes razón", si estás tratando de sonar pomposo.

- Es que no quiero sonar como un campesino, eso es todo.

- Entonces mejor aprende francés. Todo la gente de buena cuna lo hace. Aquí estamos, en una ciudad holandesa, donde todo el mundo habla inglés, ¡y ellos van a sus lujosos restaurantes y piden su comida en francés! ¿Qué tienen que ver los franceses con Nueva Amsterdam? ¡Si quieres comer en francés, vete a Canadá, eso es lo que digo yo!

Escuchó su diatriba hasta que finalmente pudo librarse de ella -lo que significa que ella finalmente encontró un cliente- y luego partió en busca de Harrison. Asesino Blanco Harrison. Calvin lo sabía todo sobre su maldición, por las historias que le había contado su padre y sus vecinos, y a veces imaginaba a Harrison yendo por los caminos de un pueblo a otro, todo el mundo echándolo antes de que pudiera llegar a contarles su terrible historia. Nunca se le había ocurrido que Harrison pudiese haber venido a la ciudad, pero tenía sentido, una vez que lo pensabas. Hombre Sangrante.

Lo encontró en un callejón tras un restaurante donde cada noche era alimentado por el encargado del local, que no lo quería aconsando a sus clientes.

- Es un castigo duro -dijo el encargado-. Tuve un patrón en Kilkenny que creía en ese tipo de justicia. Castigos que duraban para siempre. Vergüenza permanente. Creo que no está bien. No me importa demasiado lo que el hombre haya hecho. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra, y todo eso. Así que come en la parte trasera de mi restaurante. Mientras no haga daño a mi negocio.

- ¡Vaya que es generoso! -dijo Calvin.

- Tienes una boca muy grande, chico. De hecho soy generoso, y de mente abierta, también, y sólo porque lo sé y tomo el crédito por ello no es algo menos cierto. Así que puedes tomar tus ingeniosas y sutiles ironías y largarte de mi establecimiento si lo que pretendes es comer mi comida y luego sentarte a juzgarme.

- No he probado su comida.

- Pero lo harás -dijo el hombre-, porque, como dije, soy generoso, y pareces hambriento. Ahora vuelve a la cocina y puedes decirle al cocinero que te dé algo para ti y algo para Sangrante, en el callejón. Si vas con esa comida, te hablará, vaya que lo hará. Y respecto a eso... es probable que te cuente su historia.

- Conozco su historia.

- Todo el mundo puede conocer una historia, pero nunca es la misma historia que conocen. Ahora apártate de mi puerta, luces como una rata callejera.

Calvin echó un vistazo a sus ropas y notó que, en efecto, había comprado su ropa para armonizar con el entorno, pero el conjunto combinaba más con la calle que con la ciudad. Tendría que hacer algo al respecto antes de ir a París. Tendría que transformarse en, si no un caballero, al menos un comerciante. No una rata callejera.

No le gustaban los que se llamaban a sí mismos generosos, pero el hecho es que la comida de la cocina era buena. El cocinero no le dio las sobras ni las raspaduras. Consiguió comida decente en buena cantidad. ¿Cómo conseguía el encargado del local mantenerse en el negocio, siendo tan generoso con el pobre? Sin duda engañaba a su jefe, el propietario. Podía permitirse ser generoso, ya que no tenía que pagar por ello él mismo. Casi todas las virtudes eran así. La gente podía enorgullecerse de lo virtuosa que era, pero la verdad era que tan pronto como la virtud se tornaba costosa o inconveniente, impresionaba lo rápido que era dejada de lado en aras de asuntos más prácticos.

La generosidad del hombre le valió lo siguiente: no más ratones ni cucarachas en su cocina.

En el callejón, Hombre Sangrante bebía a sorbos una botella de vino. Vio a Calvin y el hambre se reflejó en sus ojos. Calvin rió.

- Escuché que tiene una historia que contar.

- ¿Por qué siguen mandando niños como tú a verme? ¿Es una broma?

- No. Ya sé su historia, casi toda. Sólo quería verlo en persona, supongo.

Harrison le ofreció la botella de vino.

- Lo mejor de este lugar -dijo-. Aparte de que no me echaron al momento. Cuando alguien abre una botella de vino y no se la termina en la mesa, el encargado rehúsa servir de esa botella a nadie más. Y entonces llega al callejón.

- La gran sorpresa -dijo Calvin-, es que no haya otras diez docenas de borrachos hambrientos aquí.

Harrisón rió.

- Solían venir. Pero se hartaron de oír mi historia y ahora tengo el callejón para mí solo. Así es como me gusta.

Pero en su voz Calvin notó que mentía. No le gustaba de ese modo. Estaba ávido de compañía.

- Podría empezar ya a contarme la historia. Entre bocados, si quiere -dijo Calvin.

Harrisón comenzó a comer. Calvin pudo ver las reminiscencias de sus antiguos modales en la mesa. De cuando había sido un hombre civilizado.

Entre bocados, Harrison contó la historias. Entera: cómo había hecho que algunos indios del sur del Hio fueran y secuestraran a dos niños blancos para inculpar a Tenskwa Tawa, el también llamado Profeta Rojo. Sólo que los niños fueron rescatados de algún modo y cayeron en las manos del hermano del Profeta, Ta-Kumsaw. Pero eso no importó porque Harrisón igual utilizó el secuestro para encender los ánimos de los hombres blancos de la región septentrional del Wobbish, los que vivían más cerca de la villa del Profeta en Tippy-Canoe. Así que Harrison fue capaz de armar un ejército para arrasarse la Ciudad del Profeta. Y entonces en el último minuto, ¿quién aparece, si no uno de los chicos secuestrados? Bien, Harrison no se preocupa por nada excepto por hacer que maten al muchacho, y todo parece marchar bien. Los indios sólo se quedan quietos, dejando que el fuego de los mosquetes y las balas de los cañones barran con ellos hasta que nueve de cada diez estaban muertos, la llanura entera cubierta por una lámina de sangre fluyendo hacia el Tippy-Canoe. Sólo que fue demasiado para aquellos hombres blancos –se llamaban *hombres* a sí mismos– porque todos dejaron de disparar antes de que el trabajo estuviera hecho, y entonces llega el chico ése que se supone que estaba muerto y ni siquiera estaba herido, y cuenta la verdad a todo el mundo y entonces el Profeta Rojo lanza una maldición sobre todos ellos, y la peor de todas para Harrison, incluyendo que él tiene que contar la historia a una persona nueva cada día y...

- Lo está contando todo mal –dijo Calvin.

Harrison lo miró con enojo.

- ¿Crees que después de todos estos años no sé cómo contar la historia? Si la cuento de cualquier otra forma, se me cubren las manos de sangre y créeme, no es bonito. La gente vomita cuando me ve. Parece como si hubiera metido las manos en un cadáver hasta los codos.

- Contarla a su modo es lo que lo tiene viviendo en un callejón, comiendo de la caridad y bebiendo vino despreciado –dijo Calvin.

Harrison bizqueó y volvió a mirarlo.

- ¿Quién eres tú?

- El niño al que trató de matar es mi hermano Mesura. El otro niño al que hizo que secuestraran es mi hermano Alvin.

- ¿Y vienes a regodearte?

- ¿Parece que me esté regodeando? No, me fui de mi casa porque me cansé de su rectitud, sabiéndolo todo y sin respeto alguno por nadie más.

Harrison guiñó un ojo.

- Nunca me gustó esa clase de gente.

- ¿Quiere escuchar cómo debería escuchar su historia?

- Soy todo oídos.

- Los indios estaban en guerra con los blancos. No estaban usando la tierra pero no querían que los granjeros blancos la usaran, tampoco. Sencillamente no podían compartirla aun cuando había espacio de sobra. Tenskwa Tawa hablaba de ser pacíficos, pero usted sabía que estaba reuniendo a todos esos miles de indios para que fueran el ejército de Ta-Kumsaw. Así que tenía que hacer algo para avivar a los blancos del lugar para detener esta amenaza. Así que sí, hizo que secuestraran a dos niños, pero nunca le dio órdenes a nadie sobre matarlos...

- Si digo eso la sangre simplemente empezará a saltar de mis manos y a manchar...

- Estoy seguro de que ha pensado en todas las mentiras posibles, pero escúcheme –dijo Calvin.

- Continúa.

- Usted no ordenó dar muerte a nadie. Ésas fueron sólo mentiras que sus enemigos dijeron sobre usted. Mentiras surgidas de Alvin Miller Junior, ahora llamado Alvin Smith. Después de todo, Alvin era el Niño Renegado, el niño blanco que fue a todas partes con Ta-Kumsaw durante un año. Él era el amigo de Ta-Kumsaw –usaremos la palabra amigo porque estamos entre gente decente- así que desde luego mintió sobre usted. Fue su batalla en Tippy-Canoe la que acabó con los planes de Ta-Kumsaw. Si no hubiera golpeado justo allí y justo entonces, Ta-Kumsaw hubiera salido victorioso después en Fort Detroit, y Ta-Kumsaw hubiese expulsado a toda la gente civilizada de las tierras al oeste de los Apalaches y ejércitos Rojos estarían cayendo sobre las ciudades del este, atacando desde las montañas y vaya, gracias a usted y a su coraje en Tippy-Canoe, los indios han sido expulsados al oeste del Mizzipy. Usted abrió todas las tierras occidentales a una colonización segura.

- Mis manos estarían goteando antes de que dijera todo eso.

- ¿Y qué? Manténgalas en alto y diga, “Miren lo que el Brujo Rojo Tenskwa Tawa hizo para castigarme. Cubrió mis manos con sangre. Pero estoy feliz de pagar este precio. La sangre en mis manos es la razón por la que los hombres blancos están construyendo una civilización sobre las orillas del Mizzipy. La sangre en mis manos es la razón por la que la gente del este puede dormir tranquila cada noche, sin siquiera un pensamiento sobre indios atacando y violando y asesinando del modo en que esos salvajes siempre lo hicieron”.

Harrison rió ahogadamente.

- Cada palabra que has dicho es la más profunda de las estupideces, hijo, espero que lo sepas.

- Usted sólo necesita decidir si va a dejar que Tenskwa Tawa se quede con la victoria final.

- ¿Por qué estás diciéndome esto? ¿De qué te sirve a ti?

- No lo sé. Vine buscándolo creyendo que tal vez usted supiera algo del poder, pero cuando lo escuché contando ese cuento absurdo y patético entendí que no sabe nada que un hombre pueda utilizar. De hecho, yo sabía más que usted. Así que, puesto que iba a pedirle que compartiera sus conocimientos conmigo, me pareció justo compartir los míos con usted.

- Qué amable de tu parte.

Su sarcasmo era evidente.

- No lo creo. Simplemente me imagino la expresión en la cara de mi hermano Alvin cuando usted le diga a todos que él era el Niño Renegado. Diga eso, y nadie le creerá a él si testifica en su contra. De hecho, Alvin tendrá que esconderse, si recuerda todas las cosas terribles que la gente piensa del Niño Renegado. El más cruel de entre los indios, matando y torturando hasta que incluso los Shaw-Nee vomitaban...

- Recuerdo esas historias.

- Mantenga en alto esas manos sangrientas, amigo mío, y haga que signifiquen lo que usted quiere que signifiquen.

Harrison agitó la cabeza.

- No puedo vivir con la sangre.
- Con que tiene una conciencia, ¿eh?

Harrison rió.

- La sangre cae en mi comida. Mancha mis ropas. Hace que la gente se maree.
- Si yo fuera usted, comería con guantes y usaría ropa oscura.

Harrison siguió comiendo. Calvin lo imitó.

- Entonces quieres que haga esto para hacerle daño a tu hermano.
- Hacerle daño no. Sólo mantenerlo callado y apartado. Usted ha pasado, cuánto, ¿ocho años viviendo como un perro? Ahora es su turno.
- No hay vuelta atrás -dijo Harrison-. Una vez que mienta, tendré sangre en mis manos hasta el día en que me muera.

Calvin se encogió de hombros.

- Harrison, usted es un mentiroso y un asesino, pero ama el poder más que la vida. Desafortunadamente es un desastre en cuanto a conseguirlo y mantenerlo. Ta-Kumsaw, Alvin y Tenskwa Tawa lo tomaron por un tonto. Le estoy diciendo cómo deshacer lo que ellos le hicieron. Cómo liberarse. No me importa una pata de rata muerta si lo hace o no.

Se levantó para irse.

Harrison se incorporó a medias y se aferró a los pantalones de Calvin.

- Alguien me dijo que Alvin es un Hacedor. Que tiene poder verdadero.
- No, no lo tiene -dijo Calvin-. No es para que se preocupe. Porque, verá, amigo mío, él sólo puede usar su poder para hacer el bien, nunca para dañar a alguien.
- ¿Ni siquiera a mí?
- Tal vez haga una excepción para usted -Calvin bajó la vista y sonrió perversamente-. Sé que yo la haría.

Harrison retiró sus manos de la ropa de Calvin.

- No me mires de esa manera, pequeña comadreja.
- ¿De qué manera? -preguntó Calvin.
- Como si fuera escoria. No me juzgues, ¿me oyes?
- ¿Por qué? ¿Puede darme una sola buena razón para no hacerlo?
- Porque sea lo que sea lo que alguna vez hice, chico, nunca traicioné a mi propio hermano.

Entonces fue el turno de Calvin de ver la cara del desprecio. Escupió en el suelo cerca de las rodillas de Harrison.

- Come pus y muere -dijo.
- ¿Eso fue una maldición? -preguntó Harrison burlonamente mientras Calvin se alejaba- ¿O nada más que una amigable advertencia?

Calvin no le respondió. Ya estaba pensando en otras cosas. Cómo conseguir el dinero para comprar un pasaje al este, por ejemplo. Primera clase. Iba a ir en primera clase. Tal vez lo que tenía que hacer era ver si su don servía para hacer caer el dinero de la bolsa de algún comerciante mientras éste llevaba sus ganancias al banco. Si lo hacía bien, nadie lo vería. No lo atraparían. Y aun si alguien veía el dinero caer y a Calvin recogerlo, sólo podría acusarlo de encontrar dinero en el suelo, ya que nunca pondría sus manos en la bolsa. Eso funcionaría. Sería muy fácil. Tan fácil que era estúpido que Alvin nunca lo hubiera hecho antes. La familia podría haber utilizado el dinero. Hubo algunos años difíciles. Pero Alvin era demasiado egoísta para pensar en alguien más que él mismo, o en algo

más que su estúpido plan de tratar de enseñar a Hacer a gente que no poseía el don para ello.

Un pasaje en primera clase a Inglaterra, y de allí a través del canal hasta Francia. Nuevas ropas. No tomaría demasiado reunir el dinero necesario. Mucho dinero cambiaba de manos en Nueva Amsterdam, y no había nada que impidiese que un poco cayera en la calle justo a los pies de Calvin. Dios le había dado el poder, y eso significaba que debía ser la voluntad de Dios que lo hiciera.

¿Y no sería magnífico que además Harrison siguiera el consejo de Calvin?

6

Amor Verdadero

A Amy Sump no le importaba lo que dijera la gente o sus amigos. Lo que ella sentía por Alvin Maker era amor. Amor real. Amor verdadero, profundo y perdurable, que resistiría la prueba del tiempo.

Si él tan sólo le prestara atención abiertamente, para que los demás lo vieran. En cambio, todo lo que hacía era mirarla de esa forma que hacía revolotear a su corazón en su interior. A veces le preocupaba que fuera tan sólo su poder de Hacer, su don o como se llamara. Le preocupaba que de alguna forma él estuviera metiéndose en su pecho y dándole vuelta el corazón y haciéndola estremecerse completamente. Pero no, ése no era el tipo de cosas que hacían los Hacedores. En realidad tal vez él ni siquiera sabía que ella lo amaba. Tal vez sus miradas fueran en verdad una búsqueda, esperando ver en su rostro algún signo de amor. Por eso fue que Amy dejó de tratar de esconder el delicado rubor que aparecía cuando su corazón latía tan rápido y su cara se sentía tan ardiente y colorada. Déjalo ver cómo su mirada me transforma en una masa temblorosa de devota adoración.

Cómo deseaba Amy acudir a las sesiones donde Alvin enseñaba a más de una docena de adultos a la vez, diciéndoles cómo tenía que ver el mundo un Hacedor. Cómo le gustaría oír su voz durante horas enteras. Entonces ella descubriría su propio don, y tanto ella como su amado Alvin se regocijarían al descubrir que Amy misma era una Hacedora, y que juntos serían capaces de rehacer el mundo y combatir unidos al malvado Deshacedor. Luego tendrían una docena de hijos, todos Hacedores por partida doble, y el amor de Alvin y Amy sería cantado durante mil generaciones a lo largo y ancho de todo el mundo, o al menos América, que para Amy era más o menos lo mismo.

Pero los padres de Amy no la dejarían ir. “¿Cómo podría Alvin concentrarse y enseñar nada a nadie con tu mirada de vaca fija en él todo el rato?”, había dicho su madre, la vieja bruja sin corazón. No tan cruel como su padre, pese a todo, que le había dicho, “¡Contrólate un poco, muchacha! O voy a tener que conseguirte algunos artículos de amor para evitar que hagas el ridículo en público. Artículos de amor, ¿me entiendes?”. Oh, lo había entendido, viejo repugnante. Trabajando siempre con manivelas y poleas, tuberías y cables. Con bombas y motores y máquinas, sin ningún entendimiento sobre el corazón humano. “El corazón mismo no es más que una bomba, mi niña”, decía, lo que lo delataba a él mismo como una máquina profunda, total, imposible, eterna y abismalmente ignorante pero no explicaba nada acerca del universo. Era su amado Alvin el que comprendía que todas las cosas estaban vivas y tenían sentimientos... todas las cosas excepto las horrible máquinas muertas de su padre, resoplando y traqueteando como cadáveres andantes. ¡Un aserradero a vapor! ¡Usar fuego y agua para cortar madera! ¡Qué abominación ante el Señor! Cuando ella y Alvin estuvieran casados, haría que Alvin impidiera a su padre construir más máquinas que rugieran o sisearan o resoplaran con los fuegos del infierno. Alvin la mantendría en una maravillosa tierra de bosques donde los pájaros serían amigos y los insectos no picarían, y podrían nadar juntos y desnudos en claras lagunas y él nadaría hacia ella en la vida real en vez de sólo en sus sueños y la alcanzaría y la abrazaría y sus cuerpos desnudos se tocarían bajo el agua y su carne se encontraría y se uniría y...

- No es cierto. Nunca ocurrió -dijo su amiga Ramona.

Amy sintió que la invadía la rabia. ¿Quién era Ramona para decidir qué era real y lo qué no lo era? ¿No podía Amy contar sus sueños a alguien sin tener que decir a cada momento que era sólo un sueño en vez de imaginar que era real, que sus fuertes brazos la habían rodeado? ¿Acaso no lo recordaba tan claramente -no, *mucho más* claramente- que cualquier cosa que le hubiera sucedido en la vida real?

- Sí ocurrió. A la luz de la luna.

- ¿Cuándo? -dijo Ramona, su voz chorreando desdén.

- Hace tres noches. Cuando Alvin dijo que iba al bosque para estar solo. En realidad iba para estar conmigo.

- ¿Bueno y dónde hay ahí una laguna de agua clara como ésa? No hay nada así por aquí, sólo ríos y arroyos, y tú sabes que Alvin nunca va al Hatrack a bañarse o a nadar.

- ¿No te enteras de nada? -dijo Amy, tratando de enfrentarse al desprecio de su mejor amiga-. ¿No has oído del canto verde? ¿Cómo Alvin aprendió de los viejos pieles rojas a moverse a través del bosque como el viento, en silencio y sin romper una sola rama? Puede correr cien millas en una hora, más rápido que cualquier tren de rieles. No fue en ninguna charca de por aquí cerca, fue tan lejos que a cualquiera de Iglesia de Vigor le tomaría tres días llegar en un buen caballo.

- Ahora sé que sólo estás mintiendo -dijo Ramona.

- Puede hacerlo cuando quiera -insistió Amy airadamente.

- Él puede, pero tú no. Haces ruido hasta cuando arrancas las telarañas, estúpida.

- No soy una estúpida soy la mejor estudiante en la escuela tú eres la estúpida -dijo Amy de una sola vez (era un epigrama que había utilizado a menudo antes)-. Alvin me dio la mano, y me llevó con él, y luego cuando me cansé me tomó con sus brazos de herrero y me cargó el resto del camino.

- Y entonces estoy segura de que se quitó toda la ropa, y tú también, como un par de comadreas o algo así.

- Musarañas. Nutrias. Criaturas del agua. No era desnudez, era naturalidad, la libertad de dos almas gemelas que no se guardan secretos.

- Bueno, vaya montón de cosas lindas -dijo Ramona-. Pero yo pienso que si realmente ocurriera sería asquerosable y repugnoso³, con él encima de ti, abrazándote completa y totalmente desnuda.

Amy sabía que Ramona se estaba burlando de ella pero no estaba segura de por qué inventar palabras como asquerosable hacía reír a su estúpida amiga hasta el punto de casi hacerla caer de la rama del árbol en la que estaban sentadas.

- No sabes apreciar la belleza.

- Tú no sabes apreciar la verdad -dijo Ramona-. O debería decir, la "veracidad".

- ¿Me estás llamando mentirosa? -dijo Amy, dándole un pequeño empujón.

- ¡Hey! -gritó Ramona-. ¡No es justo! Estoy en la parte más alejada de la rama y no puedo agarrarme a ningún sitio.

Amy la volvió a empujar, más fuerte, y Ramona se tambaleó levemente, abriendo los ojos asustada a la vez que se agarraba a la rama.

- ¡Para ya metirosa de pacotilla! -gritó Ramona-. ¡Contaré las mentiras que has estado diciendo!

- No son mentiras -dijo Amy-. Lo recuerdo tan claramente como... tan claramente como la luz del sol sobre los campos verdes de maíz.

- Tan claramente como los gruñidos de los cerdos en la pocilga de mi padre -dijo Ramona, con una voz que rivalizaba con la ensoñación de Amy.

- Desde luego que el amor verdadero está más allá de tu imaginación.

- Sí, mi imaginatividad es el epitafio de debilidad.

- Epítome, no epitafio -dijo Amy.

- Oh, si tan sólo poseyera su sublime exactitud, su altísima sabiedad.

- Deja de inventar palabras de una vez.

- Tú déjalo.

- Yo no hago eso.

- Sí lo haces.

- Que no.

- Comegusanos -dijo Ramona.

- Cerebro salado -dijo Amy. Y ahora que habían vuelto a la típica discusión infantil, ambas empezaron a reír y hablaron sobre otras cosas por un rato.

Y si las cosas se hubieran quedado así, tal vez no hubiera pasado nada. Pero en el camino de regreso a casa, a la luz del crepúsculo, Ramona preguntó por última vez:

- Amy, dime la verdad, con la mano en el corazón, de amiga a amiga, el cielo de testigo y que me nunca olvide, dime que no estuviste realmente nadando completamente desnuda con Alvin Smith...

- Alvin Maker.

- Dime que fue un sueño.

Amy casi rió y dijo, Claro que fue un sueño, tonta.

Pero vio algo en los ojos de Ramona: maravilla ante la idea de que tal cosa fuera posible, y que alguien que Ramona realmente conocía pudiese haber hecho algo tan prohibido y maravilloso. Amy no quería ver esa mirada de respeto y temor transformada en una mirada de triunfo y autosuficiencia. Y entonces dijo lo que sabía que no debería decir.

- Desearía que hubiese sido un sueño, honestamente, Ramona. Porque cuando pienso de nuevo en ello lo quiero más y más me pregunto cuándo se atreverá a hablar con mi padre y decirle que me quiere como esposa. Un hombre que ha hecho una cosa así con una muchacha... ¿tiene que casarse con ella, verdad?

Ahí estaba. Lo había dicho. El sueño más secreto y maravilloso de su corazón. Lo había dicho, palabra por palabra.

- Tienes que decirle a tu papá -dijo Ramona-. El verá que Alvin se case contigo.

- No quiero que lo obliguen -dijo Amy-. Eso sería estúpido. Un hombre como Alvin sólo puede ser atraído hacia el matrimonio, no empujado a él.

- Todo el mundo piensa que estás loca por Alvin y que él ni siquiera te ve -dijo Ramona-. Pero si te lleva con él a nadar desnudos en lagunas tan lejanas que nadie más puede ir, bueno, no creo que eso esté bien. Honestamente no lo creo.

- Bueno, no me importa lo que pienses -dijo Amy-. Está bien y si dices algo te cortaré todo el pelo y bordaré un paño de cocina y lo quemaré.

Ramona explotó de risa.

- ¿Bordar un paño de cocina? ¿Qué clase de poder hay en eso?

- Un paño de seis lados² -dijo Amy ominosamente.

- Oh, estoy temblando. Hecho con mis propios cabellos, además. Tonta, no puedes hacer cosas así, eso es lo que hacen las brujas negras, coser cosas con pelo y quemarlas y tal.

Como si eso fuera un argumento. Alvin hacía magia Roja; ¿por qué no podía Amy aprender magia Negra, cuando su don para Hacer se hubiese liberado finalmente? Pero no tenía sentido discutir sobre ese tipo de cosas con Ramona. Ramona pensaba que sabía más que nadie. Era increíble que Amy siquiera se molestara en mantenerla como su mejor amiga.

- Voy a contarlo -dijo Ramona-. A menos que me digas ahora mismo que todo es una mentira.

- Si lo cuentas te mataré -dijo Amy.

- Entonces dime que es mentira.

Las lágrimas brotaron si control de los ojos de Amy. No era mentira. Era un sueño. Un sueño verdadero, de amor verdadero, un sueño venido de los rincones más secretos de su corazón y el de Alvin. Él soñó el mismo sueño a la misma vez, ella lo sabía, y Alvin sintió su piel contra la suya tanto como lo sintió ella. ¿Eso lo hace realidad, verdad? Si un hombre y una mujer recuerdan el tacto del cuerpo del otro presionándose y apretándose, ¿cómo podría no ser una experiencia verdadera?

- ¡Amo a Alvin demasiado como para mentir sobre tal cosa! ¡Córtame la lengua si alguna parte es mentira!

Ramona boqueó.

- Nunca te creí hasta ahora.

- Pero no le digas a nadie -dijo Amy. Su corazón rebosante de satisfacción por su victoria. Ramona finalmente le creía-. Júralo.

- Lo juro -dijo Ramona.

- ¡Muéstrame los dedos! -gritó Amy.

Ramona retiró las manos de su espalda. Sus dedos no estaban cruzados, pero eso no probaba que no lo hubieran estado momentos antes.

- Júralo de nuevo -dijo Amy-. Mientras pueda ver tus manos.

- Lo juro -dijo Ramona, entornando los ojos.

- Es nuestro hermoso secreto -dijo Amy, dando la vuelta y alejándose.

- Nuestro y de Alvin -dijo Ramona, descruzando los tobillos y siguiéndola.

7

Pasaje a Francia

A Calvin no le tomó mucho darse cuenta de que iba a ser necesaria una inmensa cantidad de tiempo si quería conseguir dinero suficiente para comprar un pasaje a Europa y viajar como un caballero. Mucho tiempo y mucho trabajo. Ninguna de las dos cosas sonaba atractiva.

No podía transformar hierro en oro, pero había muchas cosas de las que sí era capaz, y pensó mucho en ellas. No estaba seguro, pero no creía que los bancos pudieran mantenerlo mucho tiempo alejado de sus bóvedas si se ponía a trabajar en ello. De todas formas, existía una posibilidad de ser capturado, y ésa sería el

final de todos sus sueños. Pensó en hacer público su don de Hacedor, pero eso atraería un tipo de fama y una clase de atención que no lo ayudaría más tarde, por no mencionar las acusaciones de charlatanería que sin lugar a dudas llegarían. De hecho ya oía rumores de Alvin... o mejor dicho, de un aprendiz herrero del oeste que convirtió un arado de hierro en oro. La mitad de los que contaban la historia lo hacía con los ojos entornados, como si dijeran, ¡Estoy seguro de que en el oeste hay algún joven granjero con el don de un Hacedor, ya lo creo, sí!

A veces Calvin deseaba que su don fuera uno diferente. Por ejemplo, lo haría bien ahora si tuviera el don de una tea. Ver el futuro... ¡vaya, podría ver qué propiedad comprar, o en qué barco invertir! Pero incluso entonces necesitaría un socio que pusiera el dinero, ya que él no tenía nada en esos momentos. Y hacerse rico dando vueltas por Nueva Amsterdam no era lo que quería. Lo que quería era aprender a Hacer, o lo que fuese que Napoleón pudiera enseñarle. Habiéndose puesto una meta tan alta, los insignificantes hombres de negocios de Manhattan difícilmente eran los socios que buscaba.

Hay varias formas de despellejar un gato, como dice el refrán.

Si no podía obtener fácilmente el dinero para su viaje en primera clase, ¿por qué no acudir directamente a la fuente de todos los viajes? Así fue que se encontró caminando por los muelles de Manhattan, a lo largo del Hudson y del Río Este. Era entretenido en su propio estilo, los largos y brillantes botes de pesca, los rechinantes y humeantes barcos de vapor, los estibadores gritando y gruñendo y sudando, las grúas balanceándose, las cuerdas y las poleas y las redes, el hedor a pescado y el clamor de las gaviotas. ¿Quién hubiera pensado, cuando era un niño desordenado en el molino de Iglesia de Vigor, que un día estaría aquí, en los límites de la tierra, empapándose de las embriagadoras fragancias y sonidos y escenas de la vida del mar?

Pero Calvin no era de los que se sumían en la contemplación y el ensueño. Tenía su ojo avizor y atento al barco adecuado, y de cuando en cuando se detenía para preguntar a un estibador de un barco de carga cuál sería su destino y a qué puerto llegaría. Aquéllos que iban a África o Haití o el Oriente no le servían, y sólo inspeccionaba seriamente los que se dirigían hacia algún punto de Europa. Hasta que finalmente encontró lo que buscaba, un brillante barco inglés con un mástil alto y un capitán de cierta educación que no necesitaba elevar la voz y, pese a ello, era obedecido por sus hombres, que trabajaban dura y eficientemente bajo su mando. Todo estaba limpio, y la carga incluía troncos y fardos cuidadosamente embarcados por la rampa en lugar de arrojados despreocupadamente a cubierta.

Naturalmente, el capitán ni siquiera pensaría en hablar a un muchacho de la edad de Calvin, y vistiendo las ropas que él vestía. Pero Calvin no tuvo dificultad en idear un plan para conseguir la atención del capitán.

Caminó hacia uno de los estibadores y dijo:

- Excúseme, señor, pero hay una peligrosa y vivaz fuga cerca de la parte trasera del bote, en el lado más lejano.

El estibador los miró con extrañeza.

- No soy un marinero.

- Ni yo tampoco, pero creo que el capitán agradecerá a quien sea que le advierta del problema.

- ¿Cómo puedes verlo, si está bajo el agua?

- Tengo un don para las fisuras -dijo Calvin-. Yo me apresuraría a avisarle, si fuera usted.

Decir que se trataba de un don era suficiente para el estibador, siendo americano como era, incluso si era holandés por su acento. El capitán, por supuesto, no se interesaría por los dones, ya que era inglés, y el Protectorado había promulgado una ley contra los dones y los poderes. No contra tenerlos, sólo contra creer en su existencia o tratar de utilizarlos. Pero, con don o sin él, el capitán no era un tonto, y enviaría a alguien a revisar el casco.

Que fue el modo en que sucedió. El estibador hablando con su capataz; el capataz con algún oficial de la nave; siempre había muchos dedos apuntando a Calvin y ojos mirándolo mientras él silvaba con indiferencia y observaba la línea de flotación del barco. Para decepción de Calvin, el oficial no se dirigió al capitán, sino que envió a un marinero a la oscura bodega del barco. Calvin tenía que proporcionarle algo que informar, así que envió sus pensamientos al interior de la madera, justo donde había dicho que estaba la fuga. Fue una cosa simple dejar que las planchas se aflojaran un poco y se salieran de posición bajo la línea de flotación, lo que causó que un buen torrente de agua comenzara a inundar la bodega de la nave. Sólo por diversión, cuando imaginó que el marino estaría abajo mirando la fuga, Calvin abrió y cerró la brecha, con lo que el escape se convertía a veces en un fino chorro, a veces en molestos borbotones, y a veces sólo en un hilillo de agua. Como sangre rezumando de una herida con un torniquete intermitente. Apuesto a que nunca antes había visto una fuga así, pensó Calvin.

Suficientemente convencido, en unos pocos minutos el marino estaba de vuelta, bastante agitado, y ahora el oficial ladró órdenes a varios hombres, y luego fue directo al capitán. Esta vez, sin embargo, no hubo un dedo apuntando a nadie. El oficial no pensaba dar a Calvin el crédito por encontrar la fisura. Eso realmente sacó a Calvin de quicio, y por un momento pensó en hundir el barco allí mismo y en ese instante. Pero eso no le haría ningún bien. Habría tiempo suficiente para poner en su lugar a ese ambicioso y ávido oficial.

Cuando el capitán descendió a la bodega, Calvin preparó un buen espectáculo para él. En vez de causar que el agua entrara por una fuga a borbotones y como un pulso, Calvin movió la fisura de un lugar a otro... un chorrito aquí, un chorrito allá. Para entonces debería ser obvio que no había nada natural respecto a esa fuga. Había una buena posibilidad de emoción en cubierta, y muchos marineros comenzaron a bajar apresuradamente a la bodega. Entonces, para delicia de Calvin, un buen número empezó a regresar rápidamente a la cubierta y la pasarela, buscando un lugar seco donde no hubiera extraños poderes causando fugas en el bote.

Finalmente el capitán subió a cubierta, y esta vez el oficial no estaba tratando de quedarse con todo el crédito. Apuntó al capataz, que apuntó al estibador, y muy pronto todos estaban señalando a Calvin.

Ahora, por supuesto, Calvin podía dejar de jugar con la fisura del casco. Lo detuvo de inmediato. Pero no había terminado. Mientras el capitán se dirigía a la pasarela, Calvin envió su conciencia a buscar a todas las ratas cercanas que pudiera sentir ocultándose bajo el embarcadero o entre los cajones y barriles o en otros barcos. Para cuando el capitán llegó a la mitad de la pasarela, un par de docenas de ratas corrían por el mismo puente, dirigiéndose a la nave. El capitán

trató en vano de ahuyentarlas, pero Calvin las había infundido con coraje y con la ávida determinación de llegar a cubierta –comida, comida, les prometía Calvin- y ellas simplemente lo esquivaron y siguieron adelante. Una horda de ratas se avalanzaba hacia el barco a través de las planchas del muelle, y el capitán estaba realmente bailando mientras trataba de evitar tropezar con ellas y caer de bruces. En cubierta, marineros con bayetas y palos de escoba estaban golpeando a las ratas, tratando de matarlas o barrerlas y tirarlas al mar.

Entonces, tan repentinamente como había lanzado a las ratas, Calvin les envió un nuevo mensaje: Salgan del barco. Fuego, fuego. Fisuras. Se hunde. Miedo.

Chillando y a toda prisa, todas las ratas que había enviado a bordo regresaron apresuradamente a través de la pasarela y de todas las líneas, cuerdas y cables que conectaban el barco a la costa. Y todas las ratas que ya habían llegado a bordo, escabulléndose en los paños y en la húmeda y oscura bodega y en las grietas escondidas entre las juntas y las vigas del barco, esas también brotaron por las portillas y las escotillas como agua surgiendo de un pozo nuevo. El capitán se quedó de pie mirándolas. Finalmente, cuando todo el tráfico de ratas había desaparecido en sus sombras y sus rincones en el muelle y los demás barcos, el capitán se volvió hacia Calvin y se le acercó con grandes zancadas. El hombre no había perdido su dignidad en ningún momento... ni siquiera mientras bailaba para evitar a las ratas. Mi tipo de hombre, pensó Calvin. Debo observarlo para aprender cómo se comporta un caballero.

- ¿Cómo sabías que había una fuga en mi barco? –preguntó el capitán.

- Usted es inglés –dijo Calvin-. Usted no cree en lo que yo puedo ver y hacer.

- Sin embargo, creo en lo que yo puedo ver, y no había nada natural en lo que a esa fuga se refiere.

- Yo diría que las ratas pueden haber sido las causantes. Buena cosa para usted que todas hayan abandonado su barco.

- Ratas y fugas –dijo el capitán-. ¿Qué quieres, muchacho?

- Quiero que me llamen un hombre, señor –dijo Calvin-. No un muchacho.

- ¿Por qué quieres hacerme daño a mí y a mi barco? ¿Te ha ofendido o maltratado alguien de mi tripulación?

- No sé de qué está hablando –dijo Calvin-. Confío en que no es usted tan tonto como para culpar al que le avisó de que había una fisura.

- Tampoco soy tan tonto como para pensar que sabías de algo que no tuvieras el poder de causar o reparar a voluntad. ¿Fueron las ratas cosa tuya también?

- Su comportamiento me sorprendió tanto como a usted –dijo Calvin-. No pareció natural, todas las ratas saltando a un barco que se hundía. Pero entonces parecieron volver a sus cabales e irse nuevamente. Cada una de las ratas, me atrevería a decir. Ahora, ése sería un viaje interesante, ¿no cree?... Cruzar el océano sin perder ni una onza de comida a causa de las ratas.

- ¿Qué quieres de mí? –preguntó el capitán.

- Me detuve a hacerle un favor, sin pensar en ningún beneficio para mí mismo –dijo Calvin, tratando de sonar como un inglés educado y dándose cuenta, por la expresión del capitán, de que lo estaba haciendo patéticamente mal-. Pero resulta que tengo la necesidad de encontrar un pasaje de primera clase a Europa.

El capitán sonrió sutilmente.

- ¿Y por qué extraña razón querrías comprar un pasaje en un barco que parece querer hundirse?

- Pero señor -dijo Calvin-, tengo una especie de don para descubrir fugas. Y puedo prometerle que si yo estuviera en su barco, durante todo el viaje no habría una sola entrada de agua, ni siquiera en la tormenta más fuerte -Calvin no tenía idea de si podría mantener entero el barco durante una tormenta en alta mar, pero el caso es que nunca había tenido que averiguarlo, tampoco.

- Corrígeme si me equivoco -dijo el capitán-, ¿pero he de suponer que si te acepto en mi barco, en primera clase, sin cobrarte ni un cuarto de penique, no tendré problemas con fugas o ratas, mientras que si rehúso, mi barco se irá al fondo aquí mismo en el puerto?

- Ése sería un raro desastre -dijo Calvin-. ¿Cómo podría una nave tan bien construída posiblemente hundirse más rápido de lo que sus hombres logrararn achicar el agua?

- Vi cómo la fuga se movía de un sitio a otro. Vi cuán extrañamente se comportaron las ratas. Puede que no crea en esos dones americanos, pero sé cuándo estoy en la presencia de un poder inexplicable.

Calvin sintió el orgullo fluyendo a través de su cuerpo como cerveza.

De súbito sintió el cañón de una pistola justo bajo su esternón. Bajó la vista para descubrir que el capitán de algún modo había sacado un arma de la nada.

- ¿Qué me impide hacerte un agujero en el estómago? -preguntó el capitán.

- La idea de verse bailando en el extremo de una cuerda americana -dijo Calvin-. No existe ninguna ley contra los dones aquí, señor, y decir que alguien estaba haciendo brujería no es causa suficiente para matarlo como lo hacen en Inglaterra.

- Pero es a Inglaterra a donde vas -dijo el capitán-. ¿Qué me impide entonces llevarte en mi barco, y luego hacer que te arresten en el momento en que pongas un pie en tierra firme?

- Nada -dijo Calvin-. Podría hacer eso. Incluso podría matarme mientras duermo durante el viaje y lanzar mi cuerpo por la borda al mar, diciéndole a los demás que tuvo que disponer del cuerpo de una víctima de la plaga tan rápidamente como fuera posible. ¿Cree que soy un tonto, que no puedo pensar en eso?

- Entonces vete y déjanos en paz a mí y a mi barco.

- Si usted me matara, ¿qué evitaría que las planchas de madera se soltaran de los travesaños de su barco? ¿Qué impediría que su barco se convirtiera en un montón de astillas y maderos flotando a la deriva?

El capitán lo miró con curiosidad.

- Un pasaje de primera clase es algo ridículo. Los otros pasajeros de primera se darían cuenta inmediatamente y se quejarían, y sin duda asumirían que te admití a bordo como mi amante. Arruinaría mi carrera de cualquier modo, permitir a un rufián inculto y analfabeto como tú entre mis gentiles pasajeros. Para decirlo claramente, joven amigo, puede que tengas poder sobre las ratas y las tablas, pero no sobre la gente rica.

- Enséñeme -dijo Calvin.

- No hay bastantes horas en el día o días en la semana.

- Enséñeme -volvió a decir Calvin.

- ¿Vienes aquí amenazándome con la destrucción de mi barco por los maléficos poderes de Satán, y luego te atreves a pedirme que te enseñe cómo ser un caballero?

- Si creía que mis poderes provienen del diablo -dijo Calvin-, ¿entonces por qué no elevó ni una oración para mantenerme a raya?

El capitán lo miró por un momento, luego sonrió, severamente pero no sin genuino gozo.

- Touché -dijo.

- Sea lo que demonios signifique eso -dijo Calvin.

- Es un término de esgrima -dijo el capitán.

- Debo de haber puesto más de diez millas de cercos en mi vida -dijo Calvin-. Postes y raíles, piedra, alambre, estacas, de todo tipo, y nunca he oído nada sobre ningún tushey⁴.

La sonrisa del capitán se hizo más ancha.

- Hay algo atractivo en tu desafío. Tal vez tengas un interesante... ¿cómo lo llaman ustedes?... ¿dones? Pero sigues siendo un pobre muchacho de granja. He tomado a muchos campesinos jóvenes y los he transformado en marinos de primer nivel. Pero nunca he tomado a un chico que no fuera un caballero de nacimiento y lo he transformado en algo que pudiera pasar por civilizado.

- Considérame el mayor reto de su vida.

- Oh, créeme, ya lo hago. Todavía no he decidido no matarte, por supuesto. Pero me parece que puesto que vas a causarme problemas de todos modos, ¿por qué no aceptar el reto y ver si puedo obrar un milagro tan inexplicable e imposible como cualquiera de las desagradables bromas que me has gastado esta mañana?

- Primera clase, no tercera -insistió Calvin.

El capitán sacudió la cabeza.

- Ninguna de las dos. Viajarás como el camarero de a bordo. O mejor, como el auxiliar del camarero. Rafe es mínimo tres años más joven que tú, imagino, pero sabe desde que nació todo lo que tú estás tan desesperado por aprender. Contigo ayudándolo, tal vez tenga suficiente tiempo libre para enseñarte. Y yo los supervisaré a ambos. Severamente.

Calvin no entendía por qué el capitán parecía estar en la posición adecuada para imponer sus condiciones, pero lo escuchó como un civil más mientras hablaba.

- No importa qué poderes tengas, la supervivencia en el mar depende de la obediencia instantánea y perfecta de todos a bordo del barco. Obediencia a mí. No sabes nada del mar y apuesto a que no te interesa aprender nada sobre mareaje, tampoco. Así que no harás nada que interfiera con mi autoridad. Y tú mismo me obedecerás. Eso significa que cuando yo diga "a mear", ni siquiera buscarás un orinal, sólo te lo sacarás del pantalón y mearás.

- Frente a los demás, me mostraré bien obediente, a menos que me ordene matarme o alguna tontería similar.

- Yo no soy un tonto -dijo el capitán.

- Está bien, haré lo que dice.

- Y mantendrás la boca cerrada hasta que aprendas... en privado... a hablar de una forma que se aproxime al lenguaje de un caballero. Si abres la boca ahora estarás confesando tus humildes orígenes y nos avergonzarás a ambos frente a mi tripulación y los demás oficiales y pasajeros.

- Sé mantener la boca cerrada cuando es necesario.

- Y cuando llegues a Inglaterra, nuestro trato habrá acabado y dejarás mi barco sin ninguna maldición.

- Ahora pide demasiado -dijo Calvin-. Lo que necesito es que me introduzca a otra gente de clase alta. Y un pasaje a Francia.

- ¡A Francia! ¿No estás enterado de que Inglaterra está en guerra con Francia?

- Siempre lo han estado desde que Napoleón conquistó Austria y España. ¿Qué tiene que ver conmigo?

- En otras palabras, llegar a Inglaterra no significa que me desharé de ti.

- Exacto -dijo Calvin.

- ¿Y por qué no me suicido ahora mismo y me ahorro toda esta aventura antes de que me envíes a la tumba?

- Porque aquellos que sean mis amigos prosperarán en este mundo y no hay nada demasiado malo que pueda pasarles.

- Y todo lo que tengo que hacer es mantener mi estatus como tu amigo, ¿es eso?

Calvin asintió.

- ¿Pero algún día, no se te ocurrirá que si la única razón por la que soy amable contigo es el terror a que destruyas mi barco, no soy tu verdadero amigo?

Calvin sonrió.

- Eso sólo significa que tendrá que esforzarse más en tratar de convencerme de que realmente lo es.

El oficial que había oído primero el mensaje de Calvin se aproximó ahora al capitán tímidamente.

- Capitán Fitzroy -dijo-. La fuga parece haberse detenido, señor.

- Lo sé -dijo el capitán.

- Gracias, señor -dijo el oficial.

- Que todo el mundo vuelva al trabajo, Benson -dijo el capitán.

- Algunos de los estibadores y marineros americanos no volverán al barco no importa lo que digamos, señor.

- Págales y contrata otros -dijo el capitán-. Eso será todo, Benson.

- Sí, señor -Benson dio la vuelta y se dirigió a la pasarela.

Calvin, mientras tanto, había oído el tono incisivo en la voz del Capitán Fitzroy y se preguntaba cómo un hombre podía aprender a usar su voz como un cuchillo afilado y al rojo, deslizándolo a través de la voluntad de otro hombre como sobre mantequilla caliente.

- Diría que ya me has causado más problemas de lo que vales -dijo el Capitán Fitzroy-. Y personalmente dudo que tengas lo necesario para aprender a ser un caballero, aunque el cielo sabe que hay muchos que poseen el título pero son unos patanes ignorantes como tú. Pero aceptaré tu coercitivo acuerdo, en parte porque ten encuentro fascinante a la vez que despreciable.

- No sé lo que significan todas esas palabras, Capitán Fitzroy, pero sé esto... Trucacuentos nos dijo una vez que cuando los reyes tienen bastardos, los niños reciben el apellido "Fitzroy". Así que no importa lo que yo sea, su nombre dice que usted es un hijo de puta.

- En mi caso, el tataranieta de una puta. El segundo Carlos disfrutó su juventud. Mi tatarabuela, una notoria actriz de orígenes medianamente nobles, tuvo un lío con él y se las arregló para que su hijo fuera reconocido como realza antes de que el parlamento la privara de su cabeza. Mi familia ha tenido sus altas

y bajas desde el fin de la monarquía, y ha habido Lords Protectores que pensaban que nuestra asociación con la familia real nos hacía peligrosos. Pero conseguimos sobrevivir e incluso, en años recientes, prosperar. Desafortunadamente, soy el hijo menor de un hijo menor, así que tuve la opción de la iglesia, la milicia o el mar. Antes de encontrarte, nunca lamenté mi decisión. ¿Tienes un nombre, mi joven extorsionador?

- Calvin -dijo.

- ¿Y perteneces a una familia tan oscura y sumida en tinieblas que sólo tienes un nombre para indicar tu patrimonio?

- Maker -dijo Calvin-. Calvin Maker.

- Cuán deliciosamente vago. Maker. Un término general que puede ser interpretado de muchas formas a la vez que no promete una habilidad particular. Un Calvin que sabe un poco de todo. ¿Pero experto en nada?

- Experto en ratas -dijo Calvin, sonriendo-. Y fugas.

- Como hemos podido apreciar -dijo el Capitán Fitzroy-. Registraré tu nombre como parte de la compañía del barco. Ten tus cosas a bordo a la caída de la noche.

- Si envía a alguien a seguirme para matarme, su barco...

- Se convertirá en serrín, sí, la amenaza ya fue hecha y quedó clara -dijo Fitzroy-. Ahora sólo tienes que preocuparte por cuánto me importa realmente mi barco.

Con eso, Fitzroy le dio la espalda a Calvin y caminó hacia la pasarela. Calvin casi lo hizo resbalar y caer sobre su trasero, sólo para penetrar en esa perfecta dignidad. Pero había un límite, lo sabía, sobre cuánto podía presionar a este hombre. Especialmente debido a que Calvin no tenía ni la más mínima idea sobre cómo llevar a cabo su amenaza de hacer que la nave se cayera a pedazos si lo mataban. Podía hacer que el agua entrara a la bodega o que dejara de entrar, pero en cualquier caso tenía que estar allí y tenía que estar vivo para lograrlo. Si Fitzroy alguna vez se daba cuenta de que sus peores amenazas eran sólo fanfarronadas, ¿durante cuánto tiempo dejaría vivir a Calvin?

Acostúmbrate a ello, Calvin, se dijo a sí mismo. Mucha gente ha querido muerto a Alvin, también, pero él pasó a través de todo. Nosotros los Hacedores tenemos algún tipo de protección, así de simple. Toda la naturaleza está pendiente de nosotros, para mantenernos a salvo. Fitzroy no me matará porque no puedo ser asesinado.

Espero.

8

Partida

Por alguna razón la clase de Alvin con las mujeres adultas simplemente no estaba yendo bien ese día. Estaban distraídas, al parecer, y la Buena Sump era abiertamente hostil. Finalmente todo se fue al diablo cuando Alvin comenzó a trabajar con sus cajas de hierbas. Estaba tratando de ayudarlas a encontrar su camino hacia el Canto Verde, la primera y más débil melodía, haciendo que de las plantas de salvia o cola de caballo o tomillo, cualquier hierba que eligiesen, brotara una rama especialmente gruesa. Esto era algo que Alvin consideraba bastante fácil, pero una vez que se aprendía a hacerlo, se volvía muy sencillo ponerse en armonía con cualquier vegetal. Sin embargo, sólo dos de las mujeres habían tenido éxito, y la Buena Sump no era una de ellas. Tal vez por eso estaba tan irritable... su laurel ni siquiera estaba creciendo, y para qué decir nada sobre mostrar una yema un poco más bulbosa que el resto.

- Las plantas ya no tocan la misma música que solían tocar antes, cuando los indios atendían los cuidaban los bosques –dijo Alvin. Iba a explicar como podrían ellas, a menor escala, hacer lo que los indios hacían, pero no tuvo la oportunidad, porque ése fue el momento que la Buena Sump eligió para explotar.

Saltó de su silla, se avalanzó sobre la mesa de las hierbas, y dejó caer su puño justo encima de su propio laurel, volcando la maceta y esparciendo tierra y hojas espinosas por toda la mesa y sobre sí misma.

- ¡Si crees que los indios eran tan buenos por qué no te vas a vivir con ellos y llevar a sus hijas a ver lagunas secretas!

Alvin quedó tan aturdido por su insólita furia, tan perplejo por sus inescrutables palabras, que simplemente miró boquiabierto mientras ella arrancaba lo que quedaba de su laurel desde lo que quedaba de tierra en la maceta, tomaba un puñado de hojas, y se las arrojaba en la cara; luego dio media vuelta y salió de la habitación.

Tan pronto como desapareció, Alvin trató de hacer una broma al respecto.

- Reconozco que hay quienes no tienen talento para la agricultura.

Pero nadie se rió.

- Tienes que entender su comportamiento, Al -dijo Silvia Godshadow-. Una madre tiene que creer a su propia hija, aun cuando todo el mundo sepa que está cosiendo con luz de luna⁵.

Puesto que la Buena Sump tenía cinco hijas, y Alvin no había escuchado nada importante respecto a ninguna de ellas últimamente, esta información no era de mucha ayuda.

- ¿Está la Buena Sump teniendo problemas en casa? -preguntó.

Las mujeres se miraron entre sí, pero ninguna se atrevió a mirarlo a los ojos.

- Bien, a mi me parece que aquí todos saben algo que de algún modo no ha llegado todavía a mis oídos -dijo Alvin-. ¿Le importaría a alguien explicarlo?

- No somos chismosas -dijo Silvia Godshadow-. Me sorprende que pienses en acusarnos -con eso, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

- Pero no llamé chismoso a nadie -dijo Alvin.

- Alvin, creo que antes de criticar a otros, deberías buscar los piojos en tus propios rizos -dijo Nana Pease. Y se puso en pie y se fue, también.

- Bueno, ¿qué están esperando las demás? -dijo Alvin-. Si todas querían un día sin clases, sólo tenían que decirlo. Está claro que ya terminé por hoy.

Antes de que pudiera siquiera empezar a barrer la tierra derramada, el resto de las mujeres había volado.

Alvin trató de consolarse murmurando cosas que había oído murmurar a su padre en el presente y durante todos los años pasados... cosas como "Mujeres" y "No puedes hacer nada para complacerlas" y "Lo mismo podrías pegarte un tiro por la mañana". Pero nada de eso ayudó, porque esto no había sido simplemente una muestra normal del temperamento femenino. Éstas eran damas juiciosas, cada una de ellas, y aquí estaban poniendo el grito en el cielo por nada, lo que no era natural.

No fue hasta la caída de la tarde que Alvin se dio cuenta de que algo iba mal en serio. Un par de meses antes, Alvin le había pedido a Clevy Sump, el esposo de Buena Sump, que le enseñara cómo construir una simple bomba de succión de una válvula. Era parte de la idea de Alvin de enseñar a la gente que hacer es Hacer, y todo el mundo debería saber todo lo que pudieran aprender. Alvin estaba enseñándoles los poderes ocultos del arte de Hacer, pero también tenían que aprender a hacer cosas con sus manos. Secretamente Alvin también esperaba que cuando vieran cuánta dedicación y cuidado tomaba construir maquinaria fina como la de Clevy Sump, se dieran cuenta de que lo que Alvin les enseñaba no era mucho más difícil, si es que era difícil, en todo caso. Y estaba funcionando bastante bien.

Excepto que hoy, después del pan con queso del mediodía, fue al molino para encontrarse a los hombres reunidos alrededor de los restos de las bombas que habían estado construyendo. Cada una de ellas estaba hecha pedazos. Y teniendo en cuenta que las uniones eran todas de metal, debía haberles tomado bastante trabajo destruirlas.

- ¿Quién haría una cosa así? -preguntó Alvin-. Se necesita mucho odio para hacer algo como esto.

Y pensar sobre odio hizo que Alvin se preguntara si Calvin no habría regresado en secreto, después de todo.

- No hay ningún misterio sobre quién lo hizo -dijo Invierno Godshadow-. Creo que no vamos a necesitar más un maestro en construcción de bombas.

- Sip -dijo Truecacuentos-. Esto parece una manera especialmente efectiva de decirnos, "Se acabaron las clases".

Algunos de los hombres rieron. Pero Alvin pudo ver que él no era el único enfadado por la destrucción. Después de todo, las bombas estaban casi terminadas, y todos estos hombres habían puesto mucho de su tiempo y esfuerzo en ello. Contaban con ellas en sus propias casas. Para muchos de ellos, significaba el fin de una vida de profundos pozos y vertientes estacionales, e Invierno Godshaw en particular había ideado un plan para llevar el agua directamente a la cocina, de manera que su esposa ni siquiera tendría que salir de la casa para obtener agua limpia. Ahora su trabajo estaba deshecho, y algunos no lo estaban tomando muy bien.

- Déjenme hablar con Cleve Sump sobre esto -dijo Alvin-. No puedo creer que fuera él, pero si lo fue, cualquiera que sea el problema estoy seguro de que podemos arreglarlo. No quiero que ninguno de ustedes se enoje con él antes de que se haya explicado.

- No estamos enojados con Cleve -dijo Nils Torson, un sueco corpulento. Sus pesados párpados aguzando su mirada dejaban en claro con quién estaba enojado.

- ¿Yo? -dijo Alvin-. ¿Creen que fue yo quien lo hizo? -Entonces, como si pudiera escuchar la voz de la Señorita Lerner en su oído, se corrigió-. ¿Creen que fui yo?

El murmullo de varios hombres demostró su acuerdo con tal proposición.

- ¿Están locos? ¿Por qué me tomaría tantas molestias? No soy un Deshacedor, muchachos, y lo saben, pero si lo fuera, ¿no creen que podría destruir estas bombas completamente sin mayores problemas?

Truecacuentos se aclaró la garganta.

- Quizás tú y yo deberíamos hablar solos sobre esto, Alvin.

- ¡Me están acusando de arruinar todo su trabajo y no es así! -dijo Alvin.

- Nadie está acusando a nadie de ná -dijo Invierno Godshadow-. Dios lo sabe tó. Dios ve todas nuestras acciones.

Usualmente cuando Invierno empezaba a meter a Dios en la conversación, los demás comenzaban a retroceder o a mirar hacia otro lado pretendiendo estar ocupados calculando el tamaño de sus uñas o algo así. Pero no esta vez... Esta vez estaban asintiendo y murmurando con aprobación.

- Como dije, Alvin, salgamos a conversar un rato. De hecho, creo que deberíamos ir a la casa y hablar con tu padre y tu madre.

- Háblame aquí -dijo Alvin-. No soy un chiquillo al que hay que llevar detrás del cobertizo para darle una paliza en privado. Si estoy siendo acusado de algo que todos saben excepto yo...

- No estamos acusando -dijo Nils-. Estamos reflexionando.

- Sí, reflexionando -le secundaron un par de hombres.

- Díganme aquí y ahora sobre qué están reflexionando -dijo Alvin-. Porque sea lo que sea de lo que se me acusa, si es cierto quiero hacerlo bien, y si es falso quiero dejarlo en claro.

Los hombres se miraron unos a otros y luego a cualquier lugar, hasta que finalmente Alvin se volvió hacia Truecacuentos.

- Tú, dímelo.

- Yo sólo repito aquellas historias en las que creo -dijo Truecacuentos-. Y ésta me parece una mentira evidente salida de la imaginación de una muchacha.

- ¿Muchacha? ¿Qué muchacha? -y entonces, al unir la conducta de la Buena Sump a lo que Clevy Sump había hecho a las bombas, y al recordar la expresión soñadora en los ojos de una joven cuando se sentaba en la clase de los niños sin prestar ninguna atención a las palabras de Alvin, llegó a la conclusión obvia y susurró su nombre-. Amy.

Para consternación de Alvin, algunos de los hombres tomaron el hecho de que él dijera el nombre como una prueba de que Amy estaba diciendo la verdad sobre lo que sea que hubiera dicho. «¿Ven?», murmuraron. «¿Ven?»

- Ya está bien -dijo Nils-. Ya basta. Soy un granjero. Maíz y cerdos, ése es mi don si tengo alguno -cuando se fue, varios lo siguieron.

Alvin se enfrentó a los otros.

- No sé de qué se me acusa, pero puedo prometerles esto, no he hecho nada malo. Por el momento, es claro que no tiene sentido mantener la clase de hoy, así que todos váyanse a casa. Confío en que hay algún modo de salvar todas estas bombas, así que el trabajo no se ha perdido. Mañana volveremos a ello.

Mientras se iban, algunos hombres tocaron el hombro de Alvin o palmearon su brazo para mostrarle su apoyo. Pero gran parte de los ánimos eran de un tipo que no le gustaba mucho. “Difícilmente podríamos culparte, con esos ojillos de ternero tonto que tienes”. “Las mujeres siempre le dan demasiada importancia a estas cosas”. Como si realmente creyeran que Alvin era culpable, pero consideraran que se trataba de un delito menor, o que la culpa era compartida, o simplemente no les importara en absoluto.

Finalmente Alvin se quedó a solas con Truecacuentos.

- No me mires a mí -dijo Truecacuentos-. Subamos a la casa y veamos si tu padre ya ha oído esas historias.

Cuando llegaron, fue como si un concilio de familia se encontrara ya en medio de la sesión. Mesura, Soldado de Dios, y Papá y Mamá estaban reunidos alrededor de la mesa de la cocina. Arturo Estuardo estaba amasando la harina -aunque era pequeño, era bueno haciendo el pan, y le gustaba, así que Mamá finalmente se había rendido y aceptado que una mujer podía seguir siendo la dueña de su casa incluso si alguien más hacía el pan-.

- Me alegra que estés aquí, Al -dijo Mesura-. Uno creería que la gente del pueblo se reiría a carcajadas de una tontería como ésta. O sea, deberían conocerte.

- ¿Por qué deberían? -preguntó Mamá-. Ha estao fuera casi todo el tiempo los últimos siete años. Cuando se fue era un arbusto con patas que acababa de pasar un año corriendo de aquí p'allá con un guerrero indio. Cuando vuelve está lleno de poder y majestad y al principio asustó a todo el mundo. ¿Qué saben de su carácter?

- ¿Podría alguien por favor decirme qué está sucediendo? -dijo Alvin.

- ¿Dices que no te han contado? -preguntó Papá-. Fueron como balas para decirles a tu madre y a Mesura y a Soldado de Dios.

Truecacuentos sonrió.

- Por supuesto que no le dijeron nada a Alvin. Aquellos que creen el cuento asumen que ya lo sabe. Y quienes no lo creen simplemente se avergüenzan de que alguien pudiera contar tales calumnias.

Mesura suspiró.

- Amy Sump le contó a su amiga Ramona, y Ramona le contó a su mamá, y su mamá fue directa a la Buena Sump, y ella fue directa a su esposo, y él por poco se vuelve loco porque no puede concebir que toda criatura macho más grande que un ratón esté detrás de su novia hija.

- Núbil -lo corrigió Alvin.

- Sí, sí -dijo Mesura-. Ya sé, tú eres el que lee los libros, y seguro que éste es el momento adecuado para corregir mi gramática.

- Los nubios son africanos negros -dijo Alvin-. Y Amy no es negra, por lo que puedo recordar.

- Éste puede ser un buen momento para callarte y escuchar -dijo Mesura.

- Sí señor -dijo Alvin.

- Si sólo te hubieras ido cuando esa tea te mandó aquella advertencia -dijo Mamá-. Es un tonto quien se queda en una casa que arde sólo para ver el color de las llamas.

- ¿Qué está diciendo Amy de mí? -preguntó Alvin.

- Puras tonterías -dijo Papá-. Sobre ti corriendo a la manera de los indios, cien millas en una noche a través del bosque, llevándola a un lago secreto donde nadaron desnudos y otras indecencias así.

- ¿Con Amy? -preguntó Alvin, incrédulo.

- ¿Quieres decir que lo harías con alguien más? -preguntó Mesura.

- No haría una cosa así con nadie -dijo Alvin-. No es decente, y además, no hay suficiente bosque intacto en estos días para correr cien millas en una noche. No puedo llegar ni a la mitad de esa velocidad a través de campos y granjas. La música verde se llena de ruido y pierdo el ritmo y me canso demasiado tratando de oírla, ¿y por qué creería nadie semejante estupidez?

- Porque creen que puedes hacer cualquier cosa -dijo Mesura.

- Y porque un buen número de estos hombres han notado que Amy ha crecido mucho -dijo Armadura de Dios-, y saben que si ellos tuvieran el poder, y si Amy estuviera tan prendada de ellos como evidentemente lo está de ti, la tendrían desnuda en un lago en menos de dos segundos.

- Eres demasiado cínico respecto a la naturaleza humana -dijo Truecacuentos-. La mayoría de estos hombres son del tipo que sueña o desea cosas. Pero ellos saben que Alvin es uno que las hace, no sólo las desea.

- Apenas me he fijado en ella excepto para pensar que realmente es muy lenta para aprender, considerando cuánta atención parece poner -dijo Alvin.

- Te prestaba atención a ti. No a lo que dijeras o enseñaras -dijo Mesura.

- Bien, pues ya está. No le hice nada a ella ni con ella, y...

- Y aún si lo hiciste sería un verdadero desastre si te casaras con ella -dijo Mamá.

- ¡Casarme con ella! -gritó Alvin.

- Bueno, claro, si fuera verdad, tendrías que casarte con ella -dijo Papá.

- Pero no es verdad.

- ¿Tienes testigos? -preguntó Mesura.

- ¿Testigos de qué? ¿Cómo puedo tener testigos de algo que no sucedió? Todos son mis testigos... nadie vio que sucediera nada.

- Pero ella dice que sucedió -dijo Mesura-. Y tú eres la única otra persona que sabe si está mintiendo o no. Así que o ella es llanamente una mentirosa y tú has

sido acusado injustamente, o ella es una jovencita seducida con el corazón destrozado y tú el sinvergüenza que se aprovechó y que ahora no quiere hacer lo correcto, y nadie puede probar ninguna de las dos cosas.

- ¿Así que ni siquiera ustedes me creen?

- Desde luego que te creemos –dijo Papá-. ¿Crees que estamos locos? Pero que te creamos no es ninguna evidencia. Mesura ha estado leyendo sobre leyes, y nos lo ha explicado.

- ¿Leyes? –preguntó Alvin.

- Bueno, después de que llegaste de Río Hato, al menos. Y ahora, desde hace un tiempo. Creo que alguien en la familia debería saber algo sobre la ley.

- ¿Pero quieres decir que esto podría llegar a una corte?

- Podría –dijo Mesura-. Eso es lo que están diciendo los Sump. Quieren un abogado de Ciudad Cartago en lugar de uno de esos abogados fronterizos que se ganan la vida aquí en Iglesia de Vigor. Mucha publicidad.

- ¡Pero no pueden culparme de nada!

- Ruptura de una promesa. Libertades indecentes con una menor. Todo depende de cuántos jurados piensen que donde hay humo, hubo fuego.

- Libertades indecentes con una...

- Ésa es una para la horca, está bien –dijo Mesura-. Pero escuché que es el cargo que Clevy quiere alegar en tu contra.

- No importa si te sentencian o no –dijo Truecacuentos.

- A mí me importa –dijo Mamá.

- De cualquier modo, la voz se correrá. Alvin, al que llaman Hacedor, tomando ventaja de muchachas jóvenes, casi niñas. No puedes dejar que llegue a un juicio –dijo Truecacuentos.

Alvin vio claramente cómo esos rumores, cómo la publicidad que traería un juicio, acabarían con su trabajo; haría imposible atraer a otros a Iglesia de Vigor para que aprendieran a Hacer.

No es que estuviera ayudando mucho con sus enseñanzas, en todo caso.

- La Señorita Larner –murmuró Alvin.

- Sí –dijo Truecacuentos-. Ella te advirtió. Parte ahora libremente, o después, por obligación.

- ¿Por qué tendría que huir de su propio hogar sólo por una pequeña mentirosa caliente...? –traqueteó la voz de Mamá.

En el silencio que siguió, Alvin se sentó, reconociendo su propia estupidez.

- Supongo que soy un completo idiota por no hacer caso a la Señorita Larner –y entonces, enderezando la espalda, cerró los ojos y dijo-: Existe otro camino. Uno en el que no tengo que irme.

- ¿Cuál es? –preguntó Mesura.

- Podría casarme con ella.

- ¡No! –gritaron Mamá y Papá a la vez.

- ¿Por qué no simplemente firmar una confesión? –preguntó Soldado de Dios.

- No puedes casarte con ella –dijo Mesura.

- Es lo que quiere –dijo Alvin-. Apuesto que aceptaría, y su padre y su madre tendrían que estar de acuerdo.

- Estar de acuerdo... y luego despreciarte para siempre –dijo Papá.

- Su reputación o lo que la gente piense de él no importa, comparado con esto –dijo Mesura-. Despertar cada mañana y ver a Amy Sump en la cama de al lado, y

saber que la única razón por la que está ahí son sus calumnias... ¿Dime qué clase de hogar construirán, ustedes dos, para sus hijos?

Alvin meditó un momento sobre ello y asintió.

- Supongo que el matrimonio no es realmente una solución. Más bien sería como empezar toda una nueva serie de problemas.

- Ah, bien -dijo Papá-. Me temía que hubiéramos criado un tonto.

- Así que me escabullo como un ladrón, y todos creen que Amy estaba diciendo la verdad y yo huí.

- No será así -dijo Mesura-. Nosotros haremos saber que te fuiste porque tu tarea es demasiado importante como para ser distraída por estas locuras sin sentido. Volverás cuando Amy comience a decir la verdad, y mientras tanto, estarás estudiando sobre... lo que sea. Aprendiendo algo.

- Aprendiendo cómo construir la Ciudad de Cristal -dijo Truecacuentos.

Todos lo miraron.

- Tú no sabes cómo, ¿verdad, Alvin? -preguntó Truecacuentos-. Mientras estás ocupado tratando de despertar Hacedores en esta gente, ni siquiera sabes realmente qué es la Ciudad de Cristal, o cómo construirla.

Alvin asintió.

- Es cierto.

- Entonces... ni siquiera estaremos mintiendo -dijo Truecacuentos-. En verdad tienes mucho que aprender, y te has retrasado bastante en hacerlo. Vaya, incluso estás agradecido de que Amy te haya mostrado que has estado aquí demasiado tiempo. Mesura ha aprendido bien. Está bastante por delante de los demás y podría enseñarles en tu ausencia. Y siendo él un hombre casado, ninguna chiquilla de escuela va a imaginarse cosas tontas.

- No sé -dijo Mesura-. Soy bastante guapo.

- ¿Ya tienes preparados mis bolsos, Truecacuentos? -preguntó Alvin.

- No es que necesites mucho equipaje -dijo Truecacuentos-. Vas a viajar ligero y rápido. Me parece hay una sola carga que ya te pesará lo suficiente. Cierto implemento de granja.

- ¿No podría dejarlo aquí? -preguntó Alvin.

- No sería seguro -dijo Truecacuentos-. No sería seguro para tu familia, cuando empiece el rumor de que el Hacedor se ha ido pero dejó su arado de oro atrás.

- No sería seguro para él si el rumor dice que se lo llevó -dijo Mamá.

- Nadie en este planeta está más seguro que Alvin, cuando se lo propone -dijo Mesura.

- ¿Así que agarro el arado, lo pongo en un saco, y me voy? -preguntó Alvin.

- Ése parece el mejor plan -dijo Soldado de Dios-. Aunque apuesto que tu mamá insistirá en que te lleves un poco de cerdo salado, y una muda de ropa.

- Y a mí.

Todos giraron para observar al origen de la aguda voz.

- Me llevará con él -dijo Arturo Estuardo.

- Sólo lo retrasarías, muchacho -dijo Papá-. Tienes un buen corazón, pero piernas cortas.

- Alvin no va con prisas -dijo Arturo-, especialmente teniendo en cuenta que no sabe a dónde irá.

- El punto es que tú estarás en el medio -dijo Soldado de Dios-. Siempre tendrá que estar pensando en ti, tratando de mantenerte fuera del peligro. Hay muchos

lugares en esta tierra donde un niño libre medio-negro encontrará tipos desagradables, y eso tampoco ayudará mucho a Alvin.

- Hablan como si pensarán que pueden elegir -dijo Arturo-. Pero si Alvin se va, yo voy con él, y punto. Pueden encerrarme en un ropero, pero algún día saldré y lo seguiré y lo encontraré o moriré en el intento.

Todos lo observaron consternados. Arturo Estuardo había permanecido en silencio casi todo el tiempo desde que llegara a Vigor después de que su madre adoptiva fuese asesinada allá en Río Hatrack. Silencioso pero trabajador, cooperativo, obediente. Esto era una completa sorpresa, esta actitud suya.

- Y además -dijo Arturo Estuardo-, mientras Alvin esté ocupado preocupándose por el mundo entero, yo estaré ahí preocupándome por él.

- Creo que el chico debería ir -dijo Mesura-. El Deshacedor claramente no ha terminado con Alvin todavía. Necesita a alguien que le cuide la espalda. Creo que Arturo es esa persona.

Y básicamente eso fue todo. Nadie podía juzgar a alguien tan bien como Mesura.

Alvin caminó hacia la chimenea y movió cuatro piedras. Nadie se hubiera imaginado que hubiera algo escondido bajo ellas, porque hasta que él las levantó no había ni una rajadura en el mortero. No escarbó en la tierra bajo las piedras; el arado estaba enterrado a ocho pies de profundidad, y excavar hubiera tomado todo el día, sin mencionar la necesidad de dismantelar la chimenea entera. No, simplemente posó sus manos y llamó al arado, y deseó que la tierra lo hiciera flotar hasta él. Un momento después, el arado brotó de la superficie negra del suelo como un corcho en un estanque tranquilo. Alvin pudo oír un par de alientos entrecortados a su espalda... todavía impresionaba a la gente, incluso a su propia familia, cuando usaba su don tan abiertamente. También, el oro tenía un lustre magnífico. Como si, aun en la sombra más negra de la más oscura y tormentosa noche de luna nueva, ese arado fuera todavía visible, el ardiente oro abriéndose un camino incluso a través de tus párpados cerrados para imprimir su resplandeciente vida directamente en tus ojos, directamente en tu cerebro. El arado se estremeció bajo la mano de Alvin.

- Tenemos un viaje que emprender -le murmuró Alvin al cálido metal-. Y tal vez en el camino descubramos la razón por la que te hice.

Una hora después, Alvin estaba en pie en la puerta trasera de la casa. No es que le tomara una hora hacer el equipaje; pasó la mayor parte del tiempo en el molino, arreglando las bombas. Tampoco había gastado nada del tiempo en despedidas. No le habían dicho ni una palabra a nadie de la familia sobre su partida, porque la noticia se propagaría y lo último que necesitaba Alvin era gente esperándolo cuando se encaminara hacia el bosque. Mamá y Papá, y Mesura y Soldado, llevarían sus palabras de amor y sus bendiciones a sus hermanos y hermanas y sobrinas y sobrinos.

Alvin se echó la bolsa con el arado y su muda de ropas al hombro. Arturo Estuardo tomó su otra mano. Alvin comprobó los hechizos que había puesto alrededor de la casa y se aseguró de que todavía mantuvieran su perfecta geometría y simetría, resistentes al viento u otras interferencias. Todo estaba en orden. Era lo único que podía hacer por su familia mientras estaba fuera: mantener barreras y protecciones contra el peligro.

- No te preocupes por Amy, tampoco -dijo Mesura-. Tan pronto como te hayas ido, empezará a notar a algún otro robusto muchachito y dentro de poco los sueños y las historias serán sobre él, y la gente se dará cuenta de que nunca hiciste nada malo.

- Espero que tengas razón -dijo Alvin-. Porque no pretendo estar lejos mucho tiempo.

Sus últimas palabras se aferraron al silencio por un momento, porque todos sabían que era muy posible que esta vez Alvin se fuera en serio. Tal vez nunca regresara a casa. Era un mundo peligroso, y el Deshacedor sencillamente se había dado el trabajo de sacar a Alvin de allí y ponerlo en la carretera.

Besó y abrazó a todos a su alrededor, con cuidado de no golpear sin querer a nadie con el pesado arado. Y luego se dirigió hacia los árboles tras la casa, caminando tranquilamente para dar la impresión a cualquiera que pudiera estar mirando de que se trataba de un inocente paseo, y no de un viaje de ésos que cambian la vida. Arturo Estuardo se había agarrado de su mano izquierda otra vez. Y para sorpresa de Alvin, Truecacuentos apareció caminando a su lado.

- ¿Entonces vienes conmigo? -preguntó Alvin.

- No muy lejos -dijo Truecacuentos-. Sólo para hablar un minuto.

- Me alegro de que me acompañes -dijo Alvin.

- Sólo me preguntaba si has pensado algo sobre encontrar a Peggy Lerner -dijo Truecacuentos.

- Ni siquiera por un segundo -dijo Alvin.

- ¿Qué, estás enojado con ella? Diablos, chico, si tan sólo la hubieras escuchado...

- ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no he estado pensando en eso todo este tiempo?

- Sólo digo que ustedes dos estuvieron a punto de casarse allá en Río Hatrack, y te iría bien con una buena esposa, y ella es la mejor que jamás encontrarás.

- ¿Desde cuándo te entrometes? -preguntó Alvin-. Pensaba que sólo recolectabas historias. No sabía que también las hacías ocurrir.

- Temía que estuvieras enfadado con ella, así.

- No estoy enfadado con ella. Estoy enfadado conmigo mismo.

- Alvin, ¿crees que no reconozco una mentira cuando la oigo?

- Está bien, estoy enfadado. Ella lo sabía, ¿no? Bueno, ¿entonces por qué no me lo dijo y ya? "Amy Sump va a contar mentiras sobre ti y eso te obligará a irte, así que sal de ahí ahora antes de que sus infantiles fantasías lo arruinen todo".

- Porque si hubiera dicho eso, no te hubieras ido, ¿verdad, Alvin? Te habrías quedado, creyendo que podrías hacer que todo fuera bien con Amy. Ja, habrías ido a hablar con ella a solas y le habrías dicho que no te amara, ¿no? Y luego, cuando empezara a hablar de ti, habría testigos que recordaran el día en que Amy se quedó después de la clase a solas contigo, y entonces estarías en problemas porque aún más gente creería sus mentiras y...

- ¡Truecacuentos, ojalá algún día aprendas el don de quedarte callado!

- Lo siento -dijo Truecacuentos-. No tengo talento para eso. Siempre hablo y hablo, molestando a la gente. El hecho es que Peggy te dijo tanto como podía sin hacer peores las cosas.

- Eso es verdad. Decidió cuánto estaba autorizado a saber, a su juicio, y eso es todo lo que me dijo. ¿Y tú tienes las agallas de decirme que debería casarme con ella?

- Me parece que no entiendo tu lógica, Al -dijo Truecacuentos.

- ¿iQué clase de matrimonio sería, si mi esposa lo sabe todo pero nunca me dice lo suficiente para que tome mis propias decisiones!!? En vez de eso, ella siempre toma las decisiones por mí. O me dice exactamente lo que tiene que decirme para que yo haga lo que ella cree que debería hacer.

- Pero no hiciste lo que te dijo que hicieras. Te quedaste.

- ¿Así que ésa es la vida que quieres para mí? ¡O bien obedecer a mi esposa en todo, o bien desear haberlo hecho!

Truecacuentos se encogió de hombros.

- Todavía no entiendo tu objeción.

- Es así de simple: un hombre adulto no quiere casarse con su madre. Quiere tomar sus propias decisiones.

- Estoy seguro de que tienes razón -dijo Truecacuentos-. ¿Y quién es este hombre adulto del que hablas?

Alvin no mordió el cebo.

- Espero que algún día sea yo. Pero nunca lo seré si me amarro a una tea. Le debo mucho a la Señorita Larner. Y le debo aún más a la niña que era antes de convertirse en maestra, la niña que cuidó de mí y me salvó la vida una y otra vez. No hay duda de por qué la amaba. Pero casarme con ella habría sido el peor error de mi vida. Me hubiera hecho débil. Dependiente. Mi don podría haber permanecido en mis manos, pero estaría enteramente a su servicio, y esa no es forma de vivir para un hombre.

- Un hombre *adulto*, quieres decir.

- Búrlate todo lo que quieras, Truecacuentos. Me doy cuenta de que no tienes esposa.

- Debo ser un adulto, entonces -dijo Truecacuentos. Pero ahora había algo afilado en su voz, y después de mirar a Alvin sólo un momento más, dio la vuelta y regresó por el camino que habían estado transitando juntos. Ambos lo observaron alejarse.

- Nunca había visto a Truecacuentos así de furioso antes -dijo Arturo Estuardo.

- No le gusta que la gente le restriegue sus propios consejos en la cara -dijo Alvin.

Arturo Estuardo no dijo nada. Sólo esperó.

- Está bien, vámonos.

Al instante Arturo Estuardo se dio vuelta y empezó a caminar.

- Bueno, espérame -dijo Alvin.

- ¿Por qué? -dijo Arturo Estuardo-. Tú tampoco sabes a dónde vamos.

- Reconozco que no, pero soy mayor, así que yo decido el camino que nos llevará a ningún lugar en particular.

Arturo se rió un poco.

- Apuesto a que no hay una sola dirección que puedas elegir donde no haya alguien esperándote en el camino, en algún lugar. Incluso aunque sea al otro lado del mundo.

- No podría decirlo -dijo Alvin-. Pero estoy seguro de que no importa hacia dónde vayamos, eventualmente llegaremos al océano. ¿Sabes nadar?

- No a través del océano.

- ¿Y de qué me sirves, entonces? -dijo Alvin-. Contaba con que tú me cruzaras al otro lado.

Cogidos de la mano se metieron en el bosque. Y aun cuando Alvin no sabía hacia dónde se dirigía, sí sabía esto: la música verde podía ser débil y confusa esos días, pero todavía estaba allí, y él simplemente no podía evitar dejarse llevar por ella y empezar a moverse en perfecta armonía con el entorno. Las ramas se apartaban de su camino; las hojas eran suaves bajo sus pies, y muy pronto dejó de hacer ruido, moviéndose sin dejar rastro y sin perturbar la vida a su alrededor.

Esa noche acamparon a orillas del Lago Mizogán. Si es que puede llamarse acampar a eso, teniendo en cuenta que no hicieron fuego ni levantaron una tienda. Salieron de entre los árboles al final de la tarde y se quedaron en la costa. Alvin recordaba haber estado en ese lago -no justo en ese lugar, pero no muy lejos, tampoco- cuando Tenskwa Tawa había invocado un tornado y se había cortado los pies y había caminado sobre la sangre y el agua, llevando a Alvin con él, entrando al tornado para mostrarle aquellas visiones. Fue entonces que Alvin vio la Ciudad de Cristal por primera vez y supo que la construiría algún día, o más bien la reconstruiría, puesto que ya había existido una vez antes, o quizás más de una vez. Pero la tormenta se había ido, un recuerdo lejano; Tenskwa Tawa y su gente se habían ido, también. La mayoría había muerto y el resto partido al oeste. Ahora era sólo un lago.

Hubo un tiempo en que Alvin hubiera tenido miedo del agua, pues era agua lo que el Deshacedor había usado para tratar de matarlo, una y otra y otra vez, cuando era niño. Pero eso fue antes de que Alvin dominara su don y se convirtiera en un verdadero Hacedor, aquella noche en la forja, transformando hierro en oro. El Deshacedor no lo tocaría a través del agua nunca más. No, la herramienta del Deshacedor ahora sería más sutil. Serían personas. Personas como Amy Sump, de voluntad débil o ambiciosas o soñadoras o perezosas, pero todas fáciles de usar. Era la gente la que representaba un peligro para él ahora. El agua era bastante segura, suficiente como para nadar, y allí estaba Alvin.

- ¿Qué me dices de una zambullida? -preguntó Alvin.

Arturo se encogió de hombros. Fue cuando se metieron juntos al agua del Hio que los últimos restos del antiguo Arturo lo abandonaron, lavados por el río. Pero ahora no habría nada de eso. Sólo se quitaron la ropa y nadaron en el lago mientras se ponía el sol, luego se acostaron en la hierba para secarse, mientras la luz de la luna hacía brillar el agua y la brisa enfriaba el aire húmedo lo suficiente como para poder dormir. No habían dicho una palabra durante toda la jornada hasta que llegaron a la orilla del lago, sin hacer más que moverse en perfecta armonía a través del bosque; aun ahora mientras nadaban, permanecían en silencio, y apenas si se salpicaron, tan en armonía estaban con todo, con ellos mismos. Así que Alvin se sobresaltó cuando Arturo le habló, tendido en la oscuridad.

- Esto es lo que soñó Amy, ¿no?

Alvin pensó en ello por un momento. Después se puso en pie y se vistió.

- Creo que ya estamos secos -dijo.

- ¿Piensas que tal vez ella tuvo un sueño verdadero? ¿Sólo que no era ella, sino yo?

- No hubo abrazos ni cosas innaturales mientras nos bañábamos desnudos - dijo Alvin.

Arturo rió.

- No hubo nada inatural en su sueño.

- No fue un sueño verdadero.

Arturo se levantó y también se puso sus ropas.

- Escuché la música verde esta vez, Alvin. Tres veces solté tu mano, y aún la escuché por un buen rato antes de empezar a cansarme, y entonces tuve que coger tu mano de nuevo o quedarme atrás.

Alvin asintió como si fuera eso lo que esperaba. Pero no lo era. Durante todo el tiempo que pasó enseñando a los hombres de Iglesia de Vigor, ni siquiera había intentado enseñar a Arturo Estuardo, enviándolo en lugar de eso a la escuela a que aprendiera a leer y contar. Pero podía ser que Arturo fuera su mejor discípulo, después de todo.

- ¿Vas a convertirte en un Hacedor? -le preguntó Alvin.

Arturo meneó la cabeza.

- Yo no -dijo-. Sólo voy a ser tu amigo.

Alvin no pronunció en voz alta los pensamientos de su corazón: Para ser mi amigo, tal vez tengas que ser un Hacedor. No tenía que decirlo. Arturo lo comprendía muy bien.

El viento se hizo más fuerte durante la noche, y a lo lejos, sobre el lago, los relámpagos hicieron brillar los vientres de las distantes nubes. Arturo respiraba suavemente mientras dormía; Alvin podía escucharlo en la quietud que lo rodeaba, más intenso que el susurro de los truenos lejanos. Debería haberse sentido muy solo, pero no fue así. La respiración en la oscuridad a su espalda podría haber sido la de Ta-Kumsaw en su viaje, tantos años atrás, cuando Alvin había sido llamado el Niño Renegado y el destino del mundo parecía colgar en la balanza. O podría haber sido su hermano Calvin, cuando eran niños y compartían la misma habitación; Alvin lo recordaba como un bebé en la cuna, y más tarde en su camita, mirándolo con sus pequeños ojos como si él fuera Dios, como si supiera algo que ningún otro humano sabía. Bien, lo sabía, pero perdí a Calvin de todos modos. Y salvé la vida de Ta-Kumsaw, pero no pude hacer nada para salvar su causa, y también lo perdí, más allá del río, en la niebla del oeste rojo.

Y el aliento podría haber sido el de una esposa, en vez de sólo el sueño de una esposa. Alvin trató de imaginarse a Amy Sump allí, en la oscuridad, y aún cuando Mesura tenía razón al decir que habría sido un matrimonio miserable, el hecho era que tenía una cara bonita, y en ese momento de insomnio solitario Alvin pudo imaginar que su cuerpo era suave y tibio al tacto, y sus besos vehementes y llenos de vida y esperanza.

Rápidamente se sacó esa imagen de la cabeza. Amy no era para él, e incluso pensar en ella de esa forma se sentía como una especie de crimen horrible. Él nunca podría casarse con alguien que lo adorara. Porque su esposa no estaría casada con el Hacedor llamado Alvin; su esposa estaría casada con el hombre.

Y entonces pensó en Peggy Larnier. Se imaginó apoyándose en un codo y mirándola mientras el relámpago lejano arrojaba una pincelada de luz sobre su rostro. Su cabello libre y despeinado sobre la hierba. Sus femeninas manos no ya controladas y graciosas con gestos estudiados, sino descansando en forma casual sobre su figura dormida. Para su sorpresa, las lágrimas invadieron sus ojos. En un

momento entendió por qué: ella era tan imposible para él como Amy, no porque lo adoraría, sino porque estaba más entregada a su causa que él mismo. Ella amaba, no al Hacedor, y ciertamente no al hombre, sino al mismo acto de Hacer y a la cosa Hecha. Casarse con ella sería como rendirse al destino, pues ella era la que podía ver los futuros aguardando detrás de cada posible decisión presente, y si se casaba con ella nunca sería un hombre, no porque ella quisiera controlarlo, sino porque él mismo no sería tan estúpido como para no seguir sus consejos. La seguiría libremente, y libremente perdería su libertad.

No, era Arturo acostado detrás de él, este extraño muchacho que amaba a Alvin más allá de toda razón y que sin embargo no pedía nada a cambio; este niño que había perdido una parte de sí mismo para poder ser libre, y que la había reemplazado con una parte de Alvin.

La similitud fue repentinamente obvia para Alvin, y por un momento se sintió avergonzado. Yo le hice a Arturo exactamente lo que temo que Peggy Larner podría hacerme a mí. Tomé una parte de él y la reemplacé conmigo. Sólo que él era muy joven y el peligro demasiado y no le pregunté ni le expliqué, ni me hubiera entendido si lo hubiese tratado. Él no tuvo oportunidad de elegir. Yo todavía tengo una.

¿Estaré tan satisfecho como Arturo, si alguna vez me entrego a Peggy?

Tal vez algún día, pensó Alvin. Pero no ahora. Aún no estoy listo para darme a mí mismo a alguien, para someter mi voluntad. Del modo que Arturo lo ha hecho conmigo. Del modo en que los padres lo hacen con sus hijos, dando sus vidas por sobre las propias pequeñas necesidades egoístas. El camino está abierto ante mí, todos los caminos, todas las posibilidades. Desde esta cama de hierba a orillas del Lago Mizogán puedo ir a cualquier parte, encontrar todo lo que pueda encontrarse, hacer todo lo que pueda hacerse, construir todo lo que pueda construirse. ¿Por qué debería levantar una cerca de mi alrededor? ¿Atarme a un árbol? Ni siquiera un caballo, ni siquiera un perro era lo suficientemente leal para hacerse a sí mismo una cosa tan absurda.

Su don lo había capturado en la infancia. Fuera como un niño en su familia, como el compañero de viaje de Ta-Kumsaw, como un aprendiz de herrero, o como un profesor de Hacedores por venir, había estado sometido a su don. Pero ahora no.

El relámpago brilló de nuevo, más lejos esta vez. No habría lluvia allí esa noche. Y mañana se levantaría e iría al sur, o al norte, o al oeste o al este, según llegara la idea, buscando cualquier meta que pareciera deseable. Había dejado el hogar para irse de un sitio, no para acudir a otro. No había mayor libertad que ésa.

9 Cooper

Peggy Larner siguió observando aquellos dos fuegos interiores: el de Alvin, que vagabundeaba a través de América; el de Calvin, que viajaba hacia Inglaterra y se preparaba para su audiencia con Napoleón. Había pocos cambios en los posibles futuros que veía, ya que los planes de ambos hombres no habían sido alterados ni una pizca.

El plan de Alvin, por supuesto, no era tal. Arturo Estuardo y él, viajando a pie, hicieron todo el camino hacia el oeste desde Mizogán, pasaron la creciente población de Chicago, y siguieron hasta que la densa niebla del Mizzipy los obligó a regresar. Alvin había tenido la vaga esperanza de que al menos a él se le permitiría pasar el río e ir más allá, pero si tal cosa alguna vez resultaba ser así, ciertamente no sería en este momento. Así que fue al norte hasta el Lago de las Aguas Altas, donde abordó uno de los nuevos barcos de vapor que llevaban hierro a Irrakwa, donde sería cargado en trenes y transportado el resto del camino hasta el país carbonero de Suskwahenny y Pensilvania, para alimentar los nuevos molinos de acero.

- ¿Es eso como Hacer? -preguntó Arturo Estuardo, cuando Alvin le explicó el proceso-. ¿Transformar hierro en acero?

- Es algo parecido -dijo Alvin-, donde la tierra es forzada por el fuego. Pero el costo es elevado, y el hierro sufre cuando es transformado de ese modo. He visto un poco del acero que hacen. Está en los raíles. Está en las locomotoras. El metal gime todo el tiempo, un sonido suave, muy agudo, pero yo puedo oírlo.

- ¿Significa eso que es malo usar acero? -preguntó Arturo Estuardo.

- No -dijo Alvin-, pero sólo deberíamos usarlo cuando valga la pena tal sufrimiento. Quizás algún día encontremos una forma mejor de fortalecer el hierro. Soy un herrero. No renegaré del fuego de la forja ni rehuiré el martillo y el yunque. Ni tampoco diré que las fundiciones de Dekane sean de algún modo peores que mi pequeña forja. He estado dentro de las llamas. Sé que el hierro también puede vivir ahí, y salir intacto.

- A lo mejor eso es lo que estamos buscando -dijo Arturo Estuardo-. A lo mejor tienes que ir a las fundiciones y ayudarles a hacer acero más amablemente.

- A lo mejor -dijo Alvin, y tomaron el tren a Dekane y Alvin encontró un puesto en una fundición y aprendió observando y trabajando todo lo que había que saber sobre la creación del acero, y al final dijo:- Encontré una forma, pero requiere de un Hacedor, o de alguien muy parecido a uno -y allí estaba: si Alvin iba a cambiar el mundo, necesitaría hacer aquello en lo que ya había fracasado a medias en

Iglesia de Vigor, que era hacer más Hacedores. Dejaron las ciudades metalúrgicas y fueron al este, y mientras Peggy observaba el fuego interior de Alvin y no veía ningún cambio, ningún cambio, ningún cambio...

Y entonces un día, de repente, sin razón alguna pudo ver en la vida de Alvin, un millar de caminos nuevos abiertos ante sí, y al final de cada uno de ellos había un hombre al que ella nunca había visto antes. Un hombre que se hacía llamar Verily Cooper⁶ y hablaba como un inglés educado y caminaba junto a Alvin a cada paso de su vida durante años. Era un camino que llevaba a un futuro en el que el arado dorado era completado con un mango perfecto y bullía de vida bajo manos humanas. Un futuro en el que la Ciudad de Cristal se elevaba hacia el cielo y la niebla de las orillas del Mizzipy se dispersaba en unas cuantas millas a la redonda y los indios se acercaban a la orilla occidental y los blancos acudían alegremente en botes y balsas para comerciar con ellos y hablarles y aprender de ellos.

¿Pero de dónde venía este Verily Cooper, y por qué había aparecido ahora y tan súbitamente en la vida de Alvin?

Sólo más tarde ese mismo día se le ocurrió a Peggy que no era nada de lo que había hecho Alvin lo que había llevado a este hombre hasta él, sino que había sido cosa de alguien más. Buscó el fuego interior de Calvin -tan lejano que tuvo que atravesar el suelo con la mirada para encontrarlo en Inglaterra, al otro lado de la curvatura de la Tierra- y allí vio que había sido él quien provocara el cambio, y por la más simple de las casualidades. Se tomó el tiempo de hechizar a un Miembro del Parlamento que lo había invitado a tomar el té, y aún cuando Calvin sabía que este hombre no tenía nada que ofrecerle, por un capricho, un antojo momentáneo, decidió aceptar la invitación. Esa decisión apenas transformó levemente los futuros del propio Calvin. Nada había cambiado mucho, excepto esto: en casi todos los posibles futuros, Calvin pasaba una hora tomando el té junto a un joven abogado llamado Verily Cooper, que escuchaba ávidamente todo cuanto Calvin tenía que decir.

¿Era posible, entonces, que Calvin formara parte de las acciones de Alvin? Partió a Inglaterra con la idea de la destrucción de todas las obras de Alvin en el corazón; y aún así, por capricho, por casualidad -si existía tal cosa como la casualidad- tendría un encuentro que casi con total seguridad traería a Verily Cooper a América. A Alvin Smith. Al arado de oro, la Ciudad de Cristal, el fin de las nieblas del Mizzipy.

Arise Cooper era un cristiano honesto y trabajador. Vivía su vida de una manera tan pura como podía, dados los límites finitos de la mente humana. Cada mandamiento que había aprendido, lo obedecía; cada imperfección que podía imaginar, la expulsaba de su alma. Escribía los detalles de cada jornada en su diario, llevando una cuidadosa cuenta de las obras del Señor en su vida.

Por ejemplo, el día en que su segundo hijo había nacido, escribió: "Hoy Satanás hizo que me enfadara con un hombre que insistió en medir los tres barriletes que le hice, seguro de que se los había hecho más pequeños. Pero el Espíritu de Dios encendió la llama del perdón en mi corazón, pues entendí que un hombre puede sospechar de otro cuando ha sido engañado demasiadas veces por gente diabólica. Así vi que el Señor confiaba en mí para mostrar a este hombre que no todos los hombres le mentirían, y enterré su insulto con paciencia. En verdad,

como dijo Jesús, cuando respondí a la vileza con amabilidad el extraño partió de mi taller como un amigo en vez de cómo un enemigo, y con una mejor idea sobre los actos del Señor y Su presencia entre los hombres. ¡Oh, cuán grande es Tu arte, mi amado Dios, que transforma mi corazón de pecador en una herramienta para servir a Tus propósitos en este mundo! A la caída de la noche llegó al mundo mi segundo hijo, a quien llamé Verily⁷, en verdad, en verdad les digo que a menos que ustedes se hagan como niños, ninguno entrará en el Reino de los Cielos.”

Si alguien pensó que el nombre era un tanto excesivo, no le dijo nada a Arise Cooper, cuyo propio nombre también tenía un poco de las escrituras: Levántate y Sal. Ni tampoco lo hizo la madre del niño, cuyo nombre era el versículo más corto de la Biblia: He Wept. Sabían que el nombre entero del bebé no sería usado casi nunca. En su lugar fue conocido como Verily, y cuando creció a menudo era llamado simplemente Very.

Pero la carga más pesada de Verily Cooper no era su nombre. No, hubo algo mucho más oscuro que arrojó su sombra sobre el muchacho en los albores de su vida.

La esposa de Arise, Wept, se acercó a su marido un día cuando Verily tenía sólo dos años. Estaba agitada.

- Arise, hoy vi al niño jugando con astillas, construyendo una torre con ellas.

Arise consideró todos los posibles males que uno podría causar con las astillas de madera del taller de un tonelero y sólo pudo pensar en uno.

- ¿Era una representación de la Torre de Babel?

Wept parecía desconcertada.

- Podría ser, o podría ser que no. ¿Cómo podría saberlo, si el niño aún no dice ni una palabra?

- ¿Qué, entonces? -preguntó Arise, impaciente porque ella no había ido directamente al punto. No, no. Estaba impaciente porque había supuesto mal y ahora estaba un poco avergonzado de sí mismo. Era pecado tratar de echarle la culpa a ella por los malos sentimientos de él. En su corazón rogó por el perdón incluso mientras ella continuaba.

- Arise, él construyó algo con las astillas, pero éstas se cayeron, una y otra vez. Lo vi y pensé, El Señor del cielo le enseña a nuestro pequeño que todas las obras del hombre son fútiles, y sólo las obras de Dios perduran. Pero entonces aparece en su cara una expresión de atroz determinación, y empieza a estudiar cada astilla de madera mientras construye, poniéndola en su lugar con sumo cuidado. Y construye y construye y construye, hasta que la última astilla está más alta que su cabeza, y su obra se mantiene en pie.

Arise no estaba seguro de lo que quería decir con todo esto, o por qué la aproblemaba.

- Ven, esposo, y contempla el trabajo de nuestro bebé.

Arise la siguió a la cocina. No había nadie más allí, aunque era el momento del día en que más trabajo solía haber. Arise pudo ver por qué todos habían huído. Porque la montaña de astillas se alzaba más alta de lo que la razón o el equilibrio deberían haber permitido. Los pequeños bloques de madera se mantenían en su lugar, perfectamente balanceados sin importar cuán extraña o precariamente encajaran con los bloques superiores o inferiores.

- Derríbala de una vez -dijo Arise.

- ¿Crees que no se me ocurrió a mí? –preguntó Wept. Golpeó la torre con su brazo y ésta se vino abajo. Cayó, pero con un solo movimiento, e incluso tirada en el suelo los bloques permancieron unidos tan firmemente como si estuvieran pegados.

- Debe de haber estado jugando con el mucílago –dijo Arise, pero aun mientras lo decía sabía que no era así.

Se arrodilló junto a la torre supina y trató de separar un bloque de la punta. No lo logró, por mucho que lo forzó. Levantó la torre entera e intentó partirla contra la rodilla. Le provocó una magulladura, pero no se rompió. Finalmente, poniéndose de pie sobre la mitad de la torre y tirando hacia sí de uno de los extremos con todas sus fuerzas, la rompió, pero le costó tanto como si se tratara de una robusta tabla de roble. Y cuando examinó los extremos, vio que la torre se había partido justo en el medio de un bloque, y no en la unión entre ellos.

Miró a su esposa, y supo lo que debería decirle. Debería decirle que era obvio que su hijo había sido poseído por Satanás, hasta tal punto que el muchacho estaba ahora lleno de poderes y brujería. Cuando se hacía tal acusación, no había otra elección más que llevar al niño al magistrado, que realizaría las pruebas de brujería. El niño, siendo tan joven e incapaz de hablar, ya fuese para confesar o arrepentirse, sufriría la sentencia de la hoguera, si es que no se ahogaba durante el juicio.

Arise no había cuestionado nunca la rectitud de las leyes que mantenían a Inglaterra libre de la brujería y las otras oscuras influencias de Satanás. No habría más brujas exiliadas a América –el único resultado de aquella vieja tradición había sido una nación poseída por el Diablo-. Las escrituras eran claras, y no había cabida para la misericordia: No permitiréis que una bruja conserve la vida⁸.

Pero Arise no dijo a su esposa las palabras que los forzarían a entregar a su bebé al magistardo para disciplinarlo. Por primera vez en su vida, Arise Cooper, sabiendo la verdad, no actuó en consecuencia.

- Yo digo que quememos esta extraña tabla –dijo Arise-. Y prohibamos al niño jugar con bloques de madera. Lo vigilaré de cerca, enseñándole a vivir cada momento en amorosa obediencia de las leyes de Dios. Hasta que lo haya aprendido, no permitirás que otras mujeres lo cuiden a menos que tú estés presente.

Miró a su mujer a los ojos, y Wept le devolvió la mirada. Al principio sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa que le habían causado las palabras de su marido; después la sorpresa dio paso al alivio, y más tarde a la determinación.

- Lo vigilaré tan de cerca que Satanás no tendrá oportunidad de susurrarle al oído –dijo.

- Podemos permitirnos tener una cocinera para supervisar el trabajo de las criadas de ahora en adelante –dijo Arise-. La educación de este hijo nuestro, la más difícil de todas, está en nuestras manos. Lo salvaremos del Diablo. No hay ningún trabajo más importante que éste.

Así fue que la crianza de Verily Cooper resultó complicada e interesante. Fue golpeado más que ningún otro niño de la familia, por su propio bien, pues Arise sabía que Satanás había invadido el corazón del pequeño en una edad muy temprana. Y todos los signos de rebelión, insubordinación y pecado debían ser combatidos vigorosamente.

Si el joven Verily estaba resentido por la muy especial disciplina que recibía en comparación a su hermano mayor y sus hermanas menores, no dijo nada al respecto... tal vez porque sus quejas siempre daban lugar a dolorosos azotes con una vara de abedul. Aprendió a vivir con tales castigos e incluso, después de un tiempo, a sentirse un poco orgulloso de ellos, ya que los otros niños lo miraban con respeto y temor, al ver cuántos golpes recibía sin derramar siquiera una lágrima... y por ofensas que, para ellos, no habrían tenido más consecuencias que una severa mirada de sus padres.

Verily aprendió rápido. La vara de abedul le enseñó cuáles de sus acciones eran las simples travesuras de un muchacho de su edad, y cuáles eran consideradas como signos de que Satanás estaba batallando por la posesión de su alma. Cuando los niños del vecindario estaban construyendo un fuerte de nieve, por ejemplo, si él construía descuidadamente y con nieve húmeda como ellos, no había castigo. Pero cuando tomó la precaución especial de hacer que los bloques encajaran perfectamente y sin dejar marcas, recibió tal paliza que le sangraron las nalgas. De igual modo, cuando ayudaba a su padre en la tienda, aprendió que si unía las duelas de un barril flojamente, como lo hacían otros hombres, apenas manteniéndolas juntas dentro de los aros, confiando en que el líquido eventualmente hincharía la madera del barril y haría las uniones verdaderamente herméticas, entonces todo estaba bien. Pero si escogía la madera cuidadosamente y se concentraba en hacerla encajar de tal forma que las uniones fueran casi invisibles, consiguiendo que el barril mantuviera el aire adentro tan bien como una vejiga de cerdo, entonces su padre lo azotaba con fuerza y lo sacaba a patadas de la tienda.

Para cuando cumplió diez años, Verily ya no visitaba abiertamente la tienda de su padre, y parecía que a su padre no le importaba que se mantuviera alejado. Pero aun así a Verily le dolía ver el trabajo que se hacía en la tienda sin su ayuda, porque podía sentir lo tosco que era, lo sueltas que quedaban las duelas de los barriletes, los barriles y los toneles. Le molestaba. Pensar en ello le provocaba un desagradable cosquilleo entre los omóplatos, hasta que difícilmente podía soportarlo. Empezó a levantarse en medio de la noche para ir a la tienda y reconstruir los peores barriles. Nadie sospechaba lo que había hecho, porque no quedaban astillas, ni nada. Todo lo que hacía era sacar el aro, acomodar las duelas, y volver a poner la argolla, más ajustadamente que antes.

El resultado fue, primero, que Arise Cooper fue conocido por hacer los mejores barriles de la región; segundo, que Verily a menudo tenía una apariencia de somnolencia y cansancio durante el día, lo que le provocaba más azotes, aunque en ningún caso tan severos como los que recibía cuando se concentraba realmente en hacer que las cosas encajaran bien; y tercero, que Verily aprendió a vivir con una decepción constante, escondiendo a todo el mundo a su alrededor lo que era y lo que veía, lo que sentía y lo que hacía. Era cosa natural que terminara abocado al estudio de la ley.

Aunque a veces pareciera perezoso, Verily tenía una mente aguda y era bueno en sus estudios. Arise y Wept lo veían, y en lugar de contentarse con el profesor local que pagaban sus impuestos, lo enviaron a una academia que era normalmente sólo para los hijos de hacendados y hombres ricos. Las mofas y burlas que recibía de los otros niños a causa de su rudo acento y sus ropas caseras eran apenas notadas por Very... Los golpes que le infligían no eran nada

comparados con las palizas a las que estaba acostumbrado, y cualquier abuso que no causara dolor físico ni siquiera entraba en la conciencia de Very. Lo único que le importaba era que en la escuela no tenía que vivir con miedo todo el tiempo, y a los profesores les encantaba cuando él estudiaba cuidadosamente y veía cómo las ideas encajaban unas con otras. Lo que sólo podía hacer en secreto con sus manos, podía hacerlo abiertamente con su mente.

Y no eran sólo ideas. Empezó a aprender que si se concentraba en los niños a su alrededor, escuchándolos realmente, observando cómo actuaban, podía verlos tan claramente como veía los trozos de madera, descubriendo exactamente cómo y dónde cada muchacho podría encajar bien con cada uno de los otros. Sólo una palabra aquí y allá, nada más que una idea lanzada a la mente correcta en el momento adecuado, y convirtió a los niños de su dormitorio en una cohesiva banda de queridos amigos. Tanto como estaban dispuestos, claro. Algunos estaban llenos de una profunda rabia que hacía que mientras mejor se ajustaran, se volvieran más molestos y sospechosos. Verily no podía solucionar eso. No podía cambiar el corazón de un niño... sólo podía ayudarlo a encontrar la forma en que sus inclinaciones naturales lo harían encajar más confortablemente con los demás.

Nadie lo veía, sin embargo. Nadie veía que era Verily quien transformaba a estos niños en el más íntimo grupo de amigos que jamás hubiera pasado por la escuela. Los maestros veían que eran amigos, pero también veían que Verily era el único inadaptado que no pertenecía realmente al grupo. No podían haber imaginado que él era la causa de la extraordinaria cercanía de los otros. Y eso estaba bien para Very. Sospechaba que si sabían lo que estaba haciendo, sería como volver a estar con Padre, sólo que ahora no serían varas de abedul.

Gracias a sus estudios, particularmente a la clase de religión, Verily finalmente entendió a qué se debían los azotes. Brujería. Verily Cooper había nacido brujo. No era raro que su padre pareciera embrujado todo el tiempo. Arise Cooper había sufrido al dejar vivir a un brujo, y los varillazos, lejos de ser un acto de rabia u odio, estaban realmente destinados a ayudar a Verily a disfrazar el mal innato en él, de tal forma que nadie sabría nunca que Arise y Wept Cooper habían ocultado a un niño-brujo en su propia casa.

Pero no soy un brujo, se dijo finalmente Verily a sí mismo. Satanás nunca vino a mí. Y lo que yo hago no causa ningún daño. ¿Cómo puede ser contra Dios hacer que los barriles sean herméticos, o ayudar a los niños a descubrir la mejor posibilidad de amistad entre ellos? ¿Cómo he usado siempre mis poderes, excepto para ayudar a otros? ¿No era eso lo que enseñaba Cristo? ¿Ser el sirviente de todos?

Para cuando Verily llegó a los dieciséis, ya se había convertido en un joven vigoroso y relativamente atractivo de cierta educación y modales impecables, y también se había vuelto un completo escéptico. Si los dogmas sobre brjería podían ser tan absolutamente falsos, ¿cómo podía ser confiable cualquiera de las enseñanzas de los ministros? Verily Cooper estaba perdido, intelectualmente hablando, porque todos sus maestros hablaban como si la religión fuera la piedra angular de toda otra enseñanza, y sin embargo todos los estudios reales de Verily lo llevaban a la conclusión de que las ciencias basadas en la religión eran inciertas en el mejor de los casos, y totalmente falsas en el peor de ellos.

Aun así, no pronunció palabra sobre nada de esto. Podían quemarte por ser ateo tan rápidamente como podían hacerlo por ser bruja. Y además, no estaba seguro de que no creyera en nada. Simplemente no creía en lo que decían los ministros.

Si los predicadores no tenían idea de lo que era bueno o malo, ¿en dónde debería buscar para aprender sobre lo correcto y lo incorrecto? Trató leyendo filosofía en Manchester, pero descubrió que, excepto por Newton, lo mejor que los filósofos podían ofrecer era un vasto océano de opiniones con unos cuantos bloques de verdad objetiva flotando aquí y allá como los restos de un barco hundido. Y Newton y los científicos que lo siguieron no tenían alma. Al decidir que sólo estudiarían aquello que pudiera ser verificado bajo condiciones controladas, simplemente habían limitado su campo de investigación y sus esfuerzos. La mayor parte de la verdad yace más allá de las estrictas fronteras de la ciencia; e incluso dentro de esos confines, Verily Cooper, con su aguda visión para las cosas que no encajaban, pronto entendió que, mientras que la pretensión de la imparcialidad era universal, la imparcialidad en sí misma era muy rara. La mayoría de los científicos, como la mayoría de los filósofos y los teólogos, eran prisioneros de las opiniones recibidas. Nadar contra la corriente estaba más allá de sus capacidades y así, la verdad permanecía desparramada, desarmada, hundida.

Al menos los abogados sabían que estaban tratando con la tradición, no con la verdad; con el consenso, no la realidad objetiva. Y un hombre que entendiera cómo las cosas encajan unas con otras podría hacer una verdadera contribución. Podría salvar a unas cuantas personas de la injusticia. Podría incluso, en algún año distante por venir, dar uno o dos golpes a las leyes contra la brujería y salvar esas pocas docenas de almas al año tan incautas como para ser atrapadas manipulando la realidad de forma inapropiada.

En cuanto a Wept y Arise, se sintieron profundamente agradecidos cuando su hijo Verily dejó el hogar sin expresar ningún interés por el negocio de la familia. Su hijo mayor, Mocky (nombre completo: **He Will Not Be Mocked**) era un hábil constructor de barriles, popular tanto dentro como fuera de la familia. Él lo heredaría todo. Verily se iría a Londres y Arise y Wept ya no serían responsables de él. Verily incluso les dejó una declaración donde renunciaba a todos los bienes familiares, aunque ellos no la habían pedido. Cuando Arise aceptó el documento, Verily, que tenía entonces veintiún años, tomó la vara de abedul del lugar en que colgaba de la pared, la rompió sobre su rodilla y la lanzó al fuego de la cocina. No hubo más discusiones al respecto. Todos lo entendieron: lo que Verily decidiera hacer con sus poderes ahora era cosa suya.

Los talentos de Verily fueron evidentes inmediatamente. Fue invitado a unirse a varias firmas legales, y finalmente eligió la que le daba la mayor libertad a la hora de escoger sus propios clientes. Su reputación aumentaba a medida que ganaba un caso tras otro; pero lo que impresionaba a los abogados que realmente entendían de esas cosas no era el número de victorias, sino el número aún mayor de casos que eran solucionados de una manera justa sin siquiera ir a juicio. Para cuando Verily llegó a los veinticinco, se estaba volviendo un hábito que las dos partes involucradas en candentes disputas legales acudieran a él varias veces al mes en busca de ayuda, para que actuara como árbitro, dejando totalmente de lado a las cortes: tal era su fama de hombre sabio y justo. Algunos murmuraban

que su camino lo llevaría a convertirse en una importante figura política. Algunos se atrevían a desear que un hombre así llegaría algún día a ser Lord Protector, si tal cargo fuera ocupado por elección popular, como la presidencia de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos de América... esa república variopinta, políglota, mestiza y salvaje que de alguna manera, sin rey y sin causa, se había levantado por accidente entre las Tierras de la Corona y Nueva Inglaterra. América, donde hombres vestidos de cuero y pieles caminaban por los salones del Congreso en compañía de indios, holandeses, suecos y otros especímenes semi-civilizados que hubieran sido expulsados del Parlamento inglés antes de que pudieran decir ni una palabra. Más y más a menudo Verily Cooper dirigía la mirada a aquel país; más y más ardientemente deseaba vivir en un lugar donde su don para hacer que las cosas encajaran pudiera ser usado completamente, sin restricciones. Donde pudiera unir cosas con las manos, no sólo con su mente y sus palabras. Donde, en resumen, pudiera vivir sin la decepción.

Tal vez en una tierra así, donde los hombres no tenían que mentir sobre quiénes eran para que se les garantizara el derecho a vivir, tal vez en una tierra así él podría encontrar su camino y dar con alguna especie de verdad, algún tipo de comprensión sobre para qué estaba hecho el universo. Y, si eso fallaba, al menos allá Verily podría ser libre.

El problema era que lo que Verily había estudiado era la ley inglesa, y eran hombres ingleses los que estaban convirtiéndolo en un hombre rico. ¿Qué pasaría si se casaba? ¿Si tenía hijos? ¿Qué tipo de vida habría para ellos en América, en el bosque primitivo? ¿Cómo podría pedirle a una esposa que dejara la civilización para ir a Filadelfia?

Y quería una esposa. Quería tener y criar a sus hijos. Quería probar que la bondad de los niños no había sido derrotada, que el miedo no era la fuente de la que fluye la virtud. Quería tener la posibilidad de rodear a su familia con sus brazos y saber que ninguno de ellos le temía por su don, que ninguno sentía la necesidad de mentirle para tener su amor.

Así que soñaba con América pero se mantenía en Londres, buscando entre la alta sociedad a la mujer con la que formaría una familia. Para entonces sus modales caseros habían sido reemplazados por las maneras de la universidad y, finalmente, por la cortesía y la elegancia que lo hacían ser bienvenido en los hogares de los hombres más finos de la ciudad. Su ingenio, nunca mordaz, siempre profundo, lo convirtió en un popular invitado en los grandes salones de Londres, y si nunca era invitado a las mismas cenas o fiestas que los principales teólogos del momento, no era porque se creyera que él era un ateo, sino más bien porque no había ningún teólogo que fuese su igual en una conversación. Uno tenía que poner a Verily Cooper con alguien al menos capaz de estar de acuerdo con él... todo el mundo sabía que Very era demasiado bueno como para humillar a los tontos por entretenimiento público. Él simplemente guardaba silencio cuando se encontraba rodeado de aquéllos de menor ingenio; era algo vergonzoso para un anfitrión que se corriera la voz de que Verily Cooper había estado callado toda la noche.

Verily Cooper tenía veintiseis años cuando se encontró en una fiesta con un notable joven americano llamado Calvin Miller.

Verily notó su presencia al instante, porque no encajaba, pero no era debido a su nacionalidad. De hecho, Verily pudo ver al momento que Calvin había hecho un buen trabajo adquiriendo una apariencia y unas maneras que lo diferenciaban de la mayoría de los americanos que trataban de abrirse camino en Londres y cuyas atroces imitaciones los delataban de forma inmediata. El joven hablaba sobre sus esfuerzos para aprender francés, bromeando sobre lo poco talentoso que era para los lenguajes; pero Verily vio (como lo hicieron muchos otros) que era sólo pretensión. Cuando Calvin hablaba en francés cada frase surgía con una entonación perfecta y una espléndida acentuación, y si bien su vocabulario era algo escaso y dejaba que desear, no sucedía lo mismo con su gramática.

Una dama cercana a Verily le murmuró:

- Si es malo para los lenguajes, tiemblo al imaginar en qué pueda ser bueno.

Mintiendo, en eso es en lo que es bueno, pensó Verily. Pero mantuvo la boca cerrada, porque ¿cómo podía saber que cada palabra de Calvin era falsa, excepto porque veía que nada encajaba cuando Calvin hablaba? El muchacho era fascinante aunque sólo fuera porque parecía mentir cuando no había ningún posible beneficio proveniente de la mentira; mentía por el simple placer de hacerlo.

¿Era esto lo que producía América? ¿La tierra que en las fantasías de Verily era un lugar de Verdad, y esto era lo que allí se engendraba? Tal vez los ministros no estaban equivocados del todo respecto a aquéllos con poderes escondidos o “dones”, como pintorescamente lo llamaban los americanos.

- Señor Miller -dijo Verily-, me pregunto, puesto que es usted americano, si tiene algún conocimiento personal sobre los dones.

La habitación quedó en silencio. Hablar de tales cosas... era sólo ligeramente menos grosero que hablar sobre higiene personal. Y era el prometedor y joven abogado Verily Cooper quien hacía la pregunta...

- ¿Discúlpeme? -preguntó Calvin.

- Dones -dijo Verily-. Poderes ocultos. Se que son legales en América, y aun así los americanos aseguran ser cristianos. Por eso me gustaría saber cómo es que son racionalizadas tales cosas, siendo que son consideradas prueba del poder de Satanás y merecedoras de una sentencia de muerte.

- No soy un filósofo, señor -dijo Calvin.

Verily lo sabía. Podía ver que Calvin estaba repentinamente más a la defensiva que nunca. La corazonada de Verily había sido correcta. Este Calvin Miller estaba mintiendo porque tenía mucho que esconder.

- Mucho mejor -dijo Verily-. Entonces existe una posibilidad de que su respuesta tenga sentido para un hombre tan ignorante en tales materias como yo.

- Desearía que me dejara usted hablar de otras cosas -dijo Calvin-. Creo que podríamos ofender a la compañía.

- Seguramente no imagina que fue invitado aquí por ninguna otra razón que su nacionalidad -dijo Verily-. ¿Así que por qué se resiste a hablar sobre la extravagancia más obvia del pueblo americano?

Siguió un zumbido de susurros y comentarios en voz baja. ¿Quién había visto nunca a Verily actuar de una forma tan abiertamente ruda como ésta?

Verily sabía lo que hacía, sin embargo. No había entrevistado a un millar de testigos sin aprender cómo sonsacar la verdad incluso de la más flagrante

mentira de un mentiroso habitual. Calvin Miller era un hombre que sentía agudamente la vergüenza. Por eso mentía... para esconderse de cualquier cosa que lo avergonzara. Si era provocado, sin embargo, respondería con pasión, y las mentiras calculadas darían paso a pequeñas revelaciones de honestidad ahora y más tarde. En pocas palabras, Calvin Miller se estaba irritando⁹.

- ¿Extravagancia? -preguntó Calvin-. Tal vez lo realmente extravagante no sea tener un don, sino más bien negar su existencia o culpar por ello a Satanás.

La intensidad del zumbido era ahora mayor. Calvin, al hablar con honestidad, había impresionado y ofendido a sus píos oyentes más de lo que lo había hecho la rudeza de Verily. Pero éste era un público cosmopolita, y no había ministros presentes. Nadie abandonó la habitación; todos observaban, todos escuchaban fascinados.

- Tome ésa como su premisa, entonces -dijo Verily-. Explíqueme a mí y a esta compañía cómo estos dones llegaron al mundo, si no fueron causados por la influencia del Diablo. Seguramente no querrá usted hacernos creer que nosotros los ingleses quemamos a la gente hasta la muerte por tener poderes otorgados por Dios.

Calvin sacudió la cabeza.

- Veo que sólo quiere usted provocarme, señor, para que hable de un modo que va contra las leyes de este país.

- Ni mucho menos -dijo Verily-. En este momento hay tres docenas de testigos en el salón que testificarían que, lejos de iniciar esta conversación, usted fue arrastrado a ella. Más aún, no estoy pidiéndole que nos predique. Solamente estoy pidiéndole que nos diga, como científicos, qué creen los americanos. Hablar sobre las creencias americanas referentes a los dones no es un crimen mayor que informarse sobre los harems musulmanes o la costumbre hindú de cremar a las viudas. Y éste es un grupo de personas ansiosas de aprender. Si me equivoco por favor, corrijanme.

Nadie habló para corregirlo. Estaban, de hecho, muriéndose de ganas de escuchar lo que diría el joven americano.

- Diría que no hay un consenso al respecto -dijo Calvin-. Diría que nadie sabe qué pensar. Simplemente usan los dones que poseen. Algunos dicen que está en contra de Dios. Otros dicen que Dios hizo el mundo, incluídos los dones, y que todo depende de si éstos son usados para hacer lo correcto o lo incorrecto. He oído muchas opiniones diferentes.

- ¿Pero cuál es la opinión más sabia que ha oído? -insistió Verily.

Pudo sentirlo en el momento en que Calvin escogió su respuesta: era una especie de rendición. Calvin había estado dando rodeos, pero ahora había caído en lo inevitable. Iba a decir, si no la verdad, al menos su verdadera impresión de la verdad de alguien más.

- Hay un tipo que dice que los dones son causa de la afinidad natural entre una persona y cierto aspecto del mundo a su alrededor. No vienen de Dios ni de Satanás, dice. Tan sólo es parte de la variación azarosa del mundo. Este tipo dice que un don es realmente un asunto de ganar la confianza de una parte de la realidad. Él piensa que los indios, que no creen en los dones, han descubierto la verdad detrás de todo. Un hombre blanco descubre que tiene un don, y desde ese momento en adelante hace uso de ese talento particular en todos los trabajos que se propone. Pero si, como los indios, viera los dones sólo como un aspecto del

modo en que todas las cosas están conectadas, entonces no se concentraría sólo en un talento. Se mantendría desarrollándolos todos. Así que desde el punto de vista de este tipo, los dones son simplemente el resultado de haber dedicado mucho trabajo a una cosa, y no el suficiente trabajo a todas las demás. Como un albañil que lleva los ladrillos sólo sobre su hombro derecho. Su cuerpo va a torcerse. Tienes que estudiarlo todo, aprenderlo todo. Está dentro de nuestras capacidades el adquirir cada don, lo se, si tan sólo...

Su voz se apagó.

Cuando Calvin volvió a hablar, fue en el modo resuelto, claro y educado que debía de haber aprendido desde que había llegado a Inglaterra. Sólo entonces Verily y los demás se dieron cuenta de que su acento había cambiado durante su largo discurso. Había arrojado su delgada cubierta de hombre inglés y mostrado su verdadero origen.

- ¿Quién es ese hombre que le enseñó todo esto? -pregunto Verily.

- ¿Acaso importa? ¿Qué puede saber un hombre tan simple sobre la naturaleza? -Calvin hablaba con un tono de burla; pero estaba mintiendo otra vez, Verily lo sabía.

- Este "hombre simple", como lo llama... Sospecho que tiene mucho más que decir que los pocos retazos que nos ha dado usted hoy.

- Oh, no puede usted mantenerlo en silencio: está tan lleno de su propia voz - la furia en el tono de Calvin era un poderoso mensaje para Verily: esto es sincero. Calvin siente un fuerte rencor contra este filósofo extranjero, un rencor profundo y amargo-. Pero no voy a aburrir a esta gente con los delirios de un lunático de la frontera.

- Pero usted no piensa que sea un lunático, ¿no es así, señor Miller? -dijo Verily.

Una pausa momentánea. Piensa tu respuesta rápido, Calvin Miller. Encuentra un modo de engañarme, si puedes.

- No podría decirlo, señor -dijo Calvin-. Creo que él no sabe ni la mitad de lo que dice, pero no me atrevería a llamar mentiroso a mi propio hermano.

Hubo una repentina erupción de zumbidos. Calvin Miller tenía un hermano que filosofaba sobre los dones y decía que no provenían del Diablo.

Más importante aún para Verily era el hecho de que las palabras de Calvin obviamente no encajaban con el mundo en el que él creía. Mentiras, mentiras. Calvin evidentemente creía que su hermano era en realidad muy sabio; que sabía más de lo que Calvin estaba dispuesto a admitir.

En ese momento, sin darse cuenta de ello, Verily Cooper tomó la decisión de ir a América. Quienfuera que fuese el hermano de Calvin, sabía algo que Verily deseaba aprender desesperadamente. Porque existía un anillo de Verdad en las ideas de este hombre. Quizás si Verily pudiera simplemente encontrarlo y hablar con él, haría que el propio don de Verily le resultara claro al abogado. Podría decirle por qué tenía un talento así y por qué persistía en él incluso después de los intentos de su padre por sacárselo del cuerpo.

- ¿Cuál es el nombre de su hermano? -preguntó Verily.

- ¿Importa eso? -preguntó Calvin, con un toque de desprecio en su voz-. ¿Planea una visita a los andurriales dentro de poco?

- ¿Es de ahí de dónde viene? ¿De lo andurriales? -preguntó Verily.

Calvin se retractó de inmediato.

- En realidad, no, estaba exagerando. Mi padre era molinero.
- ¿Cómo murió el pobre hombre? -preguntó Verily.
- No está muerto -dijo Calvin.
- Pero acaba de hablar de él en tiempo pasado. Como si ya no fuera un molinero.
- Todavía tiene un molino -dijo Calvin.
- Aún no me ha dicho el nombre de su hermano.
- El mismo que mi padre. Alvin.
- ¿Alvin Miller? -lo interrogó Verily.
- Solía ser así. Pero en América todavía cambiamos nuestros apellidos según la profesión. Ahora es un oficial herrero. Alvin Smith.
- Y usted sigue siendo Calvin Miller porque...
- Porque aún no he elegido el trabajo de mi vida.
- ¿Espera descubrirlo en Francia?

Calvin saltó del sillón como si su más terrible secreto hubiera sido expuesto.

- Tengo que irme a casa.

Verily también se puso en pie.

- Amigo mío, temo que mi curiosidad lo ha hecho sentir incómodo. Detendré mi interrogatorio al instante, y me disculpo ante esta compañía al completo por haber abordado esta noche temas tan complicados. Espero que todos perdonen mi insaciable curiosidad.

Verily fue tranquilizado de inmediato por varias voces, que le aseguraron que la charla había sido de lo más interesante y que no había ofendido o molestado a nadie. La conversación principal se fragmentó y dio paso a otras más pequeñas.

Al cabo de unos instantes, Verily se las arregló para acercarse al joven americano.

- Su hermano, Alvin Smith -dijo-. Dígame dónde puedo encontrarlo.

- En América -dijo Calvin, y, puesto que la conversación era privada, no trató de ocultar su desdén.

- Eso es sólo ligeramente mejor que decirme que lo busque en el planeta Tierra -dijo Verily-. Obviamente le guardas rencor. No tengo ningún deseo de aproblemarte pidiéndole que me cuente algo más de las ideas de su hermano. No le costará nada decirme dónde vive, de tal forma que pueda buscarlo yo mismo.

- ¿Realmente haría un viaje a través del océano para encontrar a un muchacho que habla como un patán de campo sólo para aprender lo que piensa sobre los dones?

- Ya sea que haga ese viaje o simplemente le escriba una carta, eso no es de su incumbencia -dijo Verily-. En el futuro me pedirán que defienda a gente acusada de brujería. Su hermano puede tener los argumentos que me permitan salvar la vida de un cliente. Tales ideas no pueden encontrarse en Inglaterra porque sería la ruina para la carrera de un hombre explorar demasiado profundamente las obras de Satanás.

- ¿Entonces por qué no tiene usted miedo de arruinar su propia carrera? -dijo Calvin.

- Porque sea lo que sea que él sabe, es suficientemente cierto como para hacer que un mentiroso como usted corra a través de medio mundo sólo para alejarse de la Verdad.

La expresión de Calvin se afeó al llenarse de odio.

- ¡¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo?! ¡Podría...!

Así que después de todo Verily no se había equivocado sobre el modo en que Calvin encajaba en su propia familia, allá en América.

- El nombre del pueblo, y usted y yo no tendremos que volver a hablar nunca.

Calvin gaurdó silencio un momento, sopesando su decisión.

- Le tomaré la palabra, Señor Joven Abogado En Ascenso. El pueblo es Iglesia de Vigor, y se encuentra en territorio Wobbish, cerca de la desembocadura del Tippy-Canoe. Vaya y encuentre a mi hermano si puede. Aprenda de él... si puede. Después puede pasar el resto de su vida preguntándose si no hubiera estado usted mejor tratando de aprender de mí.

Verily rio suavemente.

- No lo creo, Calvin Miller. Ya se cómo mentir y, ¡ay!, ése es el único don que ha practicado usted lo suficiente como para ser un experto en el tema.

- En otro tiempo lo hubiera matado de un disparo por esa frase.

- Pero ésta es una época que ama a los mentirosos -dijo Verily-. Es por eso que hay tantos de nosotros, llevando vidas de falsedad y pretensión. No se qué es lo que espera encontrar en Francia, pero puedo asegurarle que no tendrá ningún valor a largo plazo, si su vida entera hasta ese momento es una mentira.

- ¿Ahora es un profeta? ¿Ahora puede ver en el corazón de un hombre? -Calvin hizo una mueca de burla y se alejó-. Teníamos un trato. Yo le dije dónde vive mi hermano. Ahora manténgase alejado de mí.

Calvin Miller dejó la fiesta y, momentos después, también lo hizo Verily Cooper. Fue un escándalo mayúsculo, ver a Verily Cooper actuando de una forma tan grosera en frente de la compañía entera. ¿Era seguro volver a invitarlo a cenar o a alguna fiesta?

En una semana esa cuestión dejó de ser importante. Verily Cooper se había ido: renunció a la firma de abogados en la que trabajaba, cerró sus cuentas bancarias, alquiló su apartamento. Envioó una breve carta a sus padres, diciéndoles solamente que se iba a América a entrevistar a un tipo sobre un caso en el que estaba trabajando. No añadió que era el caso más importante de su vida: su juicio a sí mismo por brujería. Tampoco les dijo cuándo, si es que alguna vez, planeaba regresar a Inglaterra. Se embarcaba hacia el oeste, y luego tomaría cualquier transporte que hubiera, o incluso caminaría por un sendero embarrado, para encontrar a este tal Alvin Smith, que había dicho la primera cosa sensible sobre los dones que Verily nunca hubiera escuchado.

El mismo día que Verily Cooper salía de Liverpool, Calvin Miller se embarcaba en el ferry de Calais. Desde ese momento en adelante, Calvin sólo habló francés, determinado a adquirir una fluidez natural antes de encontrarse con Napoleón. No volvería a pensar en Verily Cooper por varios años. Tenía un pez más grande que atrapar. ¿Qué le importaba lo que pensará de él un simple abogado de Londres?

10

Bienvenido a casa

Si hubiera sido por él, Alvin probablemente no hubiese regresado a Río Hatrack. Seguro, allí había nacido, pero puesto que sus padres se habían marchado antes de que él siquiera aprendiese a sentarse solo, no tenía memoria del modo en que era antes. Sabía que los primeros colonos del lugar habían sido Horace Guester, Pacífico Smith y el viejo Vanderwoort, el comerciante holandés, así que para cuando él había nacido el hostel, la herrería y la tienda de abarrotes debían de estar ya allí. Pero le era imposible recordar un lugar tan pequeño.

El Río Hatrack que él conocía era la villa de su época de aprendiz, con una plaza del pueblo y una iglesia con un predicador, y Whitley Physicker atendiendo a los enfermos, e incluso una oficina postal y suficiente gente con suficientes hijos como para conseguir una suscripción y contratar a una profesora. Lo que significa que ya era un verdadero pueblo por entonces, ¿pero qué diferencia había para Alvin? Estuvo atrapado allí desde los once años, atado a un maestro avaro que estrujó hasta la última onza de trabajo de “su” muchacho mientras le enseñaba tan poco como le era posible, tan tarde como le era posible. Casi no había dinero, ni tiempo para obtener placer alguno de él ni placeres que comprar con él si hubiera habido tiempo para ello.

Aun así, miserable como lo fue, podría haber recordado Río Hatrack con cierta ternura. Estaba la gruñona esposa de Pacífico, Gertie, quien sin embargo era una excelente cocinera y trataba con amabilidad al muchacho de vez en cuando. Estaban Horace y la vieja Peg Guester, que recordaban su nacimiento y lo hacían sentirse bienvenido siempre que tenía un momento para ir a visitarlos o hacer algún trabajillo para ayudarlos. Y a medida que Alvin se hacía un nombre por hacer trabajos perfectos y ser mejor forjador que su maestro, empezó a recibir visitas de todos los demás habitantes del pueblo, quienes pedían esto y aquello y todo tipo de cosas a la vez que pretendían no saber que Alvin era el verdadero maestro de la herrería. No querían molestar al viejo Pacífico con sus pedidos, porque después él se los encargaría al chico, ¿verdad? Pero era bueno con las manos, ese joven Alvin.

Así que Alvin podría haber tenido algunos recuerdos alegres del lugar, del mismo modo que la gente siempre encuentra una manera de hundirse en el pasado y extraer de él algunos momentos melancólicos, aun cuando esos mismos

instantes hubieran resultado ser tristes, dolorosos o directamente horribles en su momento.

Para Alvin, sin embargo, todas esas memorias de su infancia y juventud habían sido engullidas por la forma en que todo había terminado. Justo cuando era más feliz, cuando se estaba enamorando de la Señorita Larner mientras trataba de aprender algo útil en sus clases, los Rastreadores de Esclavos vinieron a por el pequeño Arturo Estuardo y todo comenzó a ir mal. Incluso forzaron a Alvin a hacer las esposas que llevarían a Arturo de vuelta a la esclavitud. Entonces Alvin y Horace Gvester pusieron su vida en sus manos y fueron a recoger al niño, y Alvin cambió el interior de Arturo Estuardo y lavó su viejo ser en el Hio, de tal forma que los Rastreadores nunca pudieran identificarlo con los mechones de cabello y las costras de piel que guardaban en su cajita. Así que incluso entonces, podría haber habido una esperanza, un buen recuerdo de un algo difícil y peligroso que resultó salir bien.

Entonces la última noche, de pie en la herrería junto a la Señorita Larner, Alvin le dijo que la amaba y le pidió que se casara con él, y ella podría haber dicho que sí, pensó, había un brillo en sus ojos que decía que sí. Pero en ese mismo instante la vieja Peg Gvester mató a un Rastreador y fue asesinada por el otro. Sólo entonces descubrió Alvin que la Señorita Larner era en realidad la pequeña Peggy, la hija perdida de Peg y Horace, la niña tea que salvara la vida de Alvin cuando éste no era más que un bebé recién nacido. Es algo extraño descubrir lo más íntimo de la mujer que uno ama, en el momento exacto en que la estás perdiendo para siempre.

Pero entonces realmente no estaba pensando en perder a la Señorita Larner. Todo lo que podía pensar era en la vieja Peg, la ruda y cariñosa vieja Peg, muerta de un tiro por un Rastreador, y nunca le importó que ella hubiera matado a uno de ellos primero, porque ellos habían entrado a su casa sin permiso, invadiéndola, y aun si la ley les daba el derecho de estar allí, era una ley malvada y ellos eran malvados por vivir de acuerdo a ella y nada de eso importaba tampoco, entonces, porque Alvin estaba tan furioso que no estaba pensando bien. Alvin encontró al que había matado a la vieja Peg y le rompió el cuello con una mano, y luego golpeó su cabeza contra el suelo hasta que el hueso que la piel cubría se rompió como una vasija en un saco de grano.

Cuando la furia de Alvin murió, cuando la ardiente rabia se apagó, cuando esa profunda justicia dejó de clamar por la muerte del asesino de la vieja Peg, todo lo que quedó fue el cuerpo roto del Rastreador en sus brazos, la sangre en su delantal, el recuerdo del asesinato. No importaba que nadie en Río Hatrack fuera a llamarlo nunca un asesino por lo ocurrido esa noche. En su propio corazón sabía que había destruido todo lo que había Hecho antes. Porque él había sido la herramienta del Deshacedor.

Ese oscuro recuerdo era la razón de que ninguno de los otros recuerdos arrojara luz alguna en el corazón de Alvin. Y por eso es que Alvin probablemente nunca hubiera regresado a Río Hatrack, si hubiese sido por él.

Pero no era por él, ¿cierto? Arturo Estuardo lo acompañaba, y para ese niño Río Hatrack no era más que una dorada infancia. Era sentarse a observar a Alvin en la herrería, o incluso bombear los fuelles de vez en cuando. Era escuchar el canto del cardenal y entender las palabras. Era oír los comentarios de la gente del pueblo y repetirlos con tal claridad que los adultos aplaudían y reían hasta llorar.

Era ser el campeón de deletreo del pueblo entero aun cuando por alguna razón no lo dejaran ir a la escuela. Y sí, seguro, la mujer a la que llamaba Mamá había sido asesinada, pero Arturo no vio eso con sus propios ojos y, de todas formas, tenía que regresar, ¿no? La vieja Peg, su madre adoptiva, que mató a un hombre y murió ella misma para salvarlo a él, descansaba enterrada en una colina tras la hostería. Y en una tumba de la misma colina descansaba la verdadera madre de Arturo, un pequeña esclava negra que usó sus poderes secretos de África para hacerse unas alas y volar con el niño en brazos, e ir tan al norte como fuera posible hasta llegar a algún lugar donde su bebé estuviera a salvo, aunque ella misma muriera por el esfuerzo. ¿Cómo podría Arturo Estuardo no regresar a ese lugar?

No vayan a pensar que Arturo Estuardo le pidió a Alvin que volvieran allá. No era ése el modo en que Arturo veía las cosas. Estaba acompañando a Alvin, no diciéndole adónde ir. Era sólo que cuando conversaban, Arturo se ponía a hablar de algún recuerdo que tenía sobre Río Hatrack, y así siempre, hasta que Alvin sacó sus propias conclusiones. Alvin creía que volver a Río Hatrack haría feliz a Arturo Estuardo, y nunca pasó por su cabeza el hecho de que su propia tristeza podría pesar más que la alegría de Arturo. Sólo se levantó y dejó Irrakwa, donde resultaban estar aquella semana a finales de Agosto de 1820. Se levantó y dejó esa tierra de ferrocarriles y fábricas, acero y carbón, barcas, carros y hombres a caballo yendo y viniendo con recados urgentes. Abandonó ese ajetreado lugar y regresó a través de los silenciosos bosques y sobre el susurro de los riachuelos, siguiendo las huellas de los ciervos y cruzando algunos caminos empedrados, hasta que el paisaje comenzó a ser familiar y Arturo Estuardo dijo:

- He estado aquí. Conozco este lugar.

Y luego, maravillado:

- Alvin, me trajiste a casa.

Llegaron desde el noreste, pasando por el lugar donde la vía del tren se las estaba arreglando para pasar cerca de Río Hatrack y cruzar el Hio hacia los Apalaches. Llegaron a través del puente cubierto sobre el Hatrack que había construido el propio padre de Alvin, sus propios hermanos, como un monumento a la memoria de su hermano mayor Vigor, que murió al ser aplastado por un árbol en la corriente del río. Llegaron al pueblo por el mismo camino que había seguido su familia. Y, al igual que su familia, pasaron junto a la herrería y oyeron el sonido metálico del martillo sobre el hierro y el yunque.

- ¿No es ésa la herrería? -preguntó Arturo Estuardo-. ¡Vamos a ver a Pacífico y a Gertie!

- Creo que no -dijo Alvin-. En primer lugar, Gertie está muerta.

- Oh, es verdad -dijo el niño-. Se le reventó una vena gritándole a Pacífico, ¿verdad?

- ¿Dónde oíste eso? -preguntó Alvin-. ¿No se te escapa nada, eh, muchacho?

- No tengo la culpa de lo que habla la gente cuando estoy presente -dijo Arturo Estuardo. Y luego, volviendo a su idea original:- Creo que de todas formas no sería apropiado visitar a Pacífico antes de ver Papá.

Alvin no le dijo que Horace Guester odiaba que Arturo lo llamara Papá. La gente podía llevarse la impresión equivocada, como que tal vez Horace mismo era la mitad blanca del niño mestizo, lo que no era para nada cierto, pero la gente hablaría... Cuando Arturo creciera, Alvin le explicaría que no debería llamar a

Horace Papá nunca más. Por ahora, sin embargo, Horace era un hombre, y un hombre debería ser capaz de perdonar la ofensa involuntaria de un niño sin malas intenciones.

La hostería era el doble de grande que antes. Horace había construido un nuevo ala que duplicaba la fachada, y el porche se extendía a todo lo largo. Pero esa no era ni mucho menos la única diferencia... toda la construcción estaba recubierta de listones horizontales de madera¹⁰, pintados de blanco y barnizados y resplandecientes contra el fondo verde del bosque, que aún gravitaba alrededor de la casa tan cerca como se atrevía.

- Bueno, Horace arregló bahtante¹¹ el lugar -dijo Alvin.

- Ya no es igual, no es lo'quera -dijo Arturo Estuardo.

- Lo-que-era -lo corrigió Alvin.

- Si tú puedes decir "bahtante" entonces yo puedo decir "lo'quera" -dijo Arturo Estuardo-. La Señorita Larner no esta'quí pa corregirnos más, de todas formas.

- Deberías decir "nostá aquí" -dijo Alvin, y luego ambos rieron mientras entraban al porche.

La puerta se abrió y una robusta mujer de mediana edad salió a través de ella, casi chocando con ellos. Llevaba un cesto bajo un brazo y un paraguas bajo el otro, aunque nada indicaba que fuera a llover.

- Discúlpeme -dijo Alvin. Vio que la mujer estaba cubierta de conjuros y encantamientos. No muchos años antes, se le habrían pasado por alto y habría sido engañado como cualquier otro hombre (aunque siempre había visto dónde y cómo funcionaban los hechizos). Pero había aprendido a ver más allá de los conjuros de ilusión, y eso es lo que eran éstos. En esos días, ver la verdad que se ocultaba tras la mentira se había vuelto tan natural para él que lo que le costaba realmente era ver la ilusión. Hizo el esfuerzo, y se sintió vagamente decepcionado al ver que la mujer era casi una caricatura de la belleza femenina. ¿No podía haber sido más creativa, haber hecho algo más interesante que eso? Pensó de inmediato que la verdadera mujer de edad mediana, algo pasada de peso y con el pelo salpicado de gris, era la más atractiva de las dos imágenes. Y era seguro que también la más interesante.

Ella lo vio observándola, pero sin duda asumió que era su belleza lo que lo había impresionado. Debía de estar acostumbrada a que los hombres la miraran... parecía gustarle. Le devolvió la mirada a Alvin, pero no buscaba belleza en él, por descontento.

- Naciste aquí -dijo-, pero nunca te he visto antes -luego miró a Arturo Estuardo-. Pero tú naciste lejos, al sur.

Arturo asintió, guardando silencio debido a la timidez y a la abrumadora fuerza de su declaración. La mujer había hablado no sólo como si sus palabras fueran verdad, sino como si reemplazaran a cualquier otra verdad del mundo.

- Él nació en los Apalaches, señora... -Alvin esperó en vano por su respuesta. Entonces se dio cuenta de que se suponía que él debía asumir, por la falsa imagen de belleza y juventud, que ella era un señorita y no una señora.

- Te diriges a Ciudad Cartago -dijo la mujer, hablándole a Alvin de nuevo, y algo fríamente.

- No creo -dijo Alvin-. No hay nada para mí en ese lugar.

- No todavía, no todavía -dijo ella-. Pero ahora se quién eres. Debes ser Alvin, ese joven aprendiz del que siempre habla Pacífico.

- Soy un oficial herrero, señora. Si Pacífico no está contando esa parte, me pregunto cuánto de lo que dice sea cierto.

Ella sonrió, pero sus ojos no estaban sonriendo. Estaban calculando.

- Ahá. Me parece que tienes ahí los ingredientes para una buena historia. Sólo falta revolver un poco.

Al momento Alvin se arrepintió de haber dicho tanto. ¿Por qué había hablado tan audazmente, en todo caso? No era de los que charlaba con los extraños, especialmente cuando estaba llamando mentiroso a alguien más, o casi. No quería problemas con Pacífico, pero ahora parecía evidente que iba a tenerlos de todos modos.

- Me gustaría que me dijera quién es usted, señora.

No fue su voz la que respondió. Horace Guester estaba en la puerta.

- Es la administradora de correos de Río Hatrack, además del hecho de que su tío es el hermanastro del congresista de algún distrito de Suskwahenny y tiene cierta relación con el presidente. Todos esperamos encontrar un candidato para las elecciones de este otoño que nos prometa echarla del pueblo, para que así votemos por él para presidente. Si eso falla, vamos a tener que ahorcarla un día de éstos.

La mujer esbozó algo que pareció una sonrisa.

- ¡Y pensar que el don de Horace Guester es hacer que la gente se sienta bienvenida!

- ¿Cuáles serían los cargos, en el ahorcamiento? -preguntó Alvin.

- Chismosa criminal -dijo Horace Guester-. Alimentar rumores infundados. Uso peligroso de las palabras. Difamación con intento de homicidio. Por supuesto que todo eso lo digo en el mejor modo posible.

- No hago nada de eso -dijo la administradora de correos-. Y mi nombre, ya que Horace no se ha dignado a pronunciarlo todavía, es Vilate¹² Franker. Mi abuela no era muy buena deletreando, así que llamó a mi madre Violeta pero escribió Vilate en el registro, y cuando mi madre creció se sintió tan avergonzada del analfabetismo de mi abuela que cambió la pronunciación para que rimara con "tomate". Sin embargo, yo no me avergüenzo de mi abuela, así que lo pronuncio "Violeta", como en la florecilla.

- Rima con Pilates -dijo Horace-, como Poncio, que se lavó las manos.

- Realmente habla usted un montón, señora -dijo Arturo Estuardo. Habló con absoluta inocencia, destacando simplemente el hecho tal como lo veía, pero Horace lanzó un silbido y Vilate se ruborizó y después, para desconcierto y horror de Alvin, chasqueó con la lengua y abrió mucho la boca, dejando que la fila superior de dientes cayera sobre la fila inferior. ¡Dientes falsos! Y fue una imagen tan horrible... pero ni Arturo ni Horace parecían haber visto lo que había hecho. Detrás de su muro de ilusiones, aparentemente creía que podía hacer todo tipo de desagradables gestos de desprecio sin que se notara. Bueno, Alvin no iba a desenmascararla. Aún.

- Perdone al chico -dijo Alvin-. No ha aprendido a escoger el momento adecuado para dar su opinión.

- El muchacho tiene razón -dijo ella-. ¿Por qué debería callarse? -pero volvió a dejar caer sus dientes mirando a Arturo-. Encuentro irresistible contar historias -continuó-, incluso cuando se que mis oyentes no tienen ningún interés en

escucharlas. Es mi peor vicio. Pero hay otros peores... y agradezco al Señor no tener ninguno de éstos.

- Oh, a mí también me gustan las historias -dijo Arturo Estuardo-. ¿Puedo venir a escucharla hablar un poco más alguna vez?

- Siempre que quieras, jovencito. ¿Tienes un nombre?

- Arturo Estuardo.

Ahora fue el turno de Vilate de lanzar una risotada.

- ¿Y tienes alguna relación con el estimado rey que vive en Camelot?

- Fui nombrado después de él -dijo-, pero por lo que sé no estamos emparentados.

Horace volvió a hablar:

- Vilate, has conseguido un oyente porque al pobre chico le falta astucia y sentido común, pero ahora por favor apártate de esta puerta y déjame dar la bienvenida a este hombre que nació en mi casa y a este muchacho que creció en ella.

- Obviamente hay partes de esta historia que aún no he oído -dijo Vilate-, pero no te hagas problemas por mí. Estoy segura de que obtendré una versión mucho más completa de cualquier otra persona de la que podría sacarte a ti. ¡Buen día, Horace! ¡Buen día, Alvin! ¡Buen día, mi pequeño reyezuelo! Ven a verme, pero no me traigas la sidra de Horace, ¡seguro que la envenenará si sabe que es para mí! -tras eso se apresuró a salir del porche, y meneándose comenzó a andar sobre la tierra apisonada del camino. Alvin veía las ilusiones brillar y lanzar destellos mientras se alejaba. Horace la observaba ceñudamente.

- Ambos fingimos que sólo estamos fingiendo que nos odiamos mutuamente, pero de hecho así es. Es una mujer malvada, y lo digo en serio. Tiene el don de saber de dónde proviene alguien o algo, y en dónde terminará, pero lo usa para armar rumores del peor tipo, y juraría que lee el correo de otra gente.

- Oh, no se -dijo Alvin.

- Eso es cierto, hijo, no has estado aquí durante todo un año y no sabes. Ha habido muchos cambios desde que te fuiste.

- Bueno, déjeme entrar, Señor Guester, para que pueda sentarme y tal vez comer un bistec fresco y beber algo... incluso la sidra envenenada suena bien en estos momentos.

Horace rió y abrazó a Alvin.

- ¿Has estado fuera por tanto tiempo que ya olvidaste que me llamo Horace? Pasa, pasa. Y tú también, joven Arturo Estuardo. Siempre eres bienvenido aquí.

Para alivio de Alvin, Arturo Estuardo no dijo nada, y naturalmente entre las cosas que no dijo estaba la palabra "papá".

Lo siguieron al interior y desde ese momento y hasta que se acostaron para echar la siesta en las camas del mejor dormitorio, Alvin y Arturo estuvieron en las hospitalarias manos de Horace. Él los alimentó, les dio agua caliente para que lavaran sus manos, pies y cara, tomó su ropa sucia para lavarla, les metió más comida en el estómago, y luego los arropó personalmente en la cama después de hacerles mirar mientras cambiaba las sábanas por unas nuevas, limpias y frescas.

- Sólo para que vean que todavía mantengo el alto estándar de limpieza de mi querida Peg, aunque no sea más que un viejo viudo solitario.

La mención de su esposa fallecida fue suficiente, sin embargo, para abrir un torrente de memorias. Los ojos de Arturo Estuardo se llenaron de lágrimas.

Horace comenzó a disculparse al momento, pero Alvin lo detuvo con una sonrisa y un gesto.

- Él estará bien -dijo-. Vuelve a casa, y ella no está. Ésas son buenas lágrimas y está bien vertirlas.

Arturo alargó el brazo y dio una palmadita en la mano de Horace.

- Estaré bien, Papá -dijo.

Alvin observó el rostro de Horace y se sintió aliviado al ver que en lugar de molestia, sus ojos mostraban una especie de dolorosa alegría al escuchar el nombre de Papá. Tal vez pensaba en la persona que tenía verdadero derecho a llamarlo así, su hija Peggy, que había venido a casa disfrazada y se había ido tan pronto, y que sabía si él volvería a verla alguna vez. O tal vez estaba pensando en quien enseñó a Arturo Estuardo a llamarlo Papá, la querida esposa cuyo cuerpo descansaba en lo alto de la colina tras la hostería, la mujer que le fue siempre fiel aun cuando él nunca mereció su cariño, ya que era (como sólo él creía en todo el mundo) un hombre malvado.

Horace se fue pronto a su habitación y cerró la puerta, y Arturo Estuardo lloró en silencio en los brazos de Alvin hasta quedarse dormido. Alvin se tendió también, deseando dormir un rato. Era bueno estar en casa, o tan cerca de casa como Alvin podía imaginar en estos días en que se preguntaba qué era realmente el hogar. Así que se dirigía a Ciudad Cartago, ¿eh? ¿Por qué iría a vivir allá? ¿O iría solamente para morir? ¿Qué sabía realmente esta tal Vilate Franker, en todo caso? Permaneció tendido, despierto, preguntándose sobre ella, preguntándose si podría realmente ser tan malvada como decía Horace Guester. Alvin había encontrado verdadera maldad en su vida, pero aún persistía en creer que era terriblemente rara, y la palabra había sido utilizada demasiado por aquellos que no entendían lo que era realmente el mal.

Lo que no podía hacer era permitirse pensar en la única otra mujer que había conocido que se protegía y cubría con hechizos. Antes de empezar a recordar a la Señorita Lerner, que era realmente la pequeña Peggy, cayó finalmente dormido.

Qué muchacho tan interesante, pensaba Vilate mientras se alejaba de la hostería. Nada que ver con la pequeña comadreja tramposa que esperaba encontrarme, después de lo que dijo Pacífico Smith. Pero por otra parte, nadie confía tanto en las pequeñas comadrejas tramposas como para ser traicionados por ellas. Hay hombres fuertes, y bien parecidos, que engañan a la gente haciéndoles creer que son de un corazón tan bueno como su apariencia. Así que tal vez cada palabra de Pacífico sea cierta. Tal vez Alvin sí robó un montón de oro que encontró mientras cavaba un pozo. Tal vez Alvin sí llenó el pozo donde encontró el oro y cavó otro a unos metros de distancia, esperando que nadie lo notara. Tal vez lo fundió y le dio forma de arado y dice que transformó el hierro en oro para así poder irse con el tesoro de Pacífico. ¿Qué me importa?, pensó Vilate. No era mi oro, y nunca podría haberlo sido, mientras lo tuviera Pacífico. Pero si lo que ese Alvin lleva en su bolsa al hombro, resulta ser un arado de oro, bien, entonces puede terminar siendo el oro de cualquiera.

Cualquiera que fuera lo suficientemente fuerte podría tomarlo por la fuerza, por ejemplo. Cualquiera que fuera lo bastante cruel podría matar a Alvin y quitarle el arado al cadáver. Alguien muy escurridizo podría tomarlo de la habitación de

Alvin mientras duerme. Alguien muy rico podría contratar abogados para probar algo contra Alvin en una corte y tomar el arado por la fuerza o por la ley. Hay todo tipo de formas de obtener el arado, si realmente lo quieres tanto.

Pero Vilate nunca se inclinaría por la coerción. Ni siquiera quería ese arado de oro, si es que existía, a menos que Alvin se lo entregara por su propia voluntad. Como un regalo. Un regalo de amor, quizás. O... bien, lo fijaría como el pago de una deuda, si llegaba a eso. Alvin parecía un hombre de honor, pero el modo en que la había mirado... bueno, conocía esa mirada. Lo había impresionado. Era suyo, si lo quería.

Juega bien tus piezas, Vilate, se dijo a sí misma. Dispón el tablero. Haz que él venga detrás de ti. No dejes que nadie diga que te propones conquistarlo.

Cuando Vilate llegó, su mejor amiga la estaba esperando en la cocina que había detrás de la oficina de correos.

- ¿Y qué piensas de ese Alvin? -preguntó, antes incluso de que Vilate tuviera tiempo de saludarla.

- Confío en que lo sabrás antes que yo misma -Vilate comenzó a meter leña en la hermosa cocina, que incluía un horno para hacer pan y que la hacía la envidia de todas las mujeres de Río Hatrack.

- Cinco personas te vieron en el porche de la hostería saludándolo, Vilate, y la noticia llegó hasta mí antes de que pusieras un pie en el camino, estoy segura.

- Entonces debe tratarse de gente ociosa, diría yo, y el diablo las controla.

- Sin duda tú debes saberlo... Estoy segura de que el diablo te da una lista nueva cada vez que recluta a alguien.

- Por supuesto que lo hace. Vaya, todo el mundo sabe que el diablo vive justo aquí en mi bonita cocina -cacareó Vilate jubilosa.

- Y entonces... -dijo su mejor amiga con impaciencia-. ¿Qué piensas de él?

- No creo que sea gran cosa -dijo Vilate-. Tiene brazos de trabajador, claro, y la piel tostada de cualquier chico de clase baja. Habla de un forma bastante tosca y campestre. Me pregunto si siquiera sabe leer.

- Oh, puede leer muy bien. La profesora le enseñó cuando vivía aquí.

- Oh, sí, la fabulosa Señorita Larner, que fue tan lista que hizo que su mejor estudiante ganara un concurso de deletreo, lo que causó que los Rastreadores de esclavos oyeran hablar de un niño medio negro y terminaran matando a la esposa de Horace Guester, la propia madre de la Señorita Larner. Una mujer totalmente antinatural.

- En realidad sabes cómo hacer que la historia suene verdaderamente mal -dijo su amiga.

- ¿Existe alguna versión agradable de ella?

- Una dulce historia de amor. La profesora trata de transformar la vida de un niño medio negro y su rudo amigo, un aprendiz de herrero. Se enamora del muchacho, y convierte al pequeño mestizo en un campeón del deletreo. Entonces las fuerzas del mal se dan cuenta...

- ¡O Dios decide golpear su orgullo!

- De verdad pienso que estás celosa de ella, Vilate. De verdad lo creo.

- ¿Celosa?

- Porque ella ganó el corazón de Alvin Smith, y quizás todavía es suyo.

- Por lo que se, el corazón de Alvin sigue latiendo en su propio pecho.

- ¿Y el oro sigue brillando en su saco?

- Hablas dulcemente de la Señorita Larner, pero siempre asumes que yo tengo los peores motivos -Vilate había encendido un buen fuego, y puso a hervir la tetera mientras comenzaba a cortar habichuelas y a echarlas en un cazo con agua.

- Porque te conozco muy bien, Vilate.

- Crees que me conoces, pero estoy llena de sorpresas.

- No me sueltes los dientes a mí, despreciable criatura.

- Se caen solos -dijo Vilate-. Nunca lo hago a propósito.

- Eres una verdadera mentirosa.

- Pero soy una mentirosa hermosa, ¿no crees? -deslumbró a su amiga con su mejor sonrisa.

- De todas formas no se qué ven los hombres en las mujeres -respondió su amiga-. Con hechizos o sin hechizos, mientras una mujer tenga la ropa puesta un hombre no podrá ver aquello en lo que está interesado.

- No podría generalizar -dijo Vilate-. Creo que algunos hombres me aman por mi carácter.

- Un carácter de genuina plata, sin duda... no importa que se empañe un poco, puedes pulirlo y volverá a brillar.

- Y algunos hombres me aman por mi encanto e ingenio.

- Sí, desde luego que lo hacen... si han vivido en una caverna durante cuarenta años y no han visto a una mujer civilizada en todo ese tiempo.

- Puedes molestarme todo lo que quieras, pero se que estás celosa, porque Alvin Smith ya se está enamorando de mí, el pobre muchacho, mientras que a ti no te mirará nunca... Ni siquiera una simple mirada. Cómete ésa, querida.

Su mejor amiga sólo se quedó allí sentada con mala cara. La última de Vilate realmente había sido un golpe bajo. La tetera silbó. Como siempre, Vilate sacó dos tazas. Pero, como siempre, su mejor amiga olió el té pero no lo bebió. Bien, ¿y qué? Vilate nunca fallaba en la cortesía, y eso era lo que importaba.

- Pacífico va a llevarlo a la corte.

- Ja -dijo Vilate-. ¿También oíste eso ya?

- Oh, no. Ni siquiera se si Pacífico Smith sabe que su antiguo aprendiz está de vuelta en el pueblo... iaunque puedes apostar que si la noticia me llegó tan rápido, a él le llegó en la mitad de tiempo! Lo único que se es que Pacífico ha estado fanfarroneando tanto sobre cómo Alvin le robó, que si no le levanta cargos todos van a saber que sólo eran hablaturías. Así que tiene que llevar a juicio al muchacho, ¿no lo ves?

Vilate sonrió ligeramente.

- ¿Ya estás planeando qué vas a llevarle a la cárcel? -preguntó su amiga.

- Algo así -dijo Vilate.

Alvin despertó de su siesta para descubrir que Arturo Estuardo se había ido y la habitación estaba en semipenumbra. El viaje debía haberlo cansado más de lo que pensaba, para hacerlo dormir toda la tarde.

Un golpe en la puerta.

- Abre ahora, Alvin -dijo Horace-. El sheriff dice que sólo está haciendo su trabajo, y no parece haber otra salida.

Así que debía haber sido un golpe en la puerta lo que lo había despertado en primer lugar. Alvin sacó las piernas de la cama y dio el único paso que necesitaba para alcanzar la puerta.

- No está con llave -dijo mientras la abría-. Sólo tenían que empujar.

El sheriff Po Daggly pareció avergonzado.

- Oh, se trata sólo de Pacífico Smith, Alvin. Todos saben que sólo está diciendo tonterías, pero ha decidido pedir una orden de arresto y levantarte cargos por robar su tesoro.

- ¿Tesoro? -preguntó Alvin-. Nunca oí de ningún tesoro.

- Dice que encontraste el oro cavando un pozo para él, y moviste el pozo para que nadie lo supiera...

- Moví el pozo porque encontré piedra sólida -dijo Alvin-. Si hubiera encontrado oro, ¿por qué habría movido el pozo? No tiene ningún sentido.

- Y eso es lo que dirás en la corte, y el jurado te creerá sin ningún problema -dijo el sheriff Daggly-. Todo el mundo sabe que Pacífico sólo está diciendo tonterías.

Alvin suspiró. Había oído ir y venir los rumores sobre el arado de oro y cómo había sido robado al herrero que fue maestro de Alvin, pero nunca pensó que Pacífico tendría el descaro de llevarlo a una corte, donde sin duda se probaría que era un mentiroso.

- Le doy mi palabra de que no me iré del pueblo hasta que esto se arregle -dijo Alvin-. Pero tengo que cuidar de Arturo Estuardo, y eso sería muy difícil si estoy encerrado.

- Eh, bueno, está bien -dijo Daggly-. La orden dice que tienes una opción. O me entregas el arado para que lo guarde hasta el juicio, o vas con él a la cárcel.

- O sea que el arado es la única fianza que puedo pagar, ¿es eso? -preguntó Alvin.

- Sí, en pocas palabras eso es.

- Horace, creo que tendrás que cuidar del muchacho -le dijo Alvin al posadero-. No lo traje aquí para ponerlo de nuevo en tus manos, pero puedes ver que no tengo muchas opciones.

- Bueno, podrías dejar que Po guarde el arado -dijo Horace-. No es que me importe quedarme con el niño.

- No se ofenda, sheriff, pero no podría usted mantener seguro el arado ni una sola noche -dijo Alvin, sonriendo sin ganas.

- Creo que lo haría bastante bien -dijo Po, luciendo algo ofendido-. O sea, incluso si te encierro, no creerás que te dejaré tener el arado en la misma celda, ¿no?

- Confío en que lo hará -dijo Alvin afablemente.

- No confíes tanto -dijo Po.

- Creo que usted piensa que podría mantenerlo a salvo -dijo Alvin-. Pero lo que no sabe es cómo mantener a la gente a salvo del arado.

- Así que admites que lo tienes.

- Fue mi obra de oficial -dijo Alvin-. Hay testigos de eso. Esta acusación entera no tiene sentido, y usted y todos los demás lo saben. ¿Pero cuáles serían los cargos, si le entrego el arado y alguien abre el saco y se queda ciego de golpe? ¿Cuáles serían los cargos entonces?

- ¿Ciego? -preguntó Po Doggly, mirando a Horace, como si su viejo amigo el posadero pudiera decirle si le estaban tomando el pelo.

- ¿Cree que puede decirle a sus chicos que no miren en el saco, y que con eso bastará? -dijo Alvin-. ¿Cree que no tratarán de echar un vistazo?

- Ciego, ¿eh? -dijo Po.

Alvin tomó el saco de donde lo había dejado, junto a la cama.

- ¿Y quién va a llevar el arado, Po?

El sheriff Doggly alargó el brazo para cogerlo, pero tan pronto como sus manos se cerraron alrededor del saco sintió que el duro metal en su interior se movía y danzaba bajo sus dedos, escurriéndosele.

- ¡Deja eso, Alvin! -demandó.

- Sólo estoy sosteniendo la punta del saco -dijo Alvin-. ¿En qué estante vas a dejarlo?

- Oh, cállate, chico -dijo Doggly-. Te dejaré guardarlo en la celda. Pero si golpeas a alguien en la cabeza con esa cosa y te escapas, te encontraré y el cargo no será una tonta historia de Pacífico, te lo prometo.

Alvin sacudió la cabeza y sonrió.

Horace rió en voz alta.

- Po, si Al quisiera escapar de tu prisión, no tendría que golpear la cabeza de nadie.

- Sólo estoy avisándote, Al -dijo el sheriff-. No te arriesgues conmigo. Hay una orden de extradición pendiente de los Apalaches sobre un juicio por la muerte de cierto Rastreador...

De repente el ánimo de Horace cambió, y con un rápido movimiento presionó al sheriff contra la jamba de la puerta con tanta fuerza que pareció que éste fuera a cambiar de postura permanentemente.

- Po -dijo Horace-, has sido mi mejor amigo por muchos años. Hemos hecho en la oscuridad de la noche lo que nos hubiera hecho matar a la luz del día, y siempre nos hemos confiado las vidas mutuamente. Si alguna vez levantas cargos o siquiera tratas de extraditar a este muchacho por matar al Rastreador que asesinó a mi Margaret en mi propia casa, haré un poco de justicia contigo con mis propias manos.

Po Doggly bizqueó y miró al posadero a los ojos.

- ¿Es eso una amenaza, Horace? ¿Quieres que rompa mi juramento de oficial por tí?

- ¿Cómo puede ser una amenaza? -dijo Horace-. Sabes que lo digo con la mejor intención.

- Sólo ven a la cárcel, Alvin -dijo Doggly-. Creo que si las mujeres del pueblo no te llevan comida, Horace mismo te llevará su famoso estofado cada noche.

- ¿Conservo el arado? -preguntó Alvin.

- No pienso acercarme a esa cosa -dijo el sheriff-. Si es un arado. Si es de oro - Doggly le hizo un gesto para que saliera de la habitación al pasillo. Alvin lo complació. El sheriff lo siguió por el estrecho pasillo hasta la habitación común, donde unas dos docenas de personas esperaban para ver qué había ido a buscar el sheriff.

- Es bueno verte, Alvin -lo saludaron varios de ellos. Parecían un poco avergonzados al ver que Alvin estaba bajo custodia.

- No es un gran recibimiento, ¿verdad? -dijo Ruthie Baker, ceñuda-. Por Dios, ese Pacífico Smith realmente ha ido demasiado lejos esta vez.

- Sólo lléveme un par de bizcochos a la prisión, ¿sí? -dijo Alvin-. He estado pensando en ellos todo el camino hasta Río Hatrack.

- Puedes apostar a que las mujeres se estarán peleando todo el día para ver quién te lleva la comida -dijo Ruth-. Desearía que la vieja Peg hubiera estado aquí pa' recibirte -unas lágrimas rápidas y sentimentales inundaron sus ojos-. ¡Oh, desearía no llorar tan fácilmente!

Alvin le dio un rápido abrazo, luego miró al sheriff.

- No me está pasando ninguna lima para cortar los barrotes -dijo-. Así que está bien si yo...

- Oh, cierra la boca, Alvin -dijo el sheriff Doggly-. ¿Para qué rayos volviste, en primer lugar?

En ese momento la puerta se abrió y el Pacífico Smith entró en la sala.

- ¡Ahí está! ¡El ladrón ha sido capturado al fin! ¡Sheriff, oblíguelo a darme mi arado!

Po Doggly lo miró a los ojos. Pacífico era un hombre grande, con brazos poderosos y piernas como el tronco de un árbol, pero cuando el sheriff lo enfrentaba Pacífico parecía una flor marchita.

- Pacífico, sal de mi camino ahora mismo.

- ¡Quiero mi arado! -insistió Pacífico... pero se apartó de la puerta.

- No es tu arado hasta que la corte diga que es tu arado, si es que lo hace -dijo el sheriff.

Horace Guester habló:

- No es tu arado hasta que demuestres que sabes cómo hacer uno igual.

Pero Alvin mismo no le dijo nada a Pacífico. Simplemente salió de la hostería, deteniéndose en la puerta sólo para decirle a Horace:

- Deja que Arturo Estuardo me visite cuando quiera, ¿me oyes?

- ¡Querrá dormir contigo en la celda, Alvin, lo sabes!

Alvin rió.

- Apuesto a que puede pasar entre las barras, es muy flaco.

- ¡Yo hice esas barras! -gritó Pacífico-. ¡Y están muy juntas como pa' que nadie pase entre ellas!

Ruth Baker le respondió, gritando igual de alto.

- ¡Bien, si tú hiciste esas barras, el pequeño Arturo sin duda puede doblarlas!

- Vamos, vamos -dijo el sheriff Doggly-. Sólo estoy haciendo un pequeño arresto, así que mantengan la calma y déjenme sacar al prisionero. Y tú, Pacífico, estás exactamente a tres palabras de ser arrestado por obstruir a la justicia y causar disturbios.

- ¡Bien, arréstame! -gritó Pacífico.

- Ahora estás sólo a una palabra -dijo el sheriff Doggly-. Vamos, cualquier palabra servirá. Dila. Déjame encerrarte, Pacífico. Sabes que me muero de ganas.

Pacífico lo sabía. Mantuvo la boca cerrada y dio unos cuantos pasos alejándose del porche de la posada. Pero luego se volvió para mirar, y se permitió sonreír mientras veía a Alvin ser conducido calle abajo hacia la comisaría, y la cárcel.

11

Prisión

El francés de Calvin era horrible... pero ésa difícilmente era su preocupación. Se las había arreglado bastante bien hablando en Inglaterra, hasta que aprendió a imitar el acento culto de un refinado caballero. Pero aquí, en París, hablar era inútil. Perjudicial, incluso. Uno no se volvía una figura legendaria o un mito conversando. Eso era algo que Calvin había aprendido de Alvin, vale, aunque Alvin nunca quiso enseñárselo. Alvin nunca hacía sonar su propio cuerno. Así que cada Fulano, Mengano y Zutana lo hacía sonar por él. Y mientras más callaba, más hablaba la gente sobre él. Eso fue lo que hizo Calvin en el momento en que llegó a París, mantuvo silencio mientras se dedicaba a curar a la gente.

Había estado practicando la curación –como Truecacuentos había dicho, ése era un don que la gente apreciaría mucho más que un don para matar insectos-. De ningún modo podía Calvin hacer las cosas sutiles de las que hablaba Alvin, ver las diminutas criaturas que propagan la enfermedad, entender la forma en que trabajan los pequeños pedacitos de vida de los que está formado el cuerpo humano. Pero había cosas que Calvin sí podía hacer. Cosas toscas, como unir los extremos de una herida abierta y hacer que la piel cicatrizara –Calvin no entendía del todo cómo lo hacía, pero de alguna manera podía juntarlos en su mente y luego crecía la costra-.

Hacer que la piel se abriera, también, y dejar que los desagradables fluidos salieran... eso era de hecho bastante impresionante, especialmente cuando Calvin lo hacía con pordioseros en las calles de la ciudad. Por supuesto, muchos de los mendigos tenían heridas falsas. Calvin difícilmente podía curar ésas, y no se haría muchos amigos borrando las cicatrices pintadas de las caras de los mendigos. Pero las verdaderas... ahí sí podía hacer algo, y cuando lo hacía, se preocupaba de ver que hubiera una multitud observando exactamente lo que sucedía. Que pudieran ver la sanación, pero que no pudieran oírlo jactarse o fanfarronear, o ni siquiera vislumbrar lo que ocurriría más tarde. Daba un gran espectáculo, de pie frente al pordiosero, ignorando la mano abierta o el recipiente vacío, mirando en cambio la herida, la llaga, la hinchazón. Finalmente el mendigo guardaría silencio, al igual que los espectadores, toda la atención puesta en el punto que Calvin miraba tan intensamente. Para entonces, por supuesto, Calvin tenía la herida muy clara en su mente, la había explorado con su varita, y había pensado bien lo que iba a hacer. Y en el momento exacto en que todos miraban fijamente soltaba su poder y le daba una nueva forma a la piel. La carne se abría o la herida se cerraba, lo que fuera necesario.

Los espectadores suspiraban, luego murmuraban, luego conversaban. Y justo cuando alguien estaba a punto de entablar una conversación con él, Calvin daba media vuelta y se alejaba, agitando la cabeza y rehusando hablar.

El silencio era sin duda mucho más poderoso que cualquier explicación. El rumor se propagó rápidamente, él lo sabía, porque en el café en donde cenaba (pero donde no curaba) oía a la gente hablar del misterioso y silencioso sanador, que iba haciendo el bien como el mismo Jesús.

Lo que Calvin esperaba que no se difundiera era el hecho de que no estaba exactamente curando a la gente, excepto por casualidad. Alvin podía llegar a los profundos secretos ocultos del cuerpo y realizar verdadera curación, pero la visión de Calvin no llegaba tan lejos. La herida podía supurar y cerrarse, pero si había una infección profunda volvería a abrirse. Aún así, algunos se curaban de verdad, por lo que sabía. No es que eso los ayudara realmente -¿cómo medigarían, sin una herida?-. Si eran listos, se alejarían de él antes de que pudiera tomar la moneda que usaban para provocar lástima. Pero no, aquéllos verdaderamente enfermos deseaban ser sanados más de lo que deseaban comer. El dolor y el sufrimiento le hacen eso a la gente. Podían ser sabios y cuidadosos cuando se sentían bien. Se añade un poco de dolor a la mezcla, sin embargo, y todo lo que desean es que sea cual sea la causa del malestar, éste desaparezca.

Tomó una sorprendente cantidad de tiempo conseguir que la policía secreta del Emperador decidiera ir a verlo. Oh, un gendarme o dos habían visto lo que hacía, pero puesto que no había tocado a nadie ni dicho nada, tampoco se le habían dirigido ni lo habían molestado. Y los soldados... habían empezado a buscarlo, ya que muchos veteranos sufrían aún las heridas de sus días de servicio, y la mitad de los lisiados que Calvin ayudaba tenían viejos compañeros a los que iban a visitar, para mostrarles el milagro que Calvin había hecho. Pero entre el público no había nunca nadie con la furtiva cautela de la policía secreta, y así fue por tres largas semanas... semanas en las que Calvin tuvo que mantener en movimiento su operación, de una parte de la ciudad a otra, para evitar que alguien a quien ya hubiese sanado regresara a por un segundo tratamiento. ¿De qué serviría tanto esfuerzo si se propagaba el rumor de que aquéllos a quienes curaba no permanecían sanos por mucho tiempo?

Y entonces, por fin, alguien vino. Un hombre de mediana estatura con ropas de burgués y porte modesto, pero en el que Calvin vio la tensión, la atención y, más importante aún, el mango de las pistolas ocultas en los bolsillos de su abrigo. Éste informaría al Emperador. Así que Calvin se aseguró de que el policía secreto estuviera en una buena posición para observar todo lo que ocurriría cuando él sanaba a un mendigo. Tampoco le molestó que incluso antes de que el silencio cayera y él realizara la curación, todos murmuraran cosas como “¿Es él? Oí que curó a ese mendigo cojo cerca de Montmartre”, pese a que desde luego Calvin nunca había ni siquiera intentado sanar a alguien a quien le faltara un brazo o una pierna. Seguramente ni Alvin hubiera sido capaz de hacer algo tan espectacular. Pero no fue malo que surgiera tal rumor. Cualquier cosa con tal de llegar al Emperador, pues todo el mundo sabía que éste sufría los dolores de la gota. Dolor en las piernas... me llamará para acabar con el dolor en sus piernas. Por el dolor, me enseñará todo lo que sabe. Lo que sea con tal de acabar con el dolor.

La curación terminó. Calvin se alejó, como siempre. Sin embargo, para su sorpresa, el policía secreto tomó un camino totalmente distinto. ¿No debería seguirme? ¿Susurrarme que el Emperador me necesita? ¿Iría yo y serviría al Emperador? Oh, pero no estoy seguro de poder ayudarlo. Hago lo que puedo, pero muchas heridas son obstinadas y se rehúsan a ser completamente sanadas. Oh, está bien, Calvin no tiene que prometer nada. Dejemos que sus actos hablen por sí mismos. Haría que la pierna del Emperador se sintiera mejor por un tiempo -estaba seguro de poder hacer eso- pero nadie podría decir que Calvin Miller

hubiese prometido que la mejoría sería permanente, o incluso que fuera a haber mejoría alguna.

Pero no tuvo oportunidad de decir estas cosas, porque el policía secreto tomó otro camino.

Esa tarde, mientras esperaba por su cena en el café, cuatro gendarmes entraron en el local, riendo como si acabaran de terminar su turno. Dos se dirigieron a la cocina –aparentemente sabían que había alguien allí– mientras se empujaban, torpe y alegremente, entre las mesas. Calvin sonrió un momento y luego miró por la ventana.

La risa terminó. Manos duras y severas aferraron sus brazos y lo alzaron sin miramientos. Los cuatro gendarmes estaban a su alrededor, y ninguno reía. Ataron sus muñecas y sus piernas. Después lo medio arrastraron fuera del café.

Era sorprendente. Era imposible. Esto tenía que ser a causa del reporte del policía secreto. ¿Pero por qué lo arrestarían? ¿Qué ley había roto? ¿Era sólo porque hablaba inglés? Seguramente entenderían la diferencia entre un inglés y un norteamericano. Los ingleses todavía estaban en guerra con Francia, o algo parecido en cualquier caso, pero los americanos eran neutrales, más o menos. ¿Cómo se atrevían?

Por un instante, cojeando dolorosamente junto a los gendarmes, que habían impuesto un paso demasiado vigoroso para él, Calvin jugó con la idea de usar su poder para soltar las ataduras y liberarse de ellos. Pero estaban armados, y Calvin no tenía ningún deseo de obligarlos a usar sus armas contra un prisionero fugitivo.

Tampoco malgastó sus fuerzas, después de los primeros minutos, tratando de persuadirlos de que se había cometido una terrible equivocación. ¿Con qué propósito? Sabían quién era él; alguien les había ordenado arrestarlo; ¿qué les importaba si era una equivocación o no? No era su equivocación.

Media hora más tarde, se encontró a sí mismo despojado de sus ropas y lanzado a una celda miserable y apestosa en la Bastilla.

- ¡Bienvenido a la Tierra de la Guillotina! –graznó alguien corredor arriba-. ¡Bienvenido, oh peregrino, al Templo de la Cuchilla Sagrada!

- ¡Cállate! –gritó otro hombre.

- La deslizaron a través del cuello de otro hombre hoy, ¡el que estaba en la celda en que estás ahora, chico! Eso es lo que les pasa a los ingleses aquí en París, una vez que alguien decide que eres un espía.

- ¡Pero yo no soy inglés! –gritó Calvin.

Lo que fue celebrado con una lluvia de carcajadas.

Peggy dejó el lápiz a un lado, cansada; cerró los ojos, disgustada. ¿No había allí una especie de plan? Aquél que envió a Alvin al mundo, que lo protegió y preparó para la magnífica tarea de construir la Ciudad de Cristal, ¿no tenía ese Alguien alguna clase de plan? ¿O no había ningún plan? No, tenía que significar algo el hecho de que ese mismo día, en París, Calvin fuera encerrado en prisión, justo como Alvin en Río Hatrack. La Bastilla, desde luego, estaba muy lejos de parecerse a un antiguo almacén en la parte trasera de la casa de tribunales, pero la cárcel era la cárcel... Ambos estaban encerrados, sin que hubiera una buena razón para ello, y no tenían ni idea de cómo acabaría todo.

Pero Peggy lo sabía. Veía todos los caminos. Y, finalmente, tapó su lápiz, hizo a un lado los papeles en los que había estado escribiendo, y se puso en pie para decir a sus anfitriones que tendría que marcharse antes de lo previsto.

- Tengo la impresión de que necesitan en otra parte.

El sobrino de Bonaparte era una comadreja que creía que era un armiño. Bueno, déjenlo tener su ilusión. Si los hombres no tuvieran ilusiones, Bonaparte no sería Emperador de Europa y Regente de la Humanidad. Sus ilusiones eran su verdad; sus ambiciones eran el deseo de su corazón: lo que fuera que los demás quisieran creer de sí mismos, Bonaparte los ayudaba a creerlo, a cambio del control de sus vidas.

El Pequeño Napoleón, se llamaba a sí mismo el muchacho. La mitad de los sobrinos de Bonaparte habían sido llamados Napoleón, en un esfuerzo por conseguir su favor, pero sólo éste tenía el descaro de usar el nombre en la corte. Bonaparte no estaba seguro de si eso significaba que el Pequeño Napoleón era más audaz que los otros, o simplemente demasiado estúpido como para darse cuenta de lo peligroso que era atreverse a usar el propio nombre del Emperador, como declarando el derecho a sucederlo. Al verlo ahora, marchando como un soldado mecánico -como si poseyera algún logro militar secreto del que nadie supiera nada pero que le diera el derecho de pavonearse como un general- Bonaparte deseó reírse en su cara y exponer ante todo el mundo los sueños del Pequeño Napoleón de sentarse en el trono, gobernar el mundo y superar las hazañas de su tío. Bonaparte quería mirarlo a los ojos y decirle: "Ni siquiera podrías llenar mi orinal, charlatán vanidoso".

En vez de eso dijo:

- ¿Qué buen viento te trae aquí, mi pequeño Napoleón?

- Vuestra gota -dijo el muchacho-.

Oh, no. Otra cura. Las curas descubiertas por los tontos usualmente hacían más daño que bien. Pero la gota era una maldición, y... veamos qué tiene.

- Un inglés -dijo el Pequeño Napoleón-. O, para ser más exacto, un americano. Mis espías lo han vigilado...

- ¿Tus espías? ¿Son esos espías distintos a los que yo pago?

- Los espías que usted me asignó para supervisión, Tío.

- Ah, esos espías. Todavía recuerdan que trabajan para mí, ¿verdad?

- Lo recuerdan tan bien que en lugar de simplemente seguir órdenes y buscar enemigos, también han buscado a alguien que pudiera ayudarlos.

- Todos los ingleses en Europa son espías. Algún día, después de una gran victoria, cuando sea muy, muy popular, los agarraré a todos y los pasaré por la guillotina. El señor Guillotin... vaya, he ahí a un tipo útil. ¿Ha inventado algo más, últimamente?

- Está trabajando en un vagón impulsado por vapor, Tío.

- Eso ya existe. Lo llamamos locomotora, y estamos tendiendo carriles por toda Europa.

- Ah, pero él está trabajando en una máquina que no necesita raíles.

- ¿Por qué no un globo a vapor? No consigo entender por qué eso nunca ha funcionado. El motor impulsaría al aparato, y el vapor, en lugar de ser

desperdiciado expulsándolo a la atmósfera, llenaría el globo y mantendría la nave en lo alto.

- Creo que el problema, Tío, es que si llevara suficiente combustible como para viajar más de veinte o treinta pies, el conjunto pesaría demasiado como para dejar el suelo.

- Para eso existen los inventores, ¿no? Para resolver problemas como ése. A cualquier tonto puede ocurrírsele la idea básica... Se me ocurrió a mí, ¿verdad? Y en lo que se refiere a estas cosas soy llanamente un tonto, como la mayoría de los hombres -Bonaparte había aprendido tiempo atrás que esos toques de modestia siempre eran repetidos por los observadores de la corte y ayudaban a acrecentar el amor del pueblo por el Emperador-. Es trabajo del señor Guillotin... bueno, no importa, la máquina que lleva su nombre es suficiente contribución para la humanidad. Ejecuciones rápidas, seguras y sin dolor... un regalo para los más despreciables. Una invención muy cristiana, que muestra benevolencia al más pequeño de los hijos de Jesús -los sacerdotes repetirían eso, también, y desde el púlpito-.

- Sobre este Calvin Miller -dijo Pequeño Napoleón-.

- Y mi gota.

- Lo he visto drenar la pierna hinchada de un pordiosero, simplemente mirando fijamente la herida llena de pus, en plena calle.

- La gota no es una herida llena de pus.

- El mendigo tenía los pantalones rasgados para mostrar la herida, y este americano se quedó allí mirando como si fuera a desmallarse, y entonces, de repente, la piel hizo erupción y el pus salió, y luego la herida se cerró sin dejar ni una leve cicatriz. Ni él ni ningún otro hombre tocó la pierna. Fue una buena demostración de unos poderes curativos impresionantes.

- ¿Viste eso tú mismo?

- Con mis propios ojos. Pero sólo una vez. Apenas puedo salir en secreto, Tío. Me parezco demasiado a vuestra estimada excelencia.

Sin duda el Pequeño Napoleón creía que eso era halagador. Pero en vez de eso causó una débil oleada de náusea a Bonaparte. Aunque no dejó que se le notara.

- ¿Y ahora tienes a este curandero bajo arresto?

- Por supuesto; esperando por vuestras órdenes.

- Déjalo sudar.

Pequeño Napoleón alzó la cabeza un momento, estudiando a Bonaparte, probablemente tratando de dilucidar el plan que su tío tenía para el sanador, y por qué no quería verlo de inmediato. Lo que nunca se imaginaría, Bonaparte estaba bastante seguro de ello, era la verdad: que Bonaparte no tenía la más mínima idea de qué hacer respecto a un sanador que realmente tuviese poderes. Le preocupaba pensar en ello. Y recordaba al pequeño muchacho blanco que había llegado con el general indio, Ta-Kumsaw, a visitarlo en Detroit. ¿Podría ser éste americano el mismo?

¿Y por qué debería hacer tal conexión? ¿Y por qué importaría aquel niño de Detroit, después de todos esos años? Bonaparte no estaba seguro de qué significaba todo eso, pero sintió que había ciertas fuerzas trabajando, como si este americano en la Bastilla fuera alguien de gran importancia para él. O tal vez no para él. Para alguien, en cualquier caso.

La piernas de Bonaparte palpitó. Estaba empezando otro episodio de su gota.

- Ahora puedes irte -dijo a Pequeño Napoleón-.
- ¿Debo informaros sobre el americano? -preguntó su sobrino-.
- No -dijo Bonaparte-. Déjalo solo. Y mientras te ocupas de eso, déjame solo a mí también.

Alvin disfrutó de un continuo caudal de visitas en la prisión de la casa de tribunales. Parecía que todos tuvieran la misma idea. Se acercaban furtiva y directamente a los barrotes, le hacían señas para que se acercara, y le susurraban (como si el diputado no supiera exactamente de qué estaban hablando), “¿No puedes hacer algo para escaparte, Alvin?”.

¿Qué, creían que no había pensado en ello? Algo tan simple como ablandar la piedra y extraer las barras. O, más fácil aún, podría hacer que el metal de un barroto saliera solo de la piedra en que estaba enclavado. O disolver el barroto completamente. O pararse junto a la roca y presionar, y caminar a través de la pared hacia la libertad. Cualquiera de esas cosas sería muy fácil de hacer para Alvin. Cuando era un niño había jugado con la piedra y encontrado sus partes blandas, sus debilidades; como aprendiz de herrero, había llegado a entender el mismo corazón del hierro. ¿Acaso no se había metido en la forja y había transformado un viejo arado de hierro en oro vivo?

Ahora, encerrado en la prisión, pensaba en partir, pensaba en ello todo el tiempo. Pensaba en adentrarse en los bosques, con Arturo Estuardo o sin él -el niño era feliz allí, ¿así que para qué llevarse?-. Pensaba en el sol a su espalda, el viento en la cara, la música verde del bosque que le llegaba tan débil a través de la piedra y el hierro que apenas lograba oírla.

Pero Alvin se decía a sí mismo lo mismo que les decía a los buenos amigos que iban a verlo.

- Debo dejar en claro todo este asunto antes de irme. Pienso ser juzgado aquí, ser declarado inocente, y después marcharme sin miedo a que alguien esté siguiéndome y contando las mismas mentiras sobre mí otra vez.

Y entonces la gente siempre hacía lo mismo. Tras haber fallado en el intento de persuadirlo de escapar, miraban su saco y susurraban:

- ¿Está aquí? -Y el más audaz diría lo que estaba en el pensamiento de todos-. ¿Puedo verlo?

Su respuesta era siempre la misma. Preguntaría sobre el tiempo.

- ¿Crees que el invierno será muy duro?

Algunos lo pillaban con más lentitud que otros, pero después de un rato todos entendían que Alvin no iba a responder una maldita cosa sobre el arado de oro o el contenido de su saco. Ni una sola palabra al respecto. Entonces el visitante se ponía a hablar de otras cosas o recogía los platos usados, en los que le había traído algo de comer, pero después de unos minutos se iba y tan pronto como estaba de vuelta en la calle decía a su familia y amigos que Alvin parecía un poco triste pero que todavía no quería hablar sobre el arado de oro que Pacífico reclamaba como su propio tesoro robado por el muchacho en sus días de aprendiz.

Un día el Sheriff Doggly trajo a un hombre que Alvin reconoció, más o menos, pero no pudo recordar de dónde o por qué.

- Es él -dijo el extraño-. No guarda ningún respeto por el don de ningún hombre excepto el suyo propio.

Entonces Alvin lo recordó. Era el buscador de corrientes subterráneas que había escogido el lugar donde Alvin debía excavar un pozo para Pacífico Smith. El lugar exacto donde Alvin excavó hasta dar con una gruesa lámina de dura piedra, sin hallar ni una gota de agua antes. Sin duda Pacífico pretendía usarlo como un testigo que demostrara que el pozo de Alvin no estaba en el lugar escogido por el buscador. Bien, eso era bastante cierto; no había nada que discutir. El buscador de corrientes no iba a testificar sobre nada que Alvin mismo no hubiera admitido libremente. Que confabulen y preparen lo que quieran. Alvin tenía la verdad de su parte, y eso tenía que ser suficiente, para un jurado de doce habitantes de Río Hatrack.

Las visitas que realmente lo alegraban eran las de Arturo. Dos o tres veces al día, el muchacho llegaría corriendo desde la plaza como una hoja lanzada a través de una puerta abierta por una ráfaga de viento.

- Tienes que conocer a'se tipo John Binder -decía-. Ropemaker¹³. Unos tipos decían como si te fueran a colgar, y que él será el que haga la cuerda, pero él va y los calla la boca, lo hubieras oído, Alvin. "Ninguna cuerda mía va'colgá ningún Maker", dijo. Así que aunque nunca lo hayas visto lo cuento como un amigo. Pero te digo, dicen que sus cuerdas nunca se desenredan, ni se gastan ni se deshilachan, aunque la cortes. ¿No es eso como un don?

Y más tarde el mismo día, hablaría sobre algún otro.

- Estaba fuera buscando a Alfreda Matthews, la prima de Sophie, la que vive en esa choza junto al río, sólo que el río es muy largo y ruidoso y no pu'encontrarla y de hecho s'estaba poniendo oscuro y casi no podía encontrarme yo mismo, y entonces ahí estoy cara a cara con este Capitán Alexander, que es un capitán de barco, ¿y quién sabe qué está haciendo tan lejos del mar? Pero vive aquí al lado reparando y arreglando cosas, y Vilate Franker dice que debe haber cometido un crimen terrible para tener qu'esconderse del mar, o tal vez una gran bestia marina se tragó su barco y sólo quedó él vivo y ahora no se atreve a regresar al mar y enfrentar la bestia... ella la llama La Vaya Than, que Goody Trader dice que es como se dice en español "Vaya sarta de patrañas", ¿conoces a Goody Trader?

- La conocí -dijo Alvin-. Me trajo unos dulces de malvarrubina. Los peores caramelos que he comido, pero creo que para el que le guste la malva del sapo estaban bastante buenos. Extraña señora. Se sentó en cuclillas junto a la puerta por un buen rato, como meditando, y finalmente se levanta y dice, "Humf, eres el primer hombre que encuentro que no necesita nada y aquí estás, en la cárcel".

- Dicen que ése es sun don, saber lo que necesita un cuerpo aunque'l cuerpo mismo no lo sepa -dijo Arturo-. Aunque diré que Vilate Franker dice que la Goody Trader es una embustera igual que el niño cocodrilo en la feria de fenómenos en Dekane, que no querías llevarme a ver porque dijiste que si era real, sería cruel mirarlo como un animal, y...

- Recuerdo lo que dije, Arturo Estuardo. No tienes que darme las noticias sobre mí mismo.

- De todas formas, ¿de qué estaba hablando?

- Perdido en los bosques buscando a la vieja borracha Freda.

- Y me encontré con ese capitán marino, sí, y me mira a los ojos y dice, "Sígueme", y yo lo sigo como diez pasos y me pone justo en el medio de una

huella de ciervos y dice, “Sólo tienes que seguir este camino y cuando vuelvas a encontrar el río, sigue corriente arriba tres varas¹⁴”. ¿Y sabes qué? ¿Hice lo que me dijo y sabes qué?

- Encontraste a Freda.

- Alfreda Matthews, y estaba borracha como una cuba, claro, pero le eché agua en la cara y después hice lo que tú le dices a la gente que deben hacer, vacié su garrafa y ¡córcholis!, se puso como loca, ¡y yo tuve que bailar como un diablo sólo pa’ esquivar las piedras que tiraba!

- Pobre señora –dijo Alvin-. Pero no servirá de nada mientras haya gente que le dé otra garrafa.

- ¿No puedes hacer algo, como lo que hiciste con ese Profeta Rojo?

Alvin lo miró fijamente.

- ¿Qué es lo que crees que sabes sobre eso?

- Sólo lo que me dijo tu mamá en Iglesia de Vigor, sobre cómo tomaste a un indio borracho y tuerto y lo convertiste en un profeta.

Alvin meneó la cabeza.

- No señor, te lo contó mal. Él ya era un profeta. Y no estaba borracho del mismo modo en que lo está Freda. Él se llenaba de licor para ahogar el terrible ruido negro en su cabeza. Eso es lo que yo arreglé, y entonces ya no necesitó más el licor. Pero Freda... hay algo más en ella que le hace beber, y todavía no lo comprendo.

- Pero le dije que viniera a verte, así que creo que debes saberlo y por eso te lo digo, vendrá para ser curada.

Alvin meneó la cabeza otra vez.

- ¿Hice mal?

- No, hiciste bien –dijo Alvin-. Pero no hay nada que pueda hacer por ella más allá de lo que tiene que hacer por sí misma. Freda sabe que el licor la está consumiendo, robándole la vida. Pero hablaré con ella y la ayudaré, si puedo.

- Dicen que puede decir cuándo va a llover. Cuando está sobria.

- ¿Entonces cómo saben que tiene ese don? –preguntó Alvin-.

Arturo se echó a reír.

- Supongo que porque habrá estado sobria alguna vez. ¡Y estaba lloviendo!

Cuando Arturo Estuardo se marchó, Alvin ponderó lo que le había contado. Parte de la conversación eran sólo chismes y rumores. Había algunos rumores bastante poderosos en Río Hatrack esos días, y como lo veía Alvin, las dos chismosas más grandes eran Vilate Franker, que Alvin había conocido y descubierto que vivía dentro de una concha de hechizos y mentiras, y Goody Trader, a quien realmente no conocía más que por lo que había sonsacado de su visita. Su verdadero nombre era o bien Castidad o Caridad –Vilate decía que era Castidad, pero otros decían que era Caridad. Se la conocía como Goody, que era la versión reducida de Goodwife¹⁵, ya que había estado casada tres veces y mantenido siempre a su marido feliz hasta su muerte, accidental en cada ocasión, aunque de nuevo Vilate se las ingeniaba para darle a Arturo la impresión de que no había sido realmente accidental. Las dos mujeres estaban en guerra todo el tiempo, cada una contradiciendo las palabras de la otra casi antes de que fueran pronunciadas. Ahora bien, no era que estas dos señoras se dedicaran a inventar rumores, ni que no los hubiera en Río Hatrack antes de que ellas llegaran. Pero resultaba claro que Arturo las visitaba todos los días, y estaban llenándolo de

cuentos de tal forma que era difícil para Alvin encontrarle algún sentido a tanta palabrería, y era seguro que Arturo no comprendía realmente ni la mitad de lo que le contaban.

Alvin sabía por sí mismo que Vilate era mentirosa y rencorosa. Pero Goody podría ser igual o peor, sólo que tan experta que Alvin no pudiera notarlo con tanta claridad. Difícil de decir. Y ese asunto con Goody Trader diciendo que Alvin no necesitaba nada, bien, ¿qué era eso?

Pero tras todo el chismorreó y las rencillas, había algo más que le resultaba a Alvin bastante extraño. Los dones poderosos estaban profundamente enraizados en Río Hatrack. La mayoría de las ciudades podían tener a alguien con un talento especial que uno pudiera notar. Casi siempre, sin embargo, se trataba de cosas sencillas. Un don para la sopa. Un don para el rastreo de animales. Útil, pero nada sobre lo que escribirle una carta a tu padre. Mucha gente no tenía idea de cuál era su don, porque les resultaba extraordinariamente fácil usarlo y apenas remarcable a los ojos de los demás. Pero aquí, en Río Hatrack, los dones eran llanamente asombrosos. Este capitán de barco que podía ayudarte a encontrar el camino incluso cuando ni siquiera sabías que te habías perdido. Y Freda... Alvin había bromeado con Arturo Estuardo, pero había en el pueblo quienes juraban que ella no sólo predecía la lluvia, sino que, si estuviera sobria y en una estación seca, podría traerla. Y Melyn, una joven galesa que podía tocar el harpa y cantar de tal forma que uno se olvidaba de todo mientras lo hacía, olvidarlo todo y quedarse sentado ahí con una sonrisa estúpida en la cara porque estabas tan feliz... Vino y tocó para Alvin, y pudo sentir cómo el sonido que fluía desde ella alcanzaba su interior como una varita de sauce buscando agua bajo la tierra, lo alcanzaba y encontraba todos los nudos y los deshacía, y sólo lo hacía sentir bien.

Era un poder como el que había estado tratando de enseñar a la gente allá en Vigor, sólo que ellos apenas podían entenderlo, apenas podían captar una chispa de vez en cuando, y aquí estaba en todas partes, era tan abundante en la tierra que casi se podía recoger con una pala. Maggie, que ayudaba en la tienda de Goody Trader, podía montar sobre cualquier caballo sin importar cuán salvaje, había varios testigos. Y uno que asustó un poco a Alvin, una niña llamada Dorcas Bee que podía dibujar retratos que no sólo mostraban el exterior de las personas, sino que también todo lo que había en su interior. Alvin no sabía qué hacer con ella, e incluso con su visión de Hacedor no era capaz de entender del todo cómo lo hacía.

Cualquiera de estas personas sería notable en cualquier ciudad en la que viviera, sin importar que fuera tan grande como Nueva Amsterdam o Filadelfia. Y sin embargo aquí estaban, viviendo en medio de la nada, Río Hatrack, que crecía lentamente pero aún no había llamado la atención de nadie que encontrara interesante tan insólita reunión de talentos.

Existe una razón para ello, pensó Alvin. Tiene que haber una razón. Y tengo que conocerla, porque habrá un jurado de estos talentosos tipos, y van a decidir si Pacífico Smith es un simple mentiroso, o si lo soy yo. Sólo que este pueblo está lleno de mentiras, puesto que las cosas que dice Vilate Franker y las cosas que dice Goody Trader no pueden ser todas ciertas al mismo tiempo. Lleno de mentiras y, sí, miseria. Alvin podía sentir que el Deshacedor estaba tramando algo, pero no podía posar sus manos en ello o descubrir de quién se trataba. Era difícil encontrar al Deshacedor cuando el Deshacedor no quería ser encontrado.

Especialmente difícil desde una celda, donde todo lo que tenías eran rumores y breves visitas.

Bueno, no todas eran breves. La misma Vilate Franker venía y a veces se quedaba media hora entera, aún cuando no había ningún sitio donde sentarse. Alvin no podía imaginar qué era lo que quería. No chismorreaba con él, estrictamente hablando (todos sus chismorreos Alvin los obtenía de segunda mano gracias a Arturo Estuardo). No, Vilate venía para hablar con él de filosofía y poesía y otras cosas de las que ningún hombre o mujer le habían hablado desde la Señorita Larner. Alvin se preguntaba si tal vez Vilate estaba tratando de seducirlo, pero ya que no podía ver la falsa imagen de belleza con que se cubría, no podía estar seguro. Alvin ciertamente no la encontraba bonita. Pero mientras más hablaba, más disfrutaba su compañía, hasta que se sencontró a sí mismo esperando por su visita diaria. Más que la de nadie más, excepto Arturo Estuardo, la verdad sea dicha, y mientras conversaran, Alvin se recostaría en el camastro de la celda y cerraría los ojos, y entonces no tendría que ver ni su fealdad ni sus hechizos, sino solamente oír las palabras y meditar las ideas y visualizar las escenas que ella conjuraba. Ella recitaría poesía y las palabras serían música en su interior. Hablaría de Platón y Alvin entendería y eso lo haría sentir sabio de una manera que la adulación de la gente de Iglesia de Vigor nunca había logrado.

¿Era eso algún don de Vilate? Alvin no lo sabía, sencillamente no tenía idea. Sólo sabía que era solamente durante sus visitas que podía olvidar completamente que estaba en la cárcel. Y cayó en la cuenta, después de una semana aproximadamente, de que tal vez estuviera enamorándose. Que los sentimientos que sólo había guardado por la Señorita Larner estuvieran despertando, sólo un poco, por Vilate Franker. ¡¿Y no sería eso el colmo?! La Señorita Larner era joven y hermosa, pero se ocultaba bajo una apariencia de madurez y fealdad. Y ahora he aquí a una mujer fea y mayor usando hechizos para que la gente creyera que era joven y hermosa. ¿Cómo podía ser tan opuesto? Pero en ambos casos, era la mujer madura y no la belleza obvia lo que hacía sus delicias.

Y sin embargo, incluso mientras se preguntaba si estaría enamorándose de Vilate, cada instante de cada día, en sus momentos más solitarios, especialmente al anochecer, sería otro el rostro en el que pensaría. Una joven muchacha en Vigor, la chica cuyas mentiras lo habían alejado del hogar en primer lugar, la chica que decía que él había hecho cosas prohibidas con ella. Se encontraba a sí mismo pensando en esas cosas prohibidas, y había un lugar en su corazón en el que deseaba haberlas hecho. Si hubiera sido así, por supuesto, se habría casado con ella. De hecho, se habría casado con ella antes de hacerlas, porque era lo correcto y era la ley, y Alvin no era la clase de hombre que causaba daño a una mujer o rompía una ley si podía evitarlo. Pero en sus fantasías en la oscuridad no había ley alguna, ni distinción entre lo correcto y lo incorrecto. Sólo se despertaba sudando de un sueño en el que la muchacha no era una mentirosa después de todo, y entonces se avergonzaba de sí mismo, y no entendía qué es lo que estaba mal con él, para estar enamorándose de una mujer por sus palabras, ideas y experiencia durante el día, y luego arder de pasión por una estúpida niña mentirosa que resultaba ser muy bonita y estar loca por él, o haberlo estado una vez, allá en casa.

Soy un hombre malo, pensaba Alvin en aquellos momentos. Malo e inconstante. No soy mejor que esos tipos infieles que no pueden dejar a las mujeres en paz. Soy el tipo de hombre que siempre he despreciado.

Pero ni siquiera eso era verdad, y Alvin lo sabía. Porque él no había hecho nada malo. No había hecho nada. Sólo lo había imaginado. Imaginado... y disfrutado. ¿Era eso suficiente para hacerlo un hombre malvado? "Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él", decía la escritura. Alvin recordaba la cita porque su madre la repetía todo el tiempo hasta que su padre le ladraba "¡Esa es sólo tu forma de decir que todos los hombres son demonios!", y Alvin se preguntaba si era cierto... si todos los hombres tenían el mal en su corazón, y aquellos hombres que eran buenos eran simplemente los que se controlaban tan bien que podían actuar en contra de los deseos de su corazón. Pero si fuera así, entonces ningún hombre era bueno, ninguno.

¿Y no decía eso la Santa Biblia, también? Ningún hombre bueno, ni uno. Ni yo, tampoco. Tal vez yo menos que todos.

Y ésa era su vida en aquella cárcel de Río Hatrack. Pensamientos más y más sombríos sobre su propio valor, enamorándose de dos mujeres a la vez, atrapado entre los rumores de una ciudad en la que el Deshacedor tenía intereses ciertos, y donde abundaban los dones.

Calvin era bastante bueno con la piedra. Siempre le había ido bien con eso. Bueno, no siempre. No había nacido conociendo la debilidad natural de la piedra. Pero después de que Alvin partió para ser el aprendiz de un herrero, Calvin empezó a tratar de hacer lo que había visto u oído hacer a su hermano mayor. En aquellos días todavía esperaba mostrar a Alvin, cuando regresara, lo bueno que era Haciendo, oír a su hermano decir, "¡Calvin, vaya, eres casi tan bueno como yo!", lo que Alvin nunca dijo, ni nada remotamente parecido. Pero era cierto, al menos respecto a la piedra. La piedra era fácil, realmente, no como la carne y los huesos. Calvin podía encontrar el camino a través de la piedra, dividirla, desplazarla.

Que es lo que empezó a hacer inmediatamente en la Bastilla, desde luego. No sabía por qué la policía secreta lo había metido entre esos muros, fríos y viscosos. No era un calabozo, como en esas historias, donde el prisionero nunca ve la luz excepto cuando un guardia viene con una antorcha; donde se puede quedar ciego sin darse cuenta. Allí había luz suficiente, y una silla en la que sentarse y una cama en la que acostarse, y una vasija que era vaciada todos los días, una vez que entendió que se suponía que debía dejarla junto a la puerta.

Pero seguía siendo una prisión.

Le tomó a Calvin como cinco minutos descubrir que podría disolver todo el mecanismo de la cerradura con bastante sencillez, pero recordó justo a tiempo que conseguir salir de su celda no era exactamente lo mismo que conseguir salir de la Bastilla. No podía volverse invisible, y Hacedor o no, una bala de mosquete lo derribaría, mutilaría o mataría como a cualquier hombre.

Tenía que encontrar otra vía de escape. Y eso significaba salir directamente a través de la pared, directamente a través de la piedra. El problema era que no tenía ninguna idea sobre su posición: podía estar diez metros sobre o cinco metros bajo el nivel de la calle. O si la pared posterior de su celda daba al exterior

o a un patio interior. ¿Quién podría ver si una abertura aparecía en el muro? No podía simplemente sacar una piedra. Tendría que extraerla de una pieza, de tal forma que pudiera devolverla a su sitio si era necesario.

Esperó hasta la noche, y luego comenzó a trabajar en un bloque cerca del nivel del suelo. Era pesado, y no conocía ningún modo de volverlo más ligero. Ni existía una forma sutil de mover la piedra a través de la piedra. Finalmente sólo ablandó la piedra, hundió sus dedos en ella, y la dejó endurecer alrededor de ellos, consiguiendo un asidero justo en el centro del bloque. Después, mientras tiraba del bloque, hizo que una fina capa del mineral se volviera líquido por debajo y por los lados, haciendo más fácil el extraerlo, una vez que consiguió moverlo. También consiguió así silenciar el ruido de la roca deslizándose sobre la roca. Excepto por el fuerte golpe una vez que la roca se vio libre de la pared y cayó pesadamente unas cuantas pulgadas hasta el suelo.

Una brisa entró a la celda, enfriando el ambiente. Calvin deslizó la piedra fuera del camino, y después se tendió en el suelo y metió la cabeza y los hombros en el hueco.

Estaba tal vez a cuatro metros sobre el suelo y directamente encima de las cabezas de una docena de soldados que marchaban de algún sitio a otro. Afortunadamente, no miraron hacia arriba. Pero eso no evitó que el corazón de Calvin latiera hasta casi salirse del pecho. Una vez que hubieron desaparecido, sin embargo, se imaginó que podría escabullirse por el orificio con los pies por delante y dejarse caer hasta el suelo, y sencillamente alejarse por las calles de París. Que se preguntaran cómo una piedra se había salido de la pared. Eso les enseñaría a encerrar a los que curaban a la gente.

Estaba listo para huir, metiendo los pies en el hoyo, cuando de pronto se le ocurrió que escapar era la cosa más estúpida que podía hacer. ¿No estaba aquí para ver al Emperador? Transformarse en un fugitivo no le resultaría de ninguna ayuda. Bonaparte tenía poderes de los que ni siquiera Alvin sabía nada. Calvin tenía que aprenderlos, si podía. Lo más inteligente sería quedarse sentado allí, y ver si de algún modo, a alguien en la cadena de mando se le ocurría que un tipo que podía curar a los pordioseros podría ayudar a Bonaparte a mejorarse de su famosa gota.

Así que sacó los pies del hueco, levantó la piedra y la metió de nuevo en su lugar. Dejó los orificios para los dedos en ella: el fondo de la celda era oscuro, y además, si veían esas marcas en la piedra tal vez tuvieran más respeto por sus poderes.

O tal vez no. ¿Cómo podría saberlo? Ahora todo estaba fuera de su control. Odiaba eso. Pero si quieres conseguir algo, tienes que ponerte en el camino.

Ahora que ya no estaba tratando de escapar (pero que sabía que podría hacerlo si quisiera) Calvin pasaba los días y las noches tendido en el colchón o dando vueltas en su celda. Calvin no era bueno para estar solo. Lo había descubierto en su viaje a través de los bosques después de abandonar Vigor. Alvin podía ser feliz corriendo como un indio, pero Calvin dejó pronto la floresta y volvió a la carretera, donde casi siempre había algún granjero que le dejaba un espacio en su carromato, y así hacía amigos y tenía con quien conversar mientras se alejaba de su aldea natal.

Y ahora estaba atascado de nuevo, e incluso si los guardias hubieran deseado dirigirle la palabra, Calvin no conocía el lenguaje. No le había molestado

demasiado cuando era libre de andar por las calles de París y se sentía rodeado por el bullicio de la gran ciudad. Pero aquí, su incapacidad para algo tan simple como preguntar qué día era lo hacía sentirse como un lisiado.

Finalmente comenzó a entretenerse haciendo travesuras. No le costaba ningún esfuerzo meterse en el mecanismo de la cerradura y arruinar la llave del guardia ablandándola cuando aquél la introducía. Cuando el guardia volvía a sacarla, la llave se había quedado sin dientes y la puerta seguía cerrada. Enojado, el guardia se alejaba en busca de otra llave. Esta vez Calvin lo dejaba abrir la puerta sin ningún problema... ¿pero qué había hecho que la primera llave perdiera sus dientes?

Y no se trataba sólo de su propia cerradura. Empezó a buscar más y más lejos, tanteando con su poder hasta que localizaba otras celdas ocupadas. Jugaba con sus cerrojos, también, incluyendo el fundir algunos e inutilizarlos de tal forma que ninguna llave pudiera abrirlos, y arruinando otros de manera que fuera imposible cerrarlos. Los gritos, las pisadas, la gente corriendo, todo eso mantenía a Calvin muy entretenido, especialmente al imaginar lo que los guardias debían estar pensando. ¿Fantasmas? ¿Espías? ¿Quién podría estar haciendo esas extrañas cosas con las cerraduras de la Bastilla?

También aprendió un par de cosas. Allá en Vigor, siempre que se sentaba por demasiado tiempo se ponía impaciente, se levantaba y empezaba a moverse, o bien comenzaba a pensar en Alvin y se enfadaba. En cualquiera de los dos casos, no pasaba mucho tiempo probando el límite de sus poderes, no desde que Alvin había llegado a casa. Ahora, sin embargo, descubrió que podía enviar su poder muy lejos, y llegar a lugares que nunca había visto con sus propios ojos. Empezó a acostumbrarse a mover sus invisibles dedos mentales a través de la piedra, sintiendo las diferentes texturas en ella, palpando las vetas de la madera de las pesadas puertas, el relieve de las bisagras y las cerraduras. ¡Diablos, sí que era bueno!

Y exploraba su propio cuerpo con esos dedos, y los cuerpos de los demás prisioneros, tratando de encontrar lo que Alvin veía, intentado ir más adentro. También experimentaba un poco en los cuerpos de los otros prisioneros, efectuando cambios en sus piernas del mismo modo en que tendría que cambiar la pierna de Bonaparte. No es que ninguno de ellos tuviera la gota, desde luego... ésa era una enfermedad de los ricos, y nadie en prisión era rico, aún si tenía dinero en el exterior. Pero podía obtener una imagen mental de cómo debería lucir una pierna sana aproximadamente, por dentro. Formarse una idea de lo que necesitaba hacer para arreglar la pierna del Emperador.

Sin embargo, la verdad sea dicha, no entendía mucho más sobre las piernas después de una semana de investigación de lo que sabía al principio.

Una semana. Una semana y media. Cada día, más y más a menudo, caminaría hacia la pared, se acuclillaría y pondría sus dedos en los hoyos del bloque. Tiraría un poco, o quizás a veces más de un poco, y una o dos veces tiraría hasta sacar el bloque de la pared, deseando deslizarse por el orificio y caminar hacia la libertad. Siempre, tras pensar por unos momentos, lo pondría de vuelta. Pero le tomaba más tiempo de meditación cada día. Y las ganas de irse eran más y más fuertes.

Era un maldito plan estúpido, de todas formas, como todos sus planes, cuando te ponías a pensarlo. Calvin era un tonto si creía que dejarían a un joven americano desconocido tener acceso al Emperador.

Había sacado la piedra de la pared por lo que él pensaba que podía ser muy bien la última vez, cuando escuchó los pasos en el corredor. ¡Nunca nadie iba hasta allí a esas horas de la noche! No había tiempo para regresar la piedra a su lugar, tampoco. Así que... ¿se iba, o se quedaba? Verían el bloque fuera del muro sin importar lo que hiciera. ¿Quería enfrentar las consecuencias, que podían incluir ver al Emperador, pero igual de fácil podían significar enfrentarse a la guillotina; o se deslizaría por el hueco hacia la calle antes de que abrieran la puerta?

Pequeño Napoleón gruñó para sí. Todos estos días, el Emperador podría haber preguntado por el curandero americano en cualquier momento. Pero no, tenía que ser en el medio de la noche, tenía que ser esa noche, cuando el Pequeño Napoleón había reservado el mejor palco para el estreno de la nueva ópera de un italiano, un tal fulano. Quería decirle al Emperador que esa noche no era conveniente, que encontrara a otro lamesuelas que le hiciera el encargo. Pero entonces el Emperador le había sonreído y sugerido que había otros que podrían llevar a cabo tan humilde misión, y que no debería malgastar el tiempo de su sobrino con asuntos tan poco importantes... ¿y qué podía hacer el Pequeño Napoleón? No podía dejar que el Emperador se diera cuenta de que podía reemplazarlo con cualquier lacayo. No, insistió. No, Tío, iré yo mismo, será un placer.

- Sólo espero que pueda hacer lo que prometiste -dijo Bonaparte-.

El bastardo estaba jugando con él, ésa era la verdad. Sabía tan bien como el Pequeño Napoleón que no existía ninguna promesa de nada, sólo lo que decía el informe. Pero si al Emperador le placía hacer sudar a su sobrino por el miedo de que tal vez sólo estuviera haciendo el idiota, bueno, era un privilegio de los Emperadores jugar con los sentimientos de los demás.

El guardia hizo bastante ruido marchando corredor abajo y buscando la llave entre el manojito que llevaba.

- ¿Qué, idiota, le estás dando tiempo al prisionero para que deje de cavar su túnel y esconda la evidencia?

- No hay túneles en este piso, señor -dijo el carcelero-.

- Ya lo sé, idiota. ¿Pero por qué tanto problema con las llaves?

- La mayoría son nuevas, señor, y aún no reconozco cuál abre cada puerta, no tan fácil como antes.

- ¡Pues usa las llaves viejas y no pierdas mi tiempo!

- Las viejas llaves se arruinaron, señor, o se rompieron las cerraduras. Ha sido una locura, no lo creería.

- No lo creo -gruñó Pequeño Napoleón. Pero lo creía, de verdad. Había oído algo sobre un sabotaje o algo que pudría los cerrojos o algo así en la Bastilla-.

La llave finalmente se deslizó en la cerradura, y la puerta crujió al abrirse. El carcelero dio un paso al frente y alumbró con su linterna, para asegurarse de que el prisionero estuviera en su lugar y no preparándose para saltar sobre él y quitarle las llaves. No. Éste, el chico americano, estaba sentado lejos de la puerta, apoyado contra la pared opuesta.

¿Sentado sobre qué? El carcelero se acercó unos pasos más, y alzó otro poco la linterna.

- Mon dieu -murmuró Pequeño Napoleón-.

El americano estaba sentado sobre uno de los grandes bloques de piedra que formaban el muro, y había un hueco que llevaba directamente a la calle. Ningún hombre podría haber extraído el bloque de la pared sólo con sus manos... ¿cómo podría siquiera agarrarlo? Pero habiéndolo movido de algún modo, ieste estúpido americano se sentaba a esperar! ¿Por qué no escapaba?

El americano le sonrió, luego se puso en pie, todavía sonriendo, todavía mirando al Pequeño Napoleón, y entonces hundió sus brazos en la piedra hasta los codos, tan fácilmente como si la piedra hubiera sido un balde de agua.

El carcelero lanzó un chillido y corrió hacia la puerta.

El americano volvió a sacar sus manos de la piedra... pero una de ellas ahora estaba cerrada en un puño. Tendió la mano y ofreció la piedra a Pequeño Napoleón, que la tomó, sopesándola. Era piedra, tan dura como siempre. Pero tenía la forma de la parte interna de la palma y los dedos de un hombre. De alguna manera este muchacho podía meterse en la roca sólida y agarrar un puñado de piedra como si fuera arcilla.

Pequeño Napoleón buscó en su memoria y encontró algo de inglés de sus días en la escuela.

- ¿Qué es tu nombre? -preguntó-.
- Calvin Maker -dijo el americano-.
- ¿Hablas francés?
- Ni una palabra -dijo Calvin Maker-.
- Ven avec mí -dijo Pequeño Napoleón-. Avec...
- Con -lo ayudó el chico-. Ir con usted.
- Oui. Sí.

El emperador finalmente había preguntado por el chico. Pero ahora el Pequeño Napoleón tenía serias dudas. No había nada en la sanación de los pordioseros que sugiriera que el muchacho tuviera poder sobre la piedra sólida. ¿Qué pasaría si este tal Calvin Maker hiciera algo para avergonzarlo? ¿Qué pasaría si -estaba más allá de toda posibilidad, pero tenía que pensar en ello- qué pasaría si el chico mataba al Tío Napoleón?

Pero el Emperador había preguntado por él. No había vuelta atrás. ¿Qué podía hacer, ir y decirle al Tío que el hombre que había traído para curar su gota podía muy bien decidir hundir sus manos en el piso, arrancar un trozo de mármol y romperle la cabeza? Eso sería un suicidio político. Estaría viviendo en Córcega y atendiendo a las ovejas al instante. Si es que no terminaba viendo el mundo derrumbarse sobre sus talones mientras su cabeza rodaba hacia el cesto de la guillotina.

- Ven ven ven -dijo Pequeño Napoleón-. Comigo.

El carcelero estaba acurrucado en una lejana esquina del corredor. Pequeño Napoleón lanzó una patada en su dirección. El hombre estaba tan ausente que ni siquiera trató de esquivar. La patada cayó certera, y con un gemido el carcelero rodó como una col.

El joven americano río con fuerza. Al Pequeño Napoleón no le gustó su risa. Jugó con la idea de desenvainar su cuchillo y matarlo allí mismo. Pero explicárselo al Emperador sería peligroso. "Así que trataste de que lo viera por dos semanas, ¿y resulta que era un asesino?". No, pasara lo que pasara, el americano vería al Emperador.

Calvin Maker vería a Napoleón Bonaparte... mientras el Pequeño Napoleón vería si Dios respondía a su más ferviente plegaria.

12

Abogados

¿Sabe que el chico de los Miller, Alvin, está preso en Río Hatrack? –el extraño se apoyó en el mostrador y sonrió–.

- Creo que he oído algo al respecto –dijo Armadura de Dios Weaver–.

- Estoy aquí para descubrir la verdad sobre Alvin, para que así el jurado pueda tomar la decisión correcta en Hatrack. Los de allá no conocen a Alvin tan bien como la gente de aquí. Sólo necesito unas cuantas declaraciones sobre su carácter –el forastero sonrió de nuevo–.

Armadura de Dios asintió.

- Creo que éste es el lugar correcto, si lo que busca es la verdad sobre Alvin.

- Es lo que busco. ¿Significa eso que usted conoce al joven en persona?

- Bastante bien -Armadura de Dios pensó que si quería averiguar qué se proponía este hombre, lo mejor sería no decir que estaba casado con la hermana de Alvin-. Pero me parece que no sabe en lo que se está metiendo, amigo. Obtendrá más declaraciones de las que espera.

- Oh, he oído hablar de la masacre del Tippy-Canoe, y la maldición que aqueja a los locales. Soy un abogado. Estoy acostumbrado a oír cosas así de la gente a la que defiendo.

- ¿Defiende, eh? -preguntó Armadura-. Es un aboga'o que defiende a la gente, ¿es eso?

- Por eso es por lo que soy mejor conocido, en mi hogar, Ciudad Cartago.

Armadura asintió de nuevo. Tal vez viviera en Ciudad Cartago ahora, pero su acento era de Nueva Inglaterra. Y podía tratar de usar un lenguaje popular, pero era la versión que tendría un abogado, para que la gente bajara la guardia. Este tipo podría hablar como en la Biblia si quisiera. Podría hablar como Milton. Pero eso no bastaba para que Armadura confiara en él. No todavía.

- O sea que cuando la gente le diga cómo asesinaron indios que nunca hicieron daño a nadie, usted lo escuchará todo sin siquiera pestañear, ¿es eso?

- No puedo garantizar que no pestañearé, Sr. Weaver. Pero escucharé, y cuando haya terminado, seguiré con el asunto que me trajo aquí.

Ahora es el momento.

- ¿Y qué asunto es ése? -preguntó Armadura-.

El hombre parpadeó. ¿Pestañeando ya?, pensó Armadura. Eso fue bastante rápido.

- Ya le dije, Sr. Weaver. Reunir declaraciones sobre Alvin, el hijo del molinero.

- Con el propósito de contarle a la gente de Río Hatrack sobre su verdadero carácter, dijo usted. La cosa es que, de los últimos ocho años, Alvin pasó siete en Hatrack, y sólo uno aquí en Iglesia de Vigor. Lo conocimos como un niño, puede apostar, pero últimamente yo diría que es la gente de Hatrack quien lo conoce mejor. Así que como yo lo veo, usted está aquí para conseguir una imagen de Alvin que la gente de Hatrack no conoce. Y la única razón que tiene usted para hacer eso es cambiar el punto de vista que tienen allí sobre el muchacho. Y puesto que es un hecho que Alvin es respetado en Hatrack, sólo puede estar aquí para tratar de sacar a la luz algunos trapos sucios del chico, para hacerle daño. ¿Lo he entendido mal? ¿Amigo?

La súbita desaparición de la alegre sonrisa del abogado fue toda la confirmación que Armadura necesitaba.

- Los trapos sucios no me interesan, Sr. Weaver. Vengo aquí con una mente abierta.

- Una mente abierta, y una buena charla sobre cómo defiende a la gente y todo eso, para que así todo el mundo piense que está de parte de Alvin, en vez de haber sido contratado para destruir la buena opinión que tienen de él. Así que creo que el hecho de que esté usted aquí significa que los amigos de Alvin mejor consiguen a alguien más que vaya a buscar declaraciones en su favor, porque usted no estará satisfecho hasta obtener algunas mentiras.

El hombre se puso rígido y dio un paso atrás.

- Veo que se lo ha tomado como algo personal, y bastante mal, además. Espero que pueda decirme qué he dicho para ofenderlo.

- ¡Ca! La única ofensa fue pensar que porque no soy abogado debo ser más tonto que un burro.

- Bien, no importa la conclusión a la que haya llegado, le aseguro que como oficial de la corte no busco nada más que la simple verdad.

- ¿Oficial de la corte, eh? Bueno, resulta que yo se que todos los abogados son oficiales de la corte. Aun cuando hayan sido contratados por un grupo privado para causar daño, porque usted, tan cierto como que Dios es grande, no fue contratado por el fiscal del condado en Hatrack, porque él le hubiera dado una carta de presentación y usted no hubiera tratado de intrigar y tergiversar y distorsionar los hechos.

El forastero volvió a ponerse el sombrero, presionándolo con fuerza contra su cabeza. Armadura suprimió el impulso de empujarlo aún más con sus propias manos. Cuando el extraño alcanzó la puerta, Armadura le hizo una última pregunta:

- ¿Tiene nombre, para que podamos preguntarle al cuerpo de abogados del estado sobre cualquier cargo pendiente en su contra?

El abogado se dio vuelta y sonrió, aun más ampliamente que cuando estaba tratando de engañar a Armadura.

- Mi nombre es Daniel Webster, Sr. Weaver, y mis clientes son la verdad y la justicia.

- La verdad y la justicia deben pagar mucho mejor en Nueva Inglaterra que aquí -dijo Armadura-. Es de Nueva Inglaterra, ¿verdad?

- Nací allí, y allí crecí, pero no vi ningún futuro para mí en aquel sitio ignorante y atrasado. Así que vine a los Estados Unidos, donde las leyes se basan en los derechos del hombre en lugar de en los privilegios heredados de los monarcas o la anticuada teología de los puritanos.

- Ah. ¿Entonces nadie le está pagando?

- Yo no he dicho eso, Sr. Weaver.

- ¿Quién le paga, entonces? No es el condado, y no es el estado. Y seguro que no es Pacífico Smith, que debe tener apenas lo justo pa' llegar al final del día.

- Represento a un consorcio de preocupados ciudadanos de Ciudad Cartago, quienes están determinados a ver que la justicia prevalece incluso en las retrógadas ciénagas del estado de Hio.

- Un consorcio. ¿Algo como una casa pública? ¿O un burdel?

- Qué divertido.

- Deme un nombre, Sr. Webster. Resulta que soy el alcalde de este pueblo, tal como lo ve, y usted está aquí ejerciendo la ley, a su manera, y creo que tengo el derecho de saber quién está enviando abogados a reunir mentiras sobre nuestros respetados ciudadanos.

- ¿Posee usted algún arma de cualquier tipo, Sr. Weaver?

- Sí, amigo.

- ¿Entonces por qué debería revelar los nombres de mis clientes a un hombre armado y enojado, de un pueblo que está tan orgulloso de ser un nido de asesinos que sus habitantes se jactan de ello y le vomitan la historia completa a cualquier desafortunado visitante? Además, los alcaldes no tienen el derecho de preguntar sobre nada que tenga que ver con las relaciones entre un fiscal y sus clientes. Buenos días, Sr. Weaver.

Armadura observó al tal Webster salir por la puerta. Luego se puso el sombrero, llamó a su hijo mayor y le dijo que dejara la comida y vigilara la tienda un rato, y partió a campo traviesa y sobre la colina hacia la casa de sus suegros. Su esposa estaría allí, ya que era la mejor de entre las mujeres en eso de Hacer, según Alvin, y era muy respetada como profesora y componedora de -por mucho que Armadura lo odiara- hechizos. La familia tenía que saber lo que estaba sucediendo, que Alvin tenía enemigos en la capital que estaban gastando su dinero en un abogado para que viniera a escarbar en el pasado del muchacho. Ahora no había otra salida: tendrían que encontrar un abogado para Alvin, de algún modo. Y no un primo del campo, tampoco. Tenía que ser uno de la ciudad que conociera los mismos trucos que ese tal Webster. Armadura recordaba vagamente haber oído sobre ese tipo en alguna parte. En algunos círculos se hablaba de él con respeto, y habiendo conversado con él y oído su voz dorada y sus respuestas rápidas, y la forma en la que hacía que una mentira sonara como una verdad obvia incluso para alguien que sabía que era algo falso... bien, Armadura sabía que no sería sencillo encontrar a alguien capaz de superar eso. Y tampoco sería sencillo por otra razón: la paga.

Calvin no tenía idea de qué se suponía que debía hacer al encontrarse con el Emperador. El título del sujeto era como ser lanzado de regreso a la antigua Roma, a Persia, a Babilonia. Pero ahí estaba él, sentado en una silla de espalda recta en lugar de en un trono, su pierna descansando sobre un banco y un cojín; y en vez de cortesanos sólo había secretarios, cada cual sentado frente a un escritorio y garabateando órdenes, cartas y edictos, tras lo cual saltaba de su lugar como un resorte para apresurarse a salir de la habitación mientras el siguiente secretario comenzaba a anotar furiosamente los mandatos que brotaban de la boca de Napoleón como un caudal continuo de un francés mordaz y cantarín, casi sonoramente italiano.

Mientras los dictados continuaban, Calvin, con guardias a cada lado (como si eso pudiera impedirle hacer colapsar el suelo bajo el Emperador si hubiera querido), observaba en silencio. Por supuesto que no lo invitaron a tomar asiento; incluso Napoleón El Pequeño, el sobrino del Emperador, permanecía en pie. Sólo los secretarios podían sentarse, al parecer, ya que era difícil imaginar cómo podrían escribir sin un soporte.

Al principio Calvin sólo se enfocó en el entorno; luego estudió el rostro del Emperador, como si aquella ligera expresión de dolor guardara algún secreto que, sólo con examinarla lo suficiente, entregara las respuestas a los enigmas de la esfinge. Pero al poco tiempo la atención de Calvin se desvió hacia la pierna. Era la gota lo que tenía curar, si quería lograr algún avance. Y Calvin no tenía ni idea sobre qué causaba la gota o siquiera cómo descubrirlo. Ésa era la especialidad de Alvin.

Por un instante se le ocurrió que tal vez debería rogar que le diesen permiso para escribirle a su hermano y así conseguir que Alvin viniera, sanara al Emperador y ganara la libertad de Calvin. Pero enseguida se reprochó duramente haber albergado un pensamiento tan cobarde. ¿Soy un Hacedor o no? Y si soy un Hacedor, soy igual que Alvin. Y si soy igual que Alvin, ¿por qué debería llamarlo

para que me saque de un problema que, por lo que sé, se trata sólo de un malentendido?

Envío su poder al interior de la pierna de Napoleón.

No era el tipo de hinchazón que Calvin estaba habituado a encontrar en las ponzoñosas heridas de los pordioseros. No comprendía bien qué fluídos eran los que inundaban la rodilla de Napoleón –ciertamente no se trataba de pus- y simplemente no se atrevió a conducirlos de vuelta a la sangre, por miedo a que fueran venenos que acabarían con el mismo hombre de quien deseaba aprender tanto.

Además, ¿era realmente lo mejor para Calvin curar a este hombre? No es que supiera cómo hacerlo, pero Calvin no estaba seguro de que debiera siquiera intentarlo. Lo que él necesitaba no era la gratitud momentánea de un hombre recuperado, sino la dependencia continua de un enfermo que requiriese de los servicios de Calvin para lograr alivio. Alivio temporal.

Y eso era algo que Calvin entendía, hasta cierto punto. Había aprendido tiempo atrás a encontrar los nervios en un perro o una ardilla y a darles una especie de pellizco, un apretujón invisible. A veces eso hacía que el animal chillara y se retorciera hasta casi matar a Calvin de risa. Otras veces, la criatura no daba muestras de dolor, pero cojeaba como si el miembro afectado por el poder de Calvin ni siquiera existiera. En una ocasión un perro completamente saludable se arrastró sobre sus cuartos traseros hasta que su vientre y sus patas quedaron en carne viva y Padre se dispuso a dispararle a la pobre bestia para librarla de su sufrimiento. Calvin se apiadó del animal y dejó de apretar el nervio para que pudiera volver a caminar, pero después de eso ya nunca volvió a caminar bien, sino que se ladeaba, aunque Calvin no tenía forma de averiguar si eso se debía al pellizco intencional o al daño causado por arrastrar el trasero sobre la tierra por más de una semana.

Lo que importaba era ese apretón en el nervio, para eliminar toda sensibilidad. Bonaparte tal vez se derrumbara fláccidamente, pero acabaría con el dolor. Alivio, no una cura.

¿Pero qué nervio? Calvin no los conocía todos ni los había clasificado uno por uno. Ese tipo de pensamiento metódico era la forma en que Alvin hacía las cosas. En Inglaterra, Calvin había descubierto que ésa era una de las diferencias cruciales entre él y su hermano. Existía un nuevo término acuñado en Cambridge para la gente insufriblemente metódica, como Alvin: científico. Mientras que Calvin, que hacía gala de gran arrojo, sagacidad, entusiasmo y, sobre todo, poseía espíritu de improvisación... él era un artista. El problema era que, a la hora de jugar con los nervios de la pierna de Bonaparte, Calvin no podía experimentar. No era probable que surgiera una fuerte amistad entre él y el Emperador si éste empezaba a chillar y a retorcerse como una torturada ardilla.

Pensó en ello por un rato hasta que, al observar a un secretario levantarse y dejar la habitación, se le ocurrió que las de Bonaparte no eran las únicas piernas alrededor. Ahora que era importante que Calvin averiguara exactamente qué nervio hacía qué cosa, y que su toque disminuyera el dolor en lugar de provocarlo, tendría que jugar al científico y probar en muchas piernas hasta descubrirlo.

Comenzó con el secretario que seguía en la línea, un tipo bajo (más bajo aún que el Emperador, que era un hombre de escasa estatura) que se agitó un poco

en la silla. ¿Incómodo?, le preguntó Calvin en silencio. Veamos entonces si podemos encontrarte algo de alivio. Envío su don al interior de la pierna derecha del secretario, encontró el nervio más grande y obvio, y pellizcó.

Ni un respingo, ni una mueca. Calvin se molestó. Apretó con más fuerza. Nada.

Entonces el actual secretario se incorporó de un salto y se apresuró a dejar el salón. Era el turno del tipo bajo que Calvin había pellizcado. El hombre trató de cambiar de posición en la silla, para ajustar la tabla de apoyo, pero para delicia de Calvin una expresión de estupefacción apareció en su rostro, seguida por un intenso rubor cuando tuvo que inclinarse y mover su pierna derecha utilizando las manos. Ajá. Aquel nervio grande (¿o era un cordón formado por nervios muy finos?) no tenía nada que ver con la sensibilidad. En vez de eso parecía controlar el movimiento. Interesante.

El sujeto escribió en silencio, pero Calvin sabía que pensaba únicamente en lo que ocurriría cuando tuviera que ponerse en pie y correr hacia la salida. Predeciblemente, cuando terminó el edicto –que refería a la garantización de una exención especial de los impuestos a ciertos vinateros del sur de Francia debido a las malas cosechas- el hombre se incorporó, dió una vuelta, cayó y quedó extendido en el suelo, una pierna enredada con la otra como el hilo de pescar de los niños.

Todas las miradas se volvieron hacia el pobre hombre, pero nadie dijo una sola palabra. Calvin lo observó con regocijo apoyarse sobre sus manos y su rodilla izquierda, mientras que la pierna derecha permanecía inútil. La rodilla se doblaba bastante bien, desde luego, y el sujeto la puso bajo su cuerpo en una forma que parecía la correcta para levantarse, pero dos veces trató de soportar el peso con ella y dos veces volvió a caer.

Bonaparte, luciendo enojado, finalmente habló.

- ¿Es usted un secretario, señor, o un payaso?

- Mi pierna, señor –dijo el miserable funcionario-. Mi pierna derecha parece no funcionar ahora.

Bonaparte se volvió ásperamente hacia los guardias que custodiaban a Calvin.

- Sáquenlo de aquí. Y traigan a alguien que limpie la tinta derramada.

Los guardias izaron violentamente al hombre y comenzaron a moverlo, medio arrastrándolo, hacia la puerta. Ahora era el momento para que el Pequeño Napoleón ratificara su poder.

- Tomen su escritorio, idiotas –dijo el sobrino del Emperador-. Y el tintero, y la pluma, y el edicto, si no está arruinado.

- ¿Y cómo harán todo eso –preguntó Bonaparte irritado-, visto que tienen que sostener a este mendigo cojo? –Luego miró con expectación a la cara del Pequeño Napoleón.

Al Pequeño Napoleón le tomó un momento darse cuenta de lo que el Emperador esperaba de él, y más aún le costó tragarse su orgullo y hacerlo.

- Pero, por supuesto, Tío –dijo, con calculada delicadeza-, estaré feliz de recogerlo yo mismo.

Calvin suprimió una sonrisa mientras el orgulloso hombre que lo había arrestado, ahora se arrodillaba y recogía los papeles, la pizarra, la pluma y el tintero, evitando cuidadosamente que una sola gota de tinta manchara sus ropas. Para entonces el secretario que Calvin había pellizcado estaba fuera de la habitación. Pensó en enviar al exterior su poder para encontrar al hombre y

liberar el nervio, pero no estaba seguro de adónde había ido, y de todas formas, ¿qué importaba? Era sólo un secretario.

Cuando el Pequeño Napoleón se hubo marchado, Bonaparte continuó dictando, pero su discurso ya no era rápido y mordaz. Por el contrario, hacía pausas, se corregía a sí mismo una y otra vez, y a veces se quedaba en silencio por un rato, mientras el secretario mantenía el lápiz en alto. En esos momentos, Calvin causaba que la tinta de la pluma fluyera hasta la punta y goteara súbitamente sobre el papel (¡ah, el frenesí del chorro!). Y desde luego, ello sólo servía para distraer al Emperador y a los demás.

Ahí estaba, sin embargo, el asunto de las piernas. Calvin exploró a cada secretario en la fila, encontrando otros nervios que pellizcar, aunque sólo levemente. Dejó tranquilos los nervios motores; eran los nervios del dolor los que estaba buscando, y calculaba su progreso observando los ojos abiertos, los rostros ruborizados, y los ocasionales jadeos de los desafortunados secretarios. Bonaparte se daba cuenta de su incomodidad... lo distraía más que a todos ellos. Finalmente, cuando un hombre boqueó tras un apretón particularmente intenso – el toque de Calvin no era siempre preciso con cosas tan sutiles como los nervios –, Bonaparte se removió en su silla, estremeciéndose por el dolor de su propia pierna, y dijo, según lo que pudo entender Calvin de su francés:

- ¿Se burlan de mí con esos dolores y lloriqueos? ¡Me siento aquí en agonía, sin hacer ruido alguno, mientras ustedes, cuyo único dolor es el de estar demasiado tiempo sentados escribiendo una carta, gimen y jadean y tiemblan y suspiran hasta que sólo puedo imaginar que estoy atrapado con un coro de hienas!

En ese momento Calvin finalmente lo consiguió, al imprimir la cantidad justa de presión en el nervio del dolor de un secretario de tal forma que toda sensación desapareció, y en lugar de estremecerse, su rostro se relajó lleno de alivio. Eso es, pensó Calvin. Así se hace.

Casi envió su poder directo a la pierna de Bonaparte para darle el mismo toquecillo y eliminar el dolor del Emperador. Afortunadamente, lo distrajo la puerta al abrirse. Era una fregona con un cubo y trozos de tela para limpiar la tinta del piso de mármol. Bonaparte la miró, y ella casi dejó caer el cubo y huyó, pero él de inmediato suavizó su expresión:

- Mi ira se debe a mi dolor, niña –le dijo-. Entra y haz tu trabajo, a nadie le molesta.

Con eso ella reunió todo el coraje que pudo, corrió hacia la mancha de tinta, salpicó un poco al dejar el cubo en el suelo con un sonido metálico, y comenzó a fregar.

Para entonces Calvin lo había pensado mejor. ¿De qué serviría quitarle el dolor a Bonaparte si el Emperador no sabía que era Calvin quien lo hacía? En su lugar, practicó el toque calmante en los nervios de todos los secretarios, para su indudable alivio, y mientras lo hacía comenzó a sentir una especie de corriente, un murmullo, una vibración en los nervios que estaban cargados de dolor en el instante en que los masajeaba, de tal forma que pudo ser más preciso, eliminando no toda la sensibilidad en una pierna, sino solamente el dolor en sí. Por último, se dedicó a la fregona, al dolor que siempre sentía en sus piernas cuando se arrodillaba sobre los fríos suelos para llevar a cabo su trabajo. Tan repentino fue su alivio, y tan agudo y constante había sido su dolor, que lanzó un grito, y nuevamente Bonaparte la observó por su interrupción.

- Oh, señor -dijo-, perdonadme, pero de repente no sentí dolor en mis rodillas.

- Qué suerte -dijo Bonaparte-. Además de este milagro, ¿te parece que ya no ves tinta en el suelo?

Ellá bajó la vista.

- Señor, por mucho que friego, no puedo eliminar la mancha del todo. Me temo que se ha metido en la piedra, señor.

De inmediato Calvin envió su don hacia la superficie del mármol y descubrió que la tinta de hecho había penetrado más allá del alcance de la fregona. Era su oportunidad para que Bonaparte lo notara, no como prisionero -incluso sus guardias se había ido-, sino como un hombre de poder.

- Tal vez yo pueda ayudar -dijo.

Bonaparte lo miró como si lo estuviera viendo por primera vez, aunque Calvin estaba consciente de que el Emperador lo había observado en varias ocasiones durante la pasada media hora. Bonaparte le habló en inglés, pero con un marcado acento.

- ¿Fue para fregar para lo que vino usted a París, mi querido amigo americano?

- Vine para servirle, señor -dijo Calvin-. Ya sea con un piso manchado o con una pierna adolorida, no me importa.

- Veamos cómo lo haces con el suelo primero -dijo Bonaparte-. Dale la tela y el cubo, niña.

- No los necesito -dijo Calvin-. Ya lo he hecho. Dígale que vuelva a frotar, y esta vez la mancha saldrá.

Bonaparte sopesó amenazadoramente la idea de servir de intérprete a un prisionero americano y una fregona, pero su curiosidad pudo más que su dignidad y le dio a la muchacha la orden de volver a limpiar. Esta vez la tinta salió fácilmente, y la piedra quedó limpia de nuevo. Había sido un juego de niños para Calvin, pero el temor y el asombro en el rostro de la niña fueron la mejor publicidad posible para su maravilloso poder.

- ¡Señor -dijo-, sólo tuve que pasar el trapo sobre la mancha y desapareció!

Los secretarios observaban ahora cuidadosamente a Calvin; no eran tontos, y claramente sospechaban que él les había causado tanta incomodidad como alivio, aunque algunos de ellos continuaban pellizcándose las piernas tratando de recuperar la sensibilidad tras los primeros y más torpes intentos de Calvin de anular el dolor. Entonces Calvin se dedicó de nuevo a sus piernas, devolviéndoles la sensibilidad, y les dio el más delicado de los masajes hasta que el dolor desapareció. Lo miraron con cautela, mientras Bonaparte observaba primero a sus funcionarios y luego a su prisionero.

- Veo que has estado ocupado jugándoles bromas a mis secretarios.

Sin responder, Calvin se introdujo en la pierna del Emperador y, sólo por un momento, removi6 todo el dolor. Pero sólo por un instante; en seguida dejó que el dolor regresara.

El rostro de Napoleón se oscureció.

- ¿Qué clase de hombre eres, para llevarte mi dolor por un momento y luego mandármelo de vuelta?

- Perdón, señor -dijo Calvin-. Es fácil curar el dolor que yo mismo he causado, en vuestros hombres. O incluso el dolor provocado por horas limpiando de rodillas. Pero la gota... ése es complicado, señor, y no conozco una cura, ni ningún remedio que dure más que un momento.

- Más de cinco segundos, sin embargo. Apuesto a que sabes hacer eso.
- Puedo intentarlo.
- Eres listo –dijo Bonaparte-. Pero sé reconocer una mentira. Puedes hacer desaparecer el dolor y sin embargo prefieres no hacerlo. ¿Cómo te atreves a mantenerme prisionero de mi dolor?

Calvin respondió con tono suave, aunque sabía que ponía su vida en las manos del Emperador al decir algo tan osado en cualquier tono:

- Señor, usted ha mantenido prisionero mi cuerpo entero todo este tiempo, siendo que antes era libre. Vengo aquí y lo encuentro preso de su dolor, ¿y se queja porque no lo libero?

Los secretarios volvieron a boquear, pero no de dolor, esta vez. Incluso la fregona quedó impactada... tanto, que golpeó el cubo sin querer, derramando el agua negruzca y jabonosa sobre la mitad del suelo.

Calvin rápidamente hizo que el agua se evaporara del piso, y luego convirtió los residuos de tinta en fino polvo invisible.

La joven fregona salió gritando de la habitación.

Los secretarios, también, salían en tropel. Bonaparte se volvió hacia ellos.

- Si escucho un solo rumor sobre esto, iréis todos a la Bastilla. Que encuentren a la niña y la silencien... mediante persuasión o encierro, no se merece ninguna tortura. Ahora dejadme con este extorsionista, mientras averiguo qué es lo que quiere sacar de mí.

Los secretarios abandonaron la sala. Mientras salían, el Pequeño Napoleón y los guardias regresaron, pero Bonaparte los mandó salir también a ellos, lo que causó una mal disimulada furia en su sobrino.

- Está bien, estamos solos –dijo Bonaparte-. ¿Qué es lo que quieres?

- Quiero aliviar su dolor.

- Entonces sánalo y acaba con esto.

Calvin aceptó el reto, retorció los nervios con destreza, y vio suavizarse el rostro de Bonaparte, hasta que desapareció de él la perpetua expresión de sufrimiento.

- Un don semejante –murmuró el Emperador-, y lo desperdicias limpiando pisos y sacando piedras de los muros.

- No durará –dijo Calvin.

- Quieres decir que eliges hacer que no dure –dijo Bonaparte.

Calvin tomó la inusual decisión de hablar con la simple verdad, sospechando que Bonaparte sabría si algo de lo que dijera era mentira.

- No es una cura. La gota sigue ahí. No comprendo la gota, y no puedo curarla. Sólo puedo eliminar el dolor.

- Pero no por mucho tiempo.

Sinceramente, Calvin respondió:

- No sé por cuánto tiempo.

- ¿Y a cambio de qué? –preguntó Bonaparte-. Vamos, muchacho, sé que quieres algo. Todo el mundo quiere algo.

- Pero usted es Napoleón Bonaparte –dijo Calvin-. Pensé que sabía lo que cada hombre quiere.

- Dios no me susurra al oído, si eso es lo que piensas. Y sí, sé lo que deseas, pero no tengo ni idea de por qué has acudido a mí para obtenerlo. Sueñas con ser el hombre más grande de la Tierra. He encontrado hombres con una ambición

como la tuya antes... y mujeres, también. Desafortunadamente, no puedo manipular fácilmente esa ambición para que se acomode a mis propios intereses. Generalmente debo matarlos, porque resultan un peligro para mí.

Esas palabras fueron como un cuchillo en el corazón de Calvin.

- Pero tú eres diferente -dijo Bonaparte-. No me deseas ningún mal. De hecho, soy sólo una herramienta para ti. Una forma de ganar ventaja. No deseas mi reino. Gobierno sobre toda Europa, África del norte, y gran parte del antiguo Este, y sin embargo solamente quieres que sea tu tutor y que te prepare para un juego mucho mayor. ¿Qué juego, en la verde Tierra de Dios, podría ser ése?

Calvin nunca había tenido intenciones de decírselo, pero las palabras brotaron solas.

- Tengo un hermano, un hermano mayor, que tiene mil veces mi poder -estas palabras fueron como bilis, y le quemaron la garganta mientras las pronunciaba.

- Y mil veces tu virtud, también, creo -dijo Bonaparte. Pero esas palabras no le dolieron a Calvin. La virtud, según la definía Alvin, era debilidad y pérdida de tiempo. Calvin estaba orgulloso de tener poca-. ¿Por qué no me ha enfrentado tu hermano? -preguntó Bonaparte-. ¿Por qué no se ha mostrado en todos estos años?

- No es ambicioso -dijo Calvin.

- Eso es mentira -dijo Bonaparte-, aunque en tu ignorancia crees que es cierto. No existe tal cosa como un ser humano sin ambición. San Pablo lo expresó mejor: Fe, ambición y amor, las tres fuerzas motrices de la vida humana.

- Creo que era esperanza -dijo Calvin-. Esperanza y caridad.

- La esperanza es la dulce y débil hermana de la ambición. La esperanza es la ambición deseando ser apreciada.

Calvin sonrió.

- A eso es a lo que he venido -dijo.

- No a curar mi gota.

- A aliviar su dolor, mientras usted alivia mi ignorancia.

- Con poderes como los tuyos, ¿para qué necesitas mis pequeños trucos de conquistador? -la ironía de Bonaparte era despiadada y dolorosa.

- Mis poderes no son nada comparados con los de mi hermano, y él es el único profesor de quien puedo aprenderlos. Así que necesito otros poderes. Poderes que él no posea.

- Los míos.

- Sí.

- ¿Cómo sé entonces que no pretendes volverte contra mí y tratar de tomar mi imperio?

- Si lo quisiera, podría tenerlo ahora -dijo Calvin.

- Una cosa es aterrorizar a la gente haciendo gala de poder -dijo Bonaparte-. Pero el terror sólo te ofrece obediencia cuando estás cerca. Tengo el poder de mantener a los hombres atados a mi voluntad incluso cuando les doy la espalda, incluso cuando no existe la posibilidad de que alguien los encuentre confabulando. Me aman, me sirven con todo su corazón. Aun si hicieras que cada edificio de París se derrumbara sobre la calle, no te ganarías la lealtad del pueblo.

- Por eso estoy aquí, porque sé eso.

- Porque quieres ganar la lealtad de los amigos de tu hermano -dijo Bonaparte-. Quieres que desprecien a tu hermano y te pongan a ti en su lugar.

- Llámeme Cain si lo desea, pero sí -dijo Calvin-. Sí.
- Puedo enseñarte eso -dijo Bonaparte-. Pero nada de dolor. Ni jueguecitos con el dolor, tampoco. Si el dolor vuelve, te haré matar.
- Ni siquiera puede mantenerme en prisión si yo no lo deseo así.
- Cuando decida acabar contigo, muchacho, ni siquiera lo verás venir.

Calvin le creyó.

- Dime, chico...

- Calvin.

- Chico, no me interrumpas, no me corrijas -Bonaparte sonrió dulcemente-. Dime, Calvin, ¿no tenías miedo de que me ganara tu lealtad y pusiera tus poderes a mi servicio?

- Como usted dijo -respondió Calvin-, sus poderes tienen escaso efecto en la gente con una ambición tan grande como la suya. Realmente es sólo la bondad de las personas lo que usted vuelve contra ellas, para controlarlas. Su generosidad. ¿No es cierto?

- En cierta forma, aunque es mucho más complicado que eso. Pero sí.

Calvin sonrió de oreja a oreja.

- Bien, ¿ve, entonces? Sabía que era inmune.

Bonaparte frunció el ceño.

- ¿Tan seguro estás? ¿Tan orgulloso de ser un hombre absolutamente falto de generosidad?

La sonrisa de Calvin sólo se desvaneció levemente.

- El Viejo Bon, el terror de Europa, el hombre que hace caer los imperios... ¿El Viejo Bon está impactado por mi falta de compasión?

- Sí -dijo Bonaparte-. Nunca pensé que vería algo así. Un hombre sobre el que nunca tendré poder... y pese a ello te dejaré quedarte a mi lado, por la seguridad de mi pierna, y te enseñaré todo lo que pueda enseñarse. Por el bienestar de mi pierna.

Calvin rió y asintió.

- Entonces tenemos un trato.

Sólo más tarde, mientras le enseñaban un lujoso apartamento en el palacio se le ocurrió a Calvin preguntarse, si tal vez el hecho de que Bonaparte admitiera que Calvin no podría ser controlado era sólo parte de su plan; si, quizás, Bonaparte ya tenía control sobre Calvin pero, al igual que las demás herramientas del Emperador, Calvin continuaba pensando que era libre.

No, se dijo a sí mismo. Incluso si es así, ¿de qué me sirve pensar sobre ello? El trato está hecho o no está hecho, y de cualquier modo sigo siendo yo y todavía tengo que lidiar con Alvin. ¡Mil veces más poderoso que yo! ¡Mil veces más virtuoso! Ya veremos eso cuando llegue el momento, cuando te quite a tus amigos, Alvin, como tú me robaste mi derecho de nacimiento, traicionero Esaú, tramposo Rubén, celoso Ismael. Dios me dará lo que me corresponde, y me ha dado a Bonaparte para mostrarme cómo conseguir algo con ello.

Alvin no sabía que lo estaba haciendo. Durante el día pensaba que estaba soportando su encarcelamiento bastante bien, mostrando una amplia sonrisa a sus visitantes, cantando de vez en cuando, e incluso a coro con sus carceleros cuando se sabían la canción y se le unían. No parecía un encierro ni muy grave ni

muy serio, y todo el mundo decía que era una vergüenza para Alvin estar enjaulado, ¿pero no se lo estaba tomando como un soldado?

Cuando dormía, sin embargo, su odio hacia los muros de la prisión, su aborrecimiento por la monotonía y la falta de vida del lugar, hacía brotar otro tipo de canción, una música interior que armonizaba con el Canto Verde que una vez había llenado esa parte del mundo. Era la música de los árboles y las plantas, de los insectos y las arañas, de las criaturas peludas y escamosas que habitaban bajo las hojas, en la tierra, en el suelo o en las frías corrientes y los ríos irrefrenables. Y la voz interior de Alvin estaba sintonizada con ese canto, conocía todas las melodías, y en lugar de con los carceleros cantaba a coro con las criaturas libres del bosque.

Y las criaturas escuchaban su canción, que no llegaba a oídos humanos. En los andrajosos restos de las antiguas selvas, en los nuevos bosquecillos que crecían en algunos campos abandonados cuatro o diez años atrás, lo escuchaban, los últimos pocos bisontes, los venados expectantes, los lince y los amigables coyotes y los lobos salvajes. Los pájaros, sobretodo, eran los que mejor lo escuchaban, y llegaron primero, en parejas, a decenas, en bandadas de cientos; visitaban la aldea y cantaban y coreaban su música por un rato, por el día y por la noche, hasta que el pueblo despertaba por el estruendo de tantos cantos a la vez. Venían y cantaban por una hora y se iban de nuevo, pero el recuerdo de su canción permanecía.

Primero las aves, y luego el canto de los coyotes, el aullido de los lobos, no tan cerca como para resultar aterrador, pero sí lo suficiente para llenar los desintonizados corazones de la mayoría de la gente con una especie de temor, y hacerlos despertar sudando en la noche. Las huellas de los mapaches estaban por todos lados, y sin embargo no había ropas rasgadas ni comida robada, y tampoco aumentó el número usual de gallinas desaparecidas, aunque los zorros se paseaban invisibles por el techo de los gallineros. Las ardillas reunían sus nueces y corrían sin miedo a través del pueblo para dejar pequeñas ofrendas frente a la casa de tribunales. Los peces saltaban en el Hatrack y en otros arroyos cercanos, una danza de plata entre los destellos de la luna sobre el agua, y las gotas eran como estrellas precipitándose de nuevo sobre la corriente.

Mientras tanto, Alvin dormía, al igual que la mayor parte del pueblo, y sólo gradualmente se corrió la voz de que había agitación en el mundo natural, y entonces sólo algunos pocos comenzaron a relacionar esta conmoción con la presencia de Alvin en la cárcel. Los tipos lógicos decían que no podía existir ninguna conexión. El Dr. Whitley Physicker afirmaba con temeridad, cuando se lo preguntaban (y a veces cuando nadie en absoluto lo había hecho):

- Yo soy el primero en pensar que está mal tener a ese muchacho tras las rejas. Pero eso no implica que el zumbido de cientos de inofensivas abejas que no atacaron a nadie la noche pasada signifique nada excepto tal vez que el invierno será especialmente duro. O quizás especialmente benévolo. No soy un gran intérprete de las abejas. ¡Pero no tiene nada que ver con que Alvin esté en la cárcel porque a la naturaleza difícilmente le importan las disputas legales de los seres humanos!

Bastante cierto pero, como podría decir un abogado, irrelevante. No era la presencia de Alvin en prisión lo que molestaba a la naturaleza, era Alvin cantando en sus sueños lo que la llamaba. Y aquellos pocos en la aldea que podían oír un

eco lejano de su canción, gente como John Binder, por ejemplo, y el capitán Harriman, que había escuchado tales alborotos silenciosos durante toda su vida, ellos no se despertaban en la noche por el canto de las aves y el lamento de los coyotes y el aullido de los lobos y el traqueteo de las ardillas en el tejado. Todo eso simplemente se ajustaba a sus propios sueños, pues a ellos pertenecía, todo encajaba, y la canción de Alvin y el eterno Canto Verde del mundo les hablaban de paz en lo profundo de sus corazones. Ellos escuchaban los rumores pero no comprendían la confusión de los demás. Y si la borracha Freda bebía un poco menos y dormía un poco mejor, ¿quién lo notaría, aparte de ella?

Verily Cooper llegó a Iglesia de Vigor de la manera difícil, pero en realidad todos lo hacían. Con la reputación que tenía el pueblo de obligar a los viajeros a escuchar una dura y tenebrosa historia, no es extraño que no fuera una parada en ninguna de las rutas tradicionales de las diligencias. El ferrocarril no había llegado tan al oeste todavía, pero aun si lo hubiera hecho no es probable que hubiesen construido una Estación Vigor. La aldea que Armadura de Dios Weaver había esperado una vez que se convirtiera en la puerta de entrada al lejano oeste, se encontraba ahora en un permanente estancamiento.

Así que estaba el tren (tembloroso y apesoso, pero rápido y barato) a Dekane, y una diligencia desde allí a Vigor. Por la más pura coincidencia, la ruta de Verily lo llevó justo a través de la aldea de Río Hatrack, donde el hombre con quien pretendía encontrarse, Alvin, hermano de Calvin, estaba encerrado. Pero éste era el coche expreso y no se detuvo en Hatrack para una agradable comida en el hostel de Horace Guester, donde sin duda Verily hubiera escuchado cosas que detuvieran su viaje de inmediato. En cambio continuó hasta Ciudad Cartago, se cambió a una carroza lenta que se dirigía hacia el noroeste, hacia Wobbish, y luego se bajó en un pequeño y somnoliento poblado de transbordo donde compró un caballo, una silla y una mula para su equipaje, que no era demasiado pero sí más del que quería llevar consigo sobre el caballo. Desde allí fue sólo cosa de cabalgar hacia el norte todo el día, detenerse en una granja por la noche, y montar otro día entero hasta que, al anochecer, justo mientras el sol se escondía, llegó a la tienda de Armadura, donde las lámparas estaban encendidas y Verily esperaba encontrar un lugar donde pasar la noche.

- Lo lamento mucho -dijo el hombre en la puerta-. No tenemos habitaciones de sobra para huéspedes... no hay mucha necesidad de ellas en esta aldea. La familia del molinero al final del camino acoge a todos los visitantes que nos llegan, pero... bueno, amigo, igualmente puedes pasar. Porque la mayor parte de la familia del molinero está aquí mismo, en mi tienda, y además hay una historia que tienen que contarte antes de que tú o ellos puedan irse a la cama.

- Me han hablado de ella -dijo Verily Cooper-, y no tengo miedo de oírla.

- ¿Entonces viniste aquí a propósito?

- ¿Con esas señales en el camino, que advierten a los viajeros que se mantengan lejos? -Verily entró en la casa-. Tengo un caballo y una mula que requieren atención.

Sus palabras fueron escuchadas por la gente reunida en la tienda, sentada en las sillas y los taburetes o apoyada en el mostrador. Inmediatamente dos jóvenes con rostros idénticos se deslizaron sobre las tablas.

- Yo me ocupo del caballo -dijo uno.
- Lo que me deja la mula... y su equipaje, sin duda.
- Y yo tengo la silla -dijo el primero-. Creo que estamos iguales.

Verily Cooper estrechó su mano a la manera franca y directa de los americanos que ya había aprendido.

- Soy Verily Cooper -dijo.
- Wastenot Miller -dijo uno de los muchachos.
- Y yo soy Wantnot¹⁶ -dijo el otro.
- Puritanos, si he de hacer caso a los nombres -dijo Verily.

- Nada de eso -dijo un grueso hombre de mediana edad sentado en un taburete en la esquina-. Bautizar a los bebés con nombres de virtudes no es monopolio de fanáticos religiosos de Nueva Inglaterra.

Verily sintió entonces por primera vez recelo en el ambiente, y entendió que debían estar preguntándose quién era y cuáles eran sus asuntos allí.

- No hay más que un molinero en el pueblo, ¿verdad? -preguntó.
- Sólo yo -dijo el hombre grueso.

- Entonces debe ser usted Alvin Miller, Padre -dijo Verily, dando un paso hacia él y tendiéndole la mano.

El molinero se la estrechó con cautela.

- Me tiene identifiacao, joven, pero todo lo que yo sé de usted es que llega a última hora de la tarde, sin que nadie sepa nada de su llegada, y habla como un inglés presuntuoso con demasiada educación. Tuvimos un predicador por acá que hablaba como usted. Pero ya no está -y por el tono de su voz, Verily dedujo que su partida no había sido muy placentera.

- Mi nombre es Verily Cooper -dijo-. El negocio de mi padre son los barriles, y lo aprendí en mi infancia. Pero tiene razón, tuve una buena educación y ahora ejerzo de jurista.

El molinero pareció confundido.

- De tonelero a jurista -dijo-. Debo decirle que no conozco muy bien la diferencia¹⁷.

El hombre que lo había saludado en la entrada lo ayudó:

- Un jurista es un abogado inglés.

El duro tono de su voz y la forma en que todo el mundo se envaró le dijeron a Verily que tenían algo en contra de los abogados en ese lugar.

- Por favor, les aseguro que dejé esa profesión atrás cuando abandoné Inglaterra. Dudo que se me permita practicar la ley aquí en los Estados Unidos, al menos no sin algún tipo de examen. Pero no vine aquí por eso, de cualquier modo.

La esposa del molinero (o eso supuso Verily por su edad, pues no estaba sentada junto al hombre) habló, y con mucha menos hostilidad en su voz de la que había empleado su marido.

- Un hombre viaja desde Inglaterra especialmente para venir al pueblo de América que vive en vergüenza cada día. Admito que es curioso, abogado o no. ¿Qué asunto lo trae aquí?

- Bien, conocí a un hijo suyo, creo. Y lo que me dijo...

Resultó casi cómico, el modo en que todos se inclinaron hacia delante.

- ¿Vio a Calvin?

- El mismo -dijo Verily-. Un joven interesante.

Ellos prefirieron no hablar.

Bien, si había algo que Verily había aprendido en sus años como abogado, era que no tenía por qué rellenar cada silencio con sus propias palabras. No podía estar seguro de la actitud de esta familia hacia Calvin... después de todo, Calvin era un consumado mentiroso y debía de haber practicado su arte en casa antes de intentar utilizarlo para abrirse camino en el mundo. Así que era posible que lo odieran. O puede que lo amaran y lo extrañaran. Verily no quería cometer un error.

Finalmente, como era predecible, fue la madre de Calvin quien habló.

- ¿Vio a mi chico? ¿Dónde estaba? ¿Cómo estaba?

- Lo encontré en Londres. Su lenguaje y su comportamiento son los de un joven muy inteligente. Parecía gozar de buena salud, también.

Asintieron, y Verily notó que parecían aliviados. Así que lo amaban, y habían temido por él.

Un tipo alto y bastante flaco como de la edad de Verily, estiró sus largas piernas y se reclinó de nuevo en su asiento.

- Estoy casi seguro de que no vino de tan lejos sólo para decirnos que Calvin está bien, Sr. Cooper.

- No, ciertamente no. Fue algo que Calvin dijo -Verily miró a su alrededor una vez más, observando a esa gran familia que estaba acogiendo y a la vez sospechando de un extraño, al mismo tiempo preocupados y cautelosos respecto a un hijo desaparecido-. Habló de un hermano suyo -y Verily miró directamente al tipo larguirucho que había hablado-. Un hijo con talentos que excedían los del mismo Calvin.

El flaco lanzó un silbido y varios de los otros rieron entre dientes.

- ¡No nos venga con cuentos! -dijo- ¡Calvin nunca hablaría así de Alvin!

Así que el tipo delgado no era Alvin Hijo después de todo.

- Bien, digamos simplemente que leí entre líneas, por decir algo. Ya saben que en Inglaterra, el uso de poderes y artes arcanas es severamente castigado. Así que los ingleses permanecemos ignorantes respecto de tales cuestiones. Supuse, sin embargo, que si existe una persona en el mundo capaz de enseñarme a comprender estas cosas, podría muy bien ser el hermano de Calvin, Alvin.

Todos ellos estuvieron de acuerdo, asintiendo, algunos incluso sonriendo.

Pero el padre seguía siendo precavido.

- ¿Y por qué un abogado inglés estaría buscando aprender más sobre estas cosas?

Verily, para su propia sorpresa, se quedó sin palabras. Todos sus pensamientos habían tratado sobre cómo dar con Alvin, el hijo del molinero. Pero por supuesto tenían que saber por qué se interesaba tanto por los poderes ocultos. ¿Qué podía decir? Toda su vida había sido forzado a ocultar su don, su maldición; ahora descubría que le era imposible decirlo abiertamente, o siquiera insinuarlo.

En vez de eso, se dirigió al mostrador y tomó un par de grandes bobinas de madera en las que había hilo enrollado, presumiblemente para que los clientes pudieran desenrollar la cantidad de hilo que desearan y enrollarlo en carretes más pequeños. Puso los extremos de las bobinas juntas, y luego encontró el encaje perfecto para ellas, de tal forma que ningún hombre podría separarlas.

Tendió las bobinas unidas al molinero. De inmediato trató de separarlas, pero no pareció sorprendido cuando no pudo hacerlo. Miró a su esposa y sonrió.

- Mira esto -dijo-. Un abogao que sabe hacer algo útil. Es un milagro.

Los carretes fueron pasando por la habitación, mayormente en silencio, hasta que llegaron al tipo flaco reclinado en su taburete. Sin pensarlo ni un instante, separó las bobinas y las puso en el mostrador.

- Los carretes no sirven de ná pegados así -dijo.

Verily estaba aturdido.

- Eres tú -dijo-. Tú eres Alvin.

- No, señor -dijo el joven-. Mi nombre es Mesura, pero he estado aprendiendo algo del talento de mi hermano. Ése es su trabajo, hoy por hoy, enseñar a la gente el arte de Hacer, y creo que lo estoy aprendiendo tan bien como cualquiera. Pero usted... Sé que a él le gustaría conocerlo.

- Sí -dijo Verily, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su entusiasmo-. Sí, eso es para lo que he venido. Para aprender de él... Así que me alegra mucho saber que él quiere enseñar.

Mesura sonrió.

- Bueno, él quiere enseñar, y usted quiere aprender. Pero tengo la sensación de que ustedes dos van a tener que hacerse otro servicio mutuamente antes de que eso pueda ocurrir.

Verily no estaba sorprendido. Por supuesto que existiría un precio, o quizás una prueba de lealtad o confiabilidad.

- Haré lo que sea necesario para conseguir que un Hacedor me enseñe para qué sirve mi don y cómo debo usarlo.

La Sra. Miller asintió.

- Creo que podría hacerlo -dijo-. Creo que tal vez Dios lo trajo aquí.

Su esposo bufó.

- Sería suficiente si lo trajo aquí para enseñarle modales a mi marido, pero temo que eso pueda estar más allá incluso de los poderes de un Dios benevolente -dijo ella.

- Detesto cuando hablas como el viejo Reverendo Thrower -dijo gruñonamente el molinero.

- Lo sé, cariño -dijo su esposa -. Sr. Cooper, suponga que tuviera que practicar la ley, no en Wobbish, sino en el estado de Hio. ¿Cuánto tiempo le tomaría prepararse para dar el examen?

- No lo sé -dijo-. Depende de cuánto se haya alejado la práctica legal americana de la equidad y la ley común inglesa. Quizá sólo unos cuantos días. Tal vez mucho más. Pero se lo aseguro, no vine aquí a practicar la ley, sino más bien a estudiar leyes más altas.

- ¿Quiere saber por qué nos encontró a todos juntos en la tienda de Armadura? -preguntó el molinero - Estábamos teniendo una reunión, para buscar el modo de juntar el dinero para contratar a un abogado. Sabemos que necesitaremos a uno bueno, uno de primera clase, pero también sabemos que cierto grupo secreto, y rico, de Ciudad Cartago ya ha contratado al mejor abogado de Hio para usarlo contra nosotros. Así que la cuestión es: ¿a quién podríamos contratar, y cómo podríamos pagarle? Mi esposa cree que Dios lo trajo, pero mi opinión personal es que usted vino solito, o viéndolo de otro modo, mi muchacho Alvin lo trajo aquí. Pero como siempre digo, quién sabe. Usted está aquí. Es un abogado. Y quiere algo de Alvin.

- ¿Propone usted un intercambio de servicios? -preguntó Verily.

- En realidad no -interrumpió Mesura, levantándose de su asiento. Verily siempre había pensado en sí mismo como en un hombre bastante alto, pero este joven granjero lo superaba por mucho-. Alvin le enseñaría gratis, si usted quiere aprender. El punto es que usted tiene que hacernos ese servicio legal antes de que Alvin pueda tomarlo como pupilo. Así son las cosas, nada más.

Verily estaba confundido. O era un trueque o no lo era.

El tendero habló a su espalda, riendo.

- Estamos hablando entre nosotros, Sr. Cooper. El servicio legal que requerimos es que defienda a Alvin Hijo en su juicio. Está en la cárcel de Río Hatrack, acusado de robar el oro de un hombre, y sospecho que van a enterrarlo bajo una pila de otros cargos, también. Quieren hacer pasar un largo tiempo en prisión a ese chico, si es que no pretenden colgarlo, y su llegada aquí justo ahora... bien, debe aceptar que resulta bastante afortunada para nosotros.

- En prisión -dijo Verily.

- En Río Hatrack -dijo Armadura.

- Pasé por allí hace menos de una semana.

- Bueno, pasó por la casa de tribunales donde lo tienen encerrado.

- Sí, lo haré. ¿Cuándo es el juicio?

- Oh, cuando usted quiera. El juez allá es amigo de Alvin, como la mayoría del pueblo, o una gran parte, al menos. No pueden simplemente dejarlo ir, aunque les gustaría. Pero retrasarán el juicio tanto como necesite para ser admitido como abogado.

Verily asintió.

- Sí, lo haré. Pero... Estoy desconcertado. Ustedes no tienen idea de si soy un buen abogado o uno malo.

Mesura lanzó una carcajada.

- Vamos, amigo, ¿cree que estamos ciegos? ¡Mire sus ropas! Usted es rico, y no gracias a los barriles.

- Además -dijo Armadura-, tiene ese acento inglés, esos aires de caballero. El jurado en Río Hatrack estará mayormente de parte de Alvin. Todo lo que usted diga les sonará ingenioso e inteligente.

- Están diciendo que realmente no tengo que ser muy bueno. Sólo tengo que ser inglés, un oficial de justicia, estar vivo, y estar presente en la corte.

- Más o menos eso, sí -dijo Armadura.

- Entonces tienen un abogado defensor. O mejor dicho, su hijo lo tiene. Si me quiere, desde luego.

- Quiere salir de la cárcel y limpiar su nombre -dijo Mesura solemnemente-. Y quiere enseñar a la gente a ser Hacedores. Creo que usted encajará perfectamente con lo que él quiere.

- ¡Venga aquí! -La orden vino de la Sra. Miller, y Verily se dirigió obedientemente hacia ella. La mujer alzó su brazo y tomó la mano derecha de Verily, sosteniéndola entre las suyas-. Sr. Verily Cooper -dijo-, ¿será un verdadero amigo de mi hijo?

Se dio cuenta de que ella le estaba pidiendo un juramento, uno en el que pusiera todo el corazón.

- Sí, señora. Seré su amigo de verdad.

No fue el silencio lo que siguió a esa promesa. Fue el sonido de los alientos contenidos al ser liberados. Verily nunca antes había sido la respuesta a los

deseos del corazón de nadie. Resultaba un tanto estimulante. Y algo aterrador, también.

Wastenot y Wantnot volvieron a entrar.

- El caballo y la mula están descargados, alimentados, con la sed aplacada y metidos en el establo.

- Gracias -dijo Verily.

Los gemelos miraron alrededor.

- ¿De qué se ríen todos?

- Conseguimos un abogado para Alvin -dijo Mesura.

Wastenot y Wantnot sonrieron, también.

- ¡Bueno, diantres, entonces vámonos a la cama!

- No -dijo el molinero-. Todavía queda una cosa.

El ambiente alegre se esfumó de inmediato.

- Tome asiento, Sr. Cooper -dijo el molinero-. Tenemos una historia que contarle. Una historia triste, y termina con todos los hombres de esta aldea, excepto Armadura aquí, y Mesura... termina con todos nosotros en vergüenza.

Verily se sentó a escuchar.

13

Maniobras

Vilate le trajo otro pastel.

- Aún no me acabo el último -dijo Alvin-. ¿Crees que mi estómago es un pozo sin fondo?

- Un hombre de tu tamaño y tu fuerza necesita algo para mantener la carne pegada a los huesos -dijo Vilate-. Y todavía no descubro la forma de hornear medio pastel.

Alvin sonrió. Pero mientras deslizaba el pastel bajo las barras de hierro de la puerta de la celda, Alvin notó que tenía algunos nuevos hechizos encima, por no mencionar los de atracción y súplica. Reconoció al momento la mayoría de los hechizos -él mismo había hecho algunos, tiempo atrás, para protección u ocultamiento, e incluso para esconder los secretos del corazón, que otorgaban un tipo más profundo de seguridad pero eran mucho más difíciles de confeccionar-. Pero lo que Vilate traía hoy estaba más allá del alcance de Alvin. Y puesto que probablemente no tendrían efecto sobre él, o no funcionarían muy bien, no podría saber para qué servían. Y no podía preguntárselo a Vilate.

Algún tipo de camuflaje, tal vez. Parecía relacionado a un hechizo de los que afectaban la atención de las personas, que usualmente eran muy sutiles y funcionaban sólo en una dirección, haciendo que la gente pasara por alto ciertos detalles.

Alvin se agachó, tomó el pastel, y lo colocó sobre la mesita que le permitían tener en la celda.

- Alvin -dijo ella suavemente.

- ¿Sí? -respondió él.

- Shh.

Alvin alzó la vista, preguntándose por qué tanta discreción.

- No quiero que nos oigan -dijo Vilate. Miró hacia la puerta entreabierta que daba a la oficina del sheriff, en donde el guardia sin duda intentaba disimuladamente escuchar su conversación. Vilate le hizo señas a Alvin de que se acercara. Lo que se le pasó por la cabeza entonces lo hizo sonrojarse. ¿Acaso Vilate estaba pensando las mismas cosas de él que él pensaba de ella de vez en cuando, en la soledad de su celda? Tal vez ella sabía de algún modo que Alvin podía ver más allá de sus falsos encantamientos de belleza y que la quería por lo que realmente era. Tal vez Vilate pensaba en él como en alguien a quien podría llegar a amar, como Alvin mismo pensaba a veces sobre ella, entendiendo que ya había perdido su primer amor.

Alvin se acercó.

- Alvin, ¿quieres escapar? -susurró Vilate, apoyando la frente contra las barras. Su cara estaba tan cerca. ¿Estaba, de una manera algo tímida, ofreciéndole un beso?

Él alargó la mano y, tomándola del mentón, la hizo alzar la vista. ¿Quería que la besara? Alvin sonrió con tristeza.

- Vilate, si quisiera escaparme, yo...

No llegó a completar la frase, no llegó a decir "podría salir de aquí en cualquier momento". Porque en ese instante el asistente del sheriff abrió la puerta y miró a la celda. Su rostro adquirió de inmediato una expresión furiosa, y su mirada pasó sobre ellos como si no los hubiera visto en absoluto.

- ¡¿Cómo demonios?! -gritó, y luego salió como una bala. Alvin oyó sus pasos en la oficina mientras llamaba:- ¡Sheriff! ¡Sheriff Doggly!

Alvin observó a Vilate.

- ¿Qué fue todo eso? -preguntó. Vilate dejó caer su dentadura, y luego sonrió.

- ¿Cómo podría saberlo, Alvin? Pero reconozco que este es un momento peligroso para hablar de lo que quería hablarte -se recogió la falda y salió corriendo de la prisión.

Alvin no tenía ni idea de a qué se había debido su visita, pero sabía esto: fuera lo que fuese que hacían sus nuevos hechizos, tenían que ver con el asistente del sheriff y con lo que vio cuando entró en el calabozo. Y puesto que había uno de atracción y otro de súplica, Vilate podía muy bien haber sido la razón por la que el asistente entró en primer lugar, y el motivo por el que entró en pánico tan rápidamente y se apresuró a salir sin investigar un poco más.

Dejó caer la placa superior de sus dientes para mostrar su desprecio por mí, pensó Alvin. Justo como lo hacía con Horace, su enemigo. De algún modo me he vuelto su enemigo.

Miró el pastel sentado en el catre. Lo recogió y lo deslizó de nuevo bajo la puerta.

Cinco minutos después, el asistente volvió a entrar con el sheriff y el fiscal del condado.

- ¡¿De qué rayos se trata todo esto?! -demandó el Sheriff Doggly-. ¡Ahí está, como siempre! ¿Billy Hunter, has estado bebiendo?

- Le juro que aquí no había ni un alma -dijo el asistente-. Vi a Vilate Franker entrar con un pastel...

- Sheriff, ¿de qué está hablando? -dijo Alvin-. Lo vi entrar no hace ni cinco minutos y empezó a gritar y a correr por el pasillo. Asustó a la pobre Vilate y la hizo salir corriendo como si tuviera un oso a la espalda.

- ¡Él no estaba aquí, lo juro por Dios y todos los ángeles! -dijo Billy Hunter.

- Estaba justo aquí, junto a la puerta -dijo Alvin.

- Quizás se había agachado a por el pastel y no lo viste -dijo el sheriff.

- No, señor -dijo Alvin, no dispuesto a mentir-. Estaba de pie. Ahí está el pastel... pueden quedárselo si quieren, le dije a la Señorita Vilate que aún no me acabo el último.

- No quiero tu maldito pastel -dijo Billy-. No sé lo que hiciste, pero me haces parecer un tonto.

- No necesitas la ayuda de Alvin para eso -dijo el Sheriff Doggly. Marty Laws, el fiscal del condado, rió el chiste. Marty tenía una habilidad para reír justo en el momento preciso para empeorar las cosas.

Billy miró a Alvin.

- Bueno, Alvin, tendremos que dejarte en libertad bajo palabra -dijo Marty-. No puedes ir por ahí dando paseos fuera de la cárcel siempre que te venga en gana.

- Entonces me creen -dijo el asistente.

Marty Laws entornó los ojos.

- No creo a nadie -dijo el Sheriff Doggly-. Y Alvin no está dando paseos, ¿cierto, Alvin?

- No, señor -dijo Alvin-. No me he movido de aquí.

Nadie se molestó en pretender que Alvin no hubiera podido escapar en cualquier momento en que lo deseara.

- ¿Dices que soy un mentiroso? -preguntó Billy.

- Digo que estás equivocado -dijo Alvin-. Creo que tal vez alguien te engañó para que pensaras lo que pensaste y vieras lo que viste.

- Alguien está engañando a alguien -dijo Billy Hunter.

Se fueron. Alvin se sentó en el catre y observó a una hormiga que exploraba el suelo de la celda, buscando algo que comer. Hay un pastel ahí mismo, un poco a la derecha... y desde luego, la hormiga giró, haciendo caso a Alvin aunque por supuesto las palabras mismas eran demasiado complejas para penetrar en la mente diminuta de una hormiga. No, la hormiga simplemente captó el mensaje sobre comida y una dirección, y en uno o dos minutos llegó al plato y comenzó a caminar sobre la corteza. Después se marchó a buscar a sus amigas y a invitarlas a comer. Estaría bien que alguien le sacara provecho a ese pastel.

Los encantamientos de Vilate eran de ocultación, de acuerdo, y estaban centrados en la puerta. Le había hecho acercarse para incluirlo en su potente efecto de "haz la vista gorda", de tal modo que Billy Hunter había mirado y no había visto a nadie.

¿Pero por qué? ¿Qué bien podría lograr Vilate con semejantes tonterías?

Bajo toda esa confusión, sin embargo, Alvin estaba enojado. No tanto con Vilate como consigo mismo por ser tan estúpido. ¡Comportarse como un baboso encandilado por una mujer con dientes falsos y hechizos de vanidad, por Dios! Queriéndola incluso cuando sabía que era una completa chismosa y sospechaba que la mitad de las historias que contaba eran mentira.

Y lo peor era que cuando volviera a ver a Peggy –si volvía a ver a Peggy-, ella sabría la clase de tonto que era, por enamorarse de una mujer que era todo engaños y mentiras.

Bueno, Peggy, cuando me enamoré de ti también eras todo engaños y mentiras, sabes. Recuerda eso cuando pienses que soy el tonto más grande que ha existido.

La puerta se abrió y Billy Hunter entró de nuevo, se agachó frente a la puerta de la celda, y cogió el pastel.

- No tiene sentido desperdiciar esto aunque seas un mentiroso –dijo Billy.

- Como dije, Billy, está a tu disposición. Aunque medio se lo prometí a una hormiga hace un minuto.

Billy lo miró, pensando sin duda que Alvin se estaba riendo de él en vez de decir la pura verdad. Bueno, así era, en cierto sentido. Alvin se estaba riendo de la situación, de cualquier modo. Tendría que hablar de esto con Arturo Estuardo cuando el muchacho regresara, a ver si él tenía alguna idea de lo que Vilate había pretendido con esta charada.

La hormiga volvió, liderando una fila de sus hermanas. Todo lo que encontraron fue unas cuantas migas de la corteza. Pero era algo, ¿no? Alvin las observó mientras se esforzaban y maniobraban con los grandes trozos de masa. Para ayudarlas, usó su don para romper los pedazos en otros más pequeños. Las hormigas no se demoraron en hacerse cargo, llevándose los restos en fila. Un banquete en el hormiguero, esta noche, con seguridad.

Su estómago gruñó. A decir verdad, podría haber comido algo del pastel, y quizás no hubiera quedado mucho en el plato, tampoco. Pero no iba a comer nada que viniera de Vilate Franker nunca más. No se podía confiar en esa mujer.

Me dejó caer los dientes, pensó. Me odia. ¿Por qué?

No había caso. Incluso con la mejor de las suertes en la elección del jurado, incluso contando con ese nuevo tipo inglés como abogado de Alvin, la Pequeña Peggy no veía más que un 75 por ciento de posibilidades de que éste fuera absuelto, y ése no era un buen pronóstico. Tendría que ir a Río Hatrack. Tendría que estar disponible para testificar. Aun con toda la gente nueva de Hatrack, una cosa era segura: si Peggy la tea decía que algo era verdad, la creerían. La gente de Hatrack sabía que ella veía la verdad, y también sabían –lo que a veces les resultaba incómodo- que nunca decía nada que no fuera cierto, aunque estaban bastante agradecidos de que no contara cada verdad que conocía.

Sólo la misma Peggy podía enumerar los terribles o vergonzosos o tristes secretos que había preferido callar. Pero eso no importaba. Estaba acostumbrada a cargar con los secretos de la gente, acostumbrada desde la más tierna infancia, cuando tuvo que enfrentarse al oscuro secreto de adulterio de su padre.

Desde entonces había aprendido a no juzgar. Incluso había llegado a amar a la señora Modestia, la mujer con la que su padre, el viejo Horace Guester, había sido infiel. La señora Modestia era como otra madre para ella, que le había dado, no la vida del cuerpo, sino la de la mente, la vida y los modos de la sociedad, la vida de gracia y belleza que Peggy valoraba tanto; quizás demasiado.

Quizás demasiado, porque no iba a haber mucha gracia ni mucha belleza en el futuro de Alvin, y gustárale o no, Peggy estaba atada a ese futuro.

Con qué mentiras me engaño, pensó. “Me guste o no”, ciertamente. Si quisiera, podría alejarme de Alvin y no preocuparme de si se queda en prisión o se ahoga en el Hio o cualquier cosa. Estoy atada a Alvin Smith porque lo amo, y amo lo que puede llegar a ser, y quiero ser parte de todo lo que hará. Incluso de las partes difíciles. Incluso de las partes ingratas, groseras y estúpidas.

Así que se dirigió a Río Hatrack, de estación en estación.

Cierto día pasó a través del pueblo de Wheelwright, al norte de los Apalaches. Estaba en el Hio, no muy lejos río arriba de donde desembocaba el Hatrack. Lo bastante cerca del hogar como para contratar un vagón y tomar el último transbordador, confiando en que la luz de la luna y su habilidad como tea la conducirían a casa sana y salva. Lo bastante cerca para llegar esa misma noche, excepto que se detuvo a cenar en un restaurante que había visitado antes, donde la comida era fresca, los sabores, agradables, y la compañía, respetable. Un cambio bienvenido en las tres categorías, tras varios días en el camino.

Mientras comía, oyó alguna clase de tumulto afuera... una banda tocando, no muy bien pero con considerable entusiasmo; gente gritando y vitoreando.

- ¿Un desfile? -preguntó al camarero.

- Ya sabe que la elección presidencial es dentro de unas semanas -dijo él.

Lo sabía, pero apenas le había prestado atención. Alguien se candidateaba contra alguien más para un cargo u otro en cada aldea por la que pasaba, pero eso no era importante, comparado con la importancia de detener la esclavitud, por no mencionar el asunto de Alvin. Para ella no existía ninguna diferencia, hasta el momento, en el quién ganara las elecciones. En los Apalaches, como en los otros estados esclavistas, no había una sola persona capaz de postularse abiertamente como un candidato que se opusiera a la esclavitud... eso sería un ticket para un traje de brea y plumas gratis y un pasaje a algún lugar lejos de la ciudad, si no algo peor, pues aquellos que amaban la esclavitud eran violentos en su corazón, y quienes la odiaban eran en su mayoría tímidos, y no se opondrían en conjunto. Aún.

- ¿Alguna especie de discurso político? -preguntó.

- Creo que es el viejo Tippy-Canoe -dijo el mesero.

Peggy se puso pálida, entendiendo de inmediato a quién se refería.

- ¿Harrison?

- Creo que se encargará de Wheelwright. Pero no irá más al sur, donde la tribu Cberriky es bastante numerosa. Piensan quel es el hombre que trata de quitarles sus derechos. No conseguiría muchos votos en Irrakwa, tampoco, por ser de los Rojos. Pero, verá, la gente blanca no está muy felís sobre cómo controlan las vías del tren los de Irrakwa, y los Cherriky están cobrando peaje a los que pasan por las montañas.

- ¿Votarían por un asesino, nada más que por envidia?

El camarero sonrió un poco.

- Hay quienes dicen que sólo porque una bruja de los Rojos le echó un conjuro a Tippy-Canoe no significa que haya hecho nada malo. Los Rojos se enfadan mucho por cosas pasadas.

- La masacre de miles de niños y mujeres inocentes... ¡qué tonto de su parte sentirse ofendidos!

El mesero se encogió de hombros.

- No pue'ó permitirme tener opiniones fuertes en política, señora.

Pero Peggy vio que sí tenía opiniones fuertes, y que no eran las mismas que las de ella.

Pagó por la comida (y dejó un par de monedas en la mesa para el camarero, pues no encontró razón alguna para castigar a un hombre en su trabajo sólo por sus convicciones políticas) y se apresuró a salir para observar a la multitud. Unos metros calle arriba, un vagón había sido transformado en una especie de estrado temporal, cubierto con la tela roja, blanca y azul de la bandera de los Estados Unidos. Ni una pizca del rojo y el verde de la antigua bandera de los Apalaches independientes, antes de que se acoplaran a la Unión. Desde luego que no. Aquéllos habían sido colores Cherriky, rojo de la gente Roja, verde de los bosques. Patrick Henry y Thomas Jefferson los habían adoptado como los colores de los Apalaches libres; era ésa la bandera por la que George Washington murió. Pero ahora, pese a que otros políticos aún invocaban las viejas lealtades, Harrison difícilmente podía querer que se recordara la alianza entre Rojos y Blancos que ganó la libertad de los Apalaches y venció al Rey en Camelot. No con esas manos sangrantes.

Manos que incluso ahora goteaban sangre mientras se agarraban al podio. Peggy, de pie sobre la vereda de madera al otro lado de la calle, miraba por sobre las cabezas de la alegre multitud para ver el rostro de William Henry Harrison. Miró sus ojos primero, como cualquier mujer cuando estudia a cualquier hombre, para ver su carácter. Pero rápidamente, sin embargo, observó más profundamente, en el fuego de su corazón, contemplando los futuros que se extendían ante él. Harrison no tenía secretos para ella.

Peggy vio que cada paso llevaba a la victoria en las elecciones. Y no simplemente una leve victoria. Su principal opositor, un desafortunado abogado llamado Andrew Jackson de Tennizy, sería aplastado y humillado... y luego sufriría la ignominiosa posición de vice-presidente que el mejor perdedor de cada elección estaba siempre obligado a aceptar. Un sistema cruel, había pensado siempre Peggy, el equivalente político a poner a un hombre en el cepo por cuatro años. Era significativo que ambos candidatos fueran de estados nuevos del oeste; aún más significativo que los dos fueran de territorios que permitían la esclavitud. Las cosas realmente estaban dando un oscuro giro. Y más oscuras eran las cosas que vio en la mente de Harrison, los planes que él y sus secuaces pretendían llevar a cabo.

Sus ideas más extravagantes tenían pocas esperanzas de éxito: sólo unos cuantos caminos en el corazón de Harrison conducían a la unión con las Tierras de la Corona que él tanto deseaba; nunca sería un duque. Vaya un sueño patético, pensó Peggy. Pero ciertamente tendría éxito en la destrucción política de los Rojos en Irrakwa y Cherriky, porque los blancos, especialmente en el oeste, estaban listos para ella, listos para romper el poder de una gente que Harrison se atrevía a denominar salvajes.

- ¡Dios no trajo a la raza Cristiana a esta tierra para que la compartiera con bárbaros y paganos! –gritaba Tippy-Canoe, y la gente vitoreaba.

Harrison también tendría éxito en extender la esclavitud más allá de sus límites actuales, permitiendo a los que poseían esclavos llevarlos a los estados libres y continuar poseyéndolos y forzándolos a servir, haciendo uso de su propiedad... siempre que el propietario tuviera terrenos en un estado que aceptara la esclavitud y votara allí. Era precisamente para lograr ese propósito que los patrocinadores de Harrison lo apoyaban. Era el asunto de los Rojos lo que llevaría a Tippy-Canoe al cargo, pero una vez en él, sería el asunto de la esclavitud lo que le daría poder en el Congreso.

Era insoportable. Pero Peggy lo soportó, observando a medida que atardecía, mientras él vociferaba y exhortaba, levantando periódicamente sus sangrientas manos hacia el cielo para recordar a la multitud:

- ¡Yo he probado la traicionera ira de los poderes secretos del piel roja, y les diré, si esto es todo lo que pueden hacerme, bien, eso es bueno, porque no es mucho! Claro, no puedo mantener limpia una sola camisa –y la multitud reía, una y otra vez, cada variante de los tediosos detalles de una vida con las manos sangrando continuamente-, y no hay nadie que quiera darme un estrechón de manos –otra risa-, pero no pueden evitar que les cuente a ustedes la pura verdad, y no pueden evitar que la gente cristiana elija a un hombre que ya se opuso y seguirá oponiéndose a los traidores Rojos, los bárbaros que se visten como hombres blancos pero planean en secreto hacerse con todo del mismo modo que ya se han hecho con las vías del ferrocarril y los peajes de las montañas y...

Y más. Y más. Un confuso sinsentido, todo ello, pero la multitud crecía a medida que pasaba la tarde, y al anochecer, cuando Harrison finalmente descendió del púlpito, fue llevado sobre los hombros de sus simpatizantes a tragar cerveza y engullir un contundente plato de comida, cualquier cosa que hiciera que la gente pensara en él como uno de ellos, mientras Peggy Larner permanecía aferrada a la barandilla de la vereda, mirando en cada posible futuro que este hombre era la destrucción de todo su trabajo, que este hombre sería la causa de la muerte y el sufrimiento de muchos más e incontables indios de los que ya habían muerto o sufrido en sus manos.

Si hubiera tenido un mosquete en sus manos en ese momento, Peggy podría haber ido tras él y le hubiera metido una bala en el corazón.

Pero la rabia asesina pasó rápido y vergonzosamente. No soy de las que mata, pensó. Yo libero al esclavo si puedo, no asesino al amo.

Tiene que haber un modo de detenerlo.

Alvin sabría. Tenía que llegar a Río Hatrack lo antes posible, no sólo para ayudar en el juicio de Alvin, sino para obtener su ayuda y detener a Harrison. Tal vez si él fuera a la casa de Becca y usara las puertas de su vieja habitación para visitar a Tenskwa Tawa... De seguro el Profeta Rojo haría algo para que su maldición sobre Asesino Blanco Harrison fuese más efectiva. Aunque ella no veía nada parecido en ninguno de los futuros de Alvin, nunca se sabía cuándo algún acto suyo o de alguien más podía abrir un montón de nuevos caminos que llevaran a destinos mejores.

Pero ya era demasiado tarde, ese día. Tendría que pasar la noche en Wheelwright y terminar su viaje a Río Hatrack al día siguiente.

- Vengo a usted, señor, con los buenos deseos de su familia –dijo el extraño.

- Confieso que no capté su nombre –dijo Alvin, destapándose y levantándose del catre-. Es bastante tarde.

- Verily Cooper –dijo el extraño-. Disculpe mi tardía llegada. Me pareció mejor que habláramos esta noche, ya que la primera causa de su defensa ante la corte es en la mañana.

- Entiendo que el juez finalmente empezará eligiendo un jurado.

- Sí, eso es importante, por supuesto. Pero bajo el consejo de un abogado foráneo, un Sr. Daniel Webster, el fiscal del condado ha introducido algunas mociones desfavorables. Como, por ejemplo, una moción que requiere que la propiedad en disputa se ponga bajo el control de la corte.

- El juez no estará de acuerdo –dijo Alvin-. Sabe que en el momento en que este arado esté fuera de mi vista, algunos tipos rudos del río, por no mencionar unas cuantas almas más avariciosas de la aldea, moverán cielo y tierra para ponerle sus manos encima. La cosa está hecha de oro... eso es todo lo que saben y les importa del arado. ¿Pero quién es usted, Sr. Cooper, y qué tiene que ver todo esto con usted?

- Soy su abogado, Sr. Smith, si así lo desea –le tendió una carta a Alvin.

Alvin reconoció al instante la escritura de Armadura de Dios, y las firmas de sus padres y sus hermanos y hermanas. Todos habían firmado, afirmando que encontraban que el Sr. Cooper era un hombre de buen carácter y asegurándole que alguien estaba pagando a un poderoso abogado de Nueva Inglaterra llamado Daniel Webster para fisgonear y recolectar mentiras de cualquiera que tuviera algo en contra de Alvin en Iglesia de Vigor.

- Pero no le he hecho daño a nadie allá –dijo Alvin-. ¿Y por qué mentirían?

- Sr. Smith, tengo que...

- Llámeme Alvin, ¿de acuerdo? “Sr. Smith” siempre me suena como a mi viejo maestro Pacífico, el tipo cuyas mentiras me metieron aquí.

- Alvin –dijo Cooper de nuevo-. Y tú debes llamarme Verily.

- Vale, vale.

- Alvin, ha sido mi experiencia particular que mientras mejor hombre eres, habrá más personas resentidas contigo por ello, y encontrarán ocasión para estar furiosos contigo sin importar cuán bienintencionados sean tus actos.

- Bueno, entonces estoy bastante a salvo, ya que no soy un hombre tan bueno como dices.

Cooper sonrió.

- Conozco a tu hermano Calvin –dijo.

Alvin levantó una ceja.

- Quisiera poder decir que cualquier amigo de Calvin es mi amigo, pero no puedo.

- El odio que Calvin te tiene es, creo, una de las mejores recomendaciones de tu carácter de las que puedo pensar. Es debido a lo que dijo de ti que vine a buscarte. Lo encontré en Londres, ves, y determiné allí y entonces terminar la práctica legal y venir a América y ver al hombre que puede enseñarme quién y qué soy, y cuál es mi propósito.

Con eso, Cooper se agachó y tomó el Testamento de Alvin, el libro que yacía abierto en el suelo junto a su catre. Lo cerró, y luego se lo entregó a Alvin.

Alvin trató de abrirlo, pero las páginas estaban unidas tan fuertemente como si el libro fuera un bloque sólido de madera con una tapa de cuero.

Verily volvió a tomar el libro un momento, y luego se lo devolvió una vez más. Esta vez el libro se abrió en la página exacta que Alvin había estado leyendo.

- Podría haber muerto por eso en Inglaterra -dijo Verily-. Fue la sabiduría de mis padres y mi propia habilidad de aprender a ocultar estos poderes que me mantuvo vivo todos estos años. Pero tengo que saber qué es. Tengo que entender por qué Dios permita que haya gente con tales poderes. Y qué hacer con ellos. Y quién eres tú.

Alvin se recostó en el catre.

- Vaya locura -dijo-. ¿Cruzaste un océano para encontrarme?

- Entonces no tenía idea de que podría prestarte algún servicio. De hecho, debo decir que se me ocurre que tal vez alguna mano providencial me guió hacia el estudio de la ley en lugar de seguir los pasos de mi padre como tonelero. Tal vez se sabía que algún día te enfrentarías a la lengua de plata de Daniel Webster.

- ¿Entonces tú tienes una lengua de oro, Verily? -preguntó Alvin.

- Yo mantengo las cosas unidas -dijo Verily-. Es mi... don, como lo llaman ustedes los americanos. Eso es lo que hace la ley. Yo uso la ley para mantener las cosas unidas. Veo cómo encajan las cosas.

- Este tal Webster... él usará la ley para intentar separar las cosas.

- Como tú y el arado.

- Y yo y mis vecinos -dijo Alvin.

- Entonces entiendes el dilema -dijo Verily-. Hasta el momento has sido conocido como un hombre generoso y amable con todos. Pero tienes un arado de oro que no dejarás que vea nadie. Tienes una fantástica fortuna que no compartirás con nadie. Ésta es una cuña que Webster tratará de utilizar para separarte de tu comunidad como a un durmiente de un riel¹⁸.

- Cuando se trata de oro -dijo Alvin-, la gente empieza a descubrir exactamente cuánto vale el amor y la lealtad para ellos, en efectivo.

- Y resulta bastante vergonzoso, ¿no crees?, cuán bajo puede ser a veces el precio -Verily sonrió con pesar.

- ¿Cuál es tu precio?

- Cuando salgas libre de este lugar, me dejarás ir contigo, para aprender de ti, para observarte, para ser parte de todo lo que hagas.

- ¡Ni siquiera me conoces, y me estás proponiendo matrimonio!

Verily rió.

- Supongo que suena más o menos así, ¿verdad?

- Sin ninguno de los beneficios, además -dijo Alvin-. Me siento bastante bien viajando con Arturo Estuardo, porque sabe cuándo guardar silencio, pero no sé si puedo soportar a alguien que quiere escudriñar en mi cabeza cada minuto de vigilia.

- Soy un abogado, así que mi trabajo es hablar, pero lo prometo, si no supiera cuándo y cómo guardar silencio, nunca habría llegado a adulto en Inglaterra.

- Yo no puedo prometerte nada -dijo Alvin-. Así que creo no serás mi abogado después de todo, ya que no puedo pagar tus honorarios.

- Hay una promesa que puedes hacerme -dijo Verily-. Dame una oportunidad honesta.

Alvin estudió el rostro del hombre y decidió que le agradaba, aunque deseó como lo había hecho otras veces, tener el don de Peggy de ver en el interior de la mente de la gente, en lugar de ser capaz nada más que de comprobar la salud de sus órganos.

- Sí, creo que puedo hacer esa promesa, Verily Cooper -dijo Alvin-. Tendrás una oportunidad honesta, y si esa es paga suficiente para ti, entonces eres mi abogado.

- Entonces el trato está hecho. Y ahora te dejaré volver a la cama, excepto por una sola pregunta.

- Pregunta.

- Este arado... ¿qué tan vital es para ti que el arado permanezca en tus manos, y no en las de nadie más?

- Si la corte exige que lo entregue, destruiré esta prisión y viviré escondiéndome el resto de mis días antes de dejar que otra mano toque el arado.

- Seamos precisos. ¿Es la posesión del arado lo que importa, o la misma observación y palpación de él?

- No entiendo la pregunta.

- ¿Qué tal si alguien pudiera verlo y tocarlo en tu presencia?

- ¿De qué serviría eso?

- Webster argumentará que la corte tiene el derecho y el deber de determinar que el arado existe y que está realmente hecho de oro, para poder hacer posible una compensación justa, si la corte determina que debes pagarle al Sr. Pacífico Smith el valor en efectivo del arado.

Alvin silbó.

- Nunca pasó por mi mente, en todo este tiempo en prisión, que tal vez podría sobornar al viejo Pacífico.

- No creo que puedas -dijo Verily-. Me parece que lo que él quiere es el arado, y la victoria, no el dinero.

- Bastante cierto, aunque creo que si el dinero es todo lo que puede conseguir...

- Entonces dime, siempre que el arado esté en tu posesión...

- Supongo que depende de quién vaya a mirar y tocar.

- Si estás ahí, nadie puede robarlo, ¿no es cierto? -preguntó Verily.

- Supongo que eso es verdad -dijo Alvin.

- ¿Qué libertad tengo entonces?

- Pacífico no puede ser el que lo toque -dijo Alvin-. No tiene nada que ver conmigo, sino con esto: el arado está vivo.

Verily alzó una ceja.

- No respira ni come ni nada parecido -dijo Alvin-. Pero el arado cobra vida bajo la mano de un hombre. Dependiendo del hombre. Pero para Pacífico tocar el arado mientras vive en el medio de una negra mentira... No sé lo que podría pasarle. No sé si sería seguro para él volver a tocar algún metal. No sé lo que el martillo y el yunque podrían hacerle, si sus manos tocaran el arado con un corazón tan negro.

Verily apoyó su cara contra las barras, cerró los ojos.

- ¿Te sientes mal? -preguntó Alvin.

- Mareado por la emoción de ver al fin el conocimiento frente a frente -dijo Verily-. Mareado. Excitado.

- Bueno, no vomites en el piso. Tendré que olerlo toda la noche –luego Alvin hizo una mueca.
- Pensaba más en desmayarme –dijo Verily-. Pacífico no, ni nadie que esté viviendo en una... negra mentira. Me hace preguntarme sobre mi oponente, el Sr. Daniel Webster.
- No lo conozco –dijo Alvin-. Podría ser un tipo honesto, por lo que sé. Un mentiroso podría tener un abogado honesto, ¿no crees?
- Podría –dijo Verily-. Pero una combinación semejante sólo serviría finalmente para destruir al mentiroso.
- Bueno, demonios, Verily, un hombre que miente siempre termina destruyéndose a sí mismo.
- ¿Estás seguro de eso? Quiero decir, ¿del mismo modo en que sabes que el arado está vivo? –preguntó verily.
- Admito que no –dijo Alvin-. Pero debo creer que es verdad, ¿o cómo podría confiar en nadie?
- Creo que tienes razón, a la larga –dijo Verily-. A la larga, una mentira se ata a sí misma y va haciendo nudos y eventualmente todos verán que se trata de una mentira. Pero eso puede tomar mucho, mucho tiempo. Más que una vida. Podrías estar muerto antes que la mentira, Alvin.
- ¿Me estás advirtiéndome de algo en particular? –preguntó Alvin.
- No creo –dijo Verily-. Las palabras sólo me sonaron como algo que yo tenía que decir y que tú tenías que oír.
- Las dijiste. Las escuché –Alvin parpadeó-. Buenas noches, Verily Cooper.
- Buenas noches, Alvin Smith.

Peggy Larner llegó al transbordador temprano en la mañana, vistiendo la urgencia como un apretado corsé que apenas le dejaba respirar. Asesino Blanco Harrison iba a ser presidente de los Estados Unidos. Tenía que hablar con Alvin, y este río, este Hio, se interponía en su camino.

Pero el transbordador estaba al otro lado del río, lo que tenía mucho sentido, ya que los granjeros de la otra orilla lo necesitarían más temprano, para traer sus productos al mercado. Así que tenía que esperar, con urgencia o sin ella. Podía ver la embarcación en camino, atada por una cuerda a un anillo de metal que se deslizaba por el cable que cruzaba el río a unos doce metros de altura. Sólo aquella frágil conexión mantenía al conjunto a salvo de ser arrastrado río abajo, y Peggy imaginó que cuando el río estaba crecido había días en que no usaban el transbordador por completo, ya que aun si el cable era lo bastante fuerte, y el anillo, y la cuerda, no había árboles lo suficientemente fuertes para atar los extremos sin temor a que uno o el otro los arrancaran de raíz. El agua no iba a ser domada por los cables, los anillos o las cuerdas; al menos no más que por las presas o los puentes, las canoas o las balsas, las tuberías o las canaletas, los techos, las ventanas, las paredes o las puertas. Si había aprendido algo en sus primeros años cuidando a Alvin, era que el agua no era digna de confianza. Era demasiado resbaladiza.

Había que cruzar el río, sin embargo, y ella lo cruzaría.

Como lo habían cruzado muchos otros. Pensó en cuántas veces su padre se había escabullido hacia el río y había tomado un bote hasta el otro lado para

rescatar a algún esclavo fugitivo y traerlo a la seguridad del norte. Pensó en cuántos esclavos habían llegado sin ayuda a este río y, sin saber nadar, habían desesperado y aguardado la llegada de los Rastreadores o de los perros, o se habían lanzado igualmente al agua, levantando el pecho hasta que sus pies no encontraran apoyo en el lodo del fondo y fueran arrastrados por la corriente. Los cuerpos de estas víctimas del río y la injusticia siempre eran hallados en algún banco de arena o sobre un tronco, pálidos, hinchados y horribles; pero el espíritu, ah, el espíritu era libre, porque el amo que pensaba que era dueño de la mujer o del hombre, ese amo había perdido su propiedad, y su propiedad no sería de nadie sin importar el costo. El agua había matado, sí, pero el solo hecho de alcanzar este río significaba libertad de una manera o de otra para aquellos que habían tenido el coraje o la rabia de enfrentarlo.

Harrison, sin embargo, acabaría con todo el significado de este río. Si sus leyes se hacían realidad, el esclavo que cruzara el río seguiría siendo un esclavo; sólo el esclavo muerto sería libre.

Uno de los barqueros, el que tiraba de la cuerda hacia la orilla en la que estaba Peggy, le resultaba familiar. Lo había encontrado antes, aunque entonces no había perdido una oreja, ni tenía ninguna cicatriz en la cara. Ahora una cuchillada lo marcaba con una leve línea blanca, una pequeña arruga y un fruncimiento en la ceja y en el labio. Había sido una pelea sucia. Hubo un tiempo en el que nadie había sido capaz de dañar a este rudo hombre, y sabiendo eso, él había sido un matón. Pero alguien deshizo aquel viejo hechizo protector que llevaba tatuado en el trasero. Alvin había peleado con este hombre, combatido en defensa de la misma Peggy, y cuando la pelea estuvo terminada, también esta rata de río lo estuvo. Pero no completamente, y todavía estaba vivo, ¿no?

- Mike Fink -dijo Peggy suavemente cuando el hombre pisó la orilla.

Él la observó fijamente.

- ¿La conozco, señora?

Por supuesto que no la conocía. Cuando se encontraron por primera vez, no hacía dos años, Peggy estaba cubierta de hechizos que la hacía ver muchos años más vieja.

- No espero que me recuerde -dijo Peggy-. Debe usted llevar a miles de personas a través del río.

La ayudó a cargar su equipaje en el transbordador.

- Preferiré sentarse en el centro de la balsa, señora.

Peggy se sentó en el banco que corría por la mitad de la barca. Él se quedó cerca, esperando, mientras otro par de personas subían al transbordador. Locales, obviamente, puesto que carecían de equipaje.

- Ahora es un barquero -dijo Peggy.

Él la miró.

- Cuando lo conocí, Mike Fink, era usted una verdadera rata de río.

Él sonrió con tristeza.

- Usted es aquella mujer -dijo-. Con más hechizos encima que pulgas en una rata.

Ella lo miró profundamente.

- ¿Vio a través de ellos?

- No, señora. Pero pude sentirlos. Usted me vio pelear con ese muchacho de Río Hatrack.

- Lo hice.
- Él me quitó el hechiso de mi madre -dijo Mike.
- Lo sé.
- Demonios, creo que sabe usted casi todo.

Ella volvió a mirarlo.

- El conocimiento parece abundar también en usted, señor.
- Es Peggy la tea, del pueblo Río Hatrack. Y el chico que me dio una palisa y me robó mi hechiso, está en la cárcel de Hatrack ahora, por roba'le oro a su maestro cuando era aprendiz de herrero.

- ¿Y he de suponer que eso lo complace? -preguntó Peggy.

Mike Fink meneó la cabeza.

- No, señora.

Y en verdad, cuando miró en su corazón, no vio ningún futuro en el que le hiciera daño a Alvin.

- ¿Por qué está aún aquí? Ni a diez millas de Boca del Hatrack, donde lo humilló...

- Donde me convirtió en hombre -dijo Mike.

Eso la sorprendió, sin duda alguna.

- ¿Es eso lo que piensa?

- Mi madre quería mantenerme a salvo. Me tatuó un hechiso directo en el trasero. Pero lo que nunca pensó fue: ¿qué clase de hombre será un tipo, que nunca resulta herido sin importar cuánto daño haga al resto? He matado gente, algunos malos, pero otros no tan malos. He arrancao orejas y narises y he roto brazos, también, y todas las veces que lo hice, no me importó un carajo, con perdón, señora. Porque nada nunca me hizo daño. Nunca me tocaron.

- Y desde que Alvin borró su hechizo, ¿ha dejado de herir a la gente?

- ¡Diablos no! -dijo Mike Fink, y luego rugió de risa-. ¿¡Vaya, usted no sabe nada del río, eh!? ¡No, cada hombre que alguna vez vencí en una pelea vino a buscarme, tan pronto como se corrió la voz de que un chico herrero me había partío la cara y me había hecho gritar! Tuve que pelear con cada culebra y comadreja, cada rata y cada montón de mierda del río desde el principio. ¿Ve esta cicatriz en mi cara? ¿Ve cómo mi pelo cae recto a un lado de mi cara? Dos peleas que perdí, maldita sea. ¡Pero gané las demás! ¿¡O no, Holly!?

El otro barquero miró hacia ellos.

- No te estaba escuchando alardear, patético pedazo de serdo come mierda -dijo medio en broma.

- Le dije a esta señorita que gané cada pelea, todas hasta la última.

- Eso es muy cierto -dijo Holly-. Claro, a casi todos los mataste a tiros mientras fingían que peleaban contigo.

- Las mentiras como ésa te mandarán al infierno.

- Ya tengo alquilado un cuarto allí -dijo Holly-, y a ti para que me vacíes la escupidera dos veces al día.

- ¡Sólo pa' que puedas lamerla después! -rió Miker Fink.

Peggy se sintió asqueada por su crudeza, desde luego; pero también sintió el espíritu de camaradería tras los insultos.

- Lo que no entiendo, Sr. Fink, es por qué nunca buscó vengarse del muchacho que lo venció.

- No era un muchacho -dijo Fink-. Era un hombre. Creo que probablemente nació hecho hombre. Yo era el muchacho. Un idiota abusador. Él conocía el dolor, y yo no. Él peleaba por algo correcto, y yo no. Siempre pienso en él, señora. En él y en usted. El modo en que usted me miró, como si fuera un sapo verrugoso en una sábana limpia. Oí decir que es un Hacedor.

Ella asintió.

- ¿Y por qué se deja meter en la cárcel?

Ella lo miró con perplejidad.

- Oh, vamos, señora. A un tipo que puede borrar el tatuaje de mi trasero sin tocarme, no pueden retenerlo en una cárcel natural.

Bastante cierto.

- Supongo que piensa que es inocente, y por tanto quiere enfrentar el juicio y probarlo para limpiar su nombre.

- Bueno, es un maldito tonto, entonces, y espero que se lo diga cuando lo vea.

- ¿Y por qué le daré este mensaje tan remarcable?

Fink frunció el ceño.

- Porque sé algo que él no sabe. Sé que hay un tipo que vive en Ciudad Cartago que quiere ver muerto a Alvin. Planea que lo extraditen a Kenituck.

- ¿Extraditarlo?

- Significa que un estado le dice a otro que le den un prisionero.

- Sé lo que significa -dijo Peggy.

- ¿Entonces cuál es su pregunta, señora?

- Continúe con su historia.

- Sólo que cuando le pongan las cadenas, con guardias despiertos vigilándolo día y noche, nunca lo llevarán a Kenituck para ningún juicio. Conozco a algunos de los muchachos que contrataron para llevarlo. Saben que, a cierta señal, deben irse y dejarlo solo y encadenado.

- ¿Por qué no se lo ha dicho a las autoridades?

- Se lo estoy diciendo a usted, señora -dijo Mike Fink, con una sonrisa-. Y ya me lo dije a mí y a Holly.

- Las cadenas no lo detendrán -dijo Peggy.

- ¿Cree que no? -dijo Mike-. Hubo alguna razón para que ese chico me borrara el tatuaje. Si los hechizos no tienen ningún poder sobre él, me parece que no me lo habría sacado del trasero, ¿no cree? Así que si tuvo que deshacerse de mi hechizo, entonces creo que quien entienda mucho de conjuros podría hacer unas cadenas que lo retengan lo bastante para que alguien venga con una escopeta y le vuele los sesos.

Pero ella no había visto nada parecido en su futuro.

- Claro que eso nunca ocurrirá -dijo Mike Fink.

- ¿Por qué no? -preguntó Peggy.

- Porque le debo mi vida a ese chico. Mi vida como un hombre, en todo caso, un hombre que vale la pena mirar al espejo, aunque no soy ni la mitad de guapo de lo que era antes de lidiar con él. Luché a brazo partido con ese muchacho, señora. Quería matarlo, y él lo sabía. Pero él no me mató. Más aún, señora, me rompió las dos piernas en esa pelea. Pero luego se apiadó de mí. Tuvo misericordia. Debe haber sabido que no pasaría la noche con las piernas rotas. Tenía demasiados enemigos, justo ahí entre mis amigos. Así que puso sus manos en mis piernas y las arregló. Arregló mis piernas, y los huesos se hicieron más

fuertes que antes. ¿Qué clase de hombre le hace eso a un hombre que trató de matarlo un momento antes?

- Un buen hombre.

- Bueno, ya les gustaría eso a muchos buenos hombres, pero sólo un buen hombre tenía el poder -dijo Mike-. Y si tenía el poder para hacer eso, tenía el poder para matarme sin siquiera tocarme. Tenía el poder para hacer cualquier maldita cosa que quisiera, con perdón de usted. Pero se apiadó de mí, señora.

Eso era cierto... la única sorpresa para Peggy era que Mike Fink lo hubiera entendido.

- Debo pagar mi deuda. Mientras yo viva, señora, Alvin Smith no sufrirá daño alguno.

- Y por eso está aquí -dijo ella.

- Vine con Holly tan pronto como me enteré de lo que se estaba planeando.

- ¿Pero por qué aquí?

Mike Fink rió.

- El oficial del puerto en Boca del Hatrack me conoce muy bien, y no confía en mí, me pregunto por qué. ¿Cuánto tiempo cree que pasará ante' quel sheriff del condado de Hatrack se me pegue a la espalda como una camisa sudada?

- Supongo que eso también explica por qué no se ha presentado usted a Alvin directamente.

- ¿Y qué va a pensar cuando me vea, sino que voy a arreglar cuentas? No, estoy mirando, calculando el momento, y no voy a mostrarle mi mano a la ley, ni a Alvin tampoco.

- Pero me lo dice a mí.

- Porque usted lo sabría de cualquier modo, y en poco tiempo.

Peggy sacudió la cabeza.

- Sé esto: no hay ningún camino en su futuro que lo lleve a salvar a Alvin de los matones.

Mike se puso serio.

- Pero tengo que haserlo, señora.

- ¿Por qué?

- Porque un buen hombre paga sus deudas.

- Alvin no pensará que le deba usted nada, señor.

- No me importa lo que él piense al respecto, yo siento que hay una deuda y la deuda va a ser pagada.

- ¿No es sólo una deuda, verdad?

Mike Fink rió.

- Hora de echar a andar esta balsa y llevarla a la orilla norte, ¿no le parece? - silbó dos veces, con fuerza, como si fuera alguna especie de silbato a vapor, y Holly silbó de vuelta y rió. Apoyaron sus pértigas contra el embarcadero y empujaron. Después, tan suavemente como si fueran bailarines, Mike y Holly condujeron la barca a través del río, con tanta fluidez y destreza que la línea que los unía al cable jamás se puso tensa.

Peggy no le dijo nada mientras trabajaba. En vez de eso observó, contempló los músculos de sus brazos y su espalda ondular bajo la piel, apreció el lento y gracioso sube y baja de sus piernas mientras bailaba con el río. Había belleza en ello, en él. También le hizo pensar en Alvin en la forja, Alvin en el yunque, sus brazos brillantes de sudor a la luz del fuego, las chispas refulgiendo mientras

golpeaba el metal, los músculos de sus antebrazos serpenteando mientras doblaba y daba forma al hierro. Alvin podría haber hecho todo su trabajo sin mover un dedo, utilizando su poder. Pero había alegría en el trabajo, felicidad en el hacerlo con sus propias manos. Ella nunca había experimentado eso... su vida, sus labores, todo lo hacía con su mente y con las palabras que se le ocurría decir. Su vida era todo conocimiento y enseñanza. La vida de Alvin era todo sentimiento y acción. Tenía más en común con esta rata de río con una oreja menos y la cara cortada que con ella. Este baile del cuerpo humano compitiendo con el río, era una suerte de lucha, y Alvin amaba luchar. Bruto como era, Fink sin duda era también el amigo natural de Alvin.

Alcanzaron la otra orilla, golpeando de frente el embarcadero flotante, y un hombre en la orilla echó un cabo y ató la balsa al muelle. Los hombres sin equipaje saltaron a tierra sin vacilar. Mike Fink dejó su pértiga y, con el sudor goteando aún por sus brazos, su nariz y su hirsuta barba, se dispuso a bajar las maletas de Peggy.

Ella le puso una mano en el brazo para detenerlo.

- Sr. Fink -dijo-, usted quiere ser amigo de Alvin.

- Tenía en mente ser algo más como el campeón de Alvin, señora -dijo Mike con suavidad.

- Pero creo que lo que realmente quiere es ser su amigo.

Mike Fink no dijo nada.

- Tiene miedo de que él lo rechace, si trata de ser su amigo abiertamente. Permítame decirle, señor, que él no lo rechazará. Él lo recibirá como lo que es.

Mike sacudió la cabeza.

- No quiero que me resiba así.

- Sí, lo quiere, porque usted es un hombre que desea ser bueno, y deshacer lo malo que ha hecho, y eso es lo mejor que puede hacer cualquier hombre.

Mike meneó la cabeza con más énfasis, haciendo saltar algunas gotas de sudor. A ella no le importó que algunas cayeran sobre su piel. Eran el resultado de un trabajo honesto, y de un amigo de Alvin.

- Véalo cara a cara, Sr. Fink. Sea su amigo en lugar de su salvador. Necesita más a los amigos. Se lo digo de nuevo, y sabe que es verdad: Alvin tendrá pocos amigos verdaderos en su vida. Si desea ser sincero con él, y nunca traicionarlo, de tal forma que él pueda confiar siempre en usted, entonces puedo prometerle que tal vez Alvin tenga unos cuantos amigos a los que quiera mucho, pero ninguno al que quiera más que a usted.

Mike Fink se arrodilló y volvió su rostro hacia el río. Peggy pudo ver por el brillo de sus ojos que estaban llenos de lágrimas.

- Señora -dijo-, no me atrevería a esperar tal cosa.

- Entonces necesita usted más coraje, amigo mío -dijo ella-. Necesita atreverse a esperar lo que es bueno, en vez de contentarse con lo que simplemente es suficientemente bueno -se puso en pie-. Alvin no necesita su violencia. Pero su honor... eso sí le sería útil.

Peggy levantó sus dos maletas.

De inmediato él se levantó.

- Por favor, señora, déjeme haserlo.

Ella le sonrió.

- Hace un momento vi cómo disfrutaba su combate con el río. Me hizo desear hacer un poco de trabajo físico a mí misma. ¿Me lo permitiría usted?

Mike entornó los ojos.

- Señora, de todas las historias sobre usted que escuchado por aquí, nunca oí que estuviera loca.

- Ahora tiene algo que añadir a la leyenda, entonces -dijo ella, guiñando un ojo. Caminó por el embarcadero flotante, con las maletas en las manos. Eran pesadas, y casi la convencieron de aceptar su ayuda.

- Escuché todo lo que dijo -le comentó Mike, caminando tras ella-. Pero por favor no me avergüense dejando que me vean con las manos vasías mientras una dama carga su propio equipaje.

Agradecida, Peggy se dio la vuelta y le entregó las maletas.

- Gracias -dijo-. Me parece que ciertas cosas deben fortalecerse antes.

Él sonrió.

- Tal vez yo me fortaleceré para ir a ver a Alvin, cara a cara.

Ella miró en su fuego interno.

- Estoy segura de ello, Sr. Fink.

Mientras Fink subía sus bolsos al carruaje en el cual los hombres que habían cruzado con ellos esperaban por ella impacientemente, Peggy se preguntó: acabo de cambiar el curso de los acontecimientos. Acerqué a Mike Fink más de lo que él solo lo hubiera hecho jamás. ¿He hecho algo que salvará a Alvin al final? ¿Le he dado al amigo que confundirá a sus enemigos?

Encontró el fuego interno de Alvin casi sin intentarlo. Y no, no había ningún cambio, ninguno, excepto por un día en el que Mike Fink abandonaría una celda de la prisión hecho un mar de lágrimas, sabiendo que Alvin con certeza moriría si él no estaba allí, pero sabiendo también que Alvin rehusaba que se quedara, rehusaba que lo protegiera.

Pero no era la cárcel de Río Hatrack. Y no era pronto. Aun si no había cambiado mucho el futuro, lo había cambiado un poquito. Habrían otros cambios, también. Eventualmente, uno de ellos haría la diferencia. Uno de ellos alejaría a Alvin de la oscuridad que lo engulliría al final de su vida.

- Que Dios la acompañe, señora -dijo Mike Fink.

- Llámeme señorita Lerner, por favor -dijo Peggy-. No estoy casada.

- Hasta ahora, por lo menos -dijo él.

Aun cuando apenas había dormido la noche anterior, Verily estaba demasiado entusiasmado para tener sueño mientras entraba a la corte. Había conocido a Alvin Smith, tras tantas semanas de espera, y había valido la pena. No porque Alvin lo hubiera bañado de sabiduría -ya habría tiempo suficiente para aprender de él más tarde-. No, la gran y agradable sorpresa fue que le agradó el tipo. Podía ser un poco rudo, más americano y más campestre que Calvin. ¿Y qué con eso? Había un destello de humor en sus ojos, y parecía tan directo, tan abierto...

Y yo soy su abogado.

La sala de la corte americana resultaba casi casual, comparada a las que había conocido Verity en sus litigios en Inglaterra. El juez no llevaba peluca, para empezar, y su toga estaba un poco raída. Difícilmente podría hablarse de la majestad de la ley en ese lugar; y pese a todo, la ley era la ley, y la justicia no

estaba absolutamente desconectada de ella, no si el juez era honesto, y no había ninguna razón para pensar que no lo fuera.

Llamó a sesión a la corte y preguntó por las mociones. Marty Laws se puso en pie rápidamente.

- Moción para que el arado dorado se le quite al prisionero y sea puesto en custodia de la corte. No tiene ningún sentido que el artículo en cuestión permanezca en posesión del prisionero cuando...

- No pedí los argumentos -dijo el juez-. Pregunté por las mociones. ¿Alguna otra?

- Si ello complace a la corte, pido la remoción de todos los cargos contra mi cliente.

- Hable más alto, joven, no pude oír ni una palabra de lo que dijo.

Verily repitió lo que había dicho, más alto.

- Bueno, ¿no estaría bien eso? -dijo el juez.

- Cuando la corte esté lista para los argumentos, estaré feliz de explicar por qué.

- Explíquelo ahora, por favor -dijo el juez, luciendo sólo un poco molesto.

Verily no entendía que había hecho mal, pero obedeció.

- El punto en discusión es un arado que todos aceptan que está hecho de oro sólido. No existe una scintilla¹⁹ evidencia de que Pacífico Smith haya estado nunca en posesión de semejante cantidad de oro, y por tanto no hay nada que soporte su acusación.

Marty Laws saltó de inmediato.

- Su Señoría, eso es precisamente lo que este juicio pretende probar, y en cuanto a la evidencia, no sé qué es una scintilla, a menos que tenga algo que ver con La Odisea...

- Interesante referencia -dijo el juez-, y bastante aduladora, estoy seguro, pero por favor vuelva a sentarse en su silla hasta que pida la refutación, que no pediré porque la moción de la defensa está denegada. ¿Alguna otra moción?

- Tengo una, su señoría -dijo Marty-. Una moción para posponer el asunto de la extradición hasta después de...

- ¡Extradición! -gritó el juez-. ¡Pero que clase de tontería es esta!

- Se descubrió que había una orden pendiente de extradición sobre el prisionero, solicitando que sea enviado a Kenituck para la realización de un juicio por la muerte de un Rastreador de Esclavos asesinado durante el desempeño de sus deberes legales.

Éstas eran noticias nuevas para Verily. ¿O no lo eran? La familia le había contado algo sobre la historia de cómo Alvin había cambiado a un chico medio negro para que los Rastreadores no pudieran identificarlo, pero su búsqueda del pequeño los había llevado a la hostería donde vivían sus padres adoptivos, y allí la madre del niño había matado a uno de los Rastreadores, y el otro la había matado a ella, y entonces Alvin había llegado y asesinado a éste, pero sólo después de que el Rastreador le hubiera disparado a él, así que obviamente se trataba de defensa propia.

- ¿Cómo puede ser juzgado por eso? -preguntó Verily-. La determinación de Pauley Wiseman, que era el sheriff de entonces, fue que se trató de defensa propia.

Marty se volvió hacia el hombre que permanecía sentado, hasta el momento en silencio, al lado suyo. El hombre se levantó lentamente.

- Mi educado colega de Inglaterra no conoce las leyes locales, Su Señoría. ¿Le importa si lo ayudo con esto?

- Adelante, Sr. Webster -dijo el juez.

Así que... el juez ya había tratado con el Sr. Webster, pensó Verily. Tal vez eso significaba que ya había elegido un bando. ¿Pero cuál?

- Señor... Cooper, ¿no es así?... Sr. Cooper, cuando Kenituck, Tennizy y los Apalaches fueron admitidos por la Unión de Estados Americanos, el Tratado de Esclavos Fugitivos se convirtió en la Ley de Esclavos Fugitivos. Según esa ley, cuando alguien interfiere con un Rastreador de Esclavos que cumple su deber legal en uno de los estados libres, el acusado es juzgado en el estado en el que el dueño del esclavo ha establecido su residencia. En el momento del crimen, ese estado eran los Apalaches, pero el dueño del esclavo en cuestión, el Sr. Cavil Planter, se ha trasladado a Kenituck, y por tanto es allí a donde el Sr. Smith deberá ser extraditado y enfrentar el juicio. Si entonces se encuentra que actuó en defensa propia, será por supuesto puesto en libertad. Nuestra petición a la corte es que se deje de lado el asunto de la extradición hasta la conclusión de este juicio. Estoy seguro de que estará de acuerdo en que esto resulta lo más conveniente para su cliente.

Así parecía, en la superficie. Pero Verily no era un tonto... si era lo más conveniente para Alvin Smith, Daniel Webster no tendría tantas ganas de postergar el asunto. El motivo más obvio era el de influenciar al jurado. Si la gente de Hatrack, que en su mayoría apoyaban a Alvin, llegaban a pensar que declarándolo culpable de haber robado el arado de Pacífico lo salvarían de ser extraditado a un estado en el que sin duda sería colgado, podrían condenarlo por su propio bien.

- Su Señoría, mi cliente desearía oponerse a esta moción y exigir una atención inmediata del asunto de la extradición, de tal forma que pueda ser aclarado antes de que enfrente el juicio por los cargos aquí.

- No me agrada la idea -dijo el juez-. Si aceptamos su moción y aprobamos la extradición, entonces este juicio queda en segundo lugar y él se va a Kenituck.

Marty Laws le susurró a Verily:

- ¡No seas idiota, muchacho! Yo soy el que convenció a Webster de acordar esto, es una locura mandarlo a Kenituck.

Verily vaciló por un instante. Pero para entonces ya había entendido algo del modo en que Webster y Laws encajaban. Laws podía creer que había persuadido a Webster de dejar de lado la extradición, pero Verily estaba bastante seguro de que en realidad había sido al revés. Webster quería posponer la extradición. Por tanto, Verily no quería.

- Estoy muy seguro de eso -dijo Verily, una afirmación que se había vuelto cierta no hacía ni cinco segundos-. Pese a todo, deseamos una atención inmediata sobre asunto de la extradición. Creo que es el derecho de mi cliente. No queremos que el jurado sea consciente de que hay una orden de extradición en su contra.

- ¡Pero nosotros no queremos que el acusado deje el estado mientras aún está en posesión del oro de Pacífico Smith! -gritó Webster.

- Todavía no sabemos de quién es ese oro -dijo el juez-. Debo decir que todo esto es muy confuso. Suena como si la fiscalía estuviera defendiendo al acusado, y viceversa. Pero en cuanto a los principios generales estoy inclinado a dar mayor peso al cargo capital por sobre la acusación de robo. Así que la petición de extradición será oída... ¿cuánto tiempo necesitan?

- Podríamos estar listos esta tarde -dijo Marty.

- No, no podrían -dijo Verily-, porque deben conseguir evidencia que actualmente y casi con seguridad se encuentra en Kenituck.

- ¡Evidencia! -Marty dio la impresión de estar genuinamente desconcertado-. ¿De qué? Todos los testigos del asesinato cometido por Alvin viven aquí mismo.

- El crimen por el cual se ha exigido la extradición no es el asesinato de un Rastreador, simple y llanamente. Es el haber interferido con un Rastreador ocupado en su deber legal. Así que no sólo deben probar que mi cliente mató al Rastreador... deben probar que el Rastreador estaba ocupado legalmente en la búsqueda de un esclavo particular.

El cabo al que Verily se estaba agarrando era lo que la familia Miller le había contado en Vigor sobre cómo Alvin había cambiado al niño de tal forma que los Rastreadores no pudieran rastrearlo más.

Marty Laws se inclinó hacia Daniel Webster y ambos conferenciaron por un momento.

- Parece que tendremos que traer a un Rastreador de Esclavos desde el otro lado del río, de Wheelwright -dijo Laws-, y mandar a buscar el sello. Sólo que está en Ciudad Cartago, así que... a caballo y luego en tren... ¿pasado mañana?

- Me parece bien -dijo el juez.

- Si eso complace a la corte... -dijo Webster.

- Nada me ha complacido más esta mañana -dijo el juez-. Pero continúe, Sr. Webster.

- Ya que existe un considerable historial de gente escondiendo al esclavo en cuestión, nos gustaría que fuera puesto en custodia inmediatamente. Tengo entendido que el niño se encuentra en esta habitación ahora mismo -se dio vuelta y miró directamente a Arturo Estuardo.

- Al contrario -dijo Verily Cooper-. Me parece que el niño al que el Sr. Webster está indicando es el hijo adoptivo del Sr. Horace Guester, el dueño de la hostería en la cual me he estado hospedando, y por tanto tiene los mismos derechos que cualquier ciudadano del estado de Hio, lo que implica que debe presumirse su inocencia hasta y a menos que se pruebe lo contrario.

- ¡Alto ahí, Sr. Cooper! -dijo Marty Laws- Todos sabemos que los Rastreadores pillaron al chico y se lo llevaron encadenado al otro lado del río.

- Es la opinión de mi cliente que lo hicieron por error, y un equipo de Rastreadores imparciales será incapaz, utilizando solamente el sello, de descubrir al niño entre un grupo de otros niños, si su raza es mantenida en secreto. Proponemos ésta como la primera cuestión a ser demostrada por la corte. Si el equipo de Rastreadores no puede descubrir al niño, entonces los Rastreadores que murieron en este pueblo no estaban cumpliendo su deber legal, y por tanto Kenituck no tiene jurisdicción alguna porque no puede aplicarse la Ley de Esclavos Fugitivos.

- Eres de Inglaterra y no sabes nada sobre lo que estos Rastreadores son capaces de hacer -dijo Marty, bastante enojado ahora-. ¿Estás intentando que se lleven a Arturo Estuardo lleno de cadenas? ¿Y que cuelguen a Alvin?

- Sr. Laws -dijo el juez-, es usted el fiscal del estado en este asunto, no el abogado del Sr. Smith o el Sr. Estuardo.

- ¡Por todos los cielos! -dijo Marty.

- Y si la Ley de Esclavos Fugitivos no puede aplicarse, entonces recuerdo a la corte que el sheriff y el fiscal del condado de Hatrack ya han determinado que Alvin Smith actuó en defensa propia, y por tanto levantar cargos en su contra ahora sería equivalente a un segundo juicio por un mismo delito, lo que está prohibido por...

- Sé exactamente quién y qué prohíbe el segundo juicio por un mismo delito -dijo el juez, poniéndose un poco tenso con Verily.

¿Qué estoy haciendo mal?, se preguntó Verily.

- Está bien, puesto que es el cuello del Sr. Smith el que está en juego, denegaré la moción de la fiscalía y acogeré la moción de la defensa de preparar un examen secreto a un equipo de Rastreadores. Añadamos otro día... nos encontraremos el viernes para ver si pueden identificar a Arturo Estuardo. En cuanto a lo de poner a Arturo en custodia, se lo preguntaré al padre adoptivo del niño... ¿está el viejo Horace en la corte hoy?

Horace se puso en pie.

- Aquí estoy, señor -dijo.

- ¿Vas a hacer mi vida muy complicada tratando de esconder a este niño, de tal modo que tenga que encerrarte de por vida por desacato? ¿O vas a mantenerlo a la vista y lo traerás a la corte para esa prueba?

- Lo traeré -dijo Horace-. No va'ir a ninguna parte mientras Alvin estén prisión, de tos modos.

- No te hagas el listo conmigo, Horace, sólo te estoy advirtiéndolo -dijo el juez.

- No pretendo ser listo, maldita sea -murmuró Horace mientras volvía a sentarse.

- Y no maldiga en mi corte, tampoco, Sr. Guester, ni me insulte asumiendo que mi pelo gris significa que esté sordo -el juez golpeó con su martillo-. Bien, eso es todo en cuanto a las mociones y...

- Su Señoría -dijo Verily.

- Ése soy yo -dijo el juez-. ¿Qué, tiene otra moción?

- Sí -dijo Verily.

- Falta el asunto de los argumentos en la moción sobre la creación del arado -dijo Marty Laws solícitamente.

- Maldición -masculló el juez.

- ¡Oí eso, juez! -gritó Horace Guester.

- Alguacil, lleve al Sr. Guester afuera -dijo el juez.

Todos esperaron mientras Horace Guester se levantaba y se apuraba a salir de la corte.

- ¿Cuál es su nueva moción, Sr. Cooper?

- Pido respetuosamente saber la posición del Sr. Webster en esta corte. No parece ser un oficial del condado de Hatrack o del estado de Hio.

- ¿No es usted un consejero del fiscal o alguna otra idiotez? -preguntó el juez a Daniel Webster.

- Lo soy -dijo Webster.
 - Bien, ahí lo tiene.
 - Con su perdón, Señoría, pero tengo la impresión de que los honorarios del Sr. Webster no están siendo pagados por el condado. Pido respetuosamente saber quién le está pagando, o si está actuando sólo debido a la bondad de su corazón.
- El juez se inclinó sobre su escritorio y levantó la cabeza para mirar a Daniel Webster.
- Ahora que lo menciona, no recuerdo haberlo visto representar nunca a nadie que no fuera muy rico o muy famoso, Sr. Webster. A mí también me gustaría saber quién le está pagando.
 - Estoy aquí voluntariamente -dijo Webster.
 - Así que si lo pongo bajo palabra y le pregunto si su tiempo y sus gastos aquí están o no están siendo pagados por alguien más que usted mismo, ¿diría que no está recibiendo pago alguno? ¿Bajo palabra?
- Webster sonrió débilmente.
- Estoy empleado, y por tanto mis gastos son pagados, pero no por este caso específicamente.
 - Deje que lo ponga de otra forma. Si no quiere que el alguacil lo ponga afuera con el Sr. Guester, dígame quién le está pagando.
 - Estoy empleado por la Cruzada por los Derechos de Propiedad, localizada en el número 44 de la Calle Harrison en la Ciudad de Cartago, estado de Wobbish -y esbozó una delgada sonrisa.
 - ¿Responde eso a su respetuosa petición, Sr. Cooper? -preguntó el juez.
 - Sí, Su Señoría.
 - Entonces declaro esta...
 - ¡Su Señoría! -gritó Marty Laws-. El asunto de la posesión del arado.
 - De acuerdo, Sr. Laws -dijo el juez-. Hay tiempo para unos breves argumentos.
 - Es absurdo que el acusado permanezca en posesión de la propiedad en cuestión, eso es todo -dijo Marty.
 - Puesto que el mismo acusado se encuentra en custodia en la prisión del condado -dijo Verily Cooper-, y el arado se encuentra en su posesión, entonces, como sus ropas y su lápiz y su tinta y su papel, y todo lo demás en su posesión, el arado está obviamente bajo la custodia de la prisión del condado igualmente. La moción del estado es discutible.
 - ¿Cómo sabemos siquiera que el acusado tiene el arado? -preguntó Marty Laws-. Nadie lo ha visto.
 - Ahí tiene un punto -dijo el juez, mirando a Verily.
 - Debido a propiedades especiales del arado -dijo Verily-, el acusado siente que sería desaconsejable alejarlo de su vista. Sin embargo, si el estado desea designar a tres oficiales de la corte para verlo...
 - Hagámoslo fácil -dijo el juez-. El Sr. Laws, el Sr. Cooper y yo iremos a ver el arado hoy mismo, tan pronto como terminemos aquí.
- Verily notó con placer que Daniel Webster enrojecía de rabia al darse cuenta de que no sería tratado como un igual e invitado con ellos. Webster tiró del abrigo de Laws y le susurró algo al oído.
- Um, Su Señoría -dijo Laws.
 - ¿Qué mensaje le ha dado el Sr. Webster? -preguntó el juez.

- Usted, el Sr. Cooper y yo no podemos ser llamados exactamente testigos, siendo, um, lo que somos –dijo Laws.

- Creía que el objetivo de todo esto era asegurarnos de que el arado existe – dijo el juez-. Si usted, el Sr. Cooper y yo lo vemos, entonces me parece que podemos asegurarle bastante bien a todos que existe.

- Pero en el juicio, queremos que personas distintas al acusado y al Sr. Pacífico Smith sean capaces de testificar sobre el arado.

- Habrá mucho tiempo para eso más tarde. Estoy seguro de que podremos conseguir que lo vean un par de testigos, también. ¿Cuántos quiere?

Otra conferencia de susurros.

- Ocho estará bien –dijo Laws.

- Usted y el Sr. Cooper se reunirán luego y decidirán qué ocho personas harán de testigos. Mientras tanto, nosotros tres iremos a visitar al Sr. Alvin en prisión y le daremos un buen vistazo a este maravilloso y legendario arado dorado mítico que tiene... ¿cómo lo dijo usted, Sr. Cooper?

- Propiedades especiales –dijo Verily.

- Ustedes los ingleses tienen mucha facilidad para las palabras.

Nuevamente, verily pudo sentir cierta antipatía hacia su persona de parte del juez. Como antes, no tenía idea de qué podía haber hecho para provocarla.

Sin embargo, dejando a un lado la inexplicable molestia del juez, las cosas habían resultado bastante bien.

A menos, claro, que los Miller estuvieran equivocados y los Rastreadores de Esclavos pudieran identificar a Arturo Estuardo como el fugitivo buscado. Entonces habría problemas. Pero... lo más agradable de este caso era que si Verily se desempeñaba muy mal, haciendo casi seguro que Alvin fuera ahorcado y Arturo Estuardo regresara a la esclavitud, Alvin, siendo un Hacedor, podría simplemente llevarse al niño lejos; y nadie podría detenerlos si Alvin no quería ser detenido, o encontrarlos si Alvin no deseaba ser hallado.

Pero aun así, Verily no tenía intención de hacer las cosas mal. Pretendía ganar espectacularmente. Pretendía limpiar el nombre de Alvin de todos los cargos, para que el Hacedor fuera libre de enseñarle todo lo que él quería saber. Y otro motivo, uno más profundo, uno que no trataba de esconderse a sí mismo aunque nunca lo hubiera admitido frente a alguien más: quería que el Hacedor lo respetara. Quería que Alvin Smith lo mirara a los ojos y le dijera, “Bien hecho, amigo”.

Eso sería bueno. Una buena cosa que Verily Cooper deseaba.

14

Testigos

Todo el tiempo de espera no había sido tan malo, en realidad. En la cárcel no pasaba nada, pero a Alvin no le importaba estar solo y no hacer nada. Le daba tiempo para pensar. Y tiempo para pensar era tiempo para hacer, meditaba. No para hacer cosas como solía hacer de niño, construyendo cestas de hierba para insectos para mantener a raya al Deshacedor, sino para hacer cosas en su cabeza. Tratando de recordar la Ciudad de Cristal como la había visto en el chorro de agua de Tenskwa Tawa. Tratando de entender cómo había sido construido ese lugar. No puedo enseñar a la gente cómo hacerla si yo mismo no sé lo que es.

Sabía que el Deshacedor movía el mundo fuera de la cárcel, desgarrando un poquito aquí, derrumbando un poquito allá, metiendo una cuña en cada pequeña grieta que encontraba. Y siempre había gente buscando al Deshacedor, buscando alguna horrible fuerza destructiva más allá de su poder. Pobres tontos, siempre

pensaban que la Destrucción era simplemente destrucción, que la estaban usando y que una vez que hubieran acabado, empezarían a construir. Pero uno no puede construir sobre unos cimientos de destrucción. Ese es el oscuro secreto del Deshacedor, pensó Alvin. Una vez que te pones a destruir, es difícil volver a construir, muy difícil volver a encontrarte a ti mismo. Quien cava desgasta la tierra y la pala. Y una vez que te conviertes en una herramienta en las manos del Deshacedor, te desgastará, te desgarrará, te agujereará y te vaciará y todo el tiempo piensas que eres tan listo y brillante y que estás tan lleno y completo, y no te das cuenta hasta que te suelta, y te deja caer. ¿Qué es ese ruido? Vaya, si soy yo. Soy yo, que sueño como una herramienta echada a perder. ¿Por qué me dejas? ¡Todavía soy útil!

Pero no lo eres, no cuando el Deshacedor te ha atrapado.

Lo que Alvin entendió es que cuando estás Haciendo, no usas a la gente como herramientas. No los desgastas para lograr tu propósito. Te desgastas a ti mismo ayudándolos a lograr los suyos. Te desgastas enseñando y guiando, persuadiendo y escuchando los consejos y dejando que la gente te persuada a ti, cuando resultan tener la razón. Así que en lugar de un gobernante y un montón de herramientas gastadas, tienes una ciudad entera de Hacedores, todos ellos ciudadanos libres, todos trabajadores esforzados...

Excepto por un pequeño problema. Alvin no podía enseñar a Hacer. Oh, podía conseguir que la gente se pusiera en sintonía y tuviera la actitud correcta, y su trabajo mejoraría un poco. Y unos cuantos, como Mesura, principalmente, y su hermana Eleanor, habían aprendido una o dos cosas, habían captado algo de luz. Peor la mayor parte seguía en la oscuridad.

Y luego llega uno como ese abogado de Inglaterra, ese Verily Cooper, que había nacido sabiendo cómo hacer en un segundo lo que Mesura sólo podría hacer tras un día de esfuerzo continuo. Sellar un libro como si fuera una sola pieza de cuero y madera, y abrirlo después sin causar ningún daño a ninguna de las páginas, y con las letras pegadas aún a las superficies. Había Creación en ello.

¿Qué tenía él para enseñarle a Verily? Verily había nacido sabiendo. ¿Y cómo podía esperar enseñar a aquellos que no habían nacido con ese don? ¿Y de cualquier modo, cómo podría enseñar nada cuando no sabía cómo hacer el cristal del cual sería hecha la ciudad?

No puedes construir una ciudad de vidrio: se romperá, no soportará el peso. No puedes construirla con hielo, tampoco, porque no es lo bastante claro, ¿y qué hay del verano? Diamantes; son lo bastante fuertes, pero una ciudad hecha de diamante, incluso si pudiera encontrar una cantidad suficiente de él... de ningún modo les permitirían usar semejante riqueza para construir, habría quienes lo echarían todo abajo al momento, cada cual robando un pedazo de pared para hacerse rico, y en poco tiempo la ciudad entera parecería un queso suizo, con más agujeros que paredes.

Oh, Alvin podía divagar sobre esto, nadar entre los pensamientos y las preguntas, a través de los recuerdos y las palabras de los libros que leía cuando la Señorita Larner -cuando Peggy- le enseñaba. Podía mantener su mente ocupada en soledad y no le molestaba ni un poco, aunque por supuesto que tampoco le molestaba que Arturo Estuardo fuera a verlo y a hablar de cómo iban las cosas.

Hoy, sin embargo, estaban pasando cosas. Verily Cooper estaría contrarrestando mociones por esto y aquello, y aun si era un buen abogado, era

de Inglaterra y no sabía cómo se hacían las cosas aquí. Podría cometer errores, pero no había ni una maldita cosa que Alvin pudiera hacer al respecto si eso pasaba. Sencillamente tenía que poner su confianza en otras personas, y Alvin odiaba eso.

- Todo el mundo lo odia -dijo una voz, una voz tan familiar, tan soñada... una voz largo tiempo esperada con la que había tenido muchas conversaciones en su memoria, muchas discusiones en su imaginación; soñaba con que esa voz le susurrara suavemente en la noche y en la mañana.

- Peggy -susurró Alvin. Abrió sus ojos.

Allí estaba, con la misma apariencia que tendría si hubiera salido de sus recuerdos, sólo que era real, él no la había hecho aparecer por arte de magia.

Recordó sus modales y se puso en pie.

- Señorita Larner -dijo-. Es muy gentil de su parte venir a visitarme.

- No tan gentil como necesario -dijo ella, en tono serio.

Serio. Alvin suspiró para sí.

Ella buscó una silla.

Él cogió el taburete que había en la celda e impulsivamente, sin pensarlo, se lo tendió a través de los barrotes.

Alvin apenas fue consciente del modo en que hizo que las barras de hierro y las láminas de madera se abrieran y apartaran para permitirse pasar unas a otras; sólo cuando vio la expresión de Peggy y sus ojos desorbitados se dio cuenta de que desde luego ella no había visto nunca que nadie pasara madera a través del hierro así.

- Lo siento -dijo-. Nunca había hecho eso antes. Quiero decir, sin previo aviso.

Ella tomó el taburete.

- Muy considerado de tu parte -dijo-, conseguirme un asiento.

Él se sentó en su catre. Crujió bajo él. Si no hubiera endurecido el material, se hubiera roto bajo su peso varios días atrás. Era un hombre grande y usaba muebles bastante resistentes; no le importaba si la cama se quejaba en voz alta de vez en cuando.

- Tengo entendido que hoy están haciendo las mociones preliminares.

- Observé parte de ellas. Tu abogado es excelente. ¿Verily Cooper?

- Creo que él y yo seremos amigos -dijo Alvin. Esperó su reacción.

Ella asintió, y sonrió tenuemente.

- ¿Realmente quieres que te hable sobre lo que sé y los posibles cursos que pueda tomar vuestra amistad?

- Quiero, y no quiero, y lo sabe.

- Te diré que me alegra que esté aquí. Sin él, no tendrías oportunidad de ganar este juicio.

- ¿Entonces ahora ganaré?

- Ganar no lo es todo, Alvin.

- Pero perder es nada.

- Si perdieras el caso pero mantuvieras tu vida y el trabajo de tu vida, entonces perder sería mejor que ganar, y que morir por ello, ¿no crees?

- ¿Morir? ¡Mi vida no está en juego!

- Sí, lo está -dijo Peggy-. Siempre que la ley ponga sus manos encima de ti, aquellos que usan la ley para su propio beneficio también se volverán en tu

contra. No confíes en las leyes de los hombres, Alvin. Fueron diseñadas por hombres fuertes para mejorar su poder sobre los más débiles.

- Eso no es justo, Señorita Larner -dijo Alvin-. Ben Franklin y los otros que hicieron las primeras leyes...

- Ellos lo hicieron bien. Pero lo que a ti te importa es que cada vez que estés en prisión, Alvin, tu vida correrá peligro continuamente.

- ¿Vino a decirme eso? Sabe que puedo salir de aquí cuando quiera.

- Vine para poder decirte cuándo debes salir, si llega el momento.

- Quiero mi nombre limpio de las mentiras de Pacífico.

- También vine a ayudar con eso -dijo ella-. Voy a testificar.

Alvin pensó en aquella noche en que murió la Buena Guester, la madre de Peggy, aunque él no supo que la Señorita Larner era realmente Peggy Guester hasta que ella se arrodilló llorando sobre el cuerpo destrozado de su madre. Justo antes de que oyeran el primer disparo, Peggy y él habían estado a punto de declararse mutuamente su amor, a punto de comprometerse. Y entonces su madre mató al Rastreador, y el otro Rastreador la mató a ella, y Alvin llegó demasiado tarde para salvarla de la herida de escopeta, y todo lo que pudo hacer fue matar al hombre que la había asesinado, matarlo con sus manos desnudas, ¿y de qué sirvió? ¿Qué bien hizo eso? ¿Qué clase de Hacedor hacía eso?

- No quiero que testifique -dijo Alvin.

- Yo misma no tengo mucho interés en ello -dijo Peggy-. No lo haré si no es necesario. Pero debes decirle a Verily Cooper quién y qué soy, y decirle que cuando esté listo con los demás testigos, debe mirarme, y si yo asiento, debe llamarme como testigo, sin discusiones. ¿Me entiendes? Yo sabré mejor que cualquiera de ustedes si mi testimonio es o no necesario.

Alvin la escuchó y supo que le haría caso, pero una parte de él bullía de rabia y no sabía por qué... Había soñado por más de un año con verla de nuevo, y ahora estaba aquí y lo único que quería era gritarle.

Bueno, no le gritó. Pero sí le habló en voz alta y con un tono que no sonó amable.

- ¿Para eso regresó? ¿Para decirle al pobre y estúpido Alvin lo que su pobre y estúpido abogado debe hacer?

Ella lo miró agudamente.

- Encontré a un viejo amigo tuyo en el transbordador.

Por un instante, su corazón saltó en su interior.

- ¿Ta-Kumsaw? -susurró.

- ¡Dios, no! -dijo ella-. Él está al oeste, más allá del Mizzipy por lo que sé. Me refería a un tipo que tuvo una vez un tatuaje en una parte del cuerpo que no puedo mencionar, un Sr. Mike Fink.

Alvin entornó los ojos.

- Supongo que el Deshacedor está reuniendo a todos mis enemigos en un solo lugar.

- Al contrario -dijo Peggy-. Creo que él no es tu enemigo. Creo que es un amigo. Jura que sólo quiere protegerte, y yo le creo.

Alvin sabía que ella esperaba que él tomara eso como una prueba de que el hombre era de confianza, pero se sentía terco y molesto y no dijo nada.

- Vino al transbordador de Wheelwright para estar lo bastante cerca y poder tenerte vigilado. Existe una conspiración para extraditarte a Kenituck bajo la Ley de Esclavos Fugitivos.

- Po Doggly me dijo que no iba a prestar oídos a eso.

- Bien, Daniel Webster está aquí precisamente para ver que, ganes o pierdas aquí, seas llevado a Kenituck para enfrentar otro juicio.

- No iré -dijo Alvin-. Nunca llegaría a juicio.

- No, no llegarías. Por eso es que Mike Fink vino a cuidar de ti.

- ¿Por qué está de mi lado? Le quité su hechizo de protección. Era uno poderoso. Casi perfecto.

- Y desde entonces ha sufrido unas cuantas heridas y perdido una oreja. Pero también aprendió compasión. Fink valora el cambio. Y tú curaste sus piernas. Lo dejaste con una oportunidad de combatir.

Alvin pensó en ello.

- Bueno, uno nunca sabe, ¿verdad? Pensaba en él como en un rufián sin esperanzas.

- Me parece que una buena persona puede a veces hacer el mal por ignorancia, debilidad o una forma equivocada de ver las cosas, pero cuando llegan tiempos difíciles, la bondad sale a la luz y vence. Y una mala persona puede a menudo parecer buena y confiable por mucho tiempo, pero cuando llegan tiempos difíciles, se revela el mal que hay en su interior.

- Así que tal vez sólo estamos esperando que lleguen tiempos lo bastante difíciles para averiguar que tan malo soy en realidad.

Ella esbozó una sonrisa.

- La modestia es una virtud, pero te conozco demasiado bien para creer ni por un minuto que pienses que eres un mal hombre.

- No pienso mucho sobre si soy bueno o malo. Pienso mucho más sobre si voy a valer alguna maldita cosa. Hoy por hoy creo que debo valer 3/4 de dólar.

- Alvin -dijo ella-, no solías maldecir en mi presencia.

Él sintió la reprimenda pero también le gustó la sensación de hacerla enfadar.

- Es sólo el mal en mí saliendo a la luz.

- Estás muy enojado conmigo.

- Sí, bueno, usted lo sabe todo, lo ve todo.

- He estado ocupada, Alvin. Tú has estado haciendo el trabajo de tu vida, y yo he estado haciendo el de la mía.

- Hubo un tiempo en que esperé que se tratara del mismo trabajo -dijo Alvin.

- Nunca será el mismo trabajo. Aunque nuestras labores pueden complementarse. Yo nunca seré un Hacedor. Sólo veo lo que puede ser visto. Mientras que tú imaginas lo que podría ser hecho, y lo haces. El mío es de lejos el don más débil, y bastante inútil para ti.

- Es la tontería más grande que he escuchado.

- No hablo con tonterías -dijo ella, cortante-. Si piensas que mis palabras no suenan ciertas, vuelve a pensar hasta que las entiendas.

Alvin la imaginó como solía verla, la severa profesora al menos diez años más vieja de lo que era Peggy realmente; todavía sabía cómo usar su voz como un golpe en los nudillos.

- No es inútil para mí saber qué depara el futuro.

- Pero yo no sé qué es lo que depara. Sólo sé lo que podría suceder. Lo que parece más probable. Existen muchos otros caminos posibles. La mayoría de la gente anda ciegamente y a tropiezos, tanteando en uno de los caminos que veo en su corazón, precipitándose hacia el desastre o la felicidad. Pocos tienen tu poder, Alvin, de abrir un nuevo camino que no existía antes. No hubo ningún futuro en el que te viera pasar ese taburete a través de los barrotes de la celda. Y sin embargo era un acto casi inevitable por tu parte. Una simple expresión de la impulsividad de un hombre joven. Veo en el corazón de las personas los futuros que son posibles en el curso natural de los eventos. Pero tú puedes dejar a un lado las leyes de la naturaleza, y por ello no puedo ver adecuadamente. A veces veo con claridad; pero hay profundos vacíos, amplios y oscuros.

Alvin se levantó del camastro y se plantó frente a las barras, las agarró, y se arrodilló frente a ella.

- Dígame cómo descubrir cómo hacer la Ciudad de Cristal.

- No sé cómo lo haces. Pero he visto mil futuros en los que lo haces.

- ¡Dígame dónde buscar, entonces, para que pueda aprender!

- No lo sé. Sea lo que sea, no sigue las leyes de la naturaleza. O al menos por eso creo que no puedo verlo.

- Vilate Franker dice que mi vida termina en Ciudad Cartago –dijo Alvin.

Ella se puso rígida.

- ¿Cómo puede saber tal cosa?

- Ella sabe de dónde vienen las cosas y dónde terminarán.

- No vayas a Ciudad Cartago. Nunca vayas allí.

- Así que tiene razón.

- Nunca vayas –susurró ella-. Por favor.

- No tengo planes de hacerlo –dijo él. Pero en su corazón pensó: se preocupa por mí, después de todo. Todavía se preocupa por mí.

Alvin podría haber dicho algo al respecto, o Peggy podría haber hablado con un poco más de ternura y menos seriedad. Podrían, pero entonces se abrió la puerta y entraron en grupo el sheriff y el juez, y Marty Laws y Verily Cooper.

- Excúsenos –dijo el sheriff Doggly-. Pero tenemos un asunto de la corte entre manos.

- Estoy a su servicio, caballeros –dijo Alvin, incorporándose al momento. Peggy también se levantó, luego se inclinó para apartar el taburete del camino.

El sheriff observó el taburete.

- Fue muy amable de su parte permitir que pusieran el taburete de Alvin fuera de la celda para mí –dijo Peggy.

Po Doggly la miró. No había dado tal orden, pero decidió no discutir. Alvin era Alvin.

- Explíquele las cosas a su cliente –le dijo el juez a Verily Cooper.

- Como discutimos anoche –dijo Verily-, será necesario que varios testigos vean el arado. Nosotros tres seremos suficientes para asegurar que el arado existe, que parece estar hecho de oro, y...

- Me parece bien –dijo Alvin.

- Y hemos acordado que una vez que el jurado esté formado, seleccionaremos a otros ocho testigos que den fe de la existencia y naturaleza del arado en la corte.

- Siempre que el arado se quede aquí conmigo -dijo Alvin. Miró hacia el sheriff Doggly.

- El sheriff ya sabe -dijo el juez-, que él no es uno de los testigos designados.

- ¡Por un demonio, Su Señoría! -dijo Doggly-. ¿Está varias semanas en mi cárcel y ni siquiera puedo verlo?

- No me importa si él se queda -dijo Alvin.

- A mí sí -dijo el juez-. Será mejor si no agasaja a sus asistentes con cuentos sobre cuán grande y dorada es la cosa. Sé que podemos confiar en el Sr. Doggly. ¿Pero para qué exacerbar la tentación que debe ya afligir a al menos alguno de sus asistentes?

Alvin rió.

- ¿Qué es tan gracioso, Sr. Alvin? -preguntó el juez.

- Cómo pretende saber todo el mundo qué diablos significa la palabra exacerbar -todos lo acompañaron con risas.

Cuando las carcajadas murieron. el sheriff Doggly aún estaba en la habitación.

- Estoy esperando para escoltar a la señorita afuera -dijo.

Alvin entornó los ojos.

- Ella vio el arado la noche en que fue hecho.

- Aun así -dijo el juez-, sólo tres testigos en esta ocasión. Puede usted enseñárselo a cada visitante si así lo quiere, pero en esta ocasión, hemos acordado tres, y tres será.

Peggy le sonrió al juez.

- Es usted un hombre de extraordinaria integridad, señor -dijo-. Me alegra saber que está presidiendo este juicio.

Cuando se hubo ido y el sheriff hubo cerrado la puerta de la cárcel, el juez miró a Alvin.

- ¿Era esa Peggy Guester? ¿La niña tea?

Alvin asintió.

- Creció más bella de lo que jamás esperé -dijo el juez-. Tan sólo quisiera saber si estaba siendo sarcástica.

- No creo -dijo Alvin-. Pero tiene razón, tiene una forma de decir incluso las cosas buenas como si estuviera conteniéndose de contar un montón de otras cosas no tan buenas.

- Quien se case con ésa -dijo el juez-, más vale que tenga la piel gruesa.

- O un garrote sólido -dijo Marty Laws, y luego rió. Pero se rió solo, y se calló pronto, un poco avergonzado, inseguro sobre el poco éxito de su broma.

Alvin se agachó y sacó de debajo del catre el saco de arpillera en el que guardaba el arado. Abrió la boca del saco, y expuso el arado, rodeado de arpillera, brillando dorado a la luz de las altas ventanas.

- ¡Que me zurzan! -dijo Marty Laws-. De verdad es un arado, y de verdad es de oro.

- Parece oro -dijo el juez-. Me parece que, si debemos ser testigos honestos, debemos tocarlo.

Alvin sonrió.

- No los estoy deteniendo.

El juez suspiró y se volvió hacia el fiscal.

- Olvidamos decirle al sheriff que abriera la puerta de la celda.

- Iré a decírselo -dijo Marty.

- Por favor, cubra el arado, Sr. Smith -dijo el juez.

- No se moleste -dijo Alvin. Dio un paso y abrió la puerta de la celda. El cerrojo no hizo ni un ruido; ni las bisagras chirriaron. La puerta sólo se abrió, en silencio y con suavidad.

El juez miró el cerrojo y la cerradura.

- ¿Está roto? -preguntó.

- No se preocupe -dijo Alvin-. Funciona bien. Pasen y toquen el arado, si quieren.

Ahora que la puerta estaba abierta, nadie quería entrar. Finalmente Verily Cooper dio un paso adelante, y el juez tras él. Pero Marty se mantuvo afuera.

- Ese arado tiene algo -dijo.

- Nada de lo que preocuparse -dijo Alvin.

- Sólo está asustado porque la puerta se abrió tan fácil -dijo el juez-. Entre, Sr. Laws.

- Miren -dijo Marty-. Está temblando.

- Como les dije -dijo Alvin-, está vivo.

Verily se arrodilló y extendió la mano hacia el arado. Sin que nadie lo hubiera tocado aún, el arado se deslizó hacia él, arrastrando la arpillera.

Marty chilló y se dio vuelta, presionando su rostro contra la pared opuesta de la habitación.

- No sirve mucho de testigo si está dando la espalda -dijo el juez.

El arado se deslizó hacia Verily. Verily puso sus manos sobre él. El arado giró lentamente bajo su mano, giró y giró, vuelta y vuelta, como un trineo de nieve.

- Está vivo -dijo.

- En cierta forma -dijo Alvin-. Pero tiene una mente propia, por decir algo. Quiero decir, no es como que lo he domado ni nada.

- ¿Puedo tomarlo? -preguntó Verily.

- No sé -dijo Alvin-. Nadie más que yo lo ha intentado.

- Sería útil -dijo el juez-, si pudiéramos pesarlo para ver si pesa lo mismo que el oro, o si es de alguna aleación más ligera.

- Es el oro más puro que verá en su vida -dijo Alvin-, pero pésenlo si pueden.

Verily se puso en cuclillas, puso sus manos bajo el arado, y lo levantó. Gruñó por el peso, pero permaneció en sus manos mientras lo alzaba. Sin embargo, le costaba cierto esfuerzo.

- Quiere girar -dijo Verily.

- Es un arado -dijo Alvin-. Creo que quiere encontrar un buen terreno.

- Realmente no ararías con esto, ¿verdad? -dijo el juez.

- No se me ocurre para qué más lo hice, si no fue para arar. O sea, si estaba haciendo una bandeja me equivoqué de forma, ¿no cree?

- ¿Puedes pasármelo? -preguntó el juez.

- Por supuesto -dijo Verily. Se acercó al juez y sostuvo el arado mientras el otro hombre lo rodeaba con sus manos. Luego lo soltó.

El arado empezó de inmediato a corcovear en las manos del juez. Antes de que el juez pudiera soltarlo, Alvin dio un paso y puso su mano sobre la superficie del arado. Inmediatamente se tranquilizó.

- ¿Por qué no hizo eso con el Sr. Cooper? -preguntó el juez, con un leve temblor en la voz.

- Supongo que sabe que Verily Cooper es mi abogado -dijo Alvin, sonriendo.

- Mientras que yo soy imparcial -dijo el juez-. Tal vez es una buena idea que el Sr. Laws no lo toque.

- Pero debe hacerlo -dijo Verily-. Él es la persona más importante que tiene que hacerlo. Tiene que asegurarle al Sr. Webster y a Pacífico Smith que se trata del verdadero arado, el arado de oro, y que está a salvo aquí, en prisión.

El juez entregó el arado a Alvin, luego dejó la celda y puso su mano en el hombro de Amrty Laws.

- Vamos, Sr. Laws, yo lo he tocado, y aun si se mueve un poco, no le hará daño.

Laws negó con la cabeza.

- Marty -dijo Alvin-, no sé a qué le tienes miedo, pero te prometo que el arado no te hará daño, ni tú le harás daño a él.

Marty se dio vuelta.

- Fue tan brillante -dijo-. Hirió mis ojos.

- Sólo un destello de luz -dijo el juez.

- No, señor -dijo Marty-. No, su señoría, fue brillante. Brilló desde lo más profundo de su ser. Brilló directo hacia mí. Pude sentirlo.

El juez miró a Alvin.

- No sé -dijo Alvin-. No es que vaya por ahí mostrándoselo a la gente.

- Sé a lo que se refiere -dijo Verity-. Yo no lo vi como luz. Pero lo sentí, como calor. Cuando el saco se abrió, todo el lugar se sintió más cálido. Pero no hay peligro en ello, Sr. Laws. Por favor... lo sostendré con usted.

- Y yo también -dijo el juez.

Alvin les tendió el arado.

Marty se volvió lentamente para mirar, con la cabeza un poco apartada, mientras los otros dos testigos ponían sus manos encima y debajo del arado. Sólo entonces se atrevió a acercarse y poner cautelosamente las puntas de los dedos sobre el dorado metal. Estaba sudando copiosamente, y Alvin sintió una sincera pena por él, pero no podía entender qué le pasaba al hombre. El arado se había sentido siempre cómodo y amigable con él. ¿Qué significaba para Marty?

Cuando vio que el arado era inofensivo, Marty recuperó la confianza, y dispuso las manos de forma que pudiera tomarle el peso al objeto. Pero sus ojos seguían entrecerrados y seguía mirándolo de soslayo, como para proteger un ojo en caso de que el otro resultara repentinamente cegado.

- Puedo sostenerlo solo, creo -dijo.

- Dejemos que el Sr. Smith mantenga su mano sobre él, para que no haga cabriolas -dijo el juez.

Alvin dejó su mano, pero los otros retiraron las suyas, y Marty soportó solo el arado.

- Reconozco que pesa como si fuera de oro -dijo Marty.

Alvin puso la mano bajo el arado y lo sostuvo.

- Ya lo tengo, Marty -dijo.

Marty lo soltó... con reluctancia, percibió Alvin.

- Bueno, supongo que entienden por qué simplemente no puedo dejar que lo agarre cualquiera -dijo Alvin.

- Odio pensar cómo me encontraría si me cayera encima de un pie -dijo el juez.

- Oh, aterrizas con suavidad -dijo Alvin.

- Realmente está vivo -dijo Verily suavemente.

- Eres un tipo audaz –le dijo el juez a Alvin-. Tu abogado fue bastante inflexible sobre lo de atender al asunto de la extradición antes de que conformemos siquiera un jurado para lo de los cargos por hurto.

Alvin miró a Verily.

- Supongo que mi abogado sabe lo que está haciendo.

- Les dije –dijo Verily-, que mi defensa consistiría en que el Rastreador no estaba ocupado en sus deberes legales, ya que por el sello que portaban resultaba imposible identificar a Arturo Estuardo.

Alvin sabía que eso era una pregunta más que una afirmación.

- Fueron directamente hacia Arturo Estuardo esa noche –dijo Alvin.

- Vamos a traer a un grupo de Rastreadores de Esclavos de Wheelwright para ver si son capaces de escoger a Arturo Estuardo de entre un grupo de niños de su edad –dijo Verily-. Sus caras y sus manos permanecerán ocultas, desde luego.

- Asegúrense –dijo Alvin-, de tener a un par de los chicos de Mock Berry en el grupo, además de los niños blancos que pongan. Creo que aquellos que pasan sus vidas enteras buscando gente negra pueden tener alguna forma de averiguar quién es quién, aun si tienen guantes puestos y bolsas sobre la cabeza.

- ¿Mock Berry? –preguntó el juez.

- Es un negro –explicó Marty-. Un negro libre, si le interesa. Él y su esposa Anga tienen un montón de niños en una cabaña en el bosque, no muy lejos de la hostería.

- Bueno, ésa es una buena idea, tener algunos niños negros en la grupo –dijo el juez-. Y tal vez disponga otro par de cosas para hacer las cosas más justas –se acercó al arado, que Alvin sostenía todavía en sus manos-. ¿Te importa si lo toco una vez más?

Lo hizo; el arado tiritó bajo su mano.

- Si el jurado decide que éste es realmente el oro de Pacífico Smith –dijo el juez-, me pregunto cómo piensa llevárselo a casa.

- ¡Su Señoría! –protestó Marty.

El juez lo miró a los ojos.

- No se atreva ni por un momento a imaginar que no seré completamente justo e imparcial en la conducción de este juicio.

Marty sacudió la cabeza y juntó las manos como para prevenirse de la menor duda sobre la imparcialidad del juez.

- Además –dijo el juez-, usted también vio lo que vio. ¿Va a entregarle el juicio al Sr. Webster, después de haberlo visto moverse y brillar así?

Marty agitó la cabeza.

- El punto en cuestión es si Alvin hizo o no hizo el arado con el oro de Pacífico. Cómo es el arado, sus otras propiedades... No sé ustedes, pero a mí me parece absolutamente irrelevante.

- Exactamente –dijo el juez-. Todo lo que teníamos que verificar ahora era que el arado existiese, que fuese de oro, y que debería permanecer en la custodia de Alvin mientras Alvin permanezca en la custodia del sheriff. Creo que hemos determinado estos tres puntos para satisfacción de todos. ¿Correcto, caballeros?

- Correcto –dijo Marty.

Verily sonrió.

Alvin volvió a poner el arado en el saco de arpillera.

Una vez que salieron de la celda, el juez cuidadosamente cerró la puerta hasta que el pestillo chasqueó. Entonces trató de abrirla y no pudo.

- Bien, me alegra ver que la cárcel es segura -no sonrió cuando lo dijo. No tenía que hacerlo.

Po Doggly observó con curiosidad mientras salían de la prisión y entraban en la oficina exterior. Al momento se personó en la habitación de la celda, mirando a Alvin a través de los barrotes con la esperanza de atisbar un destello de oro.

- Lo siento, sheriff -dijo Alvin-. Ya está guardado.

- No tienes sentido del deporte, Alvin -dijo Doggly-. ¿No podías dejar ni siquiera una punta a la vista?

- No me molestaría nada si usted fuera uno de los ocho -dijo Alvin-. Veamos qué pasa.

- No es mala idea -dijo Doggly-. Y gracias por no molestarte. Pero no lo haré. Mejor usar a ocho ciudadanos ordinarios, en vez de a un oficial público. Sólo soy curioso, sabes. Nunca he visto tanto oro en mi vida, y me gustaría poder contárselo a mis nietos.

- También a mí me gustaría -dijo Alvin, y luego:- Sheriff Doggly, ¿no estará Peggy Lerner ahí afuera todavía, verdad?

- No. Lo siento, Al. Se fue. Supongo que a su casa a saludar a su pá.

- Supongo -dijo Alvin-. No importa.

Arturo Estuardo nunca se habría llamado a sí mismo un espía. No podía evitar ser bajito. No podía evitar que su piel fuera oscura y que, siendo tímido, tuviera una tendencia a permanecer en las sombras y a quedarse muy, muy quieto, de tal forma que la gente lo pasaba por alto fácilmente. No era consciente de que parte del Canto Verde que lo acompañaba en sus largos viajes con Alvin aún sonaba en su interior, una melodía detrás de sus pensamientos, que hacía que sus pasos fueran inusualmente silenciosos, que las ramitas se doblaran para apartarse de su camino, y que las tablas a menudo no crujieran bajo sus pies.

Pero cuando fue a visitar la casa de Vilate, bueno, no fue un accidente que ella no lo viera. De hecho, se propuso no pisar el porche de la oficina de correos, así que no resultaría sencillo atravesar la puerta principal y tocar la campanilla de aviso. Ni tampoco, cuando hubo dado la vuelta a la casa de Vilate Franker, tocó la puerta trasera o le pidió permiso antes de trepar por la canaleta e inclinarse para mirar la cocina desde la ventana, donde la tetera hervía sobre la estufa y Vilate estaba sentada bebiendo té y enfrascada en una conversación bastante animada con...

Con una salamandra.

No un lagarto... incluso desde la ventana, Arturo Estuardo podía ver que no tenía escamas. Además, uno no tenía que ser una especie de genio para diferenciar una salamandra de un lagarto a cinco pasos. Arturo Estuardo era un niño, y los niños suelen saber esas cosas. Más aún, Arturo Estuardo había sido un niño inusualmente solitario e inquisitivo, y tenía cierta facilidad para los animales, así que incluso si algún otro niño podía equivocarse, Arturo Estuardo nunca lo haría. Era una salamandra.

Vilate decía algo, y luego sorbía su té, mirando de vez en cuando por sobre tu taza para asentir o murmurar algo. “Mm-hm; Ya veo; ¿No es terrible?”, como si la salamandra estuviera diciendo algo.

Pero la salamandra no decía nada. Ni siquiera la miraba, la mayor parte del tiempo, aunque para ser fiel a la verdad uno nunca está seguro del todo sobre lo que está mirando una salamandra, porque cuando un ojo mira hacia allá, el otro puede estar mirando hacia acá, ¿y cómo podrías saberlo? Con eso y todo, Arturo estaba bastante seguro de que lo miraba directamente a él. Sabía que estaba ahí. Pero no parecía alarmado ni nada, así que Arturo se mantuvo mirando y escuchando.

- Un hombre no debería jugar con el afecto de una dama -estaba diciendo-. Una vez que un hombre recorre ese camino, una dama tiene el derecho a protegerse a sí misma lo mejor que pueda -otro sorbo. Otra inclinación de cabeza-. Oh, ya lo sé. Y lo peor de todo es que la gente pensará tan mal de mí. Pero todo el mundo sabe que Alvin Smith tiene poderes ocultos. Por supuesto que no pude evitarlo.

Otro sorbo. Y entonces, abruptamente, brotaron lágrimas de sus ojos.

- Oh, mi amor, mi querido amor, mi amigo, mi amado y leal amigo, ¿cómo puedo hacer esto? De verdad me importa el muchacho. De verdad me preocupo por él. ¿Por qué, por qué no pudo haberme amado? ¿Por qué tenía que rechazarme y obligarme a hacer esto?

Y siguió así. Arturo no era tonto. Entendió muy bien que Vilate Franker estaba planeando alguna especie de maldad en contra de Alvin, y tenía cierta esperanza de que ella pudiera mencionar de qué se trataba, aunque no era muy probable, ya que todo lo que hacía era decir lo mal que se sentía y cuánto odiaba hacerlo, pero era el derecho de una dama defender su honor aun cuando eso pudiera involucrar dar la apariencia de no tener honor, pero por eso era tan bueno tener a un amigo tan bueno, confiable, maravilloso.

Ah, las lágrimas fluyendo. Ah, los suspiros. Ah, el litro de té que se bebió mientras Arturo se apoyaba en el alféizar, observando, escuchando.

Extrañamente, sin embargo, tan pronto como se acabaron las lágrimas, su rostro quedó limpio. Ni una arruga. Ni una pizca de hinchazón alrededor de los ojos. Ni una señal que indicara que había derramado una sola lágrima.

El té eventualmente se cobró su precio. Vilate corrió la silla y se puso en pie. Arturo sabía dónde estaba el excusado; saltó inmediatamente de la canaleta y corrió alrededor de la casa hasta el frente antes de que la puerta de atrás comenzara a abrirse siquiera. Entonces, sabiendo que era imposible que escuchara la campanilla, abrió la puerta de la oficina de correos, entró, se subió al mostrador, y se abrió camino hasta la cocina desde el frente de la casa. Allí estaba la salamandra, lamiendo un poco de té que había caído del platillo. Cuando Arturo entró, la salamandra alzó la cabeza. Luego corrió atrás y adelante, trazando una forma sobre la mesa. Un triángulo. Otro triángulo cruzándolo.

Un hechizo.

Arturo se movió hasta la silla en la que Vilate había estado sentada. De pie, su cabeza estaba más o menos a la misma altura que la cabeza de Vilate sentada. Y cuando se reclinó en su silla, la salamandra cambió.

No, realmente no. No, la salamandra desapareció. En su lugar, había una mujer sentada en una silla frente a él.

- Eres un muchachito muy malo –dijo la mujer con una sonrisa triste.

Arturo apenas se dio cuenta de lo que había dicho. Porque la conocía. Era la vieja Peg Guster. La mujer que llamaba Madre. La mujer que estaba enterrada bajo una cierta lápida en la colina tras la hostería, junto a su madre real, la joven esclava fugitiva que nunca conoció. La vieja Peg estaba allí.

Pero no era la vieja Peg. Era la salamandra.

- Y además imaginas cosas, niño malo. Inventas historias.

La vieja Peg solía llamarlo “niño malo”, pero era en broma. Era cuando él repetía algo que alguien más había dicho. Ella reiría y lo llamaría niño malo, le daría un abrazo y le diría que no repitiera esa frase a nadie.

Pero esta mujer, esta supuesta vieja Peg, ella lo decía en serio. Ella pensaba que era un niño malo.

Arturo se alejó de la silla. La salamandra estaba otra vez sobre la mesa y la vieja Peg había desaparecido. Se arrodilló junto a la mesa para mirar a la salamandra a los ojos. La salamandra miró en sus ojos. Arturo le devolvió la mirada.

Solía hacer esto por horas con los animales del bosque. Cuando era muy pequeño, podía entenderlos. Volvía con sus historias en la cabeza. Gradualmente, perdió esa habilidad. Ahora sólo captaba retazos. Pero por otra parte, ya no pasaba tanto tiempo con los animales. Tal vez si lo intentaba con más fuerza...

- No me olvides, salamandra –susurró-. Quiero conocer tu historia. Quiero saber quién te enseñó a hacer hechizos sobre la mesa.

Extendió una mano, y lentamente dejó que un solo dedo se apoyara en la cabeza de la salamandra. No huyó de él; no se movió ni siquiera cuando su dedo hizo contacto. Solamente lo miró.

- ¿Qué estás haciendo aquí dentro? –susurró-. No te gusta estar adentro. Quieres estar afuera. Junto al agua. En el lodo. En las hojas. Con insectos.

Era algo como lo que hacía Alvin, murmurarle a los animales, sugerirles cosas.

- Puedo llevarte de vuelta al lodo si quieres. Ven conmigo, si quieres. Ven conmigo, si puedes.

La salamandra levantó una pata delantera, y luego la bajó despacio. Un paso más cerca de Arturo.

Y de la salamandra le llegó una sensación de hambre, un deseo de comida, pero más que eso, un deseo de... de libertad. A la salamandra no le gustaba ser un prisionero.

La puerta se abrió.

- Vaya, Arturo Estuardo –dijo Vilate-. ¿Así que de visita?

Arturo tuvo el sentido común suficiente para no dar un salto como si hubiera hecho algo malo.

- ¿Alguna carta para Alvin? –preguntó.

- Ni una sola.

Arturo ni siquiera mencionó la salamandra, lo que estuvo muy bien, porque Vilate ni siquiera la miró una vez. Uno creería que si una dama era sorprendida con una salamandra viva –o incluso una muerta, para el caso- en la mesa de la cocina, al menos ofrecería alguna explicación.

- ¿Quieres té? –preguntó.

- No puedo quedarme –dijo Arturo.

- Oh, la próxima vez, entonces. Dale a Alvin mi amor -su sonrisa fue dulce y hermosa.

Arturo alargó la mano, justo en frente de ella, y tocó el lomo de la salamandra. Ella no lo notó. O al menos no dio señales de haberlo notado.

Arturo se alejó, salió de la habitación, saltó sobre el mostrador, y salió corriendo por la puerta del frente, escuchando la campanilla sonar mientras se alejaba.

Si la salamandra estaba prisionera, ¿quién la había capturado? No Vilate... la salamandra estaba haciendo conjuros para engañarla y hacerla ver a alguien más. Aunque Arturo estaba dispuesto a apostar que no era la vieja Peg Guester a quien veía Vilate. Pero la salamandra no estaba engañándola por su propia voluntad, porque todo lo que quería era ser libre para volver a ser una salamandra ordinaria otra vez.

Tendría que hablar con Alvin sobre esto, eso estaba claro. Vilate estaba planeando hacerle algo horrible, y la salamandra que trazaba hechizos en la mesa de la cocina tenía algo que ver en el asunto.

¿Cómo puede ser Vilate tan estúpida para no verme tocar a su salamandra? ¿Por qué no se molestó cuando me vio en la cocina al regresar del excusado?

A lo mejor quería que viera a la salamandra. O a lo mejor alguien más quería que la viera.

Quería que viera a Mamá.

Por un instante, caminando a lo largo de la polvorienta calle principal de Río Hatrack, perdió el control de sí mismo, casi se puso a llorar pensando en su madre, pensando en verla sentada justo frente a él. No era real, se dijo. Todo eran mentiras. Patrañas. Engaños. Quienfuera que estuviese detrás de todo esto era un mentiroso, y uno malvado. Niño malo, realmente. Niño malvado. Él no era un niño malvado. Era un niño bueno y la verdadera Peg Guester lo habría sabido, no le habría dicho nada parecido. La verdadera Peg Guester lo abrazaría con fuerza y diría, "Mi niño bueno, Arturo Estuardo, eres mi propio niño bueno".

Siguió andando. Caminó con lágrimas en los ojos, y cuando la tristeza se disipó, otro sentimiento ocupó su lugar. Estaba sencillamente furioso. No estaba bien que le hicieran ver a Mamá. No estaba bien. Te odio, quienquiera que seas, haciéndome ver a Mamá decirme esas cosas.

Subió saltando los escalones de la casa de tribunales. La única cosa buena de que Alvin estuviera en la cárcel era que Arturo Estuardo siempre sabía donde encontrarlo.

A Napoleón le resultaba difícil creer que alguna vez había estado a punto de matar a Calvin, el muchacho americano. Le costaba recordar lo aterrorizado que había estado al ver el poder del chico. Cómo, durante los primeros días, lo había vigilado estrechamente, apenas había dormido por temor a que el muchacho le hiciera algo durante la noche. Quitarle las piernas, por ejemplo. ¡Eso hubiera sido una cura para la gota! Se le ocurrió solamente por el número de veces que él mismo había deseado, en el tormento de la agonía, que en una de sus batallas una bala de cañón le hubiera arrancado la pierna. Andar cojeando por ahí no podía ser mucho peor que esto. Y el muchacho le trajo tal alivio. No una cura... sino un cese del dolor.

A cambio de ello, Napoleón estaba dispuesto a dejar que Calvin lo manipulara. Sabía quién tenía realmente el control, y no era un joven americano ignorante y advenedizo. ¿A quién le importaba que Calvin pensara que era listo, ofreciéndole un día libre de dolores a cambio de otra lección sobre cómo gobernar a los hombres? ¿Realmente imaginaba que Napoleón le enseñaría algo que le diera la ventaja? Al contrario, cada hora, cada día que pasaban juntos, el control de Napoleón sobre el muchacho que podría haber sido incontrolable, se hacía más fuerte y más profundo. Y Calvin no sospechaba nada.

Nunca entendían. Nadie entendía nunca. Todos creían que servían a Napoleón por amor y admiración, o por avaricia e interés propio, o por miedo y discreción. Cualquiera que fuera el motivo, Napoleón lo alimentaba, tomaba el control. A algunos los movía la vergüenza, y a otros, la culpa; a algunos la ambición, a otros la lujuria, a algunos incluso un exceso de piedad... pues cuando la ocasión lo requiriera, Napoleón podía convencer a algún alma ansiosa de espiritualidad de que él era el sirviente elegido de Dios en la Tierra. No era difícil. No era nada difícil, cuando entendías a la gente del modo en que Napoleón lo hacía. Despedían sus deseos como sudor, como el olor de un atleta tras la competencia o de un soldado tras la batalla, como el olor de una mujer... Napoleón ni siquiera tenía que pensar, simplemente decía unas palabras, las palabras exactas que necesitaban escuchar para quedar a sus pies.

Y en aquellas raras ocasiones en que alguien resultaba inmune a sus palabras, cuando contaban con alguna suerte de amuleto o hechizo protector, cada cual más inteligente que el anterior... bueno, para eso es que estaban los guardias. Para eso es que estaba la guillotina. La gente sabía que Napoleón no era un hombre cruel, que eran realmente pocos los que eran castigados por su mandato. Sabían que si un hombre era enviado a la guillotina, era porque el mundo sería mejor con esa boca en particular separada de esos pulmones, con esas manos desconectadas de esa cabeza.

¿Calvin? Ah, el chico podría haber sido peligroso. El muchacho tenía el poder de salvarse a sí mismo de la guillotina, de detener la hoja antes de que cortara su cuello. El muchacho podría ser capaz de prevenir cualquier cosa que no fuera una completa sorpresa. ¿Cómo lo habría derrotado el Emperador? Tal vez un poco de opio para atontarlo; tenía que dormir alguna vez. Pero no importaba. No había necesidad de matarlo, después de todo. Sólo un poco de estudio, algo de paciencia, y Napoleón lo tendría.

No como su servidor... no, este joven americano era listo. Lo esperaba, y se cuidaba de no dejarse sucumbir ante los intentos de Napoleón de transformarlo en su esclavo, en uno de aquellos sirvientes que contemplaban a su Emperador con adoración. De vez en cuando Napoleón hacía un comentario, una especie de maniobra militar, de tal forma que Calvin pensara que estaba parando los mejores ataques del Emperador. Pero en realidad, Napoleón no tenía necesidad de la lealtad de este muchacho. Sólo de su toque curador.

A este chico lo movía la envidia. ¿Quién lo hubiera adivinado? Todo ese poder innato, semejantes dones de Dios o la Naturaleza o quien fuera, y el chico lo estaba desperdiciando todo porque tenía envidia de su hermano mayor, Alvin. ¡Bien, él no iba a decirle a Calvin que tenía que evitar que esos sentimientos lo controlaran! Al contrario, Napoleón los alimentó, sutilmente, con pequeñas preguntas sobre cómo Alvin podría haber hecho esto o aquello, o comentarios

sobre lo horrible que era tener que competir con hermanos menores que sencillamente no tenían la habilidad necesaria para medirse con uno. Sabía cómo dolería eso, como se encontraría en el alma de Calvin. Un gusano, royendo su camino hacia el juicio del muchacho, haciendo túneles en él. Te tengo, te tengo. Mira más allá del mar, con la vista fija en tu hermano; podrías haberme retado por el imperio, por la mitad del mundo, pero en vez de eso todo lo que puedes pensar es en algún tipo inútil en Casadehilo o Pieldeciervo o como se llame que puede pulir la piedra con sus propias manos y sanar a los enfermos.

Sanar a los enfermos. Con eso estaba trabajando Napoleón. Sabía perfectamente bien que Calvin estaba evitando deliberadamente curarlo; también sabía que si Calvin alguna vez se daba cuenta de que Napoleón estaba realmente al mando, probablemente huiría y lo dejaría de nuevo con la gota. Así que tenía que mantener un delicado equilibrio: burlarse de él porque su hermano podría curarlo y él no; al mismo tiempo, convencerlo de que ya había aprendido todo lo que el Emperador podía enseñarle, y que era sólo cuestión de práctica antes de que fuera igual de bueno controlando a la gente.

Si todo salía bien, el chico, segurísimo de haber estrujado hasta la última gota de conocimiento de la mente de Napoleón, demostraría finalmente que sí era rival para su hermano, después de todo. Curaría al Emperador, dejaría la corte inmediatamente después y navegaría de regreso a América a retar a su hermano... a tratar, usando las enseñanzas de Napoleón, de controlarlo.

Por supuesto, si llegaba allá y nada de lo que había aprendido del Emperador funcionaba... ¡bien, volvería a vengarse! Pero Napoleón estaba enseñándole de verdad. Lo suficiente para jugar con las flaquezas de los débiles, con los temores de los cobardes, con las ambiciones de los orgullosos, con la ignorancia de los estúpidos. Lo que Calvin no había notado era que Napoleón no estaba enseñándole ninguna de las artes verdaderamente difíciles: cómo volver las virtudes de los buenos hombres en su contra.

Lo más hilarante era que Calvin estaba rodeado de los mejores hombres, los que más le había costado ganarse a Napoleón. El Marqués de La Fayette, por ejemplo... era el sirviente que bañaba al muchacho, del mismo modo que bañaba al Emperador. A Calvin nunca se le ocurriría que Napoleón mantuviera cerca a sus enemigos más peligrosos, no era consciente de cómo los humillaba. Si Calvin tan sólo entendiera, se daría cuenta de que eso era verdadero poder. Los hombres malos, los débiles, los cobardes, eran muy fáciles de controlar. Era sólo cuando hombres virtuosos caían bajo el poder de Napoleón que sentía al fin la confianza y el poder de sacar al rey de su trono y tomar su lugar, de conquistar Europa e imponer su paz sobre las naciones beligerantes.

Calvin nunca ve eso, porque él mismo es un hombre cobarde y ambicioso, y no se da cuenta de que otros pueden no sentir miedo, y ser generosos. ¡No sorprende que odie tanto a su hermano! Por lo que Calvin le había dicho, a Napoleón le parecía que Alvin sería un caso muy difícil en realidad, uno muy duro de roer. De hecho, saber de la existencia del hermano de Calvin era suficiente para hacer que Napoleón dejara de lado su plan de preparar sus ejércitos en Canadá en vistas a conquistar las tres naciones de habla inglesa de América. No había razón para hacer nada que llamara la atención de Alvin Smith hacia el este. Ése era una contienda en la que Napoleón no quería enfrascarse.

En su lugar, enviaría a Calvin a casa, armado con el poder de la subversión, el fraude, la corrupción y la manipulación. No tendría poder sobre Alvin, desde luego, pero seguramente sería capaz de engañarlo, pues Napoleón sabía bien que así como la gente malvada, débil y cobarde veía sus propias motivaciones en las acciones de los demás, así también los virtuosos tendían a asumir los más nobles de los motivos en los actos del resto; ¿por qué si no había tantos horribles mentirosos que tenían éxito estafando a la gente? Si la gente buena no fuera tan confiada de la mala, la raza humana habría desaparecido mucho tiempo atrás... la mayoría de las mujeres nunca habría dejado acercarse a la mayoría de los hombres.

Deja que los hermanos se peleen. Si alguien puede eliminar la amenaza que es ese Alvin Smith, es su propio hermano, que puede acercársele... no yo, con todos mis ejércitos, con toda mi habilidad. Déjalos pelear.

Pero no hasta que mi pierna esté curada.

- Mi querido León, no deberías dormir con las mantas así.

Era La Fayette, revisándolo antes de dormir. Napoleón dejó que el hombre le estirara la colcha. Era una noche fría; era bueno ser atendido tan amorosamente por un hombre amable y de gran responsabilidad, seriedad y creatividad. Tengo en mis manos a los mejores hombres, y bajo los pulgares a los peores. Mi registro es mejor que el de Dios. Está claro que el viejo barbudo eligió al hijo equivocado para hacerlo su único heredero. Si yo hubiera estado en Jerusalén en lugar de ese idiota de Jesús, nunca habría sido crucificado. Habría tenido Roma bajo mi control en un momento, y el mundo entero convertido a mi doctrina.

Quizás era eso lo que era ese Alvin... ¡el segundo intento de Dios! Bien, Napoleón ayudaría con el guión. Napoleón le enviaría a Alvin Smith su propio Judas.

- Necesitas dormir, León -dijo La Fayette.

- Mi mente está tan llena -dijo Napoleón.

- De cosas felices, espero.

- Felices, sí.

- ¿No te duele la pierna? Es bueno tener a ese muchacho americano aquí, si te mantiene a salvo de ese terrible sufrimiento.

- Ya sé que cuando me duele soy muy difícil de soportar -dijo Napoleón.

- Nada de eso, nunca. Ni siquiera lo pienses. Es un placer estar contigo.

- ¿No lo extrañas nunca, Marqués mío? ¿Los ejércitos, el poder? ¿El gobierno, la política, las intrigas?

- ¡Oh, León! ¿Cómo podría extrañarlo? Lo tengo todo a través de ti. Veo lo que haces y me maravillo. Yo nunca podría haberlo hecho tan bien. Cada día contigo es como ir a la escuela; eres el mejor maestro.

- ¿Lo soy?

- El maestro. Mi querido León es el maestro de todo. Con cuánta verdad eligieron el nombre de tu casa, en Córcega, querido. Buona Parte. Buenas partes. Realmente eres el león de buenas partes.

- Qué dulce te tu parte decir eso, Marqués mío. Buenas noches.

- Dios te bendiga.

Salió de la habitación con el candelabro, y la luz de la luna volvió a lanzar su tenue resplandor a través de las cortinas.

Sé que estás estudiándome, Calvin. Sondeándome con tu varita, como pintorescamente la llamas, enviándola a mis piernas, para encontrar la causa de la gota. Descúbrela. Sé tan listo como tu hermano en esto, para que pueda librarme por fin del dolor y de ti.

Verily había conocido gente vil a lo largo de su vida; le habían ofrecido grandes sumas de dinero para defender a alguien de vez en cuando, pero su conciencia no estaba a la venta. Recordaba a uno que, creyendo que sus enviados no habían sido lo bastante claros sobre la cantidad que ofrecía, fue a ver a Verily en persona. Cuando por fin entendió que Verily no estaba simplemente regateando por un precio mayor, pareció bastante herido.

- ¿En serio, Sr. Cooper, qué tiene mi dinero que no es tan bueno como el de cualquiera?

- No es su dinero, señor -dijo Verily.

- ¿Qué, entonces? ¿Cuál es su objeción?

- Sigo pensando: ¿y qué hay si, por alguna inmensa equivocación de la justicia, yo ganara?

Lívido, el hombre le lanzó unas cuantas feas amenazas y se marchó. Verily nunca supo si fue ese hombre o algún otro el que envió a un asesino a matarlo... un intento patético, un cuchillo en la oscuridad. Verily vio la hoja y la sonrisa maliciosa del asesino -obviamente el tipo había elegido una profesión que le permitiera satisfacer sus propias predilecciones- y había hecho que la hoja se separara de la empuñadura y se rompiera en pedazos a los pies del hombre. El sujeto no hubiera lucido más abatido si Verily lo hubiera transformado en eunuco.

Gente vil, pero todos tenían algo en común: todos demostraban un agudo respeto por la virtud, y trataban de vestir ese disfraz. Con hipocresía, pese a la mala reputación, al menos mostraban un respeto decente por la bondad.

Los Rastreadores de Esclavos, en cambio, no eran lo bastante nobles para ser hipócritas. No habiéndose elevado sobre el nivel de los reptiles y los tiburones, no demostraban ser conscientes de su propia vileza, y por tanto no intentaban esconder lo que eran. Uno casi estaba tentado de admirar su descaro, hasta que recordaba el insensible desprecio por la decencia que debían sentir para pasar sus vidas, a cambio de simple dinero, cazando a los más desamparados de sus hermanos de raza y devolviéndolos a sus vidas de esclavitud, castigo y desesperación.

Verily se sintió complacido al ver que Daniel Webster parecía casi tan asqueado de estos hombres como él mismo. Con fastidio, el abogado de Nueva Inglaterra rehusó estrechar sus manos, aludiendo estar ocupado con sus papeles a medida que iban llegando. Ni se molestó en aprender sus nombres; una vez que se hubo asegurado de que el grupo contratado estaba completo, se dirigió a ellos sólo como grupo, y sin mirar a ninguno de ellos a los ojos. Si notaron su reserva, no dijeron nada y no mostraron resentimiento. tal vez así era como los trataban siempre. Quizás aquellos que los contrataban lo hacían siempre con aversión, lavándose las manos después de entregarles el sello del esclavo a quien debían rastrear, lavádoselas de nuevo tras entregarles la paga. ¿Acaso no entendían que es el asesino el sucio, y no el cuchillo?

Eran las diez y media de la mañana cuando los Rastreadores, sentados juntos en una larga mesa frente al escritorio del juez, estuvieron satisfechos tras recibir la información que necesitaban del sello perteneciente a un tal Cavil Planter de Arroyo Aceitoso, Kenituck. El juez tenía la declaración, cuidadosamente tomada por el Sr. Webster en la casa del Sr. Planter en Ciudad Cartago, Wobbish. Planter había intentado asegurarse de que el sello fuera una colección de uñas y puñados de cabello, y un poco de piel seca tomada de Arturo Estuardo en Río Hatrack; pero Webster insistió en que le expuso exactamente la situación legal, la cual era que los objetos en el sello fueron tomados de un bebé anónimo nacido en la granja de los Apalaches de una mujer esclava entonces perteneciente al Sr. Planter, y que poco después había escapado... con, según insistió en añadir el Sr. Planter, la ayuda del diablo, que le dio el poder de volar, o así se rumoreaba entre los ignorantes y supersticiosos esclavos.

Los Rastreadores estaban listos; los niños fueron entrando, uno por uno, y se pusieron en fila en frente de ellos. Todos los niños estaban vestidos con ropas ordinarias, y todos eran más o menos del mismo tamaño. Sus manos estaban cubiertas, no con guantes, sino con bolsas de arpillera atadas por sobre los codos; capuchas de un material más fino y no muy ajustadas cubrían también sus cabezas. No se veía ni una pizca de piel. Se habían tomado precauciones para que no hubiera siquiera aberturas entre los botones de sus camisas. Y sólo por si acaso, una enorme placa con un número en ella colgaba del cuello de cada niño, cubriendo completamente el frente de su cuerpo.

Verily los observó cuidadosamente. ¿Había alguna diferencia entre los hijos negros de Mock Berry y los niños blancos? ¿Algo sobre el modo de caminar, por ejemplo? Ciertamente, había diferencias entre los niños –la pose desafiante de éste, el movimiento nervioso de aquél-, pero Verily no podía decir cuál era blanco y cuál era negro. Con seguridad no podía decir cuál era Arturo Estuardo, el niño que no era enteramente de ninguna de las dos razas. Eso no significaba, sin embargo, que los Rastreadores no lo supieran o no pudieran adivinarlo.

Pero Alvin le había asegurado que su don no les serviría de nada, ya que Arturo Estuardo ya no coincidía con el sello.

Y Alvin tenía razón. Los Rastreadores parecieron desconcertados cuando el último niño hubo entrado y el juez dijo:

- ¿Bien, cuál de ellos coincide con el sello?

Claramente, habían esperado saber instantáneamente cuál de ellos era su presa. En vez de eso, comenzaron a murmurar.

- Nada de conferencias –dijo el juez-. Cada uno de ustedes debe llegar a una conclusión independiente, escribir el número del niño que cree que coincide con el sello, y punto.

- ¿Está seguro de que nadie dejó fuera al niño en cuestión? –preguntó un Rastreador.

- Lo que me está preguntando –dijo el juez-, es si soy corrupto o tonto. ¿Le importaría especificar a cuál de estas acusaciones se refiere? –tras eso, los Rastreadores se quedaron confundidos y en silencio.

- Caballeros –dijo el juez... y su tono fue un tanto seco cuando los llamó así-. Han tenido tres minutos. Se me dijo que la identificación sería instantánea. Por favor, escriban un número y terminen con esto.

Escribieron. Firmaron sus papeles. Se los entregaron al juez.

- Por favor, regresen a sus asientos mientras comparo los resultados -dijo el juez.

Verily tuvo que admirar la forma en que el juez no mostró expresión alguna mientras miraba los papeles. Pero también se sintió frustrado. ¿No habría ninguna pista sobre el resultado?

- Estoy decepcionado -dijo el juez-. Había esperado que los tan valorados poderes y la famosa integridad de los Rastreadores de Esclavos me darían un resultado unánime. Había esperado que ustedes apuntaran unánimemente a un chico, o declararan unánimemente que el muchacho no estaba en este grupo. En cambio, me topo con un amplio rango de respuestas. Tres de ustedes declararon bajo pena de perjurio que ninguno de estos niños coincidió con el sello. Específicamente, cuatro de ustedes nombraron a tres niños distintos. Los únicos dos que parecen estar de acuerdo resulta que están sentados juntos, por lo que veo desde aquí. Ya que ustedes son los únicos dos que acusan a un mismo niño, creo que comprobaremos su afirmación en primer lugar. Alguacil, por favor quítele la capucha al niño número cinco.

El alguacil hizo lo que se le ordenó. El niño era negro, pero no era Arturo Estuardo.

- Ustedes dos... ¿están seguros, juran ante Dios, que éste es el niño que coincide con el sello? Recuerden por favor, que es su licencia para practicar su profesión en el estado de Wobbish lo que está en la balanza, porque si se descubre que no son confiables o que son deshonestos, nunca se les volverá a permitir traer a un esclavo a través de río.

Lo que también sabían, sin embargo, era que si ahora se retractaban, podrían acusarles de perjurio. Y el niño era negro.

- No señor, estoy seguro de que éste es el niño -dijo uno. El otro asintió enfáticamente.

- Ahora, echemos un vistazo a los otros dos niños que fueron nombrados. Quítele la capucha al uno y el dos.

Uno de ellos era negro, el otro, blanco.

El Rastreador que nombró al niño blanco se cubrió la cara con las manos.

- Nuevamente, sabiendo que su licencia está en juego, ¿están listos para jurar que el niño que nombraron coincide exactamente?

El Rastreador que eligió al niño blanco comenzó a tartamudear:

- No sé, no lo sé, estaba seguro, creí que era...

- La respuesta es simple... ¿continúa afirmando que este niño coincide con el sello, o mintió estando bajo palabra cuando lo nombró?

Los Rastreadores que habían jurado que el sello no coincidía con nadie ahora sonreían... sabían, obviamente, que los otros habían mentido, y estaban disfrutando su tormento.

- No mentí -dijo el Rastreador que eligió al niño blanco.

- Ni yo tampoco -dijo el otro desafiante-. Y todavía pienso que tengo razón. No sé cómo los otros se equivocaron tanto.

- Pero usted... Usted no piensa que tiene la razón, ¿verdad? No piensa que algún milagro volvió blanco a ese bebé esclavo, ¿verdad?

- No, señor. Debo estar... equivocado.

- Déme su licencia. Ahora mismo.

El miserable Rastreador se puso en pie y le entregó al juez un estuche de cuero. El juez tomó una hoja de papel del estuche, con un sello oficial en ella. Escribió algo en el margen y luego al reverso; luego la firmó y estampó su propio sello.

- Ahí tiene -le dijo al Rastreador-. ¿Comprende que si alguna vez es descubierto practicando la profesión de Rastreador de Esclavos en el estado de Hio, será arrestado y enjuiciado y, una vez declarado culpable, enfrentará al menos diez años de cárcel?

- Lo comprendo -dijo el hombre humillado.

- ¿Y también es consciente de que Hio mantiene un arreglo de reciprocidad con los estados de Huron, Suskwahenny, Irrakwa, Pensilvania y Nueva Suecia? ¿Así que las mismas penas u otras similares se le aplicarán allí si intenta practicar su profesión?

- Comprendo -dijo de nuevo.

- Gracias por su ayuda -dijo el juez-. Debería estar agradecido de que sólo fue incompetente, porque si tuviera razones para sospechar de perjurio, hubieran sido prisión y azotes, se lo aseguro, porque si pensara que usted eligió deliberadamente a un niño falso, no tendría piedad. Puede irse.

Los otros obviamente captaron el mensaje. Mientras el desafortunado hombre huía de la corte, los otros tres que habían nombrado a uno u otro niño se endurecieron al pensar lo que les esperaba.

- Sheriff Doggly -dijo el juez-, ¿sería tan amable de informarnos de la identidad de estos dos niños identificados por tres de los integrantes de nuestro grupo de Rastreadores?

- Claro, Su Señoría -dijo Doggly-. Estos dos son los chicos de Mock Berry, Jaime y Juan. Pedro ya es casi un hombre, y Andrés y Zebedías eran muy pequeños.

- ¿Está seguro de su identidad?

- Han vivido aquí en Hatrack toda su vida.

- ¿Alguna posibilidad de que alguno de ellos sea, realmente, el hijo de una esclava fugitiva?

- Ninguna. Por una cosa: las fechas están mal. Son demasiado viejos... los chicos Berry son siempre bajos para su edad, como esas rosas que florecen tardíamente, si me entiende; después van y dan el estirón, como hierba en primavera, porque Pedro es uno de los tipos más altos de por aquí. Pero estos dos, éstos ya eran dos chiquillos bastante listos y muy conocidos en el pueblo antes incluso de que el esclavo al que pertenece ese sello hubiera nacido.

El juez se volvió hacia los Rastreadores.

- Vaya, vaya. Me pregunto cómo sucedió que identificaran como esclavos a estos dos pequeños negros nacidos libres.

Uno de ellos habló inmediatamente.

- Su Señoría, protestaré por el procedimiento completo. No fuimos traídos aquí para que se nos juzgara, fuimos traídos para practicar nuestra profesión y...

El martillo se estrelló contra la mesa.

- Fueron traídos aquí para practicar su profesión, eso es cierto. Su profesión requiere que cuando ustedes realizan una identificación, ésta se asuma en todas las cortes como honesta y acertada. Siempre que practican su profesión, aquí o en terreno, su licencia está en juego, y lo saben. Ahora, dígame, ¿mintieron cuando identificaron a estos chicos, o sólo estaban equivocados?

- ¿Qué pasa si estábamos adivinando? -preguntó uno de ellos. Verily casi se rió en voz alta.

- Adivinar, en este contexto, sería mentir, ya que juraron que el niño elegido correspondía al sello, y si tuvieron que adivinar, entonces el niño no coincidía. ¿Adivinaron?

El hombre pensó un momento.

- No señor, no mentí. Creo que simplemente me equivoqué.

Otro de ellos eligió otro camino.

- ¿Cómo sabemos que el sheriff no está mintiendo?

- Porque -dijo el juez-, ya me reuní antes con todos estos niños, y sus padres, y vi sus registros de nacimiento en los archivos del condado. ¿Alguna pregunta más antes de que decidan si perderán su licencia o serán juzgado por perjurios?

Los dos Rastreadores restantes rápidamente aceptaron que se habían equivocado. Todos esperaron mientras el juez firmaba y sellaba la limitante en sus licencias.

- Ustedes también pueden irse, caballeros.

Se fueron.

Verily se puso en pie.

- Su Señoría, ¿puedo pedir que estos jóvenes que no fueron identificados se quiten las capuchas? Me temo que deben estar sintiéndose bastante incómodos.

- Desde luego. Alguacil, ya es hora, en verdad.

Les quitaron las capuchas. Todos los chicos parecieron relajarse. Arturo Estuardo estaba sonriendo.

A los tres Rastreadores restantes, el juez dijo:

- Están bajo juramento. ¿Juran que ninguno de estos niños coincide con el sello perteneciente al Sr. Cavil Planter?

Todos lo juraron.

- Los alabo por tener la honradez de admitir que no encontraron ninguna coincidencia, cuando otros claramente intentaron encontrarla a cualquier costo. Creo que su profesión es repugnante, pero por lo menos ustedes tres la practican honestamente y con razonable competencia.

- Gracias, Su Señoría -dijo uno de ellos; los otros, sin embargo, parecieron entender que acababan de insultarlos.

- Puesto que este proceso es una auditoría legal de la Ley de Esclavos Fugitivos, no necesito sus firmas ni nada, pero preferiría que se quedaran lo suficiente para adosar sus nombres a una afirmación que establezca específicamente que este joven muchacho, el mestizo llamado Arturo Estuardo, definitivamente no se corresponde con el sello. ¿Pueden firmar tal declaración jurada ante Dios?

Pudieron. Lo hicieron. Se retiraron.

- Sr. Webster, no puedo imaginar qué tiene que decir, pero puesto que representa usted al Sr. Cavil Planter en este asunto, debo escuchar cualquier declaración que quiera hacer al respecto antes de dar mi veredicto.

Webster se puso en pie lentamente. Verily se preguntó qué audacia podría decir el tipo, frente a semejante evidencia... qué protesta gimoteante o patética queja podría pronunciar.

- Su Señoría -dijo Webster-, resulta obvio para mí que mi cliente es víctima de un fraude. No hoy, su señoría, pues este procedimiento ha sido claramente

honesto. No, el fraude se cometió hace más de un año, cuando dos Rastreadores, con la esperanza de conseguir un pago que no habían ganado, nombraron a este niño como propiedad del Sr. Planter y procedieron a cometer asesinato y hacerse matar en el intento de esclavizar a un niño libre. Mi cliente, creyendo que eran honestos, procedió naturalmente a asegurarse de enmendar el daño según los derechos que le otorgaba la ley; pero ahora, puedo asegurarle que tan pronto como mi cliente sepa que el niño fue víctima del cruel abuso de esos Rastreadores, se sentirá tan horrorizado como yo mismo de lo cerca que estuvo de esclavizar a un niño libre y, lo que es peor, de extraditar al joven llamado Alvin Smith para procesarlo, siendo ahora evidente que actuó en apropiada defensa personal cuando mató al segundo de aquellos maliciosos, mentirosos y fraudulentos hombres que pretendían ser Rastreadores -Webster volvió a sentarse.

Fue un buen discurso. La voz de Webster era muy agradable al oído. El tipo debería estar en la política, pensó Verily. Su voz sería una noble adición a los salones del Congreso en Filadelfia.

- Acaba de resumir bastante bien mi propio resumen -dijo el juez-. Es el veredicto de esta corte que Arturo Estuardo no es propiedad del Sr. Cavil Planter, y por tanto los Rastreadores que estaban tratando de llevarlo de vuelta a los Apalaches no estaban actuando legalmente, y por tanto la resistencia ofrecida por Margaret Guster y Alvin Smith fue legal y apropiada a las circunstancias. Declaro a Alvin Smith libre de toda responsabilidad, criminal o civil, en cuanto a las muertes de esos Rastreadores, y declaro a Margaret Guster póstumamente absuelta de igual forma. Bajo los términos de la Ley de Esclavos Fugitivos, no puede haber otros intentos por parte de nadie y bajo ninguna circunstancia de llevar a la esclavitud a Arturo Estuardo sin importar ninguna evidencia adicional... esta acción es definitiva. Del mismo modo no puede haber intentos posteriores de acusar a Alvin Smith de ningún cargo relacionado con la expedición ilegal llevada a cabo por esos Rastreadores fraudulentos, incluyendo su muerte. Esta acción, igualmente, es definitiva.

Verily amó escuchar esas palabras, porque todo ese lenguaje que insistía en que tales acciones eran finales y definitivas había sido incluido en la ley con el propósito de bloquear cualquier esfuerzo por parte de las fuerzas opositoras a la esclavitud para interferir con la recaptura de un esclavo o el castigo de aquéllos que ayudaban a un fugitivo. Esta vez, al menos, esa finalidad trabajaría en contra de los defensores de la esclavitud. El tiro por la culata.

El alguacil tomó las bolsas de tela de las manos de los niños. El juez, el sheriff, Verily y Marty Laws estrecharon las manos de los niños y les dieron -excepto a Arturo, por supuesto- el cuarto de dólar que habían ganado por su servicio en la corte. Arturo obtuvo algo más valioso. Arturo recibió una copia de la decisión del juez que hacía ilegal que fuera acosado por cualquiera que buscara esclavos fugitivos.

Webster estrechó la mano de Verily, afectuosamente.

- Me alegra que las cosas salieran así -dijo-. Como sabe, en nuestra profesión a menudo somos llamados a representar a clientes en acciones que preferiríamos que no hubieran iniciado.

Verily mantuvo silencio... suponía que para la mayoría de los abogados aquello era probablemente cierto.

- Me alegra que mi presencia aquí no resultara en nadie sufriendo una vida de esclavitud, o en su cliente siendo extraditado bajo falsos cargos.

Verily no podía quedarse callado ante esa declaración.

- ¿Y lo hubiera apenado verlo extraditado, si esta audición hubiera acabado de otro modo?

- Oh, claro que no -dijo Webster-. Si los Rastreadores hubieran identificado al joven Sr. Estuardo, entonces la justicia habría requerido que su cliente fuera juzgado en Kenituck por homicidio.

- ¿Justicia? -Verily no trató de ocultar el desprecio en su voz.

- La ley es justicia, amigo mío -dijo Webster-. No sé de ninguna otra medida de la que dispongamos los simples mortales. Dios dispone de una justicia mejor que la nuestra, pero hasta que los ángeles se sienten en el estrado, la justicia de la ley es la mejor justicia que podemos obtener, y yo, por lo menos, estoy feliz de que la tengamos.

Si Verily hubiera estado tentado de sentir siquiera una pizca de culpa por el hecho de que Arturo Estuardo fuera realmente el esclavo de Cavil Planter, según la ley, y que, otra vez según la ley, Alvin Smith realmente debiera haber sido extraditado, definitivamente ya no podría estarlo. La estrecha concepción que tenía Webster de la justicia estaba en verdad tan satisfecha con ese resultado como lo estaba la mucho más amplia perspectiva de Verily. Según la justicia de Dios, Arturo debía ser libre y Alvin no debía recibir castigo alguno, y por tanto el resultado había sido justo. Pero la justicia de Webster estaba igualmente servida, porque la ley requería comparar el sello con el esclavo, y si ocurría que Arturo Estuardo había sido cambiado de algún modo por cierto Hacedor de tal forma que ya no coincidiera con el sello... bueno, la ley no preveía excepciones, y así, como había dicho Webster, estando satisfecha la ley, también debía haberse hecho justicia.

- Estoy agradecido de saber su opinión al respecto -dijo Verily-. Pretendo encontrar, en el juicio por hurto de mi cliente, precisamente lo que usted entiende por justicia.

- Y lo hará -dijo Webster-. El oro pertenece a Pacífico Smith, no a su antiguo aprendiz. Así que cuando se haya hecho justicia, Pacífico Smith tendrá su oro.

Verily le sonrió.

- Será una contienda, entonces, Sr. Webster.

- Cuando dos gigantes se encuentran en la batalla -dijo Webster-, uno de ellos ha de caer.

- Y el estruendo será tremendo -dijo Verily.

A Webster le tomó sólo un instante darse cuenta de que Verily estaba bromeando sobre su dorada y pintoresca oratoria; y cuando lo hizo, en vez de sentirse insultado, inclinó hacia atrás la cabeza y rió, cálida, estruendosa y alegremente.

- ¡Me gusta usted, Sr. Cooper! ¡Disfrutaré todo lo que nos espera!

Verily le permitió decir la última palabra. Pero en su mente, respondió, No todo, Sr. Webster. No lo disfrutará todo.

Nadie planeó una reunión, pero llegaron a la celda de Alvin esa tarde casi al mismo tiempo, como si alguien los hubiera convocado. Verily Cooper había dio a

discutir lo que ocurriría durante la selección del jurado y tal vez a regodearse un poco de la facilidad con que había ganado la audición esa mañana; lo acompañaba Armadura de Dios Weaver, que traía cartas de la familia y de las buenas personas de Iglesia de Vigor; por supuesto, Arturo Estuardo estaba allí, como casi todas las tardes; Horace Guester había traído una olla con guiso de la hostería y una jarra de sidra fresca... Alvin no bebería la sidra fermentada: lo atontaba; y tan pronto como estuvieron todos ubicados alrededor de la celda abierta se abrió la puerta y el asistente del sheriff hizo pasar a Peggy Larner y a un hombre que sólo Alvin reconoció.

- ¡Mike Fink, por el aire de mis pulmones! -dijo Alvin.

- Y tú eres ese herrero que me dobló las piernas y me rompió la nariz -Mike Fink sonrió, pero había dolor en su sonrisa, y nadie estuvo muy seguro de que no fuera a haber una pelea.

- Veo que tiene algunas marcas y cicatrices encima, Sr. Fink -dijo Alvin-, pero supongo por el hecho de que está aquí de pie frente a nosotros, que son marcas de peleas que usted ganó.

- Ganadas justa y legalmente, y duramente peleadas -dijo Fink-. Pero no maté a nadie que no se lo buscara, en caso de que trataran de clavarme un cushillo y no hubiera otra forma de detenerlos.

- ¿Qué lo trae aquí, Sr. Fink? -preguntó Alvin.

- Le debo una -dijo Fink.

- No que yo sepa -dijo Alvin.

- Le debo una y pienso pagarle.

Sus palabras seguían siendo ambiguas, y Arturo Estuardo notó cómo Papá Horace y Armadura de Dios se preparaban para enfrentarse al poderoso cuerpo del barquero, si era necesario.

Fue Peggy Larner quien lo aclaró todo.

- El Sr. Fink ha venido a darnos información sobre un plan en contra de la vida de Alvin. Y a ofrecerse a sí mismo como guardaespaldas, para asegurarse de que nadie te cause daño alguno.

- Me alegra saber que quería advertirme -dijo Alvin-. Pase y siéntese. Puede compartir el piso conmigo, o sentarse en mi catre... es más resistente de lo que parece.

- No tengo mucho que decir. Creo que la Señorita Larner ya le contó lo que supe antes, sobre un plan para matarlo mientras lo llevaban a ser juzgado en Kenituck. Bueno, los hombres que conosco, si puede llamárseles hombres, no han sido despedidos aún. De hecho lo que oí esta misma tarde fue que no prestaran atención a cómo la extradición fue amulada...

- Anulada -ofreció Verily Cooper solícitamente.

- Anudada -dijo Fink-. Como sea. No tienen que prestarle atención, porque igual se los necesita. El plan es no dejar que usted abandone vivo el pueblo de Río Hatrack.

- ¿Y qué hay de Arturo Estuardo? -preguntó Alvin.

- Ni una palabra de ningún niño mestizo -dijo Fink-. Como yo lo veo, el niño no les importa un demonio, es sólo una excusa para matarlo a usted.

- Por favor, tenga... -empezó a decir Alvin, con tranquilidad, pero Mike Fink no necesitaba oírlo terminar la frase diciendo "cuidado con su lenguaje frente a la dama".

- Discúlpeme, Señorita Larner -dijo.

- ¿No's increíble? -dijo Alvin con admiración-. Ya está empezando a sonar como uno de sus estudiantes -¿pero no parecía picado al decirlo?

Ciertamente Peggy pareció picada al responder.

- Prefiero oírlo maldecir a él que a ti decir "no's" en lugar de "no es".

Alvin se inclinó hacia Mike Fink para decirle algo, aunque nunca quitó sus ojos del rostro de Peggy.

- Verás, la Señorita Larner sabe todas las palabras, y sabe justo dónde deberían estar.

Arturo Estuardo pudo ver la furia en el rostro de Peggy, pero ella contuvo la lengua. ¿Había alguna especie de pelea entre los dos; pero de qué iba? La Señorita Larner le había corregido siempre la gramática, siempre desde que era la tutora de Alvin y Arturo, cuando era la profesora de Río Hatrack.

Lo que más desconcertaba a Arturo Estuardo era el modo en que los otros hombres -no Verily, sino Horace y Armadura de Dios, e incluso Mike Fink- se miraban unos a otros y sonreían por lo bajo como si todos supieran exactamente qué estaba pasando entre Alvin y Peggy, como si lo entendieran mejor que ellos dos mismos.

Mike Fink volvió a hablar.

- Volviendo a los asuntos de vida o muerte en vez de a la gramática...

Momento en el que Horace murmuró:

- Y a las peleas de novios.

- Lamento desir que no puedo saber nada más de sus planes -dijo Fink-. No es que seamos grandes amigos ni nada, más bien como que disfrutarían apuñalándome por la espalda mientras orinan en mis botas, dependiendo si tienen el cuchillo o el... lo que sea... en las manos -volvió a mirar a Peggy Larner y se sonrojó. ¡Sonrojarse! Aquella cara hirsuta, marcada y curtida por el combate, la oreja faltante... y aun así la sangre inundó su rostro precipitándose, como si se tratara de un escolar recibiendo una reprimenda del director.

Pero antes de que el rubor pudiera empezar a desvanecerse, Alvin puso la mano en el brazo de Fink y tiró hacia abajo hasta sentarlo al lado suyo en el piso, y luego le pasó un brazo amistoso sobre los hombros.

- Tú y yo, Mike, simplemente no podemos recordar cómo hablar bien en frente de ciertas personas y hablar normalmente en frente de otras. Pero te ayudaré si tú me ayudas.

Y así, en un instante, Alvin había tranquilizado a Mike Fink. Había una especie de sencilla sinceridad en el modo de hablar de Alvin que hacía que incluso cuando sabías que estaba tratando de hacerte sentir mejor, no te importaba. Sabías que se preocupaba por ti, se preocupaba lo suficiente para intentar hacerte sentir mejor, así que te sentías mejor.

Pensar en Alvin haciendo sentirse mejor a la gente hizo que Arturo Estuardo recordara algo que Alvin había hecho para alegrarlo a él.

- ¿Por qué no cantas esa canción, Alvin?

Ahora fue el turno de Alvin de ponerse rojo de vergüenza.

- Ya sabes que no soy'n cantante, Arturo. Sólo porque te canté a ti...

- Inventó una canción -dijo Arturo Estuardo-. Sobre estar encerrado aquí. La cantamos juntos, ayer.

Mike Fink asintió.

- Parese que un Hacedor tiene que mantenerse haciendo algo.
- No tengo nada que hacer excepto pensar y cantar -dijo Alvin-. Cántala tú, Arturo Estuardo. Tienes una buena voz para cantar.
- La cantaré si tú quieres -dijo Arturo-. Pero es tu canción. Tú la inventaste, la letra y la música.
- Cántala tú -dijo Alvin-. Ni siquiera sé si recordaré todas las palabras.
Arturo Estuardo se puso ceremoniosamente en pie y comenzó a cantar, con su aflautada voz:

*Quise ser un aventurero, vagabundear por el mundo entero.
Tan rápido como el que más, dejé la tierra donde nací.
No es mentira decir que corrí.*

Arturo Estuardo miró a Alvin.
- Tienes que cantar conmigo el coro, de todas formas.
Así que cantaron juntos el animado estribillo:

*Despertaré cuando el sol salga, nunca estarán quietos mis pies,
estoy buscando el horizonte, ¡oh!, estoy buscando el horizonte.*

Luego Arturo volvió a los versos, pero ahora Alvin lo acompañaba como una especie de tenor, y sus voces se acomodaban suave y armónicamente.

*Hasta que un día me sacaron de la cama,
y me metieron en un pequeña pieza;
Ahora viajo dentro de mi cabeza,
por todos los caminos del infierno.*

Cuando Arturo comenzó el siguiente verso, sin embargo, Alvin no lo siguió, sólo se quedó callado y confuso.

Solo con mi imaginación, soñé el sueño más oscuro...

- Un momento, Arturo Estuardo -dijo Alvin-. Ese verso realmente no forma parte de esta canción.
- Bueno, encaja, y tú mismo lo cantaste con esta música.
- Pero es un sueño sin sentido, no significa nada.
- A mí me gusta -dijo Arturo-. ¿Puedo cantarlo?
Alvin le hizo señas de que siguiera, pero todavía parecía avergonzado.

*Solo con mi imaginación, soñé el sueño más oscuro,
de hombres pequeños, una araña y su agujón,
y en una tierra de humo y vapores,
un anillo de oro y su perdición*

- ¿Qué significa eso? -preguntó Armadura de Dios.
- No lo sé -dijo Alvin-. A veces me pregunto si no termino accidentalmente soñando el sueño de alguien más. Tal vez ése era un sueño que perteneció a

alguien de los días antiguos, o tal vez a alguien que ni siquiera ha nacido aún. Sólo un sueño a la deriva que tuve la oportunidad de vislumbrar mientras dormía.

Verily Cooper dijo:

- Cuando era niño, me preguntaba si la gente extraña de mis sueños no sería tan real como yo, y si a veces yo estaba en sus sueños, también.

- Entonse esperemos que no se despierten de repente -dijo Mike Fink secamente.

Arturo Estuardo continuó con el último verso.

Me acusaron falsamente, y no muchos creyeron el cuento

Yo fui paciente, sabio y tranquilo

Pero las piernas se debilitan en una cárcel

y algo muere dentro de ti.²⁰

- Ésta puede ser la canción más triste que haya escuchado nunca -dijo Horace Guester-. ¿Nunca piensas en cosas alegres?

- El coro es bastante alegre -dijo Arturo Estuardo.

- Tuve pensamientos alegres hoy -dijo Alvin-. Pensé en cuatro Rastreadores de Esclavos que perdieron su licencia para arrastrar a hombres libres a la esclavitud en el sur. Y ahora estoy contento otra vez, al saber que el hombre más fuerte con el que he peleado nunca va a ser mi guardaespaldas. Aunque al sheriff puede no gustarle mucho, Sr. Fink, ya que él piensa que estoy bastante a salvo mientras él y sus muchachos cuiden de mí.

- Y estás a salvo -dijo Peggy-. Incluso esos asistentes a los que no les agradas nunca levantarían un dedo contra ti o permitirían que te ocurriera nada.

- ¿No hay peligro, entonces? -preguntó Horace Guester.

- Grave peligro -dijo Peggy-. Pero no de los asistentes, y particularmente no hasta que el juicio haya acabado, y Alvin se prepare a partir. Es entonces cuando necesitaremos más que un guardaespaldas que muera por Alvin. Necesitaremos un escondite para sacarlo del pueblo en una pieza.

- ¿Quién dise que moriré? -preguntó Fink.

Peggy sonrió levemente.

- Contra cinco hombres cualquiera, creo que a ustedes dos les iría bien.

- ¿Entonces habrá más de cinco? -preguntó Alvin.

- Podría ser -dijo Peggy-. Nada es claro en estos momentos. Las cosas fluyen. El peligro es real, sin embargo. El plan continúa y los hombres han recibido la paga. Ya saben que cuando se trata de dinero, incluso los asesinos se sienten obligados a cumplir sus contratos.

- ¿Pero por el momento -dijo Verily Cooper-, no tenemos que preocuparnos por nuestra seguridad, o la de Alvin?

- Prudencia es todo lo que se necesita -dijo Peggy.

- No sé por qué estamos poniendo nuestra fe en los dones -dijo Armadura de Dios-. Nuestro Salvador es protección suficiente para todos nosotros.

- Nuestro Salvador nos resucitará -dijo Peggy-, pero no he notado que los cristianos terminen menos muertos cuando se les acaba la vida que los ateos.

- Bueno, una cosa es segura -dijo Horace Guester-, si no fuera por los dones Alvin no estaría metido en este maldito lío.

- ¿Les gustó la canción? -preguntó Alvin-. Quiero decir, creo que Arturo lo cantó en realidad bien. De verdad bien. Verdaderamente bien -cada corrección ganó una sonrisa un poco más amplia de la Señorita Larner.

- La cantó verdaderamente bien -dijo Peggy-. ¡Pero cada versión de la oración fue mejor que la anterior!

- Tengo otro verso -dijo Alvin-. Realmente no es parte de la canción, además de que todavía no se ha cumplido, ¿pero quieren oírlo?

- Tendrás que cantarlo solo, no me sé ningún otro verso -dijo Arturo Estuardo. Alvin cantó:

*Confié en que la justicia no fallara. El jurado lo hizo bien.
Mañana voy a ganar el juicio, y cantaré mi canción en voz alta,
¡Será como una explosión de risas!*

Todos rieron, expresando sus deseos de que pudiera cantar pronto su canción. Para cuando la reunión terminó, decidieron que Armadura de Dios, con Mike Fink acompañándolo para cuidarle la espalda y mantenerlo a salvo, se dirigiría a Ciudad Cartago y aprender todo lo que pudiera sobre los hombres que estaban pagando el salario de Daniel Webster y descubrir de una vez si eran los mismos que estaban pagando a las ratas de río y a otros canallas para que mintieran en orden a acabar con la vida de Alvin. Aparte de eso, todo estaba en manos de Verily Cooper. Y según él, todo dependía de los testigos y el jurado. Doce hombres buenos y honrados.

Había una larga fila en el despacho del oficial del condado cuando Peggy llegó el primer día del juicio de Alvin.

- Votantes precavidos -explicó Marty Laws-. Gente que teme que tal vez el mal tiempo les impedirá llegar a las urnas el día de la elección. Esta campaña de Tippy-Canoe tiene a todo el mundo muy entusiasmado.

- ¿Cree que están votando a favor o en contra?

- No estoy seguro -dijo Marty-. Usted es la que sabe, ¿no?

Peggy no respondió. Sí, podría saberlo, si mirara en sus corazones. Pero tenía miedo de lo que podía ver.

- Po Doggly es quien más sabe de política por estos lares. Dice que si se tratara sólo del asunto de los Rojos, Tippy-Canoe no conseguiría ni un voto. Pero también ha estado jugando con el orgullo del oeste. El hecho de que Tippy-Canoe es de nuestro mismo lado de los Montes Apalaches. Lo que no tiene mucho sentido para mí, porque el Viejo Hickory... Andy Jackson... es tan del oeste como Harrison. Creo que la gente se preocupa; piensan que Andy Jackson, por ser de Tennizy, está muy a favor de la esclavitud. La gente de por acá no quiere votar por alguien que hará que todo el asunto de la esclavitud esté peor de lo que está.

Peggy esbozó una sonrisa.

- Ojalá conocieran la verdadera postura del Sr. Harrison respecto a la esclavitud.

Marty alzó una ceja.

- ¿Sabe usted algo que yo no?

- Sé que Harrison es el candidato que aquéllos que desean extender la esclavitud hacia los estados del norte querrán apoyar.

- Aquí no hay niun alma que desee eso.

- En ese caso no deberían votar por Harrison... si él llega a presidente, eso será lo que ocurra.

Marty la miró larga y duramente.

- ¿Sabe esto del mismo modo que la mayoría de la gente sabe sus opiniones políticas, o lo sabe como... como una...?

- Lo sé -dijo Peggy-. No hablo así de las simples opiniones.

Marty asintió y miró hacia la nada.

- Bien, demonios. Quién lo diría.

- Tiene usted el hábito de apostar al caballo equivocado, últimamente -dijo Peggy.

- Puede repetir eso -dijo Marty-. Hace años que estoy diciéndole a Pacífico que no tiene ningún caso en contra de Alvin, y no pensaba mandar a extraditarlo desde Wobbish. Pero entonces apareció aquí, ¿y qué podía hacer? Tenía a Pacífico, y él tenía a un testigo aparte de sí mismo. Y nunca sabes lo que va a decidir un jurado. Creo que es un mal asunto.

- ¿Entonces por qué no eliminas los cargos? -preguntó Peggy.

Marty la miró.

- No puedo hacer eso, Señorita Peggy, por la sencilla razón de que hay un caso en proceso. Espero que ese abogado inglés que encontraron los amigos de Alvin pueda dejarlo en libertad. Pero no voy a hacerme a un lado y dejarle ganar. Lo que tiene que entender, Señorita Peggy, es que me agrada la mayor parte de la gente de este condado, y la mayor parte de las veces, los tipos que debo procesar, son gente que me agrada. No los proceso porque me no me caigan bien. Los hago porque han hecho mal, y la gente del condado de Hatrack me eligió para arreglar las cosas. Así que espero que Alvin salga, pero si lo hace, no será porque yo fallara en cumplir con mis responsabilidades.

- Yo estuve allí la noche en que fue hecho el arado. ¿Por qué no me llama como testigo?

- ¿Lo vio usted hacerlo? -preguntó Marty.

- No. Ya estaba terminado cuando lo vi.

- ¿Entonces de qué es exactamente testigo?

Peggy no respondió.

- Usted quiere subir a ese estrado porque es una tea, y la gente de Hatrack sabe que es una tea, y si dice que Pacífico está mintiendo, ellos la creerán. Pero esto es lo que me preocupa, Señorita Peggy. Sé que usted y Alvin tuvieron algo hace tiempo, y tal vez ese algo todavía existe. ¿Así que cómo sé que si sube al estrado, no cometerá usted algún grave pecado contra el Dios de la verdad con el propósito de ganar la libertad de este muchacho?

Peggy se puso roja de ira.

- Lo sabe porque mi palabra es tan buena como la de cualquiera y mejor que la de la mayoría.

- Si sube al estrado, Señorita Peggy, refutaré su testimonio con testigos que digan que usted vivió en Hatrack por varios meses disfrazada, mintiéndole a todos durante ese tiempo sobre quién era realmente. Cubierta de hechizos, pretendiendo ser una profesora solterona de mediana edad cuando todo el tiempo

estuvo viendo al aprendiz del herrero con el propósito de educarlo. Sé que tuvo sus razones para hacer todo eso. Sé que hubo una razón para que en la noche en que supuestamente fue hecho el arado, la misma noche en que su madre fue asesinada, usted y Alvin fueran vistos salir corriendo juntos de la herrería, Alvin completamente desnudo. ¿Me entiende, Señorita Peggy?

- Está advirtiéndome de que no testifique.

- Estoy diciéndole que mientras que algunas personas le creerán, otras estarán seguras de que sólo está ayudando a Alvin como su compinche. Mi trabajo es hacer segura la introducción de cualquier posible duda que pueda surgir frente a su testimonio.

- Entonces es enemigo de Alvin, y enemigo de la verdad -Peggy escupió las palabras, con la intención de que le dolieran.

- Insúlteme todo lo que quiera -dijo Marty-, pero mi trabajo es defender la postura de que Alvin robó ese oro. No creo que su testimonio, basado enteramente en su inverificable declaración como tea de que Pacífico es un mentiroso, deba ser permitido sin réplica. Si así fuera, entonces cualquier idiota charlatán y adivino en el condado podría decir lo que se le antojara y los jurados les creerían, ¿y entonces qué sería de la justicia en América?

- Permítame que lo entienda -dijo Peggy-. ¿Planea desacreditarme, destruir mi reputación, y encarcelar a Alvin, todo por la seguridad de la justicia en América?

- Como dije -repitió Marty-, espero que su abogado haga tan buen trabajo defendiendo a Alvin como voy a hacerlo yo acusándolo. Espero que pueda encontrar tanta nutrida evidencia contra mis testigos como el Sr. Webster y yo hemos encontrado en cuanto a Alvin. Porque, francamente, no me gustan mucho mis testigos, y pienso que Pacífico es un avaro bastardo mentiroso que debería ir él mismo a prisión por perjurio, pero no puedo probarlo.

- ¡¿Cómo puede soportarlo, entonces, trabajar al servicio del mal cuando sabe con tanta claridad lo que está bien?!

- También está bien que el fiscal público fiscalice, en vez de hacer de juez él mismo.

Peggy asintió gravemente.

- Como sucede tan a menudo, no existe ninguna opción clara que tenga a todo el bien de su parte, opuesta a otra que sea sólo maldad.

- Ésa es la verdad, Peggy. Ésa es la honesta verdad de Dios.

- Me aconseja que no testifique.

- Nada de eso. Sólo le advierto del precio que tendrá que pagar por testificar.

- No es ético que tengamos esta conversación, ¿verdad?

- No mucho -dijo Marty-. Pero tu pá y yo nos conocemos hace mucho.

- No lo perdonaría nunca si me desacreditara.

- Lo sé, Señorita Peggy. Y eso me rompería el corazón -se despidió inclinando la cabeza, tocándose la frente como para sacarse el sombrero que no estaba usando en el interior del edificio-. Que tenga un buen día.

Peggy lo siguió y entró a la corte.

Esa primera mañana pasó entre preguntas a los ocho testigos a los que se les había mostrado el arado. Primero estaba Merlin Wheeler, que llegó en su silla de ruedas. Peggy sabía que Alvin le había ofrecido una vez, años atrás, curarlo para que pudiera volver a caminar. Pero Merlin sólo lo miró a los ojos y le dijo:

- Perdí el uso de mis piernas por el mismo hombre que mató a mi esposa e hijo. Si puedes traerlos de vuelta, entonces hablaremos sobre mis piernas.

Alvin no entendió entonces, y la verdad sea dicha, Peggy realmente tampoco entendía ahora. ¿En qué ayudaba a su esposa y su hijo que Merlin anduviera en silla de ruedas todo el tiempo? Pero por otra parte, tal vez ayudaba al mismo Merlin. Tal vez era como vestir el luto de una viuda. Un símbolo público de cómo había quedado tullido por la pérdida de aquellos que más amaba. De cualquier modo, resultó un testigo firme, principalmente porque la gente sabía que tenía un talento para ver lo que era justo y bueno, lo que lo convertía en una suerte de juez informal, aunque no era nada común que ambas partes en una disputa acordaran aceptarlo a él como árbitro. Uno u otro de ellos, parecía, siempre encontraba un tanto inconveniente que el caso fuera decidido por un hombre que era verdaderamente justo y equitativo. De todas formas, el jurado estaba dispuesto a escuchar cuando Wheeler dijo:

- No'stoy diciendo que'l arado esté embrujao, porque no sé cómo llegó a ser como es. Sólo digo que parece ser de oro, pesa como oro, y se mueve sin que lo toque nadie.

Wheeler impuso el tono a todos los demás. Albert Wimsey era un relojero con un don para los trabajos finos en metal, que huyó a América cuando sus rivales económicos lo acusaron de usar brujerías en la manufactura de sus relojes. Cuando dijo que el arado era de oro, habló con autoridad, y el jurado no se entretuvo más sobre la naturaleza del metal del que estaba hecho el arado. Jan Knickerbacker era un vidriero que se decía que tenía ojos que veían las cosas más claramente que la mayoría de la gente. Ma Bartlett era una frágil anciana que había sido profesora pero que ahora vivía en la vieja cabaña en el bosque que había construido Po Doggly cuando se estableció allí por primera vez; recibía una pequeña pensión de alguna parte y pasaba la mayor parte de sus días bajo un roble junto al río Hatrack, pescando bagres y soltándolos después. La gente acudía a ella para saber si podían confiar en otras personas, y ella nunca se equivocaba, lo que causó que muchos romances en ciernes quedaran en nada, hasta que la gente decidió dejar de preguntarle sobre ciertas cosas.

Billy Sweet hacía caramelos, un joven y bobo muchacho a quien nadie tomaba demasiado en serio, pero no podías evitar que te gustara sin importar cuán tontas fueran las cosas que decía y hacía. Naomi Lerner hacía algo de dinero enseñando, pero su don era la ignorancia, no la enseñanza... podía oler la ignorancia a una milla de distancia, pero no era muy buena combatiéndola. Joreboam Hemelett era un armero, y debe haber tenido cierta facilidad y un talento para el fuego, porque era bien sabido que sin importar qué tan húmedo pudiera ser un día, la pólvora en una pistola Hemelett siempre hacía ignición. Y Goody Trader -cuyo primer nombre se rumoreaba que era o bien Castidad o bien Caridad, usado irónicamente en ambos casos por aquellos a los que no agradaba- llevaba una pulpería en el extremo nuevo de la calle principal, donde era bien conocida por surtir sus estantes, no sólo con lo que la gente quería, sino también con lo que necesitaban sin saberlo.

A lo largo de su testimonio, sobre el peso del arado, sobre cómo se movía, o zumbaba, o temblaba, o calentaba sus manos, los ojos del jurado se dirigían una y otra vez al saco de arpillera bajo la silla de Alvin. Él nunca lo tocó, ni hizo nada para llamar la atención sobre él, pero su cuerpo se movía como si el arado en el

saco fuera su punto de apoyo. Querían verlo por sí mismos. Pero sabían, por la postura de Alvin, que no lo verían. Que estos ocho lo habían visto por ellos. Tendría que ser suficiente.

Los ocho testigos eran bien conocidos por la gente del pueblo, todos confiaban en ellos (aunque no tanto en Billy Sweet, visto que era demasiado crédulo y cualquier mentiroso podía convencerlo de cualquier tontería) y todos eran bastante queridos, más allá de las disputas típicas cotidianas en cualquier pueblo pequeño. Peggy los conocía a todos, mejor de lo que se conocían entre sí, por supuesto, pero quizás fue ese mismo conocimiento lo que no la dejó ver una cosa que sólo Arturo Estuardo pareció notar.

Arturo estaba sentado junto a ella en la corte, observando el testimonio, con los ojos muy abiertos. Fue sólo cuando los ocho testigos hubieron terminado que se inclinó hacia Peggy y susurró:

- Hay un montón de gente con buenos talentos aquí en Hatrack, ¿verdad?

Peggy había crecido allí, y por mucha gente nueva que hubiera llegado después de que ella partiera, siempre se sentía como si conociera a todo el mundo. ¿Pero era así? Había huído la primera vez justo antes de que Alvin llegara a Hatrack para comenzar su aprendizaje con Pacífico Smith, y en los más de ocho años que habían pasado desde entonces, sólo había pasado un año en Hatrack... menos de un año, en realidad... disfrazada. Durante aquellos ocho años había llegado mucha gente. Más, de hecho, del doble de los que había cuando ella se fue. Había sondeado sus corazones, rutinariamente, porque quería hacerse una idea de la gente que vivía allí.

Pero no se había dado cuenta hasta que Arturo le susurró, que de los nuevos habitantes, un número inusual poseía dones bastante remarcables. No era que los ocho testigos fueran diferentes del resto del pueblo. Los dones eran abundantes allí, mucho más que en cualquier otro lugar que hubiera visitado Peggy.

¿Por qué? ¿Qué los había traído aquí?

La respuesta era sencilla y obvia... tan obvia que Peggy dudó al instante. ¿Podían realmente haber sido atraídos por la presencia de Alvin? Había sido en Hatrack en donde el aprendiz había aprendido a pulir su don hasta que se transformó en un poder que contenía a todos los poderes. Fue allí donde Alvin hizo el arado viviente. ¿Era lo que él Hacía lo que los había reunido? ¿Una especie de chispa que prendía en su interior y ponía sus pies en movimiento, vagabundeando hasta llegar a este lugar, en donde su Obra estaba en el aire?

¿O era algo más? ¿Había quizás Alguien guiándolos, de tal forma que no era sólo la Obra de Alvin en Hatrack lo que los reunía, sino más bien el Mismo que había traído a Alvin al pueblo? ¿Significaba que había un propósito detrás de todo, algún plan maestro? Oh, Peggy deseaba creerlo, porque eso significaría que ella no era la responsable de hacer que las cosas salieran bien. Si Dios está a cargo de las cosas, entonces puedo dejar de lado la escoba y guardar el hilo y la aguja, no tengo nada que limpiar ni que remendar. Simplemente, puedo dedicarme a lo mío.

De un modo u otro, sin embargo, estaba claro que Río Hatrack era más que solamente la aldea en la que Alvin estaba encerrado. Era un lugar donde la gente con poderes ocultos se congregaba en gran número. De la misma manera que Verily Cooper había atravesado el mar para encontrar a Alvin, tal vez, e inconscientemente, toda esa otra gente había cruzado también el mar o las

montañas o vastas extensiones de bosques y praderas para hallar el lugar en el que el Hacedor había Hecho su arado de oro. Y ahora estos ocho habían tocado el arado, lo habían visto moverse, sabían que estaba vivo. ¿Qué significaba eso para ellos?

Para Peggy, descubrirlo fue maravilloso: miró en sus corazones y encontró algo inesperado. Al examinarlos en el pasado, ninguno de ellos había mostrado caminos en su futuro que estuvieran íntimamente ligados al de Alvin. Pero ahora descubrió que sus vidas estaban atadas a la de él. En todos halló muchos caminos futuros que llevaban a una ciudad de cristal a orillas de un río.

Por primera vez, la Ciudad de Cristal que Alvin había visto en el tornado aparecía en el futuro de alguien más.

Peggy casi se desmayó del alivio que sintió. No era tan sólo un sueño informe en el corazón de Alvin, sin ningún camino que le mostrara a ella cómo llegaría él allí. Podía ser una realidad, y si lo era, cada una de esas ocho almas sería parte de ella.

¿Por qué? ¿Sólo porque habían tocado el arado de oro? ¿Era eso lo que era el arado? ¿Una herramienta que transformaba a la gente en ciudadanos de la Ciudad de Cristal?

No, eso no. No, eso difícilmente sería el lugar libre con el que soñaba Alvin, si las personas eran obligadas a ser ciudadanos debido al toque de algún poderoso objeto. Más bien el arado abría una puerta en sus vidas de modo que pudieran entrar en el futuro que deseaban con más ansias. Un lugar, un tiempo en el que sus talentos pudieran dar el máximo fruto, donde pudieran ser parte de algo más grande de lo que cualquiera de ellos sería capaz de crear por sí solo.

Tenía que decírselo a Alvin. Tenía que hacerle saber que después de haber intentado tanto en Iglesia de Vigor enseñarle a aquellos débiles talentos algo que realmente no podían hacer, o no fácilmente, aquí, en su verdadero lugar de nacimiento, sus ciudadanos ya estaban preparándose, aquéllos que tenían los dones y las inclinaciones naturales que los harían co-Hacedores junto a él.

Otra idea la asaltó, y empezó a observar en los corazones del jurado. Otro grupo de ciudadanos, elegidos al azar... y una vez más, aunque no todos tenían talentos espectaculares, todos eran individuos a quienes sus dones definían, gente que muy bien podía haber estado buscando un significado para sus poderes, un propósito para ellos. gente que, conscientemente o no, podía haberse encontrado gravitando hacia el lugar en el que había nacido un Hacedor. Un lugar donde el hierro había sido transformado en oro, donde un niño mestizo había sido cambiado de tal forma que ya no coincidía con el sello que lo marcaba como esclavo. Un lugar en donde las personas con dones y talentos y sueños podían encontrar un propósito, podían construir algo juntas, podían convertirse en Hacedores.

¿Sabían lo mucho que necesitaban a Alvin? ¿Lo mucho que sus sueños y esperanzas dependían de él? Por supuesto que no. Eran el jurado, trataban de permanecer imparciales. Trataban de juzgar de acuerdo a la ley. Y eso era bueno. En cierto modo también estaban Haciendo... apegándose a la ley aun cuando eso pudiera herir sus corazones. Manteniendo un buen orden en su comunidad. Si mostraban favoritismo hacia una persona sólo porque la admiraban, necesitaban, querían o incluso amaban, sería como deshacer la justicia, y si la justicia era deshecha alguna vez, era abiertamente desdeñada, sería el fin del buen orden.

Corromper la justicia era el truco del Deshacedor. Verily Cooper tendría que probar su postura, o al menos refutar las aseveraciones de Pacífico Smith; tendría que hacer posible al jurado la absolución de Alvin.

Pero si lo absolvían, entonces los caminos que se abrirían en sus corazones serían como los de los testigos: estarían junto a Alvin algún día, construyendo grandes torres de cristal resplandeciente que se alzaban hasta el cielo, captando la luz y transformándola en verdad del mismo modo que había ocurrido cuando Tenskwa Tawa llevó a Alvin al torbellino en el lago.

¿Debería decirle a Alvin que sus Hacedores están aquí mismo en la corte, a su alrededor? ¿Ayudaría eso a su labor o lo haría confiarse demasiado?

Decir o no decir, la eterna cuestión con que batallaba Peggy. Al lado de eso, el pequeño dilema de Hamlet resultaba derechamente absurdo. Las contemplaciones de suicidio eran siempre obra del Deshacedor. Pero decir la verdad y esconder la verdad... podía hacer cualquiera de las dos cosas. Las consecuencias eran impredecibles.

Por supuesto, para la gente ordinaria las consecuencias siempre eran impredecibles. Sólo las teas como Peggy sentían el peso de tener una idea tan clara de las posibilidades. Y no había muchas teas como Peggy.

Pacífico no fue un muy buen testigo de su propia causa. Nervioso y malhumorado... no era una combinación ganadora, Verily lo sabía. Pero por eso Laws y Webster lo llamaron en primer lugar, para que su impresión negativa fuera olvidada tras el testimonio de testigos más agradables -y creíbles-.

Lo mejor que Verily podía hacer, en este caso, era permitir a Pacífico decir lo que quisiera -tan memorable como fuera posible, tan negativo como fuera posible-. Así que no hizo ninguna objeción cuando Pacífico condimentó su relato con difamaciones sobre el carácter de Alvin. "Siempre fue el aprendiz más flojo que he tenido". "Nunca conseguía que el chico hiciera nada si no me quedaba al lado y le gritaba al oído". "Era lento aprendiendo, todo el mundo sabe eso". "Comía como un serdo, incluso los días en que no levantaba un dedo". La violencia y la perfidia de sus calumnias era tan implacable que estaba poniendo incómodo a todo el mundo... incluso a Marty Laws, que estaba mirando a Verily para ver por qué no elevaba ninguna objeción. ¿Pero por qué debería Verily protestar, cuando el jurado entero estaba moviéndose en sus asientos y apartando la mirada de Pacífico cada vez que éste atacaba a Alvin? Todos sabían que era mentira. Probablemente no había uno solo de ellos que no hubiera ido alguna vez a la herrería con la esperanza de que Alvin hiciera su trabajo en lugar de su maestro. La habilidad de Alvin era famosa -Verily había aprendido eso escuchando distraídamente las conversaciones casuales en la hostería durante la cena-, así que Pacífico sólo estaba dañando su propia credibilidad.

El pobre Marty estaba atrapado, sin embargo. No podía cortar el testimonio de Pacífico Smith, ya que era el fundamento de todo su caso. Así que el interrogatorio continuó, y las respuestas, y las calumnias.

- Hizo un arado de simple hierro. Yo lo vi, y también lo vio Pauley Wiseman que era el sheriff entonces, y Arturo Estuardo, y los dos Rastreadores muertos. Estaba sobre la plancha cuando vinieron para que le hiciera las esposas al chico. ¡Pero no hice ningunas esposas, no señor! ¡Ése no es trabajo desente para un herrero,

hacer las cadenas que llevarán a un niño libre a la esclavitud! Y qué creen, fue Alvin mismo, que decía ser tan amigo de Arturo Estuardo, quien va y dice que él hará las esposas. Ésa es la clase de persona que era entonses y que es hoy... ini una pisca de lealtad o decencia!

Alvin se inclinó hacia Verily y le susurró al oído:

- Sé que está mal que lo diga, Verily, pero tengo unas ganas tremendas de causarle al viejo Pacífico un buen caso de picor rectal.

Verily casi se rió en voz alta.

El juez le lanzó una mirada, pero no debido a su súbita y silenciosa diversión.

- Sr. Cooper, ¿no piensa usted objetar ninguno de estos comentarios irrelevantes sobre el carácter de su cliente?

Verily se puso en pie lentamente.

- Su Señoría, estoy seguro de que el jurado sabrá exactamente cuán seriamente tomar todo el testimonio del Sr. Pacífico Smith. Estoy perfectamente convencido de que recordarán tanto su malicia como su imprecisión.

- Bueno, tal vez así sean las cosas en Inglaterra, pero instruiré al jurado para que ignoren la malicia del Sr. Smith, ya que no hay modo de saber si su malicia es el resultado de los eventos que ha relatado, o es un precedente. Más aún, ordenaré al Sr. Smith no decir más calumnias sobre el carácter del acusado, ya que se trata sólo de opiniones y no de hechos. ¿Me entiendes, Pacífico?

Pacífico pareció confundido.

- Creo que sí.

- Continúe, Sr. Laws.

Marty suspiró y continuó.

- Así que vio el arado de hierro, y Alvin hizo las esposas. ¿Qué pasó entonces?

- Le dije que las esposas serían su trabajo de oficial. Creí que sería apropiado para un canalla traicionero pasar toda la vida sabiendo que las esposas que hizo para su amigo eran la...

El juez lo interrumpió, mirando a Verily nuevamente.

- Pacífico, son palabras como "canalla traicionero" las que van a hacer que se te acuse de desacato a la corte. ¿Me entiendes ahora?

- ¡Una pala es una pala y no hay otro nombre para ella, Su Señoría! -declaró Pacífico.

- ¡En este momento estás cavando un hoyo muy profundo con ella -dijo el juez-, y soy el hombre que te enterrará si no cuidas la lengua!

Intimidado, Pacífico adquirió una expresión muy solemne y miró al frente.

- Me disculpo, Su Señoría, por atreverme a ser fiel a mi palabra de hablar con la verdad, la pura verdad, y nada más que la...

El martillo cayó.

- Ni permitiré sarcasmo alguno en contra de este tribunal, Sr. Smith. Continúe, Sr. Laws.

Y así siguió, hasta que Pacífico hubo terminado su historia. Fue en verdad una pequeña queja débil y gimoteante. Primero había un arado de hierro, hecho a partir del mismo hierro que Pacífico había provisto para la pieza de oficial. Luego había un arado hecho de oro sólido. Pacífico sólo podía pensar en dos posibilidades. Primera, que Alvin hubiera usado algún tipo de hechizo para transformar el hierro en oro, en cuyo caso estaba hecho del hierro que Pacífico le había dado y, de acuerdo a la largo tiempo honrada tradición y a los estatutos de

los papeles de aprendiz de Alvin, el arado pertenecía a Pacífico. O era un arado diferente, no hecho con el hierro de Pacífico, en cuyo caso, ¿dónde había obtenido Alvin el oro? La única ocasión en la que Alvin había cavado lo suficiente para encontrar un tesoro enterrado como ése fue cuando estaba cavando un pozo para Pacífico, que hizo en el lugar equivocado. Pacífico apostaba a que Alvin había cavado en el lugar correcto la primera vez, encontrado el oro, y luego lo había escondido cavando otro hoyo para el pozo actual. Y si el oro fue encontrado en el terreno de Pacífico, bien, entonces también era el oro de Pacífico.

El contraexamen de Pacífico fue breve. Consistió en dos preguntas.

- ¿Vio usted a Alvin sacar oro o cualquier cosa parecida a oro del suelo?

Enojado, Pacífico comenzó a dar excusas, pero Verily esperó hasta que el juez le ordenó responder sí o no a la pregunta.

- No.

- ¿Vio usted el arado de hierro transformado en un arado de oro?

- ¿Bueno y qué si no lo hice? El punto es que no hay arado de hierro, ¿dónde está?

Otra vez, el juez le dijo que respondiera sí o no.

- No -dijo Pacífico.

- No tengo más preguntas para este testigo -dijo Verily.

Cuando Pacífico se hubo levantado y hubo dejado el cubículo del testigo, Verily se volvió hacia el juez.

- Su Señoría, la defensa pide la eliminación inmediata de todos los cargos, puesto que el testimonio de este testigo no resulta suficiente para establecer una causa probable.

El juez entornó los ojos.

- Espero que no tenga que escuchar mociones como ésa después de cada testigo.

- Sólo después de los patéticos, Su Señoría -dijo Verily.

- Su punto está claro. La moción es denegada. Sr. Laws, ¿su próximo testigo?

- Quisiera llamar a la esposa de Pacífico, Gertie, pero murió hace más de un año. En su lugar, con el permiso de la corte, llamaré a la mujer que estaba ayudándole en la cocina el día en que el arado de oro fue... evidenciado... por primera vez. Anga Berry.

El juez miró a Verily.

- Eso significa que su testimonio será declaración de oídas, en cierto modo.

¿Tiene alguna objeción, Sr. Cooper?

Alvin ya le había asegurado a Verily que nada de lo que Anga pudiera decir le haría ningún daño.

- Ninguna, Su Señoría.

Alvin escuchó mientras Anga Berry testificaba. Ella realmente no sabía nada excepto lo que Gertie le había contado sobre las acusaciones de Pacífico la mañana siguiente a los sucesos, por lo que el cargo no lo había inventado más tarde. En la contraexamen, Verily fue amable con ella, preguntándole solamente si Gertie Smith le había dicho algo que llevara a Anga a creer que Alvin era un mal muchacho como decía Pacífico.

Marty se puso en pie.

- Declaración de oídas, Su Señoría.

El juez replicó impacientemente:

- Bien, Marty, sabemos que son rumores. ¡Fue para que declarara de oídas para lo que la llamaste en primer lugar!

Abatido, Marty Laws volvió a sentarse.

- Nunca dijo ná sobre su trabajo como herrero ni ná -dijo Anga-. Pero sé que Gertie apresiaba mucho al chico. Siempre la ayudaba, le llevaba agua siempre que se lo pedía -ése's el peor trabajo-, y era bueno con los niños y todo... siempre ayudaba. Nunca dijo nada malo de él, y creo que tenía una gran opinión de su bondad.

- ¿Alguna vez le dijo Gertie que era él un mentiroso o un embustero? -preguntó Verily.

- Oh, no, a menos que cuente esconder algún trabajo que estuviera haciendo hasta terminarlo, para sorprenderla. Si eso es ser embustero, entonse lo hizo un par de veces.

Y eso fue todo. Alvin se sintió aliviado de saber que Gertie no había sido desconsiderada con él a sus espaldas, que incluso tras su muerte seguía siendo su amiga. Lo que sorprendió a Alvin fue lo sombrío que estaba Verily cuando se sentó a la mesa junto a él. Marty estaba ocupado llamando a su próximo testigo, un tipo llamado Hank Dowser cuya historia Alvin podía adivinar fácilmente... éste era un hombre que hablaría con malicia y no sería agradable escucharlo. Sin embargo, tampoco había visto nada, y de hecho cavar el pozo no tenía nada que ver con el arado, ¿así que qué importaba? ¿Por qué parecía Verily tan descontento?

Alvin le preguntó.

- Porque no había ninguna razón para que Laws llamara a esa mujer. Su testimonio le jugó en contra y él debe haberlo sabido antes.

- ¿Entonces por qué la llamó?

- Porque quería allanar el terreno para algo. Y puesto que no dijo nada nuevo durante su examen, debe haber sido en el contraexamen que preparó el nuevo terreno.

- Todo lo que le preguntaste a Anga fue si Gertie tenía la misma opinión de mí que su marido.

Verily lo pensó un momento.

- No. También le pregunté si alguna vez habías engañado a Gertie. Oh, soy tan tonto. ¡Si tan sólo pudiera retirar esas palabras de mis labios!

- ¿Qué hay de malo en ello? -preguntó Alvin.

- Debe tener algún testigo que te llame embustero, un testigo que de otro modo sería irrelevante para el caso.

En el intertanto, el buscador de corrientes subterráneas, en un estado de enorme indignación, hablaba de lo presumido que era el aprendiz de Pacífico, cómo se atrevía a decirle a un buscador de corrientes cómo hacer su trabajo.

- ¡No respeta el don de ningún hombre, sólo el suyo!

Verily habló.

- Objeción, Su Señoría. Al testigo no le compete testificar en referencia al respeto o falta de él de mi cliente hacia los dones en general de otras personas.

La objeción se mantuvo. Hank Dowser aprendía más rápido que Pacífico; no hubo más problemas con él. Rápidamente dejó claro que el aprendiz obviamente

había cavado el pozo en un lugar distinto al que Hank había declarado como el mejor para encontrar agua.

Verily tenía una sola pregunta para él.

- ¿Había agua en el lugar en el que cavó el pozo?

- ¡Ésa no es la cuestión! -declaró Hank Dowser.

- Lamento tener que decirle, Sr. Dowser, que soy yo quien está autorizado por esta corte a hacer preguntas en este momento, y ésa precisamente es la cuestión que me gustaría que respondiera. En este momento.

- ¿Cuál era la pregunta?

- ¿Se halló agua en el pozo de mi cliente?

- Se encontró algún tipo de agua. Pero comparada con el agua pura que yo encontré, estoy seguro de que la suya era un brebaje fangoso, sucio y de pésimo sabor.

- ¿Debo tomar su respuesta por un sí?

- Sí.

Y eso fue todo.

Para su próximo testigo, Marty pronunció un nombre que hizo estremecerse a Alvin hasta la médula.

- Amy Sump.

Una jovencita muy atractiva se puso en pie al fondo de la sala y caminó por la nave hacia el estrado.

- ¿Quién es? -preguntó Verily.

- Una muchacha de Vigor con una imaginación muy activa.

- ¿Sobre qué?

- Sobre cómo ella y yo hicimos lo que ningún hombre haría con una chica tan joven.

- ¿Lo hicieron?

A Alvin le molestó la pregunta.

- Nunca. Ella empezó a contar historias y luego todo se salió de control.

- ¿Se salió de control?

- Por eso me marché de Iglesia de Vigor, para darle una oportunidad de enfriarse y morir a sus mentiras.

- ¿Así que empezó a contar historias sobre ti y tú huíste?

- ¿Qué tiene que ver eso con Pacífico Smith y el arado?

Verily hizo una mueca.

- Un pequeño asunto sobre si engañas a la gente o no. Marty Laws me echó el lazo.

Marty estaba explicándole al juez que, puesto que no había tenido oportunidad de hablar con su testigo antes de llamarla al estrado, su ilustre consejero conduciría el interrogatorio.

- La muchacha es joven y frágil, y ellos han ya se conocen.

Verily pensó que la idea de que Webster y Amy se conocieran no era muy prometedora si se trataba de conseguir un testimonio honesto, pero tenía que ir con cuidado. Era una niña. No debía parecer hostil ni temeroso de ella antes de que hablara, y en el contraexamen tendría que proceder delicadamente a fin de no parecer un abusador. A diferencia de Pacífico Smith y Hank Dowser, que eran obviamente maliciosos y rencorosos, Amy Sump era absolutamente creíble. Habló tímidamente y con reluctancia.

- No quiero meter a Alvin en problemas, señor -dijo.

- ¿Y por qué no? -preguntó Daniel Webster.

Su respuesta llegó en un susurro.

- Porque todavía lo amo.

- ¿Usted... usted todavía lo ama? -Oh, Webster era un buen actor, digno del escenario del Drury Lane-. ¿Pero cómo es posible... por qué lo ama aún?

- Porque estoy esperando un bebé -susurró ella.

Un zumbido recorrió la sala.

De nuevo, Webster fingió afligida sorpresa.

- ¿Está usted esperando...? ¿Está usted casada, Señorita Sump?

Meneó la cabeza. Lágrimas resplandecientes volaron desde sus ojos a su regazo.

- Y sin embargo está esperando un bebé. El bebé de un hombre que ni siquiera tuvo la decencia de hacer de usted una mujer honesta. ¿El bebé de quién, Señorita Sump?

Esto ya estaba fuera de control. Verily se puso en pie de un salto.

- Su Señoría, objeto enérgicamente que no todo esto no tiene relación alguna con...

- ¡Es importante para el asunto del engaño, Su Señoría! -gritó Daniel Webster-. ¡Tiene mucho que ver con la fiabilidad de un hombre que dirá cualquier cosa que necesite para lograr su propósito, y luego desaparece sin ni siquiera un adiós, habiendo tomado aquello que resulta más precioso de quien más confió en él!

El juez descargó su martillo.

- Sr. Webster, ésa fue una recapitulación tan buena que estoy tentado de pedir su veredicto al jurado y terminar el juicio. Desafortunadamente éste no es el final del juicio y apreciaría si evitara volver a saltar al estrado a dar un discurso cuando no es el momento de hacerlo.

- Estaba respondiendo a la valiosa objeción de mi oponente.

- Bueno, verás, Daniel, ahí es donde te equivocaste. Porque su objeción estaba dirigida hacia mí, ya que soy el juez, y realmente no necesitaba su ayuda en ese momento. Pero estoy feliz de saber que su ayuda está ahí, lista para ser usada si llego a necesitarla.

Webster respondió al sarcasmo con una alegre sonrisa. ¿Qué le importaba? Ya había dejado claro su punto.

- Objeción denegada, Sr. Cooper -dijo el juez-. ¿Quién es el padre de su hijo, Señorita Sump?

Ella estalló en lágrimas... continuando su actuación, a pesar de la interrupción.

- Alvin -dijo, sollozando. Luego alzó la vista y miró sentimentalmente a los ojos de Alvin a través de la sala-. ¡Oh, Al, no es demasiado tarde! ¡Regresa y hazme tu esposa! ¡Te amo tanto!

15 Amor

Verily Cooper, haciendo su mejor esfuerzo por esconder su estupefacción, se volvió lánguidamente a mirar a Alvin. Luego elevó una ceja.

Alvin parecía vagamente triste.

- Es cierto que está embarazada -susurró-. Pero no es verdad que yo sea el padre.

- ¿Por qué no me lo dijiste si lo sabías? -susurró Verily.

- No lo supe hasta que ella lo dijo. Entonces miré y sí, hay un bebé creciendo en su vientre. Como del tamaño de una lenteja. De no más de tres semanas.

Verily asintió. Alvin había estado en prisión todo el mes pasado, y de viaje lejos de Iglesia de Vigor varios meses antes de eso. La cuestión era si podría hacer que la muchacha admitiera en su contraexamen que apenas hacía menos de un mes que estaba embarazada.

Mientras tanto, Daniel Webster había continuado, sonsacándole a Amy una fantástica y pintoresca declaración sobre cómo Alvin la había seducido. Sin duda alguna, la joven contó una historia convincente, llena de todo tipo de detalles que la hacían parecer cierta. A Verily le parecía que la chica no estaba mintiendo, o que si lo estaba haciendo, creía en sus propias mentiras. Por unos momentos tuvo dudas respecto a Alvin. ¿Podía haberlo hecho? La muchacha era bonita y deseable, y por el modo en que hablaba, estaba ciertamente dispuesta. Que Alvin fuera un Hacedor no significaba que no fuera también un hombre como cualquiera.

Rápidamente deshechó tales ideas. Alvin Smith era un hombre con autocontrol, ésa era la verdad. Y tenía honor. Si realmente hubiera hecho esas cosas con aquella niña, sin duda se hubiera casado con ella y no la habría abandonado para que enfrentara sola las consecuencias.

Era una medida de lo peligroso que resultaba el testimonio de la muchacha, el hecho de pudiera hacer dudar al propio abogado de Alvin.

- Y después la abandonó -dijo Daniel Webster.

Verily pensó en objetar, pero imaginó que no tenía sentido.

- Fue mi culpa, lo sé -dijo Amy, volviendo a estallar en un patético llanto-. No debí haberle dicho nada a mi mejor amiga Ramona sobre Alvin y yo, porque ella se lo contó a todo el mundo y nadie entendió nuestro verdadero amor y por eso mi Alvin tuvo que irse, porque tiene tareas más grandes que llevar a cabo en el mundo, no puede quedarse atado a Iglesia de Vigor justo ahora. ¡No quería venir aquí a testificar! ¡Quiero que sea libre para hacer lo que sea que tenga que hacer! Y si mi bebé crece sin un pá, ¡al menos puedo decirle a mi hijo que tiene sangre noble, que es heredero de un Hacedor!

Oh, ése fue un buen toque, hacerse pasar por la doliente santurrón que está feliz de que "su" Alvin sea un seductor embustero profanador de cunas que se dedica a hacer y abandonar bebés bastardos, porque ella lo ama tanto.

Llegó el momento del contraexamen. Había que proceder delicadamente, ciertamente. Verily no podía dar la más leve impresión de que le creía; al mismo tiempo, no se atrevía a ser brusco e implacable, porque la simpatía del jurado era

para la chiquilla en esos momentos. Las semillas de la duda habían sido sembradas gentilmente.

- Lamento que haya tenido que venir desde tan lejos. Debe ser un viaje difícil para una joven en una condición tan delicada.

- Oh, lo estoy llevando bien. Sólo vomito una vez en la mañana y luego estoy bien el resto del día.

El jurado rió. Una amigable y comprensiva risa de apoyo. Dios ayúdame, pensó Verily.

- ¿Hace cuánto tiempo que sabe que va a tener un bebé?

- Hace bastante -dijo ella.

Verily alzó una ceja.

- Bueno, ésa es una respuesta bastante vaga. Pero antes de que oiga mi próxima pregunta, sólo quiero recordarle que podemos traer aquí a su madre y a su padre si es necesario, para establecer la fecha exacta en que comenzó el embarazo.

- Bueno, no les conté hasta hace sólo unos pocos días -dijo Amy-. Pero he estado embarazada por...

Verily alzó su mano para silenciarla, y agitó la cabeza.

- Tenga cuidado, Señorita Sump. Si lo piensa un instante, se dará cuenta de que su madre ciertamente y su padre probablemente saben que usted no puede haber estado embarazada por más de unas cuantas semanas.

Amy lo miró confundida un buen rato. Entonces la luz de la comprensión iluminó su rostro. Finalmente lo entendió: su madre sabría, al lavar la ropa, cuándo había menstruado por última vez. Y no había sido meses y meses atrás.

- Como iba a decir hace un momento, quedé embarazada el mes pasado. En algún momento del mes pasado.

- ¿Y está segura de que Alvin es el padre?

Asintió. Pero no era tonta. Verily sabía que estaba haciendo los cálculos en su cabeza. Obviamente había contado con ser capaz de mentir y decir que había estado embarazada por meses, desde antes de que Alvin dejara Vigor; cuando el bebé naciera, podría decir que había tardado tanto porque era el hijo de un Hacedor, o alguna tontería por el estilo. Pero ahora tendría que inventar una mentira mejor.

O una que hubiera estado planeando todo ese tiempo. Eso, también, era posible.

- Por supuesto que lo es -dijo Amy-. Incluso ahora viene a visitarme por las noches. Está realmente emocionado por el bebé.

- ¿A qué se refiere con "incluso ahora"? -preguntó Verily-. Sabe que está en la cárcel.

- Oh, vamos -dijo Amy-. ¿Qué es la cárcel para un hombre como él?

Una vez más, Verily comprendió que Webster había estado jugando con él. Todo el mundo sabía que Alvin tenía poderes ocultos. Sabían que trabajaba con la piedra y el hierro. Sabían que podía abandonar la prisión siempre que quisiera.

- Su Señoría -dijo Verily-, me reservo el derecho de volver a llamar a este testigo para un contraexamen más extenso.

- Objeción -dijo Daniel Webster-. Si llama nuevamente a la Señorita Sump, será su testigo, y por tanto no será un contraexamen, ni una testigo hostil.

- Necesito asentar las bases para un interrogatorio más extenso -dijo Verily.

- Asíéntelas todo lo que quiera -dijo el juez-. Tendrá cierta libertad, pero no será un contraexamen. La testigo puede retirarse, pero no abandone Río Hatrack, por favor.

Webster se levantó de nuevo.

- Su Señoría, quisiera reformular algunas preguntas.

- Oh, desde luego. Señorita Sump, ruego me disculpe. Por favor permanezca sentada y recuerde que aún se encuentra bajo juramento.

Webster se reclinó en su silla.

- Señorita Sump, dice usted que Alvin la visita en la noche. ¿Cómo lo hace?

- Se desliza fuera de su celda y a través de las paredes de la cárcel y luego corre como un Piel Roja, lleno del... el... Canto Rojo, y así llega a Iglesia de Vigor en una sola hora y sin siquiera cansarse. ¡No, ni siquiera se cansa! -rió simplonamente.

Canto Rojo. Verily ya había tenido bastantes conversaciones con Alvin entonces como para saber que hablaba del Canto Verde, y si Alvin realmente hubiera intimado un poco con aquella chica, ella lo sabría. Estaba recordando cosas que había oído en sus lecciones meses y meses antes en Iglesia de Vigor, cuando acudía a clases junto a otros que trataban de aprender a convertirse en Hacedores. Eso era todo lo que era... los inventos de una niña combinados con retazos de cosas que había aprendido sobre Alvin. Pero podría hacer que lo separaran del arado de oro, y tal vez más importante, podría enviarlo a la cárcel y destruir su reputación para siempre. Esto no era una mentirita inocente, y pese a todas sus pretensiones de amar a Alvin, Amy sabía exactamente lo que le estaba haciendo.

- ¿La visita cada noche?

- Oh, no puede hacer eso. Sólo un par de veces a la semana.

Webster había terminado con ella, pero ahora Verily tenía algunas preguntas más.

- Señorita Sump, ¿dónde la visita Alvin?

- En Iglesia de Vigor.

- Usted es sólo una niña, Señorita Sump, y vive con sus padres. Presumiblemente es usted supervisada por ellos. Así que mi pregunta es bastante específica... ¿dónde se encuentra usted cuando Alvin la visita?

Se puso nerviosa por un momento.

- En diferentes lugares.

- ¿Sus padres le permiten salir sin compañía?

- No, quiero decir... siempre empezamos en casa. Tarde en la noche. Todos están dormidos.

- ¿Tiene usted una habitación propia?

- Bueno, no. Mis hermanas duermen en la misma pieza conmigo.

- ¿Entonces dónde se reúne con Alvin?

- En el bosque.

- ¿Así que engaña a sus padres y se escabulle en el bosque de noche?

La palabra "engaña" fue como una bandera roja para ella.

- ¡Yo no engaño a nadie! -dijo, algo acalorada.

- O sea que ellos saben que usted va al bosque sola a encontrarse con Alvin.

- No. Quiero decir... Sé que me lo impedirían, y se trata de verdadero amor, así que no ando a escondidas, porque Papá pone la barra en la puerta y me oiría así que... durante la feria del condado pude escabullirme y...

- La feria del condado fue a plena luz del día, no en la noche -dijo Verily, esperando que fuera cierto.

- ¡Eso es discutible! -gritó Webster. Pero su interrupción sólo sirvió para poner más nerviosa a la muchacha.

- Si esto sucede un par de veces a la semana, Señorita Sump, seguramente no depende usted de la feria del condado para conseguir oportunidades, ¿verdad? -preguntó Verily.

- No, ésa fue sólo una vez, una sola. Las otras veces...

Verily esperó, rehusando facilitarle las cosas llenando con palabras su largo silencio. Que el jurado la vea inventando cosas en el camino.

- Viene a mi habitación, en silencio. A través de las paredes. Y luego me lleva afuera de la misma forma, en silencio, a través de la pared. Y después corremos con el Canto Rojo al sitio donde me entrega su amor a la luz de la luna.

- Debe ser una experiencia maravillosa -dijo Verily-. Que su amante aparezca a los pies de su cama y la levante en brazos y la cargue a través de las paredes y la lleve silenciosamente a través de millas y millas en un instante hasta un idílico refugio donde se abrazan apasionadamente a la luz de la luna. Está usando su camisón. ¿No hace frío?

- A veces, pero él puede calentar el aire a mi alrededor.

- ¿Y qué pasa cuando no hay luna? ¿Cómo puede ver?

- Él... hace luz. Siempre podemos ver.

- Un amante que puede hacer las cosas más milagrosas. Suena bastante romántico, ¿verdad?

- Sí, lo es, muy muy romántico -dijo Amy.

- Como un sueño -dijo Verily.

- Sí, como un sueño.

- ¡Objeción! -chilló Webster-. ¡La testigo es una niña y no entiende el modo en que el abogado defensor puede malinterpretar su inocente comparación!

Amy ahora estaba bastante confundida.

- ¿Qué dije? -preguntó.

- Déjeme preguntarlo muy claramente -dijo Verily Cooper-. Señorita Sump, ¿no es posible que sus memorias de Alvin provinieran de un sueño? ¿Que hubiera soñado todo esto, al estar enamorada de un fornido y fascinante joven demasiado mayor para corresponderla o incluso notar su presencia?

Ahora entendió la objeción de Webster, y su mirada se volvió fría. Lo sabe, pensó Verily. Sabe que está mintiendo, no es víctima de su imaginación, sabe exactamente lo que está haciendo y me odia por confundirla, aunque sólo sea un poco.

- Mi bebé no es un sueño, señor -dijo-. Nunca oí de un sueño que pusiera un bebé en la barriga de una niña.

- No, tampoco yo he oído de un sueño así -dijo Verily-. Oh, por cierto, ¿hace cuánto fue la feria del condado?

- Hace tres semanas -dijo ella.

- ¿Fue allí con su familia?

Webster interrumpió, demandando que explicara la relevancia de ello.

- Nombró la feria del condado como una instancia específica de encuentro con Alvin –explicó Verily, cuando el juez se lo preguntó. El juez le dijo que prosiguiera-. Señorita Sump –dijo Verily-, dígame cómo se las arregló para encontrarse con Alvin en la feria. ¿Habían acordado antes reunirse allí?

- No, fue... él sólo apareció allí.

- A plena luz del día. ¿Y nadie lo reconoció?

- Nadie lo vio además de mí. Eso es un hecho. Es... una cosa que él puede hacer.

- Sí, estamos empezando a darnos cuenta de que cuando se trata de pasar el tiempo con usted, Alvin Smith puede hacer, y hará, las cosas más asombrosas y milagrosas –dijo Verily.

Webster protestó, Verily se disculpó, y continuaron. Pero Verily sospechaba que estaba sobre la pista. La forma en la que Amy construía su historia de una manera tan convincente era añadiendo detalles. Cuando hablaba de cosas que no habían sucedido, los detalles eran todo belleza y ensoñación... pero no los estaba inventando simplemente, estaba claro que realmente había tenido aquellos sueños, o al menos había soñado despierta. Hablaba de memoria.

Pero debe haber otra memoria en su mente... la memoria del tiempo que pasó con el hombre que era el verdadero padre del niño que llevaba en su vientre. Y la corazonada de Verily era que su mención de la feria del condado, que no encajaba para nada con el patrón que había establecido para sus asignaciones nocturnas con Alvin, estaba relacionado con ese encuentro real. Si pudiera hacerla profundizar en ese recuerdo...

- Así que sólo usted pudo verlo. Supongo que entonces se fue con él. ¿Puedo preguntarle a dónde?

- Bajo la lona de la carpa de los fenómenos. Detrás de la mujer gorda.

- Detrás de la mujer gorda –dijo Verily-. Un lugar privado. ¿Pero... por qué allí? ¿Por qué no la cargó Alvin y se internaron en el bosque? ¿Hacia alguna aislada pradera junto a un arroyo cristalino? No puedo imaginar que fuera muy cómodo para usted... sobre la paja, tal vez, o en el duro suelo, en la oscuridad.

- Así era como Alvin quería –dijo ella-. No sé por qué.

- ¿Y cuánto tiempo pasaron detrás de la mujer gorda?

- Como cinco minutos.

Verily alzó una ceja.

- ¿Por qué tanto apuro? –Entonces, antes de que Webster pudiera protestar, se zambulló en la siguiente pregunta-: ¿Entonces Alvin escapó de la prisión de Río Hatrack a plena luz del día, viajó todo el camino hasta Iglesia de Vigor al otro extremo del estado del Wobbish, para pasar cinco minutos con usted detrás de la mujer gorda?

Webster habló de nuevo.

- ¿Cómo podemos esperar que esta joven muchachita entienda las motivaciones del acusado para llevar a cabo cualquier bizarro acto que se le ocurra?

- ¿Fue eso una objeción? –preguntó el juez.

- No tiene importancia –dijo Verily-. He terminado con ella por ahora.

Y esta vez dejó deslizarse algo de desprecio en su voz. Que el jurado viera que ya no tenía ningún respeto por esta niña. No había destruido su testimonio, pero había sentado las bases de la duda.

Eran las tres de la tarde. El juez levantó la sesión por el día.

Alvin y Verily cenaron juntos en la celda esa noche, conversando sobre lo que podía pasar al día siguiente, y lo que tenía que ocurrir para que fuera absuelto.

- Realmente no han demostrado nada sobre Pacífico -dijo Verily-. Todo lo que están haciendo es probar que eres un mentiroso en general, y luego esperan que el jurado piense que eso elimina cualquier posible duda sobre ti y el arado. Lo peor es que en cada paso del proceso, Webster y Laws me han tocado como una flauta. Me atraparon, introduje una idea que esperaban que yo usara en mi contraexamen, ¡y presto! Todo listo para que el siguiente testigo irrelevante haga mella en tu carácter.

- Así que conocen los trucos legales de las cortes americanas mejor que tú -dijo Alvin-. Tú conoces la ley. Tú sabes cómo encajan las cosas.

- ¿No lo ves, Alvin? A Webster no le importa si eres declarado culpable o no... lo que le encanta son las historias que los periódicos están escribiendo sobre este caso. Ensuciando tu reputación. Nunca te recuperarás de eso.

- "Nunca" es mucho tiempo -dijo Alvin.

- Las historias como ésta no desaparecen. Incluso si nos las arreglamos para dar con el hombre que la dejó embarazada...

- Yo sé quién fue -dijo Alvin.

- ¿Qué? ¿Cómo puedes...?

- Matt Thatcher. Es un par de años más joven que yo, pero todos lo conocíamos en Vigor. Siempre fue un canalla de primera, y cuando volví allá el año pasado chachareaba todo el tiempo sobre cómo no había chica que se le resistiera. Cada poco tiempo alguien le daba una paliza por algo que había dicho sobre su hermana. Pero después de la feria del condado del año pasado, estuvo hablando sobre cómo les había clavado la estaca a cinco chicas distintas, en la carpa de los fenómenos, tras la mujer gorda.

- ¿Pero eso fue hace más de un año?

- Un tipo como Matt Thatcher no es muy imaginativo, Verily. Si encuentra un sitio que sirve bien a sus propósitos, volverá allí mismo. Para lo que valga, sin embargo, nunca nombró a ninguna de las muchachas que con las que supuestamente estuvo el año pasado, así que todos supusimos que sólo había encontrado el sitio y le gustaría conseguir una chica que lo acompañara. Supongo que este año finalmente tuvo éxito.

Verily se reclinó en su asiento, bebiendo la sidra tibia de su tazón.

- Lo que me preocupa es que Webster debe haber estado con Amy Sump cuando visitó Iglesia de Vigor mucho antes de que yo llegara aquí. Antes de la feria del condado, también. No debe haber estado embarazada cuando la conoció.

Alvin sonrió y asintió.

- Puedo imaginarlo diciéndole a los padres de Amy, "Bien, es bueno que no esté embarazada. Pero si lo estuviera, los días de vagabundo de Alvin estarían acabados". Y ella lo escucha y va y se deja embarazar por el chico más voluntarioso y estúpido del condado.

Verily rió.

- ¡imita su voz muy bien, señor!

- Oh, soy bueno imitando. Desearía que hubieras oído a Arturo Estuardo en los viejos tiempos. Antes...

- ¿Antes?

- Antes de que lo cambiara para que los Rastreadores no pudieran identificarlo.
- Así que no cambiaste simplemente el sello. Cambiaste al niño mismo.
- Lo hice un poquito menos Arturo y un poquito más Alvin. No es algo que me alegre. Perdí el modo en que el muchacho podía sonar como cualquiera. Incluso como un petirrojo. Solía cantarle al petirrojo.
- ¿No puedes volver a cambiarlo? Ahora que tiene la decisión oficial de la corte, no podrá ser llevado a la corte nunca más.
- ¿Volver a cambiarlo? No lo sé. Fue bastante difícil cambiarlo la primera vez. Y no creo que recuerde lo bastante bien cómo solía ser antes.
- El sello tiene el modo en que era antes, ¿no?
- Pero no tengo el sello.
- Interesante problema. A Arturo no parece importarle el cambio, sin embargo, ¿no es cierto?
- Arturo es un muchacho dulce, pero lo que ahora no le importa puede muy bien llegar a importarle más tarde, cuando sea lo bastante mayor para entender lo que le hice -Alvin estaba dando golpecitos en el plato. Sus pensamientos claramente volvían al juicio una y otra vez-. Tengo que advertirte, las cosas sólo empeorarán mañana, Verily.
- ¿Cómo así?
- No lo comprendí hasta ahora, hasta que Amy habló de mí escabulléndome de prisión y todo eso. Pero ahora sé cuál es el plan. Vilate Franker vino aquí cubierta de hechizos, me hizo acercarme a ella lo suficiente para que el mismo hechizo funcionara conmigo, también... un hechizo para hacer la vista gorda, y uno realmente bueno. Entonces entró Billy Hunter, uno de los asistentes, y cuando miró en la celda, no vio a nadie. Salió corriendo y llamó al sheriff, y cuando regresó, Vilate se había ido, pero yo estaba en la celda, y les dije que no había ido a ninguna parte, pero Billy Hunter sabe lo que vio -o lo que no vio- y van a llevarlo a la corte, y a Vilate también. A Vilate también.
- Así que tendrán un testigo que corrobore que de hecho has dejado tu celda durante tu encarcelamiento aquí.
- Y Vilate es capaz de decir cualquier cosa. Es una notoria chismosa. Goody Trader la odia de plano, y lo mismo Horace Guester. También piensa en sí misma como una belleza, aunque esos hechizos en particular ya no funcionarán conmigo. De cualquier modo, Arturo Estuardo la vio...
- Yo estaba aquí cuando Arturo Estuardo te habló de ella. Sobre la salamandra.
- Ésa no es una salamandra normal, verily. Es el Deshacedor. Me he topado antes con él. Solía acercarse a mí directamente. Un estremecimiento en el aire, y allí estaba. Tratando de poseerme, de dominarme. Pero yo lo evitaba, haciendo algo -una cesta de hierba-, y él se iba. Actualmente me dedico a inventar alguna rima tonta o una cancioncilla que me aprendo de memoria para mantenerlo a raya. Pero ésta es la cosa... el Deshacedor tiene la capacidad de ser diferentes cosas para diferentes personas. Había un ministro en Iglesia de Vigor, el Reverendo Philadelphia Thrower; él veía al Deshacedor como un ángel, sólo que era una especie de ángel terrible, y a la vez... bueno, no importa. Armadura de Dios lo vio, no yo. Con Vilate Franker el Deshacedor tiene a esa salamandra haciendo alguna especie de encantamiento que hace que ella vea... a alguien. Alguien que le habla y le dice cosas. Pero alguien está pronunciando realmente las palabras del Deshacedor. Sabes lo que vio Arturo Estuardo. La vieja Peg

Guester, la mujer que fue la única madre que conoció. El Deshacedor aparece como alguien en quien puedes confiar, alguien que cumple tus sueños más sinceros, pero en el proceso lo pervierte todo de tal manera que sin darte cuenta, empiezas a destruirlo todo y a todos a tu alrededor. Todo esto... No tienes que mirar a Webster para descubrir la conspiración. El Deshacedor es toda la conexión que necesitan. Poner juntos a Amy Sump, Vilate Franker, Pacífico Smith, Daniel Webster... Ninguno de ellos cree que está haciendo nada tan malo. Amy probablemente cree que realmente me ama. Tal vez Vilate también. Pacífico probablemente se haya convencido a sí mismo de que el arado realmente le pertenece. Daniel Webster probablemente cree que soy un canalla de verdad. Pero...

- Pero el Deshacedor hace que todo funcione junto para deshacerte.

Alvin asintió.

- Alvin, eso no tiene sentido -dijo Verily-. Si el Deshacedor realmente intenta Deshacerlo todo, ¿entonces cómo puede poner en marcha un plan tan elaborado? Eso en cierto modo también es Hacer, ¿no crees?

Alvin se apoyó en el catre y silbó un momento.

- Eso es cierto -dijo.

- ¿Entonces el Deshacedor a veces Hace cosas?

- No -dijo Alvin-. No, el Deshacedor no puede Hacer nada. No puede. Sólo toma lo que ya está ahí en los giros y los dobles y lo rompe. Así que estaba equivocado. El Deshacedor está en toda esta gente, pero si todo forma parte de un plan, entonces hay alguien planeándolo. Una persona.

Verily rió entre dientes.

- Creo que ya sabemos la respuesta -dijo-. Tu especulación sobre Daniel Webster. Él descubre a Amy Sump mientras busca en Iglesia de Vigor cualquier cosa que pueda usar en tu contra. Ella no era parte de ningún plan, sólo una muchacha que empezó a pretender que sus sueños eran reales. Pero entonces él puso en su cabeza la idea de quedar embarazada y la idea de testificar en tu contra para cortarte las alas y mantenerte en casa. Inventa el resto ella sola, su propio plan -el Deshacedor no tiene que enseñarle nada-, y luego Daniel Webster viene a Hatrack y por supuesto que se reúne con la chismosa del pueblo y busca más lodo con el que cubrirte. Vilate Franker apenas te conoce, pero sí sabe la historia de todos los demás, y conversan varias veces. Le menciona como quien no quiere la cosa el hecho de que la historia de Amy Sump sonará como la fantasía de una imaginativa pero nada fiable jovencita a menos que consigan alguna evidencia de que realmente sales de la celda. Y entonces Vilate prepara su propio plan mientras el Deshacedor simplemente se sienta a un lado y la anima.

- Así que todo el plan viene de Daniel Webster, sólo que él ni siquiera lo sabe -dijo Alvin-. Simplemente desea algo, y entonces resulta que su deseo se vuelve realidad.

- No le des demasiado crédito a su integridad -dijo Verity-. Sospecho que es un método que ha estado usando hace mucho tiempo, deseando alguna pieza clave de evidencia, y después confiando en que su cliente o alguno de los amigos de su cliente aparezca con el testimonio que necesita. Nunca se ensucia las manos, pero el efecto es el mismo. Y nunca puede probarse nada...

La puerta externa se abrió, y Po Daggly entró con Peggy Larner.

- Lamento interrumpir la cena y la confabulación, caballeros -dijo el sheriff-, pero ha pasado algo. Tienes un visitante con circunstancias especiales, ha viajado un largo trecho pero sólo puede entrar después de que anochece y yo soy el único guardia que puede dejarlo entrar, además de que ya me hizo sentar y me contó una historia.

Alvin se volvió hacia Verily.

- Eso significa que es alguien de casa. Alguien distinto de Armadura de Dios. Alguien bajo la maldición.

- No estaría bajo ella -dijo Peggy-, si no fuera por su noble gesto de incluirse en una maldición que no se merecía personalmente.

- Mesura -dijo Alvin. A Verily, le explicó:- Mi hermano mayor.

- Aquí viene -dijo el sheriff-. Arturo Estuardo lo está guiando con el sombrero bajo y los ojos mirando al suelo, para que no vea a nadie que no conozca la historia. No quiere pasar toda la noche hablándole a la gente sobre la masacre de Tippy-Canoe. Así que dejaré las puertas abiertas, pero me quedaré afuera, vigilando. No es que piense que tratarás de escapar, Alvin.

- ¿Quiere decir que no cree que haya estado viajando dos veces a la semana a Iglesia de Vigor?

- ¿Por esa niña? No lo creo -con eso, Doggly salió, dejando abierta la puerta exterior.

Peggy entró y se reunió con Alvin y Verily en el interior de la celda. Verily se levantó para ofrecerle el taburete, pero ella declinó la oferta con un gesto.

- Qué tal, Peggy -dijo Alvin.

- Estoy bien, Alvin. ¿Y tú?

- Sabes que nunca hice ninguna de esas cosas que dijo -le dijo.

- Alvin -dijo ella-, sé que la encontrabas atractiva. Ella vio que le prestabas una atención especial. Comenzó a soñar y a desear cosas.

- ¿Dices que es mi culpa después de todo?

- Es su culpa que sus sueños se volvieran mentiras. Es tu culpa que haya tenido sueños sin esperanzas como esos en primer lugar.

- ¿Bueno, por qué no me pego un tiro antes de mirar con deseo a ninguna mujer? Parece que todo se va al infierno cuando lo hago.

Fue como si la hubiera abofeteado. Como siempre, Verily tuvo la desagradable impresión de que se había perdido la mitad de la vida de Alvin. ¿Por qué debería molestarse tanto? No había estado allí, y no tenían la obligación de explicar nada. Aun así, resultaba embarazoso. Se puso en pie.

- Disculpenme, iré afuera para que puedan conversar a solas.

- No es necesario -dijo Peggy-. Estoy segura de que Arturo está por llegar con Mesura.

- No quiere hablar conmigo -le dijo Alvin a Verily-. Tratará de que me absuelvan porque quiere que la Ciudad de Cristal se construya, aunque no puede darme ni una pizca de ayuda para tratar de entender cómo construirla, aun cuando yo no tengo ni idea y ella lo sabe todo. Pero sólo porque quiera que me liberen no significa que yo le agrade o que piense que vale la pena perder el tiempo conmigo.

- No quiero estar en medio de esto -dijo Verily.

- No lo está -dijo Peggy-. No existe ningún "esto" en el que pueda estar en medio.

- Tampoco hubo nunca ningún “esto”, ¿verdad? –preguntó Alvin.

Verily estaba bastante seguro de no haber oído nunca a un hombre sonar tan miserable.

Peggy esperó un momento antes de responder.

- No estoy... hubo y hay un... no tiene nada que ver contigo, Alvin.

- ¿Qué es lo que no tiene nada que ver conmigo? ¿Que yo aún esté loco de amor por ti después de un año entero en que sólo me enviaste una carta, que además te esmeraste en que fuera fría, como si yo fuera alguna especie de rufián con el que todavía tuvieras algo pendiente? ¿Es eso lo que no tiene nada que ver conmigo? Te pedí matrimonio una vez. Sé que las cosas han sido bastante poco hospitalarias desde entonces, el asesinato de tu madre y todo eso, eso fue terrible, y no te presioné, pero te escribí, pensé en ti todo el tiempo, y...

- Y yo pensé en ti, Alvin.

- Sí, bueno, eres una tea, así que sabes cuándo estoy pensando en ti, o lo sabes si te das el trabajo de mirar, ¿pero qué voy a saber yo si no recibo señales de ti? ¿Qué voy a saber aparte de lo que me digas? ¿Aparte de lo que muestra tu rostro? Sé que miré tu rostro aquella noche en la herrería, te miré a los ojos y creí ver amor en ellos, creí verte diciéndome que sí. ¿Me lo inventé? ¿Es ése el “esto” que no existe?

Verily se sentía completamente miserable por ser forzado a ser testigo de esta escena. Había tratado de escapar antes; ahora estaba claro que no querían dejarlo ir. Si tan sólo supiera cómo desaparecer. Cómo hundirse a través del piso.

Fue Arturo quien lo salvó. Arturo, remolcando a Mesura; y, justo como había dicho el sheriff, Mesura llevaba tan calado el sombrero y la cabeza tan inclinada que realmente necesitaba que Arturo Estuardo lo llevara de la mano.

- Aquí estamos –dijo Arturo-. Ya puedes mirar.

Mesura alzó la vista.

- Al –dijo.

- ¡Mesura! –gritó Alvin. Con sólo una zancada de cada uno, aquellos dos hombres patilargos se fundieron en un abrazo.

- Te he extrañado como a mi propia alma –dijo Alvin.

- Yo también te he extrañado, flacuchento pajarraco enjaulado –dijo Mesura. Y en ese momento, Verily sintió tal punzada de celos que pensó que se le rompería el corazón. Se avergonzó del sentimiento tan pronto como fue consciente de él, pero ahí estaba: sentía celos de esa cercanía entre hermanos. Celos porque sabía que nunca estaría tan cerca de Alvin. Siempre sería excluido, y le dolió tanto que por un momento creyó que no podría respirar.

Y entonces respiró, y bloqueó el sentimiento y lo envió a otra parte de sí mismo donde no tuviera que mirarlo a la cara.

En unos minutos se acabaron los saludos, y volvieron al asunto principal.

- Descubrimos que Amy se había marchado y no se necesitó a un genio para que dedujéramos a dónde había ido. Oh, al principio el rumor fue que había quedado embarazada en la feria del condado y enviada a tener el bebé en otra parte, pero todos recordamos las historias que contó sobre Alvin, y Papá y yo fuimos donde su pá y se lo sacamos rápido, que se había ido a testificar a Hatrack. No le gustaba mucho la idea, pero les están pagando y él necesita el dinero y su hija jura que es verdad, pero basta mirarlo para saber que tampoco cree sus mentiras. Y de hecho cuando partíamos va y dice, “Cuando encuentre al

que dejó preñada a mi hija lo voy a matar”. Y Pá dice, “No lo harás”. Y el Sr. Sump dice, “Sí lo haré, porque soy un hombre piadoso, y matarlo es mejor que obligarlo a casarse con Amy”.

Todos se rieron de eso, pero en el fondo sabían que no era gracioso exactamente.

- En tó caso, Eleanor dijo, “La mejor amiga de Amy es esa comadreja, Ramona, y voy a sacarle toda la verdá”.

Alvin se volvió hacia Verily.

- Eleanor es nuestra hermana, la esposa de Armadura de Dios.

Otro recordatorio de que él no formaba parte de ese círculo. Pero también un recordatorio de que Alvin pensaba en él y quería incluirlo.

- Así que Eleanor agarra a Ramona y la mete en ese hechizo que le hiciste en la tienda, Alvin, el que pone nerviosos a los mentirosos, aunque no creo que fuera necesario. Eleanor le dice, “¿Quién es el padre del bebé de Amy?”, y Ramona responde, “¿Cómo podría saberlo?, sólo que está mintiendo, y finalmente cuando ve que Eleanor no la dejará ir, Ramona dice, “La última vez que dije la verdad sólo sirvió para que Alvin Maker tuviera que huir por las mentiras de Amy, pero ella juró que era cierto, lo juró y por eso le creí pero ahora está diciendo que Alvin la dejó embarazada y yo sé que no es cierto porque se metió a la carpa de los fenómenos con...”.

Alvin le cogió la mano.

- ¿Matt Thatcher?

- Por supuesto -dijo Mesura-. No sé por qué no lo castramos ahí mismo con los cerdos.

- ¿Ella los vio, o es sólo un rumor? -preguntó Verily.

- Los vio y montó guardia mientras se metían bajo la lona, y oyó gritar una vez a Amy y oyó jadear a Matt, y luego cuando terminaron le preguntó a Amy que cómo era y Amy pareció positivamente afligida y le dijo, “Es horrible, y duele”. Ramona no tenía ninguna duda de que Amy era vírgen hasta entonces, así que todos los otros cuentos son mentiras.

- No es competente para testificar sobre la virginidad de Amy -dijo Verily-, pero aún así será de ayuda. Se ocuparía de lo del embarazo y dejaría claro que Amy está mintiendo sobre algo. Duda razonable. ¿Cuánto tiempo nos tomará traerla a Hatrack?

- Ya está aquí -dijo Peggy-. La llevé a la hostería y Horace Guester le está dando de comer.

- Quiero hablar con ella esta noche -dijo Verily-. Esto es bueno. Esto es algo. Y hasta ahora, no teníamos nada.

- Ellos no tienen nada -dijo Peggy-. Y sin embargo...

- Y sin embargo me declararían culpable si votaran ahora mismo, ¿verdad? -preguntó Alvin.

Peggy asintió.

- Creía que te conocían mejor.

- Todo esto también es muy ajeno a las acusaciones de Pacífico -dijo Verily-. Nada de esto habría sido permitido en una corte inglesa.

- La próxima vez que alguien trate de hacerme arrestar por hurto y una muchacha loca diga estar embarazada de mí, me las arreglaré para que me juzguen en Londres -dijo Alvin, sonriendo.

- Buena idea -dijo Verily-. Por otro lado, tenemos una tasa mucho mayor de muchachas locas en Inglaterra.

- Voy a testificar -dijo Peggy.

- No me parece -dijo Alvin.

- No es usted testigo de nada -dijo Verily.

- Ya ha visto cómo son las cosas en esta corte -dijo Peggy-. Puede meterme.

- No servirá de nada -dijo Verily-. Apuntarán al hecho de que usted esté enamorada de Alvin.

Alvin suspiró y se recostó en el catre.

- No, no lo harán -dijo Peggy-. Me conocen.

- También conocen a Alvin -dijo Verily.

- No quiero contradecirlo, señor -dijo Arturo Estuardo-, pero todo el mundo sabe que la Señorita Larner aquí presente es una tea, y todo el mundo sabe que antes de que ella diga una mentira se puede hervir un huevo en una taza de nieve.

- Si testifico, no lo declararán culpable -dijo Peggy.

- No -dijo Alvin-. Te arrastrarán por el lodo. A Webster no le importa ganar el juicio, lo sabes. Sólo quiere destruirme y destruir a todos los que me rodean, porque eso busca la gente que lo contrató.

- Ni siquiera sabemos quiénes son -dijo Verily.

- No sé sus nombres, pero sé quiénes son y qué quieren. A ti el testimonio de Amy te parece un desvío, pero era el testimonio de Amy lo que querían en primer lugar. Y si pudieran conseguir el testimonio de Peggy y yo en la herrería la noche en que se hizo el arado...

- No tengo miedo de sus calumnias -dijo Peggy.

- No son calumnias de lo que estoy hablando, es la pura verdad -dijo Alvin-. Estaba desnudo, estábamos solos en la herrería. No puedo evitar las conclusiones que la gente saque de eso, así que no subirás al estrado y esa historia no saldrá en los periódicos de Cartago y Dekane y quién sabe dónde más. Lo haremos de otra manera.

- Ramona será una ayuda -dijo Verily.

- No, Ramona tampoco -dijo Alvin-. No es bueno hacer que un amigo traicione a otro por mi bien.

Los otros quedaron asombrados.

- ¡Tienes que estar bromeando! -gritó Mesura-. ¿Después de que la traje desde Vigor hasta aquí? Y ella quiere testificar.

- Estoy seguro de que sí -dijo Alvin-. Pero una vez que los periódicos se hayan cansado de destruir a Amy, ¿cómo se sentirá Ramona? Recordará siempre que traicionó a una amiga: eso es duro. Le hará daño. ¿No, Peggy?

- ¿Oh, realmente quieres mi consejo para algo?

- Quiero la verdad. He estado diciendo la verdad, y tú también, así que sólo dila.

- Sí -dijo Peggy-. Le hará mucho daño a Ramona testificar contra Amy.

- Así que no lo haremos -dijo Alvin-. Ni quiero ver humillada a Vilate porque le obliguen a quitarse los hechizos. Ella le da mucha importancia a que piensen que es hermosa.

- Alvin -dijo Verily-, sé que eres un buen hombre, y más sabio que yo, ipero seguramente puedes entender que no puedes dejar que la cortesía hacia unos cuantos individuos destruya todo aquello para lo que fuiste puesto en esta tierra!

Los demás estuvieron de acuerdo.

Alvin pareció más miserable que cualquier hombre que hubiera visto Verily, y Verily había visto hombres condenados a la horca o a la hoguera.

- Entonces no entiendes -dijo Alvin-. Es verdad que a veces la gente tiene que sufrir para que ocurra algo bueno. Pero cuando está en mi poder evitarles el sufrimiento, y soportarlo yo mismo, bueno, eso es parte de mi tarea. Eso también es Hacer. Si está dentro de mis capacidades, si está en mi poder, entonces lo soporto. ¿No lo ves?

- No -dijo Peggy-. No está en tu poder.

- ¿Es esa la honesta tea, hablando?¿O mi amiga?

Ella dudó sólo un instante.

- Tu amiga. Este pasaje de tu corazón está muy oscuro para mí.

- Lo imaginé. Y creo que la razón es porque tengo que Hacer algo. Tengo que Hacer algo que nunca antes ha sido hecho, Hacer algo nuevo. Si lo hago, entonces puedo continuar. Si no, entonces voy a la cárcel y mi camino por la vida toma otro curso.

- ¿Irías a la cárcel? -preguntó Arturo Estuardo-. ¿Realmente te quedarías en prisión por años y años?

Alvin se encogió de hombros.

- Hay hechizos que no puedo deshacer. Creo que si me declararan culpable, se ocuparían de encerrarme con algo así. Pero aun si pudiera escapar, ¿qué importaría? No podría hacer mi trabajo aquí, en América. Y no sé si podría hacer mi trabajo en ningún otro lugar. Si existe una razón para que yo esté vivo, entonces existe una razón por la que nací aquí y no en Inglaterra o Rusia o China o donde sea. Aquí es donde mi trabajo debe hacerse.

- ¿Entonces estás diciendo que no puedo usar a los dos mejores testigos para defenderte? -preguntó Verily.

- Mi mejor testigo es la verdad. Alguien dirá la verdad, eso es seguro. Pero no será la Señorita Larner, y no será Ramona.

Peggy se inclinó hacia delante y miró a Alvin a los ojos. Sus caras no estaban ni a veinte centímetros de distancia.

- ¿Alvin Smith, miserable muchacho, te di mi juventud, para mantenerte a salvo del Deshacedor, y ahora me dices que tengo que apartarme y quedarme mirando como tiras todo ese sacrificio a la basura?

- Ya te pregunté una vez por todo el resto de tu vida -dijo Alvin-. ¿Para qué quiero tu ruina? Perdiste tu infancia por mí. Perdiste a tu madre por mí. No pierdas nada más. Lo hubiera tomado todo, sí, y te lo hubiera dado todo, también, pero no tomaré menos porque no puedo dar menos. No tomarás nada de mí, así que no tomaré nada de ti. Si eso no tiene sentido para ti, entonces no eres tan lista como pareces, Señorita Larner.

- ¿Por qué esos dos no se casan de una vez y hacen bebés? -dijo Arturo Estuardo-. Lo dijo pá.

Con el rostro pétreo, Peggy se apartó de ellos.

- Tiene que ser a tu manera, ¿verdad, Alvin? Todo a tu manera.

- ¿Mi manera? -dijo Alvin-. No es mi manera decirte estas cosas delante de otros, aunque al menos son mis amigos y no extraños los que tienen que oírlos. La amo, Señorita Larner. Te amo, Margaret. No te quiero en esa sala, te quiero en mis brazos, en mi vida, en todos mis sueños y trabajos por todo el tiempo que me quede.

Peggy se apoyó contra los barrotes de la cárcel, dando la espalda a los otros.

Arturo Estuardo salió de la celda y la rodeó para mirarla inocentemente a la cara.

- ¿Por qué no se casa con él en vez de llorar así? ¿No lo ama? Usted es muy bella y él es bastante guapo. ¡Tendrían niños preciosos, maldita sea! Pá dijo eso.

- Shh, Arturo Estuardo -dijo Mesura.

Peggy se deslizó hasta quedar de rodillas, y entonces sacó los brazos entre los barrotes y tomó las manos de Arturo Estuardo:

- No puedo, Arturo Estuardo -dijo-. Mi madre murió porque yo amaba a Alvin, ¿no lo ves? Cada vez que pienso en estar con él, eso me hace sentir enferma y... culpable... y furiosa y...

- Mi mamá también está muerta, sabe -dijo Arturo Estuardo-. Mi mamá negra y mi mamá blanca, las dos. Las dos se murieron para salvarme de la esclavitud. Pienso en eso todo el tiempo, en que si yo no hubiera nacido ellas dos todavía estarían vivas.

Peggy sacudió la cabeza.

- Sé que piensas eso, Arturo, pero no debes. Ellas quieren que seas feliz.

- Ya lo sé -dijo Arturo Estuardo-. No soy tan listo como usted, pero eso lo sé. Así que hago lo mejor que puedo para ser feliz. También soy feliz la mayor parte del tiempo. ¿Por qué usted no puede hacer eso?

Alvin susurró un eco de sus palabras.

- ¿Por qué no puedes hacerlo, Margaret?

Peggy alzó la barbilla, y miró a su alrededor.

- ¿Qué estoy haciendo en el suelo como una idiota? -se puso en pie-. Ya que no aceptarás mi ayuda, Alvin Smith, tengo cosas que hacer. Hay una guerra en el futuro, una guerra por la esclavitud, y un millón de niños morirá, en América y en las Colonias de la Corona e incluso en Nueva Inglaterra antes de que termine. Mi trabajo es asegurarme de que esos niños no mueran en vano, asegurarme de que cuando termine, los esclavos sean libres. Por eso murió mi madre, para liberar a un esclavo. Yo no voy a elegir sólo a uno, voy a salvarlos a todos, si puedo -miró fieramente a los hombres que la observaban con los ojos muy abiertos-. He hecho mi último sacrificio por Alvin Smith... ya no necesita mi ayuda.

Con esas palabras, salió rápidamente por la puerta externa.

- Sí la necesito -murmuró Alvin, pero ella no lo escuchó, y después ya se había ido.

- Qué impresionante -dijo Mesura-. Te digo, Alvin, ¿por qué no te enamoras de una tormenta de rayos? ¿Por qué no vas y te declaras a un huracán?

- Ya lo hice -dijo Alvin.

Verily caminó hasta la puerta de la celda.

- Voy a entrevistar a Ramona esta noche en caso de que cambies de opinión, Alvin -dijo.

- No lo haré -dijo Alvin.

- Estoy bastante seguro de ello, pero aparte de eso no hay nada más que pueda hacer -pensó si convendría decir lo que estaba pensando, y decidió que daba lo mismo. ¿Qué tenía que perder? Alvin iba a terminar en prisión. Y el viaje de Verily a América iba a demostrar haber sido en vano-. Debo decirte que creo que la Señorita Lerner y tú encajan perfectamente. Ustedes dos deben tener reunida más del setenta por ciento de toda la estúpida testarudez del mundo.

Fue el turno de Verily de dirigirse a la puerta externa. Tras él, mientras salía, oyó a Alvin decirle a Mesura y Arturo:

- Ése es mi abogado.

No estaba seguro de si Alvin había hablado con orgullo o en tono de burla. De cualquier modo, sólo hizo más grande su desesperación.

El testimonio de Billy Hunter fue bastante dañino. Era obvio que Alvin le caía bastante bien y que no tenía ningún deseo de hacerle parecer malo. Pero no podía cambiar lo que había visto y tuvo que decir la verdad... había mirado en la celda y no había ningún sitio donde Alvin y Vilate pudieran haberse escondido.

El contraexamen de Verily consistió solamente en dejar claro que cuando Vilate entró en la prisión, Alvin definitivamente estaba allí, y que el pastel que dejó al irse estaba bastante bueno.

- ¿Alvin no lo quiso? -preguntó Verily.

- No, señor. Él dijo... dijo que se lo había medio prometido a una hormiga.

Algunas risas.

- Pero le permitió llevárselo igualmente -dijo Verily.

- Sí, supongo que sí.

- ¡Bueno, creo que eso demuestra que Alvin es poco confiable, realmente, si no puede mantener su palabra con una hormiga!

Hubo algunas risas como respuesta al intento de humorada de Verily, pero eso no hizo nada por mejorar el hecho de que la fiscalía había penetrado en la credibilidad de Alvin, y bastante profundamente.

Entonces fue el turno de Vilate. Marty Laws preparó el terreno, y luego llegó al punto clave.

- ¿Cuándo el Sr. Hunter miró en la habitación y no pudo verla ni a usted ni a Alvin, dónde estaba usted?

Vilate dio un gran espectáculo y mostró reluctancia a contar su historia. Verily se sintió aliviado, sin embargo, de ver que no era tan buena actriz como Amy Sump, tal vez porque Amy medio creía sus propias fantasías, mientras que Vilate... bueno, no era una colegiala, y sus fantasías no eran de amor.

- Nunca debería haber dejado que me convenciera, pero... He estado sola demasiado tiempo.

- Sólo responda a la pregunta, por favor -solicitó Laws.

- Me llevó a través de la pared de la cárcel. Pasamos a través de la pared. Sostuve su mano.

- ¿Y adónde fueron?

- Raudos como el viento fuimos... sentí como si voláramos. Por un rato corrí a su lado, tomando la fuerza de su mano mientras él sostenía la mía conduciéndome; pero luego fue demasiado para mí, y me desmayé y no pude

continuar. Él lo sintió a su manera y me tomó en brazos. Yo estaba medio inconciente.

- ¿Adónde fueron?

- A un lugar donde nunca había estado.

Hubo algunas risas entre dientes después de eso, que parecieron ponerla un poco nerviosa. Aparentemente no estaba consciente del doble sentido de sus palabras... o quizás era mejor actriz de lo que pensaba Verily.

- Junto a un lago... No uno grande, creo... Podía ver la otra orilla. Había cisnes sobrevolando las aguas, pero sobre la hierba de la orilla en la que nos... recostamos... éramos los únicos seres vivos. Este hermoso joven y yo. Estaba tan lleno de promesas y habló de amor y...

- ¿Podríamos decir que tomó ventaja de usted? -preguntó Marty.

- Su Señoría, está sugiriendo a la testigo.

- No tomó ventaja de mí -dijo Vilate-. Fui partícipe voluntaria de todo lo que pasó. El hecho de que ahora me arrepienta no cambia el hecho de que no me forzó de ninguna manera. Por supuesto, si hubiera sabido cómo le había dicho las mismas cosas, hecho las mismas cosas a esa muchacha de Iglesia de Vigor...

- Su Señoría, ella no tiene conocimiento personal de...

- Sostenida -dijo el juez-. Por favor limite sus respuestas a las preguntas planteadas.

Verily tuvo que admirar su habilidad. Se las arregló para sonar como si estuviera defendiendo a Alvin en vez de tratando de destruirlo. Como si lo amara.

16

Verdad

Cuando le llegó a Verily el turno de interrogar a Vilate, se sentó por un momento contemplándola. Era la viva imagen de la confianza satisfecha, la cabeza sólo ligeramente ladeada hacia la izquierda, como si sintiera cierta –pero no mucha– curiosidad por escuchar lo que tenía que preguntarle.

- Señorita Franker, me pregunto si puede decirme... ¿cuando pasó a través del muro de la cárcel, cómo subió hasta el nivel del suelo?

Pareció momentáneamente confundida.

- ¿Oh, la prisión está bajo tierra? Bueno, supongo que cuando atravesamos la pared, nosotros... no, claro que no. La prisión está en el segundo piso de la casa de tribunales, y está como a tres metros del suelo. Eso fue descortés de su parte, intentar engañarme.

- Mi pregunta sigue en pie –dijo Verily-. Debe haber sido una caída bastante buena, salir del muro hacia la nada.

- Lo hicimos con suavidad. Nosotros... flotamos hasta el suelo. Fue parte de la extraordinaria experiencia. Si hubiera sabido que quería tantos detalles, lo hubiera dicho desde el principio.

- Así que Alvin... flota.

- Es un joven notable.

- Me lo imagino –dijo Verily-. De hecho, uno de sus extraordinarios talentos es su habilidad de ver a través de los hechizos de ilusión. ¿Lo sabía?

- No, yo... no –parecía desconcertada.

- Por ejemplo, él ve a través del hechizo que usted emplea para que la gente no vea el pequeño truco que hace con sus dientes falsos. ¿Lo sabía?

- ¡Truco! –se sentía mortificada-. ¡Dientes falsos! ¡Qué cosas tan horribles dice!

- ¿Tiene o no tiene usted dientes falsos?

Marty Laws se puso en pie.

- Su Señoría, no veo qué relevancia tienen los dientes falsos en el caso que nos ocupa.

- Sr. Cooper, sí parece un poco ajeno al asunto –dijo el juez.

- Su Señoría ha permitido a la fiscalía dar un rodeo bastante grande en su intento de impugnar la veracidad de mi cliente. Creo que la defensa tiene derecho a tomar el mismo desvío para impugnar la veracidad de aquéllos que afirman que mi cliente es un embustero.

- ¿Los dientes falsos son algo un poco personal, no le parece? -preguntó el juez.

- ¿Y acusar a mi cliente de seducirla no lo es? -preguntó Verily.

El juez sonrió.

- Objeción denegada. Creo que la fiscalía abrió la puerta lo bastante para tales preguntas.

Verily se volvió hacia Vilate.

- ¿Tiene usted dientes falsos, Señorita Franker?

- ¡No! -dijo ella.

- Está bajo juramento -dijo Verily-. Por ejemplo, no jugueteó con su placa superior en dirección a Alvin cuando dijo que era un hermoso joven?

- ¿Cómo puedo jugar con una placa superior que no tengo? -dijo ella.

- Puesto que ése es su testimonio, Señorita Franker, ¿estaría dispuesta a aparecer en la corte sin esos cuatro amuletos que está portando, y sin el chal en el que están cosidos los hechizos?

- No tengo por qué sentarme aquí y...

Alvin se inclinó hacia delante y tiró de los faldones de Verily. Verily quería ignorarlo, porque sabía que Alvin iba a prohibirle continuar con aquello. Pero no había forma de pretender que no había notado un movimiento tan evidente que toda la corte lo había visto. Se volvió hacia Alvin, ignorando las protestas de Vilate, y dejó que Alvin le susurrara al oído.

- Verily, sabes que no quería...

- Mi deber es defenderte lo mejor que pueda...

- Verily, pregúntale sobre la salamandra en su bolso de mano. Sácala a la luz si puedes.

Verily estaba sorprendido.

- ¿Una salamandra? ¿Pero de qué servirá eso?

- Sólo haz que la saque -dijo Alvin-. Sobre una mesa, a la vista. No huirá. Aun con el Deshacedor poseyéndolas, las salamandras siguen siendo estúpidas. Ya lo verás.

Verily volvió a encarar a la testigo.

- Señorita Franker, ¿sería tan amable de mostrarnos el lagarto que hay en su bolso?

Alvin tiró otra vez de su chaqueta. Con la boca al oído, murmuró:

- Las salamandras no son lagartos. Son anfibios, no reptiles.

- Discúlpeme, Señorita Franker. No un lagarto. Un anfibio. Una salamandra.

- No tengo tal...

- Su Señoría, por favor advierta a la testigo sobre las consecuencias de mentir bajo...

- Si hay tal criatura en mi bolso, no tengo la más mínima idea de quién la puso o cómo llegó ahí -dijo Vilate.

- ¿Entonces no protestará si el alguacil revisa su bolso y extrae cualquier criatura anfibia que pudiera encontrar?

Sobreponiéndose a su incertidumbre, Verily replicó:

- No, claro que no.
- Su Señoría, ¿a quién estamos juzgando aquí? –preguntó Marty Laws.
- Creo que el punto es la veracidad –dijo el juez-, y encuentro fascinante este ejercicio. A usted lo hemos visto traer un escándalo. Ahora estoy interesado en ver un anfibio.

El alguacil buscó en el bolso, y de repente lanzó un grito y saltó hacia atrás.

- ¡Perdóneme, Su Señoría, está en mi manga! –dijo, tratando de mantener la compostura mientras se retorció y bailaba alrededor.

Con un ostentoso movimiento, Verily barrió los papeles de la mesa de la defensa y la empujó hasta el medio de la sala.

- Cuando agarre a nuestro pequeño amigo –dijo-, póngalo aquí, por favor.

Alvin se reclinó en su silla, con las piernas extendidas, los tobillos cruzados, luciendo a todo el mundo como un político que acabara de ganar una elección. Bajo su silla, el arado yacía inmóvil en su saco.

Única entre toda la gente de la corte, Vilate no prestaba atención a lo que sucedía con la salamandra. Simplemente se quedó sentada como en un trance; pero no, no era eso. No, se quedó sentada como si estuviera en una velada donde se hubiera dicho algo un tanto grosero, y pretendiera no haberlo notado.

Verily no tenía idea de cómo terminaría todo ese asunto de la salamandra, pero puesto que Alvin no le permitiría intentar hacer nada más que desacreditara a Vilate o Amy, tendría que seguir adelante.

Alvin había estado observando a Vilate durante su testimonio... observándola detenidamente, no sólo con sus ojos, sino con su visión interior, observando cómo funcionaba el mundo material. Una de las primeras cosas que notó fue el modo en que Vilate inclinaba la cabeza sólo un poco antes de responder. Como si estuviera escuchando. Así que envió su varita y la dejó descansar en el aire, sintiendo cualquier señal de sonido. Como esperaba, había algunos, pero seguían un patrón que Alvin nunca había visto antes. Usualmente, el sonido se esparcía a partir de su fuente como las ondas que se causaban al lanzar una piedra a un estanque, en todas las direcciones, rebotando y reverberando, pero también desvaneciéndose y haciéndose más débil con la distancia. Aquel sonido, sin embargo, estaba canalizado. ¿Cómo era producido?

Por un rato estuvo en peligro de quedarse tan abstraído por la interrogante científica que muy bien podría haber olvidado que estaba siendo juzgado y que aquél era el más peligroso pero posiblemente el más débil testigo en su contra. Afortunadamente, captó muy rápido lo que estaba sucediendo. El sonido provenía de dos fuentes, muy cercanas entre sí, que se movían en paralelo. Cuando las ondas sonoras se cruzaban mutuamente, interferían con la otra, transformando el sonido en una mera turbulencia en el aire. Cuando Alvin escuchó atentamente, pudo oír el desmayado siseo del caótico ruido. Pero en la dirección en la que las ondas sonoras eran perfectamente paralelas, no sólo interferían mutuamente, sino que parecía aumentar el poder del sonido. El resultado era que para alguien sentado exactamente en la posición de Vilate, incluso el más leve susurro sería audible; pero para cualquier otra persona en la corte, no habría sonido alguno.

Alvin halló esto de verdad curioso. No tenía idea de que el Deshacedor realmente usara sonido para hablar con sus seguidores. Había supuesto que de

algún modo el Deshacedor les hablaba directamente a sus mentes. En cambio, el Deshacedor hablaba desde dos fuentes distintas, y muy cercanas. Entonces Alvin tuvo que sonreír. El viejo dicho era cierto: el mentiroso habla por ambos lados de la boca.

Mirando con su poder en el bolso de Vilate, Alvin encontró con rapidez la fuente del sonido. La salamandra estaba aferrada a la cima de sus pertenencias, y el sonido salía de su boca... aunque las salamandras no poseían ningún mecanismo que produjera una voz humana. Si sólo pudiera oír lo que la salamandra estaba diciendo.

Bueno, si no estaba equivocado, eso podía arreglarse. Pero primero necesitaba tener a la salamandra a la vista, donde la corte entera pudiera ver de dónde venía su discurso. Entonces fue cuando comenzó a poner atención al proceso de nuevo; sólo para descubrir, alarmado, que Verily estaba a punto de desafiarlo y tratar de quitarle a Vilate su hermoso disfraz. Alargó el brazo y tiró del atuendo de Verily, y susurrando lo regañó tan suavemente como pudo. Entonces le dijo que sacara a la salamandra del bolso.

Ahora, con la salamandra aterrada, atrapada en la oscura manga del alguacil, a Alvin le tomó unos momentos enviar su poder al interior de la criatura y comenzar a ayudarla a calmarse -hacer más lentos sus latidos, pacificarla con palabras-. Por supuesto que no sintió ninguna resistencia del Deshacedor. Eso no sorprendió a Alvin. El Deshacedor siempre era rechazado por su poder. Pero podía sentir al Deshacedor, acechando, brillando en el fondo, en las esquinas de la corte, esperando para regresar a la salamandra y hablarle a Vilate otra vez.

Era una buena señal, el hecho de que el Deshacedor necesitara la ayuda de una criatura para hablarle a Vilate. Sugería que no estaba completamente consumida por las ansias de poder o de Deshacer, por lo que el Deshacedor no podía hablarle directamente.

Alvin realmente no sabía mucho del Deshacedor, pero con tantos años para especular y razonar sobre él, había llegado a un par de conclusiones. En realidad ya no pensaba en el Deshacedor como una persona, aunque a veces todavía lo llamaba "él" en sus pensamientos. Alvin siempre había visto al Deshacedor como un brillo en el aire, como algo escondido en los límites de su visión periférica; ahora creía que ésa era la verdadera naturaleza del Deshacedor. Siempre que una persona estuviera ocupada Haciendo algo, el Deshacedor era mantenido a raya; y, de hecho, la mayor parte de la gente no le resultaba particularmente atractiva. Era atraído sólo por los más extraordinarios de los Hacedores -y los más orgullosos destructores (o los destructivamente orgullosos; Alvin no estaba seguro de si había alguna diferencia)-. Era atraído hacia Alvin por el esfuerzo de deshacerlo a él y a toda su obra. Era atraído por otros, sin embargo, como Philadelphia Thrower y, aparentemente, Vilate Franker, porque ellos proveían las manos, los labios, los ojos que le permitirían al Deshacedor hacer su trabajo.

Lo que Alvin adivinaba, pero no podía saber, era que la gente a la que el Deshacedor se le aparecía más claramente, tenía cierta clase de poder sobre éste. Que el Deshacedor, habiendo establecido relaciones con ellos, no podía liberarse repentinamente. En cambio, representaba el rol que su aliado humano había preparado para él. El Reverendo Thrower necesitaba un visitante angelical que bullera de rabia... así que eso era el Deshacedor para él. Vilate necesitaba algo más. Pero el Deshacedor no podía ocultarse a sí mismo de ella. No podía

sentir que había peligro en verse expuesto, a menos que la misma Vilate sintiera ese peligro. Y puesto que Vilate era incapaz de ser lo suficiente racional incluso para saber que allí había una salamandra –algo que Alvin había aprendido del informe de Arturo Estuardo-, había una buena posibilidad de que el Deshacedor resultara expuesto frente a toda la corte, siempre que Alvin trabajara con cuidado y tomara a Vilate por sorpresa.

Así que observó hasta que el alguacil finalmente sacó a la tranquila –bueno, más tranquila, en todo caso- salamandra del cuello de su camisa, adonde había huído, y la depositó gentilmente sobre la mesa. Gradualmente, Alvin retiró su poder de la criatura, para que el Deshacedor pudiera volver a tomar posesión de ella. ¿Vendría?

¿Volvería a hablarle a Vilate?, esperó Alvin.

Vino. Habló.

La columna de sonido volvió a alzarse.

Todos pudieron ver la boca de la salamandra abriéndose y cerrándose, pero por supuesto no oyeron nada y les pareció que el animal hacía sólo movimientos al azar.

- ¿Ve usted la salamandra? –preguntó Verily.

Vilate puso una expresión burlona.

- No entiendo la pregunta.

- En esta mesa frente a usted. ¿Ve a la salamandra?

Vilate sonrió macilentamente.

- Creo que está tratando de jugar conmigo, Sr. Cooper.

Un susurro recorrió la sala.

- Lo que estoy tratando de hacer –dijo Verily-, es determinar cuán confiable es usted como observadora.

Daniel Webster habló.

- ¿Su Señoría, cómo sabemos que la defensa no está llevando a cabo algún truco? Ya sabemos que el acusado posee notables poderes ocultos.

- Tenga paciencia, Sr. Webster –dijo el juez-. Habrá suficiente tiempo para contrarreplicas en las apelaciones.

Mientras tanto, Alvin había estado jugando con la doble columna de sonido proveniente de la salamandra que se dirigía directamente a Vilate. Trató de encontrar algún modo de doblarla, pero por supuesto no pudo hacerlo, porque el sonido debe viajar en línea recta... o al menos doblarlo estaba más allá del poder y el conocimiento de Alvin.

Lo que podía hacer, sin embargo, era ubicar una contraturbulencia justo en la fuente de una de las columnas de sonido, haciendo a la otra completamente audible, ya que no habría interferencia de la columna que Alvin había bloqueado. El sonido seguiría siendo muy débil, pese a todo; Alvin no tenía forma de saber si sería oído lo bastante bien para que la gente lo comprendiera. Sólo había un modo de averiguarlo.

Además, esa podía ser la nueva cosa que tenía que Hacer para dejar atrás el lugar oscuro de su corazón que Peggy no había podido ver.

Bloqueó una de las columnas de sonido.

Verily estaba diciendo:

- Señorita Franker, dado que todos en esta corte excepto usted son capaces de ver esta salamandra...

De repente, una voz proveniente de una fuente inesperada se hizo audible, aparentemente en el medio de una oración. Verily guardó silencio y escuchó.

Era una voz de mujer, jovial y alentadora.

- Estate tranquila, Vilate, este bufón inglés no es rival para ti. No tienes que decirle nada que no quieras. Ese Alvin Smith tuvo su oportunidad para ser tu amigo, y te desdeñó, así que le enseñarás una o dos cosas sobre una mujer despreciada. No tiene idea de lo lista que eres, astuta comadreja.

- ¡Quién es ése! -demandó el juez.

Vilate lo observó, mostrando nada más que un leve desconcierto.

- ¿Me está preguntando a mí? -dijo.

- Así es -replicó el juez.

- Pero no entiendo. ¿Quién es qué?

La voz de la mujer dijo:

- Algo está mal, pero estate tranquila, no admitas nada. Culpa a Alvin, lo que sea.

Vilate tomó un profundo aliento.

- ¿Está usando Alvin algún tipo de conjuro que afecta a todos menos a mí? -preguntó.

El juez respondió con dureza.

- Alguien acaba de decir, "Culpa a Alvin, lo que sea". ¿Quién fue quien dijo eso?

- ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! -gritó la voz de la mujer... que salía obviamente de la boca de la salamandra-. ¡Ah! ¿Cómo puede oírme? ¡Sólo te hablo a ti! ¡Soy tu mejor amiga, Vilate, de nadie más! ¡Están tratando de engañarte! ¡No admitas nada!

- Yo... no entiendo a qué se refiere -dijo Vilate-. No sé lo que está oyendo.

- La mujer que acaba de decir, "No admitas nada" -dijo Verily-. ¿Quién es ésa? ¿Quién es esta mujer que dice que es su mejor amiga y de nadie más?

- ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! -gritó la salamandra.

- ¿Mi mejor amiga? -preguntó Vilate. Súbitamente su rostro fue una máscara de terror... excepto por su boca, que mantenía una bonita sonrisa. El sudor perlaba su frente. En un impulso, Verily se acercó a ella y cogió su chal.

- Por favor, Señorita Franker, parece acalorada. Permítame sostenerle el chal.

Vilate estaba tan confundida que no se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que lo hubo hecho. En el momento en que el chal cayó de sus hombros, la sonrisa de su boca desapareció. De hecho, la cara que todo el mundo conocía tan bien se esfumó, reemplazada por el rostro de una mujer de mediana edad, un poco arrugada y tostada por el sol; y lo más notable de todo, su boca estaba abierta de par en par y en su interior, la placa superior de sus dientes falsos chasqueaba arriba y abajo, como si estuviera levantándola y bajándola con la lengua.

El murmullo en la corte se transformó en rugido.

- Verily, maldita sea -dijo Alvin-. Te dije que no...

- Lo siento -dijo Verily-. Veo que necesita ese chal, Señorita Franker -rápidamente volvió a ponérselo.

Consciente ahora de lo que Verily le había hecho, Vilate agarró el chal con fuerza y lo mantuvo cerca. El chasquido de sus dientes falsos fue reemplazado

inmediatamente por la misma adorable sonrisa que había mostrado antes, y su cara fue de nuevo lisa y joven.

- Creo que nos hemos hecho alguna idea de la confiabilidad de este testigo - dijo Verily.

La salamandra gritó:

- ¡Están ganando, tonta estúpida! ¡Te atraparon! ¡Te engañaron, boba idiota!

El rostro de Vilate perdió la compostura. Parecía aterrorizada.

- ¿Cómo puedes hablarme así? -susurró.

Vilate no era la única que parecía asustada. El mismo juez se había retirado hasta la esquina más lejana de su espacio detrás de la barandilla. Marty Laws estaba sentado en el respaldo de su banca, los pies sobre el asiento.

- ¿A quién le está hablando? -preguntó el juez.

Vilate desvió la mirada del juez y de la salamandra.

- Mi amiga -dijo-. Creía que era mi mejor amiga -entonces se volvió hacia el juez-. Todos estos años, nadie más había oído nunca su voz. Pero usted la oye ahora, ¿verdad?

- La oigo -dijo el juez.

- ¡Estás diciéndoles demasiado! -chilló la salamandra. ¿Estaba cambiando su voz?

- ¿Puede verla? -preguntó Vilate, con una voz fina y temblorosa- ¿Puede ver cuán bella es? Ella me enseñó a ser bella, también.

- ¡Cállate! -gritó la salamandra-. ¡No les digas nada, perra!

Sí, la voz tenía un tono mucho más bajo ahora, gutural, raspado.

- No puedo verla, no -dijo el juez.

- No es mi amiga, sin embargo, ¿verdad? -dijo Vilate-. No realmente.

- Te arrancaré la garganta, tú... -la salamandra lanzó una retahíla de insultos que dejó blanco a todo el mundo.

Vilate apuntó a la salamandra.

- ¡Ella me obligó a hacerlo! ¡Me dijo que contara estas mentiras de Alvin! ¡Pero ahora veo que en realidad está llena de odio! ¡Y no es nada hermosa! ¡No es hermosa, es fea, fea como un... como un tritón!

- Salamandra -trató de ayudarla el juez.

- ¡Te odio! -le gritó Vilate a la salamandra-. ¡Aléjate de mí! ¡No quiero volver a verte nunca más!

La salamandra pareció prepararse para moverse... pero no para alejarse de ella. Dio más la impresión de que pretendiera correr sobre la mesa, saltar la distancia que la separaba de Vilate, y atacarla como había amenazado su maléfica voz.

Alvin estaba explorando cuidadosamente el cuerpo de la salamandra, tratando de descubrir dónde y cómo la controlaba el Deshacedor. Pero fuera como fuera que lo hacía, no dejaba ninguna evidencia física que Alvin pudiera ver. Se dio cuenta, sin embargo, de que no importaba. Había formas de liberar a una persona del control de otra... un hechizo de tipo "suéltame". ¿No funcionaría para la salamandra, si se hacía a la perfección? Alvin señaló en su mente los puntos exactos sobre la mesa en los que sería necesario dibujar el hechizo, el orden de las marcas, el número de vueltas que debía unir un punto con otro punto.

Luego envió su poder a aquella parte del cerebro de la salamandra donde residía su primitiva inteligencia. Libertad, le susurró, en la forma que usaba para que los animales pudieran entenderlo. No con palabras, sino con sensaciones. Imágenes. La salamandra buscando comida, buscando pareja, retozando en el lodo, bajo la hierba y las hojas, en las húmedas y frescas cavidades bajo la roca. Libre para hacer todo aquello en vez de vivir en un bolso seco. Era lo que ansiaba la salamandra.

Sólo haz esto, dijo Alvin silenciosamente en la mente de la salamandra. Y le mostró los movimientos para que hiciera la primera marca en la mesa.

La salamandra se había puesto en posición para saltar de la mesa. Pero en vez de eso corrió siguiendo un patrón circular, y tocó con un dedo en el punto exacto; Alvin se encargó de que el dedo penetrara en la madera justo lo suficiente para dejar una marca, aunque ningún ojo humano podría haberla visto, pues era demasiado sutil. Un corta carrera, otra vuelta, una marca, y otra marca. Seis diminutas muescas en la superficie de la mesa, y después una unión en el medio del hexágono.

Y el Deshacedor se fue.

La salamandra corrió en un patrón sin sentido, demasiado rápido para seguirlo con claridad; corrió, y luego se paró en seco en el centro de la mesa.

Y entonces, de repente, la inteligencia pareció desaparecer de todos sus movimientos. Ya no miraba a Vilate. Ya no miraba a nadie en particular. Husmeó a través de la mesa. No estando seguros de que el conjuro que poseía a la criatura se hubiera desvanecido, nadie se movió hacia ella. Descendió por la pata de la mesa, y luego se escurrió directamente hacia Alvin. Examinó el saco que había bajo su silla y que contenía el arado. Se metió en el saco.

La consternación irrumpió en la sala.

- ¡¿Qué está pasando?! -gritó Marty Laws-. ¡¿Por qué se metió en ese saco?!

- ¡Porque fue engendrada en ese saco! -chilló Webster-. ¡Ahora pueden ver que Alvin Smith fue el causante de toda esta farsa! ¡He visto el rostro del diablo y está sentado presumidamente en esa silla!

El juez golpeó con su martillo.

- Él no es el diablo -dijo Vilate-. El diablo tiene un rostro mucho más hermoso que ése -y luego estalló en lágrimas.

- ¡Su Señoría -dijo Webster-, el acusado y su abogado han transformado esta corte en un circo!

- ¡Sólo después de que usted la transformara en un cloaca de mentiras escandalosas y sucias indirectas! -le rugió Verily en respuesta.

Y tras su furiosa réplica, los espectadores explotaron en aplausos.

El juez volvió a martillar con fuerza.

- ¡Silencio! ¡Orden en la sala, o haré al alguacil sacar a todo el mundo! ¿Me oyen?

Y, después de un rato, volvió a reinar el silencio.

Alvin se agachó y buscó en el saco. Cogió el cuerpo flácido de la salamandra.

- ¿Está muerta? -preguntó el juez.

- No, señor -dijo Alvin-. Sólo está dormida. Está muy, muy cansada. Su jinete pesaba mucho, por decir algo. La montó sin descanso y no le dio de comer. Ya no

es evidencia de nada, Su Señoría. ¿Puedo entregársela a mi amigo Arrturo Estuardo para que cuide de ella hasta que recupere sus fuerzas?

- ¿Tiene alguna objeción la fiscalía?

- No, Su Señoría -dijo Marty Laws.

Al mismo tiempo, Daniel Webster se puso en pie.

- Esta salamandra nunca fue evidencia de nada. Es obvio que fue introducida por el acusado y su abogado y estuvo siempre bajo su control. ¡Ahora se han apoderado de una mujer honesta y la han destrozado! ¡Mírenla!

Y allí estaba la bella Vilate Franker, sentada, las lágrimas deslizándose por sus suaves y hermosas mejillas.

- ¿Una mujer honesta? -dijo suavemente-. Usted sabe tan bien como yo, que me insinuó que necesitaba la corroboración del testimonio de esa chica, Amy Sump; que si tan sólo tuviera alguna manera de probar que Alvin realmente abandonaba la prisión, entonces la creerían a ella y nadie creería a Alvin. Oh, usted suspiró y simuló que no me estaba sugiriendo nada, pero ambos sabíamos la verdad, así que aprendí los hechizos de mi amiga y lo hicimos, y ahora ahí está usted, mintiendo de nuevo.

- Su Señoría -dijo Webster-, la testigo claramente está aturdida. Puedo asegurarle que ha malinterpretado la breve conversación que mantuvimos durante la cena en la hostería.

- Estoy seguro de que así es, Sr. Webster -dijo el juez.

- No la he malinterpretado -dijo Vilate, furiosa, volviéndose hacia el juez.

- Y estoy seguro de que no -dijo el juez-. Estoy seguro de que ambos dicen lo correcto.

- Su Señoría -dijo Daniel Webster-, con todo respeto, no veo...

- ¡No, no lo ve! -gritó Vilate, poniéndose de pie en el cubículo del testigo-. ¿Dice usted que ve a una mujer honesta aquí? ¡Yo le mostraré a una mujer honesta!

Se quitó el chal que cubría sus hombros. Al momento la ilusión de belleza sobre su rostro desapareció. Después se agachó y se arrancó los amuletos del corpiño y los collares que le rodeaban el cuello. Su cuerpo cambió frente a sus ojos: ya no era alta y esbelta, sino de estatura media y con un cuerpo maduro un tanto relleno. Sus hombros se encorvaban un poco, y su cabello era más blanco que dorado.

- Ésta es una mujer honesta -dijo. Entonces se hundió en su asiento y lloró tapándose la cara con las manos.

- Su Señoría -dijo Verily-, creo que no tengo más preguntas para este testigo.

- La fiscalía tampoco -dijo Marty Laws.

- ¡No es así! -gritó Webster.

- Sr. Webster -dijo Marty Laws tranquilamente-, está despedido de su posición como consejero. El testimonio de los testigos que me trajo parece ser inapropiado para su uso en la corte, y me parece que sería prudente por su parte retirarse de esta sala sin demora.

Unos cuantos aplaudieron, pero una mirada del juez los acalló.

Webster comenzó a meter papeles en su cartera.

- Si está diciendo que me he comportado antiéticamente en ningún grado...

- Nadie está diciendo nada, Sr. Webster -dijo el juez-, excepto que ya no tiene ninguna relación con el fiscal del condado de Hatrack, y por tanto sería apropiado

que se pasara al otro lado de la baranda y, en mi humilde opinión, al otro lado de la puerta de la sala.

Webster se estiró hasta su máxima estatura, se embutió el bolso bajo el brazo, y sin decir nada más caminó por el pasillo hacia la salida.

En su trayecto hacia la puerta, pasó al lado de una mujer de mediana edad y canoso cabello marrón que estaba intentando seriamente llegar a la mesa del juez. No, al cubículo del testigo, donde se subió al estrado, pasó su brazo sobre los hombros de Vilate Franker, y ayudó a levantarse a la desconsolada mujer.

- Vamos, Vilate, fuiste muy valiente, lo hiciste bien, estamos orgullosos de ti.

- Goody Trader -murmuró Vilate-. Estoy tan avergonzada.

- Tonterías -dijo Goody Trader-. Todos queremos ser hermosos, y la verdad sea dicha, creo que todavía lo eres. Sólo... madura, eso es todo.

Los espectadores contemplaron en silencio mientras Goody Trader guiaba a su eterno rival al exterior.

- Su Señoría -dijo Verily Cooper-, creo que debería quedar claro a todo el mundo que es hora de volver a la verdadera razón de este juicio: hemos sido distraídos por testigos ajenos al caso, pero el hecho es que todo se reduce a tres, Pacífico Smith y Hank Dowser por un lado, y Alvin Smith por el otro. La palabra de ellos contra la de él. A menos que la fiscalía tengamás testigos que llamar, me gustaría comenzar mi defensa permitiendo a Alvin dar su versión, de tal modo que el jurado pueda decidir entre ellas finalmente.

- Bien dicho, Sr. Cooper -dijo Marty Laws-. Ése es el verdadero problema, y lamento haberme alejado tanto de él. La fiscalía descansa, y creo que a todos nos gustará oír al acusado. Me alegra que hable por sí mismo, aun cuando la constitución de los Estados Unidos le permite declinar el dar testimonio sin ningún perjuicio.

- Un hermoso sentimiento -dijo el juez-. Sr. Smith, por favor levántese y preste juramento.

Alvin se inclinó, alzó el saco con el arado en su interior, y se lo colgó al hombro tan fácilmente como si fuera una hogaza de pan o un almohadón de plumas. Se acercó al alguacil, puso una mano sobre la Biblia y levantó la otra, con saco y todo.

- Juro solemnemente decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad con la ayuda de Dios -dijo.

- Alvin -dijo Verily-, cuéntenos cómo nació este arado.

Alvin asintió.

- Tomé el hierro que mi maestro me dio -Pacífico, él era mi maestro en aquel entonces-, y lo fundí a la temperatura adecuada. Ya había hecho el molde de mi arado, así que lo vertí en él y dejé que se enfriara lo suficiente para romper el molde, y luego le di forma, lo martillé y pulí todas las imperfecciones, hasta que por lo que puedo decir tuvo la forma de un arado tan perfecto como yo podría hacerlo.

- ¿Usó algo de su poder para Hacer en el proceso? -preguntó Verily.

- No señor -dijo Alvin-. Eso no sería justo. Quería ganarme el derecho a ser un oficial herrero. Sí usé mi poder para inspeccionar el arado, pero no le hice ningún cambio excepto con mis herramientas y mis dos manos.

Muchos de los espectadores asintieron. Sabían algo de eso, de querer hacer cosas con sus manos, sin hacer uso de los extraordinarios dones que eran tan comunes en ese pueblo por entonces.

- ¿Y cuándo terminó, qué tenía?

- Un arado –dijo Alvin-. Puro hierro, bien templado y de buena forma. Una buena pieza de oficial.

- ¿A quién pertenecía ese arado? –preguntó Verily-. Le pregunto no como un experto en leyes, sino más bien como el aprendiz que era en el tiempo en que lo terminó. ¿Era su arado?

- Era mío porque yo lo hice, y suyo porque era su hierro. Es costumbre dejar que el oficial conserve su obra, pero yo sabía que era el derecho de Pacífico quedárselo si quería.

- Y entonces aparentemente usted decidió cambiar el hierro.

Alvin asintió.

- ¿Puede explicarle a la corte su razón para hacerlo?

- No sé si podría llamársele razón, en realidad. No fue racional, como la Señorita Larner lo habría definido. Sencillamente supe lo que quería que fuera el arado, así de simple. No tuvo nada que ver con pasar de aprendiz a oficial herrero. Más bien fue como pasar de aprendiz a oficial Hacedor, y no tenía un maestro que juzgara mi trabajo, o si lo tengo, todavía no se ha querido dar a conocer.

- Así que se determinó a transformar el arado en oro.

Alvin desechó la idea con un movimiento de su mano.

- Oh, no, eso no sería difícil. He sabido cómo transformar un metal en otro por largo tiempo... es más fácil con los metales, por el modo en que los átomos se alinean y todo eso. Es difícil cambiar el aire, pero es fácil cambiar el metal.

- ¿Está diciendo que podría haber convertido el hierro en oro en cualquier momento? –preguntó Verily- ¿Por qué no lo hizo?

- Me parece que hay más o menos la cantidad correcta de oro en el mundo, y la cantidad correcta de hierro. Un hombre no necesita hacer martillos y sierras, hachas y rejas de oro... para eso necesita hierro. El oro es para aquello que necesita un metal blando.

- Pero el oro lo hubiera hecho rico –dijo Verily.

Alvin meneó la cabeza.

- El oro me habría hecho famoso. El oro me habría rodeado de ladrones. Y no me habría acercado ni un paso a descubrir cómo ser un Hacedor respetable.

- ¿Espera que creamos que el oro no le interesa?

- No señor. Necesito dinero tanto como cualquiera. En ese entonces esperaba casarme, y difícilmente tenía un penique en mi bolsillo, lo que no era muy buena perspectiva. Pero para la mayoría de la gente el oro es el resultado de un duro trabajo, y no veo cómo podría tener oro que no proviniese de mi propio duro trabajo. No sería justo, y si está fuera de equilibrio, así, entonces no soy bueno Haciendo, si me comprende.

- Y aun así transformó el arado en oro, ¿no?

- Fue sólo un paso en el camino –dijo Alvin.

- ¿En el camino a dónde?

- Bien, ya sabe. A lo que todos los testigos dijeron ver. Este arado no es oro corriente. Se mueve. Actúa. Está vivo.

- ¿Y era eso lo que usted pretendía?
- El fuego de la vida. No sólo el fuego de la forja.
- ¿Cómo lo hizo?
- Es difícil explicárselo a alguien que no tiene el poder de ver en el interior de las cosas. No creé vida dentro del arado que no estuviera allí antes. Los átomos de oro querían mantener la forma que yo les había dado, esa forma de arado, así que lucharon contra el calor del fuego para no fundirse, pero no tenían la fuerza suficiente. No conocían su propia fortaleza. Y yo tampoco podía enseñarles. Y entonces de repente, pensé en poner mis propias manos en el fuego y mostrarle al oro cómo estar vivo, el modo en que yo estaba vivo.
- ¿Poner sus manos en el fuego? -preguntó Verily.
- Alvin asintió.
- Dolió muchísimo, a decir verdad.
- Pero no quedó marcado -dijo Verily.
- Estaba caliente, ¿pero no lo ve?, era el fuego de un Hacedor, y finalmente comprendí lo que siempre debería haber sabido, que un Hacedor es parte de lo que Hace. Tenía que estar en el fuego junto al oro, para mostrarle cómo vivir, para ayudarle a encontrar el fuego de su propio corazón. Si entendiera exactamente cómo funciona podría hacer un mejor trabajo enseñando a la gente. Dios sabe que lo he intentado, pero nadie lo ha aprendido bien todavía, aunque un par se está acercando, paso a paso. De cualquier modo, el arado despertó a la vida en el fuego.
- Y entonces el arado se transformó en lo que hemos visto... o más bien, en lo que hemos oído describir aquí.
- Sí -dijo Alvin-. Oro viviente.
- Y en su opinión, ¿a quién pertenece el oro?
- Alvin miró a su alrededor, primero a Pacífico, luego a Marty Laws, y después al juez.
- Se pertenece a sí mismo. No es un esclavo.
- Marty Laws se puso en pie.
- Con seguridad el testigo no está hablando de derechos de ciudadanía para los arados de oro.
- No, señor -dijo Alvin-. No lo hago. Tiene su propio propósito, pero no creo que el hacer de jurado o votar por el presidente tenga mucho que ver con ello.
- Pero dice que no pertenece a Pacífico Smith y tampoco a usted mismo -dijo Verily.
- A ninguno de nosotros.
- ¿Entonces por qué es tan reluciente a que su antiguo maestro tome posesión de él? -preguntó Verily.
- Porque él pretende fundirlo. Lo dijo la misma mañana siguiente. Por supuesto, cuando le dije que no podía hacerlo, me llamó ladrón e insistió en que el arado le pertenecía. Dijo que una pieza de oficial le pertenece al maestro a menos que él se la de al oficial, y creo que dijo, "¡y yo no pienso hacerlo!". Luego me llamó ladrón.
- ¿Y no tenía razón? ¿No era usted un ladrón?
- No señor -dijo Alvin-. Admito que el hierro que me dio ya no estaba, y estaría feliz de devolverle ese hierro, cinco o diez veces más, si eso es lo que la ley requiere que haga. No porque se lo haya robado, si le interesa, sino porque ya no

existe. En aquel entonces, desde luego, estaba enfadado con él porque yo estaba listo para ser oficial desde varios años antes, pero él me retuvo durante todos los años del contrato, pretendiendo todo el tiempo que no sabía que ya era el mejor herrero...

Entre los espectadores, Pacífico se puso en pie de un salto y gritó:

- ¡Un contrato es un contrato!

El juez bajó el martillo.

- También yo cumplí el contrato -dijo Alvin-. Trabajé hasta el final, aun cuando me usaba como un sirviente, porque no hubo nada que pudiera enseñarme después del primer año o poco más. Así que en aquel momento creí que tenía más que ganado el precio del hierro desaparecido. Ahora, sin embargo, me parece que era sólo un muchacho enojado hablando. Puedo ver que Pacífico estaba en su derecho, y estaré feliz de devolverle el precio del hierro, o incluso hacer otro arado de hierro que ocupe el lugar del que desapareció.

- Pero no le entregará el arado que usted hizo.

- Si él me diera oro para hacer un arado, le devolvería tanto oro como me diera. Pero él me dio hierro. He incluso si tuviera el derecho a esa cantidad de oro, no tiene el derecho a este oro, porque si cayera en sus manos, lo destruiría, y una cosa como ésta no debería ser destruida, especialmente no por aquellos que no tienen el poder para volver a hacerla. Además, toda esta discusión sobre robo ocurrió antes de que él viera moverse al arado.

- ¿Él lo vio moverse? -preguntó Verily.

- Sí señor. Y luego me dijo, "¡Sal de aquí! ¡Toma esa cosa y lárgate de aquí! ¡No quiero volver a ver tu cara por aquí!". Tan bien como puedo recordarlas, esas fueron sus palabras exactas, y si él dice otra cosa Dios será testigo en su contra hasta el Juicio Final, y lo sabe.

Verily asintió.

- Ésa es su versión entonces, Sr. Smith -dijo-. Ahora, con respecto a Hank Dowser, ¿qué hay sobre el asunto de cavar en un lugar diferente al que él señaló?

- Sabía que no era un buen lugar -dijo Alvin-. Pero cavé donde dijo, cavé hasta que encontré roca sólida.

- ¿Sin dar con el agua? -preguntó Verily.

- Exacto. Así que luego fui adonde sabía que debería haber cavado en primer lugar, y allí cavé el pozo. Y aún hoy se saca agua pura, he oído decir.

- Entonces el Sr. Dowser simplemente se equivocó.

- No se equivocó en que había agua allí -dijo Alvin-. Sencillamente no sabía que había una lámina de roca y que el agua corría bajo ella. Pero encima estaba seco como un hueso. Por eso era una pradera natural... allí no crecían árboles, ni entonces ni ahora, excepto algunos achaparrados con raíces poco profundas.

- Muchas gracias -dijo Verily. Luego, a Marty Laws:- Su testigo.

Marty Laws se inclinó hacia adelante y se apoyó sobre la mesa, con el mentón en las manos.

- Bien, no puedo decir que tenga mucho que preguntar. Tenemos la versión de Pacífico de las cosas, y tenemos su versión. Podría preguntarle, ¿no existe ninguna posibilidad de que usted realmente no transformara el hierro en oro? ¿Ninguna posibilidad de que encontrara el oro en ese primer hoyo que hizo, y luego le diera forma de arado?

- Ninguna posibilidad de eso, señor -dijo Alvin.

- ¿Así que no escondió ese viejo arado de hierro para mejorar su reputación como Hacedor?

- Nunca busqué una reputación como Hacedor, señor -dijo Alvin-. Y en cuanto al hierro, ya no hay hierro.

Pacífico asintió.

- Ésas son todas las preguntas que tengo.

El juez miró otra vez a Verily.

- ¿Alguna más de usted?

- Sólo una pregunta -dijo Verily-. Alvin, ya oyó las cosas que Amy Sump dijo sobre usted y ella y el bebé que espera. ¿Hay algo de cierto en eso?

Alvin sacudió la cabeza.

- Nunca abandoné la celda de la prisión. Es verdad que dejé Iglesia de Vigor al menos en parte debido a las historias que Amy contaba de mí. Eran historias falsas, pero tenía que irme de todos modos, y esperaba que cuando me hubiera ido, ella olvidara su obsesión por mí y se enamorara de alguien de su edad. Nunca le puse una mano encima. Estoy bajo palabra y lo juro ante Dios. Lamento que esté en problemas, y espero que el bebé que lleva nazca sano y fuerte y sea un buen hijo.

- ¿Es un niño? -preguntó Verily.

- Oh, sí -dijo Alvin-. Un niño. Pero no mi hijo.

- Ahora sí hemos terminado -dijo Verily.

Era el momento de las declaraciones finales, pero el juez no dio la palabra. Se reclinó en su silla y cerró los ojos por un largo rato.

- Amigos, éste ha sido un juicio extraño, y ha dado algunos tristes giros en el camino. Pero en este momento sólo hay un par de puntos en discusión. Si Pacífico Smith y Hank Dowser dicen la verdad, y el oro fue encontrado y no hecho, entonces creo que es justo decir que el arado es claramente propiedad de Pacífico.

- ¡Mierda, claro que sí! -gritó Pacífico.

- Alguacil, lleve a Pacífico Smith en custodia, por favor -dijo el juez-. Pasará la noche en el calabozo por desacato a la corte, y antes de que pueda decir nada más le informaré que cada palabra que diga será otra noche en su sentencia.

Pacífico casi estalló, pero no dijo nada más mientras el alguacil lo conducía fuera de la sala.

- La otra posibilidad es que Alvin hiciera el oro a partir de hierro, como dice, y que el oro sea algo llamado "oro viviente", y por tanto el arado se pertenezca a sí mismo. Bien, no puedo decir que la ley permita ningún espacio para considerar a los elementos de una granja entidades jurídicas, pero diré que puesto que Pacífico le dio a Alvin un cierto peso en hierro, si Alvin hizo desaparecer ese hierro, le debe a Pacífico el mismo peso de hierro, o el equivalente monetario en especies legales. Eso es lo que me parece en este momento, aunque sé que el jurado puede ver otras posibilidades que se me escapan. El problema es que ahora mismo no veo cómo podría el jurado tomar una decisión justa. ¿Cómo pueden olvidar todo el asunto de si Alvin tiene o no tiene un comportamiento escandaloso? Una parte de mí dice que debo declarar el juicio nulo, pero otra parte de mí dice que eso no estaría bien, obligar a la ciudad a pasar otra vez por el mismo juicio. Así que esto es lo que propongo. Existe un hecho en todo este asunto que realmente podemos probar. Podemos ir a la herrería y hacer que Hank

Dowser nos enseñe el lugar donde él dijo que había que cavar el pozo. Luego podemos cavar y ver si encontramos los restos de algún cofre del tesoro -y agua-, o una lámina de piedra, como dijo Alvin, y ni una gota de agua. Me parece que así al menos sabremos algo, mientras que actualmente no sabemos casi nada, excepto que Vilate Franker, Dios la bendiga, tiene dientes falsos.

Ni la defensa ni la fiscalía presentó ninguna objeción.

- Así pues convoquemos a esta corte en la herrería de Pacífico a las diez de la mañana. No, mañana no... es viernes, día de elecciones. No veo otra solución, tendremos que hacerlo el lunes en la mañana. Otro fin de semana en prisión, me temo, Alvin.

- Su Señoría -dijo Verily Cooper-, sólo hay una cárcel en esta ciudad, y forzar a Pacífico Smith a compartir una celda en la misma habitación que mi cliente...

- Está bien -dijo el juez-. Sheriff, puede dejar ir a Pacífico cuando lleve a Alvin de vuelta a su celda.

- Gracias, Su Señoría -dijo Verily.

- Nos veremos el lunes a las diez -el martillo golpeó la mesa y el espectáculo terminó por el día.

17

Decisiones

Debido a que solía pasar tanto tiempo consigo mismo en Iglesia de Vigor, Calvin siempre pensaba en sí mismo como un especie solitaria de persona. Todo aquél en Vigor que no estuviera encandilado por Alvin resultaba ser bastante idiota, cuando lo pensabas dos veces. ¿Qué le interesaban a Calvin travesuras como meter mofetas bajo los porches o dar vuelta las letrinas? Alvin lo había marginado de todo lo que le interesaba, y cualquier otro amigo que pudiera tener no valía la pena.

En Nueva Amsterdam y Londres, Calvin estuvo aún más solo, concentrado como estaba en su único objetivo: llegar a Napoleón. Fue igual en las calles de París, dando vueltas tratando de ganarse una reputación como sanador. Y una vez que estuvo en presencia del Emperador, todo fue estudio y trabajo.

Por un tiempo. Porque después de unas cuantas semanas quedó bastante claro que Napoleón iba a estirar su enseñanza tanto como fuera posible. La haría larga y lenta. ¿Por qué no debería hacerlo? Tan pronto como Calvin estuviera satisfecho con lo aprendido, se iría y Napoleón sería víctima de la gota. Calvin jugó con la idea de presionar un poco a Napoleón aumentando su dolor, y con eso en mente fue y encontró el lugar en el cerebro del Emperador donde se registraba el dolor. Tenía cierta intención de usar su poder para hurgar directamente en ese lugar de agonía pura, y luego ver si Napoleón no recordaba repentinamente enseñarle a Calvin un par de cosas que hubiera pasado por alto hasta ahora.

Eso estaba bien para fantasear en el día, pero Calvin no era tonto. Podría hacer el truco de la agonía una vez, y conseguir un día de valioso adiestramiento, pero después, antes de que cayera la noche, sería mejor que estuviera fuera de París, de Francia, y de cualquier parte de la verde tierra de Dios donde los agentes de Napoleón pudieran encontrarlo. Tendría que quedarse y aguantar el insoportablemente lento ritmo de las lecciones, la evidente repetitividad. Mientras tanto, observaba cuidadosamente, tratando de ver qué era lo que Napoleón hacía que Calvin no entendía. Nunca vio nada que tuviera sentido.

¿Qué le quedaba a Calvin, entonces, sino practicar las cosas que Napoleón le había enseñado sobre manipular a otra gente, y ver si era capaz de descubrir el resto mediante la pura experimentación? Al final, eso fue lo que lo puso en contacto con otra gente: el deseo de aprender a controlarla.

El problema era que la única gente a su alrededor era el personal, y siempre estaba ocupado. Lo que era peor, también estaban bajo el control directo de Napoleón, y no sería bueno dejar que el Emperador viera que alguien más estaba intentando ganar el control de sus lacayos. Podría hacerse una idea equivocada. Podría pensar que Calvin estaba tratando de minar su poder, lo que no era cierto... a Calvin le importaba un comino ocupar el lugar de Napoleón. ¿Qué era un simple Emperador cuando en el mundo había un Hacedor?

No, dos Hacedores. Dos.

¿Con quién podría usar Calvin sus poderes recién aprendidos? Después de vagar un rato por el palacio y los edificios de gobierno, comenzó a darse cuenta de que allí había otra clase de personas. Ociosos y frustrados, eran el objetivo natural de Calvin: los hijos de los empleados y cortesanos de Napoleón.

Todos tenían aproximadamente la misma biografía: a medida que sus padres se elevaban a posiciones de influencia, ellos eran enviados lejos a tranquilas y reputadas escuelas privadas, de las que emergían a los dieciséis o diecisiete con educación, ambición y ningún prestigio social, lo que significaba que la mayoría de las puertas estaban cerradas para ellos excepto para seguir los pasos de sus padres y volverse completamente dependientes del Emperador. Para algunos de ellos, eso estaba perfectamente bien; Calvin dejó en paz a aquellas trabajadoras y satisfechas almas.

Los que encontraba interesantes eran los volubles estudiantes de leyes, los entusiastas y poco talentosos poetas y dramaturgos, los charlatanes seductores en busca de mujeres lo bastante ricas para ser deseables y lo bastante tontas para caer en los brazos de tales pretendientes. El francés de Calvin mejoraba enormemente mientras más conversaba con ellos, y aunque seguía las enseñanzas de Napoleón y aprendía a descubrir los vicios que guiaban a estos jóvenes hombres, de tal forma que podía adularlos, explotarlos y controlarlos, también descubrió que disfrutaba de su compañía. Incluso los tontos entre ellos eran divertidos, con su abulia y su cinismo, y de vez en cuando encontraba algún compañero verdaderamente listo y fascinante.

Ésos eran los más difíciles de controlar, y Calvin se decía a sí mismo que era el reto más que el placer de su compañía lo que lo hacía acudir a ellos una y otra vez. Y a uno de ellos más que a nadie: Honor, un hombre delgado y bajo con dientes podridos prematuramente, y un año mayor que Alvin, el hermano de Calvin. Honor no tenía modales; Calvin aprendió pronto que no se debía a que no supiera cómo comportarse, sino más bien a que deseaba impresionar a la gente, mostrarles su desprecio por sus rancias costumbres, y más que nada porque quería llamar su atención, y ser vagamente repulsivo todo el tiempo tenía el efecto deseado. Primero podía recibir su desdén o su disgusto, pero en quince minutos estarían riéndose de su ingenio, asintiendo ante su perspicacia, y sus ojos brillantes por el fulgor de su conversación.

Calvin incluso se permitía pensar que Honor tenía algo del mismo don con el que había nacido Napoleón, que estudiándolo a él podría aprender algunos de los secretos que el Emperador aún le escondía.

Al principio, Honor ignoró a Calvin, no particularmente sino del modo general en que ignoraba a todos los que no tenían nada que ofrecerle. Entonces debió oír de alguien que Calvin veía al Emperador todos los días; que de hecho el Emperador lo usaba como su médico personal. De inmediato Calvin se volvió aceptable, tanto que Honor empezó a invitarlo a sus caminatas nocturnas.

- Estoy estudiando en París -dijo Honor-. No, permíteme corregirme... Estoy estudiando al género humano, y París tiene suficientes ejemplares de esa especie para mantenerme ocupado por muchos años. Estudio a todas las personas que se apartan del promedio, porque sus propias anomalías me enseñan algo de la naturaleza humana: si los actos de este hombre me sorprenden, es porque debo haber aprendido, a lo largo de los años, a esperar que los hombres se comporten de una manera diferente. Así que no sólo aprendo la rareza de uno, sino la normalidad de muchos.

- ¿Y yo por qué soy raro? -preguntó Calvin.

- Eres extraño porque realmente escuchas mis ideas en lugar de mi ingenio. Eres un ansioso estudiante del genio, y tengo la sospecha de que tú mismo podrías tener el genio.

- ¿Genio? -preguntó Calvin.

- El espíritu extraordinario que hace grandes a los grandes hombres. Es la piedad perfecta lo que transforma a los hombres en santos o ángeles, ¿pero qué hay de los hombres que son indiferentemente píos pero perfectamente inteligentes, sabios o perceptivos? ¿En qué se transforman ellos? Genios. ¡Santos patronos de la mente, del ojo, del ojo de la mente! Yo pretendo, cuando muera, hacer que mi nombre sea invocado por aquellos que rezan por sabiduría. Dejemos que los santos reciban las plegarias de aquéllos que necesitan milagros -inclinó la cabeza y miró a Calvin-. Eres demasiado alto para ser honesto. Los hombres altos siempre mienten, ya que asumen que los hombres bajos como yo nunca verán lo bastante claro para contradecirlos.

- No puedo evitar ser alto -dijo Calvin.

- Una clara mentira -dijo Honor-. Quisiste ser alto cuando eras joven, del mismo modo que yo quise estar más cerca de la tierra, donde mi ojo pudiera ver los detalles que los demás pasan por alto. Aunque sí espero ser gordo algún día, puesto que la gordura significaría que tengo más que suficiente comida, y eso, mi querido yanki, sería un cambio delicioso. Es una idea común que los genios nunca son entendidos y por tanto nunca se vuelven populares ni sacan dinero de su genialidad. Creo que eso es una tontería. Un verdadero genio no sólo será más listo que todo el resto, sino que será tan listo que sabrá cómo apelar a las masas sin comprometer su genialidad. Por tanto: escribo novelas.

Calvin casi se rió.

- ¡Esas tontas historias que leen las mujeres!

- Las mismas. Tímidos herederos. Esposos idiotas. Amantes peligrosos. Terremotos, revoluciones, incendios, y tías entrometidas. Escribo bajo diferentes seudónimos, pero mi secreto es que incluso mientras me transformo en un maestro del arte de ser popular, y por tanto rico, también estoy usando la novela para explorar el verdadero estado de la humanidad en esta vasta prisión experimental conocida como París, esta colmena cuya reina imperial se rodea de zánganos carentes de aguijón e incapaces de volar, como mi pobre padre, el séptimo secretario del turno de la mañana... Lo hiciste caer una vez, bromista

miserable; lloró esa noche por la humillación y yo juré matarte algún día, aunque probablemente no lo haga... Nunca he cumplido una promesa.

- ¿Cuándo escribes? Siempre estás aquí -Calvin hizo un gesto que incluyó los alrededores de los edificios gubernamentales.

- ¿Cómo lo sabes, si no estás aquí todo el tiempo? Por las noches me paseo arriba y abajo por los grandes salones de la nata de la sociedad y los más exquisitos burdeles jamás creados por la escoria del mundo. Y en las mañanas, cuando tú aprendes a ser emperador en las clases del Sr. Bonaparte, yo me recluyo en mi miserable desván de poeta -adonde la casera de mi madre me lleva pan fresco todos los días, así que no llore por mí todavía, no hasta que me dé sífilis o tuberculosis- y escribo furiosamente, llenando página tras página de centelleante prosa. Lo intenté con la poesía una vez, un largo intento, pero descubrí que imitando a Racine, uno principalmente aprende a ser tan tedioso como Racine, y estudiando a Molière, uno aprende que Molière era un genio arrogante con el que no deben jugar patéticos imitadores imberbes.

- No he leído a ninguno de los dos -dijo Calvin. En realidad nunca había oído hablar de ninguno de ellos, y sólo dedujo que eran dramaturgos por el contexto.

- Ni has leído mi trabajo, porque de hecho todavía no es algo genial, es sólo trabajo de oficial. De hecho, a veces temo tener la ambición de un genio, el ojo y el oído de un genio, y el talento de un limpiachimeneas. Me sumerjo en la suciedad del mundo, y salgo negro, raspo las cenizas y el polvo de mi investigación sobre papeles blancos, ¿pero qué obtengo? Papel lleno de manchas negras -súbitamente agarró a Calvin por el cuello de la camisa y lo hizo agacharse hasta que sus ojos estuvieron a la par-. Me cortaría una pierna por tener un talento como el tuyo. Por ser capaz de ver dentro del cuerpo y curar o hacer daño, provocar dolor o aliviarlo... Me cortaría las dos piernas -entonces soltó la camisa de Calvin-. Por supuesto, no daría a cambio mis partes más frágiles, puesto que eso sería una gran desilusión para mi querida Dama de Berny. Serás discreto, desde luego, y cuando chismorreos sobre mi aventura con ella nunca admitirás que lo escuchaste de mí.

- ¿Realmente estás celoso de mí? -preguntó Calvin.

- Sólo cuando estoy en mis cabales -dijo Honor-, que es lo bastante poco a menudo como para que interfieras con mi felicidad. Todavía no eres una de las mayores molestias de mi vida. Mi madre, en cambio... Pasé mi infancia temprana deseando alguna muestra de su amor, alguna tierna caricia de afecto, y en cambio siempre recibía frialdad y reprobación. Nada de lo que hacía la complacía. Pensé, durante muchos años, que se debía a que yo era un mal hijo. ¡Entonces, repentinamente, entendí que se debía a que ella era una mala madre! No era a mí a quien odiaba, sino a mi padre. Así que un año, mientras yo estaba lejos, en la escuela, consiguió un amante -y eligió bien, es un hombre muy fino a quien respeto muchísimo- y quedó embarazada y dio a luz a un monstruo.

- ¿Deforme? -preguntó Calvin, curioso.

- Sólo moralmente. En cuanto al resto es bastante atractivo, y mi madre lo adora. Cada vez que la veo adulándolo, elogiándolo, riéndose de sus pequeñas e ingeniosas travesuras, me dan ganas de hacer lo que hicieron los hermanos de José y lanzarlo a un pozo, excepto porque yo nunca sería tan blandengue como para sacarlo y venderlo como un simple esclavo. Probablemente también será alto, y mi madre verá que tenga completo acceso a su fortuna, no como yo, que

me veo obligado a vivir de la renta miserable que me da mi padre, los adelantos que puedo arrancar a mis publicistas, y los generosos arrebatos de las mujeres para las que soy el dios del amor. Después de meditarlo cuidadosamente, he llegado a la conclusión de que Caín, como Prometeo, fue uno de los grandes benefactores de la humanidad, por lo que desde luego debe ser interminablemente torturado por Dios, o al menos hacer gala de una fea espinilla en la frente. Porque fue Caín quien nos enseñó que algunos hermanos sencillamente no se pueden soportar, y la única solución es matarlos o hacer que los maten. Siendo un hombre predispuesto a la pereza, me inclino por la segunda opción. Además, uno no puede vestir ropa elegante en prisión, y después de ser guillotinado por asesinato, los collares no se sostienen apropiadamente; siempre se caen hacia un lado u otro. Así que o bien contrataré a alguien que lo haga o me ocuparé de que sea empleado en algún miserable puesto clerical en una colonia lejana. Tengo en mente Reunión, en el Océano Índico; mi única objeción es que su marca en el globo terráqueo es lo bastante grande como para que Henry no pueda ver la circunferencia entera de su isla hogar de una sola vez. Quiero que se sienta en prisión cada momento de la vigilia. Supongo que eso es poco caritativo de mi parte.

¿Poco caritativo? Calvin rió con deleite, y agasajó a Honor retribuyéndole con historias de su propio horrible hermano.

- Bien, entonces -dijo Honor-, debes destruirlo, por supuesto. ¿Qué estás haciendo aquí, en París, con un magnífico proyecto como ése en las manos?!

- Estoy aprendiendo de Napoleón cómo gobernar a los hombres. Para que cuando mi hermano construya su Ciudad de Cristal, yo pueda quitársela.

- ¡Quitársela! Qué escasas aspiraciones -dijo Honor-. ¿Qué hay de bueno en quitársela? ¿Por qué hacerlo?

- Porque la construyó -dijo Calvin-, o la construirá, y entonces tendrá que verme reinar sobre todo lo que construyó.

- Piensas eso porque eres una persona mala por naturaleza, Calvin, y no entiendes a la gente buena. Para ti, el fin de la existencia es controlar cosas, y por eso nunca construirás nada, sino que más bien tratarás de tomar el control de lo que ya existe. Tu hermano, sin embargo, es un Hacedor por naturaleza, según lo explicas; por tanto lo que le importa no es quien gobierna, sino lo que existe. Así que si le quitas el dominio de la Ciudad de Cristal -cuando la construya- no habrás logrado nada, porque aún se regocijará de que la ciudad exista, sin importar quién la gobierne. No, no hay nada más que puedas hacer excepto dejar que la ciudad se alce hasta lo más alto... y luego echarla abajo hasta que sea un inútil montón de escombros tal que nunca pueda alzarse de nuevo.

Calvin estaba aporreado. Nunca había pensado las cosas de ese modo, y no le hacía sentir bien.

- Honor, estás bromeando, estoy seguro. Tú haces cosas... tus novelas, al menos.

- Y si me odieras, no me quitarías simplemente los derechos de autor... mis acreedores ya lo hacen, muchas gracias. No, tomarías los mismos libros, robarías el registro de propiedad, y luego los revisarías y los corregirías hasta que no quedara en ellos nada de verdad o belleza o, más específicamente, nada de mi genio, y entonces continuarías publicándolos bajo mi nombre, aumentando mi

vergüenza con cada copia vendida. La gente leería y diría, “¡Honor de Balzac, vaya idiota!”. Así es como me destruirías.

- No soy un personaje de una de tus novelas.

- Es una lástima. Tus diálogos serían más interesantes si lo fueras.

- ¿Entonces crees que aquí estoy perdiendo el tiempo?

- Creo que estás a punto de perder tu tiempo. Napoleón no es tonto. Nunca te dará herramientas lo bastante poderosas como para desafiarlo. ¡Así que vete!

- ¿Cómo puedo irme, si depende de mí para aliviar el dolor de la gota? Nunca llegaría a la frontera.

- Entonces curálo del mismo modo que solías curar a aquellos pobres pordioseros... ésa fue una cosa bastante cruel de tu parte, por cierto, algo miserablemente egoísta, ¿o cómo creías que iban a alimentar a sus hijos sin alguna herida supurante con que provocar la piedad de los transeúntes y escatimarles un par de monedas? Aquellos de nosotros que estábamos al tanto de tu solitaria misión mesiánica tuvimos que ir detrás de ti, cortando las piernas de tus víctimas para que pudieran continuar ganándose la vida.

Calvin estaba horrorizado.

- ¡¿Cómo pudiste hacer algo así?!

Honor lanzó una carcajada.

- ¡Estoy bromeando, simplón americano de mente literal!

- No puedo curar la gota -dijo Calvin, regresando al asunto que le interesaba: su futuro.

- ¿Por qué no?

- He tratado de entender cómo se causan las enfermedades. Las heridas son fáciles. Las infecciones también. Si te concentras, al menos. Las enfermedades me han tomado semanas. Parecen ser causadas por criaturas diminutas, tan pequeñas que no puedo verlas individualmente, sólo en masa. A ésas las puedo destruir con relativa facilidad, y sanar la enfermedad, o al menos debilitarla un poco y darle al cuerpo una oportunidad de derrotarla por sí mismo. Pero no todas las enfermedades son causadas por esas pequeñas bestias. La gota me confunde completamente. No tengo idea de qué la causa, y por tanto no puedo curarla.

Honor agitó su enorme cabeza.

- Calvin, tienes unos talentos innatos extraordinarios, pero es un desperdicio que te hayan sido otorgados precisamente a ti. Cuando digo que debes sanar a Napoleón, por supuesto que no me importa si realmente puedes curar la gota. No es la gota lo que le molesta. Es el dolor de la gota. ¡Y realmente curas eso cada día! ¡Así que anda y cúralo de una vez por todas, agradece a Napoleón sus lecciones, y sal de Francia tan rápido como puedas! ¡Termina de una vez! ¡Vuelve a enfocarte en el propósito de tu vida! Te diré esto... incluso te pagaré el pasaje a América. No, iré más lejos. Te acompañaré a América, y añadiré el estudio de esa maravillosamente ruda y vigorosa gente a mi vasta colección de conocimientos sobre la humanidad. Con tu talento y mi genio, ¿qué no podríamos lograr?

- Nada -dijo Calvin felizmente. Estaba especialmente feliz porque no hacía ni cinco minutos que había decidido que quería que Honor lo acompañara a América, y así, mediante los gestos más imperceptibles, mediante ciertas miradas y señales de las que Honor nunca se había percatado, había conseguido agradarle al joven novelista, había logrado emocionarlo sobre la tarea que Calvin debía lograr, hasta que quiso tanto ser parte de ella que iría a América con él. Y lo mejor

de todo, Calvin lo había manejado todo tan hábilmente que Honor obviamente no tenía ni idea de que lo había manipulado.

Mientras tanto, la idea de Honor de curar el dolor de Napoleón de una vez y para siempre le había resultado atractiva. Aquel lugar del cerebro en que residía el dolor aún lo estaba esperando. Sólo que en lugar de estimularlo, todo lo que tenía que hacer era cauterizarlo. No sólo curaría la gota de Napoleón, sino también todos los otros dolores que pudieran aquejarlo en el futuro.

Así que, habiéndolo pensado, habiendo decidido hacerlo, esa noche Calvin actuó. Y en la mañana, cuando se presentó ante el Emperador, vio al instante que el Emperador sabía lo que había hecho.

- Me corté esta mañana, afilando un lápiz -dijo Napoleón-. Sólo me di cuenta cuando vi la sangre. No sentí ningún dolor.

- Excelente -dijo Calvin-. Finalmente descubrí el modo de acabar con el dolor de la gota de una vez y para siempre. Implicó eliminar todo tipo de dolor por el resto de su vida, pero es difícil imaginar que podría importarle.

Napoleón desvió la mirada.

- Fue difícil para Midas imaginar que podría no querer que todo lo que tocara se convirtiera en oro. Pude haberme desangrado hasta la muerte por no sentir el dolor.

- ¿Está reprochándomelo? -dijo Calvin-. Le doy algo por lo que rezan millones de personas, vivir una vida libre de dolor, ¿y me lo reprocha? Usted es el Emperador... asigne a un sirviente para que lo vigile día y noche y se asegure de que no se desangra hasta la muerte sin querer.

- ¿Es permanente? -preguntó Napoleón.

- No puedo curar la gota... la enfermedad es demasiado sutil para mí. Nunca pretendí ser perfecto. Pero el dolor sí lo podía curar, así que lo hice. Lo curé ahora y para siempre. Si hice mal, le devolveré el dolor lo mejor que pueda. No será una operación agradable, pero creo que puedo volver al equilibrio que había antes. ¿Intermitente, no? ¿Un mes de gota, y luego una semana libre de ella, y entonces otro mes?

- Te has vuelto descarado.

- No señor, simplemente hablo mejor el francés, y por tanto mi descaro natural se nota más claramente.

- ¿Qué me impide echarle, entonces? ¿O hacerte matar, ahora que no te necesito más?

- Nada le ha impedido nunca hacer tales cosas -dijo Calvin-. Pero usted no asesina gente innecesariamente, y en cuanto a echarme... ¿bien, cuál es el problema? Estoy listo para partir. Añoro América. Mi familia está allí.

Napoleón asintió.

- Ya veo. Decidiste partir, y entonces finalmente curaste mi dolor.

- Mi adorado Emperador, es injusto conmigo -dijo Calvin-. Descubrí que podía curarlo, y entonces decidí partir.

- Aún tengo mucho que enseñarte.

- Y yo tengo mucho que aprender. Pero creo que no soy lo bastante listo para aprender de usted... por varias de las últimas semanas usted me ha enseñado y enseñado, y pese a ello me sigo sintiendo como si no hubiera aprendido nada nuevo. Sencillamente no soy un pupilo lo bastante inteligente para aprovechar sus lecciones. ¿Por qué debería quedarme?

Napoleón sonrió.

- Bien hecho. Muy bien hecho. Si no fuera Napoleón, me hubieras tenido en la palma de la mano. De hecho, probablemente pague tu pasaje a América.

- Tenía la esperanza de que lo hiciera, de cualquier modo, en agradecimiento a una vida libre de dolor.

- Los emperadores no pueden permitirse emociones tan triviales como la gratitud. Si pago tu pasaje no es porque te esté agradecido, es porque pienso que servirá mejor a mi propósito que te marches vivo que, digamos, te quedes vivo aquí o, tal vez, te quedes muerto o, la posibilidad más difícil, te vayas muerto - Napoleón sonrió.

Calvin le sonrió de vuelta. Se entendían mutuamente, el Emperador y el joven Hacedor. Se habían usado el uno al otro, y ahora que habían terminado con eso se separarían... pero con estilo.

- Tomaré el tren a la costa hoy mismo, con su consentimiento, señor.

- ¡Mi consentimiento! ¡Tienes más que mi consentimiento! Mis sirvientes ya han empacado tus maletas, que sin duda deben estar en la estación mientras hablamos - Napoleón sonrió, se tocó el flequillo en un saludo imaginario, y luego observó a Calvin salir de la habitación.

Calvin el Hacedor americano y Honor Balzac, el molestosamente ambicioso joven escritor, ambos fuera del país el mismo día. Y libre también del dolor de la gota.

Tendré que tener cuidado con el baño. Podría escaldarme hasta la muerte sin saberlo. Tendré que hacer que alguien se meta al agua antes que yo. Creo que conozco a la joven sirvienta que debería hacerlo. Habrá que cepillarla primero, para que no me ensucie el agua. Será interesante descubrir cuánto del placer del baño proviene del leve dolor causado por el agua caliente. ¿Y era el dolor una parte del placer sexual? Resultaría enfurecedor que el chico haya interferido con eso. Napoleón haría que lo buscaran y lo mataran, si el muchacho le había arruinado ese deporte.

El conteo de los votos en Río Hatrack no tomó mucho tiempo... para las nueve de la noche del viernes, el encargado de las elecciones anunció la victoria decisiva de Tippy-Canoe, el viejo Mano Roja Harrison, en el condado. Algunos habían bebido todo el día de la elección; ahora el licor empezó a fluir en serio. Siendo cabeza de distrito, Hatrack atrajo a muchos granjeros de los alrededores y villas más pequeñas, para los cuales Hatrack era la metrópolis más cercana, con casi mil habitantes; a las diez de la noche ya había dos veces ese número. De cada uno de los condados vecinos y de algunos de más allá del río, llegó la noticia de que Tippy-Canoe también estaba ganando allí, las armas eran disparadas y se soltaban las lenguas, lo que dio lugar a varias peleas y a un montón de tráfico hacia adentro y afuera de la cárcel.

Po Doggly entró a eso de las diez y media y le preguntó a Alvin si le importaría mucho salir en libertad bajo palabra para pasar la noche en la hostería - Horace Guester pagaría la fianza, y él juraría solemnemente que etcétera etcétera - porque la cárcel se necesitaba para meter borrachos peleadores, a razón de diez por celda. Alvin prestó juramento y Horace y Verily lo escoltaron a través de los callejones hasta la hostería. Había mucho baile y bebida en la sala común de la

hostería, pero no del tipo pendenciero que predominaba en lugares más toscos y en la calle, donde los vagones llenos de licor estaban haciendo un excelente negocio. La fiesta de Horace, como siempre, era para los locales de la variedad más civilizada. Aún así, no le haría ningún bien a Alvin ser visto allí e iniciar nuevos rumores, especialmente teniendo en cuenta que era probable que hubiera algunos en las multitudes que infestaban Río Hatrack que no fueran amigos particulares de Alvin... y un par que fueran amigos particulares de Pacífico. Por no mencionar que siempre habría un amigo particular de cualquier cantidad de oro que pudiera obtenerse mediante el robo o la violencia. Alvin subió por las escaleras traseras, y aun así metió la cabeza entre los hombros y se cubrió el rostro y no dijo ni una palabra en todo el trayecto.

Una vez arriba, en el dormitorio del propio Horace, donde Arturo Estuardo y Mesura ya habían extendido sus colchones, Alvin recorrió la habitación, tocando las paredes, la suave cama, la ventana, como si nunca antes hubiera visto tales cosas.

- Incluso estar escondido aquí arriba -dijo Alvin-, es mejor que una celda. Espero no volver a estar en un lugar como ése nunca más.

- No sé cómo lo has aguantado hasta ahora -dijo Horace-. Yo me hubiera vuelto loco en una semana.

- ¿Quién dice que él no lo hizo? -dijo Mesura.

Alvin rió y estuvo de acuerdo.

- Fue una locura no dejar a Verily seguir con sus planes, eso es seguro -dijo Alvin.

- No, no -dijo Verily-. Tenías razón, lo hiciste bien en tu propia defensa.

- ¿Pero y si no hubiera descubierto cómo hacer que se oyera la voz de la salamandra? He estado pensando en ello desde ayer. ¿Y si no lo hubiera logrado? Todo el mundo estaba hablando de cómo yo podría hacer cualquier cosa, como si pudiera volar o hacer milagros en la luna sólo pensándolo. Ojalá pudiera hacerlo. A veces desearía poder hacerlo. La opinión del jurado sigue reñida, ¿no es así, Verily?

Verily estuvo de acuerdo en que así era. Pero todos sabían que ya no era probable que lo culparan de nada... asumiendo, por supuesto, que la lámina de piedra todavía estuviera en el lugar que Hank Dowser había señalado para cavar el pozo. El verdadero daño lo recibiría su buen nombre. El verdadero daño lo recibiría la Ciudad de Cristal, que ahora sería más difícil de construir debido a todas las historias que se contarían sobre cómo Alvin Smith sedujo a jóvenes muchachas y mujeres maduras y atravesó las paredes para llegar a ellas. No importaría que la historia hubiera resultado ser todo mentiras e insensateces... siempre habría tipos lo bastante estúpidos para decir, "Donde hay humo hay fuego", cuando lo que deberían decir es, "Donde hay mentiras escandalosas siempre hay crédulos malintencionados y chismosos, sin importar la evidencia".

El jaleo y el griterío de la calle, donde los jóvenes o los viejos borrachos cabalgaban a mata caballo arriba y abajo hasta que el Sheriff Doggly o algún asistente pudiera o bien detener al animal o pegarle un tiro, garantizó que nadie pudiera pegar ojo, o no hasta bien tarde, al menos. Así que aún estaban todos despiertos, incluido Arturo Estuardo, cuando dos hombres más entraron a la sala común de la hostería, luciendo cansados y sucios tras un duro viaje. Esperaron en

el mostrador, con un tazón de sidra cada uno, hasta que Horace bajó las escaleras para ver cómo iban las cosas y los reconoció de inmediato.

- Vengan arriba, él está aquí, está arriba -susurró Horace, y los tres subieron las escaleras en un tris.

- Armadura -dijo Alvin, recibéndolo con un abrazo fraternal-. Mike -y Mike Fink también recibió un abrazo-. Eligieron una buena noche para regresar.

- Elegimos una maldita buena noche -dijo Fink-. Teníamos miedo de llegar demasiado tarde. El plan era sacarte de la cárcel y colgarte como parte de las festividades de la noche de la elección. Me alegro que el sheriff lo pensara antes.

- Sólo necesitaba espacio para los borrachos y los alborotadores -dijo Alvin-. No creo que tuviera ninguna sospecha sobre un plan.

- Hay veinte hombres aquí -dijo Fink-. Veinte como mínimo, todos ellos bien pagados y embriagados. Espero que pagados lo suficientemente bien para que se hayan embriagado tanto que se caigan de bruses, vomiten y se vayan a la cama, y luego se marchen a Cartago en la mañana.

- Lo dudo -dijo Mesura-. He estado involucrado en otros planes contra Alvin anteriormente. Una vez alguien realmente me hizo pedazos.

Fink volvió a mirarlo.

- No eras tan alto entonces -dijo-. De verdad me avergoncé de lo que te hice -dijo-. Fue lo peor que he hecho nunca.

- No me morí -dijo Mesura.

- No porque me haya faltado empeño -dijo Fink.

Verily estaba espantado.

- ¿Quieres decir que este hombre trató de matarte, Mesura?

- El Gobernador Harrison lo ordenó -dijo Mesura-. Y fue hace muchos años. Antes de que me casara. Antes de que Alvin viniera a Río Hatrack como aprendiz. Y si no recuerdo mal, Mike Fink era un poco más guapo en aquel entonces.

- No por dentro -dijo Fink-. Pero lo hice sin malicia, Mesura. Y después de que Harrison me hizo hacerte eso, lo abandoné, no quise más tratos con él. No sirve de nada, pero es la verdad, no soy un hombre que deja que alguien así sea su jefe, no más. Si pensara que eres el tipo de hombre que se cobra las deudas, no huiría, te dejaría haserlo. Pero no eres 'sa clase de hombre.

- Como dije -respondió Mesura-, no fue nada. Aprendí algunas cosas ese día, y lo mismo hiciste tú. Ahora olvidémoslo. Ahora eres amigo de Alvin, y eso te hace amigo mío mientras seas leal y sincero.

Había lágrimas en los ojos de Mike Fink.

- Jesús mismo no podría ser más bueno conmigo. No lo merezco.

Mesura sostuvo su mano. Mike la tomó y la sostuvo también. Sólo por un segundo. Entonces estuvo listo y acabado, lo dejaron atrás y siguieron adelante.

- Descubrimos un par de cosas -dijo Armadura de Dios-. Pero me alegra que Mike estuviera conmigo. No es que haya tenido que emplear la violencia, pero hubo un par de veces que alguna gente no se tomó muy bien lo que les tenía que preguntar.

- Tiré a un tipo a un abrevadero de caballos -dijo Fink-, pero no traté de ahogarlo ni nada así que no creo que eso cuente.

Alvin rió.

- No, creo que eso fue jugar un poco, nada más.

- Hay algunos viejos amigos tuyos detrás de todo esto, Alvin -dijo Armadura de Dios-. La Cruzada por los Derechos de Propiedad consiste principalmente en el Reverendo Philadelphia Thrower y un par de oficinistas que abren y envían cartas. Pero hay gente adinerada detrás de él, y él está detrás de otra gente que necesita dinero.

- ¿Cómo quién? -preguntó Horace.

- Como uno de sus primeros y más antiguos y fieles contribuyentes, un tipo llamado Cabil Planter, que una vez tuvo una plantación en los Apalaches y aún se aferra a cierto sello como si fuera el vellocino de oro -dijo Armadura de Dios, echando una mirada a Arturo Estuardo.

Arturo asintió.

- Dices que ése es el hombre blanco que violó a mi mamá para hacerme a mí.

- Es lo más probable -dijo Armadura de Dios.

Alvin contempló a Arturo Estuardo.

- ¿Cómo sabes tú esas cosas?

- Lo oigo todo -dijo Arturo Estuardo-. Y no olvido nada. La gente hablaba de esas cosas cuando era demasiado pequeño para entenderlas, pero recordé las palabras y me las dije a mí mismo cuando fui mayor y pude entenderlas.

- Maldición -dijo Horace-. ¿Cómo íbamos Peg y yo a suponer que podría entenderlo más tarde?

- No hicieron nada malo -dijo Verily-. No pueden saber qué don tendrán sus hijos. Mis padres no pudieron predecir lo que haría, tampoco, aunque el cielo sabe que trataron de impedirme hacerlo. Si el don de Arturo Estuardo le permitió aprender cosas que resultan dolorosas, entonces debo decir también que su carácter interior fue lo suficientemente fuerte para lidiar con ello y permitirle crecer sin ningún problema.

- No tengo problemas, eso es verdad -dijo Arturo Estuardo-. Pero nunca lo llamaré papá. Le hizo daño a mi mamá y quiso hacerme un esclavo, y eso no lo hace un papá -miró a Horace Guster-. Mi propia mamá negra murió tratando de traerme aquí, a un verdadero papá y a una mamá que tomara su lugar cuando ella muriera.

Horace estiró la mano y le dio unas palmaditas a la mano del chico. Alvin sabía que a Horace nunca le había gustado que el muchacho lo llamara su padre, pero estaba claro que Horace se había resignado a ello. Tal vez era por lo que Arturo Estuardo había dicho hacía un momento, o tal vez era porque Alvin se había llevado al niño por un año y Horace estaba dándose cuenta de que su vida estaba más vacía sin este chico mestizo medio negro como su hijo.

- Así que este tal Cabil Planter es uno de los hombres adinerados detrás del pequeño grupito de Thrower -dijo Verily-. ¿Quién más?

- Un montón de nombres; sólo conseguimos unos cuantos, pero hay gente prominente en Cartago, y todos pertenecen a la facción pro-esclavitud, ya sea abierta o clandestinamente -dijo Armadura-. Y estoy bastante seguro de adónde va la mayor parte del dinero.

- Sabemos que una parte era el salario de Daniel Webster -dijo Alvin.

- Pero una parte mucho mayor fue para ayudar en la campaña a la presidencia de Asesino Blanco Harrison -dijo Armadura.

Todos se quedaron callados, y en el silencio se oyeron más disparos, más gritos, más relinchos de caballos, más festejos y más disturbios.

- Tippy-Canoe acaba de hacerse con otro condado -dijo Horace.

- Tal vez no le vaya tan bien en el este -dijo Alvin.

- ¿Quién sabe? -dijo Mesura-. Puedo garantizarte que no obtuvo ni un solo voto en Iglesia de Vigor. Pero con eso no basta para detener la marea.

- Está fuera de nuestro poder por ahora -dijo Alvin-. Los presidentes no son para siempre.

- Creo que lo importante aquí -dijo Verily-, es que la misma gente cuyo candidato a la presidencia acaba de ganar las elecciones está ahí afuera y te quiere muerto, Alvin.

- Yo me mantendría oculto un tiempo -dijo Mesura.

- Lo he estado haciendo -dijo Alvin-. He estado escondido tanto como puedo soportar.

- Estar en la cárcel para que ellos sepan exactamente dónde estás no es esconderse -dijo Mike Fink-. Tienes que ir adónde no piensen en ir a buscarte, o adonde si te encuentran no puedan hacerte ningún daño.

- El primer lugar en el que puedo pensar que cumpla esos requisitos es la tumba -dijo Alvin-, pero admito que aún no quiero ir allá.

Se oyó un leve rasgar en la puerta. Horace se acercó a ella, y susurró:

- ¿Quién está ahí?

- Peggy -se oyó la respuesta. Horace abrió la puerta y ella entró. Miró a los hombres reunidos a su alrededor y rió entre dientes - ¿Planeando el destino del mundo?

Muchos de ellos recordaban lo que había sucedido la última vez que estuvieron juntos como para que su tono casual fuera aceptado con facilidad. Sólo Armadura y Fink, que no estaban en la celda de Alvin aquella noche, la saludaron de buen humor. La informaron de todo lo que había pasado, incluyendo el hecho de que la victoria de Harrison era tomada por algo seguro en la ruta de Ciudad Cartago a Hatrack.

- ¿Saben lo que no creo que sea justo? -dijo Arturo Estuardo-. Ese viejo Mano Roja Harrison está dando vueltas por ahí fuera con las manos goteando sangre y lo hacen presidente, mientras Mesura tiene que estar aquí medio escondido y el resto de la buena gente de Iglesia de Vigor no se atreve a dejar el pueblo por esa maldición. A mí me parece que los buenos tipos son castigados y el peor de todos se va impune.

- Yo pienso igual -dijo Alvin-. Pero no es cosa mía.

- Puede que no y puede que sí -dijo Arturo Estuardo.

Todos lo observaron como si fuera una mancha en el piso.

- ¿Por qué es cosa de Alvin? -preguntó Verily.

- Ese jefe Rojo no está muerto, ¿verdad? -dijo Arturo Estuardo-. Ese Profeta Rojo que lanzó la maldición, ¿verdad? Bueno, si puso una maldición también la puede quitar, ¿no?

- Ya nadie puede hablar con los Rojos salvajes -dijo Mike Fink-. Pusieron niebla en el río y nadie puede cruzarlo. Ya ni siquiera hay más comercio con Nueva Orleans. Se me rompe el corazón.

- Tal vez nadie pueda cruzar el río -dijo Arturo Estuardo-. Pero Alvin sí.

Alvin sacudió la cabeza.

- No sé -dijo-. No lo creo. Además, no sé si Tenskwa Tawa verá las cosas como nosotros, Arturo. podría decir, "La gente Blanca de América está atrayendo su

propia destrucción al elegir a Asesino Blanco Harrison como líder. Pero la gente de Iglesia de Vigor se salvará de esa destrucción porque respetaron la maldición que les di". Y dirá que la maldición es en realidad una bendición.

- Si dice eso -dijo Mesura-, entonces no es un hombre tan bueno como creía.

- Ve las cosas de otro modo, eso es todo -dijo Alvin-. Sólo digo que no pueden estar seguros de lo que él diga.

- Tú tampoco puedes estar seguro -dijo Armadura de Dios.

- Estoy pensando algo, Alvin -dijo Mesura-. La Señorita Larnier aquí presente me dijo algo sobre cómo Arturo notó que hay mucha gente con buenos talentos en este lugar. Tal vez atraídos aquí porque fue donde tú naciste, o porque fue donde hiciste el arado. Y están todos a los que has estado enseñando en Vigor, gente que tal vez no tiene un don tan poderoso pero que sabe lo que tú les enseñaste, saben cómo vivir. Y también tengo mi propia idea de que tal vez la maldición nos obligó a todos a vivir juntos allí, para que tuviéramos que llevarnos bien sí o sí, y aprendiéramos a hacer las paces entre nosotros. Si la maldición fuera retirada de la gente de Iglesia de Vigor, los que quisieran podrían venir aquí y enseñar a los que tienen los dones. Y enseñarles de paso a vivir juntos en armonía.

- O la gente de este lugar podría ir allá -dijo Alvin-. Aun cuando siguiera la maldición.

Mesura meneó la cabeza.

- Hay como un centenar o más personas en Iglesia de Vigor que ya están tratando de seguir la senda del Hacedor. Nadie aquí sabe ni siquiera qué senda es ésta, realmente. Así que si le dijeras a la gente de Vigor, por favor vengan a Hatrack, vendrían; pero si dijeras a los de Hatrack, por favor vengan a Vigor, se reirían.

- Pero el río está envuelto en niebla -dijo Mike Fink-, y la maldición sigue en su lugar.

- Si se trata de eso -dijo la Señorita Larnier-, puede haber otra forma de hablar con Tenskwawata sin cruzar el río.

- ¿Tienes una paloma que sabe el camino a la tienda del Profeta Rojo? -preguntó Horace en plan de mofa.

- Conozco a una tejedora -dijo la Señorita Larnier-, que tiene una puerta que se abre hacia el oeste, y conozco a un hombre llamado Isaac que usa esa puerta -miró a Alvin, y él asintió.

- No sé de qué están hablando -dijo Mesura-, pero si crees que puedes hablar con Tenskwawata, entonces espero que lo hagas. Espero que sí.

- Lo haré por ti -dijo Alvin-. Por tu bien y el bien de mi familia y amigos en Iglesia de Vigor, le preguntaré, aunque tema que la respuesta pueda ser peor que no.

- ¿Qué podría ser peor que no? -preguntó Arturo Estuardo.

- Podría perder un amigo -dijo Alvin-. Pero cuando debo elegir entre ese amigo, y la gente de Vigor y la esperanza de que puedan enseñar a otros a ser Hacedores y ayudar a construir la Ciudad de Cristal... entonces no veo qué opción me queda. Era un niño cuando fui allá, sin embargo, a la casa de la tejedora -se quedó en silencio un momento-. La Señorita Larnier conoce el camino. Si quisiera guiarme hasta allí... -fue su turno de mirarla, expectante. Tras un momento de duda, ella asintió.

- De un modo u otro, sin embargo -dijo Verily Cooper-, dejarás este lugar tan pronto como termine el juicio.

- Gane o pierda -dijo Alvin-. Gane o pierda.

- Y si alguien trata de detenerlo o hacerle daño, primero tendrá que vérselas conmigo -dijo Mike Fink-. Voy contigo, Alvin, a donde sea que vayas. Si esta gente tiene al presidente en el bolsillo, van a ser mucho más peligrosos y no vas a ningún lado sin que yo te cuide la espalda.

- Desearía ser más joven -dijo Armadura de Dios-. Desearía ser más joven.

- No quiero viajar solo -dijo Alvin-. Pero hay trabajo que hacer aquí, especialmente si se levanta la maldición. Y ustedes también tienen responsabilidades, hombres casados. Son sólo los solteros, en realidad, los que son libres de viajar como yo tendré que hacerlo. Sea lo que sea lo que encuentre en la casa de la tejedora, pase lo que pase cuando y si hablo con Tenskwa Tawa, aún tengo que aprender cómo construir la Ciudad de Cristal.

- Quizás Tenskwa Tawa pueda decírtelo -dijo Mesura.

- Si lo sabe, entonces podría habérmelo dicho cuando éramos niños y estábamos con él -dijo Alvin.

- Yo no estoy casado -dijo Arturo Estuardo-. Voy contigo.

- Me parece bien -dijo Alvin-. Y Mike Fink, estaré feliz de que me acompañes, también.

- Yo tampoco estoy casado -dijo Verily Cooper.

Alvin lo observó extrañado.

- Verily, te has convertido en un querido amigo, pero eres un abogado, no un leñador o un comerciante ambulante, o una rata de río o lo que sea que seamos el resto de nosotros.

- Con mayor razón me necesitas -dijo Verily-. Habrá leyes y cortes, sheriffs y cárceles y mandatos donde sea que vayas. A veces necesitarás lo que Mike Fink puede ofrecerte. Y a veces me necesitarás a mí. No puedes negármelo, Alvin Smith. Vine aquí para aprender de ti.

- Mesura sabe todo lo que yo sé. Puede enseñarte tan bien como yo, y puedes ayudarlo a él.

Verily se miró los pies un momento.

- Mesura aprendió de ti, y tú de él, porque son hermanos y lo han sido por un largo tiempo. Espero que no se lo tome como una ofensa, se lo ruego, si digo que estaría feliz de tener una oportunidad de aprender directamente de ti por un tiempo, Alvin. No pretendo molestar a nadie al decir esto.

- No hay ninguna ofensa -dijo Mesura-. Si no lo hubiera dicho usted, lo hubiera hecho yo.

- Entonces estos tres irán conmigo hasta el final del viaje -dijo Alvin-. Y la Señorita Larner me acompañará hasta la casa de Becca Weaver.

- Yo también iré -dijo Armadura de Dios-. No todo el camino, pero al menos hasta la tejedora. Así podré traer las noticias de lo que diga Tenskwa Tawa. Espero que perdonen mi vanidad, pero me gustaría mucho ser el que lleve las buenas noticias a Iglesia de Vigor, si la maldición desaparece.

- ¿Y si no lo hace?

- Entonces también deben saber eso, y de mi boca.

- Entonces nuestro plan ya está listo, tal cual -dijo Alvin.

- Todo excepto cómo sacarte vivo de Río Hatrack, con todos esos matones y rufianes dando vueltas –dijo Verily Cooper.

- Oh, Armadura y yo ya pensamos en eso –dijo Mike Fink, con una sonrisa-. Y no tendremos que darle una paliza a casi nadie, tampoco, si tenemos suerte.

Había tanto gozo en el rostro de Mike Fink cuando lo dijo, sin embargo, que más de uno de los allí presentes se preguntó si Mike realmente pensaría que sería buena suerte no tener que pulverizar a alguien. Tampoco eran pocos los que no estaban seguros de no querer dar un par de puñetazos ellos mismos, en caso de que se llegara a las manos.

Fink y Armadura de Dios estaban a punto de bajar las escaleras con Horace, entonces, para refrescarse de su viaje antes de ir a la cama en el ático del Sr. Guester, un buen espacio limpio, pero uno que nunca alquilaba, en caso de que llegaran visitantes nocturnos inesperados, como éstos, cuando Mesura llamó:

- Mike Fink.

Fink se dio vuelta.

- Hay una historia que debo contarte antes de irme a la cama –dijo Mesura.

Mesura pareció confundido por un momento.

- Mesura está bajo la maldición –dijo Armadura de Dios-. Tiene que contártela o se irá a la cama con las manos llenas de sangre.

- Estuve a un paso de que la maldición me cayera encima a mí mismo –dijo Fink-. ¿Pero tú? ¿Cómo es que te afectó a ti?

- Fue su propia elección –dijo la Señorita Larner-. Pero eso no quiere decir que no se apliquen las mismas reglas.

- Pero yo ya conozco la historia.

- Eso hará todo más fácil –dijo Mesura-. Pero tengo que hacerlo.

- Volveré a subir cuando haya meao y comío –dijo Fink-. Con su perdón, señora.

Allí estaban, entonces, mirándose el uno al otro, Alvin y Peggy... pero nuevamente con Verily Cooper, Arturo Estuardo y Mesura observándolos a ellos.

- ¿No se cansan ustedes dos de hacer sus escenitas en frente de todo el mundo?

- No hay ninguna escena que representar –dijo la Señorita Larner.

- Qué pena –dijo Alvin-. Pensé que ésta era la parte de la obra en la que yo digo, Perdóname, y tú dices...

- Yo digo, No hay nada que perdonar.

- Y yo digo, Sí lo hay. Y tú dices, No lo hay. Sí lo hay, no lo hay, una y otra vez hasta que nos reímos a carcajadas.

Y Peggy rió a carcajadas.

- Yo tenía razón, no necesitabas testificar –dijo Alvin.

La expresión de ella cambió al instante.

- Escúchame bien, por Dios, porque también tenías razón, si hubiera llegado el momento, no hubiera sido cosa mía decirte si podrías testificar o no. No es cosa mía decidir cuándo debes hacer éste o este otro sacrificio, o si vale la pena. Decide tus propios sacrificios, y yo decidiré los míos. En vez de andar mandoneándote, simplemente debería decirte que esperarás a ver si yo puedo arreglármelas sola. Y tú dirías que sí, ¿verdad?

Lo miró a los ojos.

- Probablemente no –dijo Peggy-. Pero yo lo haría.

- Así que tal vez no somos tan cabezaduras, después de todo.

- Al día siguiente... no, dos días después... entonces es cuando no somos tan cabezaduras.

- Con eso bastará, si seguimos siendo amigos hasta que los ánimos se calmen un poco.

- No estás listo para el matrimonio, Alvin -dijo la Señorita Larnier-. Aún tienes muchas leguas que recorrer, y hasta que estés listo para construir la Ciudad de Cristal, no me necesitas. No voy a sentarme frente al hogar a suspirar por ti, ni voy a tratar de ir detrás de ti cuando los compañeros que necesitas son hombres como éstos. Habla conmigo cuando tu viaje haya terminado. Y entonces verás si todavía nos necesitamos mutuamente.

- ¿Entonces admites que nos necesitamos mutuamente en estos momentos?

- No voy a discutir contigo, Alvin. No te concedo nada, y las contradicciones penosas no serán explicadas ni corregidas.

- Estos hombres son testigos, Margaret. Te amaré por siempre. La familia que hagamos juntos, ésa será nuestra mejor Obra, mejor que el arado, mejor que la Ciudad de Cristal.

Ellá meneó la cabeza.

- Sé honesto contigo mismo, Alvin. La Ciudad de Cristal durará para siempre, si la construyes bien. Pero nuestra familia desaparecerá en un par de generaciones.

- ¿Entonces admites que tendremos una familia?

Ella sonrió.

- Deberías postularte a la presidencia, Alvin. Perderías, pero los debates serían entretenidos -se estaba volviendo hacia la puerta cuando ésta se abrió sin previo aviso. Era Po Doggly, con los ojos abiertos de par en par. Examinó la habitación hasta que vio a Alvin.

- ¡¿Qué están haciendo ahí sentados como si nada, y sin una sola pistola en la habitación?!

- No les iba a robar nada, ni ellos me iban a robar a mí -dijo Alvin-. No pensamos en traer armas con nosotros.

- Hubo una incursión en la cárcel. Un hombre que dice ser el padre de Amy Sump guió a la multitud y unos treinta hombre irrumpieron en la casa de tribunales, pasaron por encima de Billy Hunter y se apoderaron de las llaves. Arrastraron fuera a cada maldito prisionero y empezaron a golpearlos hasta que dijeran cuál de todos eras tú. Llegué antes de que mataran a alguien y los espanté a todos, pero no pueden irse muy lejos de la ciudad en una noche y no sé si alguien pueda decirles dónde estás, así que quiero que hoy duermas con armas.

- No se preocupe -dijo la Señorita Larnier-. No vendrán aquí esta noche.

Po la miró, y luego miró a Alvin.

- ¿Está segura?

- No ponga ni siquiera un guardia, Po -dijo La Señorita Larnier-. Sólo llamará la atención hacia la hostería. Los hombres contratados para matar a Alvin son todos unos cobardes, en realidad, y por eso tuvieron que emborracharse para hacer el intento. Esta noche dormirán a pierna suelta.

- ¿Y luego se irán?

- Asegúrese de que el juicio cuente con la protección adecuada, y después de eso, si Alvin es absuelto, dejará Río Hatrack y sus pesadillas habrán terminado.

- Irrumpieron en mi cárcel -dijo Doggly-. No sé quiénes son tus enemigos, muchacho, pero si yo fuera tú, me desharía de ese arado de oro.

- No es el arado -dijo Alvin-. Aunque algunos de ellos seguramente así lo creen. Pero con o sin arado, los que me quieren ver muerto enviarían tipos como esos a buscarme de todas formas.

- ¿Y tú, realmente no quieres mi protección? -preguntó Doggly.

Tanto Alvin como la Señorita Larner estuvieron de acuerdo en que no la necesitaban.

En cuanto Po se despidió y se dispuso a salir, la Señorita Larner deslizó su brazo bajo el de él.

- Lléveme abajo, por favor, y a la habitación que comparto con mi nueva amiga Ramona -ni siquiera le echó a Alvin una mirada por encima el hombro.

Mesura silbó una vez que la puerta se hubo cerrado.

- Alvin, ¿te está probando? ¿Sólo para asegurarse de que nunca golpearás a tu esposa, sin importar la provocación?

- Tengo la sensación de que aún no he visto una provocación -pero Alvin estaba sonriendo cuando lo dijo, y los demás se hicieron la idea de que a Alvin no le molestaba la idea de pelear con la Señorita Larner de vez en cuando... pelear con palabras, eso es, palabras y miradas, guiños y muecas.

Una vez que las velas fueron apagadas y la habitación quedó en la oscuridad y el silencio, con todos ellos acostados y deseosos de dormir, Alvin murmuró:

- Me pregunto que pretendían hacerme.

Nadie le preguntó a qué se refería; Mesura no tuvo que hacerlo.

- Pretendían matarte, Alvin. ¿Acaso importa de qué forma? Ahorcarte. Quemarte vivo. Meterte una docena de mosquetazos. ¿Realmente te importa la forma en la que mueras?

- Me gustaría ser un cadáver lo bastante decente como para que el ataúd pueda ser abierto y mis hijos puedan soportar mirarme y decirme adiós.

- Entonces estás soñando -dijo Mesura-. Porque ni siquiera ahora puedo imaginar a ninguna esposa o hijo que soportara mirarte, aunque me atrevería a decir que se despedirán bastante rápido.

- Espero que fueran a ahorcarme -dijo Alvin-. Si alguna vez ven que están a punto de ahorcarme, no pierdan su tiempo ni arriesguen sus vidas tratando de salvarme. Sólo vengan después de que hayan acabado conmigo, para que me puedan llevar a casa.

- Entonces no le tienes miedo a la soga -dijo Mesura.

- No le temo a la asfixia ni al ahogo -dijo Alvin-. Ni a una caída. Puedo reparar las roturas y hacer blandas las piedras debajo de mí. Pero el fuego... El fuego, la decapitación o demasiadas balas, eso puede acabar conmigo. Me serviría un poco de ayuda si ven que pretenden hacerme algo de eso.

- Trataré de recordarlo -dijo Mesura.

El lunes en la mañana tras la herrería, ya estaban todos reunidos a las diez en punto; pero desde el amanecer había guardias fuertemente armados alrededor del lugar. El juez arregló las cosas para que el jurado completo pudiera ver, tan bien como Marty Laws, Verily Cooper, Alvin Smith, Pacífico Smith y Hank Dowser.

- Esta corte entra en sesión -dijo el juez en voz bien alta-. Ahora, Hank Dowser, muéstranos el lugar exacto que marcó.

Verily Cooper habló.

- ¿Cómo sabemos que marcará el mismo lugar?

- Porque buscaré de nuevo la corriente -dijo Hank Dowser-, y el mismo punto seguirá siendo el mejor.

Alvin habló entonces.

- Hay agua todo alrededor. No hay ningún lugar que pueda elegir en el que no encuentre agua si cava lo suficiente.

Hank Dowser se volvió hacia él y lo miró.

- ¡Ahí lo tienen! ¡No respeta el don de ningún hombre sino el propio! ¿Crees que no sé que hay agua casi en todos lados? La cuestión es, ¿es pura el agua? ¿Está cerca de la superficie? Eso es lo que yo encuentro... el pozo más superficial, el agua limpia. ¡Y te diré, mediante el uso de varas de nogal y de sauce, que el agua es más pura aquí, y más cercana a la superficie aquí, y entonces marcaré este lugar, como lo habría hecho hace más de un año! ¿Dígame, Alvin el Oficial, si es tan listo, es éste o no es éste el mismo punto que marqué, exactamente?

- Lo es -dijo Alvin, sonando un tanto avergonzado-. Y no pretendía insinuar que no fuera usted un verdadero buscador de corrientes subterráneas, señor.

- ¿¡Pero tampoco pretendiste no insinuarlo exactamente, verdad?!

- Lo siento -dijo Alvin-. El agua es más pura aquí, y está más cerca de la superficie, y verdaderamente encontró el mismo lugar dos veces, el punto exacto.

El juez intervino.

- Entonces, tras este poco convencional intercambio, que parece apropiado dado el poco convencional recinto en el que nos encontramos, ambos están de acuerdo en que éste es el sitio donde Alvin dice que cavó el primer pozo sin encontrar nada más que sólida roca impenetrable, y donde es opinión de Pacífico que no hay tal piedra, sino más bien un tesoro enterrado que Alvin robó y utilizó mientras contaba su historia de transformar el hierro en oro.

- ¡Por lo que sabemos debió esconder mi hierro aquí! -gritó Pacífico.

El juez suspiró.

- Pacífico, por favor, no me hagas mandarte de nuevo a la cárcel.

- Lo siento -murmuró Pacífico.

El juez hizo señas al grupo de cavadores que había empleado para hacer el trabajo. Su paga saldría de las arcas del condado, pero con cuatro de ellos trabajando a la vez no llevaría mucho tiempo descubrir quién estaba en lo correcto.

Cavaron y cavaron; la tierra volaba. Pero era una tierra seca, un poco mohosa debido a la última lluvia, de hacía una semana, y no había ni una señal de una napa subterránea. Y entonces: un sonido metálico.

- ¡El cofre del tesoro! -gritó Pacífico.

Unos momentos más tarde, después de raspar y forcejear un poco con la tierra, el capataz de los cavadores gritó:

- ¡Piedra sólida, su señoría! Tan lejos como podemos alcanzar. No es grava, tampoco... se siente como roca maciza, si alguna vez la vi.

La cara de Hank Dowser se puso colorada. Se las arregló para meterse en el hoyo y se deslizó bajo el lado más escarpado. Con su propio pañuelo barrió la tierra sobre la piedra. Tras examinarla por unos minutos, se puso en pie.

- Su Señoría, me disculpo con el Sr. Smith, y graciosamente, espero, como lo hizo él conmigo hace un instante. No sólo se trata de roca maciza –que yo no vi, pues nunca he encontrado antes una corriente de agua bajo una capa de roca como ésta- sino que también puedo ver marcas antiguas sobre la piedra, lo que me confirma que el joven aprendiz cavó en este lugar, como dice que lo hizo, y encontró piedra, como dice que lo hizo.

- ¡Eso no prueba que no haya encontrado oro en el camino! –gritó Pacífico.

- ¡Discursos finales! –dijo el juez.

- En cada particular que pudimos comprobar –dijo Verily Cooper-, Alvin Smith ha probado ser alguien sincero y confiable. Y todo lo único de lo que el condado puede acusarlo son las no probadas e improbables especulaciones de un hombre cuyo propósito principal parece ser poner sus manos encima de algún oro. No hay ningún testigo excepto Alvin mismo de cómo el oro fue convertido en arado, o de cómo el arado llegó a estar hecho de oro. Pero tenemos ocho testigos, por no mencionar a Su Señoría, a mí mismo y a mi respetado colega, y a Alvin mismo, que les juran que este arado no es solamente oro, sino que está vivo. ¿Qué posible interés de propiedad puede tener Pacífico Smith sobre un objeto que claramente se pertenece a sí mismo y sólo se mantiene en compañía de Alvin Smith para su propia protección? Tienen más que una duda razonable... Tienen la certeza de que mi cliente es un hombre honesto que no ha cometido ningún crimen, y que el arado debería permanecer junto a él.

Entonces fue el turno de Marty Laws. Parecía como si hubiera desayunado leche agria.

- Han escuchado a los testigos, han visto la evidencia, todos ustedes son hombres sabios y pueden resolver esto muy bien sin mi ayuda –dijo Laws-. Que Dios bendiga sus deliberaciones.

- ¿Ése es su discurso? –demandó Pacífico-. ¿Así es como administran justicia en este condado? ¡Votaré por su rival en las próximas elecciones locales, Marty Laws! ¡Les juro que no han oído el final de esto!

- Sheriff, arreste gentilmente al Sr. Pacífico Smith nuevamente, tres días esta vez, por desacato a la corte, y consideraré un cargo de intento de interferir con el curso de la justicia al amenazar a un juez en funciones con el propósito de influenciar el resultado de un caso.

- ¡Todos están contra mí! ¡Todos están juntos en esto! ¿Qué fue lo que hizo, Su Señoría, lo sobornó? ¿le ofreció compartir un poco de oro con usted?

- Rápido, Sheriff Doggly –dijo el juez-, antes de que me enoje con el hombre.

Cuando el griterío de Pacífico hubo disminuido lo bastante para proceder, el juez le preguntó al jurado:

- ¿Tenemos que andar todo el camino de vuelta hasta la corte y esperar un par de horas de deliberación? ¿O bastará con retirarnos un poco y dejarles hacer su trabajo aquí mismo?

El representante susurró algo a sus camaradas del jurado; susurraron de vuelta.

- Tenemos un veredicto unánime, Su Señoría.

- ¿Qué han decidido, etcétera, etcétera?

- Inocente de todos los cargos –dijo el representante del jurado.

- Estamos listos. Felicito a ambos abogados por un buen trabajo en un caso difícil. Y al jurado, mis felicitaciones por no dejarse embolinar la perdiz y ver la

verdad. Todos son buenos ciudadanos. Esta corte se levanta hasta la próxima vez que alguien traiga una estúpida acusación en contra de un hombre inocente, o al menos eso creo –el juez miró a su alrededor, a la gente que aún estaba allí-. Alvin, eres libre de irte –dijo-. Vámonos todos a casa.

Por supuesto que no se fueron todos; ni, estrictamente hablando, Alvin era libre. En ese momento, rodeado por una multitud y con doce asistentes del sheriff en guardia, estaba bastante a salvo. Pero en cuanto cogió el saco con el arado en su interior, casi pudo sentir la codicia de otros hombres dirigida hacia ese arado, hacia ese cálido y tembloroso oro.

No estaba pensando en ello, sin embargo. Estaba contemplando a Margaret Larner, cuyo brazo descansaba alrededor de la cintura de la joven Ramona. Alguien le estaba hablando a Alvin... Era Verily Cooper, notó, felicitándolo o algo, pero Verily lo entendería. Alvin puso una mano en el hombro de Verily, para hacerle saber que era un buen amigo aún cuando Alvin estaba a punto de alejarse de él. Y Alvin se encaminó hacia la Señorita Larner y Ramona.

En el último momento se puso tímido, y aunque sus ojos estuvieron fijos en Margaret a medida que avanzaba entre la multitud, fue a Ramona a quien habló cuando llegó donde estaban ellas.

- Señorita Ramona, fue valiente de su parte venir aquí, y honrado, también – estrechó su mano.

Ramona sonrió, pero ella también estaba un poco incómoda y nerviosa.

- Todo ese asunto con Amy fue mi culpa, creo. Me contó esas cosas sobre ti, y yo no quería creerla, lo que sólo sirvió para que insistiera más y más. Y se encaprichó tanto que por un rato creí que tal vez era cierto y entonces se lo conté a mis padres y así empezaron los rumores, pero luego cuando se metió con Thatch bajo la lona de la tienda de los fenómenos y salió embarazada pero balbuceando sobre cómo tú la habías dejado así, bueno, tuve mi oportunidad de arreglar las cosas, ¿no? ¡Y luego no tuve que testificar!

- Pero se lo contaste a mis amigos –dijo Alvin-, así que la gente que más me importa sabe la verdad, y no tuviste que herir a tu amiga Amy en el proceso –en el fondo de su mente, sin embargo, Alvin no podía deshacerse de la amarga certeza de que siempre habría alguien que creería su acusación, del mismo modo que estaba seguro de que ella nunca se retractaría. Seguiría contando esas mentiras sobre él, y al menos unas cuantas personas le creerían, y él sería conocido como un sirvergüenza o algo peor sin importar cuán limpia fuera su vida. Pero eso era leche derramada.

Ramona estaba sacudiendo la cabeza.

- No creo que sea más mi amiga.

- Pero tú eres su amiga le guste o no a ella. Tan buena amiga que incluso le harías daño antes que dejarla hacer daño a alguien más. Eso vale algo, en mi opinión.

En ese momento, Mike Fink y Armadura de Dios llegaron donde Alvin.

- ¡Cántanos esa canción que inventaste en la cárcel, Alvin!

De inmediato varios más pidieron la canción... era una especie de ocasión festiva.

- ¡Si Alvin no la canta, Arturo Estuardo se la sabe! -dijo alguien, y entonces allí estaba Arturo tirando del brazo de Alvin, y ambos cantaron juntos. La mayor parte del jurado aún estaba allí para escuchar el último verso:

*Confié en que la justicia no fallara. El jurado lo hizo bien.
Mañana voy a ganar el juicio, y cantaré mi canción en voz alta,
¡Es como una explosión de risas!*

Todos rieron y aplaudieron. Incluso la Señorita Lerner sonrió, y cuando Alvin la miró supo que ése era el momento, ahora o nunca.

- Tengo otro verso que nunca he cantado a nadie, pero quiero cantarlo ahora -dijo. Todos guardaron silencio otra vez para escuchar:

*Ahora de este lugar volaré con suavidad, y bajo mis botas,
mil tierras quedarán atrás, hasta que elijamos echar raíces,
mi amada dama y yo²⁰.*

Miró a Margaret con toda la intención que pudo reunir en su rostro, y todos silbaron y aplaudieron.

- Te amo, Margaret Lerner -dijo-. Te lo pregunté antes, pero lo haré de nuevo ahora. Estamos a punto de partir juntos en un viaje, y no se me ocurre ninguna buena razón por la que no pueda ser éste nuestro viaje de luna de miel. Permíteme ser tu esposo, Margaret. Todo lo bueno que hay en mí te pertenece, si me aceptas.

Ella parecía turbada.

- Me estás avergonzando, Alvin -murmuró.

Alvin se inclinó hacia ella y le habló al oído.

- Sé que tenemos tareas separadas que llevar a cabo, una vez que dejemos la casa de las tejedoras. Sé que nos esperan largas jornadas separados.

Ella sostuvo la cara de él entre las manos.

- No sabes lo que podrías encontrar en ese camino. Qué mujer podrías encontrar y amar mejor que a mí.

Alvin sintió una puñalada de miedo. ¿Era eso algo que ella había visto con su don de tea? ¿O solamente la preocupación que cualquier mujer podría sentir? Bien, era su futuro, ¿no? Y aún si ella había visto la posibilidad de que él amara a alguien más, eso no significaba que él tuviera que dejar que fuera cierto.

Alvin rodeó su cintura con sus largos brazos y la atrajo hacia sí; habló suavemente.

- Tú ves cosas en el futuro que yo no puedo ver. Déjame preguntarte como un hombre ordinario, y respóndeme como una mujer que sólo conoce el pasado y el presente. Deja que la promesa que te hago se encargue de vigilar el futuro.

Ella estaba a punto de objetar algo más, cuando él la besó levemente en los labios.

- Si eres mi esposa, entonces sea lo que sea lo que haya en mi futuro, puedo soportarlo, y haré mi mayor esfuerzo para ayudarte a soportarlo también. El juez está aquí mismo. Déjame empezar mi nueva vida de libertad contigo.

Por un instante, los ojos de Margaret lucieron pesados y tristes, como si viera algún terrible dolor y sufrimiento en el futuro de él. ¿O era en el de ella misma?

Entonces se lo sacudió de encima como si fuera sólo la sombra de una nube pasando sobre ella y el sol hubiera regresado. O como si hubiera decidido vivir una cierta vida, sin importar el costo, y ya no temiera lo que no podía evitarse. Sonrió, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

- No sabes lo que estás haciendo, Alvin, pero me siento orgullosa y feliz de tener tu amor, y seré tu esposa.

Alvin se volvió para mirar a los otros, y en voz alta gritó:

- ¡Dijo que sí! ¡Juez! ¡Que alguien detenga al juez! ¡Tiene una cosa más que hacer!

Mientras Peggy iba a buscar a su padre para que pudiera entregarla apropiadamente, Verily Cooper alcanzó al juez.

En el camino hacia donde Alvin esperaba, el juez puso un amistoso brazo sobre la espalda de Verily.

- Hijo, tiene usted una mente aguda, una mente de abogado, y apruebo eso. Pero hay algo sobre usted que le da dentera a cualquiera.

- Si supiera de qué se trata, señor, puede estar seguro de que dejaría de hacerlo.

- Me tomó un tiempo descubrirlo. Y no sé qué puede hacer al respecto. Lo que hace que la gente se enfade con usted desde el principio es que suena demasiado inglés y fino y educado, demonios.

Verily sonrió, y luego respondió en el acento vernáculo con el que había crecido, aquél que había pasado tantos años tratando de perder.

- Quiere decir, señor, que si hablo como un tipo común, ¿le gustaré más a la gente?

El juez aulló de risa.

- ¡A eso me refiero, hijo, aunque no sé si ese acento sea mucho mejor!

Y con eso llegaron al lugar donde se había preparado la ceremonia de bodas. Horace estaba en pie junto a su hija, y Arturo Estuardo hizo las veces del padrino de Alvin.

El juez se volvió hacia Po Doggly.

- Haga los honores, mi buen señor.

Po Doggly gritó de inmediato:

- ¿Hay alguien aquí tan idiota como para decir que existe algo que impida el matrimonio de este par de bondadosos y divinos ciudadanos? -se volvió hacia el juez-. Ni un alma, según veo, Juez.

Así que Alvin y Peggy se casaron, con Horace Guester a un lado y Arturo Estuardo en el otro, todos de pie allí mismo en la pradera junto a la herrería donde Alvin había servido como aprendiz. Justo al lado se alzaba la colina donde estaba la cabaña donde Peggy había vivido disfrazada de profesora; la misma cabaña donde, veintidós años antes, como una niña de cinco años, había visto el fuego de los corazones de una familia que luchaba contra la crecida del río Hatrack, y en el útero de la madre de esa familia había un bebé con un fuego tan brillante que la mareó, uno como nunca antes había visto. Había corrido entonces, bajado esa misma colina, corrido a esa misma herrería, llevado a Pacífico Smith y los otros hombres reunidos allí apresuradamente al río, para salvar a la familia. Todo empezó aquí, a un par de metros de este lugar. Y ahora estaba casada con él. Casada con el muchacho cuyo corazón refulgía como la estrella más brillante en su memoria, y en toda su vida desde entonces.

Hubo un baile esa noche en la hostería de Horace, pueden apostar, y Alvin tuvo que cantar su canción cinco veces más, y el último verso tres veces cada vez. Y esa noche cargó a su Margaret -suya ahora, como él era de ella-, con aquellos fuertes brazos de herrero, por las escaleras y hasta la habitación donde Margaret misma había sido concebida veintiocho años antes. Él fue torpe y ambos fueron tímidos, y no ayudó mucho que medio pueblo se la pasara animándoles afuera de la hostería hasta casi el amanecer, pero eran marido y mujer, hechos una sola carne tras haber sido durante tanto tiempo un solo corazón, aunque ella hubiera tratado de negarlo y él hubiera tratado de vivir sin ella. No importó que ella hubiera visto la tumba de él en su mente, y a ella misma y a sus hijos de pie alrededor, llorando. Esa escena era posible en cada noche de bodas; y al menos habrían niños; al menos habría una amorosa viuda para extrañarlo; al menos quedaría el recuerdo de esta noche, en lugar de una arrepentida soledad. Y en la mañana, cuando despertaron, ya no eran tan tímidos, ya no eran tan torpes, y él le dijo cosas que la hicieron sentirse más hermosa que cualquiera que hubiera vivido antes, y más amada, y no sé quién se atrevería a decir que en ese momento no fuera la más pura verdad.

18

Viajes

Dos días después estaban listos para partir. No mantuvieron en secreto el arriendo de un carruaje por parte de Armadura de Dios en Wheelwright, listo para recogerlos una vez que hubieran atravesado el Hio en el transbordador. Con eso bastaría para despistar a los más estúpidos. En cuanto a los más listos, bueno, Mike Fink tenía su propio plan, e incluso Margaret estuvo de acuerdo en que podría funcionar.

Muchos amigos fueron a la hostería durante toda la tarde para despedirse. Alvin, Peggy y Arturo eran bien conocidos por todos; Armadura de Dios tenía unos cuantos amigos allí, por sus viajes de negocios; y Verily había hecho algunos nuevos amigos, habiéndose convertido en el defensor del bando ganador en un juicio altamente emocional. Si Mike Fink tenía amigos locales, no eran del tipo que se presentaría en la hostería de Horace Guester; como Mike le confidenció a Verily Cooper, sus amigos eran en su mayoría los mismos hombres contratados por los enemigos de Alvin para matarlo y tomar el arado una vez que estuviera en el camino, al día siguiente.

Cuando el último amigo se hubo ido, Horace abrazó a su hija, a su nuevo nuero y al hijo adoptado que había ayudado a criar, estrechó las manos de Verily, Armadura y Mike, y luego se dedicó a hacer lo que siempre hacía, apagar las velas, echar leña al fuego, asegurarse de que todo estaba bien cerrado. Mientras tanto, Mesura ayudó a los viajeros, guiándolos, ligeramente cargados, silenciosamente escaleras abajo y hacia la salida trasera, siguiendo el camino a la más leve luz de la luna. Aun así, se dirigieron primero hacia el excusado, para que cualquiera que echara una mirada casual no sospechara nada raro, a menos que notara la cartera o el bolso que llevaba cada uno. Mientras, Mesura se mantenía alerta, en caso de alguien más tuviera la intención de atrapar a Alvin esa noche mientras se aliviaba en el baño. Se mantuvo alerta aun cuando Peggy Larner -¿o era la Buena Smith, ahora?- le aseguró que no había ni un alma observando la parte trasera de la casa.

- Toda mi enseñanza ahora está en tus manos, Mesura –susurró Alvin cuando estuvo a punto de dejar el porche para internarse en la noche-. Te dejo atrás esta vez, de nuevo, pero sabes que iniciamos juntos el verdadero viaje como verdaderos compañeros, y siempre será hasta el final.

Mesura lo escuchó, y se preguntó si Peggy le habría susurrado algo que había visto en su corazón, que Mesura se preocupaba de que Alvin olvidara cuánto lo amaba su hermano y lo mucho que deseaba acompañarlo en ese viaje, lado a lado. Pero no, Alvin no necesitaba que Peggy le dijera que tenía un hermano que era más fiel que la vida y más cierto que la muerte. Alvin besó la mejilla de su hermano y se fue, el último en partir.

Volvieron a encontrarse en los bosques tras el escusado. Alvin fue entre ellos, calmándolos con palabras suaves, tocándolos, y cada vez que los tocaba podían oír un poco más claramente, una especie de suave zumbido, ¿o era el sonido del viento, o la llamada de un lejano pajarillo, demasiado débil para oírse bien, o tal vez un distante coyote murmurando en sueños, o el suave roce de las patas de una ardilla en un árbol a un par de metros de distancia? Era una suerte de música, y finalmente no importó qué era lo que producía el sonido; se dejaron atrapar por el ritmo, todos tomándose de las manos, y Alvin a la cabeza del grupo. Se movieron con ligereza y seguridad, manteniendo el paso al ritmo de la música, deslizándose fácilmente entre los árboles, haciendo poco ruido, sin decir nada, maravillándose de cómo podían haber caminado antes por ese bosque sin adivinar que un sendero tan claro y bien marcado se encontraba bajo sus narices, excepto que cuando miraban atrás, no había ningún sendero, sólo los tupidos arbustos otra vez, porque el camino se abría de acuerdo al progreso de Alvin en el centro del Canto Verde, y tras su comitiva el bosque se relajaba de nuevo y adquiría su forma ordinaria.

Llegaron al río, donde Po Doggly esperaba, vigilando dos botes.

- Si no les importa –susurró-. Esta noche no soy ningún sheriff. Sólo hago lo que Horace y yo hicimos tantas veces en el pasado, mucho antes de que tuviera un cargo público... ayudar a quienes deberían ser libres a cruzar el río.

Po y Alvin remaron en uno de ellos, y Mike y Verily en el otro, porque aunque no estaba acostumbrado a esas labores, ningún remo de madera dejaría ni una ampolla en las manos de Verily. En silencio, flotaron a través del Hio. Sólo cuando llegaron al centro alguien se atrevió a hablar. Peggy, controlando el timón, le susurró a Alvin:

- ¿Podemos hablar un poco ahora?

- Con suavidad y en voz baja –dijo Alvin-. Y sin reirse.

¿Cómo sabía él que ella estaba a punto de reirse?

- Pasamos a una docena de ellos mientras atravesábamos el bosque, todos dormidos, esperando las primeras luces. Pero no hay nadie en la orilla opuesta, excepto el fuego que estamos buscando.

Alvin asintió, y mostró los pulgares hacia arriba a los hombres del otro bote.

Bordearon la orilla este del río por casi medio kilómetro antes de llegar al sitio que buscaban. En un tiempo había sido un embarcadero para botes y transbordadores pequeños, antes de que la niebla de los indios sobre el Mizzipy y la nueva línea del ferrocarril disminuyeran y luego detuvieran por completo la mayoría del tráfico fluvial. Ahora vivía allí una pareja de ancianos, en base a la

pesca y a lo que producía un pequeño huerto; no mucho, pero suficiente para cubrir sus necesidades.

El Dr. Whitley Physicker los estaba esperando en el patio delantero de la casa, con su carro y cuatro caballos de monta; había insistido en comprárselos o prestárselos él mismo, y rechazado cualquier idea de reembolso. También pagó a los viejos que habitaban allí por la molestia de recibir visitas a tan altas horas de la noche.

Había un hombre con él -Arturo Estuardo lo reconoció al instante y lo llamó por su nombre-. John Binder sonrió tímidamente y estrechó las manos de todos, como hizo Whitley Physicker.

- A mi edad no sirvo mucho para remar -explicó el Dr. Physicker-. Por eso John, un hombre confiable como ningún otro, estuvo de acuerdo en acompañarme, sin hacer preguntas. Supongo que todas las preguntas que no hizo ahora están contestadas.

Binder sonrió satisfecho.

- Así creo, todas menos una. Oí sobre cómo estaba enseñando cosas a la gente en Iglesia de Vigor, enseñando a Hacer, y esperaba que pudiera enseñar algo de eso aquí. Ahora se marcha.

Alvin lo tranquilizó.

- Mi hermano está alojado en la hostería. Nadie debe saber que está allí, pero si acude a Horace Guster y le dice que yo lo envié, le dejará subir y hablar con Mesura. Hay una dura historia que debe contarle...

- Conozco la maldición.

- Bueno, perfecto -dijo Alvin-. Porque una vez que la haya oído, Mesura podrá mostrarle lo que yo enseñaba en Iglesia de Vigor.

Po Daggly y John Binder empujaron los botes a la corriente y se alejaron de la orilla antes incluso de que los otros se hubieran montado a sus caballos o sentado apropiadamente en el carruaje; Whitley Physicker saludó desde el barca de Binder. Alvin estrechó las manos de la vieja pareja, que se había levantado para verlos partir. Entonces subió al asiento delantero del carro junto a Margaret; Verily y Arturo se sentaron detrás. Armadura y Mike montaron dos de los caballos; el caballo de Verily y el que Alvin y Arturo montarían juntos quedaron atados a la parte trasera del carro.

Cuando estaban a punto de partir, Mike acercó su caballo -pataleando y resoplando, ya que Mike era una carga robusta y no muy buen jinete- al costado del carruaje y le dijo a Alvin:

- ¡Bueno, el plan salió muy bien! ¡Esperaba dejar medio muerto de miedo a algún matón antes de que acabara la noche!

Peggy se inclinó y desde el otro lado del asiento delantero dijo:

- Verá su deseo cumplido como a una milla de aquí. Hay dos sujetos que vieron el carruaje del Dr. Physicker venir aquí esta tarde y se preguntaron qué estaría haciendo con cuatro caballos atados detrás. Sólo están vigilando el camino, pero aún si no nos detienen, darán la alarma y entonces seremos seguidos en vez de desaparecer sin dejar rastro.

- No los mates, Mike -dijo Alvin.

- No lo haré a menos que me obliguen -dijo Mike-. No te preocupes, ya no juego con las vidas de las personas -cabalgó hacia Armadura, le entregó las

riendas, y dijo:- Tome, lleve a esta chica con usted. Este tipo de trabajo lo hago mejor a pie –entonces desmontó y se alejó corriendo.

Según lo que puedo deducir de la narración de Mike Fink sobre el suceso –y tienen que entender que alguien que quiere que su historia sea fiel a la verdad, debe permitir un montón de fanfarronadas antes de decidir qué es cierto en una historia sobre las proezas heroicas de Mike Fink-, aquellos dos matones más listos que el promedio estaban echando una siesta con las espaldas apoyadas en los lados opuestos del mismo tocón, cuando de repente ambos sintieron que alguien casi les arrancaba los brazos y los levantaba en vilo tirando del cuello de las camisas, para luego golpearlos tan fuerte el uno contra el otro que sus narices sangraron y quedaron viendo estrellas.

- Tienen suerte de que haya tomao un voto de no violencia –dijo Mike Fink-, o ahora estarían revolcándose de dolor.

Puesto que ya estaban revolcándose y sufriendo bastante, no se sintieron con ánimo de descubrir qué era lo que aquel vagabundo nocturno consideraba dolor. En vez de eso, le obedecieron y se mantuvieron bien quietos mientras les ataba las manos con un par de metros de cuerda, de tal forma que la mano derecha de un hombre estaba atada al extremo de una cuerda que se anudaba a la izquierda del otro, con aproximadamente medio metro de cuerda entre ambos; y lo mismo hizo con las otras dos manos. Entonces Fink los hizo arrodillarse, cogió un enorme tronco, y lo tendió sobre las cuerdas que los unían. Lo que él era capaz de levantar por sí sólo, ellos eran incapaces de levantarlo juntos. Simplemente se quedaron arrodillados allí como si estuvieran rezándole al tronco, sus manos demasiado separadas para soñar siquiera con desatar los nudos.

- La próxima vez que quieran oro –dijo Fink-, deberían buscarse un pico y una pala y cavar por él, n'ves de esperar tiraos en la noche a que un tipo inosente pase y le roben y lo maten.

- No íbamos a robarle a nadie –balbuceó uno de los hombres.

- Seguro que no –dijo Fink-, porque cualquiera que quiera llegar a Alvin Smith tiene que pasar a través de mí, y les diré que hago mejor de pared que de ventana.

Después trotó de vuelta al camino, hizo señas a los otros, y esperó a que se acercaran para montar su caballo. En un par de minutos todo estuvo listo, y avanzaron con paso ligero hacia el sur a lo largo de una maraña de caminos que sorteaban completamente Wheelwright –incluyendo el lujoso carruaje vacío que los esperara todo el día junto al río, hasta que Horace Guster cruzó el río, se subió al carro, y lo empleó para comprar alimentos en el gran mercado del que Wheelwright se sentía feliz y orgulloso-. Fue entonces cuando los rufianes comprendieron que los habían engañado. Oh, algunos partieron en busca del grupo de Alvin, pero tenían todo un día de retraso, o casi, y ninguno de ellos encontró nada excepto una pareja de hombres arrodillados frente a un tronco con los traseros hacia el cielo.

Durante todo el viaje hacia la costa, Calvin temió ser abordado por las tropas de Napoleón, o que el carruaje fuera hecho pedazos por una bala de cañón o le prendieran fuego o algún otro horrible final. Por qué esperaba que Napoleón fuera desagradecido es algo que no sabía explicar. Tal vez se trataba simplemente de

una sensación general de inquietud. Ahí estaba, sin haber llegado siquiera a la veintena, y ya se había paseado por los salones de Londres y París, había pasado horas discutiendo a solas un millón de asuntos diferentes con el hombre más poderoso del mundo, había aprendido tantos de los secretos de ese poderoso hombre como éste había estado dispuesto a revelarles, hablaba francés si no fluídamente al menos competentemente, y durante todo el proceso había permanecido a un lado, a salvo, y el sueño de su vida, inalterado. Era un Hacedor, mucho más que Alvin, que se mantenía aislado en la ruda frontera de un inculto y advenedizo país que no podía apropiadamente llamarse nación; ¿a quién había conocido Alvin, excepto a otros especímenes locales como él mismo? Y sin embargo Calvin se sentía vagamente asustado ante la idea de volver a América. Algo estaba tratando de detenerlo. Algo no deseaba que Calvin fuera allá.

- Son los nervios -dijo Honor-. Enfrentarás a tu hermano. Ahora sabes que es sólo un payaso provinciano, pero sigue siendo tu némesis, la vara contra la que debes medirte. Además estás viajando conmigo, y eres constantemente consciente de la necesidad de dar una buena impresión.

- ¿Y por qué necesitaría impresionarte, Honor?

- Porque voy a escribir sobre ti algún día, amigo mío. Recuerda que el poder último es mío. Puedes decidir lo que harás en tu vida, hasta cierto punto. Pero yo decidiré lo que otros piensen de ti, y no sólo ahora sino mucho después de que estés muerto.

- Si es que alguien todavía lee tus novelas -dijo Calvin.

- No comprendes, mi querido patán. Lean o no mis novelas, mi juicio sobre tu vida quedará. Estas cosas adquieren vida por sí mismas. Nadie recuerda la fuente original, ni le interesa.

- Entonces la gente recordará sólo lo que digas de mí... y a ti no te recordarán en absoluto.

Honor rió.

- Oh, eso no lo sé, Calvin. Pretendo ser memorable. ¿Pero, me importa si seré recordado? Creo que no. He vivido sin el afecto de mi madre; ¿por qué debería anhelar el afecto de extraños que aún no nacen?

- No se trata de si será recordado - dijo Calvin-. Se trata de si cambiaste el mundo.

- Y el primer cambio que haré es: ¡Deben recordarme! -la voz de Honor sonó tan fuerte que el cochero corrió la cubierta y preguntó si querían algo de él-. Más velocidad -gritó Honor-, y menos baches. Oh, y cuando los caballos se alivien: menos olor.

El cochero gruñó y cerró la cortina.

- ¿No pretendes cambiar el mundo? -preguntó Calvin.

- ¿Cambiarlo? Un objetivo miserable, muestra de una ambición débil y poco aprecio por uno mismo. Tu hermano quiere construir una ciudad. Tú quieres echarla abajo frente a sus ojos. Yo soy el que tiene visión, Calvin. Yo pretendo crear un mundo. Un mundo más fascinante, absorbente, encantador, intricado, bello y real que este mundo.

- ¿Vas a superar a Dios?

- Dios pasó demasiado tiempo inmerso en la geología y la botánica. Para él, Adán fue una idea secundaria... "¿oh, por cierto, se encuentra el hombre sobre la

Tierra?”. Yo no cometeré ese error. Me concentraré en la gente, y dejaré que la ciencia se escurra por las grietas.

- La diferencia es que toda tu gente estará confinada a diminutas marcas negras sobre el papel –dijo Calvin.

- ¡Mi gente será más real que estas planas criaturas creadas por Dios! Yo, también, las haré a mi imagen y semejanza –pero más altas-, y tendrán una realidad más palpable, más vida interior, una mayor conexión con el mundo viviente que las rodea que estos peatones embarrados o los calculadores cortesanos de palacio o los fanfarrones soldados y los comerciantes jactanciosos que tienen en sus manos a París.

- En lugar de preocuparme porque el Emperador pueda detenernos, tal vez debería preocuparme porque nos pueda caer un rayo encima.

Pretendía ser una broma, pero Honor no sonrió.

- Calvin, si Dios fuera a matarte por cualquier cosa, a estas alturas ya estaría muerto. No pretendo saber si Dios existe, pero te diré esto... ¡el viejo ya está chocheando! El viejo habla con rudeza, pero es sólo un recuerdo. ¡Ya no tiene el poder! ¡No puede detenernos! ¡Oh, tal vez pueda borrarlos de su testamento, pero nosotros haremos nuestra propia fortuna y dejaremos que el anciano se haga a un lado si no quiere salpicar cuando lo lancemos al vacío!

- ¿Nunca tienes ni un momento de duda?

- Nunca –dijo Honor-. Vivo con la certeza constante del fracaso, y la certeza constante del genio. Es una especie de locura, pero la grandeza no es posible sin ella. Tu problema, Calvin, es que nunca te cuestionas nada realmente. Sientas lo que sientas, es el sentimiento correcto, así que te sientes así y más vale que todos se hagan a un lado. Mientras que yo me esfuerzo por cambiar mis sentimientos, porque mis sentimientos siempre son los equivocados. Por ejemplo, cuando se aproxima a una mujer que despierta su lujuria, el hombre tonto demuestra sus sentimientos y se asoma a un escote amplio o hace alguna propuesta atrevida que provoca una bofetada y lo aleja de las mejores fiestas por lo que queda del año. Pero el hombre sabio mira a la mujer a los ojos y le da serenatas sobre su extraordinaria hermosura y su gran sabiduría y la propia incapacidad para explicarle cuán merecido es su lugar en el centro exacto del universo. Ninguna mujer puede resistirse a eso, Calvin, y si puede, no vale la pena poseerla.

El carruaje se detuvo.

Honor abrió la puerta.

- ¡Huele el aire!

- Pescado podrido –dijo Calvin.

- ¡La costa! Me pregunto si vomitaré, y si lo hago, ¿afectará la brisa marina el color y la consistencia de mi vómito?

Calvin ignoró su deliberadamente grosera burla y se dispuso a bajar las maletas. Sabía muy bien que Honor sólo era grosero cuando no respetaba mucho a su compañía; con los aristócratas, Honor nunca decía nada que no fueran buenas frases y epigramas. Para el joven novelista hablarle a Calvin de ese modo era un signo no tanto de intimididad, sino de falta de respeto.

Cuando encontraron el barco apropiado con destino Canadá, Calvin le enseñó al capitán la carta que Napoleón le había dado. Contrariamente a sus peores temores, después de haber asistido a la producción de una recientemente

revisado y mejorado guión de Hamlet, en Londres, la carta no ordenó al capitán asesinar a Calvin y Honor al instante –aunque no había garantía alguna de que no tuvieran órdenes de estrangularlos y lanzarlos al mar cuando perdieran la tierra de vista–.

¿Por qué tengo tanto miedo?

- ¿Así que el tesorero del Emperador me reembolsará todos los gastos cuando regrese?

- Ése es el plan –dijo Honor-. Pero la verdad, amigo mío, sé cuán poco generosos pueden ser estos oficiales imperiales. Tome esto.

Le tendió al capitán un fajo de billetes. Calvin se sorprendió mucho.

- Todas estas semanas pretendiste ser pobre y estar endeudado hasta las orejas.

- ¡Soy pobre! Y estoy endeudado. ¿Si no debiera dinero, para qué me endurecería escribiendo? No, simplemente tomé prestado el valor de mi pasaje de mi madre y de mi padre –nunca hablan entre ellos, así que nunca lo descubrirán– y de dos de mis publicistas, prometiendo a cada uno un libro exclusivo sobre mis viajes en América.

- ¿Pediste prestado para pagar tu pasaje, sabiendo que el Emperador lo pagaría?

- Un hombre debe tener dinero para gastar, o no es un hombre –dijo Honor-. Tengo un paquete lleno, con el que tengo toda la intención de ser generoso contigo, así que espero que no condenes mis métodos.

- No eres lo que se dice terriblemente honesto, ¿verdad? –dijo Calvin, medio espantado, medio admirado.

- Me sorprendes, me hieres, me ofendes, te reto a un duelo y luego me enfermo de neumonía, así que no puedo asistir al encuentro, pero te urjo a seguir adelante sin mí. Ten en mente que gracias a que tenía este dinero, el capitán nos invitará a su camarote a cenar cada noche del viaje. Y en respuesta a tu pregunta, soy perfectamente honesto cuando estoy creando algo, pero las palabras de otro tipo son meras herramientas diseñadas para extraer lo que necesito de los bolsillos o las cuentas bancarias de aquellos que actual pero temporalmente lo poseen. Calvin, has pasado demasiado tiempo entre los puritanos. Y yo he pasado demasiado entre los hipócritas.

Fue Peggy la que encontró el desvío hacia Chapman Valley, y lo encontró fácilmente aunque no había ninguna señal y esta vez venía desde la otra dirección. Alvin y ella dejaron a los otros en el carro bajo el roble, ahora sin hojas, frente a la casa de las tejedoras. Para Peggy, regresar a ese lugar resultaba a la vez emocionante y vergonzoso. ¿Qué pensarían del modo en que habían resultado las cosas desde que la habían puesto en este camino?

Entonces, justo cuando levantaba la mano para tocar la puerta, recordó algo.

- Alvin –dijo-. Se me había olvidado, pero hay algo que Becca dijo cuando estuve aquí hace un par de meses.

- Si se te olvidó, entonces se supone que debías olvidarlo.

- Calvin y tú. Tienes que recuperar a Calvin, encontrarlo y recuperarlo antes de que se vuelva completamente contra el trabajo que estás haciendo.

Alvin sacudió la cabeza.

- Becca no lo sabe todo.
- ¿Y eso qué significa?
- ¿Qué te hace pensar que Calvin no fuera ya el enemigo de nuestra empresa antes de haber nacido?

- Eso no es posible -dijo Peggy-. Los bebés nacen puros e inocentes.
- ¿O remojados en pecado original? ¿Ésas son las opciones? No puedo creer que precisamente tú entre toda la gente creas eso, tú que pones las manos sobre la placenta y ves los futuros en el fuego del bebé. El niño ya es él mismo entonces, lo bueno y lo malo, listo para entrar al mundo y convertirse en aquello que más desea ser.

Ella lo miró de reojo.

- ¿Por qué es que cuando estamos solos, hablando de algo serio, no suenas tanto como un patán campestre?

- Porque tal vez aprendí todo lo que me enseñaste, sólo que también aprendí que no quiero perder el contacto con la gente común -dijo Alvin-. Son ellos los que van a construir la ciudad conmigo. Su lengua es mi lengua nativa... ¿por qué debería olvidarlo, sólo porque aprendí otra? ¿Cuánta gente educada crees tú que dejará sus cómodos hogares y educados amigos para venir y arremangarse la camisa y hacer algo con sus propias manos?

- No quiero tocar esta puerta -dijo Peggy-. Mi vida cambia cuando vengo a este lugar.

- No tienes que tocar -dijo Alvin. Alargó el brazo y giró la manilla. La puerta se abrió.

Cuando ya iba a entrar a la casa, Peggy lo tomó del brazo.

- ¡Alvin, no puedes simplemente entrar sin permiso!

- Si la puerta no estaba cerrada, entonces sí puedo -dijo Alvin-. ¿No comprendes lo que es este lugar? Éste es el lugar donde las cosas son como deben ser. No como el mundo ahí fuera, el mundo que ves en los corazones, el mundo de las cosas que pueden ser. Y no como el mundo dentro de mi cabeza, el mundo como podría ser. Ni como el mundo que fue concebido al principio en la mente de Dios, que es el mundo como debería ser.

Ella lo observó atravesar el umbral. No hubo alarma alguna en la casa, ni el más leve sonido de vida. Lo siguió. Joven como era, ese hombre que había vigilado desde su infancia, ese hombre cuyo corazón conocía más íntimamente que el propio, todavía podía sorprenderla con las cosas que hacía de repente sin pensar, porque sencillamente sabía que era lo correcto y que debía ser así.

La tela interminable seguía doblada y apilada, cada montón unido al siguiente, serpenteando entre los muebles, a través de los salones, escaleras arriba y escaleras abajo. Caminaron sobre ella.

- No hay polvo -dijo Peggy-. No lo noté la primera vez. No hay polvo sobre la tela.

- ¿Son buenas amas de casa?

- ¿Desempolvan toda esta tela?

- O quizás simplemente el tiempo no pasa sobre la tela. Desde siempre y por siempre existe en ese momento presente en que la lanzadera vuela de un lado al otro.

En cuanto dijo esas palabras, comenzaron a escuchar la lanzadera. Alguien debía haber abierto una puerta.

- ¿Becca? -llamó Peggy.

Siguieron el sonido a través de la casa hasta la antigua cabaña en el corazón de la casa, donde una puerta abierta conducía a la habitación del telar. Pero para sorpresa de Peggy, no era Becca quien estaba sentada allí. Era el niño. Su sobrino, el que había soñado con esto. Con practicada habilidad movió la lanzadera adelante y atrás.

- ¿Becca está...? -Peggy no se atrevía a terminar la pregunta... ¿muerta?

- Nah -dijo el chico-. Cambiamos un poco las reglas. No más sacrificio sin sentido. Usted lo hizo, ¿sabe? Vino aquí como un juez... bueno, su juicio fue escuchado. Tomé el turno un rato, así ella puede salir un poco.

- ¿Entonces eres tú con quien debemos hablar? -preguntó Alvin.

- Depende de lo que quieran. Yo no sé nada de nada, así que si quieren respuestas, yo no soy con quien deben hablar.

- Quiero usar la puerta que lleva a Ta-Kumsaw.

- ¿Quién? -preguntó el niño.

- Tu tío Isaac -dijo Peggy.

- Oh, claro -asintió con la cabeza-. Es ésa.

Alvin dio un paso hacia ella.

- ¿Alguna vez ha usado una de estas puertas? -preguntó el niño.

- No -dijo Alvin.

- Bueno entonces es bastante estúpido, yendo a pasar por ella como si fuera una puerta ordinaria.

- ¿Cuál es la diferencia? Sé que conduce a las tierras indias. Sé que lleva a la casa donde la hija de Ta-Kumsaw teje las vidas de los Rojos del oeste.

- Ésta es la parte complicada: cuando pase a través de la puerta, no puede dejar que ninguna parte de su cuerpo toque nada de este lugar, excepto aire. No puede rozar el dintel. No puede dejar un pie apoyado en el suelo. No es un paso a través de la puerta, es un salto.

- ¿Y qué pasa si alguna parte de mí toca algo?

- Entonces esa parte de este lugar tira un poco de usted, lo hace más lento, lo reduce, y en vez de pasar a través de la puerta con un solo movimiento fluido, lo hace convertido en un montón de pedazos. Y nadie puede juntarlos después de eso, Sr. Maker.

Peggy estaba horrorizada.

- Nunca pensé que fuera tan peligroso.

- Respirar también es peligroso -dijo el muchacho-, si respira algo que la ponga enferma -sonrió-. Los vi a los dos trenzarse en el telar. Felicitaciones.

- Gracias -dijo Alvin.

- Entonces, ¿cómo la llamo ahora, señora juez? -preguntó a Peggy el niño- ¿Buena Smith?

- La mayoría todavía me llama Peggy Larner. Sólo que ahora dicen "Sora" Larner, no Señorita.

- Yo la llamo Margaret -dijo Alvin.

- Creo que estarán casados de verdad cuando ella empiece a pensar en sí misma con el nombre con que usted la llama, en lugar del nombre con el que la llamaban sus padres -le guiño un ojo a Peggy-. Gracias por conseguirme el trabajo. Mis hermanas también están contentas; tienen pesadillas, le diré. No hay amor por el telar en ellas -se volvió hacia Alvin-. ¿Va a ir o qué?

En ese momento la puerta se abrió y un bulto bien atado voló a través de ella.

- Oh-oh -dijo el niño-. Mejor date la vuelta. Becca está regresando, y siempre viaja desnuda, ya que la ropa de mujer es demasiado aparatosa para no tocar el marco de la puerta.

Alvin se dio vuelta, y también lo hizo Peggy, aunque al contrario de Alvin ella hizo trampa y se permitió mirar igualmente. No fue Becca la que atravesó la puerta en primer lugar, sin embargo. Fue Ta-Kumsaw, un hombre con el que Peggy nunca se había encontrado, aunque lo había visto bastante a menudo en el corazón de Alvin. No estaba desnudo, sino más bien vestido con cuero de ante estrechamente ceñido al cuerpo. Los vio allí parados y gruñó:

- El Niño Renegado vuelve a ver al Rojo más peligroso que ha existido.

- Buenas, Ta-Kumsaw -dijo Alvin.

- Hola, Isaac -dijo el niño-. Le advertí sobre la puerta como dijiste.

- Buen chico -dijo Ta-Kumsaw. Entonces les dio la espalda, justo a tiempo para recibir a Becca en sus brazos, que apareció a través de la puerta cubierta sólo con su delgada ropa interior de encaje. Luego deshicieron juntos el paquete y desdoblaron el vestido, que ella se deslizó sobre la cabeza-. Muy bien -dijo Ta-Kumsaw-. Ya está bastante vestida para una mujer blanca.

Alvin se dio la vuelta y la saludó. Hubo estrechamiento de manos, e incluso un abrazo entre las mujeres. Hablaron sobre lo que había sucedido en Río Hatrack los últimos meses, y después Alvin explicó su intención.

Ta-Kumsaw no mostró ninguna emoción.

- No sé lo que dirá mi hermano. Él mantiene su propio consejo.

- ¿Todavía gobierna en el oeste? -preguntó Alvin.

- ¿Gobernar? No es así como nosotros hacemos las cosas. Hay muchas tribus, y en cada tribu hay hombres sabios. Mi hermano es uno de los más grandes, todos están de acuerdo en eso. Pero él no hace la ley decidiendo simplemente lo que debería ser. Nosotros no hacemos nada tan tonto como ustedes, que eligen a un presidente y concentran demasiado poder en sus manos. Fue bastante bueno cuando hombres buenos tuvieron el cargo, pero siempre que ustedes crean un cargo sobre el que un hombre pueda posar sus garras, llegará el día en que un hombre malvado pose sus manos sobre él.

- Que es lo que va a ocurrir el día de Año Nuevo cuando Harrison...

Ta-Kumsaw lo miró con furia.

- Nunca pronuncies ese nombre, ese insoportable nombre.

- No pronunciarlo no lo hará desaparecer.

- Mantendrá su maldad fuera de esta casa -dijo Ta-Kumsaw-. Lejos de la gente que amo.

Mientras tanto, Becca había terminado de vestirse. Se acercó al niño y lo apartó con la cadera.

- Hazte a un lado, dedos rechonchos. Es mi telar el que estás enrollando.

- El tejido más fuerte que se ha hecho -replicó el niño-. La gente sabrá siempre qué partes tejí yo.

Becca se acomodó en la silla y luego comenzó a hacer bailar la lanzadera. Toda la música del telar cambió, su ritmo, la canción.

- ¿Viniste con un propósito, Hacedor? La puerta aún está abierta para ti. Haz lo que viniste a hacer.

Por primera vez Peggy realmente miró la puerta, tratando de ver lo que había más allá de ella; y lo que había más allá no era nada. No nebrura, pero tampoco la luz del día. Sólo... nada. Sus ojos no podían enfocarlo; su mirada se apartaba una y otra vez.

- Alvin -dijo-. ¿Estás seguro de que quieres...?

Él la besó.

- Me encanta cuando te preocupas por mí.

Ella sonrió y lo besó de vuelta. Mientras se quitaba el sombrero y las botas, y el largo abrigo que podría ondear contra el marco, Alvin no pudo verla meter la mano en la pequeña caja que guardaba en un bolsillo de la falda; no pudo verla sostener entre los dedos el último resto de su placenta, para luego observar en su corazón, lista para ponerse en acción en el momento en que la necesitara, lista para usar el poder de Alvin para curarlo aun si él mismo, por alguna extrema razón, no pudiera, no osara o no quisiera emplearlo.

Corrió hacia la puerta, saltó hacia ella con el pierna izquierda adelante, levantando el pie derecho antes de que ninguna parte de él tocara el plano de la puerta. La atravesó metiendo la cabeza entre los hombros; no tocó el dintel por una pulgada.

- No me gusta que la gente salte a la carrera de esa forma -dijo Ta-Kumsaw-. Es mejor saltar con los pies juntos, y enroscarse como una bola en el aire.

- Los hombres atléticos como tú pueden hacer eso -dijo Becca-. Pero no consigo verme a mí misma golpeando el suelo así y rodando. Además, tú mismo saltas así la mitad de las veces.

- No soy tan alto como Alvin -dijo Ta-Kumsaw. Se volvió hacia Peggy-. Creció mucho.

Pero Peggy no le respondió.

- Está mirando su fuego interior -dijo Becca-. Será mejor dejarla sola hasta que él regrese.

Alvin tropezó y cayó cuando tocó el suelo al otro lado y se enredó con una pila de tela y escuchó sonido de risas. Se puso en pie y miró a su alrededor. Otra cabaña, pero una nueva, y la muchacha en el telar era poco mayor que él. Era una mestiza como Arturo, pero mitad india en lugar de mitad negra, y la combinación de Ta-Kumsaw y Becca podía notarse en ella.

- Buenas, Alvin -dijo. Él había esperado que su voz sonara como la de Ta-Kumsaw y la de Tenskwa-Tawa, que tenían un inglés acentuado, pero habló como Becca, sonando un poco anticuada pero como si se tratara de su lengua nativa.

- Buenas -dijo él.

- Realmente llegaste como una tonelada de ladrillos -dijo ella.

- Hice un desastre con los montones de tela.

- No te preocupes -dijo ella-. Por eso están aquí. Papá siempre cae sobre ellos cuando atraviesa la puerta como una bola de cañón.

Con eso la conversación llegó a su fin, y Alvin se quedó de pie mirándola tejer en su telar.

- Ve a buscar a Tenskwa Tawa. Te está esperando.

Alvin había oído tantas cosas sobre la niebla del Mizzipy que se le había metido en la cabeza la idea de que todas las tierras del oeste estaban cubiertas de niebla. Cuando abrió salió de la cabaña, sin embargo, descubrió que lejos de ser neblinoso, el cielo era tan claro que sintió que podría ver el paraíso a plena luz del

día. Había altas montañas alzándose al este, y podía verlas tan nítidamente que pensó que podría trazar el contorno de las grietas en el granito cercano a la cumbre, o contar las hojas de los robles a mitad de camino en sus rugosas laderas. La cabaña se levantaba en lo alto de una colina que separaba dos valles, cada uno de los cuales contenía un lago. El que estaba al norte era inmenso, y la orilla más lejana resultaba invisible debido a la curvatura de la Tierra, no por que hubiera niebla o humo en el aire; el lago del sur era más pequeño, pero era aún más hermoso, brillante como una joya azul a la fría luz del otoño tardío.

- La nieve se atrasa -dijo una voz a su espalda.

Alvin se dio la vuelta.

- Hombre Brillante -dijo, el nombre brotando de sus labios antes de que pudiera pensarlo.

- Y tú eres el hombre que aprendió a ser hombre cuando era un niño -dijo Tenskwa Tawa.

Se abrazaron. El viento silbó alrededor de ellos. Cuando se separaron, Alvin volvió a mirar a su alrededor.

- Éste es un lugar bastante expuesto para construir una cabaña -dijo.

- Tenía que ser aquí -dijo Tenskwa Tawa-. El valle hacia el sur es Timpa Nogos. Suelo sagrado, donde no puede haber casas ni guerras. El valle hacia el norte es tierra verde, donde el ciervo puede ser cazado por las familias que no tienen comida en invierno. Tampoco hay casas. No te preocupes. En la casa de una tejedora nunca hace frío -sonrió-. Estoy contento de verte.

Alvin no estaba seguro de si podría recordar haber visto sonreír a Tenskwa Tawa alguna vez.

- ¿Eres feliz aquí?

- ¿Feliz? -el rostro de Tenskwa Tawa adquirió una expresión apacible-. Siento como si tuviera un pie en esta tierra y el otro en el lugar donde me espera mi gente.

- No todos murieron aquel día en Tippy-Canoe -dijo Alvin-. Aún tienes gente aquí.

- También ellos tienen un pie en un lugar, y un pie en el otro -miró hacia un cañón que llevaba a una hendedura entre las imposiblemente altas montañas-. Viven en un alto valle en las montañas. La nieve se ha atrasado este año, y están contentos por eso, a menos que signifique poca agua en el año entrante, y mala cosecha. Ésa es nuestra vida ahora, Alvin Maker. Solíamos vivir en un lugar en el que el agua brotaba del suelo cada vez que lo golpeabas con una vara.

- Pero el aire es claro. Pueden verlo todo. Para siempre.

Tenskwa Tawa puso sus dedos en los labios de Alvin.

- Ningún hombre ve para siempre. Pero algunos hombres ven más lejos. El último invierno alcé una torre de agua hacia los cielos sobre el lago sagrado Timpa Nogos. Vi muchas cosas. Te vi venir aquí. Escuché las noticias que me contaste y la pregunta que me hiciste.

- ¿Y escuchaste tu respuesta?

- Primero debes hacer que mi visión se vuelva cierta -dijo Tenskwa Tawa.

Así que Alvin le contó sobre Harrison y su elección presidencial apoyada por sus manos sangrientas, y cómo se habían preguntado si Tenskwa Tawa podría liberar a la gente de Iglesia de Vigor de su maldición, para que pudieran dejar sus

hogares, quienes quisieran, y fueran parte de la Ciudad de Cristal cuando Alvin comenzara a construirla.

- ¿Fue eso lo que me oíste preguntarte?

- Sí -dijo Tenskwa Tawa.

- ¿Y cuál fue tu respuesta?

- No vi mi respuesta -dijo Tenskwa Tawa-. Así que tuve todos estos meses para pensar cuál era. En todos estos meses, mi gente que murió en esa llanura de hierba ha caminado frente a mis ojos en mis sueños. He visto su sangre una y otra vez fluir por la hierba y volver rojas las fuentes del Tippy Canoe. He visto las caras de los niños y los bebés. Los conocía a todos por su nombre, y todavía recuerdo todos los nombres y todos los rostros. A cada uno que veo en mi sueño, le pregunto, ¿Perdonas a estos asesinos blancos?, ¿Entiendes su rabia y me dejarás limpiar tu sangre de sus manos?.

Tenskwa Tawa hizo una pausa. Alvin, también, esperó. Uno no apuraba a un chamán cuando contaba sus sueños.

- Cada noche he tenido este sueño hasta que por fin anoche el último de ellos vino ante mí y le hice mi pregunta.

De nuevo, un silencio. De nuevo, Alvin aguardó pacientemente. No pacientemente del modo en que espera un hombre blanco, mostrando su paciencia mirando alrededor o moviendo sus dedos o haciendo algo más para marcar el paso del tiempo. Alvin esperó con la paciencia de un hombre Rojo, como si ese momento debiera saborearse en sí mismo, como si el suspenso de la espera fuera en sí mismo una experiencia que marcar y recordar.

- Si uno solo de ellos hubiera dicho, “No los perdono, no levantes la maldición”, entonces no levantaría la maldición -dijo Tenskwa Tawa-. Si un solo bebé hubiera dicho, “No los perdono por haberme robado los días en que correría como el ciervo por las praderas”, no levantaría la maldición. Si una sola madre hubiera dicho, “No los perdono por el bebé que había en mi vientre cuando morí, que nunca vio la luz del día con sus hermosos ojos”, no levantaría la maldición. Si un solo padre hubiera dicho, “La rabia todavía corre caliente por mi corazón, y si levantas la maldición aún quedará algo de odio no vengado”, entonces no levantaría la maldición.

Las lágrimas corrían por el rostro de Alvin, pues ahora sabía la respuesta, y no podía imaginarse a sí mismo siendo tan bueno que incluso en la muerte pudiera perdonar a aquellos que habían hecho una cosa tan terrible a él mismo y a su familia.

- También le pregunté a los vivos -dijo Tenskwa Tawa-. A aquellos que perdieron a su padre y su madre, hermano y hermana, tío y tía, hijo y amigo, maestro y ayudante, compañero de caza, y esposa, y esposo. Si uno solo de estos vivos hubiera dicho, “Aún no puedo perdonarlos, Tenskwa Tawa”, no levantaría la maldición.

Entonces guardó silencio una última vez. Esta vez el silencio se prolongó y se prolongó. Alvin había llegado a mediodía; el sol estaba tocando los picos de las montañas al oeste cuando al fin Tenskwa Tawa volvió a moverse, asintiendo con la cabeza. Como Alvin, él también había llorado, y luego había esperado lo suficiente para que las lágrimas se secaran, y entonces había llorado otra vez, todo ello sin cambiar la expresión de su rostro, sin mover un solo músculo de su

cuerpo mientras los dos permanecían sentados frente a frente en la alta hierba de otoño, en el frío y seco viento de otoño. Ahora abrió la boca y habló de nuevo.

- He levantado la maldición -dijo.

Alvin abrazó a su antiguo maestro. No era lo que un indio habría hecho, pero Alvin había actuado como un indio toda la tarde, y por eso Tenskwa Tawa aceptó el gesto en incluso lo devolvió. Al ser tocado por las manos del Profeta Rojo, su mejilla contra el cabello del viejo hombre, el rostro del anciano contra su hombro, Alvin recordó que una vez había pensado en pedir a Tenskwa Tawa que endureciera la maldición sobre Harrison, para evitar que diera un mal uso a sus sangrientas manos. Lo hizo sentirse avergonzado. Si los muertos podían perdonar, ¿no deberían hacerlo los vivos? Harrison encontraría su propio camino a través de la vida, y su propio camino a la muerte. El juicio llegaría, si llegaba algún día, de alguien más sabio que Alvin.

Cuando se pusieron en pie, Tenskwa Tawa miró al norte hacia el lago más grande.

- Mira, un hombre se acerca.

Alvin miró hacia donde miraba Tenskwa Tawa. No muy lejos, un hombre trotaba ligeramente por un sendero a través de los altos pastos. No corría a la manera de los indios, sino como un hombre blanco, y no uno joven. Su calva cabeza descubierta resplandeció momentáneamente en el ocaso.

- Ése no es Truecacuentos, ¿verdad? -preguntó Alvin.

- Los Sho-sho-nay lo invitaron a venir e intercambiar historias con ellos -dijo Tenskwa Tawa.

En lugar de hacer más preguntas, Alvin esperó junto a Tenskwa Tawa hasta que Truecacuentos llegó a lo alto de la colina. El aliento le faltaba, como era de esperarse. Pero cuando Alvin envió su poder a revisar el cuerpo de Truecacuentos, se sorprendió de la excelente salud del anciano. Se saludaron cálidamente, y Alvin le contó las nuevas. Truecacuentos le sonrió a Tenskwa Tawa.

- Su gente es mejor de lo que usted pensaba -dijo.

- O más olvidadiza -dijo Tenskwa Tawa con pesar.

- Me alegra estar aquí, para oír tales noticias -dijo Truecacuentos-. Si vas a regresar por la casa de la tejedora, me gustaría ir contigo.

Cuando Alvin y Truecacuentos regresaron a la cabaña de Becca en el corazón de la casa de la tejedora, había oscurecido hacía dos horas. Ta-Kumsaw había ido afuera e invitado a Peggy y los amigos de Alvin a entrar y cenar con su familia. La hermana de Becca, sus hijas y su hijo también se les unieron; comieron bistecs de carne de bison, comida del hombre Rojo cocinada a la manera de los blancos, un compromiso como muchos otros en esta casa. Ta-Kumsaw se había presentado a sí mismo con el nombre de Isaac Weaver, y Peggy se cuidó de no llamarlo por ningún otro nombre.

Alvin y Truecacuentos los encontraron tendidos sobre sus sacos de dormir en el salón, excepto por Peggy, que estaba sentada en una silla, escuchando a Verily hablar sobre su vida en Inglaterra y todos los subterfugios que había debido inventar para esconder su poder a la gente. Miró hacia la puerta antes de que su marido y su antiguo amigo entraran por ella; los demás también se giraron, y

todos los ojos quedaron fijos en ellos dos. Supieron al instante por la alegría en el rostro de Alvin cuál había sido la respuesta de Tenskwa Tawa.

- Quiero partir esta misma noche y contárselo a todos -dijo Armadura de Dios-. Quiero que sepan las buenas noticias ahora mismo.

- Está demasiado oscuro -dijo Ta-Kumsaw, saliendo de la cocina, donde había estado ayudando a su cuñada a lavar los platos de la cena.

- Ya no hay más reglas, la maldición se ha levantado completamente -dijo Alvin-. Pero Tenskwa Tawa nos pide que también hagamos algo. Que todos los que solían estar bajo la maldición reúnan a su familia una vez al año, el día del aniversario de la masacre de Tippy-Canoe, y ese día no coman nada, sino que en su lugar cuenten la historia como solían contársela a los extraños que pasaban por Iglesia de Vigor. Una vez al año, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, para siempre. Nos pide que hagamos eso, pero no habrá ningún castigo si no lo hacemos. Ningún castigo excepto que nuestros hijos olvidarán, y cuando olviden, siempre existirá la posibilidad de que vuelva a suceder.

- También les diré eso -dijo Armadura-. Todos jurarán hacerlo, puedes estar seguro, Alvin -se volvió hacia Ta-Kumsaw-. Puede decirle eso a su hermano de mi parte la próxima vez que lo vea, que todos jurarán hacerlo.

Ta-Kumsaw gruñó.

- Hasta ahí llegó lo de hacerme llamar Isaac para ocultarles a todos quién soy realmente.

- Nos hemos encontrado antes -dijo Armadura-, y aún si no lo hubiéramos hecho, reconozco a un gran líder cuando lo veo, y además sabía a quién venía a ver Alvin.

- Hablas demasiado, Armadura de Dios, como todos los blancos -dijo Ta-Kumsaw-. Pero al menos lo que dices no siempre es estúpido.

Armadura asintió y sonrió, reconociendo el cumplido.

A Alvin y Peggy les permitieron dormir en una habitación con una buena cama, que Peggy sospechó que era la de Ta-Kumsaw y Becca mismos. Los otros durmieron en el suelo del salón... durmieron lo mejor que pudieron, que no fue muy bien, debido a toda la excitación y el modo en que roncaba Mike Fink y la necesidad de Armadura de levantarse a mear tres veces por hora, hasta que Peggy oyó la actividad, despertó a Alvin, y Alvin hizo algo con su poder dentro del cuerpo de Armadura para que éste no sintiera que su vejiga estaba a punto de explotar todo el tiempo. Cuando llegó la mañana los hombres en el salón durmieron hasta tarde, y despertaron con el olor de un desayuno campestre, con galletas y salsa y porciones de jamón salado frito y papas.

Entonces fue hora de separarse. Armadura de Dios parecía un caballo impaciente, golpeando el suelo con los pies y resoplando hasta que finalmente le dijeron que se fuera. Montó y cabalgó fuera de Chapman Valley, saludando con el sombrero y gritando como aquellos tontos de la noche de la elección la semana antes.

La separación de Alvin y Peggy fue más dura. Ella y Truecacuentos subirían al carro de Whitley Physicker y lo conducirían hasta el siguiente pueblo, fuera del tamaño que fuese, donde ella contrataría otro carro y Truecacuentos llevaría éste a Río Hatrack para devolvérselo al buen doctor. Desde allí, Peggy intentaría ir a Filadelfia por un tiempo.

- Espero poder volver algunos corazones en contra de los planes de Harrison, si estoy allí para cuando se reúna el Congreso. Sólo va a ser presidente, no rey, no emperador... tiene que conseguir el consentimiento del Congreso si quiere hacer algo, y tal vez aún hay esperanzas.

Pero Alvin supo por su voz que tenía pocas, que ya sabía por qué oscuros caminos llevaría Harrison al país.

Alvin se sentía casi en blanco respecto a sus propios proyectos.

- Tenskwa Tawa no pudo decirme nada sobre cómo hacer la Ciudad de Cristal, excepto una cosa que ya sabía: El Hacedor es parte de lo que Hace.

- Entonces... tú buscarás -dijo Peggy-, y yo buscaré.

Lo que ninguno de ellos dijo, porque ambos sabían que ambos lo sabían, fue que ya había un niño creciendo en el vientre de Margaret; una niña. Cada uno de ellos podía calcular nueve meses tan bien como el otro.

- ¿Dónde estarás el próximo agosto? -preguntó Alvin.

- Esté donde esté, me aseguraré de que lo sepas.

- Y estés donde estés, me aseguraré de estar allí.

- Creo que el nombre debería ser Becca -dijo Peggy.

- Estaba pensando en llamarla como tú. Llamarla Pequeña Peggy.

Peggy sonrió.

- ¿Becca Margaret, entonces?

Alvin le devolvió la sonrisa.

- La gente habla de los tontos que cuentan las gallinas antes de que se rompan los huevos. Eso no es nada. Nosotros les ponemos nombre.

La ayudó a subir al carro, junto a Truecacuentos, que ya sostenía las riendas. Arturo Estuardo condujo el caballo de Alvin hasta él, y mientras montaba, el niño dijo:

- ¡Hicimos una canción sobre nosotros anoche, mientras ustedes estaban arriba!

- ¿Una canción? -dijo Alvin- Escuchémosla entonces.

- La hicimos como si tú estuvieras cantándola -dijo Arturo Estuardo-. ¡Vamos, todos tienen que cantar! Y al final yo hice el coro solito, hice la última parte sin la ayuda de nadie.

Alvin se inclinó e izó al niño y lo puso a su espalda. Los brazos de Arturo Estuardo se enrollaron en su cintura.

- Venga -gritó el niño-. Canten todos.

Cuando comenzaron la canción, Alvin estiró el brazo y tomó los arreos del caballo que lideraba a los del carruaje, iniciando el desfile por la carretera que salía de Chapman Valley.

*Un joven hombre empieza solo, debe dejar su hogar atrás.
Mejor no andar solo por ahí, io podría comerte un oso!*

*Soy bastante sabio para hacer caso a esa canción,
¿pero quién será mi pareja? Si elijo mal a mi buen compañero,
ipodría comerme un oso!*

*Llevaré a cierto niño mestizo, es pequeño, pero hace su parte,
Y lo vigilaré de cerca, porque me pondría muy triste
isi se lo comiera un oso!*

*Llevaré conmigo a este abogado, con aires de gente educada,
Y haré de él un buen forastero, i para que no se lo coma un oso!*

*¡Atentos a esta noble rata de río, tan fino y raro al hablar!
Es un peligroso león de montaña, i no se lo comerá ningún oso!*

*Ahora nos vamos, adonde nos plazca. Somos héroes, por eso nos
atreveremos,
A desafiar mosquitos, avispas y moscas, i y no seremos comidos por
un oso!*²¹

Llegaron al camino principal y Peggy giró a la derecha, dirigiéndose al norte, mientras los hombres guiaron a sus caballos al sur. Ella saludó desde el asiento del conductor, pero no miró atrás. Alvin se detuvo y la observó, sólo un momento, un prolongado momento, hasta que Arturo gritó detrás de él:

- ¡Ahora tengo que cantar la última parte que hice yo solo! ¡Tengo que cantarla!

- Pues cántala –dijo Alvin. Y Arturo Estuardo cantó:

*Oso gris, oso gris, ¡corre y escóndete, oso tonto!
Vamos a quitarte tu abrigo de piel, i y a cocinarte en tus calzones!*

Alvin rió hasta que las lágrimas bañaron su rostro.

Cuando el barco de Calvin y Honor llegó a Nueva Amsterdam, los periódicos estaban llenos de palabrería sobre la inauguración, que sería dentro de sólo una semana en Filadelfia. Calvin recordó el nombre de Harrison al instante -¿cuántas veces había oído la historia de la masacre de Tippy-Canoe?-. Recordó haberse encontrado con el vago de manos sangrantes en las calles de Nueva Amsterdam, y le contó la historia a Honor.

- Entonces tú lo creaste.

- Lo ayudé a sacar el máximo provecho de sus limitadas posibilidades -dijo Calvin.

- No, no -dijo Honor-. Eres demasiado modesto. Este hombre se creó a sí mismo como un monstruo que asesinaba gente por una ganancia política. Entonces este Profeta Rojo lo destruyó con una maldición. Y luego, desde la inútil ruina de su vida, tú volviste a ponerlo en el camino. Calvin, finalmente me impresionas. Has logrado, en vida, ese infinito poder usualmente reservado al novelista.

- ¿El poder de usar una enorme cantidad de papel y tinta sin ningún provecho?

- El poder de hacer que las vidas de las personas tomen los giros más ilógicos. Los padres, por ejemplo, no tienen tal poder. Pueden ayudar a sus hijos en el camino o, más probablemente, hacer trizas sus vidas, como la madre de alguien hizo una vez con su adulterio casual incluso mientras abandonaba a su hijo a las escasas piedades de una escuela privada. Pero tales padres no tienen luego el poder para curar el daño del hijo que han herido. Habiendo arrojado al niño al suelo, no son capaces de levantarlo. Pero yo puedo hundir a un hombre, para después levantarlo, y luego hundirlo de nuevo, todo con un solo movimiento de la pluma.

- Y yo también puedo -dijo Calvin pensativo.

- Bueno, hasta cierto punto -dijo Honor-. Para ser honestos, sin embargo, tú no lo hundiste, y ahora, habiéndolo levantado, dudo que seas capaz de arrastrarlo al fondo de nuevo. El tipo ha sido elegido presidente, aun cuando sus dominios consistan principalmente en árboles y bestias salvajes.

- Hay varios millones de personas en los Estados Unidos -dijo Calvin.

- A ellos me refería -dijo Honor.

El reto era demasiado grande para que Calvin lo resistiera. ¿Podría hundir al presidente de los Estados Unidos? ¿Cómo lo haría? Esta vez no podría utilizar palabras de desprecio que lo provocaran a la autodestrucción, como las palabras de Calvin habían ayudado a resucitar al hombre de un vergonzoso olvido. Pero por otra parte, Calvin había aprendido a hacer muchas cosas más que solamente hablar en los muchos meses que habían pasado desde entonces. Sería un reto. Era casi una osadía.

- Vamos a Filadelfia -dijo Calvin-. A la inauguración.

Honor estuvo encantado de abordar el tren y acompañarlo. Encontraba divertido el tamaño y la novedad de los pequeños pueblos a los que los americanos se referían como "ciudades", y Calvin debía vigilarlo continuamente mientras practicaba su débil inglés con el tipo rudo de americano que probablemente agarraría al pequeño francés y lo tiraría a un río. Honor, armado sólo con un adornado bastón que había comprado a un camarada viajero, habría caminado sin temor alguno por los más miserables distritos de inmigrantes de Nueva Amsterdam y de Filadelfia.

- ¡Estos tipos no son personajes de tus novelas! -dijo Calvin, más de una vez- ¡Si te rompen el cuello, estará roto de verdad!

- Entonces tendrás que arreglarlo, mi talentado y dotado amigoso -dijo la palabra talentado en inglés, aunque a decir verdad nadie hubiera entendido la palabra además de Calvin.

- No existe la palabra talentado en el idioma inglés -dijo Calvin.

- Ahora existe -dijo Honor-, porque yo la he puesto ahí.

Mientras Calvin esperaba la inauguración, consideró varios posibles planes. Nada que se basara sólo en las palabras serviría. La elección de Harrison había estado tan abiertamente basada en las mentiras que era difícil imaginar cómo cualquier cosa que se revelara ahora sobre Harrison fuera a sorprender o decepcionar a nadie. Cuando la gente elegía a un presidente como éste, que había hecho una campaña como ésa, era difícil imaginar qué clase de escándalo podría hundirlo.

Además, el don de Calvin estaba ahora mucho más allá de las palabras. Quería meterse al cuerpo de Harrison y hacer alguna travesura. Recordó a Napoleón y cómo sufría a causa de la gota; jugó con la idea de provocarle a Harrison alguna condición debilitadora. Con pesar concluyó que eso estaba más allá de su poder, manipular de esa forma el cuerpo para causar un gran dolor sin provocar la muerte. Sin duda Calvin tendría que esperar por las cercanías para asegurarse de que lo que fuera que hiciese, Harrison no fuera curado. Y además, el dolor no hundiría a Harrison más de lo que la gota había impedido a Napoleón cumplir sus ambiciones.

Dolor sin matar. ¿Por qué tenía que ponerse una limitante tan ridícula? No había ninguna razón para no matar a Harrison. ¿Acaso el hombre no había ordenado la muerte del propio hermano de Calvin, Mesura? ¿No había masacrado a todos aquellos indios y causado que toda la familia de Calvin y sus vecinos vivieran bajo la maldición durante casi toda la vida de Calvin? Nada hundía más a un hombre que la muerte. Dos metros bajo tierra, eso era tan bajo como había llegado nunca un cuerpo.

El día de la inauguración, el primer día del nuevo año, fue condenadamente frío, y mientras Harrison caminaba por las calles de Filadelfia hasta el escenario temporal en el que haría el juramento frente a varios miles de espectadores, comenzó a nevar. Orgullosamente rehusó incluso ponerse un sombrero -¿qué era el clima frío para un hombre del oeste?- y cuando llegó a la plataforma para dar su discurso, Calvin se deleitó al ver que la garganta del presidente ya estaba irritada, y su pecho algo congestionado. Fue una tarea bastante sencilla para Calvin enviar su poder al interior del pecho de Asesino Blanco Harrison y animar a los pequeños animalitos en sus pulmones para que crecieran, se multiplicaran, se diseminaran por el cuerpo. Harrison, vas a ser un hombre muy, muy enfermo.

El discurso duró una hora, y Harrison no lo resumió ni una sola palabra, aunque al final estaba tosiendo espesamente en su pañuelo tras cada frase.

- Filadelfia es más fría el infierno -dijo Honor en su regular inglés cuando por fin abandonaron la plaza-. Y su maldito presidente gusta hablar demasiado -entonces, en francés, Honor preguntó-: ¿Lo dije bien? ¿Fue un juramento apropiado?

- Como un estibador -dijo Calvin-. Como una rata de río. Estoy orgulloso de ti.

- Yo también estoy orgulloso de ti –dijo Honor-. Parecías tan serio, pensé que tal vez estabas prestando atención a su discurso. Entonces pensé, No, el muchacho está usando sus poderes. Así que esperé que tal vez fueras a hacer caer su cabeza allí mismo en medio del discurso. Dejarlo poner sus manos encima y hacer el juramento.

- Ésa habría sido una inauguración memorable –dijo Calvin.

- Pero no sería bueno que tomaras la vida de otro hombre –dijo Honor-. Bromas aparte, amigo mío, no es bueno que un hombre desarrolle un gusto por la sangre.

- Mi hermano Alvin mató a un hombre –dijo Calvin-. Mató a un hombre que había que matar, y nadie se lo echó en cara ni le dijo nada.

- Peligroso para él, pero tal vez más peligroso para ti –dijo Honor-. Porque tú ya estás lleno de odio –y no digo esto como una crítica, es una de las cosas que encuentro más atractivas de ti-, estás lleno de odio, y por eso es peligroso para ti abrir el grifo del asesinato. Ése es un caudal que puedes no ser capaz de cruzar.

- No te preocupes –dijo Calvin.

Se quedaron en Filadelfia por varias semanas más, mientras el catarro de Harrison se transformaba en neumonía. Se debatió, siendo un viejo curtido como era, pero al final murió, un mes escaso después de la toma del mando, sin haber estado nunca lo bastante sano para nombrar ni un ministro.

Al ser esa la primera vez que un presidente de los Estados Unidos había muerto en el cargo, existía cierta ambigüedad no resuelta en la Constitución sobre si el vicepresidente debía meramente actuar como presidente o realmente tomar el cargo. Andrew Jackson resolvió elengantemente el asunto al entrar en el Congreso y poner la mano sobre la Biblia que mantenían allí como un recordatorio de todas las virtudes sobre las que trabajaban tan duramente para conseguir que los votantes creyeran que las poseían. En voz alta hizo el juramento de la toma de posesión en frente de todos ellos, retándolos a negarle el derecho a hacerlo. Hubo bromas sobre “Su Accidente el Presidente” durante un tiempo, pero Jackson no era un hombre con el que jugar. Todos los compinches de Harrison se encontraron sobándose las posaderas tras un accidentado viaje por los escalones del Edificio George Washington en el que la rama ejecutiva del gobierno tenía sus oficinas. Fuera lo que fuera lo que Harrison había planeado para América, ya nunca ocurriría, o al menos no del modo en que él había planeado. Jackson ya no estaba en ningún bolsillo sino en el propio.

Calvin y Honor estuvieron de acuerdo en que habían hecho un gran servicio a la nación.

- Aunque mi parte en ello fue muy pequeña –dijo Honor-. Una sola palabra. Una sugerencia.

Calvin sabía, sin embargo, que en su propio corazón Honor indudablemente tomaba el crédito por todo el asunto, o al menos por cualquier beneficio que resultara de ello. Saber eso apenas molestaba a Calvin, sin embargo. Nada lo molestaba realmente ahora, pues su poder se había confirmado en su propio corazón. Hice caer a un presidente y nadie sabe que lo hice. Nada aparatoso ni torpe como cuando Alvin mató a aquel Rastreador con sus manos desnudas. Aprendí más que solamente a pulir mi don en el continente. Adquirí fineza. Alvin nunca tendrá eso, es un bruto de la frontera y siempre lo será.

Qué fácil había sido. Fácil y libre de riesgos. Ahí estaba un hombre que necesitaba morir, y todo lo que se necesitó fue una pequeña maniobra en sus

pulmones, y listo. Bueno, eso y un par de ajustes mientras el hombre yacía en su lecho de enfermo en la mansión presidencial. No hubiera servido que su cuerpo combatiera la enfermedad y se recuperara, ¿verdad? Pero nunca tuve que tocarlo, nunca tuve que hablarle. Ni siquiera tuve que poner tinta en mis dedos, como el pobre Honor, cuyos personajes nunca respiran verdaderamente a pesar de su habilidad, y por tanto nunca mueren de verdad.

Calvin se permitió, la última noche que Honor y él pasaron en Filadelfia, yacer en la cama imaginando la muerte de Alvin. Una lenta muerte agonizante debida a una enfermedad miserable como el tétanos. Yo podría hacer eso, pensó Calvin.

Luego pensó, No, no podría, y se durmió.

Anotaciones

¹ El término utilizado para referirse al poder de Calvin, y al de Alvin, en esta y en otras ocasiones posteriores del relato, es «*doodlebug*», cuyas acepciones posibles son la de una «varita adivinatoria», como las ramitas de sauce utilizadas por algunos buscadores de fuentes o pozos de petróleo, o la de «hormiga león» o insecto predador similar.

² El término original en la mayoría de los casos en que se habla de conjuros o hechizos es «*hexes*», que viene a ser «hexágonos». Hay que recordar que, como se vio en el tercer libro de la saga, Alvin El Aprendiz, los hexágonos de todo tipo son figuras muy poderosas usadas a menudo en todo tipo de sortilegios.

³ En realidad Ramona no inventa palabras, pero su jueguito particular es intraducible. Lo que hace es transformar los adjetivos en sustantivos añadiendo a los primeros el sufijo «-ness». Así, por ejemplo, donde dice «asquerosable y repugnoso» podría haberse puesto algo como «asquerosidad y repugnancia», pero se hubiera perdido la intención del autor que, supongo, era utilizar palabras que pese a ser semánticamente correctas en inglés, resultaran inusuales y rebuscadas.

⁴ Otro juego de palabras intraducible. Esgrima, en inglés, es «*fencing*», mientras que «*fence*» significa, entre otras cosas, «cerco, valla». Obviamente, siendo Calvin un campesino con poco mundo, cree que el capitán habla sobre cercos y alambradas y, siendo experto en esas lides, le responde como lo hace.

⁵ «*Spinning moonbeams*». O sea, que se está aferrando a la niebla, a los sueños románticos y falsos de su hija.

⁶ «*Cooper*» significa “tonelero”.

⁷ Aquí el asunto es más complicado de traducir. Los nombres de todos los integrantes de la familia de Arise Cooper son versículos del Nuevo Testamento. Por razones de comodidad, estética y sonoridad, se ha optado por dejarlos en el original inglés. En cualquier caso, los nombres son: Arise (el padre; nombre completo: «*Arise and Come Forth*», o sea, “Levántate y Sal”); Wept (la madre; nombre completo: «*He Wept*», que literalmente sería “Él Lloró”, pero en la Biblia aparece a menudo como “Se le saltaron las lágrimas”); Mocky (el primogénito; nombre completo: «*He Will Not Be Mocked Cooper*», que viene a ser “...”); y Verily (el segundo hijo; nombre completo: «*Verily, I Say Unto You, Except Ye Become As A Little Child Ye Shall In No Wise Enter Into The Kingdom Of Heaven*», cuya traducción aparece en el texto). El diminutivo de Verily es «*Very*», que significa “mucho, muy”.

⁸ Traducido más o menos literalmente. Desconozco la cita original de La Biblia en español. Una posibilidad con un significado idéntico es la cita siguiente: “*Todo hombre o mujer que llame a los espíritus o practique hechicerías morirá*”, “*No dejarás a la bruja con vida*” (Lev. 20, 27).

⁹ La frase original es: «*In short, Calvin Miller had a dander, and it was up*», lo que significa algo así como que “Calvin tenía una alergia y estaba a punto de tener un ataque”. La palabra “*dander*”, que no pertenece al idioma inglés original y que sólo es utilizada en los Estados Unidos, significa aproximadamente “estremecerse por la irritación”. (Sacado de *The World Laid Bare*, Part II, por Paul West)

¹⁰ “*Clapboards*”, refiriéndose a una técnica de construcción en madera para impermeabilizar el conjunto, haciendo que el agua escurra sin filtrarse por las juntas.

¹¹ ¡Buff! Me tomé la licencia de cambiar las palabras para poder jugar con los errores de pronunciación, si no con los de gramática. El diálogo original es el siguiente:

ALVIN: Well, Horace done prettied up the place.

ARTHUR: It don't look like itself no more.

ALVIN: Anymore.

ARTHUR: If you can say 'done prettied up' then I can say 'no more'. Miss Lerner ain't here to correct us no more anyhow.

ALVIN: That should be 'no more nohow'.

¹² Por la explicación de la mujer, se deduce que cada vez que aparezca el nombre “Vilate” escrito en el texto, probablemente esté siendo pronunciado por los personajes como “Violeta”, excepto tal vez Horace, por el chiste que se ve a continuación en el diálogo.

¹³ Arturo tiene una confusión de términos. *Binder* significa “atador, anudador”, y *Ropemaker* es, literalmente, “hacedor de cuerdas”.

¹⁴ Una vara equivale a cinco yardas y media (1 yarda = 0,914 metros).

¹⁵ «*Goody Trader*» = La Buena Comerciante. «*Goodwife*» = Buena esposa.

¹⁶ «*Wastenot*» = Sin desperdicio, sin pérdida. «*Wantnot*» = Sin falta, sin querer. Esas son traducciones más o menos literales de los nombres de los gemelos, pero no se me ocurrió una que signifique algo similar y además se pareciera fonéticamente, como sin duda quiso Card. Qué relación existe entre estos nombres (ya sea su pronunciación o su significado) y los puritanos, es algo que no alcanzo a comprender.

¹⁷ «*Barrelmaker*», Tonelero, y «*Barrister*», Jurista o Abogado, pueden resultar fonéticamente similares y confusos a alguien como Alvin Maker, Padre. El problema es además que el término «*Barrister*» es usado en Inglaterra, mientras que en los Estados Unidos se usa «*Lawyer*».

¹⁸ «*Like a rail from a log*». «*Rail*» = Riel, pero también Rascón, un pájaro parecido al carpintero. «*Log*» = Tronco, pero puede referirse a los durmientes en la vía del tren. Son dos posibles analogías, pero se ha preferido la del tren por representar la separación de una “comunidad” de durmientes.

¹⁹ La palabra “scintilla” (del latín, centella, chispa...) es un término legal utilizado al hablar de la evidencia para resaltar que no existe la más mínima prueba, ni un leve detalle, ni un mero indicio que apoye el alegato.

²⁰ La canción en su idioma original rima, por supuesto, y es como sigue:

I meant to be a journeyman,

To wander on the earth.

As quick as any fellow can,

I left the country of my birth,
It's fair to say I ran.

At daybreak I'll be risin',
For never will my feet be still,
I'm bound for the horizon—
oh! I'm bound for the horizon.

Till I was dragged from bed,
And locked inside a little cell.
My journeys then were in my head,
On all the roads of hell.

Alone with my imagining,
I dreamt the darkest dream,
Of tiny men, a spider's sting,
And in a land of smoke and steam,
An evil golden ring.*

The accusations all were lies,
And few believed the tale,
So I was patient, calm and wise.
But legs grow weak inside a jail,
And something in you dies.

I trusted justice not to fail.
The jury did me proud.
Tomorrow I will hit the trail,
And sing my hiking song so loud,
It's like to start a gale!

Now swiftly from this place I'll fly,
And underneath my boots,
A thousand lands will pass me by,
Until we choose to put down roots,
My lady love and I.

* Este verso es obviamente una alusión a cierta obra de fantasía: hobbits, Ella-laraña, Mordor, El Anillo...

²¹ La canción original, que también rima, desde luego:

A young man startin' on his own,
Must leave his home so fair.
Better not go wand'rin' all alone,
Or you might get eaten by a bear!

I'm wise enough to heed that song,
But who'll make up my pair?
If I choose my boon companion wrong,
Then I might get eaten by a bear!

I'll take a certain mixup lad,
He's small, but does his share,
And I'll watch him close, cause I'd be sad,
If the boy got eaten by a bear!

I'll take along this barrister,
With lofty learned air,
And I'll make of him a forester,
So he won't get eaten by a bear!

Behold this noble river rat,
With brag so fine and rare!
He's as dangerous as a mountain cat,
He will not get eaten by a bear!

Now off we go, where'er we please.
We're heroes, so we dare,
To defy mosquitoes, wasps, and fleas,
And we won't get eaten by a bear!

Grizzly bear, grizzly bear,
Run and hide, you sizzly bear!

We'll take away your coat of hair,
And roast you in your underwear!